







# SANTA ANNA EN LA POLÍTICA MEXICANA ACTUAL

EL PRESIDENCIALISMO ENTREGUISTA Y EL IMPERIALISMO







SANTA ANNA  
EN LA POLÍTICA MEXICANA ACTUAL  
EL PRESIDENCIALISMO ENTREGUISTA Y EL IMPERIALISMO

Jorge Veraza Urtuzuástegui





Jorge Veraza Urtuzuástegui  
*Santa Anna en la política mexicana actual*  
*El presidencialismo entreguista y el imperialismo*

Primera edición, 2006

Coedición: Editorial Itaca y Ediciones de Paradigmas y Utopías

Editorial Itaca

Piraña 16, Colonia del Mar, Del. Tláhuac

C.P. 13270, México, D.F.

Tels. 58 40 54 52

Afiliado a la Cámara Nacional de la Industria Editorial bajo el número 3179

Ediciones de Paradigmas y Utopías

Comité editorial: Comisión de Formación Ideológica y Política  
de la Comisión Nacional Ejecutiva del PT

Oficinas Nacionales del Partido del Trabajo

Avenida Cuauhtémoc no. 47, Col. Roma Norte

CP 06700, México, DF.

Tels. y fax (0155) 55 25 27 27 y (0155) 55 25 84 19

Portada de Efraín Herrera,

© 2006 Jorge Veraza Urtuzuástegui

© 2006 David Moreno Soto / Editorial Itaca

ISBN 968-7943-32-7

Impreso y hecho en México



# ÍNDICE

PRESENTACIÓN, 13

PARTE I  
CRÍTICA Y APOLOGÍA DE SANTA ANNA  
EN LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA, 17

Presentación ..... 17

APARTADO I  
LAS DIFICULTADES DE LA CRÍTICA RADICAL  
A SANTA ANNA, 19

Capítulo 1  
BENITO JUÁREZ Y SANTA ANNA  
EN TORNO A LA GUERRA Y LA USURPACIÓN, 19

Capítulo 2  
GUILLERMO PRIETO Y LAS APARIENCIAS  
QUE ENCUBREN LAS INTENCIONES DE SANTA ANNA, 25

Capítulo 3  
HERIBERTO FRÍAS O LA CRÍTICA MILITAR A SANTA ANNA, 31

1. Los generales Bernardo Reyes y Manuel Balbontín critican a Santa Anna ..... 31
2. ¡Traición! ¡Traición! ..... 33
3. La paradoja extrema: Molino del Rey y Padierna ..... 33
4. En Angostura no hay disculpa ..... 36
5. El primer aquietamiento de Valencia ..... 36
6. El abandono de Tampico ..... 37
7. ¿Traiciones de otros generales? ..... 39
8. Psicología del extremismo paradójico de Heriberto Frías ..... 39

Capítulo 4  
“GLORIOSA CONQUISTA” (GASTÓN GARCÍA CANTÚ  
FRENTE A SANTA ANNA, RAMÓN GAMBOA Y MARX), 41

1. Gastón García Cantú frente a Santa Anna, Gamboa y Marx ..... 41

Capítulo 5  
MIDIENDO LA EFICACIA DEL FETICHE SANTA ANNA, 49

1. Clase dominante y traición individual (*ad* Gilberto López y Rivas) ..... 49



8

2. La omisión teórica de la burguesía no es lo mismo que su abolición histórica ..... 50

3. Responsabilidad histórica individual, lucha de clases y alianzas entre ellas ..... 51

Capítulo 6

VERGÜENZA PATRIÓTICA

E IRA ANTIYANQUI (AD MARIO GILL), 53

Capítulo 7

CARLOS MARÍA DE BUSTAMANTE.

DENUNCIA VALIENTE DE LA TRAICIÓN DE SANTA ANNA

EN PLENA GUERRA DEL '47, 59

APARTADO II

ROA O LA CRÍTICA CLÁSICA A GAMBOA, 73

Capítulo 8

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA

FRENTE A LA GUERRA DEL '47, 33 AÑOS DESPUÉS, 73

1. José María Roa Bárcena exculpa a Santa Anna sin base para ello ..... 73

2. El cuadro de intereses de Roa Bárcena a favor de Santa Anna ..... 75

3. La deslumbrante visión de Roa Bárcena le obnubila el conjunto ..... 77

4. La historia teocrática y racista de Roa Bárcena ..... 79

Capítulo 9

ROA BÁRCENA DISCUTE A RAMÓN GAMBOA, 81

1. La responsabilidad historiográfica de Roa Bárcena ..... 81

2. El sesgo de los Recuerdos en conjunto ..... 82

3. En pro y contra Mariano Otero para mejor criticar a Gamboa ..... 83

4. Desvirtuar a Olaguíbel, testigo y crítico de la traición de Santa Anna ..... 89

5. Roa Bárcena versus Gamboa ..... 92

Capítulo 10

SANTA ANNA HABLA POR BOCA

DE ROA CONTRA GAMBOA, 103

1. La discusión contra Gamboa enfrentándole "hechos" santánicamente arreglados

inicia en el capítulo dedicado a Cerro Gordo ..... 103

2. Santa Anna les abre paso a los yanquis a la capital ..... 110

3. Sesgos, apariencias y desfiguros de Roa en el tomo III ..... 114

4. Valbuena critica a Roa ..... 120



Capítulo 11  
 PAPEL ESTRATÉGICO DE SANTA ANNA  
 EN LOS ACONTECIMIENTOS Y EN LA IDEOLOGÍA  
 (INCLUIDA LA RECEPCIÓN DE MARX  
 POR LOS CONTEMPORÁNEOS), 123

1. Quintuple eficacia del fetichismo Santa Anna ..... 123
2. Escasez artificialmente producida, héroes desesperados y nacionalismo sometido ..... 135

PARTE II  
 EL CAUDILLO SANTA ANNA  
 Y SUS VICISITUDES POLÍTICAS ACTUALES, 139

- Presentación ..... 139

Capítulo 1  
 ESTILO DE LIDERAZGO DE SANTA ANNA, 141

Capítulo 2  
 LUCAS ALAMÁN Y SANTA ANNA AL SERVICIO  
 DE LA POLÍTICA ACTUAL (ENRIQUE KRAUZE), 149

1. La solución de Lucas Alamán al desastre mexicano ..... 149
2. ¿Por qué lloró Santa Anna? ..... 151
3. Este pinche país ..... 153
4. El liberalismo, el conservadurismo y la elección de Enrique Krauze  
 por Lucas Alamán ..... 154
5. La posmodernidad dice: Lucas Alamán es mejor que el PRI ..... 155

Capítulo 3  
 CONTRA LO SANTANESCO EN POLÍTICA, 159

1. En pro de un nacionalismo bien sustentado (Carmen Vázquez Mantecón) ..... 159
2. El antídoto contra Santa Anna (*ad Villoro y González Pedrero*) ..... 161

- Capítulo 4  
 NACIONALISMO Y TECNÓCRATAS SANTANESCOS, 165
- ¿Es Santa Anna el seductor de la patria? ..... 173

Capítulo 5  
 EL FETICHE SANTA ANNA Y LA LUCHA  
 CONTRA LA CORRUPCIÓN (*AD ADOLFO AGUÍLAR ZÍNSER*), 177

Capítulo 6  
 PUEBLO, NACIONALIDAD Y PATRIOTISMO HOY  
 Y FRENTE A SANTA ANNA, 189

1. Nacionalidad autodespreciada ..... 189
2. El tan traído y llevado (como lazo de cochino) pueblo ..... 191



10

3. Sobre el patriotismo monárquico y el de Santa Anna .....	193
4. Entendiendo las identificaciones y proyecciones psicológicas de Santa Anna .....	195
5. Santa Anna, entre Lucas Alamán y Valentín Gómez Farías, revela su connivencia con Estados Unidos .....	197
6. La medida del patriotismo nacional en 1847 y posteriormente .....	198
7. Religión y conformación del patriotismo en México entre 1821 y 1848 .....	199
8. Las transgresiones al patriotismo .....	203
9. La traición santánica a la patria frente a otras traiciones .....	205
10. Nacionalismo tanático y mi necesidad tanática de héroes desesperados y de opresores cínicos .....	206
11. El principio de realidad santánico, Hitler y Ho Chi Minh .....	209
12. No pagar la deuda externa .....	211

**PARTE III**  
**SANTA ANNA COMO SUJETO**  
**Y COMO FETICHE, 213**

Presentación .....	213
--------------------	-----

**Capítulo 1**

**LA PRESENCIA DEL “FETICHE SANTA ANNA”, 215**

1. Del fetichismo de la mercancía al “fetichismo Santa Anna” .....	215
2. El “fetiche Santa Anna” como pieza de una máquina de dominio actual .....	222
3. El “fetiche Santa Anna” y su superación .....	223

**Capítulo 2**

**CONDICIONES DE POSIBILIDAD DEL “FETICHE SANTA ANNA”**  
**(DECADENCIA DEL CENTRO CAPITALISTA**  
**Y “DEGENERACIÓN” DE LOS PERIFÉRICOS MEXICANOS), 229**

1. Enajenación, decadencia y degeneración en el desarrollo capitalista .....	233
2. La decadencia del capitalismo estadounidense ( <i>ad</i> Pedro Scaron) .....	238
3. Mexicanos y españoles en la filosofía de la historia de Hegel y en Marx .....	239

**Capítulo 3**

**MARX FRENTE AL MÉXICO DE HOY**  
**Y FRENTE A LA INVASIÓN ESTADOUNIDENSE DE 1847.**  
**LOS RASGOS SANTÁNNICOS DEL MÉXICO DE HOY, 251**

1. Santa Anna, el TLC y Marx .....	251
2. La conquista de México por Estados Unidos en 1847 vista por Marx .....	252
3. Reconstrucción de una comedia ideológica de equivocaciones .....	255



#### Capítulo 4

##### MODO DE PRODUCCIÓN Y REPRODUCCIÓN

##### DEL “MITO SANTA ANNA” Y LA NECESIDAD DE SU CRÍTICA, 259

1. Por la desmitificación de la historia mexicana .....	259
2. Del mito como inhumanidad .....	260
3. Krauze a gusto en el mito .....	260
4. La dualidad mítica de Santa Anna .....	261
5. Condiciones de reproducción del “mito Santa Anna” .....	262
6. Hombre de “universal corrupción” .....	264
7. Dos libros favorables a Santa Anna y a Estados Unidos .....	265

#### Capítulo 5

##### LAS “PULSIONES PARCIALES”

##### DEL MUNDO SANTÁNICO (¿SATÁNICO?), 271

1. El mundo de los caudillos sincopados .....	271
2. Corrupción, impunidad, dinero y prostitución en la Babilonia mexicana .....	272
3. Doble fuente de la perversión sexual y moral .....	273
4. Un mundo de represión sexual, de horror y fascinación por la bajeza .....	273
5. Represión sexual y emergencia del caudillo para que controle la libido y la sexualidad públicas .....	274
6. Ausencia del padre y familia ampliada .....	277
7. Dualidad y gimoteo del impostor caudillo .....	278
8. La pierna de Santa Anna, dualmente fetichizada .....	279
9. Fetichismo sexual y “pulsiones parciales” en el “fetichismo Santa Anna” .....	281
10. Capitalismo y mundo santánico .....	283
11. El cuerpo social fragmentado del siglo XIX, mundo de las “pulsiones parciales” .....	284
12. Cortés, Carlos IV y la pierna de Santa Anna .....	285
13. Santa Anna como lujo de su época .....	286

#### CONCLUSIÓN

##### DE LA COYUNTURA ACTUAL COMO OBJETO

##### A LA COYUNTURA ACTUAL EN TANTO SUJETO, 287

1. “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí” .....	288
2. Neoliberalismo = Santa Anna .....	289
3. Objeto y estructura de esta obra .....	293
4. Historiografía positivista .....	301
5. El presidencialismo, el “Fetichismo Santa Anna” y Heliogábalo frente a la nación proletaria .....	306
6. Diagnóstico de la conciencia nacional .....	310
7. Clima político emocional de la conciencia nacional en 2005 .....	313

#### BIBLIOGRAFÍA, 341





## PRESENTACIÓN

La vida política del México de la actual vuelta de siglo vacila ante el abismo que la reedición de una figura como la de Santa Anna abriría en la conciencia y en la realidad nacionales. La mera posibilidad de tal reedición reabre una herida antigua, honda, que esboza el abismo referido. Sorprende que el vértigo ante el abismo haya suscitado además de una conducta de crítica y repudio a Santa Anna, a lo santánnico y al neo-Santa Anna posible, también una fascinación —y no solo por el horror— y simpatía argumentada, y en apariencia consciente de sí, por alguien como él y su mundo. Esta paradoja de la conciencia política nacional es lo que expone la segunda parte del presente libro. La primera se refiere a las premisas historiográficas y reales que la condicionan. Y, la tercera, observa, diagnostica y discute la totalidad de la conciencia nacional, no solo en su dimensión historiográfica y política, sino tal y como se ha venido conformando el sentido común y los desarrollos de éste, como son la novela y el cine, etcétera, precisamente en torno a la figura de Santa Anna. Hace el descubrimiento de que esa figura constituye un auténtico fetiche, una forma peculiar de mito, que funciona como apéndice del fetichismo del Estado, y de los del capital, del dinero y la mercancía. Por donde las realidades económicas y psicosociales revelan una inusitada conexión con las sociales, políticas y culturales. Más aún, nuestro mundo mexicano actual —ése que respira globalización— encuentra su íntima cercanía con el mundo de Santa Anna, en apariencia derruido hace 150 años. Así pues, si hay un mito, hay un misterio, y éste está ahí porque hay un olvido de cosas reales que fueron y siguen siendo. Y el olvido viene del dolor. Y del que aquí se habla es el de la traición a la patria cometida por Santa Anna. Y por ese otro que le es relativo, consistente en que por más esfuerzos que hizo la mayoría del pueblo mexicano no pudo neutralizar los efectos de la traición de aquél que tenía en sus manos las palancas de la mecánica nacional. Y que fue el primero en engancharla esencialmente como primer vagón de la locomotora imperialista yanqui.

Vista más circunstanciadamente la primera parte aborda primero, autor por autor, a aquellos que con grandes esfuerzos han podido criticar a Santa Anna, desgarrando el velo mítico que lo protege. La recia consistencia de esta cerrada malla —mejor que velo— puede medirse por la dificultad que ha opuesto a esos diversos autores. La secuencia en que se los expone no es histórica sino lógica, dependiendo de qué tan radicalmente hayan podido destruir el mito, y qué tanto hayan puesto en claro el verdadero significado de los actos traidores de Santa Anna para México. Comenzando por Guillermo Prieto y Heriberto Frías, la secuencia culmina en Carlos María de Bustamante, el primero que tomara la pluma —en plena invasión de los



yanquis a México— contra la connivencia traidora de Santa Anna con éstos. Junto con Gastón García Cantú, Gilberto López y Rivas y Mario Gill, tenemos aquí expuestos en secuencia a los autores descollantes de la historiografía mexicana en torno a este tema. En la primera parte de *Perfil del traidor. Santa Anna en la historiografía y en el sentido común* (2000), expuse una semblanza general de la historiografía mexicana (y estadounidense) sobre Santa Anna, así como de las biografías sobre el mismo; mi objetivo consistía en medir las prohibiciones generales o reglas constitutivas del horizonte epistemológico de la historiografía mexicana cuando se enfrenta al “fetiche Santa Anna”. De tal manera, en la primera parte del presente libro se expone la gesta de la historiografía mexicana en cuanto se encuentra sintetizada en sus mejores resultados al respecto.

Pero, esta primera parte todavía se ocupa de un contraste, pues analiza la obra que despliega la defensa clásica de Santa Anna, los *Recuerdos* de Roa Bárcena. Autor que discute explícita y puntualmente la denuncia de traición a la patria que levantara ante el Congreso mexicano el diputado Ramón Gamboa contra Santa Anna, poco antes de concluir la guerra con los estadounidenses con la total derrota nacional. Se trata de medir la validez de la defensa más sólida que se ha hecho de Santa Anna. Al mismo tiempo, de hacer la prueba final, o si se quiere, la prueba de fuego, de la perspectiva que nos ha servido para entender a Santa Anna, a su mundo y a la historiografía mexicana en lo referente a esos tópicos. Porque, en efecto, nuestro punto de partida crítico ha sido la denuncia de Ramón Gamboa; y desde ella hemos medido el horizonte de la historiografía mexicana, tanto en su vertiente apologética como en su vertiente crítica, y desde allí hemos medido la profundidad progresiva de esta crítica. Pero ¿este punto de partida desde el cual hemos criticado todo debe permanecer a su vez acrítico o debemos también proceder a criticarlo? En realidad, Roa Bárcena ya llevó a cabo una crítica clásica, así que nos toca observar si la denuncia de Ramón Gamboa cae bajo la misma o sale airoso.

La segunda parte del libro explora las posturas políticas actuales con respecto a Santa Anna; unas, criticándolo y criticando a la política actual en lo que se le parece; otras, ensalzándolo y criticando a la política actual en la perspectiva de construir un ámbito político que se le parezca aún más. Esta exploración dual parte del análisis del estilo de liderazgo de Santa Anna y culmina con una reflexión sobre el pueblo y la nación por él influidos. La segunda parte de mi *Perfil del traidor...* analizaba la percepción que el sentido común actual tiene de Santa Anna; la segunda parte del presente libro da un paso más en el análisis de la conciencia nacional sobre el significado de Santa Anna al observar la dualidad de las posturas políticas al respecto. Ambos libros inician con un tratamiento historiográfico sobre el traidor; el primero con un tratamiento general, y el segundo con un tratamiento más particularizado de sus críticos y de su defensor clásico. Y lo he hecho así porque la herencia historiográfica ha conformado en buena medida la opinión del sentido común sobre Santa Anna, así como las elaboraciones políticas que lo toman como inspiración.



La tercera parte del presente libro lleva por título “Santa Anna como sujeto y como fetiche” porque se trata de la crítica del “fetichismo Santa Anna” y del mito que le es inherente. Fetichismo y mito funcionan de tal manera que ocultan el carácter específico del sujeto en tanto sujeto histórico, como traidor a la patria; comienzan por difuminar —en general— el carácter de sujeto histórico que tuvo Santa Anna, para luego disolverlo —en un movimiento que aparenta ser científico y materialista— en las condiciones objetivas generales prevalecientes en su época. De tal suerte, la crítica de este fetichismo repone el papel de sujeto que tuvo Santa Anna. Simultáneamente, para poder hacer la crítica comienza por denunciar la eficacia de tal fetichismo en todos los niveles de la conciencia nacional —en el sentido común, la literatura y el cine, en la política y en la historiografía— de suerte que sintetiza mi exploración previa, tanto la llevada a cabo en *Perfil del traidor...* como en *Santa Anna en la política mexicana actual*, libro que tiene en sus manos el lector.

Como se puede ver, en esta tercera parte se atan todos los cabos sueltos. Por ello, comienza exponiendo la presencia del “fetichismo Santa Anna” y su relación con fetichismos más básicos como el de la mercancía y el dinero, etcétera; luego, puntualiza las condiciones de posibilidad para que hubiera surgido tal fetichismo; sigue con la referencia a la eficacia que tiene en el México de hoy; para pasar a plantear el modo en que se produjo y el modo en que se reproduce en la vida nacional. Una vez que se tiene la totalidad del “fetichismo Santa Anna”, por cuanto se lo ha observado reproduciéndose como un todo, cabe aludir a la fetichización de cada aspecto particular de la persona, de sus acciones, de sus ideas, de su cuerpo, etcétera, por lo que el fetichismo global se puntualiza para potenciar su eficacia.

Una vez reconocido el objeto problemático en sus partes constitutivas y en su conjunto, en su forma y en su realización puntual, puede pasar a plantear las condiciones generales de la crítica a ese objeto y de la superación práctica de las realidades que lo apuntalan y lo hicieron posible. Esta era la función de un capítulo final (“Nacionalismo y socialismo”) que fue suprimido de la presente edición e incorporado en mi libro *Lucha por la nación en la globalización*, publicado en 2005. Para la presente edición escribí una conclusión en la que se analiza la coyuntura política mexicana de 2006 en su relación con el imperio utilizando los conceptos desarrollados del presente libro con especial interés en el papel de las figuras presidenciales neoliberales de De la Madrid a Fox en la forma actual que presenta el entreguismo presidencial así como en la política nacionalista en conexión con las alternativas de derecho, centro e izquierda de nuestra nación.







## PARTE I

# CRÍTICA Y APOLOGÍA DE SANTA ANNA EN LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA

### PRESENTACIÓN

En el apartado I presento a aquellos felices autores que han logrado criticar a Santa Anna a fondo, desde la sugerencia velada de su traición hasta la tematización abierta y radical de la misma. Desgarrar el “fetiche Santa Anna” ha sido difícil para la conciencia nacional mexicana; la secuencia siguiente de capítulos muestra una gradación progresiva en cuanto a la firmeza y hondura de la crítica contra Santa Anna esgrimida por los autores allí expuestos. En el apartado II discuto al defensor más sólido de Santa Anna, Roa Bárcena, autor de la más seria respuesta a la denuncia de traición a la patria que el diputado Ramón Gamboa dirigiera en el Congreso contra Santa Anna. En estos dos apartados se resume todo el recorrido de la historiografía mexicana, en su progreso crítico y en la restauración de un encubrimiento oscurantista. Para ir más allá de esta restauración —que hoy se ha vuelto el clima cultural general de nuestro país— es decisivo observar el progreso crítico para retomarlo, así como percatarnos de los procedimientos falaces —aunque con pretensión científica— de la posición restauradora. El capítulo 11 de la primera parte del presente libro da un paso adelante al definir el papel estratégico que jugó Santa Anna en los acontecimientos mexicanos, en la historiografía que los estudia y, aun, en la relación de Marx con México y de los mexicanos con Marx.





## APARTADO I

# LAS DIFICULTADES DE LA CRÍTICA RADICAL A SANTA ANNA

## CAPÍTULO 1

### BENITO JUÁREZ Y SANTA ANNA EN TORNO A LA GUERRA Y LA USURPACIÓN

1. Comencemos por tomar nota de un testimonio biográfico de Benito Juárez respecto de Santa Anna en el que el talante vengativo de este dictador se revela nítidamente, así como su proclividad por las usurpaciones, aspecto de su afán egoísta de poder y de lo que está dispuesto a hacer por obtenerlo. Juárez fue testigo de todo ello y lo sufrió en carne propia.

Ante la rebelión de los polkos —conservadora y clerical— que fuera la ocasión para que Santa Anna diera un golpe de Estado removiendo de su puesto a Valentín Gómez Farías, dice Juárez en sus “Apuntes para mis hijos”:

Este motín que se llamó de los Polkos fue visto con indignación por la mayoría de la República y considerando los sediciosos que no era posible el buen éxito de su plan por medio de las armas, recurrieron a la seducción y lograron atraerse al Gral. Santa Anna que se hallaba a la cabeza del ejército, que fue a batir al enemigo en La Angostura y a quien el Partido Liberal acababa de nombrar Presidente de la República contra los votos del partido moderado y conservador; pero Santa Anna, inconsecuente como siempre, abandonó a los suyos y vino a México violentamente a dar el triunfo a los rebeldes. Los pronunciados fueron a recibir a su protector a la Villa de Guadalupe llevando sus pechos adornados con escapularios y reliquias de santos como *defensores de la religión y de los fueros*. Don Valentín Gómez Farías fue destituido de la Vicepresidencia de la República y los Diputados liberales fueron hostilizados negándoseles la retribución que la ley les concedía para poder subsistir en la Capital. Los diputados por Oaxaca no podíamos recibir ningún auxilio de nuestro Estado porque habiéndose secundado en él, el pronunciamiento de los Polkos, fueron destruidas las autoridades legislativas y sustituidas por las que pusieron los sublevados, y como de



hecho el Congreso ya no tenía sesiones por falta de número, resolví volver a mi casa para dedicarme al ejercicio de mi profesión.<sup>1</sup>

“Juárez desde la ciudad de México vio que dentro del Estado [de Oaxaca] existía un gobierno usurpador que había derrocado al formalmente elegido y que era necesario que el gobierno de Gómez Farías [antes de ser removido por Santa Anna] se negara a mantener relaciones” con el referido gobierno.<sup>2</sup>

2. Cuando al final de la guerra con Estados Unidos Santa Anna huía rumbo a su destierro, antes pidió asilo a Juárez, gobernador de Oaxaca. Así lo relata él y añade que le fue negado, por lo que Santa Anna se dirigió hacia Jamaica. En realidad las cosas no fueron tan escuetas y tuvieron hondo significado político, amén de funestas consecuencias para Juárez según veremos.<sup>3</sup>

En efecto, una vez que Santa Anna fue destituido de la presidencia y del mando del ejército, sus seguidores en Oaxaca prepararon una conspiración.

La noticia que se recibió el día 24 de enero de haber entrado los invasores en Tehuacán y de la llegada del Gral. Santa Anna a Teotitlán del Camino, produjo una alarma general y justa, porque el Estado, a la vez que iba a sufrir los estragos de la guerra extranjera, se veía próximo a ser destrozado por la guerra civil. Los enemigos del actual orden de cosas, de acuerdo con los agentes del Gral. Santa Anna, creyeron llegada la oportunidad de efectuar una revolución, que debía estallar y triunfar con la presencia de aquel general en esta Capital. La violenta internación de este jefe en el Estado, sin dar aviso al Gobierno o a la Comandancia General, sino del motivo de su venida, a lo menos de la invasión del extranjero para que el Estado se aprestase al combate, y la audacia con que los enemigos se presentaban en el público, manifestando una alegría insultante y criminal por el conflicto en que se hallaban las autoridades, con motivo de la invasión extranjera, todo indicaba que había un plan en cuyos artículos entraba la venida del Gral. Santa Anna para llevarlo a cabo.<sup>4</sup>

Benito Juárez refiere lo anterior el 2 de julio de 1848, en su “Exposición al soberano Congreso de Oaxaca al abrir sus sesiones”.<sup>5</sup> No está por demás señalar que

<sup>1</sup> Benito Juárez, “Apuntes para mis hijos”, p.159, cursivas mías.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 453.

<sup>3</sup> *Cfr. Ibid.*, pp. 154 ss. y 171 ss., así como el discurso de la toma de posesión del gobierno del Estado de Oaxaca, del 26 de octubre de 1847, (*ibid.*, pp. 454-456).

<sup>4</sup> Benito Juárez, “Juárez en Oaxaca”, en *ibid.*, p. 549.

<sup>5</sup> En carta a don Matías Romero desde Chihuahua del 20 de agosto de 1866, Benito Juárez le relata que en 1847, luego que se encargó del gobierno de Oaxaca, “se recibió la noticia de que el Gral. Santa Anna, que estaba ya separado del mando del ejército de la República, había llegado a la ciudad de Tehuacán con el intento de dirigirse a la capital de Oaxaca. Esta noticia alentó a los perturbadores del orden de dicha Capital, que redoblaron sus trabajos escribiendo y mandando agentes al Gral. Santa Anna, para obligarlo a apresurar su marcha. El Ayuntamiento dirigió una exposición y la Legislatura una excitativa para que de ninguna manera permitiese la venida de aquel General, porque su presencia en la ciudad, en aquellas circunstancias, era nociva al orden público. Entonces ordené al Gobernador del departamento de Teotitlán



un muy caro amigo de Juárez, el general León, había defendido heroicamente el castillo de Chapultepec y había caído muerto en esa defensa. Juárez recién conocía la noticia, incluida la referencia de la negativa de Santa Anna a mandar refuerzos suficientes como encarecidamente se lo pidiera el general Bravo.

Pues bien, “al no permitirle a Santa Anna llegar a la ciudad de Oaxaca inició su Gobierno con un acto de sana política gubernamental que en lo personal le dejó consecuencias, pues motivó que Santa Anna, al volver al poder más tarde, lo desterrara del país y lo obligara por algún tiempo a vivir con grandes miserias en Cuba y Nueva Orleans”, según señala Jorge L. Tamayo.<sup>6</sup>

En efecto, “el 12 de agosto de 1852 [Benito Juárez] entrega el poder a su sustituto y vuelve al ejercicio de la profesión, a la cátedra y a la dirección del Instituto”, y, añade Jorge L. Tamayo:

Poco tiempo pudo disfrutar de esta quieta vida provinciana, pues vuelve al poder Santa Anna quien lo hace detener el 23 de mayo de 1853 y después de llevarlo a Tehuacán, Jalapa, Huamantla, lo mandó a Veracruz y, finalmente, lo deportó a La Habana, de donde siguió a Nueva Orleans.

Ahí estuvo en íntima relación con un grupo de mexicanos también desterrados [por Santa Anna]: Ocampo, Ponciano Arriaga y otros. Del contacto con ellos nació una evolución en su pensamiento y fundó una comunidad en el ideario y en la acción.<sup>7</sup>

Ahora escuchemos el relato de la aprehensión por boca del propio Juárez, según es referida en los “Apuntes para mis hijos”:

Luego que en 1852 dejé de ser Gobernador del Estado se me nombró Director del Instituto de Ciencias y Artes y a la vez catedrático de Derecho Civil. En esos días había ya estallado el motín llamado revolución de Jalisco, contra el orden constitucional existente y en favor del Partido Retrógrado. Aunque yo no ejercía ya mando ninguno en el Estado, fui sin embargo perseguido no solo por los revoltosos que se apoderaron de la administración pública, sino aun por los mismos que habían sido mis correligionarios y que bajo mi administración había yo colocado en algunos puestos de importancia. Ambiciosos vulgares que se hacían lugar entre los vencedores sacrificando al hombre que durante su gobierno solo cuidó de cumplir con su deber sin causarles mal ninguno. No tenían principios fijos, ni la consciencia de su propia dignidad y por eso procuraban siempre arrimarse al vencedor aunque para ello tuvieran que hacer el papel de verdugos. Yo me resigné a mi suerte sin exhalar una queja, sin cometer una acción humillante.

del Camino, que en el caso de que el Gral. Santa Anna se internase en el territorio del Estado, le hiciese saber que podía pasar y permanecer en cualquiera población del mismo, menos en la Capital y en sus intermediciones. El Gral. Santa Anna entró, en efecto, en el territorio del Estado, estuvo algunos días en Teotitlán y después se retiró rumbo a Orizaba, sin haber exigido que se le entregase el mando” (*ibid.*, p. 456).

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 455.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 469.



El día 25 de mayo de 1853 volví del pueblo de Ixtlán a donde fui a promover una diligencia judicial en ejercicio de mi profesión. El día 27 del mismo mes fui a la villa de Etlá distante cuatro leguas de la ciudad a producir una información de testigos a favor del pueblo de Teococuilco y estando en esta operación como a las doce del día llegó un piquete de tropa armada a aprehenderme y a los dos horas se me entregó mi pasaporte con la orden en que se me confinaba a la villa de Jalapa del Estado de Veracruz. El día 28 salí escoltado por una fuerza de caballería con don Manuel Ruiz y don Francisco Rincón que iban igualmente confinados a otros puntos fuera del Estado. El día 4 de junio llegué a Tehuacán en donde se retiró la escolta. Desde ahí dirigí una representación contra la orden injusta que en mi contra se dictó. El día 25 llegué a Jalapa, punto final de mi destino.

En esta villa permanecí 75 días, pero el Gobierno del Gral. Santa Anna no me permitió de vista ni me dejó vivir en paz, pues a los pocos días de mi llegada ahí recibí una orden para ir a Jonacatepeque del Estado de México, dándose por motivo de esta variación, el que yo había ido a Jalapa desobedeciendo la orden del Gobierno que me destinaba al citado Jonacatepeque. Solo era esto un pretexto para mortificarme porque el pasaporte y orden que se me entregaron en Oaxaca decían terminantemente que Jalapa era el punto de mi confinamiento. Lo representé así y no tuve contestación alguna. Se hacía conmigo lo que el lobo de la fábula hacía con el cordero cuando le decía que le enturbiaba su agua. Yo me disponía a marchar para Jonacatepeque cuando recibí otra orden para ir al castillo de Perote. Aún no había salido de Jalapa para este último punto cuando se me previno que fuera a Huamantla del Estado de Puebla, para donde emprendí mi marcha el día 12 de septiembre; pero tuve necesidad de pasar por Puebla para conseguir algunos recursos con qué poder subsistir en Huamantla donde no me era fácil adquirirlos. Logrado mi objeto dispuse mi viaje para el día 19; más a las diez de la noche de la víspera de mi marcha fui aprehendido por don José Santa Anna, hijo de don Antonio y conducido al cuartel de San José donde permanecí incomunicado hasta el día siguiente que se me sacó escoltado e incomunicado para el castillo de San Juan de Ulúa donde llegué el día 29. El capitán don José Isasi fue el comandante de la escolta que me condujo desde Puebla hasta Veracruz. Seguí incomunicado en el castillo hasta el día 9 de octubre a las once de la mañana en que el Gobernador del castillo, don Joaquín Rodal, me intimó la orden de destierro para Europa entregándome el pasaporte respectivo. Me hallaba yo enfermo en esta vez y le contesté al Gobernador que cumpliría la orden que me comunicaba, luego que estuviese aliviado; pero se manifestó inexorable diciéndome que tenía orden de hacerme embarcar en el paquete inglés *Avon* que debía salir del puerto a las dos de la tarde de aquel mismo día y sin esperar otra respuesta, él mismo recogió mi equipaje y me condujo al buque. Hasta entonces cesó la incomunicación en que había yo estado desde la noche del 12 de septiembre.

El día 9 llegué a La Habana donde por permiso que obtuve del capitán general Cañedo, permanecí hasta el día 18 de diciembre que partí para Nueva Orleans donde llegué el día 29 del mismo mes.



Por su parte, Josefina Zoraida Vázquez calla lo que Santa Anna le había hecho a Juárez en 1854, y nos dice que la melancolía de Santa Anna en el exilio “creció día a día, pero la amnistía que Juárez declaró en 1870 [Santa Anna contaba 75 años entonces] lo excluía expresamente, de suerte que no fue sino después de la muerte de Don Benito que [Santa Anna] osó pedir permiso para regresar, el que fue otorgado por Lerdo de Tejada”.<sup>8</sup> Continuando con Juárez:

Viví en esta ciudad hasta el 20 de junio de 1855 en que salí para Acapulco a prestar mis servicios en la campaña que los generales don Juan Álvarez y don Ignacio Comonfort dirigían contra el poder tiránico de don Antonio López de Santa Anna. Hice el viaje por La Habana y el istmo de Panamá y llegué al puerto de Acapulco a fines del mes de julio. Lo que me determinó a tomar esta resolución fue la orden que dio Santa Anna de que los desterrados no podían volver a la República sin prestar previamente la protesta de sumisión y obediencia al poder tiránico que ejercía en el país. Luego que esta orden llegó a mi noticia hablé a varios de mis compañeros de destierro y dirigí a los que se hallaban fuera de la ciudad una carta que debe existir entre mis papeles, en borrador, invitándolos para que volviéramos a la Patria, no mediante la condición humillante que se nos imponía, sino a tomar parte en la revolución que ya se operaba contra el tirano para establecer un gobierno que hiciera feliz a la Nación por los medios de la justicia, la libertad y la igualdad. [...]

Me hallaba yo en este punto cuando en el mes de agosto llegó la noticia de que Santa Anna había abandonado el poder yéndose fuera de la República, y que en la Capital se había secundado el plan de Ayutla encargándose de la Presidencia el general don Martín Carrera. El entusiasmo que causó esta noticia no daba lugar a la reflexión. Se tenía a la vista el acta del pronunciamiento y no se cuidaban de examinar sus términos, ni los antecedentes de sus autores para conocer sus tendencias, sus fines y las consecuencias de su plan. No se trataba más que de solemnizar el suceso, aprobándolo, y reproducir por la prensa el plan proclamado escribiéndose un artículo que lo encomiase. El redactor del periódico que ahí se publicaba me encargó de este trabajo. Sin embargo, yo llamé la atención del Sr. don Diego Álvarez manifestándole que si debía celebrarse la fuga de Santa Anna como un hecho que desconcertaba a los opresores, facilitándose así el triunfo de la revolución; de ninguna manera debía aprobarse el plan proclamado en México, ni reconocerse al Presidente que se había nombrado, porque el plan de Ayutla no autorizaba a la Junta que se formó en la Capital para nombrar Presidente de la República y porque siendo los autores del movimiento los mismos generales y personas que pocas horas antes servían a Santa Anna persiguiendo a los sostenedores del plan de Ayutla, era claro que viéndose perdidos por la fuga de su jefe, se habían resuelto a entrar en la revolución para falsearla, salvar sus empleos y conseguir la impunidad de sus crímenes aprovechándose así los sacrificios de los patriotas que se habían lanzado a la lucha para librar a su Patria de la tiranía clérico

<sup>8</sup> Josefina Zoraida Vázquez, “Don Antonio López de Santa Anna. Mito y enigma”.



militar que encabezaba don Antonio López de Santa Anna. El Sr. don Diego Álvarez estuvo enteramente de acuerdo con mi opinión y con su anuencia pasé a la imprenta en la madrugada del día siguiente a revisar el artículo que se estaba imprimiendo y en que se encomiaba, como legítimo, el plan de la Capital.<sup>9</sup>

Juárez caracteriza biográfica y políticamente a Santa Anna al tiempo en que se caracteriza a sí mismo. Aquí concluimos el recorrido por las semblanzas biográficas sobre Santa Anna.

Justo es citar la aguda comparación de David Brading entre Santa Anna y Juárez para resaltar el terreno objetivo común que ambos pisaban y el diferente tratamiento que uno y otro dieron a la situación histórica: “Juárez por el contrario capitalizó ese anhelo común por un líder, un sentimiento que hasta entonces se había concentrado en torno a Santa-Anna, y poco a poco fue creando un poder presidencial que rebasaba los márgenes constitucionales. No obstante, su mismo éxito confirmó la exactitud del diagnóstico de su predecesor.”<sup>10</sup>

El liberal nacionalista estatalista que llegó a ser Juárez difiere radicalmente del oportunista pseudorracionalista y egoísta (aunque estatalista) que mostró ser Santa Anna, no obstante la necesidad objetiva de una gestión estatal para promover el desarrollo capitalista mexicano entre 1824 y 1870. Por la nación y para la libertad social y de los individuos la diferencia entre ambos, aun sobre la base del común estatalismo, es un asunto de vital importancia.

En los capítulos siguientes veremos —no cronológicamente sino en progresión lógica y de intensidad— las posturas de los historiadores que han intentado rasgar el velo fetichista con el que se cubre a Santa Anna, desde aquellos que sugieren en silencio la traición del dictador o que vacilan al nombrarla hasta los que ya la dicen pero luego la disuelven. Sin embargo, también hubo quien con toda nitidez lo señalara como un traidor a la patria.

<sup>9</sup> Benito Juárez, *op. cit.*, pp. 165-193.

<sup>10</sup> David Brading, *Los orígenes del nacionalismo en México*, p. 108.





## CAPÍTULO 2

### GUILLERMO PRIETO Y LAS APARIENCIAS QUE ENCUBREN LAS INTENCIONES DE SANTA ANNA

Guillermo Prieto en su *Memorias de mis tiempos (de 1840 a 1853)*,<sup>1</sup> habla de los “Preludios de la invasión norteamericana”.<sup>2</sup> Remontándose a 1844, alude a los acontecimientos que terminaron con el destierro de Santa Anna a Cuba, de donde ya en plena invasión retornó a México, introduciéndose al país por el puerto de Veracruz gracias a un salvoconducto que le otorgara el presidente Polk para que la guardia estadounidense en Veracruz le permitiera el paso a fin de que pudiera prestar a Estados Unidos los servicios convenidos por Santa Anna y el enviado de Polk, Mackenzie.<sup>3</sup> Quien comunicó lo siguiente, de parte de Santa Anna a Polk:

“[...] si el gobierno de los EE UU estimula sus patrióticos deseos, ofrece responder con una paz tal como se ha descrito [...] Desea que todos los esfuerzos se encaminen a favorecer su regreso al poder en México [...] Para obtener ese objeto, considera necesario que el ejército del general Taylor avance a la ciudad de Saltillo [...] y hecho ésto el general Taylor puede avanzar hasta San Luis Potosí, cuyo movimiento obligaría a los mexicanos de todos los partidos a llamar a Santa Anna [...] Considera importante la ocupación de Tampico y le sorprende que no se haya efectuado, puesto que habría podido hacerse tan fácilmente, pues

<sup>1</sup> Publicado por la Secretaría de Educación Pública, Biblioteca Enciclopedia Popular, número 18, México, 1944.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 43 a 46.

<sup>3</sup> “Paredes tenía la mano inutilizada de un balazo. Por eso el dicho de: ‘Los Estados Unidos se quitaron a un manco con un cojo’, justificando el permiso que le dieron a Santa Anna para entrar a la república. En cambio Paredes, en 48, entró sin permiso, en los últimos días de septiembre en compañía de cuatro oficiales ingleses. Tuvo que ocultarse de los americanos en la casa de Gutiérrez Zamora, que se lo permitió generosamente. En Tulancingo, Paredes se refugió en su hacienda Rinconada, cerca de esa ciudad. [...] El plan era establecer la monarquía en México poniendo en el trono a María Cristina y al duque de Monfort y desterrar a Santa Anna para siempre. (Ya hemos dicho que los generales ex iturbidistas jamás se fusilaban entre sí.) Otros de los candidatos fueron Luisa Fernanda, y un hijo de don Carlos de Borbón, a condición de que se casara con una hija de Isabel II.” *Cfr.* Leopoldo Zamora Plowes, *Quince años y Casanova aventureros*, tomo I, p. 348, nota 1 a su capítulo XI. Tómese en cuenta que en 1822, y contraviniendo órdenes de Iturbide, “Antonio López de Santa Anna no solamente permitió el desembarco [de Joel Robert Poinsett, el ambicioso y venenoso enviado secreto del presidente de Estados Unidos, John Quincy Adams] sino que agasajó cordialmente al viajero y le proporcionó una escolta para que lo acompañara hasta la capital de la república”. *Cfr.* Mario Gill, *Nuestros buenos vecinos*, p. 31.



el clima es sano en octubre y continúa siéndolo hasta marzo”. Santa Anna pedía finalmente que se guardaran en el mayor secreto esas conversaciones y que se cuidara de su reputación en los periódicos de los Estados Unidos.

Mr. Polk acababa de hacer una valiosa aportación a los métodos del *destino manifiesto*: el cohecho y la corrupción.<sup>4</sup>

Aparte del título, el ensayo de Guillermo Prieto no alude para nada a Estados Unidos. Registra hechos, aunque el objetivo principal es dibujar las intenciones precisas de Santa Anna. Una persona que bien pudo no querer reconocer esas intenciones, por lo que Guillermo Prieto establece los acontecimientos según una lógica objetiva, evitando los dichos y desdichos. Según la cual Santa Anna actuó contra México en 1846-1848, como un revanchista, por “haber sido hecho prisionero y desterrado más tarde por la Cámara” debido a los malos manejos de su gobierno en 1844.

En ese entonces, Santa Anna se divertía en su hacienda de Manga de Clavo, pues “había dejado el poder en manos del general Valentín Canalizo”. Pero “en octubre (1844) la Junta del Departamento de Guadalajara solicitó que se revisasen las actas del Presidente” (nota de Yolanda Villenave). El disgusto popular fue la ocasión para que en esa ciudad se pronunciara el general Mariano Paredes Arrillaga. “Puebla secundó el movimiento el 3 de diciembre, y en la capital varios batallones y el pueblo en masa el 6 del mismo mes, tomando posesión del Gobierno como Presidente del Consejo don José Joaquín Herrera” (nota de Yolanda Villenave), por lo cual Guillermo Prieto dice que la “revolución del 6 de diciembre [...] puede llamarse popular por excelencia”, y que fue provocada “madurada y determinada por Santa Anna, por [su] cesarismo a la vez ridículo y sangriento, y por [su] militarismo estúpido que da a la fuerza bruta preponderancia sobre los derechos sagrados del hombre”.

La rebelión popular realizó una serie de actos antisantánnicos que avivaron el fuego del resentimiento de Santa Anna contra el pueblo:

La multitud rabiosa se dirigió al teatro y demolió en un instante la estatua de yeso erigida a Santa-Anna.

Corrió furibunda al Panteón de Santa Paula y con ferocidad salvaje exhumó la pierna de Santa-Anna, jugando con ella y haciéndola su escarnio. [...]

A la estatua de Santa-Anna que estaba en la Plaza del Volador, la pusieron en tierra, apeándola sin saberse cómo de su alta columna.<sup>5</sup>

Y no fue despedazado “el gran cuadro que representaba la rendición de Barradas en Tampico [lograda por Santa Anna en 1829], obra del pintor París” solo porque el congresista Llaca logró persuadir a la multitud de que se trataba de una gloria nacional contra el intento de reconquista por parte de España que encabezara Barradas.

<sup>4</sup> Cfr. Mario Gill, *ibid.*, p. 43.

<sup>5</sup> Cfr. Guillermo Prieto, *op. cit.*, p. 45.



La escenificación objetiva de los hechos históricos, según los reconstruye Guillermo Prieto es buen método para no entrar en la discusión interminable sobre las intenciones buenas o malas de Santa Anna pero, a la vez, deja en la indefinición, como una vaga sugerencia, su traición a la patria.

En realidad, el trazo de Guillermo Prieto no solo es dictado por el buen método sino por su posición como intelectual liberal moderado. Leopoldo Zamora Plowes, en su *Quince Uñas y Casanova Aventureros* (1945) —novela histórica sobre Santa Anna y su época—, dice sobre Guillermo Prieto y otros:

Los intelectuales moderados que estaban en Querétaro escribieron allí *Apuntes para la guerra de los Estados Unidos*. Fueron: Prieto, Iglesias, Barreiro, Schiaffino, Payno, Urquidi, Muñoz, Castillo Velasco, Saborio. En su última dictadura, Santa Anna mandó recoger todos los ejemplares existentes, bajo penas severas a quienes los ocultaran y, formando con ellos una pira pública, los mandó quemar. Fue que siendo sus autores testigos presenciales de la turbia conducta de Santa Anna —aunque sin atreverse a acusarlo de traición— relataron todos sus fracasos. Algunos fueron desterrados o enviados “en viajes de orden suprema”,<sup>6</sup> los que más tarde pretendió imitar Venustiano Carranza, enviando a viajes parecidos a algunos escritores —con centinelas de vista— arrancándolos de sus hogares misteriosamente, los que tituló “viajes de rectificación” (el autor de esta novela fue una de sus víctimas).<sup>7</sup>

Zamora Plowes análoga su época y el cesarismo de Carranza con los de Santa Anna (aunque la traición caracteriza solo a éste último). El mismo Zamora Plowes no es definitivo al respecto sino que vacila al caracterizar a Santa Anna frente a los estadounidenses como un traidor o como un inepto.<sup>8</sup> La diferencia realmente es abismal. Por lo demás, extraña en la vastísima erudición de Zamora Plowes la ausencia de alguna referencia a la acusación por traición a Santa Anna que el diputado Ramón Gamboa llevara al Congreso en 1849.

<sup>6</sup> Cfr. Enrique Serna, *El seductor de la Patria*. En la novela Santa Anna le escribe a su hijo desde México quejándose de las críticas de que ha sido objeto por parte del partido moderado, criticando, a su vez, los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y Estados Unidos* (p. 342). En el contexto novelístico de *El seductor de la patria* prevalece por supuesto la opinión de Santa Anna, “con justa cólera” y todo, pretendiendo hacernos partícipes de la injusta actitud del dictador contra los intelectuales liberales.

<sup>7</sup> Cfr. Leopoldo Zamora Plowes, *op. cit.*, pp. 349-450, nota 7 a su capítulo XI.

<sup>8</sup> “Santa Anna seguía representando su comedia. Trataba de ocultar su inepticia o su traición con gestos que pareciesen enérgicos y patrióticos, castigando en los demás sus propias culpas. Asumía actitud de ofendido a fin de justificar sus fracasos. Trataba de excusarse ante la opinión, como la esposa delante de su marido, cuando airada les echa la culpa a sus criados de haber roto el costoso *bric-a-brac*, siendo ella quien lo rompió.” (*Ibid.*, p. 229). “En el consejo de guerra que se le formó después al general Terrés, fue absuelto de los cargos que le hizo Santa Anna, defendido por el general Micheltoarena. En su última dictadura, Santa Anna, que trataba de ocultar su inepticia o su traición durante la guerra de '47, exaltó el heroísmo nacional y honró la memoria del general Terrés, concediendo a su viuda e hijos una pensión correspondiente a general de brigada. Terrés (Andrés) era español, nacido en Barcelona en 1777, y por lo tanto, de avanzada edad en 1847.” (*Ibid.*, pp. 249-250).



Por otro lado, tenemos el uso retorcido, la malversación que de Guillermo Prieto hace Enrique Krauze; cuando aquél señala que a Santa Anna “no podía llamársele traidor”, Enrique Krauze aprovecha para sacar de contexto esa afirmación y así cubrirle las espaldas al traidor con la autoridad moral de Guillermo Prieto. Éste dijo que, con aquella apariencia diligente y arrojada, a Santa Anna “no podía llamársele traidor”, lo único que podía comprobarse era su ineficacia como general y como presidente.<sup>9</sup> Enrique Krauze toma la apariencia evocada por Guillermo Prieto y la transforma en la esencia de Santa Anna. Así que la riqueza semántica de la descripción de Guillermo Prieto, en su ambigüedad y claroscuro, es utilizada unilateralmente por Enrique Krauze a su propio entender. Claramente tergiversador.

Qué tanto puede dar de sí la honesta postura de Guillermo Prieto no obstante los límites que le impone su moderación política, se puede medir por la descripción que hace de una dolorida escena de la cual fuera testigo, en la que la esposa del coronel Frontera —uno de los héroes del sitio de Padierna— se entera de la muerte de éste y entiende que su heroísmo fue forzado por la negativa de Santa Anna a mandar refuerzos debido a aparentes desaveniencias personales con el general Valencia.<sup>10</sup> O véase a propósito de la batalla del castillo de Chapultepec cómo exalta “la rara energía del carácter del general Cano”:

Abandonado, como se sabe, el general Bravo, víctima de la envidia y de los caprichos de Santa-Anna, dejó mal defendida la parte alta del cerro. El señor Cano le mandó pedir cañones.

Santa Anna le mandó al general Tornel y a otro general no facultativo, pero igualmente de lengua fácil. Cano no logró hacerse comprender, y cuando se retiraron los generales, dijo en tono sarcástico: yo pedía al general cañones y me mandó faroles [...] Súpolo Santa-Anna; llamó a Cano para reconvenirle, y éste, con sumo respeto pero con energía incontestable, le echó en cara su conducta indigna y poco patriótica en aquellas circunstancias.

Cano murió dando ejemplo de valor sublime, alentando, sereno y grandioso, a los que quedaban defendiendo a la patria en la parte alta del cerro.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> “Seguirían las batallas de Churubusco, Molino del Rey y, el 13 de septiembre, Chapultepec, ‘mi bosque, mi encanto’, escribía Prieto, ‘nido de mi infancia [...] atropellado, como si viera pisoteado el cuerpo de mi padre’. Y al mando de todo, ‘entero y valiente’, ‘afrontando los fuegos a pecho descubierto’, Santa Anna.

‘Parece que lo veo con su sombrero de jipijapa y su fuele en mano, su paletó color de haba y su pantalón de lienzo blanquísimo. Despilfarraba su actividad, desafiaba temerario el peligro, y así como no podía llamársele traidor, no podía... considerársele un buen general, ni como hombre de Estado, ni como personaje a la altura de la situación.’ Enrique Krauze, *Siglo de Caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, p. 168.

<sup>10</sup> *Cfr.* Guillermo Prieto, *op. cit.*, pp. 60-61.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 70.



Y hete allí que con su proceder traicionero Santa Anna produce forzadamente héroes, no por docenas sino por millones. Hizo de México, un pueblo-heroico-pero-derrotado.

Ahora bien, para alimentar el mito y el fetichismo en torno suyo, Santa Anna supo amontonar apariencias sobre apariencias que ocultaran el fondo verdadero de sus actos. Con la *envidia* —a Valencia, a Bravo y otros— encubre la *traición*, así como con el boato o algún acto positivo suelto encubre la envidia. En fin, su incoherente política interior encubre una política exterior de arreglos desleales hacia México con los estadounidenses. Para dar un paso más en la revelación de la verdad, será obligado destruir las apariencias de Santa Anna.







## CAPÍTULO 3

### HERIBERTO FRÍAS O LA CRÍTICA MILITAR A SANTA ANNA

#### 1. LOS GENERALES BERNARDO REYES Y MANUEL BALBONTÍN CRITICAN A SANTA ANNA

“Doscientos millones de pesos importó a la nación norteamericana el gasto de su guerra contra nuestra patria. Envío un total de noventa y nueve mil hombres, de los cuales quedaron muertos” un total de treinta y cinco mil invasores. Ésta es la cuenta que Heriberto Frías nos ofrece en la página final de sus *Episodios militares mexicanos* (1901).<sup>1</sup>

Páginas atrás señala que el general Bernardo Reyes en su monografía “El ejército mexicano” hizo una justa crítica de la campaña en el siguiente tenor:

“El sistema defensivo que se adoptó en la guerra contra los americanos, desde Veracruz hasta México, sin relacionar en esta ciudad los puntos de defensa, y dejándolos aislados, como para que parcialmente los batiera el enemigo, fue sin duda el principal motivo de nuestras constantes derrotas en esa campaña.

“En los combates del Valle de México, nunca las reservas llegaron con oportunidad; y cuando éstas se avistaron en momentos en que podían haber obrado con buen éxito, como en el campo de Padierna, se retiraron en lugar de entrar en fuego. No se advirtió en lo absoluto iniciativa por nuestra parte; los golpes se recibieron uno tras otro, sin cambiar de sistema, hasta que nuestras fuerzas se fueron reduciendo. Solo en el norte, en la batalla de la Angostura, el ejército mexicano se lanzó sobre el contrario, y en aquella batalla nuestras tropas hubieran triunfado con haber permanecido frente al enemigo. Por lo demás, no llegó a ser hostilizado el invasor por flancos y retaguardia, en sus marchas; se le dejó ocupar en toda su extensión el terreno sobre que iba avanzando, y solamente el general Urrea alguna vez le hizo daño a retaguardia, en las inmediaciones de Monterrey, cuando ya estaba sobre el Saltillo; y es que Santa Anna quería mandar la tropa que peleaba, y solo la que con él estaba había de batirse, y Santa Anna, según se desprende de cuanto hemos dicho, combatía mal, no preveía nunca los desastres, nada tenía preparado para el segundo minuto de la acción, y no utilizó las poderosas reservas con que contaba. Jamás en nuestra historia vióse ni se ha vuelto a ver campaña tan mal dirigida, cuyo recuerdo ignominioso quema. ¡De nada sirvió en esa guerra el valor de nuestros soldados!

<sup>1</sup> Heriberto Frías, *Episodios militares mexicanos*, p. 309.



“Salidos de México los restos del ejército [por la orden de Santa Anna de abandonar el Valle al invasor], tras haber mandado a sus hogares unos 2,000 hombres de Guardia Nacional, Santa Anna consiguió se pusiera el general Don José Joaquín Herrera al frente de una división de infantería, desmoralizadísima, compuesta de 5,000 soldados, para dirigirse al interior del país, como lo hizo, sufriendo desertiones y desbandamientos sobre la marcha. Él partió hacia Puebla con 2,000 caballos, a los que se unieron después otras tropas. Amagó con todas a la citada Puebla, donde solo existían 1,000 americanos; hostilizó sin resultados un convoy procedente de Veracruz, y perdiendo más y más soldados en marchas fatigosas, recibió orden del Presidente de la Suprema Corte, D. Manuel de la Peña y Peña, que por ministerio de la ley se hizo cargo de la Presidencia de la República, para entregar el mando de la fuerza que aún le restaba, a reserva de que después respondiera a cargos que se le hacían por su conducta militar. Obedeció tal orden, y fue de pronto a buscar abrigo a alguna población de Oaxaca.”

La fulminante pluma del general Reyes esboza así el crepúsculo de aquella guerra inolvidable, anatematizando al funesto Santa Anna que se había creído sol [...].<sup>2</sup>

Para terminar Heriberto Frías apoya sus afirmaciones “con las claras y precisas observaciones críticas” del “escritor militar —general Manuel Balbontín— que en su juventud fue testigo y actor en la sombría guerra México-norteamericana, completando las críticas del general Bernardo Reyes”.<sup>3</sup>

Se nota desde luego en la mayor parte de las batallas poco tino para escoger y ocupar las posiciones, ningún cuidado para preparar la retirada en caso necesario y gran negligencia para asegurar y defender los flancos y evitar que el enemigo los envolviese con facilidad, como varias veces sucedió.

Estas eran las causas de que algunas derrotas fuesen tan desastrosas.

Es digno de notarse que en la única parte en donde se tomó la ofensiva, que fue en la batalla de la Angostura, los resultados fueron favorables.

Exceptuando este único caso, en toda la campaña estuvo el ejército a la defensiva absoluta, sistema reputado como el peor que se puede seguir.

En cuanto a la estrategia, se le olvidó completamente, pues no se observó más regla que presentarse al enemigo de frente interceptándole el paso.

También se descuidó el organizar la guerra en el terreno que quedaba a la espalda del enemigo y a los lados de sus líneas de operaciones; cosa de mayor importancia en las guerras defensivas, y que tan buenos resultados produjo en Rusia, en España y en Portugal, cuando estos países fueron invadidos por los ejércitos de Napoleón.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 301-302.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 308.

<sup>4</sup> *Idem.*





Heriberto Frías sugiere por boca de Bernardo Reyes y de Manuel Balbontín que los desastres de la guerra, derrota por derrota, fueron deliberada y sistemáticamente forjados por Santa Anna (y no debido a su mera ineptitud).

## 2. ¡TRAICIÓN! ¡TRAICIÓN!

Por su parte, Heriberto Frías relata cómo en varias batallas —Angostura y Cerro Gordo en primer lugar— se suscitó entre la tropa la colérica y dolorida murmuración de que habían sido traicionados. Así lo vuelve a señalar a propósito del asalto a Chapultepec (capítulo XVIII).

¡Traición! ¡Traición! ¡Traición!

Resurgía la fatídica palabra, vibrando en todas las clases sociales con chasquidos de látigo vengador que azotara vergonzosamente encorvadas espaldas de esclavos.

¿Por qué, por qué no había cargado la caballería? —se preguntaban peritos y profanos en el arte de la guerra [...] ¿Por qué Santa Anna desguarnecía siempre las líneas que iban a ser atacadas, y cuando estallaba el conflicto no iba en auxilio de los angustiados combatientes, o cuando lo hacía era para llegar tarde como en esta batalla a cuyo campo se dirigió a la cabeza del 1er. Regimiento Ligero, acudiendo solo a presenciar los estragos de la infausta rota del bosque de Chapultepec?<sup>5</sup>

Aunque más abajo veremos al capitán Guillermo Cota Soto<sup>6</sup> cubrirle la espalda a Santa Anna, no pudo soportar su actuación en Chapultepec, así que señala: “Scott [...] asalta Chapultepec [...]. Se mantiene la lucha hasta el día siguiente, en que cae prisionero Bravo, en virtud de no haberlo reforzado Santa Anna que deja inactivos a más de 4000 hombres por el lado oriente.”<sup>7</sup>

## 3. LA PARADOJA EXTREMA: MOLINO DEL REY Y PADIERNA

Sin embargo, a propósito del penúltimo desastre, la derrota de Molino del Rey (capítulo XVII), Heriberto Frías se muestra en extremo paradójico:

¿A qué retirar de la potente línea de batalla del Molino del Rey y Casa Mata, apoyada por los fuegos de Chapultepec, fuerzas que deberían ser el alma de una resistencia heroica,

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 286.

<sup>6</sup> Cfr. su *Historia militar*, p. 38.

<sup>7</sup> No obstante, Cota Soto es de nuevo llamado a defender a Santa Anna respecto de las acciones del mismo 12 de septiembre de 1847, cuando dice —repetiendo el infundio del parte entregado por Santa Anna— que la garita de Belén fue “cobardemente abandonada por el General Terrés” (*ibid.*, p. 39). Aunque añade el señalamiento “lo que sirve de pretexto a Santa Anna para abandonar la capital a pesar de que aún contaba con 5000 infantes y 400 mil jinetes” (*idem.*).



alentada con su sola presencia las filas mexicanas, y a qué, sobre todo, dejar sin sostén la batería central, bajo el pretexto de que iba a ser atacada, allá [...], hacia San Antonio Abad, la puerta que cerraba ante México la calzada meridional, y por qué tantas vacilaciones y contraórdenes delante de un enemigo que ostensiblemente embestía cierto rumbo de nuestra plaza? ¿Por qué semejante cúmulo de disposiciones militares? [...]

Nadie lo pudo comprender entonces. De nuevo resurgió la frase siniestra, el eterno anatema que para colmo de catástrofes se desplomaba flamígeramente sobre el director de los destinos de la nación mexicana [...] Brotó de nuevo dantesca y trágica la palabra ¡traición! ¡traición! Y no hubo tal traición: fue que se acumularon terribles causas, precedentes atroces, sociales, para determinar en el ejército mexicano, siempre valiente y siempre abnegado, el punto final de la última derrota que fuera al mismo tiempo claro de luz de gloria, cerrando la triste epopeya de la invasión norteamericana en México.<sup>8</sup>

La paradójica posición de Heriberto Frías resalta tanto más si consideramos los hechos referidos poco antes (capítulo XV), a propósito de la batalla de Padierna, desplegada certera y valientemente por el general Valencia. Y digo certera porque no se sabía por dónde atacarían los estadounidenses y Valencia insistió en que el punto estratégico era ese, Padierna.<sup>9</sup> Y lo defendió aun en contra de la orden de Santa Anna de que no se defendiera. Pero por allí justamente fue que el invasor atacó. Valencia pidió una y otra vez refuerzos a Santa Anna y le fueron negados, ordenándole más bien la retirada.<sup>10</sup>

En efecto, estando la batalla indecisa al atardecer, apareció por las lomas del Toro el ejército de Santa Anna

con fuerzas frescas y numerosas [...], amenazando San Gerónimo e intentando unirse a Valencia [...] [Así que éste] hizo resonar dianas alegres de victoria en toda su línea de batalla, acompañadas con el unánime grito de ¡Viva México! que en tono de triunfo lanzaron a la hora del crepúsculo —¡siniestro crepúsculo de muerte y derrota!— los regimientos mexicanos [pues la acción de Santa Anna debería lograr dividir al ejército invasor].

Era que Valencia creía que el general presidente viéndolo en aquel conflicto que al punto podía resolverse en victoria, caería sobre el americano, cortándole, como hemos dicho, sin que pudiese ni siquiera escapar. (Y efectivamente, tan crítica se hizo la situación

<sup>8</sup> Heriberto Frías, *op. cit.*, p. 282.

<sup>9</sup> “Sin embargo, Valencia juzgó con cierta perspicacia que era peligroso abandonar el punto que ocupaba y por donde el enemigo podía dirigirse hacia San Ángel y por eso el general mexicano rehusó abandonar aquella posición que el día anterior había declarado insostenible. Santa Anna no insiste ya; halaga su rencor de rivalidad contra el general Valencia, convencido de que será envuelto y hecho pedazos, prometiéndose el envidioso jefe gozar con la derrota de su compañero de armas a quien no había de auxiliar en el más apurado trance, aunque con tal auxilio se lograra infligir sería derrota al ejército invasor y dar un triunfo espléndido y decisivo a la patria, que tanto lo necesitaba.” (*Ibid.*, p. 262).

<sup>10</sup> La escueta nota del capitán Guillermo Cota Soto sobre Padierna, simple y llanamente culpabiliza a Valencia por desobediente. “Por la noche ordena Santa Anna a Valencia que se retire, cuya orden desobedece por juzgarla inconveniente.” (*Op. cit.*, p. 37).



del ejército invasor al aparecer la división intacta y de refresco de Santa Anna, a su retaguardia, que el general Scott, quien desde el cerro de Zacatepec observaba todas las peripecias de la batalla, tuvo un ademán de desesperación, y principió a ordenar su retirada, comprendiendo la magnitud del peligro en que súbitamente lo ponía la presencia hostil de la nueva división.)

Iba a consumarse de pronto la derrota del adversario después de haber estado indeciso y aun adverso para nosotros el giro de la batalla, y, cuando en el instante del crepúsculo todos los nuestros esperan el ataque terrible de sus hermanos contra el enemigo común, vese inmóvil, ¡criminalmente inmóvil, frío espectador del tremendo drama!, al general presidente, delante de sus tropas, ¡oh, de aquellas tropas que pudieron ser la salvación y la gloria de la Patria!<sup>11</sup>

Aún más, al anochecer Santa Anna se retiró rumbo a San Antonio, “después de haber disparado unos cuantos cañonazos sobre el bosque de San Gerónimo, como una despedida que en el campo mexicano se tomó como rotunda y sonora promesa de triunfo”.<sup>12</sup>

La tropa en Padierna estaba satisfecha de haber contenido al enemigo, esperando refulgir sobre él por la mañana. Valencia ya redactaba su parte de guerra “relatando su victoria y proponiendo empleos, ascensos y condecoraciones a granel”.<sup>13</sup>

A las nueve de la noche, hora en que descendía copiosa lluvia sobre el campamento, llegaron a la barraca que servía de tienda al general Valencia algunos ayudantes y amigos de Santa Anna (quien se albergaba en San Ángel) comunicándole de orden de éste, que se retirase a todo trance, aun abandonando su artillería y trenes.

Valencia tuvo entonces la certeza de su abandono, vióse por completo aislado, cercado por fuerzas enemigas que le aplastarían del todo, si no se abría paso vigorosamente y denodadamente a través de ellas.

Pero lo peor fue cuando la terrible noticia del abandono de la heroica división cundió entre sus filas, en la noche lluviosa y fatídica, llevando a los espíritus de tantos valientes un hálito envenenado de abatimiento y desconfianza [...] ¡Y la eterna palabra sombría pasó con soplo de cólera y vergüenza por sobre todo el ejército diseminado en las ásperas lomas de Padierna, agobiado por el hambre y la fatiga de la lucha, transido por la fría lluvia! [...] ¡Oh!, sí, pasó de nuevo como en tantas otras catástrofes la maldita frase: ¡traición! ¡traición!<sup>14</sup>

Quiero sugerir que las cañonazos sobre el bosque de San Gerónimo, que los soldados de Padierna tomaron como *señal* de “rotunda y sonora promesa de triunfo” fueron efectivamente eso, pero a favor del ejército estadounidense; era la señal dada por Santa Anna a Scott. Santa Anna tuvo tiempo en todas las horas que dejó pasar sin

<sup>11</sup> Heriberto Frías, *op. cit.*, pp. 267-268.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 268.

<sup>13</sup> *Idem.*

<sup>14</sup> *Idem.*



reforzar a Valencia —ante la negativa de éste a la orden reiterada de abandonar el campo— para avisar a Scott de que no apoyaría al general mexicano. Por lo cual Scott, en lugar de proseguir ordenando la retirada, como había empezado a hacer, continuó atacando a Valencia.

En todo caso, Heriberto Frías dice que “el derrotado jefe tomó el camino de Toluca, por habersele advertido que Santa Anna, furioso por su desobediencia, pensaba fusilarle [...] ¡Quién sabe cuál de los dos caudillos merezca más el anatema de la Historia!”<sup>15</sup>

#### 4. EN ANGOSTURA NO HAY DISCULPA

Respecto de la batalla de la Angostura, además de lo dicho sobre el “sordo murmullo preñado de angustiosas e indignadas protestas [hasta llegar a pronunciar] ¡traición!”,<sup>16</sup> Heriberto Frías discute a Santa Anna dejándolo sin disculpa posible:

Santa Anna alegó como causa principal para su retirada el que el ejército carecía de rancho, y tras las fatigas de la batalla no podía comprometer otra al día siguiente. También tomó en consideración que la Patria no contaba, por entonces, sino con aquel ejército que quería conservar para continuar la defensa en el interior del país.

Pero estas razones se desvanecen al punto si se considera que la retirada tendría que ser, como fue, mucho más desastrosa que una batalla, aunque ésta hubiese tenido por resultado una derrota.

No, nada disculpa al jefe mexicano su actitud fatal para las armas de la Nación Mexicana en la noche del 23 de febrero de 1847.<sup>17</sup>

#### 5. EL PRIMER AQUIETAMIENTO DE VALENCIA

Casi nada hemos dicho hasta ahora sobre otro hecho altamente significativo ocurrido camino “hacia la Angostura” (capítulo VI):

Una de las faltas más graves que cometió el general Santa Anna originada por su orgullo y ofuscación, fue mandar una división a Tula de Tamaulipas para que permaneciese en la sierra en observación del enemigo, al mando del general Gabriel Valencia, que como hemos dicho, acababa de llegar con las fuerzas del estado de Guanajuato. Las que marcharon a Tula ascendían a 2,000 hombres, con tres cañones de a ocho.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 269.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 218.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 224. Josefina Zoraida Vázquez en su “Don Antonio López de Santa Anna. Mito y enigma” (*op. cit.*) le cubre la espalda a Santa Anna sin describir la batalla, así: “una victoria se convertiría en derrota [¿se convertiría?, sería por causa de las artes de un hada madrina de Taylor] al verse obligado Santa Anna a ordenar la retirada, por no contar con alimentos ni agua” (p. 31).



Después de haberse situado esta fuerza en la sierra, se supo que iba a pasar una división americana al mando del general Quittman, procedente de Monterrey, rumbo a Tampico, donde debía embarcarse para unirse al ejército del general Scott, quien debía atacar Veracruz. ¡Qué mejor oportunidad para acometer a los norteamericanos!

Además, los vecinos de Victoria y otros puntos ofrecieron ayudar a nuestras tropas, cayendo sobre los flancos y retaguardia del enemigo en el momento en que se le atacara, o rodándole rocas desde las alturas, cuando estuviese en el fondo de los barrancos.

El general Valencia aceptó aquellos ofrecimientos, disponiéndose para el combate, pero he aquí que recibe una orden absoluta y terminante del general en jefe, prohibiéndole bajo su más estrecha responsabilidad, que emprendiese lance de armas de ninguna especie.

Esto produjo profundo disgusto, indignación y amargura en oficiales y tropa, quienes veían escapárseles el enemigo, cuando lo tenían tan a la mano para destruirle o siquiera para darle un buen golpe, con cuyo triunfo se habría levantado altamente la moral de todo el ejército.

Pero no; los americanos pasaron tranquilamente, atravesando la abrupta sierra —donde podrían haber quedado todos— sin ser molestados en lo más mínimo.

Y, en efecto, este hecho causa pena y cólera solo referirlo; es inconcebible. ¿Qué objeto tuvo entonces el general Santa Anna; qué se propuso al mandar una división hasta la sierra, si no había de hostilizar al enemigo? ¿Por qué en ningún caso se le había de atacar, cuando tantas ocasiones tenían que presentarse, y se presentaron, sin duda, para hacerlo con ventaja de nuestra parte?

¡Hay que creer que el general Santa Anna no quería dejar a otro jefe la gloria de adquirir un triunfo!, exclama un historiador.<sup>18</sup>

Valencia ya conocía el proceder santánico respecto de los estadounidenses cuando desobedeció a Santa Anna en Padierna para defender a su patria.

## 6. EL ABANDONO DE TAMPICO

Todavía Santa Anna debía completar su actuación con “otro hecho escandaloso: ¡el abandono de Tampico!”

Desde el principio de la guerra se atendió a fortificar y municionar convenientemente un puerto de tanta importancia, y a principios de octubre de 1846 la guarnición de esa plaza se componía de más de 1,000 hombres de los batallones 12º de línea [...], un destacamento de artilleros con veinticinco cañones de todos calibres, de campaña y plaza, y con abundante material de parque; y de la Guardia Nacional, compuesta de cerca de 2,000 ciudadanos llenos de entusiasmo y dispuestos a combatir, como lo probaron suficientemente en el bombardeo de la barra del puerto que la escuadra bloqueadora había hecho en junio del

<sup>18</sup> Heriberto Frías, *op. cit.*, pp. 203-205.



mismo año. Se contaba, además, con tres buques de guerra, la *Unión*, *Poblana* y *Queretana*, y con otras embarcaciones pequeñas, todas regularmente armadas.

El gobernador de la plaza, Don Anastasio Parrodi, recibió orden de Santa Anna de evacuarla, destruyendo las fortificaciones, y de retirarse con sus tropas, artillería y trenes, a Tula de Tamaulipas.<sup>19</sup>

Santa Anna “llegó a amenazar” a Parrodi “si no ejecutaba la orden”.<sup>20</sup>

Entonces estalló la indignación general, corriendo la voz de ¡traición! por toda la ciudad hasta el ejército, y propagándose luego, cundió por toda la República, abatiendo los ánimos y entenebreciendo todas las conciencias. *¿Para qué luchar, para qué resistir si los directores de la Nación y los jefes del ejército habían vendido a la patria, y ellos mismos rompían la espada que se les entregara para defenderla? [...]*

¡Así fue como las fuerzas norteamericanas tomaban pacífica posesión de un puerto que creían obtener solo a costa de tiempo, dinero y sangre en abundancia!

Abandonado Tampico, Taylor envió, por órdenes del general Scott, la división Quitman que, como ya dijimos, debía embarcarse en este punto para cooperar a las maniobras del ejército americano que habría de entrar por Veracruz.

Entonces fue cuando Santa Anna, creyendo que su adversario le iba a amenazar por el flanco derecho, envió a Tula de Tamaulipas la división que puso a las órdenes del general Valencia, quien se contentó, por menguada orden del mismo general en jefe, con ver pasar las columnas norteamericanas sin haberlas saludado con un solo tiro.<sup>21</sup>

Permítaseme sugerir que el movimiento completo de Santa Anna, esbozado por estas trazas, consiste en ceder Tampico<sup>22</sup> a los estadounidenses e inmovilizar a Valencia para que los invasores pasen rumbo a Veracruz y consoliden su ejército.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 205.

<sup>20</sup> Si en este punto se quiere encubrir a Santa Anna, se puede decir escuetamente: “Noviembre. Se apoderaron de la plaza de Tampico por haberla abandonado el general Parrodi”. Así lo hace el capitán Guillermo Cota Soto en su *Historia militar de México* (*op. cit.*, p. 35). Obra dedicada a ese otro general y presidente que fuera Don Manuel Ávila Camacho.

<sup>21</sup> Heriberto Frías, *op. cit.*, p. 206, cursivas mías.

<sup>22</sup> *Cfr.* Fernando Díaz y Díaz, *Caudillos y Caciques. Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez*, p.197. Díaz y Díaz niega que Santa Anna cumpliera sus acuerdos habaneros con Polk traicionando a México, “negativa difícil de sostener ante la inexplicable inacción” de las tropas en San Luis y ante la entrega de Tampico. Por lo que cita la testificación del diplomático español Salvador Bermúdez de Castro acerca de que esos actos “dieron visos de credibilidad a los rumores que atribuyen la inexplicable conducta de aquel general a su connivencia con el gabinete de Washington” y de estar en entendimiento con el enemigo”. No obstante, en el siguiente párrafo cita el desmentido del periódico *El republicano* “a algunos periódicos estadounidenses que publicaban la noticia” del acuerdo de Santa Anna con Washington: “Si el hecho fuese cierto no lo publicarían”. Lo cual no es necesariamente cierto, pues existían corrientes norteamericanas desfavorables a la guerra y a la política de Polk en general. Por lo menos hay que agradecer que también Fernando Díaz y Díaz le vea “visos de credibilidad” a lo de Tampico.



## 7. ¿TRAICIONES DE OTROS GENERALES?

Heriberto Frías refiere batallas previas en las que Santa Anna aún no participaba y donde los mexicanos fueron derrotados: Palo Alto y Resaca de Guerrero, etcétera. No cabe comentarlas aquí, aunque también hubo visos de traición en Palo Alto y la retirada mexicana fue ejemplar<sup>23</sup> —si no lo fueron las de Santa Anna— como para que Marx hablara de “la capacidad mexicana para las huídas”.<sup>24</sup>

Los móviles de aquella posible traición serían similares a los de Santa Anna: dejar avanzar a los estadounidenses, para chantajear a los partidos mexicanos opuestos y a todos los mexicanos obligándolos a aceptar la propuesta de gobierno del partido del General que traicionara (Filisola, Paredes, Ampudia, Arista, etcétera). Es decir, anteponer los intereses personales y de camarilla a los nacionales de modo temerario y criminal favoreciendo al enemigo. De hecho, Santa Anna acusa implícitamente en términos similares a los generales de Palo Alto y Resaca de Guerrero.<sup>25</sup>

Aunque ciertamente en el caso de éstos no hay un *plan general* concertado con Polk, ni tienen en sus manos a *todo el ejército* ni el mando de la *nación*, etcétera. He allí lo irreductible de la gesta santánica, sumado a sus *acciones sistemáticas* para dar cumplimiento a su empresa, lo que nos inclina a no creer ver solo la posibilidad de las traiciones, sino a observar los trazos sistemáticos como *prueba* de la traición.

## 8. PSICOLOGÍA DEL EXTREMISMO PARADÓJICO DE HERIBERTO FRÍAS

Ante las cuestiones que tuvo ante sí Heriberto Frías cabe preguntar por lo paradójico de su postura.

Heriberto Frías parece decir que evidentemente *hubo* traiciones reiteradas, pero como no *debería* haberlas habido es su deber convencer al lector y a sí mismo de que no las hubo.

En efecto, Heriberto Frías no niega simplemente la traición, sino que plasma las dos cuestiones: la hubo y no la hubo. En esta dualidad consiste lo valioso de su extremismo paradójico.

La situación de Heriberto Frías como expositor militar y crítico de Santa Anna puede entenderse desde la perspectiva de la psicología social; así pues, la actuación del fumador que sabe que es dañino fumar pero lo sigue haciendo, justificándose con aquello de que quizá no para él, por esto y esto otro, o no tanto, etcétera.<sup>26</sup> Esta

<sup>23</sup> Heriberto Frías, *op. cit.*, p. 178.

<sup>24</sup> *Cfr.* el capítulo 2 de la parte III del presente libro.

<sup>25</sup> *Cfr.* en este mismo libro el capítulo “Pueblo, nacionalidad y patriotismo hoy y frente a Santa Anna”.

<sup>26</sup> Es el ejemplo clásico de Leon Festinger en *A theory of cognitive dissonance* (1957), Stanford University Press, California, 1957.



situación es conceptualizable como “disonancia cognitiva”, según que tengo conocimiento de dos cuestiones opuestas en sus efectos y elijo una de ellas no por ser verdadera y la otra falsa sino porque esa elección me somete a menor tensión psicológica que la otra a nivel de mi yo consciente, según la imagen que tengo de mí en relación a la aceptación o rechazo que sufro del entorno cotidiano económico, político, social o cultural.

De tal manera, en el discurso de Heriberto Frías la verdad parece correr al lado de la exposición de los trazos traicioneros de Santa Anna, pero la elección de este autor por señalar que no la hubo indica el aspecto que le causa menor tensión, compromiso político y moral, etcétera.

La postura extrema de Heriberto Frías clama por ser caracterizada así y no en referencia a la oposición verdadero/falso, que bien puede aplicarse a los otros casos, tanto de los autores que culpan a Santa Anna como de los que no, y aun de quienes lo encubren oficiosamente. Para éstos también es aplicable la cuestión de la disonancia cognitiva, pero luego de la oposición verdadero/falso, etcétera.

Las autojustificaciones patrióticas de Santa Anna respecto de sus actos antipatrióticos se parecen a las de un vicioso de tabaco o de cualquier otra sustancia tóxica adictiva.

A Leon Festinger le preocupó la corrupción política de profesionistas en la administración Nixon según que realizaran actos contrarios a sus ideales originales. Se autonconvencen —dice Leon Festinger— “de que su forma de actuar no fue realmente *tan negativa*, y también de que los propósitos que los indujeron a actuar así eran importantísimos”,<sup>27</sup> puesto que eran relativos a la Seguridad Nacional de Estados Unidos, aun de espaldas a la Nación y contra ella.<sup>28</sup> Algo por el estilo dice Santa Anna acerca de sus actos patrióticos al respecto de México. Y también es por patriotismo que Heriberto Frías se autoconvence de que Santa Anna no pudo haber traicionado a México.

<sup>27</sup> Leon Festinger, en “Leon Festinger”, entrevista con Richard Eban en *Los artífices de la psicología y el psicoanálisis. Conversaciones con grandes psicólogos contemporáneos*, p. 383.

<sup>28</sup> En el México actual la camarilla tecnocrática neoliberal maneja análoga ideología cínica autoencubridora.





## CAPÍTULO 4

### “GLORIOSA CONQUISTA” (GASTÓN GARCÍA CANTÚ FRENTE A SANTA ANNA, RAMÓN GAMBOA Y MARX)

Prosigamos nuestro recorrido historiográfico de la guerra ente México y Estados Unidos —y en especial sobre la semblanza de Santa Anna como figura clave de los acontecimientos— comentando críticamente la idea que sobre estos dos problemas tiene Gastón García Cantú en su libro *Las invasiones norteamericanas en México*<sup>1</sup> porque representa la perspectiva más completa —de las vistas hasta aquí— acerca del problema, tanto por ser relativamente reciente —el libro fue publicado en 1971— como por los supuestos teóricos historiográficos desde los cuales lo realiza. Como es sabido, Gastón García Cantú es de formación marxista, liberal progresista, simpatizante con el socialismo.<sup>2</sup>

#### 1. GASTÓN GARCÍA CANTÚ FRENTE A SANTA ANNA, GAMBOA Y MARX

El capítulo 9 del libro de Gastón García Cantú lleva por título “Gloriosa conquista”, aludiendo a la manera en que los norteamericanos caracterizan la invasión del territorio mexicano y el cercenamiento de Texas, California, Nuevo México, etcétera, territorio anteriormente mexicano. Este capítulo presenta dos grandes partes, correspondientes a un doble procedimiento que es análogo al de otros autores mexicanos desde fines del siglo XIX y en los cuales se pudo basar también Justo Sierra. El doble procedimiento consiste en criticar por un lado al expansionismo y colonialismo norteamericanos, y por otro, aludir a las condiciones deplorables que pervivían en

<sup>1</sup> Cfr. Gastón García Cantú, *Las invasiones norteamericanas*, ERA/SEP, Lecturas Mexicanas número 57, México, 1986.

<sup>2</sup> Gastón García Cantú nace en Puebla en 1917. Estudia derecho, es periodista y entre muchos cargos resalta el de Director General de Difusión Cultural de la UNAM (1968), Director del Centro de Relaciones Internacionales (1972-1974), y de Estudios Políticos (1974-1976), articulista de *Excelsior* (1976), *Proceso* y *Siempre* (1978-1980), Director del INAH (1976-1982). Entre una veintena de títulos resaltan para nuestro tema: *El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental (1810-1962)* (1965), *El socialismo en México* (1969), *Las invasiones norteamericanas en México* (1971), *El desafío de la derecha* (1987), *Años críticos (La UNAM. 1968-1987)*, “Prólogo” a *Recuerdos de la invasión norteamericana* de Joaquín Rúa Bárcena (1986) y *El proyecto ideológico de la Constitución* (1986).



México a la sazón. Además, en algunas ocasiones se refiere al papel nefasto que jugara Santa Anna en los acontecimientos.

La primera parte del capítulo busca consolidar la idea de que la invasión estadounidense a México se debió al espíritu de conquista de los invasores. Comienza diciendo: “de los dos símbolos nacionales de Estados Unidos, el Tío Sam y el Hermano Jonathan”.<sup>3</sup> Para nosotros es familiar el Tío Sam, pero ¿quién es el Hermano Jonathan? Gastón García Cantú prosigue señalando que el Hermano Jonathan “representa, hasta fines del siglo XIX, la personalidad colectiva: muchacho gigantesco, fornido, de articulaciones grandes, con un desarrollo físico superior a sus años, desgarrado, simple y malicioso para sus adentros, héroe imprevisto, capaz de exponer ante un auditorio complaciente y atónito unos cuantos principios olvidados sobre la democracia y la libertad”.<sup>4</sup> Pero también es un guerrero brutal. Y luego dice Gastón García Cantú: “el guerrero de los Apalaches, el cazador del Valle de Tennessee, el miliciano de Nueva Orleans [en todo esto hay que entrever al asesino de distintos pueblos y etnias norteamericanas. Este guerrero] fue el mismo de la guerra contra México, la barbarización norteamericana manifestada en 1848 y en 1969 en Vietnam ofrece el amplio y diverso testimonio de su persistencia histórica”.<sup>5</sup> Así pues, el espíritu norteamericano representado por el Hermano Jonathan se va a realizar o encarnar en distintas situaciones históricas desde inicios del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX.

Esta es la primera idea que Gastón García Cantú quiere dejar asentada. Evidentemente se trata, más allá de las notas históricas en las que se puede apoyar, de una idea metafísica y, por ende, si busca enjuiciar los acontecimientos comienza cargándole la culpa a Estados Unidos, lo que en alguna medida le restará responsabilidad a Santa Anna. No obstante, en la segunda parte insistirá en el papel nefasto jugado por este hombre.

En efecto, para conectar con la segunda parte dice Gastón García Cantú —retomando una idea que vimos tematizada a fondo por Agustín Yáñez—:

Comparar la descripción de Scott con la del general Nicolás Bravo, comandante de esa fortaleza [de Chapultepec], es ver, como a través de un catalejo, los hechos significativos: [por un lado,] la metódica decisión de una conquista [por parte de Scott y, por otro lado, por parte de Nicolás Bravo] y la defensa desesperada [aquí viene la idea que Gastón García Cantú retoma de Yáñez:] de quienes dependían de un paranoico, como Santa Anna, que deseaba enriquecerse, permanecer indefinidamente en el poder, y no enfrentarse a los invasores.<sup>6</sup>

Profundicemos en el modo en que Gastón García Cantú caracteriza el papel de Santa Anna. De antemano hay que subrayar el hecho de que la perspectiva general que

<sup>3</sup> Gastón García Cantú, *op. cit.*, p. 106.

<sup>4</sup> *Idem.*

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 108.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 110.

utiliza este autor para caracterizar a Santa Anna coincide justamente con la del diputado Ramón Gamboa en su denuncia de las actuaciones de Santa Anna ante el Congreso Mexicano en 1848-49.

Escojo algunos pasajes significativos: “El Santa Anna de 1847 debía ser tan útil a los norteamericanos como el de mayo de 1836 [cuando actuó para ceder Texas]. El convenio que celebrara Santa Anna con David G. Burnett, `presidente de la República de Texas´, es un antecedente, político y moral, de sus tratos con Polk”,<sup>7</sup> el presidente de los Estados Unidos. Así pues, la sugerencia es que en los dos casos Santa Anna cedió y se vendió.

Un segundo pasaje que sirve para caracterizar a Santa Anna es el siguiente: “Reeves, como otros historiadores, considera que la conducta posterior de Santa Anna, una vez en México, fue diferente a la prometida a Polk cuando Santa Anna se entrevista con MacKenzie, en La Habana”,<sup>8</sup> pero Gastón García Cantú añade a renglón seguido “los hechos militares no lo confirman”;<sup>9</sup> más bien, dice, Santa Anna cumplió lo prometido a Polk. “Sus proposiciones al gobierno norteamericano coinciden con la táctica que siguió en la guerra: retroceder [Angostura], fatigar a los soldados, hacerlos combatir sin municiones [Churubusco], destituir generales, mover constantemente a las fuerzas disponibles hacia puntos sin importancia para diezmar la resistencia nacional [sobre todo en el Valle de México].”<sup>10</sup> Gastón García Cantú recobra inteligentemente todos estos puntos, cuerpo de la argumentación del diputado Ramón Gamboa. “Todas las victorias norteamericanas, en nuestros países, han contado con hombres como Paredes, Santa Anna o Almonte. Solo han cambiado los uniformes o las casacas.”<sup>11</sup>

No carece de actualidad la preocupación de Santa Anna por su apariencia de lealtad hacia México. Cita Gastón García Cantú:

“Desea también [Santa Anna] que se guarde el mayor secreto —escribió McKenzie— respecto de sus conversaciones, y que se comuniquen únicamente por mensajero hasta donde sea necesario, puesto que sus compatriotas, sin apreciar sus benévolas intenciones de librarlos de una guerra y de otros males, podrían formarse una opinión dudosa de su patriotismo.” El 17 de febrero de 1846, Polk, ante su gabinete, expresó la opinión de que habrían de tomarse medidas enérgicas contra México. No hay duda de que la sugestión de Santa Anna lo persuadió de la oportunidad de aplicarlas.<sup>12</sup>

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 113.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 116.

<sup>9</sup> *Idem.*

<sup>10</sup> *Idem.*

<sup>11</sup> *Idem.*

<sup>12</sup> *Idem.*



Porque precisamente ésta fue la sugerencia que Santa Anna comunicó a Polk a través del general Alejandro Atocha, español naturalizado estadounidense, amigo y comisario confidencial de Santa Anna ante Polk.

En fin, Gastón García Cantú dice más o menos conclusivamente que “Santa Anna discurría como un *miembro del gabinete* de Polk, quien envió al almirante Alex Slidell McKenzie a La Habana”,<sup>13</sup> como se sabe, a platicar con él.

Para observar el conjunto de manera global citemos lo siguiente:

los convenios con los texanos y las sugerencias que [Santa Anna] daría a Polk esclarecen la veracidad de los 24 cargos formulados por Gamboa, verdadero revés de la trama militar y política de la guerra de 1847, que demostraría, a través de la conducta de Santa Anna y de otros generales y políticos, que [esta es la tesis que quiere sacar adelante Gastón García Cantú, tesis correcta pero por la cual va a olvidar, o desleer, el papel jugado por Santa Anna no importando que lo acaba de denunciar] toda invasión violenta o pacífica conducida por militares o financieros, embajadores o representantes oficiosos debe contar para sus éxitos con los aliados espontáneos de la sumisión a lo extranjero; con el ejercicio anónimo de los adversarios internos de la nación.<sup>14</sup>

Tesis perfectamente aplicable en la actualidad. Veamos ahora cómo Gastón García Cantú, en el momento mismo en que le carga la responsabilidad a Santa Anna sobre los sucesos de 1847-1848 también lo justifica y lo descarga de responsabilidad:

la desorganización militar de nuestro país, en 1847, consecuencia de la lucha interna de la burguesía por alcanzar el poder político, las maniobras indecisas ante el enemigo, las desercciones o abandono de los puestos defensivos —la historia de los hechos de armas, salvo heroicidades personales— demuestra, no la debilidad de México sino el haber sido dirigida su defensa por un hombre, como Santa Anna, educado en los cuarteles virreinales.<sup>15</sup>

Luego, para aclarar la tesis de que la culpa es de Santa Anna pero quizá no de Santa Anna en cuanto tal sino por haber sido educado en los cuarteles virreinales, añade lo siguiente:

Durante la guerra con los Estados Unidos el ejército mexicano contaba con 137 jefes, de los cuales unos 20 no habían sido *realistas*; casi todos, por tanto, fueron enemigos de las instituciones republicanas. No era posible así ninguna resistencia militar a la invasión

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 115. No obstante, Josefina Zoraida Vázquez en su “Don Antonio López de Santa Anna. Mito y enigma” dice en el colmo: “No parece quedar la menor duda [¿! ¿?] de que no fue traidor, pero la sospecha desmoralizó al país [he aquí la moraleja según la cual no debemos pensar que fuera traidor, tampoco ahora], pues la duda hizo que se desconfiara de su deslealtad, lo cual debilitaría aún más al gobierno” (p. 30). Por supuesto, solo mientras estuviera compuesto por alguien tan corrupto como Santa Anna, le faltó añadir a Josefina Zoraida Vázquez para asentar así no un sofisma sino una verdad.

<sup>14</sup> *Cfr.* Gastón García Cantú, *op. cit.*, p. 114.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 111-112.



norteamericana con mandos para los cuales ninguna significación tenía la independencia y la integridad territorial del país. México [esta es la idea que quiere contrastar Gastón García Cantú], más débil en 1862 —se libró previamente una guerra civil devastadora— pudo hacer frente a Francia en una guerra prolongada [...] porque la defensa nacional era parte de la política de la reforma social y económica. En 1847 hubo posibilidades y tentativas pero las circunstancias favorecieron que condujera las operaciones un hombre como Santa Anna que ejemplifica al hombre colonial.<sup>16</sup>

Una primera tesis en contra de la idea de Gastón García Cantú dice que no todos los hombres coloniales eran como Santa Anna; otra, que no vale responsabilizar a Santa Anna como individuo y diluir al mismo tiempo la responsabilidad en la generalidad “hombres coloniales” o “jefes realistas” o aun monárquicos. Con ello Gastón García Cantú desespecifica el fenómeno histórico. Veamos cómo lo desespecifica aún más en descargo de Santa Anna.

Después de hablar de Santa Anna como ejemplo de hombre colonial, dice: “lo que Sartre [en su “Prólogo” a *Los colonizados de la tierra* de Franz Fanon] advirtió en el proceso del colonialismo francés, la aplicación del *numerus clausus*, fue exactamente lo que España ejerció desde el siglo XVI en México. El colonizado no fue un semejante para el colonizador, sino alguien a quien éste despojó de su identidad humana”.<sup>17</sup> Es decir, nos encontramos con que Gastón García Cantú intenta describir la personalidad de Santa Anna como la de un hombre colonizado, parangonándola con lo que el colonialismo francés hizo de los colonizados africanos, especialmente el despojo de su identidad humana; así que Santa Anna fue despojado de su identidad humana como hombre colonial.

La enajenación bajo todas sus formas creó la conciencia de los mexicanos [esto es cierto]. Ella [la conciencia de los mexicanos] vino a ser el resultado perdurable de la violencia impuesta, el reflejo de la realidad histórica. La vergüenza y el miedo de ser destruidos, el quebrantamiento del carácter nacional, produce seres desintegrados, sometidos, vulnerados al menor contacto de quienes aparecen resueltos y seguros; desconfiados, temerosos, hombres que menosprecian su vida y la vida misma; taimados y perezosos, dispuestos al servicio y exaltación de lo que les beneficia de inmediato; sin apoyo alguno del pasado de su país, al que ignoran del todo, ni presentimiento del orgullo nacional, que nada significa para ellos; son los audaces de siempre, los resueltos a salirse con la suya: espejos vivos del régimen que los ha deshumanizado lenta, implacablemente. Una vida así, como la de Santa Anna, es en rigor una sucesión de deslealtades.<sup>18</sup>

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 112.

<sup>17</sup> *Idem.*

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 112-113.



Es cierto que la de Santa Anna es “una sucesión de deslealtades”, pero difícilmente se puede situar *sin mediación* a Santa Anna, individuo preciso, como igual a todo hombre colonizado o a todo hombre colonial, y, luego, en segundo lugar, sugerir que Santa Anna, integrante de las clases medias y acomodadas nacionales, sea análogo al colonizado negro, esclavo del colonialismo francés. No entender la figura peculiar de Santa Anna más que como enajenado, sometido y colonizado, es echarle la culpa ora a Francia, ora a España, ora a Estados Unidos. ¿Y Santa Anna? Pues nada más es un reflejo de ello. Queda exculpado.

Así pues, tenemos el paradójico efecto consistente en que en el momento mismo en que Gastón García Cantú critica a fondo a Santa Anna basamentándose, asumiendo de parte a parte la crítica del diputado Gamboa a Santa Anna, en ese mismo momento comienza a descargarle responsabilidad. Ya vimos porqué: (1) porque le quiere cargar toda la responsabilidad a Estados Unidos, tanto en aquel tiempo como en el presente; la alusión a Vietnam en 1969 es clara al respecto. (2) Amén de responsabilizar a las clases dominantes mexicanas, en especial a sus elementos corruptos proimperialistas.

Ahora bien, existe en el libro de Gastón García Cantú otro elemento que nos permite entender por qué lleva a cabo este implícito descargo de responsabilidades de Santa Anna. Este otro elemento no lo vamos a tematizar, solamente lo aludiremos, y consiste en que (3) se trata de un libro dedicado monográficamente a las invasiones estadounidenses en México, escrito por un autor de formación marxista, que sin embargo no cita y ni siquiera alude a las afirmaciones de Marx y Engels sobre la guerra del '47. Esto es muy extraño. No obstante, en diversos capítulos hace referencias a varios autores marxistas que escriben acerca de México o del colonialismo, del imperialismo, etcétera, y cita a Lenin, a Roger Garaudy, etcétera.<sup>19</sup>

Tal parece que ante las afirmaciones de Marx y Engels sobre México Gastón García Cantú se vería como un alemán con una papa caliente en la boca, esto es, en dificultades, pues él cree que no podría criticar a fondo a Estados Unidos justamente porque Marx, en algunas de sus aseveraciones sobre México, *aparentemente* se inclina a favor de Estados Unidos. Está claro que Gastón García Cantú desconoce el papel que desempeña Santa Anna para la relación Marx-México y para esclarecer esta relación en la conformación de un nacionalismo revolucionario auténtico.<sup>20</sup> De ahí que mejor evada aludir a las opiniones que Marx se formó sobre México, porque Gastón García Cantú está preso de las deformaciones ideológicas según las cuales dichas opiniones supuestamente militarían contra México.

<sup>19</sup> *Cfr.* la crítica pormenorizada al respecto en mi tesis de doctorado, “1847-1997. Los escritos de Marx y Engels sobre México”, pp. 75-79.

<sup>20</sup> *Cfr.* más abajo en este mismo libro.



Según esto, desde el marxismo de Marx difícilmente podría construirse un nacionalismo revolucionario mexicano; quizá sí desde el marxismo de Lenin, pero no desde el de Marx. Entonces, mejor chitón. Por eso tampoco le interesa especificar la responsabilidad precisa de Santa Anna. No es de su interés ahondar al respecto más que en términos generales, para criticar a los conservadores mexicanos, a los hombres coloniales mexicanos y exaltar a los liberales, a los revolucionarios, etcétera. Pero, como digo, no actuaban como Santa Anna todos los conservadores ni todos los hombres coloniales ni todos los colonizados —sobre todo, no los negros colonizados de África—, por lo tanto, no pueden servir para justificar las triquiñuelas de Santa Anna y menos su traición a la patria.

Acerca de que el pueblo de México se enfrentó a los franceses y los derrotó, el factor fundamental fue, sobre todo, que no intervino Santa Anna y Juárez era presidente.

Por su parte, Gastón García Cantú dice: y eso que México estaba más débil en 1862, cuando la invasión francesa.<sup>21</sup> Lo que no es completamente cierto, pues en cuanto a fuerzas productivas es más débil en '47 que en '62, cuando existe un país más cohesionado. La pérdida de la mitad de su territorio redundó en que se pudo gobernar mejor; así, la acumulación de capital toma curso. Tenemos un país más fuerte en cuanto a relaciones de producción y en cuanto a fuerzas productivas, en cuanto a número poblacional y en cuanto a utilización de su riqueza. Ciertamente el argumento general para explicar la derrota frente a Estados Unidos —no el específico, la intervención entreguista de Santa Anna— insisto, alude al hecho de que Estados Unidos era un país muchísimo más potente en términos de fuerzas productivas y de relaciones de producción que el México de ese entonces. Esa realidad histórica se deslee cuando Gastón García Cantú dice que México estaba más débil en 1862 que en 1847.

Ahora bien, Gastón García Cantú dice que el país acababa de salir de una revuelta, de una revolución; por eso estaba más débil. Esto es válido solo en el sentido de que acababa de experimentar una lucha interna y hubo saqueo. Pero no es cierto que todo el país estaba más débil. Gastón García Cantú habla de una debilidad particular pero la refiere como si fuera una debilidad geopolítica y, por lo tanto, general.

Como se ve, la crítica a Santa Anna para prosperar deberá saber relacionar la crítica del imperialismo y la reivindicación nacionalista sin por ello diluir la responsabilidad histórica del individuo Santa Anna. Y lograr eso mismo relacionando la crítica del imperialismo y la reivindicación nacionalista con la crítica clasista a la burguesía mexicana y demás grupos dominantes del país. Además habrá que pasar por el difícil trance de echar cuentas con Marx respecto de la relación México-Estados Unidos. No el único pero si uno de los límites más resaltantes en la intervención de Gastón García Cantú.

<sup>21</sup> Cfr. Gastón García Cantú, *op. cit.*, p. 112.







## CAPÍTULO 5

### MIDIENDO LA EFICACIA DEL FETICHE SANTA ANNA

#### 1. CLASE DOMINANTE Y TRAICIÓN INDIVIDUAL (AD GILBERTO LÓPEZ Y RIVAS)

Es posible encubrir la responsabilidad histórica de Santa Anna entretejiéndola con las envidias y pugnas que compartía con el alto mando mexicano, y aun articulando éstas *consecuentemente* con las conductas antipatrióticas del clero y otros grupos dominantes de México. De esta manera se logra establecer una debilidad clasista mexicana frente a la invasión norteamericana; con más precisión, una connivencia entre los grupos dominantes mexicanos —que decantarán históricamente como burguesía mexicana— y los Estados Unidos, país capitalista-imperialista que devendrá —entre 1847 y 1991— en hegemón absoluto del orbe. Más allá del vicio de teleologismo aquí implicado, pero que permite descifrar por lo más desarrollado y evidente lo vago y menos desarrollado (como la anatomía del mono es descifrada por la del hombre, diría Marx, en su “Introducción” del 57), la deficiencia de esta interpretación radica en que atina en la cuestión clasista general pero desatina en la cuestión Santa Anna en particular; lo que redundará en volver *destinal* la derrota mexicana por cuanto arraigada clasistamente en los grupos dominantes. Otra vez, el mito Santa Anna causa efecto y la traición de Santa Anna se diluye. El objeto —geopolítica, imperialismo y clase dominante— lo decide todo y el sujeto histórico individual se evapora.

Con lo anterior he querido hacer un comentario general a la interpretación de Gilberto López y Rivas, en su *La guerra del '47*<sup>1</sup> y, a la vez, introducir el siguiente comentario particular en torno a un pasaje decisivo de su texto. Por lo demás, Gilberto López y Rivas intenta establecer cuál es el *sujeto histórico colectivo libertario*<sup>2</sup> de la historia mexicana. La valiosa advertencia y sugerencia teórica y política

<sup>1</sup> Gilberto López y Rivas, *La guerra del '47 (y la resistencia popular a la ocupación)*.

<sup>2</sup> “En ese contexto, podemos afirmar que en medio del caos causado por la pésima dirección de la guerra, por el derrotismo y la traición de los grupos más poderosos del país, es al pueblo trabajador y humilde, es a los elementos patriotas del ejército, es a las columnas guerrilleras formadas espontáneamente entre la población civil y los soldados, que corresponde el mérito de haber presentado un frente de lucha y de resistencia contra el invasor; pensamos que no se ha destacado suficientemente el papel jugado por las masas populares en la guerra contra los Estados Unidos.” (*Ibid.*, p. 131).



de Gilberto López y Rivas señala que hubo resistencia popular a la invasión estadounidense en 1847 pero que ésta fue traicionada por los grupos dominantes. Análoga traición ejercitará la oligarquía burguesa actual y solo la resistencia popular será apta para enfrentar al imperialismo yanqui. En efecto, concluye su argumento así: “Ante esta situación [de los mandos militares y los grupos dominantes], la defensa del país frente a la invasión norteamericana fue desigual, caótica, frustrantemente heroica y, casi siempre, con resultados trágicos.”<sup>3</sup>

## 2. LA OMISIÓN TEÓRICA DE LA BURGUESÍA NO ES LO MISMO QUE SU ABOLICIÓN HISTÓRICA

Si nos fijamos bien hay un punto ciego en lo dicho. En el próximo enfrentamiento con el imperialismo estadounidense —enfrentamiento que en realidad está en curso— la resistencia popular, para ser eficaz, ¿prescindirá de la burguesía mexicana? La cuestión es que no es fácil borrar a una clase dominante de la escena histórica solo porque convenga al nacionalismo revolucionario. Gilberto López y Rivas en realidad no precisa la advertencia y sugerencia indicada, y si la formulara explícitamente matizaría lo que yo he dicho sin matiz; pues él sabe que *no* se puede prescindir de la burguesía mexicana de un plumazo. De hecho, entiende que los grupos dominantes mexicanos no siempre han actuado como durante la invasión norteamericana con Santa Anna a la cabeza. El “instinto de conservación” —Gilberto López y Rivas glosa los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, de Payno, Prieto y otros— de la “gente acomodada” al ver al pueblo armado contra el invasor, y temiendo por sus propios bienes, propició el que esa gente se armara contra el pueblo mexicano.

Este “instinto de conservación” y el temor al pueblo estuvieron siempre presentes a lo largo de la guerra y fueron una de las causas fundamentales de nuestra derrota. Los norteamericanos contaron con un aliado inapreciable en la conducta de los grupos dominantes [entre ellos el clero] de México que, con algunas excepciones, no se enfrentaron a la invasión norteamericana con la entereza y con la decisión con la que el grupo dirigente dominante, en condiciones muy distintas, combatió con los invasores franceses, años más tarde.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 130.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 129-130. El mismo Guillermo Prieto comenta respecto de la defensa popular que se suscitó en la capital al tomarla los norteamericanos pero que fuera abandonada por Santa Anna “doloroso es decir que aquel esfuerzo generoso del bajo pueblo fue en general censurado con acrimonia por la clase privilegiada de la fortuna, que veía con indiferencia la humillación de la patria con tal de conservar sus intereses y su comunidad.” (Guillermo Prieto citado por José Emilio Pacheco en “¿Dónde está el padre Jarauta?”).



Curiosamente, lo de “aliado inapreciable” ya lo dijeron otros<sup>5</sup> respecto de Santa Anna. Pero Gilberto López y Rivas extiende agudamente las características del comportamiento santánico a todo el grupo dominante. Por supuesto que con ello ilumina una estructura histórica real pero pierde la específica determinación del acto de Santa Anna, su papel como individuo histórico. Añade:

La alta oficialidad del ejército, que se distinguió por su ineptitud, por la predominancia entre sus miembros de rivalidades, envidias, y rencillas personales y de facción, que fue incapaz en su mayoría de dirigir una sola acción de guerra con acierto y que fuese coronada con el triunfo, sufriendo derrota tras derrota, no por la acción victoriosa del enemigo, sino por las indecisiones, los errores, las veleidades, las cobardías y las traiciones de los generales y comandantes en jefe, dirigidos por no otro que el gran terrateniente y nefasto aventurero, Antonio López de Santa Anna.<sup>6</sup>

Según esta cita no se dice directamente que Santa Anna fuera traidor pero se infiere, pues dirigía a “los generales y comandantes” que se significaron por “las indecisiones, los errores, las veleidades, las cobardías y las traiciones”. Además las traiciones quedan en aparente igualdad de circunstancias con las indecisiones y cobardías, etcétera. Pero lo específico de la intervención de Santa Anna se deslee aún más porque al aludir al grupo de los generales y comandantes que Santa Anna no solo dirigía sino con quienes cruzaba envidias, rencillas y enemistades, lo de “traiciones de los generales y comandantes en jefe” no se sabe si alude a que se traicionaban entre ellos —como Santa Anna a Nicolás Bravo o a Valencia, etcétera— o bien a que estaban en combinación con el ejército invasor. Y si se sugiere esto último, no se ve el peso específico del hecho de que haya sido Santa Anna quien estaba en dicha combinación.

### 3. RESPONSABILIDAD HISTÓRICA INDIVIDUAL, LUCHA DE CLASES Y ALIANZAS ENTRE ELLAS

Fincar la responsabilidad histórica del individuo —en este caso descollante como fue la de Santa Anna— es decisivo para espigar lo mejor que de sí misma la clase dominante pueda dar aún a la historia. Si las conductas reprobables quedan pondera-

<sup>5</sup> Por ejemplo Mario Gill: “La *gloriosa* victoria sobre los dormilones de San Jacinto no fue solo un triunfo militar que se tradujo en la separación de Texas. Esto resultaba verdaderamente insignificante frente al lado [?] del hallazgo invaluable: Santa Anna. Sam Houston había descubierto con él, un nuevo continente. El funesto esquizofrénico inició allí su carrera de grandes traiciones a la patria. En Puerto Velasco Santa Anna firmó dos convenios: [...]” (Mario Gill, *Nuestros buenos vecinos*, p. 35). Mario Gill dice poco más adelante: “Cuando Jackson conoció a Santa Anna y tuvo con él un acuerdo secreto, debe haber dicho lo que posteriormente dijeron los hombres de la Casa Blanca de Somoza, el de Nicaragua: ¡Es un hijo de puta, pero es nuestro!” (*Ibid.*, p. 36).

<sup>6</sup> Gilberto López y Rivas, *op. cit.*, p. 130.



das con toda precisión, los grupos dominantes *podrían* —que no necesariamente se garantiza que lo hagan— repudiar esos procederes. Por lo demás, el cuadro clasista de conjunto no desmerece en nada porque se especifique la condición de uno de sus miembros. Y las masas populares —que también incluyen héroes personales que hay que saber reconocer en su peso específico— pueden aclarar su postura ora respecto de indecisiones, cobardías y veleidades, ora, sobre todo, frente a traiciones. Además, pueden ir más allá de la paranoia respecto de toda la clase dominante y cualquiera de sus lacras —indecisiones, cobardías y veleidades, etcétera— para enfocar y prevenir la traición en conductas precisas de individuos determinados. Esto es tanto más indispensable por la alianza necesaria entre la resistencia popular y las fracciones nacionalistas auténticas de la clase dominante mientras esta clase aún exista en la escena histórica.

La brillante intervención de Gilberto López y Rivas está un paso atrás apenas de rebasar el “fetiche Santa Anna”, por eso nos permite medir la eficacia del mismo en uno de sus extremos, allí donde aún reconociendo su traición ésta queda de nuevo oculta. En el capítulo siguiente tendremos ocasión de observar en la exploración de la historiografía nacional el caso más complejo: Mario Gill, quien no está un paso atrás de superar el fetiche sino en el mismo borde.





## CAPÍTULO 6

### VERGÜENZA PATRIÓTICA E IRA ANTIYANQUI (AD MARIO GILL)

¿Cómo es posible que nuestros historiadores hayan dejado empolvar por tantos años la verdad histórica?

Armando Rodríguez y Suárez, prologuista de Mario Gill<sup>1</sup>

Mario Gill señala que la victoria de Estados Unidos sobre México fue una “victoria comprada a precio de ganga”, transada precisamente por Santa Anna. La traición de éste a México estuvo mediada por un acto comercial. Mario Gill distingue y relaciona el acto comercial respecto de la traición propiamente dicha, términos que el sentido común confunde. Mario Gill sigue la línea biográfica de Santa Anna y relaciona a la vez que diferencia 1836 respecto de 1847, la venta de Texas respecto de la entrega de México al invasor yanqui, fechas que en el sentido común —como veremos— también se confunden. Para Mario Gill, la traición de San Jacinto, Texas, en 1836, se articula con la traición de La Habana en 1846, donde queda arreglada la intervención de Santa Anna a favor de Estados Unidos durante la guerra del ‘47. *Nuestros buenos vecinos* (1959) de Mario Gill es un libro antiimperialista y contrario al entreguismo de las clases dominantes mexicanas cuyos coqueteos con Estados Unidos y cuya corrupción denuncia hasta el año de 1957 cuando la burguesía mexicana ya era una clase nacional dominante perfectamente bien conformada. Por supuesto denuncia la doctrina del “destino manifiesto” que los Estados Unidos han esgrimido desde el siglo antepasado para justificar sus anexiones del suelo de América, comenzando por el norte de México. Pero, a diferencia de Gilberto López y Rivas,<sup>2</sup> Gill sabe responsabilizar de traición a Santa Anna en particular.

Cosa extraña, Mario Gill no ofrece ninguna referencia de la acusación del diputado Ramón Gamboa, el primero que estableció fundadamente la traición de Santa Anna y involucró su actuación durante la Guerra del ‘47 a la concertación de La Habana y aun con la traición de San Jacinto, figurando el carácter de Santa Anna y su línea biográfica como concordantes con sus traiciones. Por contraste, vimos que Gastón García Cantú cita al diputado Gamboa pero, paradójicamente, exime a Santa

<sup>1</sup> Cfr. Mario Gill, *Nuestros buenos vecinos*, p. VII.

<sup>2</sup> Cfr. “Introducción”, parágrafo 4.



Anna de la responsabilidad histórica que le corresponde asimilándolo con el hombre colonizado en general. El resultado de la ausencia de la acusación de Ramón Gamboa en el texto de Mario Gill es que no visualiza la intervención precisa de Santa Anna sino solo, en general, su traición.

Como correlato de lo anterior veremos que la posición antiimperialista y anticapitalista de Mario Gill —además de antisantanista— no logra situarse histórica y geopolíticamente de modo adecuado. Además, por extraño que parezca, la imprecisión respecto de la intervención de Santa Anna mueve a Mario Gill a restarle implícitamente responsabilidad a éste para culpabilizar explícitamente al pueblo mexicano, el mismo al que en la mayoría de los casos defiende lúcidamente contra la traición de Santa Anna, los grupos dominantes mexicanos y el invasor yanqui. Detallemos el caso.

A propósito de la batalla de la Angostura (Buenavista, en los partes estadounidenses), apoyándose en Manuel Balbontín (*La invasión norteamericana*), Mario Gill concluye que la entrega de la batalla a Taylor luego de haberlo derrotado, obedece a que “Santa Anna cumplía sus compromisos secretos de La Habana”.<sup>3</sup> De hecho, este evento le sugirió a Mario Gill el título de su capítulo: “Victoria a precio de ganga”, pues un

periódico yanqui se encargó, algunos años después, de exhibir a los *triunfadores* de La Angostura: *The Sunday Chronicle*, de San Francisco, California, publicó el 5 de enero de 1890, la siguiente información:

“Se compró la batalla de Buenavista

“Refiriéndose a un aserto recientemente hecho de que el general Zacarías Taylor ganó la batalla de Buenavista con dinero y no peleando, el señor James Rabb, banquero muy conocido en Vincennes, le dijo al corresponsal de *The Sun of New York* en Indianapolis: El presidente Polk le dio al general Taylor \$4 millones del fondo secreto y le dijo que si se veía apurado con Santa Anna lo comprara. (A este respecto) el capitán Blood, de Louisville, me dijo que `el día de la batalla y como a las tres de la tarde, el general Taylor estaba completamente derrotado y me mandó con otros dos a llevar una proposición escrita sobre que si no atacaba mucho más aquella tarde y dispersaba su ejército en aquella noche, le daría \$4 millones. Aceptó en el acto y en el acto recibió el dinero´”.

Conocíamos a nuestros vecinos como compradores de territorios al por mayor, como traficantes en soberanías y libertades humanas, conciencias y honras, pero no sabíamos que fueran también compradores de batallas, de *glorias* y de *heroísmo*.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> “Todo lo que podía hacerle falta lo encontraría el ejército mexicano en el campo de Taylor. La situación de éste era insostenible. Sin embargo, Santa Anna ordena regresar a través del desierto, hasta San Luis Potosí, en busca de víveres, y todavía tuvo la *generosidad* de enviarle al enemigo ¡400 prisioneros!” (Cfr. Mario Gill, *op. cit.*, p. 45).

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 46.



Unas cuantas páginas adelante remacha la acusación con los siguientes conceptos y una nueva cita de un periódico estadounidense:

México no había sido derrotado. Había sido vendido y traicionado vilmente. Los mismos invasores lo reconocían. Dijo *The North American* el 26 de noviembre de 1847: “La traición de Santa Anna y de los que componían su gobierno será transmitida a la posteridad como la maquinación más infame con que jamás se vendió a un pueblo y se arruinó a un Estado... El epitafio que se pondrá sobre el en otros tiempos brillante escudo de México, dirá: Sucumbió esta nación porque sus hijos fueron desleales a su patria y al resto del mundo”.<sup>5</sup>

Extrañamente, Mario Gill no reniega de la afirmación final. En esa equívoca afirmación el acto santánico *contra* México resulta ser *de* México. En lugar de ensuciar al Cancero yanqui que lo devoró (por lo menos el del Infierno de la *Divina Comedia* recibió de Virgilio un puñado de tierra en el hocico), en varios pasajes Mario Gill refrenda la afirmación del periódico estadounidense y parece resentido ante los desleales hijos de México, no tanto para restar responsabilidades a Santa Anna ni quitársela a los norteamericanos —aunque tenga ese doble efecto— sino para exaltar por contraste a los mexicanos de ideas radicales y por ello patrióticos.

No obstante, cuando habla de los “liberales puros” que encabezaban la insistencia patriótica en la continuación de la lucha<sup>6</sup> no explica que hay quien dice que los “puros” pretendían, si perdía la resistencia, entregar el país entero a Estados Unidos, país de la democracia y la libertad, según se mostraba entonces y ellos así lo consideraban.<sup>7</sup>

Mario Gill cierra su capítulo: “El glorioso espíritu de anexión”, del siguiente modo:

*The American Star* del 24 de abril de 1848, publicaba un artículo tomado del *Delta de Nueva Orleans*, con el siguiente título: *La República de la Sierra Madre*, en el que se exponía, entre otras infamias, la siguiente:

“[...] Pero nos equivocamos al decir que la fecha del plan para conquistar el país de la Sierra Madre no era anterior a la fecha en que se pasó el Río Grande en 1846. Mucho antes

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 54.

<sup>6</sup> “Había naturalmente la corriente patriótica que insistía en la continuación de la lucha; la encabezaban los *liberales puros* cuyos representantes eran don Valentín Gómez Fariás y don Manuel Crescencio Rejón. Se pensaba que México, a pesar de todo, podría apoyarse un poco en las contradicciones internas de los invasores; las relaciones entre el Sur y el Norte se encaminaban hacia una crisis. El Norte, celoso del predominio que indudablemente adquiriría el Sur con la conquista de los territorios mexicanos, podía tal vez haber sido empleado, con habilidad, para contrarrestar la terrible presión de los esclavistas sureños y de la prensa jingoísta que preconizaba constantemente en los periódicos editados en la ciudad de México la ocupación de todo el territorio de la república mexicana. La idea de que era preferible ceder la mitad de nuestra patria a tener que perderla toda, fue la que prevaleció. Los moderados expresaban su desaliento y fatalismo, insinuando la inutilidad de la resistencia e, inclusive, la de los tratados.” (*Ibid.*, pp. 54-55).

<sup>7</sup> *Cfr.* la queja de José Fuentes Mares al respecto en mi *Perfil del traidor. Santa Anna en la historiografía y en el sentido común*, pp. 128-131.



de esto, algunos jefes mexicanos y texanos conspiraban para obtener ese resultado. Este plan no se explayó antes por el estado de confusión en que se hallaban los negocios de México[...] y también por las esperanzas de una guerra entre México y los Estados Unidos.

“Sin embargo, los mexicanos mismos dieron algunos pasos con la mira de establecer la República de Nuevo León antes que la guerra estallara. El lector recordará la carta de Mr. Marks, nuestro cónsul en Matamoros, en la que explica todo el plan. Mr. Marks recibió unas comunicaciones de Victoria, Cuartel General de ese partido, para ver si los Estados Unidos darían su auxilio y aprobación al plan para una nueva república incluyendo todos los estados del norte de la Sierra Madre...”

“Por esta razón, siempre hemos estado opuestos a la paz...”

El antecedente a que se refiere *The American Star* es el siguiente:

En marzo de 1839 un grupo de federalistas de los estados norteros propuso a Texas una alianza para luchar contra el centralismo. Se sugería la formación de una república autónoma —los Estados Mexicanos del Norte— que se integraría con los estados de Tamaulipas, Nuevo León, Chihuahua, Coahuila, Durango, Nuevo México y California. La nueva federación se obligaba a reconocer la independencia de Texas. La proposición resultaba ridícula: Texas tenía que ayudar a crear primero la Federación de los Estados Mexicanos de la Sierra Madre para que éstos, a su vez, dieran vida a Texas como nación independiente y soberana. Pero los texanos no querían tratos con México. La estrella solitaria tenía ya sus planes para ingresar a la constelación norteamericana.<sup>8</sup>

En este pasaje Mario Gill explicita la actitud sustentada en todo su libro, la cual está subtendida por dos ideas, que no realidades, pero que Mario Gill asume equivocadamente como si fueran realidades. Una es la del “destino manifiesto” como doctrina que unifica toda la actuación estadounidense frente a México; la otra es la idea de un México unido como patria y respecto de la cual habría que deplorar profundamente actos antipatrióticos como los de quienes quisieron establecer la República de Nuevo León, etcétera.

Pero esas dos unificaciones del desarrollo histórico son falaces, ya que no refieren las condiciones materiales —y la síntesis geopolítica de las mismas— realmente existentes en aquel entonces. Por un lado, en lugar de observar la tendencia histórica objetivamente inscrita en las condiciones geopolíticas de los pueblos y territorios de México y de Estados Unidos se observa la transfiguración cultural (“destino manifiesto”) de la misma; por otro lado, en ese entonces México no estaba *realmente* unificado sino apenas formalmente, en términos jurídicos si se quiere; pero no tecnológicos, económicos, institucionales, políticos, ni culturales.

Ahora bien, observar el desarrollo histórico real con base en estas dos unificaciones falaces confunde teórica y políticamente nuestra concepción y nuestra participa-

<sup>8</sup> Cfr. Mario Gill, *op. cit.*, pp. 56-57.





ción en los acontecimientos, pues la una —la del “destino manifiesto”—, llena de *ira*, a la vez que la otra, —la presunta patria mexicana ya existente de modo completo— nos llena de trágica frustración y vergüenza. Porque una moral sin realidad histórica rige culpablemente las actuaciones efectivas. El ímpetu de Mario Gill lo lleva a repudiar la actitud de los moderados y el sentimiento de tragedia y frustración que los caracterizó pero no atina, para superar ese sentimiento, sino a avivar la ira contra el presunto destino manifiesto yanqui y recaer en la vergüenza porque le hicimos el juego —en tanto patria o algunos de los integrantes de esa patria— a esa doctrina. Y bien, esa vergüenza, si nos debilita culpablemente, reaviva la ira y ésta la vergüenza y así sucesivamente. Mario Gill se conforma con este círculo vicioso para conformar el sujeto histórico libertario y necesario en la confrontación al imperialismo yanqui, etcétera, un sujeto iracundo y a la vez avergonzado.

He aquí otro de los efectos del fetiche Santa Anna que redundo en no desarticular la actuación de Santa Anna respecto del resto de la nación contra la que actuó: 1) se disminuye la responsabilidad de Santa Anna, 2) se asume una patriótica culpa solidaria con Santa Anna y 3) se adopta una visión no realista de las condiciones geopolíticas prevalecientes en el país hace 150 años y en los años que corren hasta hoy. Esos tres ingredientes pueden variar en sus proporciones e intensidad respectiva, ora para convalidar una salida reaccionaria y entreguista o patriótica pero descorazonada, ora para convalidar una salida patriótica radical pero voluntarista, con su consiguiente producción de héroes desesperados, etcétera. Se trataría de superar este sincopado horizonte.





## CAPÍTULO 7

### CARLOS MARÍA DE BUSTAMANTE. DENUNCIA VALIENTE DE LA TRAICIÓN DE SANTA ANNA EN PLENA GUERRA DEL '47

1. Comentario aparte merece *El Nuevo Bernal Díaz del Castillo* de Carlos María de Bustamante, escrito al calor de la invasión norteamericana a México y publicado valientemente poco antes de capitular la ciudad de México. El título se completa con un “ó sea Historia de la Invasión de los Anglo-americanos en México” para así —con ese “ó sea”— atizar en la mente del lector para que reflexione en que se trata de una conquista de México, análoga a la que los españoles realizaron siglos atrás y que fuera relatada por Bernal Díaz del Castillo.<sup>1</sup>

2. En el prólogo de la edición de 1994, Juan Carlos León señala:

Esta obra, escrita con un estilo periodístico usual en su tiempo y momento, sirve como bastión para la crítica férrea, no solo a una guerra considerada injusta a todas luces, sino también a personalidades controvertidas tales como “su alteza serenísima” el General Santa Anna, de quien el autor se expresa en los más implacables términos, no solo por los errores en las estrategias, tácticas y acciones militares, la corrupción en la política, el exceso de poder y, de manera muy fundamental, el hecho de someter los intereses de la patria a los apetitos personales.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> El comentario que le merece Carlos María de Bustamante al personaje Santa Anna en la novela de Enrique Serna, *El seductor de la Patria*, es de una mezquindad falaz memorable. Desafortunadamente, dada la estructura de la novela, no encuentra contrapeso en sus páginas, sino que la palabra de Santa Anna a este respecto queda en la mente del lector como justa: “En fin, ahora que ha pasado la tormenta tengo la mente serena para mirar atrás y puedo ajustar cuentas con el pasado. No quiero morirme sin disipar las sombras que oscurecen mi desempeño en la trágica guerra con Estados Unidos, el fracaso más inmerecido y doloroso de mi carrera. ¡Cuánta tinta ha corrido y cuántos libelos se han publicado con el objeto de achacarme el desastre! En plena campaña, cuando era preciso infundir valor a la tropa y reforzar la unidad de los mexicanos, los historiadores, o mejor dicho, los fantasiosos novelistas que en México deshonran el arte de Clío, propalaron los infundios más descabellados a propósito de mi supuesta complicidad con el gobierno de Estados Unidos. Sin duda el más vitriólico fue mi antiguo secretario Carlos María de Bustamante, que sin haberse aproximado siquiera a la línea de combate, pergeñó con chismes recogidos aquí y allá un libracó deleznable donde me acusa de haber perdido la guerra a propósito. ¡Y pensar que ese pobre diablo iba a palacio a recordarme mis hazañas gloriosas en la toma de Tampico, para que le regalara 100 o 200 pesos! Con el tiempo, las falacias de Bustamante han caído por su propio peso, pues nadie puede dar crédito a un viejo resentido que lanza maldiciones en tono de profeta bíblico.” (pp. 341-342).

<sup>2</sup> Cfr. Juan Carlos León, “Prólogo” a Carlos María de Bustamante, *El Nuevo Bernal Díaz del Castillo*, p. XLII.



No es vano insistir en que Carlos María de Bustamante no trata a Santa Anna solo de egoísta frente a su patria sino de *traidor*. Y al modo de Ramón Gamboa, Carlos María de Bustamante está advertido de tiempo atrás de la conducta de Santa Anna; así que, ya en 1837, a propósito de la pérdida de Texas, siendo presidente de la República Anastasio Bustamante,

el diputado Carlos María en sesión secreta interpeló al gobierno para que dijese si enterado estaba del motivo que hubo entre los texanos para liberar a Santa Anna, y en seguida hizo estas proposiciones: “1<sup>a</sup>. El general don Antonio López de Santa Anna, luego que regrese de los Estados Unidos a la República mexicana, instruirá al congreso, con justificación de los motivos de su viaje a Washington, resultados de él y compromisos que pueda haber contraído desde la acción de San Jacinto, y hasta que el congreso haga la conveniente declaración sobre todo, no podrá ejercer mando alguno civil ni militar. 2<sup>a</sup> Todo el que directa o indirectamente promoviere o favoreciere la desmembración del territorio mexicano, aunque sea en una mínima parte, se declarará traidor a la patria y será castigado con las penas que señalan las leyes para este crimen”, proposiciones que la comisión de la cámara aprobó en su primera parte y desechó en la segunda; el pleno sancionó el dictamen con la excepción de lo relativo al ejercicio de mandos civiles y militares. Posteriormente el congreso declaró, sin lugar a dudas, que la presidencia de Santa Anna concluyó con la promulgación de las nuevas leyes constitucionales, no obstante su desembarco en el puerto de Veracruz.<sup>3</sup>

En 1847 Carlos María de Bustamante no solo nombra a Santa Anna directamente traidor y aún traidor descarado —cuando mandó destruir los fortines de Tampico en beneficio de los yanquis—<sup>4</sup> sino que le sigue la pista en todos sus embozos y los desnuda. Puede decirse que *todo* el libro de Carlos María de Bustamante gira en torno a su descubrimiento de que Santa Anna es un traidor y que habrá de hundir al país para favorecer a los yanquis; descubrimiento que Carlos María de Bustamante hace apenas recién llegado Santa Anna a la ciudad de México procedente de La

<sup>3</sup> Cfr. Horacio Labastida, “Estudio preliminar” a Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, p. XXIX.

<sup>4</sup> “Conducta bárbara del general Parrodi; ejecución de las órdenes de Santa Anna en Tamaulipas [Tampico], y descarada traición”, es uno de los apartados del capítulo 1 del tomo II del *Nuevo Bernal Díaz del Castillo*: “Hablo de la demolición ejecutiva de Tampico encargada al general Parrodi [...] que encomendado éste de la plaza de Tampico de orden de Santa-Anna, no solo mandó salir su guarnición, sino que destruyó sus fortines, sacó la artillería, y mandó arrojar al río [...] dígolo con tanta pena como vergüenza; seiscientos fusiles y proporción de sables [...] á pesar de las representaciones del ayuntamiento y quejas del pueblo que pedía se le armase; cosa que se hace increíble á los mexicanos y aún a los estrangeros, a menos de que el que lo mandó sea un *traidor* coludido con los enemigos. Conociere esta verdad el que viere el plano geográfico de la costa de Tampico, la necesidad que teníamos de él para recibir nuestras provisiones, la facilidad que nuestros enemigos tienen para aumentarle algunas pequeñas fortificaciones y hacerlo inconquistable, la intermediación con que en *horas* podían hacerlo, las ventajas que les podía proporcionar esta localidad, tanto en lo militar como lo mercantil [...]. Tamaña iniquidad solo se hará creíble al que sepa que esta orden era principio de la operación de otras que le seguirían para consumir la *venta* de la República mexicana ya pactada con los enemigos” (*ibid.*, tomo II, p. 130).



Habana. “Paséase Santa-Anna por la ciudad con Farías”<sup>5</sup> (para encubrirse), y “Documento importante sobre Santa-Anna, y admisión del mando con que se le brindó por los Puros”,<sup>6</sup> son los dos apartados del capítulo 1 del tomo II en torno a los que gira la argumentación de Carlos María de Bustamante y de donde ella brota.

3. Veamos los términos en los que Carlos María de Bustamante califica a Santa Anna en 1847: “El general Santa-Anna en todas las épocas funestas de su administración usurpada, ha perdido la República, y la ha consumado en el presente degradándola, envileciéndola y haciéndola al fin esclava y feudataria de los Estados Unidos.”<sup>7</sup> Degradándola, envileciéndola, esclavizándola y volviéndola sierva de Estados Unidos; no seduciéndola (dicho sea de paso contra la idea de Enrique Krauze y de Enrique Serna).

Sin embargo, Horacio Labastida, responsable de un “Estudio” en la edición facsimilar del libro de Carlos María de Bustamante, dice glosando a este autor:

La historia se aceleró. Salas restituyó la constitución federal de 1824 que habíase olvidado un decenio atrás, y el flamante congreso nombró presidente interino a López de Santa Anna y vicepresidente a Valentín Gómez Farías, liberal de una pieza que se dejó seducir otra vez por la mentira. Entre pompas y solemnidades Santa Anna tomó las armas, dejó en la presidencia a Gómez Farías e inició la tragedia.<sup>8</sup>

Si no al pueblo, Santa Anna sí sedujo a miembros de las clases dirigentes, entre ellos a Valentín Gómez Farías, liberal radical “puro”. De hecho, a su regreso del destierro en La Habana, Santa Anna necesitaba prestigiarse y lo hizo enmascarando su presencia y sus propósitos traicioneros detrás del prestigio de Valentín Gómez Farías y su partido. La escena referida por Horacio Labastida es doble: de un lado, la realidad criminal representada por Santa Anna; del otro, el enmascaramiento de los propósitos criminales tras el político Valentín Gómez Farías. El pasaje de Carlos María de Bustamante glosado aquí por Horacio Labastida se titula “Paséase Santa-Anna por la ciudad con Farías”, y señala que Santa Anna sabía en su fuero interno que usando a Farías “había metido en ella”, en la red de su intriga, a todo el partido de los “puros”. Y lo pinta caminando detrás de Valentín Gómez Farías con éste de mampara para ocultarse (“traía a su frente a Gómez Farías”, dice). Y a su derecha tenía la constitución liberal de 1824 para pretender una legalidad que no respetaba.<sup>9</sup>

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 94-96.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 96-100.

<sup>7</sup> Citado por Horacio Labastida en su “Estudio preliminar” a Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, p. XXXVI.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. XXXIII.

<sup>9</sup> Josefina Zoraida Vázquez en su “Don Antonio López de Santa Anna. Mito y enigma” revela algo del ambiente que prevalecía en la ciudad de México, no obstante en el contexto de una conferencia en buena medida dedicada a limpiar la memoria de Santa Anna. De suerte que por este cometido no puede sino desatinar, aunque en la cita que a continuación damos comienza atinando, pues revela lo siguiente: “Como



4. El siguiente inciso del libro de Carlos María de Bustamante ofrece un “Documento importante para la historia”<sup>10</sup>: la renuncia de Santa Anna al mando de la presidencia de la República que le ofrece el partido de los “puros” (o yorkino), aceptando solo ser el jefe para combatir a los estadounidenses. Con falsa modestia rechaza el cerco político y de responsabilidad pública ante la nación, desde el cual no podía cumplir los acuerdos con los invasores sin ser descubierto. Su rechazo y falsa modestia encubren —como se encubre en su paso por la ciudad poniendo al frente a Valentín Gómez Farías— sus verdaderos fines, intrigas y ambiciones.

Como la suya es una ambición traicionera debe encubrirse primero. Y lo hace con la *política* de otro mientras él asume el mando *militar* desde el que servirá a los estadounidenses, deshaciendo todas las posibilidades de supremacía de las armas mexicanas.

“Ved aquí el documento que á mi entender va á ser la *clave de grandes acontecimientos* que sobrevendrán en lo futuro”,<sup>11</sup> dice Carlos María de Bustamante en referencia al 10 de septiembre de 1846. Y a renglón seguido señala que el documento “es un golpe de astucia y política”.<sup>12</sup> Santa Anna rechaza el poder para “ser el sostén y el caudillo”<sup>13</sup> del pueblo, para así manipularlo mejor y a su antojo. Carlos María de Bustamante denuncia la política de Santa Anna, su afán de poder, como uno “que en todo tiempo se quiere enseñorear de la dominación de este pueblo, avasallarlos á su capricho y dominarlos con las armas”.<sup>14</sup> Pretende querer nada más la gloria de las armas y no el poder político porque quiere ambos y solo *así* los consigue: “Antonio da el poder” —ironiza un periódico de la época—, y Santa Anna rubrica diciendo: “mientras, voy a la guerra para contribuir a la salvación de mi patria o perecer entre las ruinas”. Amante de la gloria, como se ve, pero asimismo de la traición, pues con ésta de por medio es que logra *más poder* que el que primero rechazara hipócritamente.

En el curso de esas *inversiones políticas* para obtener pingües ganancias económicas, de poder y de gloria, Santa Anna logra seducir a aquellos que también

los políticos de la capital vieran que pasaban varias semanas sin que [Santa Anna] partiera al frente, empezaron a acusarlo de traidor, lo que lo obligaría a salir con un ejército mal entrenado” (p. 30). Y a renglón seguido añade el siguiente desatino: “y cometiendo uno de sus grandes errores: el cruzar el desierto en lugar de dejar que fueran Taylor y sus soldados los que se desgastaran” (*ibid.*, pp. 30-31). Hay que contestarle a Josefina Zoraida Vázquez que, de hecho, se desgastaron puesto que llegaron hasta la ciudad de México. La cuestión es que debía combatirlos para frenarlos o hacer que desistieran; y no simular combatirlos o combatirlos solo parcialmente para que, así, avanzaran; ni tampoco se trataba —como Josefina Zoraida Vázquez quiere— de combatirlos para que mejor avanzaran, dejando que todo se decidiera en uno o varios combates finales esperando que se hubieran desgastado sin ofrecerles resistencia.

<sup>10</sup> Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, pp. 96 a 100.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 99, cursivas mías.

<sup>12</sup> *Idem.*

<sup>13</sup> *Idem.*

<sup>14</sup> *Idem.*



instrumentan inversiones políticas y que ven sus intereses coincidiendo coyunturalmente con los de Santa Anna. Pero el pueblo de México no está ni puede estar en esa posición, como ningún pueblo lo está ante su gobierno, pues solo recibe los frutos reales de las acciones políticas. Y esos frutos fueron, en el caso de Santa Anna en '47, “la traición, la esclavización para con él y la feudalización a Estados Unidos”. Previo a esos frutos ni siquiera embaucó al pueblo sino solo a algunos miembros de las clases pudientes, ya que el pueblo se hallaba marginado de la política.

5. La exposición de Carlos María de Bustamante no es sistemática. Aunque su libro no carece de orden lógico, cronológico, acumula “una multitud de noticias, de relaciones, de memorias y de documentos”<sup>15</sup> que si bien entrecortan el hilo lógico demostrativo, lo enriquecen y salpimentan; además de que —por tomadas de aquí y de allá— en realidad barren todo el espacio geográfico que ocuparan los acontecimientos de la invasión, en resonancias que van de Yucatán a la capital, de Cerro Gordo a Tampico y la Angostura, etcétera. El resultado final es monumental y muy vivo. No es una acusación en forma de la traición de Santa Anna, documentada históricamente y siguiendo la lógica de las pruebas —como el escrito del diputado Ramón Gamboa de 1849—, sino que éstas se ofrecen en el espacio y el tiempo del suceso mismo y espigan en medio del caos fáctico. La obra quedó inconclusa, a punto de iniciar la descripción del arribo de las tropas norteamericanas a la ciudad de México.

Estas son las razones de fondo para que hayamos explorado en la historiografía mexicana el registro de la traición de Santa Anna, mediándolo con la intervención del diputado Ramón Gamboa (1849) y no con la *historia* de Carlos María de Bustamante (1847). Otra razón es que la acusación de Ramón Gamboa se presentó ante el Congreso, así que es un hecho histórico innegable, lo cual resalta tanto más su olvido incluso en las reconstrucciones históricas de hechos de la época.

6. Abundemos un poco más acerca del estilo subrayadamente *vivo* del libro de Carlos María de Bustamante. No es exactamente periodístico —como dice Juan Carlos León—, sino que utiliza el periodismo a momentos para alimentar la narración histórica; “más que en otras de sus obras, escribió sin preocupaciones metódicas las muchas informaciones que directa o indirectamente tenían que ver con aquella guerra”.<sup>16</sup> Esta descripción de Horacio Labastida me da pie para decir que bajo ese aspecto falto de método en realidad tenemos un libro *metódicamente deshilvanado*, pues así lo ha querido su autor debido al tipo de verdad que debe comunicar. ¿Por qué, además de lo dicho hasta aquí?

Primero, porque la invasión estadounidense provocó un caos en la vida de México y en las mentes de los mexicanos y esto es lo que revela Carlos María de Bustamante. Dice, iniciando el “discurso preliminar” que abre el libro, que esta historia es “es-

<sup>15</sup> Decía José María Luis Mora muy despectivamente de otra obra de Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana (de Independencia)*.

<sup>16</sup> Cfr. Horacio Labastida, *op. cit.*, p. XXXV.



crita por un mexicano a la sazón que México se halla ocupado por el ejército al mando de Zacarías Taylor”.<sup>17</sup> El “Discurso preliminar” establece la difícil posición de quien escribe la historia de México en 1847 y por ello, paradójicamente, toma al pueblo estadounidense como interlocutor y como juez de los acontecimientos en los que el Estado y el ejército yanqui se han desempeñado injustamente. Pues Carlos María de Bustamante postula necesario que la guerra cese y el ejército de Estados Unidos salga de México.<sup>18</sup> Ya para concluir alude a las guerrillas antiyanquis que se han formado y de las que se quejan los generales invasores. Las justifica como generadas en toda invasión. Tal fue el caso de las guerrillas de los propios norteamericanos contra Inglaterra, de los rusos o de los españoles contra Napoleón.

En cuanto a su táctica la escritura de Carlos María de Bustamante semeja el ataque guerrillero por múltiples flancos contra el invasor y su *estrategia* general está muy bien articulada. El tomo I aborda las *Premisas políticas mexicanas o internas* de la guerra con Estados Unidos en 1847, incluyendo como premisa la guerra de Texas. Por supuesto, en el curso de estas premisas políticas —que parten de la presidencia del General Herrera (1835)— descuelga Santa Anna como factor cada vez más peligroso. En el tomo II Carlos María de Bustamante aborda la guerra del ‘47, y persigue el acontecimiento pero también, como en el tomo I, le sigue la pista a Santa Anna. El plan expositivo está diseñado en acuerdo a lo que Carlos María de Bustamante considera el *centro intelectual* de los acontecimientos: la traición de Santa Anna.<sup>19</sup>

En conclusión, lo hasta aquí dicho prueba que Santa-Anna es un fenómeno en la *especie humana*, al mismo tiempo que prueba la sabiduría en lo *malo* que tienen los Estados Unidos, pues supieron escoger el hombre mas á propósito para realizar sus miras de destrucción de la República mexicana. Yo entiendo que aun ellos mismos han quedado absortos al ver que Santa-Anna ha escedido sus esperanzas.<sup>20</sup>

<sup>17</sup> *Ibid.*, tomo I, p. 3.

<sup>18</sup> “Es menester que estas consideraciones las tengais en vuestra memoria, y que os persuadais que México prefiere su ruina á tratar de paz, si no se retiran del territorio mexicano las fuerzas que hoy lo ocupan.” (*Ibid.*, p. 16).

<sup>19</sup> Josefina Zoraida Vázquez, en su “Prólogo” a *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, demuestra no haber entendido el sentido del libro de Carlos María de Bustamante, ni su arquitectura, cuando dice para restarle valor: “También contemporáneamente a la guerra, se publicó, en 1847, *El Nuevo Bernal Díaz del Castillo o sea la historia de la invasión de los angloamericanos en México*, pero no es propiamente una historia de la guerra sino más bien un tomo más de su historia de México desde la Independencia, formada con sus propias impresiones, consignadas día a día en el *Diario* que religiosamente llevó a partir de 1822” (pp. 23-24). Por lo demás, y esto es importante para percibir la radicalidad teórica y política del libro de Bustamante, dicho libro fue publicado en plena guerra con el invasor encima, y Santa Anna en el poder. Mientras que los *Apuntes* son publicados en 1848, pero después de firmados los Tratados de Paz, evacuado el ejército invasor y desterrado Santa Anna a Jamaica.

<sup>20</sup> Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, tomo II, p. 193, nota (1). Una curiosa analogía: cómo Carlos Salinas, Ernesto Zedillo y Vicente Fox excedieron las expectativas en la conspiración de política económica neoliberal, antes y durante el TLC, siempre contra México.





Y a punto de que los norteamericanos abandonen Puebla rumbo a la ciudad de México, advierte Carlos María de Bustamante: “Mas por nuestra desgracia, sabemos lo que ha sido Santa-Anna, desde diciembre de 1822, lo que ha continuado siendo, y lo que acabará de ser entregándonos, siendo como dicen los extranjeros [...] *el héroe de cuarenta derrotas*.”<sup>21</sup>

La nota final al tomo II anunciando el tercer tomo concluye así: “México no ha sido subyugado por la fuerza extranjera, sino entregado vilmente por un mal mexicano”.<sup>22</sup>

En el libro de Carlos María de Bustamante destaca además de la ya citada denuncia de la actuación de Santa Anna en Tampico y la de Cerro Gordo, la anterior batalla de la Angostura.

Es cierto va á la Angostura á donde llega disminuido casi en una cuarta parte, pues no puede restringir tanta fatiga [...] se bate, es cierto; pero al siguiente día abre parlamento con Taylor, en el que se combina que Taylor lo habilitará de galleta y veinticinco mil pesos dizque que recibió Santa-Anna y regresó por donde vino, y el ejército regresó con un tercio menos, con mas que despojó á los soldados de diez mil pesos que de limosna les habian dado las mugeres y vecinos de San Luis Potosí. Sabe la revolución de México, viene á calmarla; pero lo hace cuando Scott había ya tomado Veracruz, punto principal que debió defender, pues en San Luis había cinco mil hombres bien disciplinados y sobrados para defenderse de Taylor en el caso de que hubiere venido. Estas reflexiones oí á un húsar que se halló con Santa-Anna en la Angostura y presencié las ocurrencias todas, llenándose de vergüenza al referirlas. Tengo su atestación *original*, y si Santa-Anna quiere demandármelo en juicio contradictorio, la presentaré y verá que no lo calumnio.<sup>23</sup>

¿Será posible —como señalé páginas arriba— que el testigo al que Carlos María de Bustamante se refiere no sea otro que Manuel Balbontín?

6. En síntesis, puede decirse que en su libro Carlos María de Bustamante articula un triple objetivo crítico a través de la narración histórica. Por supuesto, el repudio de la invasión estadounidense a México —pero imbricada con ella— el desentrañamiento de los hechos hasta que quede al desnudo la traición de Santa Anna a México; finalmente, Carlos María de Bustamante persigue la crítica de la dictadura en tanto forma de gobierno. Y con un artículo sobre la dictadura concluye el segundo tomo de *El Nuevo Bernal Díaz del Castillo*. Según Carlos María de Bustamante, las tendencias de ciertas corrientes políticas de la vida nacional hacia la dictadura posibilitaron que

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 214.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 235.

<sup>23</sup> *Ibid.*, pp. 198-199. Extraña que el por muchos motivos laudable estudio preliminar de Horacio Labastida sobre el libro de Carlos María de Bustamante, y aun la panorámica de su obra y vida, incurra en un descuido sorprendente como para afirmar: “Relata también, entre las muchas desgracias, las miserias del ejército en San Luis Potosí y la batalla de La Angostura curiosamente sin comentarios, salvo la debilidad de `nuestras fuerzas por falta de alimentos`, la retirada hacia Agua Nueva y las censurables exaltaciones de Santa Anna a su regreso de la capital” (*ibid.*, p. XXXVI).



Santa Anna se incrustara en la presidencia de la república; más aún, afirma que el estilo de gobierno de Santa Anna, so capa de presidencia republicana, era más bien una dictadura al modo de la prevaeciente en el Imperio Romano;<sup>24</sup> luego, dice que la debilidad del pueblo mexicano frente al invasor yanqui se estructura en torno a la dictadura de Santa Anna, lo mismo que la posibilidad y el terreno fértil para la traición orquestada por Santa Anna no pudieron configurarse sino en una dictadura. La elección democrática y republicana de Carlos María de Bustamante, resuelta a disipar el prestigio de la dictadura romana, se enfila directamente contra Santa Anna.<sup>25</sup>

El resultado de nuestras relaciones es: primero, que la dictadura romana no puede servir de ejemplo ni de modelo en los gobiernos actuales; segundo, que la disposición de las naciones modernas es tal, que cualquiera dictador que se nombre, *se apoderará infaliblemente de la autoridad absoluta* y oprimirá la patria. [Y a nota a pie añade:] Como lo hacía Santa Anna.<sup>26</sup>

El militarismo de Santa Anna, en tanto aspecto de su cesarismo, queda repudiado así:

*Aumentar los placeres del hombre, y disminuir sus penas*, debe ser la divisa de todo buen gobierno. Renunciamos de buena gana á las soberbias y tristes segures de los romanos, á su política opresora y sanguinaria, á sus injustos carros de triunfo, teñidos con la sangre, y salpicados con las lágrimas de todo el mundo. Nos contentamos con los placeres más humanos y virtuosos de la vida doméstica: con la amistad, con la industria, con los libros, y solo pedimos que la forma de gobierno nos los asegure.

Para esto queremos *la libertad política*, aquella parte que sirva de garantía á los derechos individuales, y los cuales están bastante cubiertos con la división de los poderes, con la representación nacional, y con la inamovilidad é independencia del poder judicial.<sup>27</sup>

En realidad, de esta manera Carlos María de Bustamante contesta explícitamente a una propuesta de Santa Anna de solución a los problemas nacionales mediante una dictadura, según concluyen los últimos dos renglones del ensayo: “No es posible que sabido esto [Santa Anna] invoque esa dictadura que con tanto empeño se nos

<sup>24</sup> “Los publicistas é historiadores modernos han prodigado los elogios á la sabiduría de los romanos por haber creado un poder supremo, pero temporal, inviolable, enérgico y *no sujeto á responsabilidad* en las ocasiones de grandes peligros civiles ó militares” (*ibid.*, p. 224).

<sup>25</sup> “Como hay algunas personas instruidas que no pueden desentenderse de la impresion profunda que les ha causado la historia portentosa de los primeros siglos de la República romana, nos parece muy conveniente disipar el prestigio que aquellos nombres venerables y aquellas acciones sobrehumanas causan en las almas no tan gigantescas de la presente generación: y sin quitar su verdadero mérito ni á los hombres ni á las cosas, tratemos de averiguar sus causas políticas y morales. Menos prodigiosos nos parecerán los sucesos cuando se les vea contenidos como un gérmen en las causas que les produjeron” (*ibid.*, p. 224).

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 232.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 233.



presenta como remedio de nuestros males”.<sup>28</sup> La actuación de Santa Anna —traición incluida—, sirve para prevenir no solo a los mexicanos sino a Europa:

Pueblos libres de Europa, ¿os halláis agitados por la divergencia de las opiniones políticas, por las pretensiones de los partidos, por la ambición de los individuos? No creéis una dictadura, que los comprimirá á todos para asegurar el triunfo de un individuo ó de una facción: no os dejéis llevar del ejemplo de los romanos, cuya dictadura no servía para consolidar, sino para suspender las disensiones intestinas en los momentos de crisis. Vosotros no debéis vuestra salvación sino á la excelencia de las instituciones que ofrezcan garantías á todos los partidos. Teneis en vuestras manos los medios de remediar vuestros males: nombrad buenos diputados, es decir, diputados hábiles, virtuosos y valientes. No los busquéis en esta ó la otra clase, bajo este ó el otro adjetivo, porque la ciencia y la virtud son esencialmente personales. Esperadlo todo de las buenas leyes: mas no confiéis una ilimitada autoridad á ningun individuo. En la Europa moderna no hay virtudes á prueba del poder absoluto. Teneis á la vista ejemplos muy tristes de esta verdad. Premiad al mérito y los servicios á costa de la hacienda pública; jamás á costa de la ley.<sup>29</sup>

En el folleto anónimo de 40 páginas titulado *México en 1847, por un mexicano* (editado por la tipografía de R. Rafael; México, 1847-sábado 11 de julio) vemos —poco antes del armisticio en la capital— a un santanista haciéndose pasar por mexicano neutral y de buena fe que dice defender por justicia a Santa Anna. Por lo cual recomienda en la última página de su folleto seguir el camino de Roma para la salvación de México; “esa República que se había enseñoreado del mundo”, ante el peligro “depositaba un poder absoluto en un supremo magistrado que se denominaba Dictador. Tal vez entre nosotros podría producir buenos efectos la adopción de un sistema semejante”. Ciertamente este hombre es elegante para proponer tales enormidades. Y más abajo añade: “Se me dirá por esto adulator, vendido al oro o a los favores del general Santa Anna; pero se equivoca quien así lo crea”.

Debo decir que el tono general del folleto recuerda a la pluma de Juan Suárez Navarro, santanista de hueso colorado por aquel entonces, que en su libro de 1850 hace similares protestas de neutralidad y justicia al momento de hacer la apología reivindicativa de Santa Anna.

Es mi opinión que Carlos María de Bustamante tuvo frente a sí el folleto que nos ocupa. Cuyas opiniones lo movieron a escribir el título final del segundo tomo de su *El Nuevo Bernal Díaz del Castillo*, dedicado a criticar las inclinaciones por la dictadura romana emergidas entre liberales y santanistas.

7. A ojos de Carlos María de Bustamante los “liberales puros” son ambiguos en cuanto a su republicanismo y amor a la democracia, pues perdiendo moderación en la

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 235.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 233.



prosecución de sus fines fácilmente aceptan y promueven la dictadura, como lo hicieron con Santa Anna y todavía en julio de 1847, habiendo ya quedado fuera del orden político Santa Anna, un [“puro”],

D. Eligio Romero, hijo de D. Vicente, en Querétaro acaba de hacer proposicion, de que no se nombre presidente interino al Sr. Peña y Peña porque es enemigo de Santa-Anna, y que á éste se le confiera el *mando del ejército*; sin embargo de lo que acaba de hacer en daño de la República, y cuya idea no puede presentarse á la imaginación sin llenarnos de vergüenza y de horror. Estos son los puristas, estos son los tenaces enemigos de nuestra libertad, y apoyo único de Santa-Anna.<sup>30</sup>

El título “Cuestión importante cuya resolución reservo a la honradez de mis lectores” asocia orgánicamente a Santa Anna con los puros y consecuentemente los critica por santanistas en ocasión de reconstruir la vergonzosa trayectoria de Santa Anna desde 1832 y la guerra de Texas, que Santa Anna pretendía ganar con la intención de recibir “el título de *Monarca*”.

Esta importante “Cuestión” es apenas anterior a la crítica “de la dictadura” con la que el tomo II cierra su argumento. Nuestro autor entiende “que si los *Puros* le han profesado algún afecto [a Santa Anna], ha sido porque no habían visto su retrato fielmente copiado”; de ahí que Carlos María de Bustamante se los haya mostrado en los dos tomos y los concluya con la crítica a “la dictadura”, para que vean los puros su equivocación de querer entregarle el mando supremo del ejército, lo que en esas condiciones equivale a “investirlo con la suprema *dictadura*, voz para ellos mágica”.<sup>31</sup>

Así resume Carlos María de Bustamante el retrato fiel y la interpelación a los “puros”:

Una prisión en Velazco, ocho meses de arresto implorando la protección de Washington, y comprometiendo á los mexicanos para hacerlos hoy esclavos, realizando sus depravadas intenciones y pasando el juicio a la posteridad de su patria por un digno hermano de Júdas [...] ¡*Puros!* Mirad vuestro tipo, y participad del anatema de que se ha hecho digno vuestro amado general Santa-Anna. Ya os he mostrado la carrera por donde comenzó, seguidla [...] Conozcan en los Estados-Unidos, que se glorian de habernos sojuzgado, al hombre que nos cubrió de ignominia, pero que toda ha recaído sobre su alma y memoria.<sup>32</sup>

Ahora bien, la cuestión es la siguiente. Carlos María de Bustamante critica consecuentemente a los “puros” por santanistas. Pero al inculparlos en la traición de Santa Anna para que se avergüencen y lo repudien, los tiene por imbricados con él y ¡a la vez! distintos. Esto es, da dos tesis opuestas sobre lo mismo. Resuelve a la perfección la paradoja de que siendo Santa Anna mexicano y propiciado por la circunstancia mexicana, México no se reduce a Santa Anna ni éste a la generalidad

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 217.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 223.

<sup>32</sup> *Idem.*



mexicana, sino que se le contrapuso específicamente al traicionar a los mexicanos todos. Carlos María de Bustamante formula la paradoja y la resuelve magistralmente en un solo renglón: el “hombre que nos cubrió de ignominia, pero que toda [esa ignominia] ha recaído sobre su alma y memoria”.

Y no obstante, digo, Carlos María de Bustamante, por fundado encono político contra los “puros”, no los exime de lo que eximió a todos los mexicanos menos al traidor Santa Anna; pero por allí reduce la culpabilidad de éste al compartirla con la de los “puros”; siendo que éstos no pactaron los acuerdos con los yanquis ni condujeron al ejército mexicano a la derrota, la traición se diluye en uno de los aspectos de la circunstancia mexicana —las facciones políticas sectarias— y en toda la circunstancia objetiva.

Carlos María de Bustamante no culpa a todo México ni solo a las clases pudientes o a la situación colonial de la Nueva España en la que nacieron los hombres que guiaron al país durante la guerra del ‘47, solo culpa a la facción política de los “puros” junto a Santa Anna; pero su trazo ejemplifica una variante más del error general según el cual Santa Anna es responsable y no lo es.

Bajo el aludido título “Paséase Santa Anna por la ciudad con Farías”, leemos páginas en las que ora distingue a Santa Anna de los puros —en especial de Valentín Gómez Farías, al que Santa Anna embauca y del que se sirve para encubrir sus propósitos traicioneros— y ora los identifica. De hecho, termina el apartado diciendo: “He dicho que Santa-Anna traia á su frente á Gómez Farías, y á su derecha hasta la constitución de 24, como enseña, ó pendón, y causa de su venida, dando á entender que por ese *pacto nuevamente celebrado*, los *puros* lograrían su objeto. Esto es para mi lo mismo que buscar la salud y la vida en un vasto cementerio”.<sup>33</sup>

De tal manera, no obstante que Carlos María de Bustamante percibe a Farías al frente de Santa Anna y como su mampara, así que los distingue, termina por confundirse precisamente aquí, en la apariencia, pasando a establecer la ecuación falaz Santa Anna = “puros”.

Este equívoco es el *límite general* de la posición de Carlos María de Bustamante, cuya energía para denunciar a Santa Anna solo es igualada por el diputado Gamboa.

Firme republicano, Bustamante [aunque coincidía con Lucas Alamán respecto de la industrialización del país, el proteccionismo y “una acción fuerte y centralizada del ejecutivo”] tenía pocas palabras amables para esa otra gran fuerza disruptiva de la política mexicana, el general Antonio López de Santa-Anna, a quien alguna vez describiera como “un monstruo cuya deformidad no puede trazar mi pobre pluma”. En 1833 después de asistir a una magnífica recepción ofrecida en honor de Santa-Anna, confesó: “Decíame a mí mismo [...] ¿Si Hidalgo se hubiera figurado esta farsa habría dado el Grito de Dolores?” En una ocasión similar en 1835, exclamó: “Elévase majestuosamente y sube sobre las ruinas de su

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 95-96.



patria”. En 1843 fue nombrado por el general miembro del Consejo de Gobierno; Bustamante renunció de inmediato: “aceptaré cualquier nombramiento por servir a mi patria como me venga de un origen popular”. Su historia del gobierno de Santa-Anna de 1841-1844 pintaba un cuadro negro de venalidad, irresponsabilidad y represión. Expresaba su pesadumbre por el hecho de que el dictador no hubiera sido ejecutado por todos sus crímenes. Tras la aversión hacia el hombre, subyacía el temor al principio cesarista que representaba. Las últimas páginas que publicó contenían un violento ataque contra Santa Anna, a quien hacía responsable de la derrota mexicana en la guerra de 1846-1847 y de toda la tendencia hacia la dictadura militar.<sup>34</sup>

La postura más compleja que se ha evaluado fue la de Gastón García Cantú, por inclusiva de una explícita referencia a Gamboa y otra a Marx, aunque deficiente por no aludir a las posturas de éste sobre la invasión estadounidense a México de 1847. Gilberto López y Rivas no se basa en Gamboa pero echa cuentas explícitas con Marx y sin entenderlo a cabalidad lo revoca a favor de la crítica leninista al imperialismo. Mario Gill ni alude a Gamboa ni a Marx, aunque su postura es marxista, y logra denunciar la traición de Santa Anna a la patria con toda nitidez. Si bien, como los anteriores autores, resbalando una vez llegado a esta cumbre. De Gastón García Cantú hasta Mario Gill la plataforma epistemológica tiende a simplificarse pero agudiza su filo contra Santa Anna. Por razones obvias lo mismo vemos en Carlos María de Bustamante pues escribe antes de la publicación en Europa y Estados Unidos de los artículos de Marx y Engels sobre la invasión estadounidense y, aún, antes de la intervención de Gamboa en el Congreso mexicano, quien en su acusación ya dice basarse en Bustamante.

Sucedió que la radicalizada postura política democrático burguesa de Carlos María de Bustamante por fuerza de los acontecimientos funestos, así como su radicalización científica como intelectual, le permitieron arribar a una captación global del fenómeno histórico, en ese momento en curso, análoga a la que podría obtenerse desde el punto de vista crítico científico del proletariado revolucionario. Ello no obstante la presencia muy magra del mismo en el México de entonces.

Pero es que la condición del pueblo en ese momento y la ambigüedad e indeterminación de la noción de “pueblo” entonces usada —por ejemplo, en boca de Lucas Alamán, de los puros, o de Santa Anna—<sup>35</sup> posibilitan no solo su manipulación sino una referencia a las raíces reproductivas nacionales de la sociedad mexicana. Aún más, ante la fulguración del fenómeno bélico en el que se desangraba y era traicionada la nación mexicana de carne y hueso, el patriotismo bizarro del criollo Bustamante —erigido con base en un catolicismo guadalupano y una referencia al mundo azte-

<sup>34</sup> David Brading, *Los orígenes del nacionalismo en México*, pp. 122-123.

<sup>35</sup> *Cfr.* capítulo final de la parte III del presente libro.



ca—<sup>36</sup> no sirvió sino para que Carlos María de Bustamante afirmara más vivamente la nacionalidad mexicana en su raíz auténtica proletaria y popular.

En los seis capítulos hasta aquí expuestos —así como en todo el libro *El perfil del traidor*, al que complementa la presente obra— la acusación de Ramón Gamboa contra Santa Anna nos ha servido de premisa para criticar a la historiografía ocupada en la guerra del '47 y en Santa Anna, los capítulos del siguiente apartado (II) exponen la crítica clásica de Roa Bárcena a Gamboa con el objeto de que el punto de partida crítico no quede como una premisa acrítica sino también criticada. Haremos, pues, la *prueba* final de su consistencia; así como de la inconsistencia de la investigación historiográfica sobre este punto.

<sup>36</sup> Cfr. David Brading, *op. cit.*, pp. 96-138.







## APARTADO II

### ROA O LA CRÍTICA CLÁSICA A GAMBOA

#### CAPÍTULO 8

#### JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA FRENTE A LA GUERRA DEL '47, 33 AÑOS DESPUÉS

##### 1. JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA EXCULPA A SANTA ANNA SIN BASE PARA ELLO

La obra *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces*, escrita por José María Roa Bárcena y publicada en 1883 (35 años después de los sucesos), es una de las fuentes más reputadas en la historiografía mexicana, reconociéndosele su intención de objetividad y de incluir la perspectiva estadounidense para equilibrar la narración de los hechos.<sup>1</sup>

Roa Bárcena exculpa a Santa Anna de la acusación de traidor arguyendo, por ejemplo, el arrojo que mostró el general en las batallas, reconocido hasta por los estadounidenses. Roa Bárcena dice:

La conducta de este personaje en la Angostura, Cerro-Gordo y Valle de México, y el testimonio mismo del general Scott, demuestran que, si incurrió en ligerezas y errores más o menos graves, expuso constantemente su vida y no perdonó esfuerzo en la defensa nacional. “Nos equivocamos nosotros, como acaso se equivocaron los mexicanos también, al juzgar de las intenciones verdaderas del general Santa-Anna, á quien ellos llamaron y nuestro gobierno permitió regresar.” (Manifiesto del general Scott expedido en Jalapa el

<sup>1</sup> Inició una valoración tal de la obra Antonio Castro Leal en su “Prólogo” al libro de Roa Bárcena (*Recuerdos de la invasión norteamericana 1846-1848. Por un joven de entonces*, tomo 1, pp. vii-xiii): “No tenemos en México relación más imparcial y pormenorizada, más metódica, completa y bien escrita que el libro que ofrecemos ahora al lector.” (p. vii). En este pasaje todo es exacto excepto lo de la imparcialidad a la que ciertamente quiso arribar Roa Bárcena sin lograrla cabalmente. Pero Antonio Castro Leal la cree cumplida y quiere avalarla con su autoridad.



11 de mayo de 1847.) El hombre de quien tal decía el enemigo, podrá haberle engañado; pero ciertamente distó muchísimo de ser traidor á su patria.<sup>2</sup>

Cuando Roa Bárcena hace la afirmación *general* de que la “conducta” de Santa Anna en las batallas “demuestra” que no traicionó uno no sabe de qué Santa Anna estará hablando. Y cuando, más específico, dice que “no perdonó esfuerzo” porque evidentemente solo los esfuerzos encaminados de modo eficaz podrán demostrar que no hay traición en ellos, no que en otro ámbito de la actividad no hubiera traición; de cualquier forma, los esfuerzos no eficaces no demuestran ni que la hubo ni que no. Es el trazo seguido en las batallas —no el esfuerzo en cuanto tal— el que puede llegar a ser demostrativo de patriotismo o de traición. Y ese trazo en cada batalla y aun en todas señala indeleblemente a Santa Anna como traidor. El que no sea solo en una batalla sino en más de una y aun en todas tiene fuerza probatoria de la finalidad o propósito que se escenifica en la realidad, pues siempre cabe decir que lo que se entrevé respecto del trazo de una batalla es conjetura, pero esto es insostenible ante la repetición del patrón de trazado.

Pero, además, a Roa Bárcena le parece que el testimonio del general Scott demuestra la probidad de Santa Anna, según vimos. Ese testimonio solo probaría algo si fuera veraz y desinteresado. Por supuesto a Scott le interesa favorecer a los Estados Unidos. Por este motivo se cree que no debería reconocer nada bueno en el enemigo, Santa Anna. Como la connivencia entre ambos generales es cierta, el que sea descubierta llena de oprobio también a Estados Unidos, no solo a Santa Anna. A Scott le interesa cubrirle la espalda a Santa Anna frente al pueblo mexicano porque así esa arma secreta puede seguir funcionando a favor de Estados Unidos.

Cuando más adelante, en su Manifiesto del 11 de mayo de 1847, Scott enaltece a los defensores de Veracruz *contra* la opinión de Santa Anna, “puesto [él sí] en vergonzosa fuga”, y quien los ultrajó,<sup>3</sup> esta crítica evidencia que Scott no coincide *en todo* con Santa Anna, lo cual parecerá autenticar sus afirmaciones cuando le cubre la espalda, por si alguien dudara —y los había muchos— de que exculpa a Santa Anna desinteresadamente.

De tal suerte, Scott cede en lo secundario —reconocer la valentía de los defensores mexicanos de Veracruz— y gana en lo principal: mantener en uso el arma secreta favorecedora de la invasión en su conjunto.

Pero todavía logra algo más. Su mirada exterior a las facciones políticas mexicanas luce con un aura de desinterés y objetividad que apunta a promover a Scott y a los Estados Unidos en general en árbitros y jueces de lo que sucedía entre nosotros. Esto es, el Manifiesto es un arma de guerra para someter la conciencia de los vencidos a

<sup>2</sup> José María Roa Bárcena, p. 253.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 254-255.



la perspectiva del vencedor. Y precisamente allí es donde interviene Roa Bárcena asumiendo esa perspectiva acriticamente y como prueba suficiente.

Para Antonio Castro Leal —integrante del grupo de los Siete Sabios— es convincente —algo así como la prueba de la imparcialidad de misma— la diversidad que compone la obra de Roa Bárcena. Dice —en 1947 (a cien años de la guerra del ‘47)— de Roa Bárcena:

no pudo trazar un perfil único de los hechos y se vio obligado a recoger las versiones discrepantes, no solo de los nuestros y del enemigo sino las que había dentro de cada campo, procurando establecer el hecho único que las produjo; pero a través de todas esas líneas, como en los apuntes a lápiz de los escultores, encuentra el verdadero contorno de la verdad.<sup>4</sup>

La diversidad puede parecer imparcialidad, pero si apunta a la exculpación de Santa Anna es dudoso que lo sea; por ende, no es prueba suficiente de imparcialidad.

En realidad, el propio Roa Bárcena tiene intereses para los que es conveniente exculpar a Santa Anna. No es casual, entonces, que asumiera una propuesta como la de Scott, de apariencia desinteresada y objetiva. Dicho sea esto sin dejar de reconocer su esfuerzo “por ser objetivo”.<sup>5</sup>

## 2. EL CUADRO DE INTERESES DE ROA BÁRCENA A FAVOR DE SANTA ANNA

En efecto, Roa Bárcena es un político conservador bien compenetrado con los intereses de su partido, al que defendió y promovió en innumeradas ocasiones. Escribe sus *Recuerdos* en 1883, 27 años después de la onceava presidencia de Santa Anna (1853-1856), apoyada por el partido conservador y siendo Lucas Alamán —la cabeza más lúcida de los conservadores—,<sup>6</sup> ministro del gabinete de Santa Anna y propulsor de éste. De hecho, la elección de Roa Bárcena por apoyar la onceava presidencia de Santa Anna en 1853 constituye su primera elección política en serio.<sup>7</sup> Santa Anna fue su primera elección política.

De alguna manera, si a los conservadores les convino aliarse a Santa Anna en 1853, no podría ser que asumieran que éste haya sido traidor a la patria en 1847 y

<sup>4</sup> Antonio Castro Leal, *op. cit.*, p. viii.

<sup>5</sup> Hipólito Rodríguez, “Prólogo” a José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana* (ed. del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes), p. 13.

<sup>6</sup> Su antiliberalismo católico, reputa a Roa Bárcena como alamanista y por allí santanista, según lo revela su novela *La quinta modelo* (1857).

<sup>7</sup> Antonio Castro Leal ofrece los siguientes datos biográficos de Roa Bárcena: “José María Roa Bárcena nació en la ciudad de Jalapa (estado de Veracruz) el 3 de septiembre de 1827; fueron sus padres don José María Rodríguez Roa y doña María de la Concepción Bárcena. Desde muy joven se dedicó al comercio y cultivó las letras. En 1853 [a los 25 años] vino a la ciudad de México y formó en las filas conservadoras.” “Prólogo” a José María Roa Bárcena, *Recuerdos...*, p. xi.



que el conservador Roa Bárcena, joven testigo de la guerra, lo supiera o lo hubiera entrevistado. Asimismo, “recordar el enorme trauma que causaron aquellos sucesos [a la nación] [...], el honor herido y desvalorizado de los vencidos”<sup>8</sup> tiene, en efecto, un “sentido, en cierta forma terapéutico”,<sup>9</sup> al decir de Hipólito Rodríguez. Pero esto puede entenderse en el sentido de cuidar la espalda de Santa Anna<sup>10</sup> (por ser mexicano, soldado y presidente, según afirmara José C. Valadés).

Si a Roa Bárcena se lo vio participar con otros monarquistas en la solicitud a Napoleón III para que enviara un emperador a México, su conservadurismo recalci-trante determinó “su distanciamiento del llamado Segundo Imperio: para Roa la política de Maximiliano poseía más afinidad con los propósitos liberales que con sus aspiraciones conservadoras”.<sup>11</sup> El cuadro de sus elecciones políticas queda completo, así que podemos entender por qué puede creer —con base en sus intereses políticos— que Santa Anna no fue un traidor.

En efecto, José María Roa Bárcena redacta sus *Recuerdos* para atacar a los liberales “puros” y enaltecer a los conservadores al mismo tiempo que la opción monárquica por un príncipe europeo frente a la presente omnipotencia de Estados Unidos —opción más creíble si se ignora que Santa Anna fue quien abrió las puertas del país a los estadounidenses—. Solo la ayuda europea pudo quizá contrarrestar a la debilidad de las fuerzas de nuestro país, aunque heroicas.

Esos *Recuerdos* fueron escritos para dar el espaldarazo a Santa Anna en 1847, retroactivamente, por habérselo otorgado los conservadores y monarquistas Lucas Alamán, José María Roa Bárcena y otros en 1853-1856.

Ciertamente, la posición de fondo de Roa Bárcena respecto de la guerra del ‘47 indica que “la falta de cohesión nacional”<sup>12</sup> hacía imposible enfrentar a Estados Unidos si no hubiera “el contrapeso de un poder europeo que frenara el despliegue de esa tendencia [yanqui] a la expansión territorial”.<sup>13</sup> Para Roa Bárcena, la suerte ya estaba echada. Apuntalar esta idea por todos los medios da brillo a la posición conservadora monarquista, tanto por la necesidad de un gobierno fuerte (Lucas

<sup>8</sup> Hipólito Rodríguez, *op. cit.*, p. 14.

<sup>9</sup> *Idem.*

<sup>10</sup> En Antonio Castro Leal se verifica nítidamente esta posibilidad equívoca. Dice en su “Prólogo”: “Roa Bárcena [...] halló — con agradable sorpresa — que la defensa nacional, tan menospreciada por los mexicanos, era diversa y favorablemente juzgada por los mismos invasores”. Esta idea consoladora movió a Roa Bárcena a rectificar la opinión de sus compatriotas, fijando en lo posible hechos cuyo conocimiento exacto es indudablemente “propicio al honor de la República”. (*Op. cit.*, pp. vii-viii). Como vemos, Antonio Castro Leal cita a Roa Bárcena y luego lo comenta creyéndole. De suerte que esa “rectificación” a la que alude Roa Bárcena para contribuir a la defensa nacional incluye negar que Santa Anna fue un traidor e incluye afirmar que el honor de la República se propicia al propiciar el honor de Santa Anna. Dicen defensa nacional y hacen —para ello— la defensa de Santa Anna.

<sup>11</sup> Hipólito Rodríguez, *op. cit.*, p. 16.

<sup>12</sup> *Idem.*

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 19.



Alamán), por la de un monarca europeo (Estrada y también Lucas Alamán). Como, según Roa Bárcena Texas ya se había perdido de antemano, carecía de sentido culpabilizar a Santa Anna.<sup>14</sup> Porque la suerte ya estaba echada para los conservadores Roa Bárcena decreta que ya lo estaba para todos los mexicanos. Y porque Santa Anna fue el dictador de ese gobierno fuerte iluminado por Lucas Alamán como solución a los problemas mexicanos, Santa Anna no puede ser sino un patriota de cuerpo entero. Jamás un traidor.

### 3. LA DESLUMBRANTE VISIÓN DE ROA BÁRCENA LE OBNUBILA EL CONJUNTO

En el primer inciso de este capítulo decía que los esfuerzos eficaces en combate pueden demostrar que no hubo traición en ellos aunque en otros aspectos de la acción no lo pueden demostrar; asimismo, los esfuerzos ineficaces tampoco demuestran nada a favor o en contra y solo el trazo seguido en la batalla puede demostrar patriotismo o traición, etcétera. Para que se aprecie mejor lo dicho acompañemos a Roa Bárcena en algunos hitos decisivos de la batalla de la Angostura (22 y 23 de febrero de 1847), a propósito de los cuales glorifica a Santa Anna.

Comencemos por el balance final del día 23:

Así, pues, Taylor conservaba su centro, ó sea la fortificación levantada la noche del 21 en el Paso (la verdadera Angostura), y su tren de provisiones y bagajes en la hacienda de Buena-Vista, ó sea su posición de retaguardia; habiendo perdido él y ganado Santa-Anna, además de los trofeos de guerra mencionados, casi todo el terreno comprendido entre el expresado centro norte-americano y la cadena de montañas á su izquierda; esto es, el teatro principal de la lucha, donde quedaban tendidos á centenares, muy atrás de nuestras últimas posiciones, los muertos y heridos del enemigo, ya desnudos y distinguiéndose por lo blanco de sus carnes los primeros.<sup>15</sup>

Ciertamente en esta victoria no hubo traición por parte de Santa Anna. Pero el trazo siguiente, cuando abandona el combate a punto de vencer definitivamente al

<sup>14</sup> "Roa cree detectar una tendencia histórica ante la cual no había prácticamente alternativa: `México que, para obrar con previsión y cordura, debió haber hecho en 1835 abandono de Tejas, ciñéndose a conservar y fortificar sus nuevas fronteras, debió en 1845 reconocer el hecho consumado de la independencia de aquella colonia y arreglar por la vía de las negociaciones sus propias diferencias y sus límites con los Estados Unidos. Imprudencia y locura fue no hacer lo uno ni lo otro; pero hay que convenir en que aquella juiciosa conducta no le habría evitado las nuevas pérdidas territoriales sufridas en 1848. También la zona entre el Bravo y el Nueces, también el Nuevo México y la Alta California eran indispensables a la seguridad y el bienestar de los Estados Unidos...'. Según su opinión, la ominosa presencia de Estados Unidos hizo que una fracción no pequeña del pueblo volviese a preguntar `lo que de algunos años atrás se había preguntado: si la influencia europea en América, tan rechazada y execrada de nuestro natural enemigo, sería el único elemento eficaz de resistencia a la ejecución de sus planes´" (*ibid.*, p. 23).

<sup>15</sup> José María Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 156.



enemigo es el trazo significativo del sentido total de los movimientos de Santa Anna. Sigue la lógica de aquel otro del día 22, antes de que comenzaran los combates, cuando Santa Anna, habiendo logrado rodear a Taylor con 20,000 hombres sin haberse percatado éste de ello, en lugar de sorprenderle le avisa y lo invita a rendirse.<sup>16</sup> A lo que Taylor se niega.

El trazo indica que a ojos de los mexicanos Santa Anna ha logrado rodear al enemigo; y a ojos de Polk y de Taylor, que Santa Anna cumple con advertirlos en vez de sorprender al ejército enemigo. Taylor ya avisado pasa lógicamente al combate, pues el mensaje es ése. Análogamente, mientras los combates ocurren hasta el punto de hacer retroceder al enemigo invasor a su último reducto, Santa Anna abandona la posición en lugar de concluir la derrota definitiva el 24 de febrero.

Todo el movimiento de Santa Anna tiene el sentido de una advertencia y de una prueba a los norteamericanos que dice: de haber querido acabar con ustedes lo hubiera hecho y al no hacerlo les pruebo el cumplimiento de nuestros acuerdos de La Habana. Simultáneamente, el movimiento de Santa Anna aparece a ojos de los mexicanos como el de un patriota arrojado y triunfante... Bueno, casi triunfante, pero que ya demuestra que lo puede lograr, así que debe seguirse confiando aunque no concluyó... Pero es que no pudo por falta de víveres, según Santa Anna aducirá más adelante.

Ahora cabe mirar a Santa Anna en los combates del atardecer del 23 de febrero con los ojos de la imaginación de Roa Bárcena:

Santa-Anna, á quien ya habian muerto de un metrallazo su primer caballo, y que en otro de poca alzada, con un corneta de órdenes al lado, y sin distintivo militar en su persona, de cachucha ó levita ó sobretodo, sin desenvainar la espada, llevaba en la diestra un látigo corto con que avivar el paso de su montura á la cabeza de sus columnas, ó con que señalarles las contrarias y el camino del combate y la gloria. Así condujo de una á otra loma á sus fuerzas, formándolas en batalla en el lugar mismo en que su genio militar, que suplía en él á toda instruccion, le hizo prever la aparición del enemigo que, al presenciar los preparativos de un nuevo ataque, quiso adelantarse á darle más bien que recibirle. Así le vieron y le victorearon sus regimientos, á quienes electrizaban sus ojos de águila y las frases breves y enérgicas cuyo acento sobresalía entre los toques de fuego del clarín y el estampido de los cañones. Así le verá la historia, olvidando ante ese momento solemne en que Santa-Anna personificaba á todo un pueblo que defiende valerosamente su independencia, los errores y faltas del anciano que acaba de bajar al sepulcro entre las sombras de la pobreza y de las cegueras propias, y ante la ingratitud y la indiferencia de sus conciudadanos, ¡más frias que la muerte!<sup>17</sup>

<sup>16</sup> "A las once de la mañana el expresado jefe, desde la Encantada, envió a Taylor una intimación así concebida: `Está ud. rodeado por 20,000 hombres y, según todas las probabilidades, no puede evitar una derrota y la destrucción de sus tropas; pero, mereciéndome estimación particular, se lo aviso para que pueda rendirse á discreción bajo la seguridad de ser tratado como cumple al carácter mexicano; á cuyo fin se le concede el plazo de una hora desde la llegada de mi parlamentario al campo de ud.´" (*ibid.*, p. 139).

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 150.



Esta visión de Roa Bárcena ha sido eficazísima en la historiografía mexicana, en aquella parte mayoritaria de ésta que exculpa a Santa Anna. La visión se basa muy probablemente en eventos auténticos pero es equívoca cuando ante esfuerzos eficaces cree que con ellos demuestra algo más que la eficacia de los mismos; es decir, estos esfuerzos serían la prueba de que no hubo traición, pero son insuficientes para probarlo más allá de ellos. De otro lado, la visión de Roa Bárcena muestra la raíz de la modificación política y psicológica de éste cuando quiere creer en ella cuando quiere que —ante la vista del hombre aún joven que brilló en la Angostura— la historia olvide “los errores y faltas del anciano”, refiriéndose a la onceava presidencia de Santa Anna, aupada por los conservadores y en la que uno de sus menores excesos consistió en imponer la costumbre de que lo llamaran “Alteza Serenísima”.

En realidad, la visión luminosa que tiene José María Roa Bárcena del Santa Anna de la Angostura es una visión compensatoria de la depresión en la que se encuentra sumido el conservador monárquico en el ocaso de sus días, en el ocaso de la elección monárquica y del proyecto criollo en México, sobre todo en su vertiente conservadora. Cabe aludir ahora a la concepción general que integra la obra de José María Roa Bárcena.

#### 4. LA HISTORIA TEOCRÁTICA Y RACISTA DE ROA BÁRCENA

Contra “la filosofía sensualista [materialista] y atea” estadounidense, el pueblo mexicano —según Roa Barcena— es católico; y “`ante el enemigo común, [...] la única bandera propia y tradicional de su raza [es] la bandera del Catolicismo´”; así que “el contrapunto entre el proyecto anglosajón y el católico es uno de los hilos conductores de todo el discurso [de Roa Bárcena] en la misma línea que Lucas Alamán y Carlos María de Bustamante [—análogo en esto a ellos, aunque con una sólida postura liberal—]”.<sup>18</sup> Dicho esto entendemos que los *Recuerdos* exponen una historia teocrática y racista. La cual, si enaltece a los mexicanos por ser católicos, frente a los anglosajones protestantes y materialistas y aun ateos, asume la creencia en una presunta “`inferioridad física de las razas´ como una de las razones de nuestra derrota”,<sup>19</sup> aunque ésta ocurriera en golpes de escena heroicos.

Para alguien que por su posición política se ve inclinado a creer que la derrota de México no solo en ‘47 sino aun en la guerra de Texas (1836) era irreversible, redundar en la creencia de la inferioridad física de raza de los mexicanos (indios y mestizos, por supuesto; no los criollos) constituye una estancia adecuada.

La depresión implícita en esta postura bien puede semejar objetividad desinteresada, tanto más en 1883, derrotado el partido conservador y el monarquista y en definitiva decadencia la perspectiva criolla en México.

<sup>18</sup> Citado por Hipólito Rodríguez, *op. cit.*, p. 23.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 24.



Si se asume el contraste entre el aparecer de la narración histórica de los *Recuerdos* de Roa Bárcena y las tensiones internas que estructuran esa obra, no resulta difícil reconocer como sintomática la predilección de la historiografía mexicana no solo por la interpretación de Roa Bárcena sobre la guerra del '47 sino sobre todo en cuanto a su idea del papel jugado por Santa Anna. Es sintomática de depresión respecto del pasado, el presente y el futuro de México. Es ilustrativa a este respecto la manera en que Antonio Castro Leal asume la perspectiva de Roa Bárcena, imbuida en una “sombra constante”. Dice:

En este libro ejemplar nos sorprende a cada página lo fácil que hubiera sido, esforzándonos un poco más, mejorar nuestra situación; lo cerca que estuvimos, en variadas ocasiones, de inclinar la suerte de las armas a nuestro favor desde las batallas de la Resaca de Guerrero y la Angostura a la marcha de Veracruz y las campañas del Valle de México. Pero siempre una sombra constante, que marchaba en nuestras filas, venía a interponerse entre nosotros y el buen éxito: la imprevisión y el hambre, la falta de unidad de mando, la mala organización, la poca preparación humana y técnica, los elementos materiales insuficientes e inadecuados, la incapacidad de un esfuerzo continuado, la idea falsa —por exagerada— de nuestras fuerzas y recursos, las diferencias y las rencillas personales que aparecían en el fragor mismo de la batalla, la ambición del poder que relegaba a segundo término la salvación de la patria y ponía así en peligro lo mismo que codiciaba.<sup>20</sup>

En realidad, y más allá de misterios depresivos o fascinantes, esa “sombra constante” es la de Santa Anna, no la del sino nacional. La decadencia de algunos actuales mexicanos se sintoniza con la perspectiva criolla decadente y pseudobjetiva; se espejean, por cierto, en el mismo objetivismo aparente, con posturas políticas diversas pero en algo familiares.

La cuestión psicosocial de fondo consiste aquí en que la depresión (de Roa Bárcena o de otro) es conformista y asume ante el mundo la actitud del “así es” tan cara al positivismo, por donde puede parecer imparcial. Más todavía si por depresión se intenta salir de ésta a través de la imparcialidad aunque no se la logre. El efecto dual consiste entonces en que la depresión aparece a ojos del lector como imparcialidad, además de que en Roa Bárcena ésta es una racionalización de su depresión. De tal modo, recordar críticamente el trazo de José María Roa Bárcena es “en cierta forma terapéutico” para la conciencia histórica nacional.<sup>21</sup>

<sup>20</sup> Antonio Castro Leal, *op. cit.*, pp. ix-x.

<sup>21</sup> Tanto el prólogo a los *Recuerdos* de Antonio Castro Leal como el de Hipólito Rodríguez —de los que me he servido para el comentario— enaltecen la labor historiográfica de José María Roa Bárcena sin dejar de diferir respecto de sus afirmaciones de que Santa Anna no fue traidor a la patria. Hipólito Rodríguez me comunicó que ciertamente “el horizonte de reflexión de Roa Bárcena delimita sus posibilidades de interpretación del fenómeno Santa Anna; y que dentro de ese horizonte [conservador] las perspectivas para el cuestionamiento de Santa Anna eran muy reducidas”.





## CAPÍTULO 9

### ROA BÁRCENA DISCUTE A RAMÓN GAMBOA

#### 1. LA RESPONSABILIDAD HISTORIOGRÁFICA DE ROA BÁRCENA

José María Roa Bárcena es el único autor que discute puntualmente la acusación del diputado Ramón Gamboa contra Santa Anna de manera responsable y explícita,<sup>1</sup> así como, en apariencia, de modo definitivo. Este hecho quizá ha dado pie a que no se vuelva a tratar el asunto con el debido cuidado; incluso, que ni se mencione a Ramón Gamboa,<sup>2</sup> o bien que fácilmente se consuelen quienes exculpan a Santa Anna con que ya hubo quien “demostró” infundadas las acusaciones de aquél a Santa Anna, lo cual está muy lejos de ser verdad.

Ya tuvimos ocasión de discutir las principales tesis de Roa Bárcena reivindicativas de Santa Anna, así como de reconstruir el cuadro de intereses políticos y psicológicos al escribir sus *Recuerdos* del '47, obra solo en apariencia imparcial aunque metódicamente muy esforzada en lograrlo.

La prueba mayor de este esfuerzo y virtud lo constituye su discusión explícita de la acusación del diputado Ramón Gamboa a Santa Anna. Esa discusión es también el lugar ejemplar para verificar *cómo* el intento falla y *por qué*.

<sup>1</sup> José C. Valadés, por ejemplo, lo hace puntualmente pero sin mencionar siquiera a Ramón Gamboa. Y Manuel Rivera Cambas en su *Los gobernantes de México* (1873) se ocupa de hacerlo pero no puntualmente, aunque dándole importancia al asunto. Más abajo comentaremos sus aportes.

<sup>2</sup> Además, debe tomarse en cuenta que en 1854 Santa Anna obstaculizó el acceso al expediente de la “Acusación” de Gamboa. En efecto, Carmen Vázquez Mantecón (*Santa Anna y la encrucijada del Estado. La dictadura 1853-1855*) da noticia del certamen promovido por Santa Anna en su onceava presidencia (1853-1855) en el que ofrecía “un premio al autor de la mejor historia sobre la última guerra extranjera que sostuvo la República”. Añade que “a las personas que escribieran, les sería permitido tener copias de los documentos necesarios.” Pero advierte que Santa Anna “se cuidó muy bien de mandar sacar el expediente [esto es que obstruyó la posibilidad de que fuera copiado o aún de que se conociera] instruido por la sección del gran jurado de la Cámara de Diputados que tenía la acusación de Ramón Gamboa contra el mismo Santa Anna, hecha en 1847”. Y en nota a pie indica señas del original en el Archivo General de la Nación: “Archivo General de la Nación, Gobernación, Leg. 1203, caja 2, Exp. 5, 20 de febrero de 1854. La convocatoria del certamen obedeció a una “necesidad de legitimación del gobierno y el temor de juicio posterior a sus actos [de Santa Anna].” ¿Qué actos? No se refiere Vázquez Mantecón solo a los de la guerra del '47 sino a que poco antes Santa Anna había requisado y mandado quemar los ejemplares del libro *Apuntes para la historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, escrita por Rómulo Alcaraz, *et al.*, publicada en 1848. Además de ordenar en febrero de 1854 que a sus autores “fueran destituidos de todo cargo o empleo público, con licencia absoluta, a los que fueran militares”. (p. 215).



Roa Bárcena dedica a discutir la acusación el capítulo xxvii de sus *Recuerdos* —último del tomo II publicado por Porrúa— pues es el lugar que corresponde a la exposición del momento histórico en que fue formulada, esto es, durante el armisticio pedido por Scott después de la batalla de Churubusco y concedido por Santa Anna. Era natural que ante tal apoyo santánico al enemigo, efectuado a la vista de todo mundo, resultara evidente y a la vez urgente denunciarlo por el peligro que sufría la Nación de seguir Santa Anna al mando del ejército. Por ello esta fue la ocasión en que presenta su acusación Gamboa en el Congreso. Por cierto, en ausencia de Ramón Gamboa por el temor de éste a las represalias de Santa Anna o de sus seguidores.

El capítulo xxvii se titula “La opinión respecto de la paz”, porque primero discute la idea del diputado Otero<sup>3</sup> al respecto, así como la del gobierno del Estado de México,<sup>4</sup> para finalmente ocuparse de Gamboa.<sup>5</sup> Todas estas cuestiones fueron tratadas en el Congreso. Termina el capítulo con el informe de los preparativos militares de Santa Anna para reanudar la guerra.<sup>6</sup>

## 2. EL SESGO DE LOS *RECUERDOS* EN CONJUNTO

De hecho, todo el tomo II y el III de los *Recuerdos* están estructurados como una respuesta a la acusación del diputado Gamboa. Esto es, en el capítulo xxvii del tomo II lo discute explícitamente pero a lo largo de los dos últimos tomos (del capítulo xvii al xxxi) se ocupa de reivindicar a Santa Anna a propósito de cada batalla y cada acusación de Gamboa, trayendo a cuento el *Informe* de Santa Anna con el que en 1849 éste contestó a la acusación que el diputado formulara en 1848( poco más de ocho meses antes de que Santa Anna remitiera al Congreso su *Informe* desde Jamaica). En estos pasajes de los dos tomos no se discute puntualmente a Ramón Gamboa sino solo se lo menciona, en ocasión de presentar eso sí *in extenso* las aseveraciones de Santa Anna, desafortunadamente, en forma acrítica o asumiéndolas sin más como verdades, a excepción de la aclaración de algún detalle secundario que se reconoce no fue como el *Informe* refiriera.

Así pues, los tomos II y III —o bien los capítulos xvii a xxxi— de los *Recuerdos* de Roa Bárcena están estructurados para contestar a la *Acusación* de Ramón Gamboa a Santa Anna con base en el *Informe* de Santa Anna. Repiten meramente pues, el argumento de éste validándolo a través de la referencia al contexto en que tuvieron lugar los acontecimientos. En realidad no tienen valor probatorio pero lo aparentan por la noción de realidad que entrega la narración histórica de los sucesos.

<sup>3</sup> Cfr. José María Roa Bárcena, *op. cit.*, tomo II, “La nota de Otero”, pp. 357-364.

<sup>4</sup> *Ibid.*, “El Estado de México”, pp. 365-366.

<sup>5</sup> *Ibid.*, “Gamboa contra Santa Anna”, pp. 367- 372.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 22 de agosto de 1847 a 7 de septiembre de 1847, pp. 373-378.



Por su parte, el tomo 1 (capítulos 1 a XVI, este último dedicado a la capitulación de Veracruz) no se estructura en relación a la acusación de Gamboa y el *Informe* de Santa Anna. No obstante, la visión luminosa y glorificadora que tiene Roa Bárcena de Santa Anna en la batalla de la Angostura está arreglada *ad hoc* para sepultar toda idea de que Santa Anna pudiera haber traicionado.

El caso es que la batalla de la Angostura y la entrega de Tampico al enemigo sin darle batalla transcurren como hechos indiscutidos, afianzándose en la mente del lector la idea de que estos sucesos ocurrieron tal como se relatan. Solo en el capítulo XXVII, al discutir a Ramón Gamboa, se los vuelve a mencionar de pasada, teniendo como apoyo lo ya asentado más atrás acerca de ellos y que fue exculpatorio a la par que laudatorio respecto de Santa Anna. Un efecto “probatorio” análogo tienen las escenificaciones que Roa Bárcena hace de las batallas con base en el *Informe* de Santa Anna y que a partir del capítulo XVII anteceden al XXVII, en el que ya discute a Ramón Gamboa.

En fin, la obra entera de Roa Bárcena se encuentra afinada para que quien la pulse saque notas precisas y no otras inconvenientes para la imagen de Santa Anna, todo lo cual da cuenta de cuán importante es para la historiografía la intervención crítica del diputado Ramón Gamboa contra Santa Anna, no obstante que la historiografía mexicana hasta la fecha poco se haya ocupado de ella. Detallemos la discusión escenificada en el capítulo XXVII, según dijimos.

### 3. EN PRO Y CONTRA MARIANO OTERO PARA MEJOR CRITICAR A GAMBOA

Roa Bárcena antecede el tratamiento de las cuatro cuestiones de que se ocupará el capítulo —entre ellas la acusación de Gamboa— anunciándolas y aclarando la diferencia entre un falso patriotismo que por ignorancia propugnaba por la continuación de la guerra y otro verdadero patriotismo que también la quería y al que Mariano Otero se adscribió. Aprovecha Roa Bárcena para felicitar a aquellos que “aspiraban a vengar” los agravios sufridos por la virilidad que les honra y a México. Y aprovecha para honrar al Ejército mexicano, lo que para Roa Bárcena parece pasar necesariamente por honrar y exculpar a Santa Anna.<sup>7</sup>

Solo después de esta operación introductoria Roa Bárcena se dispone a abordar la intervención de Otero y los demás.

La primera crítica de Roa Bárcena al federalista Otero tiene lugar respecto de la idea de éste de que el gobierno no tiene derecho a ofrecer a los estadounidenses la Alta

<sup>7</sup> “Tendencia tal en nuestros días de mayor infortunio, acusaba cierta virilidad que honra a México, como le honrará siempre el hecho innegable de que su ejército, no obstante defectos de organización patentísimos, a otro día de cada derrota suya se presentó de nuevo ante el enemigo sin que le acobardara la probabilidad de nuevos reveses” (*ibid.*, p. 356).



California —con Texas— en vista de negociar la paz, debido a que: 1. “la Nación no reconoce otra cuestión pendiente más que la relativa al dominio del territorio de Tejas [...]”. El gobierno no puede “obligarlos [—a los Estados, por ejemplo, al de California—] a que pertenezcan a otro pueblo, viéndolos como a un rebaño”.<sup>8</sup> A lo que el conservador centralista Roa Bárcena contesta que Mariano Otero olvida que el Gobierno, representante de la Nación, en el caso presente ni enajenaba territorios o Estados, ni los obligaba a pertenecer a otro pueblo, sino que, “obrando ante la presión de la fuerza mayor, pasaba por la pérdida del territorio o Estados *conquistados* ya por el enemigo y que la nación se hallaba en la imposibilidad de recobrar, *para salvar por este medio el resto del país*”.<sup>9</sup> Y en nota a pie cita a juristas internacionales que convalidan tal proceder.

La falla del argumento de Roa Bárcena consiste en que no ofrece ninguna prueba de que el caso de California fuera precisamente el figurado por los juristas: territorio ya ocupado y perdido. La idea es cierta respecto de Texas, con una población mayoritaria de anglos, pero no en el caso de California, en donde éstos encontraron fuerte oposición por parte de los californios.<sup>10</sup>

En realidad, estas cuestiones apuntalan la ulterior crítica a Gamboa. Función aún más destacable en las próximas críticas de Roa Bárcena a Otero, así como en sus coincidencias con él. De hecho, todo el capítulo está compuesto para contraargumentar a Ramón Gamboa, también los pasajes dedicados aparentemente solo a otras cuestiones. Y es que Roa Bárcena toca realmente otros tópicos pero de tal modo que reconducen hacia la contraargumentación a Ramón Gamboa. Por ello debemos seguir paso a paso estas ramificaciones.

### 3.1. Coincidencia razonable

Mariano Otero es partidario de la guerra a toda costa, “hasta obtener una paz conveniente”,<sup>11</sup> hasta derrotar al enemigo o caer bajo su yugo en calidad de “colonia”, dice expresamente.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 358.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 359, cursivas mías.

<sup>10</sup> Cfr. Leonard Pitt, *The Decline of the Californios. A social history of the spanish-speaking californians, 1846-1890* (capítulos II y III); así como en el capítulo 25 de la primera parte del presente libro, capítulo sobre Santa Anna en la historiografía chicana. Contra la falaz glorificación de John C. Frémont y “la patética *Bear Flag Rebellion*”, dice Pitt: “Put briefly, those scholars [se refiere a los historiadores Josiah Royce y Hubert Howe Bancroft, *Hystory of California* (San Francisco, 1886), v, 1846 a 1848; George Tays, *Revolutionary California: the political history of California from 1820 to 1848* (University of California, Berkeley, 1934); Bernard De Voto, *The Year of the Decision, 1846* (segunda edición, Boston, 1961) y Otis A. Singletari, *The Mexican War* (Chicago, 1960)] have found that the United States connived rather cynically to acquire California, provoked the native californians into a dirty fight, and bungled a simple job of conquest” (p. 26).

<sup>11</sup> José María Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 360.



Ante esta alternativa extrema de Otero, Roa Bárcena lo critica atinadamente señalando que después del triunfo yanqui —meses después de la intervención extremista de Otero en el Congreso— los tratados con el enemigo no tuvieron “todas las funestas consecuencias que anunciaba el digno representante de Jalisco”,<sup>12</sup> *id est*, Otero.

La discrepancia con Otero sirve para dar mayor verosimilitud a su coincidencia con él cuando poco más abajo éste pasa a exculpar —presuntamente con justicia— a Santa Anna; esto es, aunque es de un partido opuesto al de Roa Bárcena.

### 3.2. *La nación no pudo o no quiso*

Asimismo, ante las posibilidades alternativas que entreveía Otero, Roa Bárcena ya puede aludir a la línea definitiva que siguieron los acontecimientos realizando solo una de las posibilidades entrevistas por Otero. Esta nueva coincidencia con él servirá para añadir nuevos argumentos a favor de Santa Anna; además de encubrirlo.

Veamos lo que dice Roa: “Por dolorosa que suela ser la realidad de las cosas, en el presente caso se redujo a que la nación no pudo o no quiso destruir ese puñado de extranjeros”.<sup>13</sup>

Esta descripción es incorrecta. La nación mexicana sí quiso vencer al invasor e, incluso, pudo haberlo hecho. Pero si Roa se niega a asumir la traición de Santa Anna no verá que éste hizo fallar la voluntad y el intento de la nación, con lo que llegamos a la formulación de Roa recién citada. Antes de discutir la traición de Santa Anna, Roa pretende asentar como dato fáctico que la nación “no pudo o no quiso” vencer a ese “puñado de extranjeros”, de modo que fuera superflua la intervención de Santa Anna, en pro o en contra. Éste queda como mero adorno intrascendente del acontecimiento. Así que para qué señalarlo. Hacerlo parecerá mero encono contra el general.

### 3.3. *Ni causa ni pruebas*

Más adelante, Roa Bárcena reseña que Otero: “Rechazó con indignación el aserto de los que explicaban el desastre nacional por medio de una colusión con el extranjero o por la degeneración del país”.<sup>14</sup>

Pero es de sumo interés registrar las razones que da Otero para este rechazo, mismas en que se fija Roa para luego apoyarse en ellas en su discusión con Ramón Gamboa. Dice Mariano Otero: “Ni merece crédito —asentaba— la sospecha de una traición, que no tendría una sola causa de tentación ni puede exigirse del hombre que ha sido objeto de ella otra prueba en contra que su presencia en los lugares donde la muerte segaba a nuestros defensores”.<sup>15</sup>

<sup>12</sup> *Idem.*

<sup>13</sup> *Idem.*

<sup>14</sup> *Idem.*

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 360-361.



Según Mariano Otero, Santa Anna no tiene “causa de tentación” para coludirse con el extranjero. Pero no ve que dicha causa no es entregarle a Polk buena parte de México sino intercambiar por esa entrega el que Santa Anna se quede con el poder de la nación ya pacificada.<sup>16</sup> “Causa de tentación” sí que la hubo, y el propio Santa Anna así la formuló en la comunicación habanera con Slidell MacKenzie, agente de Polk.

Otero cree que si Santa Anna no tiene “causa”, sus atacantes no tendrán más “prueba” que la circunstancial de hallarse Santa Anna presente en ocasión de los funestos acontecimientos. Pero ocurre que Santa Anna no es mero testigo o simple contemporáneo espacialmente coincidente sino el director de los movimientos del ejército mexicano. Y la lógica de esa dirección aparentemente solo caótica e incoherente es significativa y reveladora de un sentido preciso que favorece al invasor.

Importa señalar que el interés de Otero en cubrirle la espalda a Santa Anna —en excusarlo— consiste en que los liberales “puros” y moderados (de los que Otero era uno) fueron quienes llevaron a la presidencia a Santa Anna en 1846 y quienes le dieron el mando del ejército, así que excusarlo les cubre a ellos las espaldas. De ahí la precisión con la que Mariano Otero lo hace: anulando causas e invalidando pruebas, esto es, intentando establecer que ni siquiera existe un caso que seguir.<sup>17</sup>

### 3.4. Un plan acertado

Más abajo Mariano Otero plantea las que según él han sido las causas de la derrota de México hasta el punto en que en ese momento se hallaban las cosas. Dice: “La

<sup>16</sup> Pues si los liberales “puros” le ofrecieron la presidencia a Santa Anna, desde su llegada a México en 1847 y éste la rechazó aceptando solo la dirección de los ejércitos, debe entenderse que rechaza una presidencia que se encuentra cuestionada radicalmente no solo por la presencia de los invasores en el terreno nacional sino por las encontradas corrientes de opinión respecto de cómo tratar el caso; en particular, siendo la corriente mayoritaria aquella que insistía en combatir al enemigo por creer que esos territorios podían salvarse. Opinión que no era la de Santa Anna.

<sup>17</sup> Cuando a mediados de 1847 Otero habla de pruebas y de causas es debido a que ya han ocurrido una serie de acciones que a la gente le probaba la traición de Santa Anna aunque a Otero no. Pero hacia el 27 de noviembre de 1846 no han ocurrido todavía suficientes acciones santánicas, por lo que en una carta al presidente interino —el general Anaya— escribe José María Lafragua, en defensa de Santa Anna, solo acerca de las causas, lo siguiente: “Pero tal idea [la de la connivencia traidora de Santa Anna con Estados Unidos] no puede sostenerse, cuando se considere que el general Santa Anna no necesita ser traidor para ser el primer hombre de México; y que no tiene que andar por ese camino de perfidia y de vergüenza para llegar al templo de la inmortalidad”. Completamente convencido del argumento de Lafragua, Fernando Díaz y Díaz añade que “sin embargo, aquella idea fue decisiva —por diferentes motivos y a manera de arma psicológica [a favor de Estados Unidos]— en el transcurso de la guerra”. Con lo cual toda crítica a Santa Anna queda propuesta *ipso facto* como traición a la patria. Más abajo tendremos ocasión de contraargumentar la tesis de Lafragua, retomada por Fernando Díaz y Díaz, de que Santa Anna no necesitaba traicionar para obtener poder y gloria pues —a esto se atiene Lafragua— los liberales “puros” ya le habían ofrecido la presidencia recién arribado a la capital, y éste la rechazó, prefiriendo salir a combatir a los estadounidenses. Y digo yo que más bien prefiriendo salir a cumplir sus acuerdos con Polk, para después de la labor cumplida acceder al poder y a la gloria ya sin la amenaza de los yanquis.



impunidad otorgada a muchos jefes militares y la falta de un plan acertado, fenómenos propios de una situación como la nuestra, son las causas que nos llevaron al estado en que hoy estamos, y esto es tan patente, que para conocerlo bastan los hechos más públicos”.<sup>18</sup>

Es curioso que precisamente Santa Anna sea esas dos cosas: jefe impune y carente de plan acertado, así que en algo —aunque sin mencionarlo— Santa Anna es responsabilizado por Otero, pero no de traición.

Sin embargo, la cosa no puede quedar allí, pues si bien se ve esas impunidades y carencia de planes son causas que intervienen en los acontecimientos de modo intempestivo o como contrafinalidades de incidencia accidental, ¿por qué ocurren los desastres contra México *sistemáticamente*? La respuesta es que no hay un “plan acertado” a favor de México pero sí una voluntad favorable a Estados Unidos realizada metódicamente. Y es Santa Anna el que avanzó por esa senda.

### 3.5. El verdadero plan

En lo que sigue Mariano Otero critica a Santa Anna sin mencionar su nombre, pues ilustra u ofrece una “comprobación de la falta de plan”. Como se ve, falta de plan, error táctico, ineptitud, son tópicos que se le pueden criticar a Santa Anna, pues solo a él lo demeritan, pudiéndose resolver el asunto con su remoción; mientras que —si nos remitimos a la coyuntura— acusarlo de traición mancha también al partido que lo encumbró. Y si nos alejamos de la coyuntura parece que acusarlo de traición mancha no solo la investidura presidencial y al ejército sino a toda la nación. Cuando la realidad es que se trata de una responsabilidad que compete a Santa Anna y que mancha, además, a su corruptor, el gobierno de los Estados Unidos.

Sin embargo, la política —y más aún la cotidiana en momentos de zozobra nacional ante el invasor— se juega en el nivel de las apariencias. Y en agosto de 1847 los liberales “puros” y algunos moderados tienen interés en que no se diga que Santa Anna fue un traidor. Veamos entonces la crítica que Otero sí le dirige.

Primero, sugiere que fue un error defender Veracruz luego de haber mandado nuestros ejércitos a combatir a Taylor al Norte.<sup>19</sup>

Con ello critica implícitamente no a Santa Anna sino a los gobiernos de Herrera y de Paredes, anteriores al que impusieron los liberales con Vicente Gómez Farías y Santa Anna a la cabeza. Gobierno éste último que tuvo que seguir la pauta previamente trazada. Por otro lado, al señalar que fue un error prepararse para la defensa a Veracruz no solo dice algo descabellado sino que —y éste parece ser el motivo para que lo diga— minimiza implícitamente el desmantelamiento y desarme posteriores de Tampico por orden de Santa Anna para entregarlo sin luchar a los estado-

<sup>18</sup> José María Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 361.

<sup>19</sup> *Idem.*



unidenses. Le cubre la espalda, pues. Y es entonces que dice: “El verdadero plan habría consistido en destinar al oriente una parte del ejército, desartillando y abandonando a Veracruz, y defendiendo las entradas de la tierra fría que, después de los reveses de la Angostura y Veracruz, no pudieron ser disputadas sino con un ejército improvisado y que perdió a Cerro Gordo”.<sup>20</sup>

Aquí Mariano Otero olvida que las pérdidas se debieron más a Santa Anna que a la improvisación del ejército.

Después dice algo sensato y que contiene una fuerte crítica a Santa Anna aunque sin mencionarlo. Alude a que el gobierno de Anaya había adoptado el plan propuesto por los generales Rincón y Filisola, según el cual:

debían acumularse sobre el camino de Veracruz a México nuestras fuerzas, defendiendo los principales puntos fortificables, cortando las comunicaciones al enemigo, atacando sus destacamentos y convoyes con tropas que pudieran obrar aisladamente como guerrillas, y reunirse para presentar acción cuando conviniera. En este proyecto la capital debía fortificarse únicamente para evitar un golpe de mano. Sin recibir refuerzos, el enemigo no habría podido avanzar sobre México.<sup>21</sup>

Y ahora entra la crítica a Santa Anna sin mencionarlo cuando Otero dice: “Pero se quiso que en un solo golpe se decidiera la suerte de la República”, y añade: “durante cuatro meses se acumularon aquí [en la capital] las fuerzas y los recursos de la nación, y el enemigo tuvo enteramente expedito el camino hasta Tlálpam y pudo escoger los puntos en que había de batirnos”.<sup>22</sup>

Es curioso que esta crítica a Santa Anna —quien, como se ve, dejó expedito el camino hasta la capital— no mueve a Otero a entrever la traición de Santa Anna. Más bien habla de impunidad recordando la batalla de Cerro Gordo, pero sin aludir a Santa Anna sino para exigir se les abriera proceso a jefes cuya mala conducta según partes militares —quizá redactados por el propio Santa Anna— fueron señalados como causantes de la derrota,<sup>23</sup> con lo que de nuevo no solo encubre la traición de Santa Anna sino que se vuelve su cómplice para culpar y castigar a otros.

### 3.6. *El inteligente Otero, aunque iluso*

A su vez, Roa Bárcena critica a Otero. Comienza coincidiendo a propósito de la falta de plan y la debilidad que exhibió el gobierno al no castigar a los jefes culpables, etcétera. No está de acuerdo con Otero en que ello reste aptitud al gobierno para que entre en negociaciones de paz, ni que de la “verídica enumeración de los esfuerzos y sacrificios ya” realizados sean “deducibles la voluntad y el vigor necesario en el

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 361-362.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 362.

<sup>22</sup> *Idem.*

<sup>23</sup> *Idem.*





país para llevar adelante la guerra,”<sup>24</sup> ni que por ser justa nuestra causa y estar la razón de nuestro lado ello garantiza que el “resultado final nos favorezca”.<sup>25</sup> Señala a Otero como iluso aunque inteligente.<sup>26</sup>

#### 4. DESVIRTUAR A OLAGUÍBEL, TESTIGO Y CRÍTICO DE LA TRAICIÓN DE SANTA ANNA

Otra dificultad “con que el mismo gobierno y Santa Anna personalmente tuvieron que luchar aquellos días” fue la reprobación del gobernador del Estado de México, don Francisco Modesto Olaguíbel —testigo de la batalla de Padierna—, “que se quejaba amargamente de que Santa Anna no hubiera auxiliado a Valencia en la función de Padierna”,<sup>27</sup> así que las autoridades del Estado de México “llegaron a ponerse en abierta pugna con el ejecutivo” —por solapar éste a Santa Anna, se entiende—.

Aquí de nuevo Roa Bárcena le cubre la espalda a Santa Anna, pues simplemente permite que sus páginas se hagan eco de la acusación de que fuera objeto Olaguíbel por parte del *Boletín del gobierno*, en el sentido de que vendió suministros a los Estados Unidos. Acusación originada en el hecho de que “Olaguíbel se había permitido insultar al jefe de la nación”, etcétera.<sup>28</sup>

Roa Bárcena no se ocupa de verificar si la versión del *Boletín del Gobierno* sobre Olaguíbel es cierta.

Así las cosas, Roa Bárcena pasa finalmente a discutir directamente a Ramón Gamboa, luego de haberlo debilitado a través de la discusión con otros.

##### 4.1. *Olaguíbel y Gamboa censurados en los Apuntes de Ramón Alcaraz et al.*

Este parece ser el mejor lugar para reseñar la perspectiva sobre Gamboa (y Olaguíbel) que sustenta el célebre libro *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, múltiplemente citado y aludido en las páginas del presente libro. Redactaron estos apuntes quince jóvenes autores liberales moderados testigos de diversos eventos de la guerra del '47. Tuvieron el buen tino de reseñar el hecho histórico de la acusación de Gamboa contra Santa Anna en el capítulo XX dedicado al armisticio.<sup>29</sup> Desafortunadamente solo aluden al hecho sin detenerse —como veremos que lo hace Roa Bárcena— en discutir con Ramón Gamboa.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 363.

<sup>25</sup> *Idem.*

<sup>26</sup> *Idem.*

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 364.

<sup>28</sup> *Idem.*

<sup>29</sup> Este capítulo fue escrito por José María Iglesias.



En dos párrafos recuerdan tres acontecimientos ocurridos durante las negociaciones de paz que tuvieron lugar durante el Armisticio. Uno es de grato recuerdo; dicen, se trata de la sentida nota del rey de Prusia recibida por el gobierno mexicano. Pero,

los otros dos no son de tan grato recuerdo, pues ellos dan á conocer nuestras desaveniencias intestinas, revelando al mundo, que ni aun en los momentos más aciagos y de mayor conflicto para la patria, cuando todos los mexicanos deberíamos habernos presentado unidos para sostener nuestros sacrosantos derechos, supimos deponer nuestros resentimientos ni refrenar nuestras pasiones: hablamos de la acre correspondencia habida entre el gobernador del Estado de México y el ministro de relaciones, á consecuencias de los sucesos de Padierna, y de la esposición del diputado Gamboa, acusando como traidor á la patria al presidente de la República: nada queremos hablar sobre esto; pero no podemos menos de reconocer que la oportunidad para levantar este grito y escitar tales sospechas, fué la ménos á propósito.<sup>30</sup>

Así pues, se trata de una simple censura basada en un autojustificado patriotismo que cree que lo que mejor le va es no dar explicaciones, pues la solemnidad de la patria acompasa con el silencio por lo inefable del asunto.

A Gamboa le pareció urgente —no digamos oportuno— hacer pública su acusación en el Congreso porque Santa Anna ya había entregado más que suficientes batallas al enemigo y aún faltaban combates que dar en los que se decidiría definitivamente el destino de México. Gamboa habla porque quiere salvar a México, así sea contra el general en jefe. Los jóvenes historiadores ya no pueden salvar a México y quieren que se guarde compostura “aun en los momentos más aciagos”, así que callan.

El párrafo de los *Apuntes* no es meramente retórico sino que revela cuestiones de fondo en ese “no supimos deponer nuestros sentimientos ni refrenar nuestras pasiones”, ni pudimos presentarnos unidos para defender nuestros sacrosantos derechos, etcétera.

La primera cuestión es que todo eso puede aplicársele en primer lugar a Santa Anna y no a Olaguíbel y a Gamboa, qué mayor denuncia que su traición o sus venganzas contra Miñón, Valencia y Bravo, etcétera.<sup>31</sup>

La segunda es que en ese nosotros se incluyen los jóvenes historiadores moderados, en especial Guillermo Prieto y los que con él participaron en el levantamiento de los polkos contra Valentín Gómez Farías en la capital en plena guerra, dando pretexto a Santa Anna de abandonar la batalla de la Angostura.

Prieto deplora en las *Memorias* su participación en ese levantamiento y aquí vemos que todos los redactores de los *Apuntes* se curan en salud y censuran a Olaguíbel y a Gamboa. Pero lo poco justificado y lo reaccionario del levantamiento de los

<sup>30</sup> Ramón Alcaraz *et al.*, *Apuntes para la historia...*, p. 338.

<sup>31</sup> En la Angostura, Padierna y Chapultepec, respectivamente.



polkos en aras del interés nacional nada tiene que ver con el patriotismo y pertinencia de las intervenciones de Olaguibel y sobre todo de Gamboa.

En realidad los jóvenes moderados mal entienden su papel como historiadores. Por ejemplo, cuando dicen a propósito de la batalla de la Angostura: “Nuestro objeto principal es referir los hechos tales como pasaron, sin tomar parte en las discusiones a que algunos han dado lugar”.<sup>32</sup> Y lo dicen refiriéndose a la disputa entre Santa Anna y el general Miñón —maltratado por aquél y aun encarcelado— quien fuera uno de los principales críticos de la retirada de Santa Anna en la Angostura, el único en estar en desacuerdo con Santa Anna en regresar a la capital a sofocar la rebelión de los polkos en lugar de derrotar definitivamente a Taylor. Pero, ¿qué las disputas históricas no son otro hecho más?, ¿y qué no algunos hechos históricos están incompletos sin la disputa que los acompaña y que revelan su sentido en los sentidos encontrados de la disputa? La noción de hecho histórico de estos jóvenes historiadores es pobre, pero lo es porque así la fuerzan.

Por cierto, en la página 162 refieren el encarcelamiento de Miñón por Santa Anna, pero nada más. Ningún argumento de Miñón contra aquél. Apenas si saben decir que éste fue “difamado” por Santa Anna.

Al final del capítulo dedicado “a la Angostura”<sup>33</sup> hablan del valor de Santa Anna en esa batalla, pero deploran: “¡lástima es que sus combinaciones no correspondieran á su denuedo!”.<sup>34</sup>

Cuando aquí dicen “combinaciones” se refieren a su ineficacia como estrategia militar. Pero la palabra está bien escogida por la resonancia que guarda sobre secretos arreglos de connivencia con el enemigo. Eso que resuena en la palabra ellos lo inquietan, al precisar lo de su conducta como general, esto es, como jefe y estratega.

En su onceava presidencia Santa Anna mandó requisar los *Apuntes* y persiguió y expatrió a sus redactores, dolido por la denuncia de sus malas pasiones e ineptitud, aunque sin que los jóvenes historiadores lo señalen claramente como traidor. Los *Apuntes* se volvieron famosos porque sin ser tan radicales como la acusación de Gamboa o la de Carlos María de Bustamante en su *Nuevo Bernal* parecieron más creíbles a sus contemporáneos causando un mayor daño a la imagen de Santa Anna en el ánimo de aquellos.

Pero lo que incide en el sentido común de una época —por ejemplo, por los visos de equidad que tenga— no es prueba de que eso sea verdad, ni que forzosamente es mentira la acusación de traidor hecha a Santa Anna por extremista que parezca. No

<sup>32</sup> Ramón Alcaraz *et al.*, *op. cit.*, p. 151.

<sup>33</sup> Capítulo redactado por Guillermo Prieto con datos de Schiafino Barreiro, Alejo Segura y Michel Torena (según informa Josefina Zoraida Vázquez en su prólogo a la edición del libro que hiciera Conaculta en 1991).

<sup>34</sup> Ramón Alcaraz *et al.*, *op. cit.*, p. 152. “Que sus faltas ofuscaran el esplendor de sus méritos; que sea preciso censurar su conducta como general, al mismo tiempo que alabamos su arrojo como soldado” (*idem.*)



obstante algunos autores actuales presos en el objetivismo histórico así lo creen, cerrándose por principio el acceso a la objetividad histórica. La explicación<sup>35</sup> que los redactores de los *Apuntes* dan de “la imparcialidad que hemos querido [dicen ellos] que domine” en su libro es por demás interesante, pues confiesan que

entre nosotros hay personas que juzgan con dura severidad la conducta del general Santa Anna; otras, exaltadas contra los vicios del ejército, así como individuos demasiado indulgentes con el uno y con los otros: en estos casos, cuando divididas las opiniones no ha sido posible determinar con claridad un hecho, se ha procurado decidir, respetando siempre la verdad histórica, por los que han opinado con mayor indulgencia. Lo mismo se ha practicado respecto de los generales y gefes menos visibles.<sup>36</sup>

Según esto, lo que prevalece en los *Apuntes* no es la verdad o la imparcialidad sino la “opinión” (la *doxa*) y la normalización o mediatización de la verdad para ceñirla a la opinión más aceptable, para volverla audible rebajándole estridencias.<sup>37</sup> Audible y aceptable al sentido común por no generarle gran tensión en su fuero interno, ni dejar de servir de moderada catarsis a las tensiones que el público ya guardaba de antemano ante la historia que se va a contar.

## 5. ROA BÁRCENA VERSUS GAMBOA

En 1873 —diez años antes de los *Recuerdos* de Roa— Manuel Rivera Cambas<sup>38</sup> insigne historiador jalapeño, amigo de Roa, y cuya familia y la de Santa Anna estaban “ligadas por amistad”,<sup>39</sup> “conoció y trató como paisano a Santa Anna”<sup>40</sup> y se convirtió en su primer biógrafo, durante mucho tiempo el más completo. Manuel Rivera Cambas fue el primero en discutir expresamente la acusación de Gamboa, publicada, dice, “en el ‘Boletín de Noticias’ que aparecía en Toluca”.<sup>41</sup> Roa Bárcena, al contestarle a Gamboa, evidentemente se hace eco de Rivera Cambas, así en lo general cuando éste dice que “las personas instruidas dieron su valor [se sobreentiende

<sup>35</sup> Contenida en la “Introducción” de *ibid.*, p. 33. Esta “Introducción” fue redactada por Guillermo Prieto.

<sup>36</sup> *Idem.*

<sup>37</sup> Señala Prieto que “decidiendo en caso de disputa [en torno a la interpretación de los hechos] la mayoría por medio de votaciones”. (*Ibid.*, p. 32).

<sup>38</sup> Manuel Rivera Cambas, *Antonio López de Santa Anna* (1873). Obra editada con el patrocinio del señor licenciado Antonio M. Quirasco, Gobernador del Estado de Veracruz. Con un “Estudio preliminar” escrito por Leonardo Pasquel; en el cual informa que el libro formaba parte de los capítulos de una obra monumental: *Los gobernantes de México*, publicada en 1873 y acortada en 1958, razón por la que se publicó en separata y como libro el capitulado que incluía la exposición de la labor de Santa Anna en sus once presidencias de la República.

<sup>39</sup> Leonardo Pasquel, *ibid.*, p. XXXI.

<sup>40</sup> *Idem.*

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 148.



nulo o casi] a las razones alegadas para la acusación [que hizo Gamboa]; pero entre la multitud fácil para aceptar vulgaridades y según las primeras impresiones, fue a producir efectos lamentables que recayeron por consecuencia sobre la Nación”.<sup>42</sup> Con lo que el traidor a México parece ser ahora Gamboa, quien no obstante es bien resumido por Manuel Rivera Cambas en cuanto a haber señalado a Santa Anna como “causa de la pérdida del *territorio*, de la *nacionalidad* y del *honor* de México, y de haber lanzado a una *desventura sin término a todas las clases sociales*”.<sup>43</sup> Y, asimismo, Roa se hace eco de Rivera Cambas en tres contestaciones particulares que comentaremos más adelante; pero procede a abundar en la contestación a Gamboa pareciéndole insuficiente lo que lo reseñado de Gamboa por Rivera Cambas y lo que éste contestó para defender a Santa Anna.

Roa inicia deplorando que la acusación de Ramón Gamboa presentada el 27 de agosto al Congreso fue otro de los “incidentes” que “vinieron a debilitar más hondamente la fuerza moral del gobierno”.<sup>44</sup>

Por donde ya entrevemos que Roa le cubrirá la espalda a Santa Anna, sin ver la fuerza material que éste le resta a todo México. Luego cita la acusación de Ramón Gamboa omitiendo —por brevedad— la introducción que la preside:

“Acuso, pues, en primer lugar al general Santa Anna por su traición en la batalla de la Angostura.

“Lo acuso por su traición en Cerro Gordo.

“Por el abandono que hizo de la ciudad de Puebla.

“Por haber dejado expedito el camino desde Puebla hasta Venta de Córdoba.

“Por su traición dejándoles libre absolutamente del camino de Ayoxingo a Tlálpam, sin embargo de que se lo mandé advertir por conducto del señor diputado Bernardino Alcalde, y por medio de un papel que yo mismo puse en Santa Cruz de las Escobas el 17 del presente.

“Por no haber atacado a la primera división del enemigo en el arenal de Tlálpam y pueblo de Tepepa.

“Por no haber auxiliado al general Valencia en la batalla del 19.

“Por el abandono que hizo del fuerte de San Antonio, dejándose flanquear.

“Por su traición dejando flanquear el puente de Churubusco y no dar el más mínimo auxilio.

“Por el infame armisticio que ha celebrado cuando sabe que el enemigo no tiene arriba de 7,000 hombres útiles, que carece de muchísimos artículos necesarios, que su tren es voluminoso y lleno de estorbos, y que espera auxilio por Veracruz, y aun por San Luis; y

<sup>42</sup> *Idem*.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 149, cursivas mías.

<sup>44</sup> José María Roa Bárcena, *op. cit.*, tomo II, p. 367.



cuando, por otra parte, en la capital hay más de 15,000 hombres y es público el ardor de venganza en que están los mexicanos. [...]”<sup>45</sup>

Más abajo Roa —para dar pie a su contestación en la que enumera nueve disculpas a Santa Anna— añade:

Según las explicaciones del acusador, la traición de Santa Anna en la Angostura, consistió en haber retrocedido después de la batalla, por la falta de víveres, en vez de avanzar hasta el Saltillo, donde existían con abundancia; y en Cerro Gordo estribó en haber desatendido las indicaciones que se le hicieron respecto del camino que podía elegir y que efectivamente eligió el enemigo en su avance. Esto último, como lo relativo al abandono de Puebla y del camino hasta México y a la falta de auxilio a Valencia, acusará capricho, ignorancia, error, y hasta rencor y envidia; pero no traición.<sup>46</sup>

Ésta es la primera disculpa, a la que añade cuatro más en el siguiente tenor:

Lo de la Angostura se apreciará en lo que vale con solo recordar que el Saltillo estaba ocupado y fortificado por el enemigo, y que Santa Anna avanzando en aquella dirección y dejando a Taylor a sus espaldas, se habría hallado entre dos fuegos. De los cargos que se refieren a los puntos de San Antonio y Churubusco podrá juzgar todo el que haya leído esta reseña mía y sepa que la pérdida de ellos fue consecuencia forzosa de nuestro descalabro en Padierna. Sin el armisticio, por más que se diga, el funesto desenlace del drama de la capital a mediados de septiembre, habría tenido lugar antes de terminarse agosto y sin la gloriosa jornada de Molino del Rey.<sup>47</sup>

### 5.1. Contestación que socava lo que contesta

Según vemos, la disculpa respecto de Churubusco se reduce a la primera, sobre no haber brindado apoyo a Valencia en Padierna.

Por su parte, la segunda disculpa, la que alude a la Angostura, tuerce la idea de Gamboa; pues éste no dice que Santa Anna fuera primero a Saltillo sin antes derrotar a Taylor en la Sierra. Es decir, lo que pide Ramón Gamboa es que Santa Anna hubiera avanzado en lugar de haber retrocedido como lo hizo, y en avanzando haber derrotado a Taylor para así seguir hasta Saltillo, en donde habría encontrado víveres, si es que era cierta la carencia de víveres, como no parece haber sido el caso.<sup>48</sup>

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 367-368.

<sup>46</sup> *Ibid.*, pp. 369-370.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 370.

<sup>48</sup> Respecto de que no podía haber habido carencia de víveres, Ramón Gamboa (“Impugnación al informe del Excmo. Sr. General D. Antonio López de Santa Anna y constancias en que se apoyan las ampliaciones de la acusación del Señor Diputado D. Ramón Gamboa.- 15 de julio de 1849” en Antonio López de Santa Anna, *La guerra de Texas*) señala que el general Miñón tenía reses a resguardo para Santa Anna, y que arroz, galletas, café, azúcar y piloncillo y 25 carretas de víveres habían sido llevados a Agua



Así, pues, Roa está lejos de haber contestado la acusación.

La cuarta disculpa se refiere a lo propicio que fue el armisticio para México, según Roa. Pero algo así solo puede evaluarse observando la secuencia de acciones militares previas y el estado en que se hallaban de avituallamiento y agotamiento ambos ejércitos, etcétera. De lo último nada dice Roa: el ejército mexicano estaba fresco y el yanqui agotado. Y de la secuencia de acciones militares que contextualizan el armisticio hemos visto que el procedimiento elegido por Roa para dar contestación a las acusaciones fue precisamente cortar la secuencia, pues el orden de sus disculpas no sigue el orden de las acusaciones. ¿Por dónde comienza Roa Bárcena? Por exculpar a Santa Anna de no apoyar a Valencia. Según él, no fue por estar Santa Anna coludido con el enemigo sino por “capricho, ignorancia, error y hasta rencor y envidia”.

Sin embargo, esta mera evaluación depende de que solo veamos la acción de Padierna superficialmente. Si se la mira con profundidad y matiz la cosa cambia. Pero para ello uno debe abrir los ojos y estar advertido de que hay algo que desentrañar. Todo ello lo entrega la mirada de las acciones militares anteriores: Angostura, Cerro Gordo, etcétera. Pero son las que Roa contesta después, con lo que no solo se pierde el efecto de advertencia que tienen, sino que con ello ha quedado rota la secuencia de acontecimientos y, así, su sentido y lógica inmanente. La traición es su sentido, pero la mirada puntual o, mejor, *puntiforme*<sup>49</sup> de Roa rompe la secuencia y desvanece el sentido.

### 5.2. Superficialidad puntiforme e introspectiva

Éste será el procedimiento predilecto de Roa en sus discusiones con Gamboa en vista de favorecer a Santa Anna. En otros momentos no alterará ya el orden de aconteci-

Nueva por los señores Jiménez Mora y Nicolás del Moral y el gobierno había asegurado recursos suficientes: “total enumerario sin entrar en cuenta el millón de raciones, 272 mil pesos” (p. 245). Cito lo de las reses de Miñón y subrayo lo del camino para ir a Saltillo. “El Sr. General Miñón, en su manifiesto, contrayéndose á este incidente, dijo: “Es falso que no hubiera víveres ni agua; todo lo había y yo se lo proporcionaba. Al General Santa Anna repetidas veces le avisé que yo tenía á mi disposición reses, maíz, harina, y dónde estaba le indiqué por dónde debía moverse con desembarazo para ir al Saltillo, sin escasear de agua, forraje para las bestias y provisiones para la tropa [*Monitor*, núm. 812]; nada menos que setecientas reses *tenía yo encerradas en un corral* y de todo le di parte con oportunidad. Su retirada es injustificable y mucho menos en los términos en que la hizo, emprendiéndola en medio de las tinieblas de la noche, abandonando sin necesidad (á) centenares de infelices heridos, y en trazas más bien de un prófugo que quiere ocultar al enemigo su derrota para que no le acabe de destruir, que no un General que quiere tomar tiempo para rehacerse. Por los documentos oficiales tampoco consta que hubiese esa carencia tan absoluta, como voy á demostrar.” (p. 244). La referencia de los documentos oficiales la resumí cuando aludí al total del numerario entregado por el gobierno.

<sup>49</sup> Federico Nietzsche critica la mirada puntiforme del historiador positivista en su “De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida” en *Obras completas de Federico Nietzsche*, tomo II, pp. 69-134.



mientos a disculpar respecto del real como lo hizo aquí pero mantendrá el enfoque *puntiforme* sin preguntarse por la *conexión* de una derrota con otra, o siquiera la *forma* en que ocurrieron y si ésta es reiterada. Solo asume que ocurrió y pasa a introducirse al corazón de Santa Anna para verlo caprichoso, ignorante, equívoco y hasta rencoroso y envidioso pero no traicionero; como si esta actitud no pudiera siquiera coordinarse con aquellas o las excluyera.

En fin, el procedimiento de Roa es doble. Por un lado *superficial puntiforme* respecto de la situación objetiva; por otro lado, y sin mediación, es *introspectivo* en dirección a lo que él cree ser el corazón de Santa Anna.

Ahora bien, la aludida *mediación* debería ser la indagación por la *forma* en que ocurrió tal derrota y por la *conexión* entre una derrota y otra, así como por la razón posible de la reiteración no de las derrotas sino de la *forma* de las mismas.

En el único momento en que conecta un evento con otro es cuando alude a Padierna a propósito de la pérdida de Churubusco y San Antonio. Pero no se fija en la *forma* de lo ocurrido sino que yuxtapone un hecho con el otro para reducir una derrota a otra y así disculpar de un plumazo a Santa Anna, desautorizando simultáneamente a Gamboa de un tirón, sin tener que discutirlo, como era debido, ahora sí puntualmente.

Estos procedimientos imponen una trampa a la capacidad analítica de Roa Bárcena en la que éste pierde la tan ansiada imparcialidad, pero, a la vez, le permiten creer salir airoso de la mano de Santa Anna al cubrirlo. Por ello, después de desplegarlos se siente ya del otro lado. Por eso dice, como quinta disculpa, lo siguiente:

### 5.3. Transformando a Gamboa para dejar de verlo

Lo demás de la acusación no parece fundarse tanto en la maldad intrínseca de los actos del acusado, cuanto en no haber adoptado y seguido el plan del acusador, y en el éxito desgraciado de los esfuerzos de Santa Anna; así pues, los impuestos y gabelas para levantar tropas y parapetos resultan condenables por no haber perecido o fugádose las tropas y no haber servido de nada los parapetos.<sup>50</sup>

La última aclaración de Roa reitera su enfoque de los acontecimientos no solo segmentado y no integral sino *puntiforme*, jamás visualizando un todo sistemático en el cual adquieren sentido las partes. Por ello, el significado que ve en los gastos y gabelas impuestos por Santa Anna al pueblo de México no añade perversidad a la traición de éste. Pero la lógica de las acciones es la que lleva a Gamboa a acusar a Santa Anna “por su perversidad [dice él], pues no contento con entregar a su patria, se ha complacido en empobrecerla y arruinarla con contribuciones, gabelas e impuestos de diferentes nombres, bajo el pretexto de levantar tropas que habían de ser

<sup>50</sup> José María Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 370.





entregadas a la muerte o al resultado de la fuga y de levantar parapetos que de nada habían de servir [...]”.<sup>51</sup>

Es decir, primero Gamboa acusa a Santa Anna por *acciones sistemáticamente orientadas hacia la traición* (a eso es a lo que habría que responderle); segundo, lo acusa, por añadidura, por el *modo perverso* en que las realiza, usando los recursos del propio pueblo al que traiciona y haciéndole creer a éste que los usa a su favor (y a éste es a lo que tendría que haber respondido Roa en lugar de transformar las cuestiones al destazar su lógica y sentido y, con ello, el de los acontecimientos a los que se refieren). Finalmente, Ramón Gamboa acusa a Santa Anna de las *consecuencias globales* de sus actos sistemáticos y perversos de traición. Por eso dice: “Le acuso, por último, de que por su causa se ha perdido el territorio, la nacionalidad de México, el honor y la gloria de este pueblo desgraciado, y que ha constituido en la desventura a todas las clases de la sociedad. Por ahora, no más extendiendo estos capítulos, y me reservo ampliarlos para otra vez en que me halle con algún sosiego.”<sup>52</sup>

En efecto, el 5 de noviembre de 1847 amplió en Querétaro su acusación del 27 de agosto. Esto es, ya después de que los yanquis hubieron tomado la capital. Y una ampliación más todavía, en contestación al *Informe* que Santa Anna envió desde Kingston, Jamaica, “hasta el primero de febrero de 1849”, un año tres meses después de la segunda acusación presentada al Congreso,

Gamboa sostuvo ante la sección del gran jurado de la Cámara el 15 de julio de 1849, sus acusaciones primera y segunda, extendiéndolas desde la campaña de Santa Anna en Tejas en 1836, hasta sus operaciones militares en Puebla y Huamantla, posteriores a la pérdida de México, y apoyándolas en citas e inserciones en su mayor parte de pasajes de lo escrito y publicado en aquellos días contra Santa Anna, en México y en el extranjero.<sup>53</sup>

Con lo anterior se vuelve patente lo que Roa no quiere ver, a saber: 1) que Ramón Gamboa entrevé una conexión en los acontecimientos cuya clave es la actitud de Santa Anna, la cual ve forjarse desde su traición en Texas en 1836; 2) que otros muchos observadores de la época —que Roa no reconoce como tales sino solo como gente contraria a Santa Anna— también entrevieron el sentido traidor de los hechos guerreros accionados y organizados por Santa Anna.

#### 5.4. Texas y la ecuación Santa Anna = Nación

No obstante, la intervención de Roa denota seriedad, pues pasa a discutir las premisas de Ramón Gamboa.

<sup>51</sup> Citado en *ibid.*, p. 368,

<sup>52</sup> *Idem.*

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 369.



El cargo de traición dirigido a Santa Anna en casi todos los actos de su defensa del territorio nacional, dimana de dos hechos esenciales: 1º los convenios que celebró con los rebeldes de Tejas en 1836 durante su prisión después de la derrota de San Jacinto; 2º el haberle permitido el gobierno de los Estados Unidos la vuelta al país durante las hostilidades, en 1846. Discurre Gamboa que quien firmó tales convenios podía haber celebrado posteriormente otros análogos y que si el enemigo le dejó volver al país estando en guerra con nosotros, fue porque algo favorable esperaba de su regreso.<sup>54</sup>

Acerca del asunto de Texas, veamos la sexta disculpa de Roa: “Los convenios de Tejas lo único que prueban es que Santa Anna, viéndose en poder de un enemigo irritado, se acobardó y comprometió su propio decoro contrayendo compromisos que no obligaban a la nación, ni siquiera a su ejército.”<sup>55</sup>

Cierto que esos compromisos no obligaban objetivamente a la nación. Pero respecto de Santa Anna prueban cuál es el talante de su ánimo y su disposición a mangonear a la nación hasta la ignominia por provecho personal. Roa contesta respecto de la nación pero no respecto de Santa Anna, el acusado. Como se ve, Roa también confunde a la nación con Santa Anna si se trata de favorecer a éste.

#### 5.5. *¿Solo la verdad hace coincidir a un conservador con un liberal?*

En cuanto a su regreso en 1846, ya he demostrado que lo más que podría significar sería que había engañado al enemigo: “Ni merece crédito —dijo Otero— la sospecha de una traición que no tendría una sola causa de tentación, ni puede exigirse, del hombre que ha sido objeto de ella, otra prueba en contra que su presencia en los lugares donde la muerte segaba a nuestros defensores”.<sup>56</sup>

Esta es la séptima disculpa de Roa a favor de Santa Anna; aquí el conservador de cepa cede la palabra al liberal “puro”, Mariano Otero. Y vemos la función que debía cumplir en el mismo capítulo y antecedendo la discusión contra Gamboa, la intervención de Otero. Muy valiosa para Roa porque negaba las causas posibles de tentación en Santa Anna, no veía pruebas definitivas en el acusador, según dije más arriba, e incluso tomaba las pruebas a favor de Santa Anna.

La coincidencia entre el conservador y el liberal “puro” hace parecer justa y atinada la exculpación de Santa Anna. Pero el conservador lo exculpa porque él lo puso en la presidencia en 1853, mientras que el liberal lo puso en 1847, y aun al mando del ejército. La octava disculpa sustenta otro truco. Veamos cómo se escenifica:

<sup>54</sup> *Ibid.*, pp. 370-371.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 371.

<sup>56</sup> *Idem.*



### 5.6. *Dos trucos de Roa sobre la cobardía*

Gamboa replica que no le consta que Santa Anna se hubiera expuesto a las balas, lo cual no es de extrañarse en el acusador, puesto que confiesa que no tomó las armas por dos consideraciones: “la una, que sobraban hombres que se perdían de vista por su valentía y audacia, de modo que creí que mi persona era inútil en toda la extensión de la palabra; la segunda fue que, siendo yo el único que sostiene a mi familia y no teniendo a quien encomendarle su custodia y subsistencia, me fue imposible dejarla abandonada a sí propia y a su buena o mala suerte”.<sup>57</sup>

La réplica de Gamboa obedece a que le espetaron lo de la valentía de Santa Anna en los combates como prueba de que no podía ser traidor. Ojo, no que no lo fuera sino que estaba prohibido pensarlo.

Roa cree de buena fe en este tópico de la valentía. Pero no solo hay que decirle que lo bueno de Santa Anna (su valentía) no tapa lo malo (su traición) sino que son dos aspectos esquizoides de la persona. Más aún, con uno recubre al otro; e, incluso, su carácter manipulador psicopático, lo lleva a creer que actuando así, en complicidad con Polk, es que salva patrióticamente a México. Amén de que su arrojo en la primera parte de la batalla de la Angostura sirve a sus intereses personales, pues da la medida a los norteamericanos de lo que podría hacer contra ellos (vencerlos) si no estuviera a su favor, etcétera.

Roa sin ver todo esto y queriendo tapar con lo bueno lo malo de Santa Anna (truco 1) sugiere que Ramón Gamboa es un cobarde (truco 2). Como si por la cobardía de Gamboa, Santa Anna ya no pudiera ser un traidor, que era lo que estaba en discusión.<sup>58</sup>

Y es que un cobarde no puede decir nada de un jefe. Pues un cobarde, por serlo, mentiría necesariamente, implica Roa, con lo que demuestra su mala fe al no aceptar que la cobardía de Santa Anna en Texas lo lleva a ser doble y que, entonces, la lectura de sus actos en 1847-1848 no pueda ser lineal —como la hace Roa— sino que debe indagar en ellas un sentido oculto.

Por contra, no acepta, igualmente de mala fe, la explicación sincera y humilde que Gamboa da de su ausencia en combate, la cual demuestra que no es cobarde.

Pero es que Roa no solo está preso del mundo militarizado del México independiente, con sus bravuconerías, sus balandronadas y su arrojo auténtico a veces, sino que sabe que el lector está preso de esas significaciones culturales por su propio machismo, floreciente en un mundo de sometimiento y sometidos, así que no puede

<sup>57</sup> *Idem.*

<sup>58</sup> Roa sigue aquí a Manuel Rivera Cambas y lo desarrolla. Manuel Rivera Cambas (*op. cit.*, p. 149) dice: “La sola lectura del documento da a conocer cuán apasionado estaba su autor, no siendo posible que, distante del general Santa-Anna, estuviera al tanto de los asuntos que habían de ser más reservados y de las providencias que dictara; además, ninguno de los que concurrieron a aquellos memorables combates había visto en el campo de batalla al Sr. Gamboa.”



entender de primera intención las explicaciones de un hombre honrado acerca del cuidado de sus hijos y esposa, etcétera.

De cualquier modo, prevalece el hecho de que el caso de Santa Anna no es de cobardía sino de traición. Y bien puede ser valiente pero traidor.<sup>59</sup> Y que la mofa de Roa a costa de Gamboa sugiriéndolo cobarde se vuelve contra aquél. Y si nada demuestra contra Gamboa ni le resta credibilidad a su acusación contra Santa Anna, sí revela su incapacidad analítica, amén de mala fe<sup>60</sup> en la recepción de esa acusación que primero debiera meditar desapasionadamente y solo después intentar contestar, si corresponde. Pero su posición interesada lo lleva a invertir el tipo de acercamiento que debió tener al problema.

### 5.7. El desprecio en la mirada

Sobre los intereses de Roa veamos la siguiente calificación despreciativa que hace de Gamboa: “Si la nota de Otero resumía la actitud del partido ilustrado de la guerra respecto del ejecutivo, la acusación de Gamboa resumió la actitud del vulgo, también patriota, pero ininteligente, respecto de Santa Anna”.<sup>61</sup>

Resalta el hecho de que Roa sea incapaz de valorar —aunque fuera equivocada— la agudeza intelectual con que fue construida la acusación de Gamboa. Más bien quiere que otros no la noten pues le duele, así que la llama al revés: “ininteligente”. Allí está la explicación del desprecio de Roa por la inteligencia de Gamboa: porque es “del vulgo”, mientras que la de Roa y Santa Anna, etcétera, pertenece a la clase dominante, incluso de la de Otero, así sea favorable al pueblo.

Lo que aquí luce es el interés de clase de Roa y no su imparcialidad; ya que no le es ajena una solidaridad criolla con Santa Anna, despreciativa del mestizo Gamboa.

### 5.8. Gamboa y Bustamante

Roa da un paso más en la caracterización que intenta de Gamboa —y que, más bien, caracteriza a Roa—. Dice: “Y, después de lo inserto, no parecerá temerario clasificar al acusador en la escuela crítica de nuestro don Carlos María de Bustamante, en cuyo aserto se apoya precisamente para indicar que el último cañonazo disparado por

<sup>59</sup> La postura de Manuel Rivera Cambas inicia la confusión de estos términos: “Sin duda que Santa Anna erró muchas veces y de una manera irreparable, que no tenía las altas dotes para salvar la difícilísima situación en que se hallaba México, y que la fortuna le fué contraria; pero de esto a ser traidor hay una distancia inmensa, tanto más difícil de salvar si se tiene en cuenta las veces que en el combate se expuso y el sello de sus intenciones impreso en el empeño y la actividad que desarrolló para cumplir la oferta que había hecho de combatir al invasor.” (*Idem.*)

<sup>60</sup> Sobre el concepto de mala fe, *cf.* Jean Paul Sartre, *El ser y la nada*, capítulo 1.

<sup>61</sup> *Ibid.*



Santa Anna en México la noche del 14 de septiembre, puede haber sido de aviso a Scott, de que la capital quedaba ya a merced suya.”<sup>62</sup>

Éste fue análogo a los cañonazos perdidos que lanzó Santa Anna por el lado de San Jerónimo cuando abandonó a Valencia en Padierna a merced del enemigo. La disculpa (novena) de Santa Anna por cuenta de Roa no se hace esperar; pero antes de citarla cabe señalar el tino de Roa al relacionar a Gamboa con Carlos María de Bustamante, y al dejar testimonio histórico de esa relación, precisamente al ocuparse de discutir la histórica acusación de Ramón Gamboa a Santa Anna. Posteriores historiadores obvian la cuestión y ni saben de la coincidencia de Gamboa con Bustamante, y de cómo aquél se apoyó en éste para completar su acusación. Así que no es de extrañar que su argumentación sea más completa y definitiva que la de Bustamante.

#### 5.9. *El broche de oro*

Pero ya es tiempo de presentar la novena disculpa, ciertamente ridícula, así como desproporcionada en su superficialidad y autocomplacencia frente a la seriedad con la que el mismo Roa asume su tarea de reunir e interrelacionar los testimonios históricos, así como de discutirlos, etcétera.

“Si todas estas cosas parecen de broma y jícara después de más de treinta años, no por ello significaron menos en su época el agravio y el descrédito del jefe de la nación, y la desconfianza y el desaliento del pueblo y del ejército en presencia del invasor.”<sup>63</sup>

Y lo que revela esta disculpa es la ecuación que le prohíbe a Roa dudar siquiera de Santa Anna; aquella que establece entre éste, la nación y el ejército mexicano, y la misma que heredó a la historiografía posterior, pudiéndola explicitar José C. Valadés como razón para hacer el desagravio de Santa Anna.

#### 5.10. *Los norteamericanos callaron*

Al redactar esta novena disculpa Roa no repara en lo benéfico que le hubiera resultado al ejército invasor lograr el “descrédito del jefe de la nación”, ése que tan valerosamente daba la batalla. Porque si bien triunfaron finalmente sobre ese pueblo —a ojos de Roa físicamente inferior y descoordinado y según él predestinado a perder frente a los yanquis en 1847— les habría sido tanto más fácil lograrlo sin el denuedo del soldado Santa Anna.

Pero los yanquis no desacreditaron a Santa Anna denunciando que en La Habana les prometió entregarles las batallas y que luego, en lugar de cumplir, luchó valientemente del lado mexicano. Más bien, callaron; y callaron precisamente por estar complacidos con los servicios prestados por Santa Anna.

<sup>62</sup> *Ibid.*, pp. 371-372.

<sup>63</sup> José María Roa Bárcena, *op. cit.*, tomo II, p. 372.



102

Así que no cabía desacreditar al que tan valiente y denodado pareciera un gran patriota.

De hecho, en el contexto de la guerra del '47 y ante los documentos que aludían a los arreglos santánnicos con el gobierno estadounidense en La Habana, el silencio de los yanquis, su contención para no desacreditar al jefe de la nación enemiga, Santa Anna, señala que él no era enemigo; el silencio lo condena como los condena a ellos por los manejos a los que recurrieron para lograr avasallar a los mexicanos. Es un silencio cómplice.





## CAPÍTULO 10

### SANTA ANNA HABLA POR BOCA DE ROA CONTRA GAMBOA

La discusión de Roa Bárcena contra Gamboa está compuesta por dos partes. Una es la del capítulo xxvii donde le opone sus propios argumentos, y la otra viene en diversos capítulos de los tomos II y III, según advertimos más arriba. Aquí enfrenta el dicho de Gamboa con los hechos mismos, o eso pretende, pues le enfrenta lo que Santa Anna dice de esos eventos precisamente en el *Informe* que arregló para contestar a las acusaciones de Gamboa. De manera que Roa Bárcena se reduce a dejar que por su boca hable Santa Anna. No obstante refulge el efecto de imparcialidad en este extremo de parcialidad santánica de Roa, pues éste tiene el tino de presentar la versión de Santa Anna como testimonio histórico de los acontecimientos; que luego no pase a criticarlo como el historiador debiera hacer ante cualquier testimonio, eso es otra cosa y casi no se nota.

#### 1. LA DISCUSIÓN CONTRA GAMBOA ENFRENTÁNDOLE “HECHOS” SANTÁNNICAMENTE ARREGLADOS INICIA EN EL CAPÍTULO DEDICADO A CERRO GORDO

Tampoco en nuestro campo se pasó en inacción la noche. Aunque satisfecho hasta cierto punto del resultado del combate de la tarde, Santa Anna ha debido comprender el grave peligro de su ejército ante la aparición de los invasores a la espalda de nuestras posiciones, que él creía enteramente asegurada con los obstáculos naturales del terreno. No se había figurado que tendría que habérselas con Scott en su mismo centro antes de perder las tres baterías de su derecha, cuya existencia venía, ahora a ser inútil si el enemigo lograba ocupar el centro y la extremidad izquierda de nuestra línea. No se desanimó, sin embargo, y con la mayor actividad empleó desde luego cuantos medios hubo a su arbitrio para robustecer la defensa. “Dispuse —dice [Santa Anna] en su informe sobre las acusaciones de Gamboa— la víspera de la batalla, después de la función de armas que tuvo lugar este día, que al cerro del Telégrafo se subieran y colocaran nuestras piezas de mayor calibre, y que reunidos en él los peones y herramientas que hubiera, se trabajara sin cesar en los atrincheramientos designados, lo que se verificó aún en la noche y en los momentos del combate. En la madrugada yo mismo establecí una batería de 5 piezas en un cerro pequeño que se halla a la orilla izquierda del camino principal y en línea paralela con el del Telégrafo, calculando puntualmente que por allí podríamos ser flanqueados: ella estuvo sostenida



al principio por el 11º batallón a las órdenes del señor general graduado Francisco Pérez, y por la división de caballería al mando del Excmo. Sr. Valentín Canalizo, que se conservó formada en la calzada del camino; el frente de esta batería estaba algo despejado, y aunque con incomodidad, la caballería podía obrar en un caso preciso; por eso previne a S. E. el general Canalizo, que si se presentaba el enemigo por aquellos claros, procurara hostilizarlo de la manera posible para darle protección a nuestra batería”.<sup>1</sup>

Roa sí reconoce el error previo de Santa Anna pero más bien quiere que se vea al esforzado y preocupado jefe militar, cuyo temple —véase también— hace que no se “desanime, sin embargo”, dice Roa. Y el propio Santa Anna nos hace ver que hubo calculado “puntualmente que por allí podríamos ser flanqueados”.<sup>2</sup>

Gamboa le enfrenta a Santa Anna la crítica aparecida en *El Monitor* del 18 de diciembre de 1848 (aunque nada de ello cite Roa):

Los ingenieros estuvieron acordes sobre la necesidad de fortificar el de la Atalaya, por donde podía penetrar el enemigo y flanquear la posición; así lo manifestaron al General en Jefe, pero éste insistió en que no era necesario, fundándose en su conocimiento del terreno, lo que expresaba diciendo: ni los conejos suben por allí. Algunos Generales, por insinuación de los mismos Ingenieros, y otros por su propio cálculo, repitieron igual súplica á Santa Anna, quien se negó de nuevo, enojándose y profiriendo estas expresiones: los cobardes en ninguna parte se consideran seguros; lo que produjo el disgusto que debía esperarse; así fué que el abandono de este cerro, y el peligro que por él se corría, no hubo quien lo ignorara en el Ejército, y todos procuraron adivinar la razón que para este proceder tendría el General Santa Anna, no hallando otras que su excesivo amor propio que le hace creer que sabe más que todos.

El día 17, atacaron los enemigos, mientras abrían caminos que dirigían á flanquear la izquierda y preparaban dos piezas de artillería de grueso calibre, que la noche de éste subieron al mismo cerro, que se había dejado sin defensa y que los enemigos, sin ser conejos, habían tomado.<sup>3</sup>

### 1.1. “En tal estado de cosas...”

Más adelante vemos a Roa criticar a Santa Anna en lo particular pero justificándolo en lo general. Pues según él, si hubo error no hubo la traición inicial que requería del error para verificarse —y que explicara la presencia del error—.<sup>4</sup> Roa le critica

<sup>1</sup> José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848)*, tomo II, pp. 38-39.

<sup>2</sup> *Idem*.

<sup>3</sup> Citado por Ramón Gamboa en su “Impugnación al Informe del Excmo. Sr. General D. Antonio López de Santa Anna...”, pp. 253-254.

<sup>4</sup> “En su *Informe* con motivo de las acusaciones de Gamboa, dice Santa Anna (página 39) refiriéndose a la batalla del 18 y a la posición del Telégrafo ya atacada: “Juzgué necesario reforzar aquella importante posición, e hice marchar prontamente a los batallones 3º y 4º Ligeros que estaban en reserva; en seguida





a Santa Anna —dos páginas adelante— que haya usado “la caballería haciendo un amago de carga a una columna enemiga” donde hubiera sido mejor usar la infantería. Pues a la caballería “se comprende que no [la] dejaba obrar el terreno.”<sup>5</sup>

El bueno de Santa Anna en su *Informe* afecta los hechos hasta dejarlos aptos para que él pueda decir: “en tal estado de cosas [...]” huí. Sin decir huí, sino un elegante seguí “las huellas de los que me abandonaban”; así que me forzaban a hacerlo, ¿no?. Olvida que él construyó ese “tal estado de cosas”.

Cito a Gamboa —basado éste en *El Monitor* del 18 de diciembre de 1848— para que se aprecie la secuencia de los hechos:

El General Santa Anna mandó por extraordinario partes oficiales y cartas particulares al Gobierno y al Gobernador de Perote, avisando en los primeros un triunfo y anunciando en los segundos la total derrota del Ejército enemigo, si éste daba el ataque general al siguiente día, encargando que no se celebrara este triunfo hasta que fuera el parte de haber sido por completo: advertencia prudente, pues consistió el triunfo en que los enemigos habían tomado el referido cerro, y nuestro General en Jefe parece que no lo sabía. [...] [El] día 18, no faltó quien pronosticara que todo se había perdido antes de las 24 horas de principiado el siguiente ataque, fundándose en cálculos de nuestros ingenieros y en informes parti-

al de Granaderos de la Guardia, y últimamente, no teniendo disponible otra fuerza, al 11° de Línea, pues el enemigo redoblabla sus esfuerzos para ocuparla. Este cuerpo iba a la medianía del cerro, cuando lo vi envuelto por los que de arriba se precipitaban huyendo, habiendo acontecido lo mismo a los Granaderos. En esta sazón, el señor general Manuel Arteaga se me presentó con las fuerzas que conducía de Puebla, a quien apenas tuve lugar de ordenarle que se colocara en el cerro pequeño de nuestra izquierda y sostuviera aquella batería, considerándola en peligro; mas al llegar este jefe al punto que le señalé, la caballería, haciendo un amago de carga a una columna enemiga que se aproximaba, se marchó en retirada por el camino principal, y el refuerzo de Puebla que esto vio, imitó a los demás, pudiendo haber servido bien si antes de una hora se presenta en el campo. El invasor, apoderado del cerro dominante, usó de nuestros cañones, y a metrallazos aumentó la confusión de tal modo, que nuestra tropa solo atendió a salir del peligro por dos veredas de nuestra derecha que del cantil de la barranca conducían al río. En tal estado de cosas, no me quedaba más arbitrio que seguir con la parte presente de mi estado mayor las huellas de los que me abandonaban, o caer prisionero; y me decidí por el primer extremo en momentos de avanzar el enemigo sobre dichas veredas; tomé, pues, la más próxima, que por estrecha y pendiente transitó con dificultad, y llegando al río, emprendí la subida de otra igual, que me condujo a un planío despejado; aquí dispuse la reunión de los dispersos que aún podían oír el toque de llamada y tropa, y ordené al señor general Pedro Ampudia que marchara con ellos a la hacienda del Encero [“así se llama por corrupción a esta hacienda, cuyo primitivo y verdadero nombre es ‘el Lencero’ “], para donde me dirigí considerando que la caballería haría alto en aquellas hermosas llanuras, y que con su apoyo se podían recoger la mayor parte de los infantes que vagaban por las cercanías; pero el señor general Canalizo continuó al paraje de la Banderilla, cinco leguas adelante del Encero, y por tal circunstancia me vi en la necesidad de pernoctar en la hacienda de Tusamapa, y partir a la madrugada del siguiente día para la ciudad de Orizaba a encontrarme con el señor general Antonio León, que del Estado de Oaxaca conducía una brigada para Cerro Gordo. Las demás fuerzas que cubrían las posiciones avanzadas y atrincheradas de nuestro flanco derecho a las órdenes de los señores generales Jarero y Pinzón, no quedándoles otro recurso, capitularon, consumándose así el triunfo del invasor, etcétera.». De lo expuesto hasta aquí, resulta que la defensa del Telégrafo se hizo en regla.” (José María Roa Bárcena, *op. cit.*, pp. 56-58).

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 58.



culares de prácticos en el terreno; [...] avisado Santa Anna por el General D. Francisco Pérez, de la pérdida del cerro, del abandono de la batería baja y estar cortada la retirada, emprendió su escape con él. [...] Sin que bastaran á contener á los soldados los buenos jefes que quedaban abajo, porque aquéllos creían que el enemigo había tomado la retaguardia por traición.<sup>6</sup>

*1.2. Todo está muy mal y hasta,  
un poco, Santa Anna*

Y para concluir el capítulo dice Roa:

Tal fue la batalla y la derrota nuestra de Cerro Gordo, que el desengaño de las esperanzas cifradas en los elementos de defensa allí reunidos y el espíritu de partido, hicieron exageradamente aparecer como una gran mengua para el ejército en general, y especialmente para Santa Anna. Se dijo que el primero había huído sin batirse, y se repitieron con mayor encarnizamiento contra el segundo los cargos de ineptitud y traición de que venía siendo objeto desde el principio de la campaña. Algunos de los jefes lastimados de la calificación que de su conducta hizo el caudillo, le atacaron por la prensa, y en las declaraciones de ellos apoyó Gamboa la parte de sus acusaciones relativas a Cerro Gordo.<sup>7</sup>

Esos “jefes lastimados” por la calificación santánica de que fueron objeto es evidente que perdieron toda credibilidad solo porque hablaron después de ser lastimados, como el niño que se queja después de haber sido abusado por otro mayor. Aquí Roa sigue la táctica del propio Santa Anna, según fuera denunciada en un artículo de *El Monitor* del 28 de abril de 1847, y que Gamboa cita oportunamente:

Es táctica antigua del General Santa Anna, cuando sufre un descalabro en la guerra, el echarle siempre la culpa á los que no pueden ó no saben defenderse. Luego que fué derrotado en San Jacinto [1836], sin andarse con escrúpulos ni pararse en pelillos, acusó de esta desgracia á dos de sus ayudantes que quedaron muertos en el campo de batalla. En la Angostura [1847] atribuye á un simple soldado que se desertó, el no haber obtenido un triunfo decisivo. Ahora, en Cerro Gordo, no sabiendo á qué carta quedarse, ni sabiendo á punto fijo á quién echarle la culpa, si no se culpaba á sí mismo, pues ni lo que pasaba sabía, pega con los infelices de la Guardia Nacional de los Estados de Puebla y Veracruz.

[...] El general Santa Anna, si no tenía más, tenía por lo menos (á) siete mil hombres de línea. ¿Y es posible que la inexperiencia de dos mil milicianos, confundidos entre siete mil veteranos, haya podido sernos funesta?<sup>8</sup>

En fin, ya descalificados los jefes quejosos como se debe, Roa pasa no obstante a discutirlos y aun, en un punto [...] ¡a Santa Anna!

<sup>6</sup> Ramón Gamboa, *op. cit.*, pp. 254-255.

<sup>7</sup> José María Roa Bárcena, *op. cit.*, pp. 64-65.

<sup>8</sup> Ramón Gamboa, *op. cit.*, pp. 255-256.



Los cargos pueden condensarse en que omitió nuestro general en jefe la fortificación del Atalaya contra el dictamen de los ingenieros, y en que ignoró hasta la última hora el movimiento de flanco de los invasores respecto de nuestra posición. Santa Anna se defendió débilmente negando que se le hubieran expuesto opiniones contrarias a su plan de defensa, lo cual es cierto e indudable; y echando la culpa del resultado a la carencia de elementos suficientes de resistencia de parte suya; a la mala organización del ejército, compuesto casi en su totalidad de gente forzada, y, finalmente, a la impericia de los guardias nacionales. Todo lo que tiene de fundada la penúltima de estas alegaciones, falta a la última, pues los únicos guardias nacionales que tomaron parte en la batalla formaban en nuestra ala derecha, de la cual fue rechazado el enemigo.<sup>9</sup>

Bien por Roa al enaltecer contra Santa Anna a la guardia nacional. Y hasta parece que asume la crítica de que Santa Anna omitió fortificar el cerro de la Atalaya, porque espera más de diez renglones después de mencionarla para contestar: “La verdad es que la ocupación y fortificación del Atalaya no habría impedido, sino retardado, a lo sumo, el desastre.”<sup>10</sup>

Aunque más abajo dice, no a cuento de esto sino en general, que: “Si los conocimientos facultativos de nuestros ingenieros no desmerecían, tal ventaja resultaba estéril desde el punto en que el enemigo no daba paso que no consultara con los suyos, en tanto que era desoído o desechado en el cuartel general mexicano el dictamen de los nuestros”.<sup>11</sup>

### *1.3. Críticas que por aceptarlas las razas superiores no valen*

Ahora bien, Roa, como pitoniso que vaticina solo un “retardo” en el “desastre”, se apoya en

que desde el momento en que nuestra línea podía ser flanqueada y atacada por su reverso, resultaba ineficaz su defensa; que muchas de las consideraciones de Santa Anna explicativas de la derrota, fueron las mismas que había Robles alegado contra la elección del campo de batalla; y que si ésta se hubiera dado en Corral Falso, aunque sus resultados fueran menos funestos [...].<sup>12</sup>

Y bien, como Santa Anna coincide con la crítica de que fuera objeto por parte de Robles, ya por eso cree Roa que la de este último deja de valer. Pero el caso es que debió asumir la crítica no en 1849 sino en 1847, cuando Robles se la señalaba en vista de dar mejor combate. Pero Santa Anna no quería dar mejor combate. Cuanto peor o por lo menos mediocre, mejor.

<sup>9</sup> José María Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 65.

<sup>10</sup> *Idem.*

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 66.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 65.



Pero ni eso vale su peso en oro, porque si el campo de batalla no hubiera sido Cerro Gordo sino Corral Falso, como Robles recomendaba, Roa ya vaticina que:

probablemente la habríamos también perdido por las causas apuntadas desde la narración de los combates a inmediaciones de Matamoros, y que se refieren a las diferencias esenciales de la organización, el armamento y los recursos todos de uno y otro ejército, a la *superioridad física de una raza* sobre otra y a la superioridad de instrucción de los jefes norteamericanos respecto de los nuestros, aunque algunos de éstos no les fueran inferiores en actividad y, sobre todo, en valor personal.<sup>13</sup>

Sin embargo, esta disculpa no vale ni como vaticinio porque quiere ser apoyada en experiencias pasadas. Esto es, Roa remite a batallas previas la prueba de que su vaticinio es atinado a favor de Santa Anna. Pero eso no puede ser prueba porque aquellas no son experiencias puras sino con mácula en tanto ya sesgadas por las intervenciones previas de Santa Anna, a quien aquí se enjuicia.

Y por defender a este criollo, Roa —otro criollo— no tiene empacho en afirmar como verdad absoluta la “superioridad física de una raza sobre otra”, etcétera.

#### *1.4. Complicidad entre criollos dueños de los bueno del ejército*

Santa Anna no puede ser a ojos de este conservador criollo sino un héroe y debe reiterar su heroicidad en cada descalabro y traición. Dice:

Por lo demás, Santa Anna, derrotado en Cerro Gordo y huyendo con un pequeño grupo de oficiales hasta Orizaba, a favor de las sombras de la noche y al través de ríos, barrancos y bosques, no obstante sus imperfecciones y sus faltas, por su empeño y decisión, por su actividad y energía inquebrantable, tiene que ser para el historiador lo que fue en la Angostura, lo que será más adelante en nuestro Valle, el primero de los defensores de México.<sup>14</sup>

Roa dice a renglón seguido algo respecto del ejército, ese con el que identifica a Santa Anna cuando éste lo traicionó. Por ello, Roa cree que lo que dice del ejército abona elementos favorables a Santa Anna: “En cuanto al ejército, se batió bizarramente el 17; y en la mañana del 18, no solo rechazó y destrozó a la columna de Pillow en las posiciones de la derecha, sino que, atacado de frente y de flanco en Cerro Gordo, defendió palmo a palmo la altura, y no la abandonó, sino saltando sobre cadáveres, empujado por la masa irresistible de sus contrarios.”<sup>15</sup>

Roa no ve que ante tal decisión y valentía del ejército mexicano, peor parada resulta la fea acción de Santa Anna y menos defensa tiene, pues más reluce que si

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 65-66, cursivas más.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 66.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 66-67.



perdimos debió ser por causas secretas que apuntan a los manejos del general en jefe. Los últimos renglones del capítulo de Roa debieran avergonzar a Santa Anna, pero Roa cree que le son solidarios, por eso los escribe:

El árido y escarpado cerro del Telégrafo, cuyo aspecto me oprimió el alma con la idea de la catástrofe de que había sido teatro. ¡Parecióme un gran túmulo levantado por la naturaleza a las víctimas de la batalla, y en cuya cima aún permanecía tendido el general Vázquez, envuelto en la bandera por él gloriosamente defendida, y que cayó con él, sirviéndole de sudario!<sup>16</sup>

La gesta del general Ciriaco Vázquez parece ser auténtica mientras que la del niño héroe de Chapultepec no; así que la de Ciriaco Vázquez fue la base de la elaboración posterior de Chapultepec, eso sí, también heroicamente defendido a pesar de Santa Anna. ¡No faltaba más!

### *1.5. La entrega de Cerro Gordo bien enfocada*

La primera crítica de Gamboa a Santa Anna acerca de la batalla de Cerro Gordo —y cito a Gamboa porque Roa no lo hace— alude precisamente a la advertencia de Ciriaco Vázquez a Santa Anna, desoída por éste: “El Sr. D. Ciriaco Vázquez [manifestó], al Sr. Santa-Anna que los enemigos venían abriendo camino, siguiendo una vereda antigua, con el objeto de atravesar y flanquear el Ejército, S. E. despreció el aviso y le hizo una fuerte reconvención al Sr. Vázquez”.<sup>17</sup>

Santa Anna en su Informe simplemente dice que “no se hicieron las indicaciones que se citan”.<sup>18</sup> Incluso Pinzón le avisa el 17 de abril: “En dicho día sentí que por el camino avanzaban piezas, y que por la lentitud con que las movían, debían ser de grueso calibre. Di inmediatamente parte al Sr. General Santa Anna de aquel resultado, y su contestación fué que no tuviera cuidado y que la gloria y que el triunfo de aquel día había sido nuestra”.<sup>19</sup>

La tercera crítica es ésta, Gamboa cita a Uraga: “Pero hasta aquel momento era todavía privado mi juicio, respecto de la conducta del General Santa Anna en las dos acciones de la Angostura y Cerro Gordo; pero yo estaba tranquilo; descansaba en la justicia; recordaba que el Sr. Canalizo y el Sr. (General Lino José) Alcorta habían, desde antes de la acción, juzgado aquella posición fácil de envolverse.”<sup>20</sup>

La cuarta, más profunda:

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 67.

<sup>17</sup> Ramón Gamboa, *op. cit.*, p. 250.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 251.

<sup>19</sup> *Idem.*

<sup>20</sup> *Idem.*



El señor Canalizo se tomó el cerro del Telégrafo, aunque el Sr. Santa Anna nunca permitió tomar la Atalaya y dejó flanqueadas las lomas; que nunca quiso este señor sujetarse al croquis de los Sres. Cano y Robles; que, aunque ha dicho en su parte que el Telégrafo lo reforzó con el 1º Ligeró, esto no es cierto, pues al contrario, lo desguarneció, mandando bajar este cuerpo á las diez de la noche, y nunca volvió á subir, como lo dirá su Coronel, el Sr. Gelati.<sup>21</sup>

El resumen de todo debido a Uruga y publicado en *El Monitor* (18 de noviembre de 1847) dice así:

En Cerro Gordo se dejaron abandonados los puntos tácticos del campo, que eran la Atalaya y Cerro Gordo, cubriendo débilmente al segundo, y entregando el primero al enemigo, con lo que, al empezar la acción, quedaron cortadas y sin fuegos las fuerzas de nuestra derecha; por lo que, y por no haberse sabido apreciar el punto de ataque, tuvimos cerca de 3,000 prisioneros sin combatir y más de 3,000 moviéndose sin dirección fija, dispersos, sin tirar un tiro, y solo mil y tantos hombres batiéndose y batiéndose bien.<sup>22</sup>

Gamboa concluye así: “Los contrarios, por más que se pondere, no pudieron pasar de nueve mil, y así es que las fuerzas eran casi iguales: los nuestros en alturas, en puntos militares formidables y con algunas fortificaciones; los otros tenían que atacar é ir venciendo dificultad por dificultad para conseguir el triunfo”.<sup>23</sup>

Vale la pena citar una crítica previa tomada por Gamboa de un artículo de *El Monitor* del 18 de diciembre de 1847: “¿Cómo perdonará el General Santa Anna á los veracruzanos que anunciaron el resultado fatal de Cerro Gordo? Cómo contestará á la desaprobación que él dio al proyecto que se puso en su conocimiento, de coger prisionero al General Scott, en una oportunidad que se presentaba? ¿Se le formará causa?”.<sup>24</sup>

## 2. SANTA ANNA LES ABRE PASO A LOS YANQUIS A LA CAPITAL

En el capítulo XXIII, “Valle de México”, vemos el mismo procedimiento general. Roa habla por boca de Santa Anna y alude a Gamboa pero sin insertar los reparos puntuales de éste.<sup>25</sup>

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 251-252. Desafortunadamente este testigo de Ramón Gamboa murió poco después del armisticio. “Preciosas vidas como la del coronel don Gregorio Gelati, del general León [...] cortó la heroica defensa del Molino del Rey y Casamata.” (Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, p. 568).

<sup>22</sup> Ramón Gamboa, *op. cit.*, p. 252.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 257.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 253.

<sup>25</sup> “Antes de pasar adelante, inserto estas líneas del *Informe* de Santa Anna sobre las acusaciones de Gamboa: `Los mismos motivos que me impidieron hacer la defensa de Puebla, influyeron para no defen-



### 2.1. Véase a Luis de la Rosa, no a Puebla

Y así es como vemos a Santa Anna en su *Informe* quejarse de que “el gabinete, dominado por don Luis de la Rosa, nada tenía dispuesto [...]”, lo que va contra Gamboa, aliado de Luis de la Rosa, y vemos que Santa Anna dice que este último ya huía de la capital, lo que no mueve a ningún comentario de Roa, como si fuera verdad divina el *dictum* santánico.

Y no vemos por ningún lado qué dice Gamboa acerca de no haber defendido Puebla y del camino de esa ciudad a la capital porque Roa Bárcena no lo cita.

### 2.2. No combatir por Puebla

Paso, pues, a citar a Gamboa, quien acerca de Puebla dicen que Santa Anna “entró y salió como exhalación”.<sup>26</sup> Y, añade más abajo:

Recuérdese que el Sr. Santa Anna dice, á fojas 43, “que el Sr. Furlong puso á su disposición unos piquetes que llegarían á doscientos hombres.” ¿Y qué, con los cuatro mil quinientos que en su parte dijo llevaba, estos doscientos, con los que se completaban cuatro mil setecientos, la artillería que traía y la que encontró en la ciudad, y sobre todo con ese pueblo tan entusiasmado, no podría contener al invasor y hacer que se estrellara en aquellos muros? Para esto será necesidad que veamos cuáles eran las fuerzas enemigas que se presentaban sobre Puebla.<sup>27</sup>

Y cuenta en total a 4230 efectivos norteamericanos. *El Monitor* del 21 de mayo de 1847 concluye así: “¿Cómo, pues, han hecho lo que han hecho? ¿Cómo han derrotado sin cesar á nuestro Ejército, que les hace ventajas no solo aparentes, porque es para mí ya fuera de cuestión, sino, á mi ver, reales y positivas?”<sup>28</sup>

Por eso Ramón Gamboa concluye: “El respetable Jurado y el pueblo mexicano calificarán si debió haberse hecho resistencia, ó si fué prudente y justa la retirada”.<sup>29</sup>

der el camino que conduce de esa ciudad a Venta de Córdoba, porque el gabinete, dominado por don Luis de la Rosa, nada tenía dispuesto en ese sentido, con excepción de alguna arboleda que encontré derribada en el Pinar de Río Frío; antes bien estaba resuelto a abandonar la capital de la República. Cuando a ella llegué, las oficinas generales estaban preparando su marcha y el Ayuntamiento dispuesto a dar los mismos pasos que el de Puebla, porque todos creían ver llegar la vanguardia del ejército enemigo. Los habitantes de México han presenciado estos hechos: han sido testigos de que no existía una sola brigada que oponer: vieron que no se había levantado obra alguna de fortificación; y, en una palabra, nadie ignora que en aquellos días se había prescindido de toda idea de resistencia. Sin embargo, no me desalenté por hallar las cosas en ese estado, ni menos porque las facciones estuvieran preparando una revolución para arrebatar me el poder; reuní una junta de generales, en la que se acordó unánimemente que se defendiera la capital, y, al efecto, que yo reasumiera el poder, etcétera. Presto vamos a ver cuál fue el plan de defensa adoptado.” (José María Roa Bárcena, *op. cit.*, pp. 167-168).

<sup>26</sup> Ramón Gamboa, *op. cit.*, p. 257.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 259.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 262.

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 262-263.



Pero otra línea de crítica a Santa Anna es ésta: “Inútil consideró referir su salida para Amozoc con el fin, según decía, de atacar á los americanos y contenerlos. Allí sucedió lo que de costumbre: se fatigó al soldado, se le hizo hacer evoluciones inútiles, y, por último, retirársele violentamente acobardándolo y sofocando sus impulsos de moralidad y patriotismo”.<sup>30</sup>

Y Gamboa pasa a apoyarse en *El Monitor* del 22 de octubre de 1847:

Sabedor Santa Anna de que el enemigo había llegado á Amozoc, se reía de los avisos que le daban, diciendo: “No hay cuidado, ya los quitaremos de en medio” aludiendo seguramente al ataque que pensaba darles, con cuyo objeto mandó hacer requisición de caballos, y recogió en un día mil cuarenta [...]; los enemigos, descuidados y sin saber nada, alarmados con el movimiento averiguaron la causa, tocaron generala y en poco tiempo se pusieron sobre las armas y listos para el combate. El General Santa Anna pasó por la falda de los cerros de Oriente con una fuerza como de dos mil caballos, pues ocupaba más de una legua de terreno, distinguiéndose perfectamente toda su línea y la de los enemigos desde la altura del rancho de San Nicolás, donde nos hallábamos; cuando la medianía de la caballería pasaba frente al centro de la línea del enemigo, rompió éste el fuego de su artillería, á cuyo segundo tiro perdieron los nuestros la formación, y al tercero se retiraron en distintas direcciones, lo que, visto por el enemigo, puso en juego las demás piezas.

Algunos vecinos de Amozoc, que iban huyendo, encontraron á un jefe de caballería con algunos dragones, que les preguntaron ¿cuál era el camino?; ¿el de Puebla o el de Acajete? respondieron; por donde Dios me ayude, replicó el oficial. Con lo que hemos visto en Cerro Gordo y en Amozoc, ya no nos queda esperanza alguna; *nos parece que están enseñando á huir a nuestros soldados.*

Al General Santa Anna le llevaron á Puebla, un correo que se presentó con pliegos del enemigo, y el General le impuso la condición que á nadie dijera que se había presentado, sino que le habían cogido.”<sup>31</sup>

### 2.3. Santa Anna abandonó el camino al enemigo

Pero Santa Anna no huye de la capital —¿y para qué habría de huir?— sino que le prepara el escenario al enemigo; esto es, organiza un presunto “plan de defensa” de la capital que cumple metódicamente como en el caso del abandono de Valencia a Padierna.

Antes de ello se queja Gamboa por el abandono del camino de Puebla a México:

Su disposición de abandonar á los enemigos el camino de Puebla hasta Chalco es en extremo misteriosa. He dicho con este motivo que el camino presenta muchos y diversos puntos de tal defensa, que se hacen casi inexpugnables; que los montes fueron desbastados de orden del Gobierno, para que nuestra artillería pudiese obrar y la arboleda no sirviera de refugio á

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 263.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 264, cursivas mías.





los americanos; pero que de todas estas eminentes ventajas, ningún provecho se sacó, y los invasores pasaron con todo espacio y comodidad, como atraviesa uno un pasadizo de su casa.

Es una notable alucinación la que padeció el Sr. Santa Anna al figurarse por unos cuantos árboles el crecido destrozo y desbastación que se hizo en el monte. Ya yo he pedido a los Sres. de la Sección del Gran Jurado que se examine al Sr. D. Germán Landa, propietario de aquellos bosques, si no es cierto que se derrumbaron cerca de trece mil árboles para obstruir el paso al enemigo.<sup>32</sup>

Más abajo explica Ramón Gamboa:

Tenía el General Santa Anna tropas bastantes que tender en el camino; Scott, aturdido con su ventura y preparando el nuevo golpe sobre México, se detuvo en Puebla cerca de tres meses, tiempo infinitamente sobrado para llenar de escombros el tránsito, erizar de parapetos la montaña en sus bellísimas y sobresalientes posiciones, para ir defendiendo el terreno palmo á palmo y con poca pérdida, de manera que cuando acabasen de salir los americanos á las lomas descubiertas de Córdoba y Buenavista, quedaría disminuído su Ejército en la mitad, con lo que hubiera sido un acto de demencia descender á las llanuras y ensenadas del Valle de México y, más que todo, intentar rendir la Capital.

No es lo mismo esto que venir el Ejército íntegro, descansado, bien comido, sin ser fogueado ni interrumpido para nada, y sin que le faltara un hombre, una cabalgadura, uno solo de sus trenes, ni alguna arma ofensiva.<sup>33</sup>

Y añade cómo es que Santa Anna se contradice:

Manifiesta el Sr. Santa Anna que su objeto era atraerlos hacia la Capital, bajo cuyos muros juzgó que debería rendirlos. No se olvide esto para lo de adelante; mas si tal fué su proyecto, ¿entonces para qué fueron las fortificaciones del Peñón? Se me dirá desde luego que tal cosa se hizo con la mira de que no avanzaran hasta las garitas de la ciudad; y yo contestaré que por ese mismo raciocinio debió haberseles contenido y acribillado en los sitios escarpados y montuosos, y que por el propio principio debió haberseles salido al encuentro en el camino de Ayocingo á Tlálpam.<sup>34</sup>

La disculpa de Santa Anna mueve a risa:

Pretende S. E. disculparse con decir que él no se propuso defender el camino [fojas 46 y 47]; que si yo hubiera previsto su plan y examinado sus elementos, habría conocido que su situación le impedía tomar la ofensiva después de los reveses sufridos; que con ningún otro ejército contaba en el evento de una desgracia.

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 263-264.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 266.

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 266-267.



Puedo yo también preguntarle á S. E. ¿qué descalabros se sufrieron de Puebla hasta Tlálpam? Ninguno ciertamente; y si S. E., con la mitad de la fuerza, molestando al enemigo, hubiese sido vencido, todavía le quedaban de diez á doce mil hombres con que hacerle frente.<sup>35</sup>

Y para terminar Gamboa señala cómo el haber abandonado el camino de Puebla a México, y el que conduce de Ayocingo a Tlálpam sorprendió a la gente que vio pasar incólumes a los invasores pero aun los sorprendió a éstos: “Fué tal la admiración de los americanos cuando, en vez de encontrar la muerte, hallaron su salvación, que por muchos días no salieron de su estupor, y así lo escribieron á Norte América, quejándose del General Scott, pues decían que deberían haber quedado en aquel estrecho como quedan los insectos dentro de un tubo ó cañón.”<sup>36</sup>

### 3. SEGOS, APARIENCIAS Y DESFIGUROS DE ROA EN EL TOMO III

Aquí nos ocuparemos de las intervenciones de Roa contra Gamboa en el tomo III (capítulos XXVIII a XXXI). La tónica es la misma que la del tomo II.

#### 3.1. *El porqué del envenenamiento de Nicolás Bravo por los santanistas*

La primera es una rectificación o, mejor dicho, una corrección a modo de complemento inserto por Roa con base en la *Impugnación* de Gamboa, desafortunadamente, no respecto de Santa Anna sino del general Manuel Andrade.<sup>37</sup>

Sin embargo, poco antes, Roa hace otra inserción. En este caso, de Manuel Balbontín, severo crítico de Santa Anna, como sabemos sobre todo a propósito de la batalla de la Angostura. Y vemos a Roa recomendar el libro de Balbontín y exaltar “entre otros méritos [suyos] el de no describir sino las acciones en las que se halló presente”. Y lo exalta aun por cómo describe la batalla de la Angostura, aunque no dice nada acerca de que Balbontín impugnó las razones que dio Santa Anna justificando el abandono de la Angostura.<sup>38</sup>

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 267-268.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 270.

<sup>37</sup> “Después de impresos los pliegos de esta obra relativos a la batalla de Molino del Rey, he visto en algún documento contemporáneo (la *Impugnación* del diputado don Ramón Gamboa al *Informe* del General Santa Anna) que pocos meses más tarde, el general Manuel Andrade fue absuelto en consejo de guerra de los cargos que le resultaban del parte oficial del general Alvarez acerca del comportamiento de la caballería en la expresada función de armas; y creo debido consignarlo aquí desde luego, aun cuando no sea este el lugar más propio” (José María Roa Bárcena, *op. cit.*, tomo III, p. 112).

<sup>38</sup> “Los lectores que deseen aumentar su conocimiento de los hechos de armas habidos desde el principio de esta campaña hasta la pérdida de la capital, hallarán otras noticias, y juicios militares muy



En este mismo capítulo encontramos una nota de Victoriano Agüeros,<sup>39</sup> anotador de la 2ª edición (1902) del libro de Roa. La nota de Agüeros no es poca cosa en tanto contradice una nota idílica de Roa respecto de Santa Anna, en donde lo dibuja reparando la afrenta e injusticia que cometiera contra el general Bravo a propósito de cómo éste defendió el Castillo de Chapultepec. Roa dice en nota a pie (y Agüeros añade entre corchetes): “El mismo general Santa Anna, vuelto al poder años después [1853-1856], dispensó aprecio y consideraciones a Bravo. [Hay motivos para creer que Bravo murió envenenado en 1854 por suponersele enemigo del gobierno de Santa Anna.— Nota de V. Agüeros]”.<sup>40</sup>

¿Por qué tanta violencia? Bravo se quejó de no haber recibido refuerzos suficientes y oportunos para la defensa del Castillo de Chapultepec y la orden para recibirlos dependía de Santa Anna. Por lo que ante esa queja del general Bravo que lo inculpaba, Santa Anna optó injustamente —según reconoce Roa— por culpar de la derrota a los jefes de la defensa del Castillo y maltratarlos; en primer lugar a Bravo.

Y no paró aquí la injusticia del general presidente hacia Bravo: indignado de que en su parte no mencionara el auxilio llevado por Xicoténcatl, ni el heroico sacrificio de este jefe y de sus soldados, ni las operaciones de la reserva en el exterior al oriente y al sur —en lo cual obró mal el jefe del punto— consignó Santa Anna la calumniosa vulgaridad de que Bravo había sido hallado en una zanja llena de agua y conocido por lo blanco de su cabello, y pidió que se le sometiera a un juicio, de que, naturalmente, salió vindicado.<sup>41</sup>

acertados, en la obra que el coronel de artillería Manuel Balbontín acaba de publicar bajo el título de *La Invasión Americana, 1846 a 1848*, en un tomo de 138 páginas en 8ª, con planos de la defensa de Monterrey y de las batallas de la Angostura, Padierna y Churubusco. Dicha obra se compone de apuntamientos formados en los días de la campaña, a que concurrió de subteniente de artillería Balbontín, y tiene, entre otros méritos, el de no describir sino las acciones en que se halló presente el autor. Sus narraciones de la defensa de Monterrey, en que fue hecho prisionero, y de la batalla de la Angostura, son interesantísimos por su estilo y claridad, no menos que por la abundancia y novedad de sus pormenores” (*ibid.*, pp. 111 y 112). Cabría preguntarle a Roa si entre los méritos del libro de Balbontín no se encuentra el impugnar a Santa Anna.

<sup>39</sup> Victoriano Agüeros (1854-1911), abogado, periodista y publicista, “dirigió la *Biblioteca de Autores Mexicanos* que reunió en 78 volúmenes a lo más destacado de las letras nacionales de fines del siglo XIX y la primera década del XX” según Humberto Musacchio, en el *Gran diccionario enciclopédico de México Ilustrado*.

<sup>40</sup> José María Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 109, nota 26. Nicolás Bravo vivía en Chilpancingo (Guerrero) y la Revolución de Ayutla contra la dictadura de Santa Anna fue secundada por Ignacio Comonfort en Guerrero, pero Nicolás Bravo no quiso secundar el pronunciamiento. “Dio a conocer un comunicado [...] en el que desmentía su participación en el movimiento.” (Carmen Vázquez Mantecón, *Santa Anna y la encrucijada del Estado*, p. 285). Aún más, poco después recibe en su casa de Chilpancingo a Santa Anna quien iba comandando al ejército con la intención de combatir el levantamiento de Comonfort. Pero apenas dejó Santa Anna Chilpancingo, “murieron a un tiempo Nicolás Bravo y su esposa, mientras los partes decían que el presidente estaba totalmente restablecido de una indisposición de estómago” (*idem*).

<sup>41</sup> José María Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 109. Ante la difamación de Nicolás Bravo por parte de Santa Anna con la intención de llevarlo a corte marcial, sorprende que Fernando Díaz y Díaz nada diga al respecto, sino que a Santa Anna se lo culpó injustamente por la derrota de Chapultepec. Esta referencia



Y es aquí en donde Roa inserta la nota idílica sobre Santa Anna, donde nos los describe venerando a ese “uno de los padres de la Independencia” que fuera Nicolás Bravo, “de cabellos encanecidos en el campo de batalla en servicio de la nación” (p. 109).

Tal parece que Roa no puede criticar a Santa Anna sin que inmediatamente le sobe el lomo para que no le duela, ni reconocer que actuó malvadamente sin que a los pocos renglones lo redima.<sup>42</sup> En este caso la cosa no queda allí,<sup>43</sup> sino que reconoce lo que llama “la debilidad de Santa Anna” para explicar que le costó cara, toda vez que otros lo culparon a él “de la pérdida de Chapultepec”. E inmediatamente limita la crítica de que fuera objeto y lo reivindica así:

Esta debilidad de Santa Anna redundó en contra suya, indignando los ánimos e influyendo en que absoluta y ciegamente se le culpara de la pérdida de Chapultepec. Por lo aquí relatado se verá que sus solas faltas consistieron en no haber aumentado la guarnición desde la noche del 12 [con los refuerzos que le pedía Bravo], y en lo tardío y escaso del refuerzo enviado al interior del punto en la mañana del 13 [Xicotécatl y su batallón]; refuerzo que, por otra parte, no habría podido ser muy numeroso.<sup>44</sup>

Roa olvida dos cosas en reconociendo las faltas que se le imputan a Santa Anna. Primero, no señala qué tan importantes eran las faltas, esto es, qué se habría ganado de no cometerlas y cometiéndolas, qué efecto negativo tuvieron. Segundo, sobre

además de describir lo más escuetamente posible lo que pasó en Chapultepec para así no dar pistas del comportamiento traidor de Santa Anna, y ni siquiera sembrar dudas al respecto en el lector, es el efecto del texto de Díaz y Díaz; quien, en vista de ello, borra también todas las pistas del enfrentamiento de Santa Anna con Nicolás Bravo. Cito lo que dice de Chapultepec: “En la defensa del fuerte de Chapultepec —12 y 13 de septiembre— a Santa Anna se le culpó —‘ciegamente’, a juicio de Roa Bárcena— de la pérdida del mismo, puesto que no atendió la solicitud del general Bravo para que relevara a la tropa que defendía a Chapultepec, que era [soldado] ‘bisoño’ y se encontraba ‘desmoralizado’” (*op. cit.*, p. 215). Extraña tanto más que Fernando Díaz y Díaz no circunstancie más el suceso siendo que para sustentar la escueta descripción antecedente, se da el lujo de remitir a pie de página nada menos que a cuatro autores que son autoridades en la materia, del siguiente modo, nota 124: “Roa Bárcena, *op. cit.*, tomo III, p. 109; Balbontín, *op. cit.*, p. 132; Alcaraz, *op. cit.*, pp. 314-316; Alamán, ‘Carta al duque’, México, septiembre 28/47 en *Obras*, p. 450”. Extraña erudición que obvia lo fundamental.

<sup>42</sup> Caso aún más patético es el de Fernando Díaz y Díaz (*op. cit.*), pues redime y le soba el lomo a Santa Anna sin haberse atrevido siquiera a cuestionarlo primero. De tal manera, cuando en 1854 Santa Anna se alojó en la casa de Nicolás Bravo, Fernando Díaz y Díaz nada menciona acerca de Nicolás Bravo para no tener que esclarecer la muerte de éste y de su mujer recién abandonada la casa por Santa Anna, el “Héroe de Tampico” (p. 263). Solo setenta y seis páginas después (p. 339) habla de la muerte de Nicolás Bravo, pero sin conectarla con la estancia de Santa Anna en su casa. Y más bien con la intención de despreciar a Nicolás Bravo. Pues dice “antes de su muerte, cuando la revuelta de Ayutla se iniciaba, don Nicolás se negó a colaborar con los bandos contendientes; ni con Santa Anna, ni contra él. Esa actitud confirmó toda su indecisión”. (p. 339). Fernando Díaz y Díaz refiere la muerte de don Nicolás, pero no las circunstancias en las que ocurrió.

<sup>43</sup> No está por demás señalar que Nicolás Bravo formó parte del partido conservador, y fue monarquista al lado de Lucas Alamán; así que Roa le era afín.

<sup>44</sup> José María Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 109.



todo, olvida preguntar *por qué* las cometió. Y ese porqué fue el que irritó a Bravo contra Santa Anna, pues entrevió su traición. Y ese mismo porqué fue el que irritó a Santa Anna contra Bravo hasta intentar perderlo. Y ese mismo porqué subyace al posible envenenamiento de Bravo en 1854: “Sobre las pasiones y recriminaciones del momento, surgía el hecho gravísimo de que la llave de nuestra capital quedaba en poder de los invasores”.<sup>45</sup>

Resulta extraño que en este pasaje tan comprometido políticamente, donde vemos a Bravo y a Santa Anna enfrentarse por intuir aquél la traición de éste, por sufrirla en carne propia, Roa no aprovecha para aludir a la acusación de Gamboa a Santa Anna y pasar a hacer que los hechos hablen por boca de Santa Anna en su *Informe*, siempre tan veraz en lo fundamental, según Roa. Si bien aquí dice: “En lo inserto no ha sido Santa Anna justo con los defensores de Chapultepec ni con el jefe de ellos”.<sup>46</sup>

### 3.2. Escena para aparentar imparcialidad

A propósito del capítulo XXXI, “Últimas operaciones militares”, tenemos el último revés de Roa contra Gamboa. La discusión gira en torno a los tratados público y el secreto firmados por Santa Anna en 1836 con los texanos. El caso es curioso no solo por esta retrospectiva que introduce Roa, quien quiere rectificar algo que dijo en el tomo I, donde inculpó —basándose en el historiador norteamericano Ripley— a los principales jefes militares mexicanos junto con Santa Anna<sup>47</sup> (¿para quitarle un poco de peso al pobre?).

Y a renglón seguido añade que “acerca del mismo asunto y de la falta de fundamento de las acusaciones de Gamboa, dije (tomo II, pág. 371): ‘Los convenios de 1836 lo único que prueban es que Santa Anna, viéndose en poder de un enemigo irritado, se acobardó y comprometió su propio decoro contrayendo compromisos que no obligaban a la nación, ni siquiera a su ejército.’”<sup>48</sup>

Aquí vemos a Roa aceptar en parte las tesis de Gamboa pero deslindándose de ellas para exculpar a Santa Anna. Ahora bien, retoma de Gamboa la referencia al convenio secreto firmado por Santa Anna porque así puede contraargumentar a “un erudito amigo” suyo, defensor de Santa Anna a ultranza, quien habiendo leído las críticas que Roa le hiciera a Santa Anna en los tomos I y II le explica a Roa que el “contrato” firmado por Santa Anna en nada lo desdora. De suerte que el referido

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 110.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 108.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 192.

<sup>48</sup> *Idem.*



amigo santanista termina diciendo: “No hubo, pues, reconocimiento de la independencia de Tejas ni por Santa Anna, ni mucho menos por los jefes a sus órdenes”.<sup>49</sup>

Roa se percata de que este amigo suyo se basa para decir lo que dice solo en el convenio público y no en el secreto.

En pocas palabras, Roa reitera lo dicho en sus tomos I y II sobre Santa Anna a este respecto, pero rectifica lo dicho respecto de los otros jefes militares mexicanos. Dirá que rectifica relativamente respecto de Santa Anna y en términos “absolutos respecto de los jefes de sus divisiones en la campaña de Tejas en 1836”.<sup>50</sup> Roa critica a Ripley y Polk, a este último citado por Gamboa en su acusación. La posición final de Roa es ésta:

Resulta de todo lo expuesto que, aun cuando fuera indisputable la autenticidad del convenio secreto —acerca de lo cual carezco de los datos necesarios para formar juicio— el compromiso de Santa Anna respecto de la independencia y de los límites de Tejas, se habría reducido a preparar en México el reconocimiento de la primera, y a lo sumo, el tratado que debería fijar los segundos en el Bravo; resulta asimismo que los jefes de las divisiones de Santa Anna a nada se comprometieron por acto propio, ni quedaron en virtud de los compromisos del mismo Santa Anna sujetos a otra cosa que a evacuar inmediatamente el territorio de Tejas, lo cual hicieron, no precisamente a causa de las órdenes apremiantes del caudillo a quien el simple hecho de estar en poder del enemigo había despojado de toda autoridad sobre sus tropas, sino porque así se juzgó indispensable a la salvación y conservación de nuestro ejército, como aparece de las comunicaciones oficiales y de las *Memorias* de Filisola.<sup>51</sup>

Aquí vemos a Roa negándose a reconocer lo que Santa Anna reconoció tácitamente —rubricando este reconocimiento— la independencia de Texas. Y dice que solo se comprometió “a preparar en México” ese reconocimiento por parte del Congreso. Atina contra Ripley en exculpar a los jefes mexicanos de tal reconocimiento.

Y luego lo vemos tratando de hacernos creer que Santa Anna estaba solo en manos de los texanos en el sentido de que sus relaciones de mando con sus jefes ya no tenían vigencia solo porque las leyes militares así lo dicen. Como si las dependencias personales no fueran una realidad, sobre todo para aquellos hombres.

Finalmente, cita en apoyo suyo —y, como se ve, de Santa Anna— las *Memorias* del general Filisola. Pero no dice que antes que Ripley acusara a los jefes mexicanos —entre ellos a Filisola— de haber aceptado la independencia de Texas y haber, por ende, retirado sus tropas más al sur, fue Santa Anna quien acusó a Filisola de haber obrado de esa forma. Y ¿por qué? Solo porque Santa Anna prisionero se lo había ordenado así por presiones de los texanos. Pero, luego, una vez que Filisola se

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 193.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 196.

<sup>51</sup> *Ibid.*, pp. 195-196.



retiró, Santa Anna lo acusó de haberse retirado para encubrir así ante el Congreso que él (Santa Anna) se lo había ordenado, así como la razón de ello.

Con todas sus fallas, esta rectificación de Roa a varias voces causa el efecto escénico de que se autocritica y rectifica; de que, en fin, es imparcial. No lo es.

### 3.3. *Victoriano Agüeros y la incoherencia de Roa favorable a Santa Anna*

Más arriba citamos una nota en la que Victoriano Agüeros se oponía fundamentalmente a su anotado, Roa, a propósito de los términos de la relación entre Santa Anna y Nicolás Bravo. En algunas otras notas discrepa Agüeros de Roa menos esencialmente. Existe una, completamente antagónica, brevísima pero de profundo significado porque muestra una incoherencia decisiva en el pensamiento de Roa, pues involucra un error de concepción global sobre la guerra del '47, y acerca de sobre quién recae la responsabilidad de la derrota. Todo lo cual apunta a Santa Anna, pero Roa, al no querer reconocerlo, se ve llevado a plasmar la referida incoherencia puntualmente registrada por Agüeros. De suerte que si en ese punto el texto de Roa fuera coherente coincidiría ni más ni menos que con el diputado Ramón Gamboa. Citemos el pasaje y la nota:

Para terminar respecto de esta campaña del Valle [de México], consignare o repetiré que, a juicio de las personas entendidas en el arte de la guerra, el plan de la defensa fue acertado, no obstante el número relativamente escaso de las tropas que iban a realizarlo; y que su mal éxito se debió principalmente: 1º a la facilidad dejada al enemigo,\* de dirigirse del oriente al sur esquivando el Peñón, la mejor fortificación nuestra y en cuyo ataque es creíble que fracasara; 2º, a la insubordinación de Valencia que se atrincheró en Padierna con la división que debió quedar expedita para cargar sobre la retaguardia del enemigo al embestir éste cualquiera de nuestros puntos; 3º, a la inacción de Santa Anna en el mismo campo de Padierna con su división de reserva, que, ya que los papeles se invirtieron, debió atacar a todo trance a Scott por su retaguardia o de flanco, convirtiéndose en auxiliar eficaz de la división del Norte, para evitar su destrucción y derrotar probablemente al contrario. La ocasión única de ello se perdió allí, por desgracia. El triunfo que en Molino del Rey se obtuviera si cargara la caballería en el instante oportuno, no habría podido ser tan importante ni decisivo como el que debió obtenerse el 19 de agosto.

\*Pues si se le dejó esa facilidad al enemigo, la defensa no fue acertada.— Nota de V. Agüeros.<sup>52</sup>

¿Por qué y quién permitió se le concediera tal facilidad al enemigo? Ningún otro que Santa Anna. Y ¿quién no apoyó a Valencia, menos por rencillas con él que porque si lo apoyaba se podría “derrotar probablemente al contrario”? Santa Anna, en efecto.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 153.



En esto del adecuado plan de defensa del Valle de México Roa sigue la opinión de Lucas Alamán en su *Historia de México* (1852), opinión que redondea la semblanza que Alamán hace de Santa Anna: “Todavía levanta otro ejército con qué defender la capital, con un plan tan acertadamente combinado como torpemente ejecutado, y mereciendo el elogio”.

### 3.4. Alamán exculpa a Santa Anna por exculparse

Cabe aquí señalar el motivo que Lucas Alamán tiene para exculpar a Santa Anna y sobre todo ser incrédulo de su traición. Lucas Alamán tuvo la “desgracia [de] haber tenido que actuar como parte principal en el gobierno que se manchó con la sangre de Guerrero”, dice Arturo Arnaiz y Freg, en su prólogo a *Semblanzas e ideario* de Lucas Alamán, a propósito de la inculpación de Alamán —muy probablemente infundada— del asesinato del prócer patrio. Aunque “varias veces hizo formalmente su defensa [...], no encontró tranquilidad”. (*Ibid.*) Viéndose llevado a generalizar la justificación en su *Historia* en una “reflexión sobre los sucesos desgraciados que el curso de las revoluciones hace inevitables, y en que todos tienen parte sin que se pueda acusar en particular a ninguno”. Evadiendo el fallo adverso de la posteridad, Alamán afirma que es “fácil suponer crímenes y fingir criminales cuando se pierden de vista las circunstancias que acompañaban a los sucesos [...] [y] que los partidos son fecundos en recriminaciones”. Alamán injustamente inculpa se pone en el lugar de Santa Anna y cree su deber exculparlo o, por lo menos, encubrirlo con las “circunstancias” en las que actuó.

Además, “veía [—como Roa—] en los elementos mal combinados que forman la población mexicana, la parte más vulnerable de la nación” (p. XIX). De ahí sus intentos por mejorar la raza trayendo “nueva sangre europea” al país. Así que cuando “desde el mirador de su casa presenciaba anhelante la batalla de Padierna, era, frente al invasor, un mexicano viendo con los anteojos el cumplimiento y la consecución de sus más graves temores” (*idem.*) racistas, hay que decirlo, y de cuya generalidad resulta —según Lucas Alamán— la responsabilidad de la derrota; para nada del sujeto singular Santa Anna.

Para finalizar, echemos una mirada a cómo fue que un contemporáneo de Roa captó críticamente las capacidades discursivas y la modalidad de discurso de éste.

## 4. VALBUENA CRITICA A ROA

El español don Antonio de Valbuena<sup>53</sup> (Miguel de Escalada) critica en 1893 a Roa Bárcena con aquello de que “como crítico es bastante malo y como poeta es peor. Pues de criterio no anda del todo bien [...], lo que es de conciencia no tiene ni

<sup>53</sup> En sus *Ripios Ultramarinos*, pp. 195 a 222.





pizza”.<sup>54</sup> “Con que díganme ustedes dónde está la conciencia de un crítico [literario] que después de haber leído en tres distintas páginas de un libro *adecuadas*, *adecuada* y *adecuado*, porque encuentra el mismo libro dos veces *inadecuado*, dice que es un *dislate* del autor y asegura muy formal que *NO ES UNA ERRATA*.”<sup>55</sup>

La demostración de Valbuena para decir lo que dice es puntual; revisa renglón a renglón el procedimiento de Roa, lo mismo para la crítica conclusiva y más a fondo.

“¿Qué conciencia puede tener un crítico que cita en falso, y falta á la verdad con la frescura con que lo hace el señor Roa Bárcena? ¿Y qué caso hay que hacer de un crítico tramposo y farandulero que atribuye á los autores lo que no dicen, llama dislates, etc., á las erratas notorias de imprenta y trata de engañar a los lectores asegurándoles que no son erratas?”<sup>56</sup>

En lo que sigue Antonio de Valbuena comenta los rípios de versificación de tres poemas de Roa Bárcena: “Las aguas en el valle de México”, “La nueva esposa” e “Ipandro Acaico”<sup>57</sup> y el soneto de Roa a don Casimiro Collado, donde Valbuena encuentra ocasión de remachar irónicamente su juicio de Roa como crítico: “¡Oh Roa, Bárcena! Ese tu Roa critica muy mal, porque se distrae y emplea mucho una figura retórica que consiste en decir lo que no es, y ese tu Bárcena también versifica malísimamente”. (p. 203).

Lo que menos le dice a Roa es “¡qué mal oído tiene usted, señor Bárcena!”, porque en un verso escribe éste: “Por ricos templos y palacios truecas [...]”, y Valbuena evidencia el “¡porricos!” resultante.

La demostración otra vez es puntual y aplastante. Valbuena critica a Roa en tanto miembro de la Academia<sup>58</sup> y reencuentra en él todos los vicios de otros académicos cuando hacen de poetas o de críticos: formalismo, insensibilidad, acartonamiento y rebuscamiento al hablar; lo cual termina por deformar el castellano.

Valbuena sabe que Roa en México “es un apreciable tenedor de libros”<sup>59</sup> y comerciante de géneros. Por donde entrevé la raíz de la inclinación de Roa por lo novedoso: “como comerciante, le gusta que todo sea nuevo”.<sup>60</sup> De ahí el título “La

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 196.

<sup>55</sup> *Ibid.*, pp. 197-198.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 199.

<sup>57</sup> Publicados por vez primera en *La Revista Nacional de Letras y Ciencias*, Edición de la Oficina de la Secretaría de Fomento, México, 1889, pp. 189-190; revista bajo la dirección de Justo Sierra, Francisco Sosa, Manuel Gutiérrez Nájera y Jesús E. Valenzuela. En el mismo tomo (pp. 20, 49 y 137) puede encontrarse una traducción del inglés al castellano del ensayo del doctor Johnson “Shakespeare y su obra”, hecha por Roa Bárcena, de la que éste dice —en nota a pie de página— “el lector entendido admirará el tino, solidez y claridad de observaciones que datan del último tercio del siglo XVIII; que parecen escritas aprovechando los elementos ya reunidos por la crítica moderna” (p. 20). Lo que viene al caso, pues contrasta con lo que más abajo verá el lector le critica Valbuena a Roa acerca de que el número de éste es del siglo antepasado (XIX).

<sup>58</sup> Un libro anterior de Valbuena fue *Rípios Académicos*.

<sup>59</sup> Antonio de Valbuena, *Rípios Ultramarinos*, *op. cit.*, p. 211.

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 212.



nueva esposa”, o el de su libro “Nuevas poesías”, y el inicio de una línea de un poema: “nuevo hogar” [...] Así que Valbuena exclama: “¡Nuevo todo!”.<sup>61</sup> Pero la racionalidad comercial de Roa es imperfecta en dos aspectos: por su rebuscamiento estilístico transgrede las matemáticas (¡un comerciante que no sabe contar!),<sup>62</sup> por su verso “Mirto y rosa y laurel, doble trofeo [...]”, cuando Valbuena señala que es triple. Pero también es imperfecto su espíritu comercial a la zaga de lo nuevo (para venderlo pronto, para engatusar al cliente, etcétera), pues en Roa todo quiere ser nuevo “menos el númen del señor Roa, que es del siglo pasado”.<sup>63</sup>

En realidad, Valbuena, sin criticar políticamente el conservadurismo de Roa, pues el propio Valbuena es conservador (tal parece que inclinado hacia Carlos III de Borbón, según dice Gutiérrez Nájera, citado por Valbuena y a quien éste no corrige), encuentra la vena rancia de Roa en su poesía y en su formalismo académico acartonado [...] en su mala fe como crítico. Y descubre la paradójica conexión entre lo viejo y lo nuevo, entre conservadurismo y comercio que privaba en México. Por ejemplo, cuando vemos a un Don Manuel de la Canal crear un emporio económico en San Miguel de Allende entre mediados y fines del siglo XVIII, con base en una amalgama de terrateniente y comerciante extraña al desarrollo económico del capitalismo europeo, pero característica del mundo criollo del México independiente (1810-1857), y que todavía rezuma en Roa.

El estilo de los *Recuerdos* de Roa debe contrastarse con la crítica que le hace Valbuena en tanto poeta; y la crítica que éste le hace a Roa en tanto crítico literario debe relacionarse con el papel de éste como historiador a la hora de llevar a cabo la crítica de fuentes históricas. Por eso incluye en este capítulo esta noticia sobre la discusión de Valbuena con Roa.

<sup>61</sup> *Ibid.*, pp. 218-219.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 213.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 259.



## CAPÍTULO 11

### PAPEL ESTRATÉGICO DE SANTA ANNA EN LOS ACONTECIMIENTOS Y EN LA IDEOLOGÍA (INCLUIDA LA RECEPCIÓN DE MARX POR LOS CONTEMPORÁNEOS)

#### 1. QUÍNTUPLE EFICACIA DEL FETICHISMO SANTA ANNA

Expondré en lo que sigue cinco aspectos del problema —divididos en trece tesis— relativo a por qué ocuparnos de analizar acuciosamente la figura de Santa Anna y para qué. Los cinco aspectos son los siguientes:

- A. porque revela a la vez que oculta o transfigura la historia de México;
- B. porque transfigura la historia y también somete a la historiografía y a la cultura histórica mexicana;
- C. porque la figura de la intervención de Santa Anna somete a la conciencia histórica y política mexicana;
- D. porque Santa Anna se nos ofrece, en tanto hecho cultural, como un valor de uso que opera un cierre en la historia de México, y
- E. porque Santa Anna se nos muestra como una mediación privilegiada del desencuentro de Marx con México, y de México consigo mismo: mediación privilegiada que una vez develada, permite el encuentro entre Marx y México porque permite explicar el por qué de las opiniones de Marx y el por qué de las opiniones de los mexicanos respecto de los mismos sucesos; permite, pues, consolidar la conciencia nacional.

Ahora vamos a desglosar trece tesis que se desprenden de estos cinco aspectos por los cuales nos ha interesado resaltar la figura de Santa Anna en los acontecimientos de 1846-1848.

1. Así pues, respecto del primer aspecto: A. “Porque revela a la vez que oculta o transfigura la historia de México”. Con lo anterior me refiero a que revela y oculta la historia realmente existente, lo que se puede afirmar de ella y lo que se puede entender de esas afirmaciones. La primera tesis dice que Santa Anna expresa una época en su esencia. Por cierto, Marx captó esta esencia magistralmente en sus afirmaciones sobre México.

Recordemos, por ejemplo, cómo señalaba Justo Sierra la correlación entre la nación mexicana y Santa Anna; cómo Santa Anna era la expresión del México de ese



entonces. Justo Sierra decía incluso que el soldado mexicano expresaba a la nación mexicana y que Santa Anna, como general de los mexicanos, expresaba al soldado mexicano y, por ende, a la nación mexicana. La esencia de esa época en México consiste en una gran debilidad de fuerzas productivas; debilidad expresada en una situación de desgarramiento interno. Debilidad para cohesionar su territorio, y, sin embargo, con todas las necesidades de un pueblo que acaba de realizar una revolución de independencia y con todas las necesidades de administrar esta independencia y con el doblete de que, por un lado, es un pueblo independiente o quiere serlo y en parte lo está logrando respecto del yugo previo —español— y, por otro lado, es un pueblo dividido en clases en donde unas clases dominan a las otras y lo hacen incluso de manera más atroz que cuando estaban dominadas por España, etcétera. Esto en referencia a México. Pero la situación del México revelada por Santa Anna, la esencia de esta situación, también consiste en su posición geopolítica y, entonces, en la correlación con Estados Unidos, continente de otras fuerzas productivas, con otras relaciones de producción y con otras posibilidades de dominar el territorio, etcétera. Esto queda muy claramente develado en Santa Anna.

La segunda tesis dice que Santa Anna revela a la vez que oculta a la historia de México porque transfigura y deforma a esa época, misma que Santa Anna expresa en su esencia. De ahí que las críticas de Marx y Engels aparezcan como aparentemente injustificadas pero en realidad encuentran su apoyo o razón de ser precisamente en la figura de Santa Anna, especialmente en la figura o aspecto que Santa Anna le dio a los acontecimientos en los que interviniera. Por ello, si se sustrae a Santa Anna de la escena, primero, no se reconoce la esencia de la época en su totalidad, y menos aún, en segundo lugar, se reconoce el aspecto o apariencia que Santa Anna le dio a esa época al determinar como sujeto activo la modalidad concreta del curso y desenlace final de los acontecimientos.

2. Acerca del segundo aspecto que lleva a destacar el papel de Santa Anna —B. “Porque transfigura la historia, somete a la historiografía y la cultura histórica mexicanas”—, la tercera tesis dice: porque Santa Anna es el índice de qué tan encubierta está la historia de México de 1847 tanto por mexicanos como por norteamericanos, y la cuarta tesis dice: porque se muestran ejemplarmente los motivos o causas de los historiadores para encubrir los hechos. Motivos tales como 1) la defensa de México respecto de Estados Unidos; 2) el ataque a Estados Unidos como potencia hostil, expansionista, etcétera; 3) por tanto, por no atacar al mexicano principal, es decir, al presidente; 4) por defender a México, al ejército y al presidente en situaciones de emergencia —recordemos que éste es el programa historiográfico de José C. Valadés<sup>1</sup> al escribir sus obras de historia sobre los sucesos en los que participó Santa Anna: la guerra de Texas (1837) y la invasión de Estados Unidos a México (1847).

<sup>1</sup> Cfr. Jorge Veraza, *Perfil del traidor...*, parte I, apartado C, capítulo XII, “La reivindicación sistemática de Santa Anna por la historia militar absoluta de José C. Valadés”.



En efecto, la quinta tesis dice así: Santa Anna concentra en sí el método cultural y psicosocial para ser aceptado en México, pues concentra en sí la capacidad para a) la producción de mitos, b) a través de la producción de héroes desesperados y c) a través de la producción de condiciones forzadas de escasez artificial. Todo ello lo pudo hacer dada su peculiar psicología personal sadomasoquista. A ésta se debe en efecto esa capacidad suya de producir héroes desesperados a través de producir condiciones forzadas, es decir, su capacidad para forzar prácticamente las condiciones para que en ellas obligadamente deban surgir héroes desesperados y, también, en cuarto lugar, d) porque Santa Anna concentra en sí la capacidad para producir una conciencia y una sensibilidad sociales necesariamente sadomasoquistas para aceptar los mitos y necesitarlos, especialmente los mitos al modo de héroes desesperados. Por tanto, Santa Anna, que es un individuo que surge y se posibilita en condiciones de escasez, las cuales requieren de actos caudillistas y heroicos para ser sobrellevadas y superadas socialmente, a su vez, manipula estas condiciones para reconvertir en beneficio personal privado el acto heroico.<sup>2</sup> Según ello obtiene dinero, crédito, prestigio y gloria.

Abundo en la última afirmación. Santa Anna al aplicar su método cultural y psicosocial a nivel económico obtiene dinero; al aplicarlo a nivel social obtiene crédito de las gentes; al aplicarlo a nivel político obtiene prestigio; al aplicarlo a nivel cultural obtiene gloria. Así pues, avasalla al conjunto de las esferas mexicanas de afirmación de vida.

Por ende, Santa Anna actuando de este modo metódico genera al héroe desesperado y lo reproduce en una amplia escala; es decir, Santa Anna no produce al héroe sin más (algo verdaderamente necesario en las condiciones de escasez mexicana), sino que fuerza las condiciones mexicanas de escasez y produce así al héroe desesperado; notoriamente en las batallas en donde hay poco parque, soldados mal formados, etcétera; una escasez peculiar mexicana. Pero esta escasez con la que los mexicanos pudieron haber enfrentado a los yanquis e incluso triunfar sobre ellos, Santa Anna la fuerza para producir una escasez mayor; de suerte que en el interior de estas condiciones forzadas surgen desesperados actos heroicos por parte de esos mexicanos. Él fuerza las condiciones para que surja el héroe desesperado y, así, produce la sensibilidad en los mexicanos que ven el espectáculo. Produce la necesidad de que los actos heroicos que se requieren para salir de las situaciones difíciles sean actos heroicos desesperados, porque la acción de Santa Anna genera una confusión entre la escasez existente y la escasez forzada artificialmente. Santa Anna fuerza las condiciones de escasez que necesitan héroes y produce al héroe desesperado, pues solo de la explotación de este héroe, Santa Anna obtiene una ganancia privada para sí. Fuerza las condiciones y explota al héroe, a todo individuo —se explota él mismo

<sup>2</sup> Antes de que la televisión instaure la telenovela, y aun la telenovela histórica (a lo Enrique Krauze) en beneficio propio..



como individuo— hasta que reconvierte al héroe en un individuo productivo históricamente hablando en un sentido explotador; como productor a la vez de gloria y espejismo, de despropósito y relativa eficacia. Por todo ello, Santa Anna concentra en sí un método cultural propio de las condiciones de escasez, transmutándolo hasta constituirlo en método cultural de eternización de la escasez (mexicana) so pretexto de superarla. Es allí donde coge al historiador pues éste queda preso en la “significación cultural Santa Anna”, como le ocurrió muy evidentemente a José C. Valadés, pero a otros también. Y ahora el historiador se encarga de reproducir el mito del héroe desesperado, un exceso que se considera lo más necesario para México.<sup>3</sup> No algo excesivo, superabundante y artificial, sino algo necesario para las condiciones mexicanas; algo necesario tanto en la época de Santa Anna como en la actual, en donde lo es cada vez más.

Así, Santa Anna se nos revela como un peculiar tipo de sujeto; no como un mero “hombre colonial” en general —como dice Gastón García Cantú—; sino como un peculiar tipo de sujeto cuyas determinaciones objetivas lo muestran con un doble valor de uso. Un valor de uso estatal y periférico. Por ser un valor de uso estatal es un valor de uso sometiente; por ser un valor de uso periférico es un valor de uso sometido. Su designio personal fue “liberarse”, de un modo curioso, de ese sometimiento: eligió someterse para someter y así ser soberano; elige someterse a Estados Unidos para así someter al pueblo mexicano bajo un designio mejor que el que ve en conservadores y en liberales, etcétera. Por ello, pasamos al tercer aspecto (C.) que nos ha llevado a exaltar el papel de Santa Anna en los acontecimientos:

3. Porque somete a la conciencia histórica y política. En efecto, porque de tal suerte se convierte en un grillete que impide superar no solo en términos teóricos sino también político-prácticos las condiciones históricas que lo hicieron surgir. En particular, la condición de sometimiento imperialista vivida por México bajo el expansionismo estadounidense desde 1835 a la fecha.

Nuestra séptima tesis afirma que es necesario aclarar su figura porque ello simultáneamente devela cuáles son los obstáculos teóricos y políticos para la liberación, es decir, para actuar de otro modo frente al sometimiento geopolítico de Estados Unidos sobre México. Por eso es importante observar en detalle cómo actuó Santa Anna.

En efecto, el nacionalismo mexicano está perdido si por defender a México defiende a Santa Anna so pretexto de que es mexicano, soldado, general en jefe y presidente de la república (idea explícita de José C. Valadés). Y asimismo está perdido el nacionalismo mexicano si no considera la actuación de un sujeto tan relevante en los acontecimientos de 1846-48 —el caso de Santa Anna— precisamente en cuanto a sujeto determinante de los sucesos, sino que de un modo u otro, por este motivo o aquél, lo disuelve en las condiciones objetivas generales, esto es, lo

<sup>3</sup> Lo mismo hacen en su telenovela histórica Enrique Krauze y sus apologetas.



capta como objeto. Por ejemplo, se dice: “pues es que México estaba muy débil”, por eso perdió; “es que hubo una gran desorganización en el ejército”, por eso perdimos. Es decir, que por uno u otro camino, al disolverse en las condiciones generales como un objeto no se le reconoce como el sujeto que determinó los acontecimientos. Las condiciones objetivas quedan marcadas por la impronta de Santa Anna pero sin su nombre y como desligadas de él, es decir, como desesperadas, equívocas e imposibles de por sí, y pasan a ser defendidas así como aparecen, por ser mexicanas, no por ser obra de Santa Anna. Las obras santánicas son tomadas sin más, como mexicanas.

De tal suerte, ni se reconoce al sujeto histórico específico —Santa Anna— ni se observan las condiciones objetivas en su especificidad, sino que éstas quedan deformadas por la marca del sujeto histórico disuelto en ellas y luego separado de ellas para borrar todo rastro. Así, se las eterniza en tanto condiciones opresivas enajenadas que succionan todo esfuerzo humano por superarlas hasta hundir a todos los individuos que lo intentan. Véase, por ejemplo, a Nicolás Bravo o los héroes de Padierna: y cómo es que intentando superar las condiciones que va produciendo Santa Anna se ven succionados por estas condiciones artificiales de escasez. En su heroísmo desesperado ven al enemigo triunfar sobre ellos, se glorifican a sí mismos en el espectáculo de hundirse, pero en un escenario que preparó Santa Anna.

La salida estratégica, teórica y política ante esta telaraña la mostró el diputado Ramón Gamboa en la conclusión de la acusación a Santa Anna. En general, consiste en diferenciar radicalmente al pueblo de México respecto de Santa Anna. Ramón Gamboa dice:

Me anima, pues, el íntimo convencimiento que tengo de que México si dobló su cerviz al yugo y si puso sus manos y pies para recibir las cadenas del americano, esto no fué debido, como dice el general Santa Anna, á la infamia y cobardía de nuestro Ejército y á la ruindad y vileza del pueblo mexicano, sino á S.E. mismo [es decir a Santa Anna], que estaba puesto á la cabeza y que gobernó toda la defensa.<sup>4</sup>

El nacionalismo mexicano, cautivado por la figura santánica, está preso de la propiedad privada y del capital, así como del imperialismo, no obstante que se presenta de entrada como antiimperialista —del mismo modo que Santa Anna lo aparentó— y estatalista, a favor del Estado en general y nada privatizado; menos aún capitalista, sino semicolonial; a veces el nacionalismo mexicano incluso se presenta parcialmente como antisantanista. La necesidad de diferenciar radicalmente a Santa Anna respecto del pueblo mexicano en vista de forjar una noción de

<sup>4</sup> Cfr. Ramón Gamboa, “Impugnación al informe del Excmo. Sr. D. General Antonio López de Santa Anna y constancias en que se apoyan las ampliaciones de la acusación del Sr. Diputado D. Ramón Gamboa” (15 de julio de 1849), en Antonio López de Santa Anna, *La guerra de Texas*, p. 335. En el mismo sentido habla Carlos María de Bustamante en su *El nuevo Bernal Díaz del Castillo*. Al respecto véase el capítulo 7 de la primera parte del presente libro.



nacionalismo revolucionario mexicano deriva de la compenetración entre Santa Anna y México; es decir, del hecho de que Santa Anna expresa realmente las condiciones de existencia de México en tanto sometido por Estados Unidos, pero las expresa en su peor aspecto y de un modo peculiar, artificial, transfigurándolas hasta sesgarlas prácticamente.

4. Ahora abordemos las tesis correspondientes a argumentar el cuarto aspecto por el cual nos hemos ocupado preponderantemente de Santa Anna. Decimos: D. “Santa Anna se ofrece como un valor de uso cultural que opera un cierre en la historia de México.”

La octava tesis dice: porque el mito Santa Anna es el índice del sometimiento de toda la historiografía a las condiciones geopolíticas que determinan el sometimiento de México a Estados Unidos. O sea, por el hecho de que la historiografía mexicana se somete al mito Santa Anna, en realidad ella misma se somete, y más radicalmente, a las condiciones geopolíticas que determinaron el sometimiento de México a Estados Unidos. Cabe abundar que estas condiciones de por sí tienden al sometimiento de México a Estados Unidos —como las describieran Marx y Engels en 1848—, aunque no hubiera existido Santa Anna para volverlas destino. Cabe abundar.

Tenemos presente a Santa Anna como mito múltiple, pero todas sus múltiples cabezas o versiones son concordantes: Santa Anna como vendepatrias, aunque si presuponemos que la patria estaba predeterminada a ser vendida, reconoceremos que no se la podía haber defendido. Santa Anna como caudillo y como caudillo desesperado: Santa Anna como defensor de la Nación. Santa Anna como incógnita histórica. ¿Cómo es posible que el pueblo de México lo haya exigido 11 veces como presidente, y lo haya puesto en la silla presidencial, no obstante que lo repudiaba cada vez más? El “mito Santa Anna” incluye esta incógnita que forma parte del secreto del corazón mexicano.

Mientras no se resuelva el problema de Santa Anna y éste permanezca como mito, esto será el índice de qué tan sometida se encuentra la historiografía mexicana. En primer lugar, sometida al “mito Santa Anna”. Y sin resolver cómo las condiciones históricas objetivas prepararon los acontecimientos ni cuál fue el papel que tuvieron las intervenciones de los sujetos en esas condiciones objetivas generales y geopolíticas. El “mito Santa Anna” no deja ver el papel de los sujetos realmente ni el papel que jugaron las condiciones objetivas, sino que establece una mixtura, una mezcolanza entre ambos, en donde todo se desespecifica.

En efecto, el sometimiento de México a Estados Unidos depende de las condiciones geopolíticas objetivas y no es un sometimiento intrascendible, pero una vez que le añadimos el “mito Santa Anna” para “explicar” o dar cuenta o por lo menos narrarlo, ese sometimiento geopolítico se vuelve intrascendible.

Nuestra novena tesis dice: porque Santa Anna es el valor de uso cultural preciso que marca a la historiografía mexicana en general como valor de uso cultural sometido realmente al capital. Santa Anna —en tanto valor de uso cultural también forja-





do o completado por la historiografía mexicana— es el síntoma del sometimiento real del consumo<sup>5</sup> (en este caso, del consumo de mensajes) bajo el capital operando sobre la conciencia histórica del pueblo mexicano en su preciso enfrentamiento con Estados Unidos. Este valor de uso sometido al capital se ha conformado a lo largo de más de 150 años, desde 1847 (o 1835) a la fecha (1999), en que México se ha mantenido sometido como un todo a Estados Unidos de varias formas, además de sufrir el despojo de la mitad de su territorio. Éste ha sido también el período durante el cual ha tenido vigencia la nación mexicana; antes no la hubo, y a partir de 1994, con Zedillo a la cabeza, se abre de modo palpable el horizonte de la posible abolición de la soberanía de la nación mexicana y, por tanto, de la disolución de esta nación en cuanto tal.

Este valor de uso sometido al capital funciona para reproducir al capital nacional en condiciones de sometimiento al capital de Estados Unidos y, por allí, para reproducir el sometimiento de los mexicanos al capitalismo de los Estados Unidos y al capitalismo mexicano sometido al de Estados Unidos. Funciona, pues, como valor de uso sometido al capital que promueve el presidencialismo ocultando sus lacras, y promueve al militarismo ocultando —so pretexto de patriotismo— sus determinaciones opresivas contra México hasta cuando se dirige contra el enemigo extranjero. Se trata de un valor de uso capitalista, en fin, que promueve un nacionalismo sometido.

La clave del nacionalismo mexicano sometido —tanto en su dimensión explícita aparente como en su dimensión oculta— es justamente la figura de Santa Anna. Las actitudes que se promueven identificando a Santa Anna con México, es decir, con las condiciones históricas generales que lo hicieron surgir, son a) heroísmo desesperado; b) la defensa reaccionaria, burocrática y ofidiosa de valores corruptos; c) cobardía e impotencia ante la adversidad —adversidad en parte forjada por los coterreños, es decir por los Santa Annas; d) la depresión, el conformismo y la corrupción. Pero todo ello en fin, aparece justificado por a) el heroísmo desesperado y de golpe de escena, heroísmo fatalista.

Lo peor en Santa Anna, incluso un paso más allá de la constatación documental —si ésta fuera posible en definitiva— de su probada connivencia con el ejército de Estados Unidos en la invasión a México, un paso más allá incluso de esta connivencia, digo, estriba en la incertidumbre ética de su persona y sus actos: ¿actúa así por malvado o por torpe<sup>6</sup>, por ambicioso o por patriota, por inexperiencia o porque el objeto —es decir, el país— es imposible y el enemigo formidable? ¿Es, en fin, por la

<sup>5</sup> Para mayor abundamiento del concepto de subsunción real del consumo bajo el capital *cfr.* mi “Génesis y estructura del concepto de subordinación real del consumo bajo el capital” y *Praxis y dialéctica de la naturaleza en la posmodernidad*.

<sup>6</sup> Recuérdese que Leopoldo Zamora Plowes representa clásicamente esta postura dualizada respecto de Santa Anna (*cfr.* más arriba, en capítulo 2).



cobardía del pueblo y del ejército, por la ineficacia de los generales a su mando, por envidia o por traición? Siendo una incertidumbre viva Santa Anna genera la depresión y el conformismo porque sugiere absolutamente intrascendibles —por no sé qué misterio— la opresión y la adversidad. Por eso no puede sino incrementar la dependencia y la actitud dependiente.<sup>7</sup>

Pues bien, Santa Anna es un objeto-que-produce-incertidumbre. En fin, lo peor de Santa Anna en tanto se disuelve como sujeto histórico preciso en las condiciones histórico-generales; el efecto mayormente maléfico de Santa Anna no estriba tanto en que no se reconozca su papel de sujeto histórico preciso o no se lo denuncie o no se lo ataque, sino en que sus actos luego no se reconozcan como de él sino más bien se los refiera como características histórico-objetivas del país en aquel momento o en el presente. Este disolver los actos de Santa Anna en las condiciones objetivas y así desespecificar su papel como sujeto y, también, por tanto, las condiciones objetivas que realmente existían, ocurre precisamente bajo el aspecto de ser Santa Anna una incertidumbre viviente. Pues así no se sabe cuál fue su función histórica. “En realidad —se dice— Santa Anna no fue tan importante; el país estaba destinado a lo que ocurrió.” Este sujeto queda puesto como mero epifenómeno y como adorno del cuadro general; el cual, con él o sin él, parece estar sellado fatalmente para llegar a ser lo que fue. Y por ser ese cuadro general del país México debemos defenderlo [...] desesperadamente pero sin zafarnos de Santa Anna, quien parece ser indiferente al caso. La producción santánica de incertidumbre reproduce la necesidad de dependencia psicosocial al caudillo sometiente, sea éste Santa Anna u otro; pues Santa Anna le hace así el favor al caudillismo sometiente.

Por otro lado, la denuncia de la connivencia de Santa Anna con Estados Unidos lo muestra deleznable pero en rasgos precisos y limitados, de modo que Santa Anna pierde eficacia absoluta y pasa a ser relativizado. Así pues, cuanto más importancia le demos a la figura de Santa Anna mejor podemos relativizarlo, mientras que si no le damos importancia queda disuelto en los acontecimientos históricos y así queda absolutizada su eficacia justamente cuando su actuación se presenta como incertidumbre viviente (“él, parece que era bueno pero no las condiciones en las que actuó; entonces, ¿qué hacer?”). Pierde eficacia absoluta porque se lo relativiza al precisarlo como sujeto histórico y diferenciarlo de las condiciones generales.<sup>8</sup> Éstas se liberan de su presunta intrascendibilidad y opresividad fatal; además, se puede diferenciar entre los caudillos auténticos y los falsos.

<sup>7</sup> Respecto de incrementar la dependencia y la actitud dependiente, recuérdese la estrecha relación que los más diversos estudios de psicología social señalan entre dependencia e incertidumbre: los individuos se comportan de manera dependiente respecto de otros cada vez que viven incertidumbre respecto de la realidad.

<sup>8</sup> Valga lo anterior para incidir en la cuestión de la relación entre la historia y el papel de los individuos en ella.



Probar la connivencia de Santa Anna con Estados Unidos es un camino para determinar su específica subjetividad histórica. Cualquier otro camino sería válido también si logra especificar su actuación y no olvida cada vez el papel que tuvo en los acontecimientos. El vicio que ha ido cargando cada vez más la historiografía mexicana —desafortunadamente aún más cuando son autores que creen en su papel como historiadores— es hablar de condiciones objetivas de desarrollo histórico poniendo en segundo lugar o cegando el papel de los sujetos en el desarrollo histórico. Lo que importa es, por un lado, a) liberar las condiciones objetivas de su opresividad e intrascendibilidad fatales (propiciadas éstas por quedar sobredeterminadas por la figura de Santa Anna), y, por otro lado, b) liberar a la subjetividad histórica concreta mexicana de las características de mero adorno, equivocidad e incertidumbre viviente que retiene a partir de codificarse en Santa Anna e identificarse necesariamente con él, mal que le pese, a través del procedimiento de defender su figura o bien de disolverla en la objetividad histórica o, en tercer lugar, atacándola de entrada pero defendiéndola ya disuelta en la objetividad histórica.

La defensa a ultranza de la figura de Santa Anna la tenemos que identificar con José C. Valadés y Enrique Krauze. El disolver a Santa Anna en la objetividad histórica, no darle importancia ni para defenderlo o no, esto es, a veces defendiéndolo y a veces no, la tenemos en distintos historiadores mexicanos y por varios caminos desde Justo Sierra hasta Gastón García Cantú, Gilberto López y Rivas, y aun Mario Gill.

Pues bien, los sujetos podemos transformar la realidad libertariamente y la objetividad no es fatalmente opresiva; la historia está abierta, aunque condicionada. No es que esté ganada la lucha, nada más que no está decidida en contra nuestra. Mientras que —y ésta es la décima tesis— la figura de Santa Anna, tal y como la historiografía la trata, opera un cierre en la historia. Es así que funciona plenamente Santa Anna como valor de uso cultural sometido al capital, como síntoma de la subordinación real del consumo bajo el capital y como su agente. El mismo Santa Anna tuvo la pasión desesperada de dominar a la historia, su “único juez”, según él decía. (En México eso significa cohecho, pues si es mi único juez, hay que darle un dinero para que no vaya a juzgarme duramente). Y si tuvo la pasión desesperada de dominar a la historia, fue con el objeto de utilizarla para su servicio privado. Pues bien, esta privatización de la historia la vuelve valor de uso sometido al capital, pero solamente es una privatización ideológica y psicosocial la que tenemos operada por Santa Anna y por la historiografía. Por Santa Anna intencionalmente y por la historiografía, en el mayor número de casos, inintencionalmente.

Pero es una privatización de la historia, digo, ideológica y psicosocial solamente; por ello no es casual que la privatización de la historia de México realmente operada a través de la privatización neoliberal del patrimonio nacional, del petróleo, de las telecomunicaciones y los transportes, de los puertos y vías férreas, etcétera, a lo de la Madrid, a lo Salinas y conclusivamente a lo Zedillo, sí, que la privatización del territorio nacional coincida con la extranjerización del mismo, es decir,



con la enajenación al extranjero. Y tampoco es casual que sean funcionales una con la otra la privatización ideológica y psicosocial de la historia de México en Santa Anna y la privatización práctica enajenada a Estados Unidos. Hoy, Televisa y Televisión Azteca expresan industrial-maquínísticamente esta relación funcional entre ambas privatizaciones.

Es tiempo de romper este vínculo secreto y abrir la historia, pues la única historia posible para México, en tanto Nación, no es la que diseñan sus presidentes, menos aún si estos son de la calidad de Santa Anna, Salinas o Zedillo, entre otros. Por lo demás, no es casual que con la historia que ha tenido México, este país sea uno de los principales productores de telenovelas, y que el sentido común mexicano se haya conformado o troquelado en acuerdo a la sensibilidad que las telenovelas expresan modélicamente.

5. Abordaré ahora el quinto aspecto de por qué ocuparse acuciosamente de Santa Anna. Es decir, el que sea: E. “una mediación privilegiada del desencuentro de Marx con México y de México consigo mismo”, pero también de reencuentro con Marx y de México consigo mismo. La crítica geopolítica de las relaciones México-Estados Unidos realizada por Marx entre 1847 y 1862, etcétera, se complementa con la crítica particular de la figura de Santa Anna intentada por nosotros.

Nuestra onceava tesis dice que lo anterior es así porque esta crítica particular de la figura de Santa Anna da cuenta de a) lo atinado de la intervención de Marx, y b) de los motivos por los cuales no se entiende ni se asume la pertinencia de la crítica de Marx toda vez que la conciencia historiográfica y nacional mexicanas se encuentran presas de la figura de Santa Anna; esta figura es la bisagra que permite explicar los despropósitos de la historiografía mexicana —y, en general, de la conciencia nacional— sobre 1847 así como permite explicar los aciertos de Marx al criticar los sucesos nacionales (aciertos a favor de México). Pues una vez criticados, los despropósitos historiográficos se convierten en aciertos. La crítica radical es inaceptable para la conciencia nacional mientras una figura acrílica y sometiente como la de Santa Anna domine a esta conciencia histórica e historiográfica. Santa Anna es el lugar del desencuentro entre la crítica radical y la conciencia nacional mexicana —necesitada de libertad y de crítica radical—. La crítica a Santa Anna es la vía de encuentro entre Marx y México y del desarrollo de la conciencia nacional, la proletaria en particular.

Nuestra doceava tesis dice así: mientras la conciencia histórica disuelve la actuación y la responsabilidad histórica de Santa Anna en las condiciones objetivas generales del México de su época para así justificarlo, el sentimiento de libertad y la necesidad de libertad de las masas y del historiador se insubordinan ante el cierre histórico así operado. Por un lado, la conciencia histórica disuelve a Santa Anna en los acontecimientos, pero con ello, como ya vimos, se opera un cierre histórico; por otro lado, el sentimiento nacional intenta zafarse de este cierre, se subleva, y su



salida es el patriotismo, es decir, la afirmación de sí, contra esta denegación flagrante que es Santa Anna —por ejemplo— y que es el cierre fatalista de la historia de México. Pero el patriotismo surgido de este sentimiento de libertad y de necesidad, que quiera ser crítico y rebelde, pasa a ser retorcido e impotente mientras no se articule con la crítica marxista.

Pero precisamente esta articulación es la que se le niega, porque la actitud de rebeldía contra el cierre histórico no solo no reconoce a Santa Anna como responsable de los hechos y de la apariencia y figura precisas que tuvieron y que propiciaron la crítica de Marx a México según se ofreció —es decir, porque los hechos se presentaron en ese momento como los forjó Santa Anna, por eso es que Marx critica los hechos mexicanos como los criticó—, pero no se reconoce comúnmente que fue Santa Anna el forjador preciso de esos hechos, el que les puso los puntos a las íes, pues. Sino que además la actitud de rebeldía contra el cierre histórico, la cual se insubordina ante presuntas condiciones absolutamente intrascendibles —según quedan entintadas por estar Santa Anna disuelto en ellas—, cae en el error de serle también inaceptables las condiciones objetivas generales en su esencia geopolítica según prevalecían en la época de Santa Anna y de Marx y que éste develara críticamente. En otros términos, el sentimiento nacional se insubordina ante condiciones absolutamente intrascendibles como fueron las que forjó Santa Anna, pero pretende insubordinarse ante condiciones objetivas desde una posición presa de un voluntarismo absoluto. Toma las condiciones objetivas como si fueran condiciones absolutamente intrascendibles y sigue el método para insubordinarse ante lo intrascendible: el heroísmo desesperado, el falseamiento de uno mismo, etcétera. Y absolutamente intrascendibles son las condiciones objetivas en tanto ya forjadas y marcadas por la impronta de Santa Anna.

Este sentimiento nacionalista no aceptará el que se develen las condiciones objetivas, el que se las critique —camino para que la rebeldía tenga éxito—, porque si se critican las condiciones objetivas, si se las devela, se explica mi sometimiento, pero yo creo que, más bien, se lo justifica y es precisamente contra este sometimiento que quiero sublevarme, así que paso a sublevarme también contra todo intento de explicación objetiva.

Ocurre que en mi fuero interno —en tanto que las situaciones objetivas están determinadas por Santa Anna pero yo no veo esta determinación sino que la creo propia de las condiciones objetivas— intuyo que justamente es la objetividad la que determina mi hundimiento, así como la que genera mi conciencia y sentimientos, nacionalistas sí pero de un heroísmo desesperado. Registro solo lo de nacionalismo y heroísmo pero no lo desesperado de los mismos. No veo entonces cómo es que esa coerción y esos sentimientos son los que hacen que sean intrascendibles esas condiciones. Así que lo único con lo que yo creo poder vencer es no siguiendo ningún método objetivo sino con los riñones. Por ahí Marx resulta inaceptable no solo parcial sino integralmente. Pues el encono contra Santa Anna por parte del sentimiento nacionalista auténtico se trueca en rechazo contra Marx por ser quien critica



las condiciones objetivas en las que ocurrió la invasión estadounidense, cuando el nacionalismo mexicano queda integralmente encarcelado en su acriticismo al creer que la crítica a las condiciones objetivas es una crítica a México. Máxime porque la secreta influencia de Santa Anna en el investigador la expresa éste intentando rechazarla, deslindándose de todo lo que se la recuerde, cegándose a reconocerla.

La treceava tesis —y última— dice así: la actitud que no reconoce las condiciones generales que prevalecían en 1847 no solo no permite explicar porqué el territorio mexicano apropiado por Estados Unidos estaba relativamente encaminado a ello, no solo repudia a Marx sino que además no asume a Santa Anna como un traidor a la patria. Y por ello rechaza de nuevo a Marx, quien señaló que las condiciones objetivas tendían a ello. Pero, así, no se entiende cómo es que la actuación de Santa Anna ocurre en tanto expresión de determinadas condiciones geopolíticas y económicas clasistas que enmarcan objetivamente sus posibilidades de actuación. A lo más, se llega a aceptar que Santa Anna es un vendepatrias no porque sea expresión de las condiciones objetivas de esa época sino porque él es vendepatrias. Es decir, que para criticar a Santa Anna parece que la disyuntiva es no reconocer las condiciones objetivas de la época o bien que si se observan estas condiciones objetivas de la época entonces ya no resulta necesario criticar a Santa Anna. Éste queda disuelto en los acontecimientos.

Por aquí hemos arribado a la figura concreta, cotidiana y vulgar que presenta la conciencia nacional sobre Santa Anna y la anexión de México por Estados Unidos; así como sobre las afirmaciones de Marx y Engels relativas a México, si es que esta conciencia se enterara de ellas. La crítica así operada a Santa Anna por esta conciencia cautiva —por ejemplo, como vendepatrias— tanto como su crítica a la injusticia de Estados Unidos contra México y su crítica a la presuntamente injusta idea de Marx sobre México, pero sobre todo la crítica así operada a Santa Anna por esta conciencia nacional más o menos cotidiana y vulgar, normal, cierra toda posibilidad para realmente entender quién es Santa Anna, qué hizo, qué papel jugó en los acontecimientos; por tanto, esta crítica superficial vela por el acriticismo general y reprime la crítica radical de los sucesos, ataja el encuentro entre Marx y México, cuida porque los Santa Annas mexicanos sigan traicionando, vendiendo y explotando al país, por más que existan quienes los repudien.<sup>9</sup>

La pseudocrítica a Santa Anna, al imperialismo yanqui y a las afirmaciones de Marx sobre México son solidarias entre sí en cuanto a sacar adelante el desarrollo del imperialismo yanqui; redundan en ser realmente acrítica frente a Santa Anna y sus variantes, así como, finalmente, en no comprender lo justo y revolucionario de las afirmaciones de Marx sobre México ni el beneficio que nos reportaría el entenderlas, etcétera.

<sup>9</sup> *Cfr.* parte II, capítulo 1 del presente libro.



En síntesis, ofrecimos trece tesis en las que apuntalamos cómo es que Santa Anna opera un sometimiento o transfiguración en primer lugar de la historia real de México; en segundo lugar, de la historiografía y de la cultura histórica mexicanas; porque, en tercer lugar, al llevar a cabo este sometimiento de la historia y de la historiografía y la cultura histórica mexicanas, también somete a la conciencia histórica y política mexicanas; al llevar a cabo estos tres sometimientos Santa Anna se nos muestra, en cuarto lugar, como un factor que opera un cierre en la historia de México que puede funcionar como trastocamiento de la historiografía y como sometimiento de la conciencia histórica y política, y que, en quinto lugar, con base en estos cuatro sometimientos se constituye en la mediación privilegiada para el desencuentro de Marx con México y de México consigo mismo, pero también en la mediación privilegiada —si se le critica— para el encuentro de México consigo mismo y de Marx con México. Y entonces, como vía para desarrollar —por el camino contrario— un nacionalismo revolucionario auténtico.

Ahora podemos abundar en complejidades que vale la pena esclarecer.

## 2. ESCASEZ ARTIFICIALMENTE PRODUCIDA, HÉROES DESESPERADOS Y NACIONALISMO SOMETIDO

Santa Anna concentra el método psicosocial y cultural para ser aceptado en México —afirmamos en un capítulo precedente— debido a que Santa Anna fuerza la escasez<sup>10</sup> y, así, la incrementa y desde ese incremento suscita artificialmente necesidades desesperadas. Tal es su método, pero ¿por qué se le acepta? Porque suscita héroes realmente desesperados y los que aún no somos héroes los vemos actuar en un escenario, en unas condiciones objetivas que nos son comunes, y vemos que en ese escenario en donde existen héroes desesperados no solamente surgen los héroes desesperados sino que surge en nosotros la necesidad de que haya héroes desesperados, e, incluso, en alguna medida nosotros los ejemplificaremos o encarnaremos. Así que nos identificamos con ellos, además de ser nuestro objeto de necesidad, de deseo.

De aquí la pertinencia del método psicosocial y cultural para el caso de México. Porque, ciertamente, se trata de un pueblo sometido en términos capitalistas por el imperialismo. Y algunos de sus integrantes —aquí lo ejemplificaremos con Santa Anna— se ocupan de salvarse individualmente en el interior de este sometimiento. Lo que no está mal, pero el método que siguen para salvarse individualmente no es simplemente un método privado, sino que para salvarse privadamente utilizan o manipulan a las masas; hablan de que quieren liberar a las masas en su conjunto aunque más bien favorezcan a una clase opresora. Además, dicen reconocer los intereses colectivos de esta clase, a los cuales satisfacen y realizan solo en beneficio

<sup>10</sup> Sobre el concepto de escasez *cfr.* Jean Paul Sarte, “Rareza y modo de producción” en *Crítica de la razón dialéctica*, capítulo C.



de sus propios intereses personales; intereses que, por lo demás, coinciden con los de la clase opresora.

Con lo anterior damos cuenta de por qué desde el “mito Santa Anna” se opera un cierre en la historia. Porque las condiciones objetivas aparecen, después de darles su impronta Santa Anna, como condiciones intrascendibles. En efecto, el condicionamiento objetivo preciso deja de observarse, no se lo quiere reconocer porque duele. Ese condicionamiento se inclina hacia una posible derrota, pero tampoco se reconoce la intervención precisa del sujeto Santa Anna que además de garantizar la derrota la volvió vergonzosa.

No obstante, este sujeto intervino en las condiciones objetivas y las conformó —y así como él, otros—, y una vez que intervino Santa Anna, las condiciones no son de derrota posible sino cierta e intrascendible, así pues, queda cerrada la historia. Mientras no reveles que fue Santa Anna quien hizo que fueran intrascendibles las condiciones no sabes por qué eran intrascendibles pero lo que sí sabes es que son intrascendibles por algún misterio. Ya nada más te queda hacer aspavientos contra el imperialismo yanqui, te olvidas de todas las condiciones históricas. ¿Por qué nos sometieron? Porque son malvados, son imperialistas, se guían por la idea del “destino manifiesto”, son egoístas y el interés privado es lo único que los mueve. Son maléficos, corrompen y asesinan. En fin, inventas al diablo y crees en él, y tú también crees en el “destino manifiesto”. Te reduces a hacer aspavientos contra éste a favor del espíritu angelical del mexicano o del espíritu rebelde. Y hay quien se lo endosa incluso a Santa Anna cuando lo ve como héroe, así sea desesperado. Quedas en posesión de una actitud por demás dualista. Dices “¡perdimos!, pero véanse los ejemplos de heroísmo histórico que hubo”. Con eso te sacas la espina, y esto lo complementas muy bien con el hecho de que los gringos son desalmados pero nunca heroicos. A nosotros nos sometieron, pero los verdaderos héroes aquí están, esta sí es una tierra de héroes.

Afortunadamente Ho Chi Minh no era Santa Anna y pudo construir y dirigir a un pueblo nacionalista con características muy distintas y para lo cual también ayudó la distancia entre Vietnam y Estados Unidos. De México están cerca y poco les cuesta mandar ejércitos, etcétera. Aunque en aquella época Estados Unidos no tenía el pueblo ni el ejército que tuvo en la guerra contra Vietnam. Invadieron México cerca de cien mil hombres que podrían haber sido derrotados, pero no fueron derrotados; y es que no podían ser derrotados porque Santa Anna intervino. Pero si se lo saca de la escena, quién sabe por qué no podían ser derrotados. Magia. Magia histórica e incertidumbre. Una situación intrascendible. Un misterio.

Y en un misterio —aunque solo sea uno del tamaño de 1847 a 1848— queda metido todo Dios, el absoluto. El absoluto se apersona y entonces ocurre un cierre histórico. La historia no queda abierta. Ante eso la conciencia histórica se somete y el sentimiento nacional se subleva. O sea, ante esa intervención del absoluto en los





hechos y en la historia sucede una escisión de la persona: de un lado su conciencia y del otro sus sentimientos.

Esa escisión de la persona es lo que se precisa para que tú requieras héroes desesperados, para que tú aceptes mitos. Aunque rechaces el “mito Santa Anna”, aceptas el “mito Zedillo” o el “mito Fox”. La escisión de la persona se inicia con su represión sexual personal, y se completa en México con esta escisión psicosocial, entre la conciencia y los sentimientos, que grita por defender un falso caudillo del que se ha pregonado que “él sí sabe cómo hacerlo”.







## PARTE II

### EL CAUDILLO SANTA ANNA Y SUS VICISITUDES POLÍTICAS ACTUALES

#### PRESENTACIÓN

La política y el discurso político toman al sentido común como materia prima y como destinatario; pero asimismo deben incluir a los más variados saberes para su labor de gestión de la libertad y esclarecimiento de esa gestión; saberes artísticos, filosóficos y científicos. Si la política apunta a una transformación práctica eficaz requiere precisar en acuerdo a la verdad las realidades que modificará; por ende, apoyándose en saberes que trascienden al sentido común, así sea que lo retomen. Aún más, la propia labor política, dada su naturaleza práctico-transformadora, ilumina la realidad y genera descubrimientos determinados que alimentan el bagaje científico y filosófico. Partiendo de la exploración crítica de la historiografía tenemos un significado de Santa Anna que elabora el sentido común imbricado con el sentido que produce la ciencia histórica y no solo captamos nuevos modos de fetichizar ese significado sino también nuevos aportes para desmitificarlo.

Después de discutir perspectivas políticas actuales que se pronuncian a favor o en contra de Santa Anna de diverso modo (capítulos 2 a 5), girando todas ellas en torno al fetichismo del Estado, a veces en el intento por desgarrar su red sometiente de la conciencia, deberemos especificar los conceptos de pueblo, nacionalidad y patriotismo, que son sustratos tanto de la manipulación santánica como de un programa nacionalista revolucionario contra ésta y su concreción en el siglo xx, el prisma (capítulo 6). En el capítulo con el que comienza esta parte se analiza el estilo de liderazgo de Santa Anna, un estilo que se permite cierta eficacia ante el sentido común, ante la historiografía y en el discurso de los políticos contemporáneos que lo toman como modelo. Tener presente ese modelo también permite, cuando se intenta criticarlo, saber si esta crítica avanza o si sigue en pie el obstáculo —o partes del mismo— que se lo impide.





## CAPÍTULO 1

### ESTILO DE LIDERAZGO DE SANTA ANNA

1. ¿Qué fue lo que hizo que Santa Anna fuera tan influyente en su época? Esta es nuestra primera indagación. Esfuerzo, autonomía, consistencia, rigidez y equidad son las cinco figuras principales del estilo de comportamiento que busca influir en otros, sean individuos o masas.<sup>1</sup>

En primer lugar, Santa Anna se ofrece descollante y sin lugar a dudas como un individuo esforzado. Su esfuerzo patriótico, militar y político hace que se inclinen por él múltiples opiniones.

En segundo lugar, su postura es de autonomía y originalidad, pero, a la vez —y he aquí su originalidad— de oportunismo: sometido a cualquier opinión que le sirva. Es decir, se trata de una autonomía oportunista, por tanto, semidependiente, semisometida; una pseudoautonomía.

En tercer lugar, su comportamiento también es pseudoconsistente. Pues de consistente solo ofrece la reiteración de la actitud, tanto esforzada como pseudoautónoma, externamente diversa en general y aun contradictoria, pero en su núcleo central rígidamente la misma, a saber: a favor de la gloria y el poder para Santa Anna, no importa cómo ni por qué medio. Ahora bien, debido a esta volubilidad, su postura parece flexible en su conjunto (el muy “zorro”).<sup>2</sup>

En cuarto lugar, por eso puedo decir que aparentemente el comportamiento de Santa Anna en nada es rígido y, por tanto, no provoca rechazo flagrante. Porque el otro, aquél que sufre el comportamiento de Santa Anna, no lo percibe como una coerción violenta e insoportable. Santa Anna es flexible pero socarrón.

Finalmente —en quinto lugar—, porque su oportunismo y pseudoconsistencia asumen la postura del otro para servirse de ella, su comportamiento es pseudoequitativo. En realidad, es lo contrario a lo equitativo, lo consistente, lo autónomo. Solo es realmente esforzado y correlativamente voluble. Pues la volubilidad requiere

<sup>1</sup> Véase al respecto: Sergei Moscovici, *Psicología de las minorías activas*, capítulo sexto. Fernando Díaz y Díaz en el epílogo de su *Caudillos y caciques* observa a Santa Anna y a Juan Álvarez a la luz de los conceptos de la tipología ideal weberiana, y tiene éxito al enfocar los comportamientos de ambos relacionándolos con el “carisma”, “el oportunismo político”, la “mentalidad” y la “clientela” con la que cada uno interactuaba. De tal manera, describe y compara sus comportamientos clasificándolos según aquellos conceptos. Mi intención en este capítulo apunta a conceptualizar o encontrar la clave del comportamiento de Santa Anna y de su clientela y época respecto de él.

<sup>2</sup> Como lo caracteriza José Fuentes Mares, *op. cit.*



necesariamente de pasar, inquieto, de una postura y emoción a otras. Sí, ser voluble requiere esas cosas.

Por todo ello, Santa Anna pudo ser profunda y extensamente influyente en su época. Por ser esforzado, por ser pseudoconsistente, por ser pseudoautónomo, por ser aparentemente flexible y por ser pseudoequitativo. ¿Pero cómo? Ésta es nuestra segunda indagación.

2. A través de su esfuerzo compra la opinión del otro. Ante el esfuerzo te inclinas a reconocerle. Toma el ejército y se va a 3 mil kilómetros de distancia a pelear contra los texanos, etcétera. Es un tipo esforzado. A través de su esfuerzo compra la opinión del otro, y a través de su pseudoautonomía, pseudoconsistencia y pseudoequidad engancha al otro y lo somete. Te vuelve dependiente y él se vuelve necesario. En síntesis, un auténtico esfuerzo por aparentar.

Santa Anna se esfuerza en el pseudo. Eso es lo suyo, un auténtico esfuerzo por aparentar. Ése es su afán. En torno a este aparentar hay en Santa Anna mucho de búsqueda de gloria. Ése es su afán. En lugar de reciprocidad y libertad funda dependencia aunque él dice que quiere fundar la libertad y conducir al pueblo de México hacia lo mejor. Santa Anna despliega su esfuerzo aparente para brillar y deslumbrar e inclinar a su favor las opiniones. Si no tenemos una realidad mejor en México por lo menos hay que aparentar que la tenemos; si yo no soy mejor por lo menos aparento que lo soy, para que yo mismo lo crea y no solo los otros. Comienzo porque los otros lo crean, me glorifiquen y así, yo mismo me lo creo.

En condiciones de escasez, miseria y sometimiento puede surgir tal actividad como una salida directa: para labrar con menos esfuerzo la superación se toma un camino directo: el del mero aparentar. No hay que producir, no hay que elaborar nada, no hay que labrar nada; pero como las condiciones de opresión siguen, también esto requiere algún esfuerzo y es el que despliega Santa Anna. No se ocupa de sacar laboriosamente al país de su estado de miseria sino que toma el camino directo de fingir con el adorno que ya todo parece como si no fuera miserable. Con que yo aparente valentía ya soy valiente; no tengo que hacerme a la disciplina del valiente, no tengo que hacer ejercicio y templarme, etcétera.

Quién sabe, quizá así logro ser valiente, pues ahora que se me glorifica estoy fuerte, así que puedo ser valiente. Santa Anna sustituye el trabajo y esfuerzo requeridos para ser valiente con el esfuerzo por aparentar. Santa Anna toma el camino directo, no mediado, no esforzado, de superación de la escasez; camino aparente y especulativo, privado. Santa Anna no acomete la verdadera superación de la escasez, que por objetiva es exterior, mediada y de validez social general y que por tanto exige un esfuerzo correspondientemente general cooperativo, social, no aparente sino real y objetivo.

Ahora bien, la apariencia requiere ser constantemente reproducida en condiciones de escasez, porque las condiciones esenciales de escasez no se disuelven. Así que este querer aparentar te va a implicar un esfuerzo tan grande como el que



requerirías para superar realmente la situación. Pero, lástima, es un esfuerzo que no la supera. Además, aparentemente es un esfuerzo dedicado a la apariencia. Santa Anna se esfuerza por el pseudo.

Pero a través de provocar dependencia con su actitud y comportamiento no solo logra influencia —ya vimos que éste es su primer movimiento—. Logra influencia a través del esfuerzo y luego a través de pseudoautonomía, pseudoconsistencia, pseudoequidad, etcétera; pero en haciéndolo somete al otro. Lo influye, y a través de volverlo dependiente —no solamente por influir en él— logra poder; no solo influencia sino poder. Eso sí, luego utiliza la dependencia material y política de las partes para influir en ellas y utiliza el poder para hacerlas depender más férreamente. Santa Anna establece un círculo vicioso entre la influencia, la dependencia y el poder material a partir de desplegar una apariencia basada en el esfuerzo por aparentar, y, por tanto, en el encubrimiento para someter al otro.

Libertad como apariencia, apariencia de libertad, pseudoliberalismo; como el de Santa Anna, acorde con el pseudocapitalismo que entonces privaba en México y que durante mucho tiempo lo caracterizó históricamente. La enajenación dineraria era predominante en la vida del país al lado de la influencia de Inglaterra. Santa Anna preso en el dinero se engolosina con su brillo y quiere remedarlo. El absolutismo semiasiático que priva en México —enmascarado de república a veces federal o centralista— promueve a Santa Anna y él se promueve a título de equivalente general dinerario de las emociones y de toda la psicología social de su época.

La cosa es como sigue: la reciprocidad comunitaria se ha visto marcada negativamente por las relaciones de dependencia feudales y hacendarias de México, las que en su desarrollo llegaron a exaltar al individuo privado pero todavía atado y acostumbrado a depender y a hacer depender. De ahí entonces la posibilidad general del surgimiento de un individuo como Santa Anna. De hecho, Santa Anna se afana en su esfuerzo por aparentar con el objeto de intercambiar prestigio (valor preburgués). La riqueza burguesa (el objetivo) ha falseado el prestigio (valor preburgués) volviéndolo aparente. Nada de ello se desliga del afán de poder, valor tanto preburgués como burgués.

Las relaciones dinerarias distaban mucho de dominar el metabolismo social del México independiente. Tanto más la mediación personal, caudillesca, será promovida a regir la política y la cultura nacional, por cuanto la base social era en su mayoría de tipo asiático comunal.

3. Ya hemos hablado del qué y del cómo de la influencia de Santa Anna en su época. Hablemos del por qué, y allí también de lo que posibilita su influencia actual.

En efecto, esta es nuestra tercera indagación. La mayor influencia de Santa Anna —aquella que duró más allá de su época y que marcó a la que tuvo en su propia época— es la determinada por el hecho de que su actitud y estilo de comportamiento es isomorfo con las condiciones materiales de México a largo plazo. No igual a ellas sino solo formalmente. Precisamente la intervención historiográfica científica incide



para diferenciar entre las condiciones generales de la época y la manera peculiar que tiene Santa Anna de expresarlas y de deformarlas.

Su actitud y estilo de comportamiento es isomorfo o análogo con las condiciones materiales de México a largo plazo por ser éste un país cuyo desarrollo capitalista se ha visto retrasado estructuralmente, etcétera. Al estilo de Santa Anna para influir lo llamaré estilo analógico de comportamiento.<sup>3</sup>

Este tipo de comportamiento no lo tematiza Moscovici en su libro sobre *Psicología de las minorías activas*. Es de resaltar la forma en la que Moscovici asimila equivocadamente como iguales al izquierdismo y al comunismo de los partidos comunistas europeos y solo los diferencia por su estilo, rígido uno —el de los izquierdistas, según Moscovici— y equitativo el otro —el de los comunistas—. No ve que son distintos en esencia uno y otro estilo, y una y otra corriente política; esto es, que no persiguen el mismo objetivo histórico. Ambas corrientes son distintas en esencia. Eso sí, la corriente comunista presenta un estilo de comportamiento análogo al sentido histórico del siglo XX, por lo menos hasta la caída de la URSS. Por eso es importante resaltar que existe un tipo de estilo de liderazgo que llamaré estilo analógico de comportamiento. Es pertinente establecer este concepto a propósito de la diferencia entre la actuación política de comunistas e izquierdistas durante el siglo XX. También es pertinente para observar la fuerza que tienen Santa Anna y otros líderes para influir en las masas. Se trata de un tipo de comportamiento que comúnmente es enajenado y psicosexualmente plagado<sup>4</sup> dadas las condiciones enajenadas generales que prevalecen.)

El estilo analógico de comportamiento es muy influyente. ¿Por qué? Porque se apoya en la “fuerza de las cosas”. Así asegura su triunfo o influencia en la resonancia constante que mantiene con el devenir más o menos objetivo. Entenderemos esto si pensamos que las condiciones objetivas funcionan como mensaje o argumento consistente que influye tanto a la época de su realización como a la posteridad. Por lo que si en Santa Anna falta consistencia auténtica —Santa Anna es el voluble— la realidad geopolítica mexicana es, acerca de su propio desarrollo económico y social interno y respecto de Estados Unidos, sumamente consistente. Lo cual, por rechazo,

<sup>3</sup> Luis Villoro en la reseña que hace del monumental *Santa Anna* de Enrique González Pedrero plasma la condición objetiva para que exista este estilo: “Ante el desgarramiento y el desorden que propicia, es indispensable —observa González Pedrero— `que alguien ponga en orden la casa` (p. 444). El vacío de poder nacional tiene que llenarse, so pena de que desaparezca, no ya el Estado, sino la nación misma. De allí la tendencia permanente a `expropiar` por un hombre el Estado (p. 539). Santa Anna será ese hombre, de no haber nacido, otros hubieran desempeñado el mismo papel” (cfr. su artículo “Santa Anna o la nación sin Estado”, p. 71). La deficiencia de una idea tal para caracterizar no la condición de posibilidad de un estilo de liderazgo sino a Santa Anna y su impacto histórico, estriba en que disuelve a Santa Anna en una generalidad sin determinar su especificidad.

<sup>4</sup> Cfr., sobre la plaga emocional, W. Reich, *La función del orgasmo y El asesinato de Cristo*, así como *La plaga emocional en el trabajo*, etcétera.





confiere consistencia al estilo de Santa Anna, aunque, como ya vimos, éste es sobre todo pseudoconsistente. El estilo de Santa Anna, en tanto analógico con estas condiciones, adquiere condiciones prestadas o de rechazo, mientras que la consistencia de los comportamientos de sus contemporáneos mengua si no son analógicos con la consistencia geopolítica, con la “fuerza de las cosas”. El estilo analógico de comportamiento asocia la influencia con el poder al asociar el comportamiento individual con las condiciones epocales. El carácter mimético —jesuíticamente formado— que se esfuerza por el pseudo es adecuado para arraigarse en el objeto consistente histórica y geopolíticamente determinado.

4. Avancemos ahora en nuestra cuarta indagación: el límite y especificidad de la influencia de Santa Anna en su época y hoy, o cómo es que pudo influir a su época y a la nuestra. El que la influencia de Santa Anna haga presa también de los historiadores que tratan acerca de él —en especial los mexicanos— se debe a que las condiciones del país mantienen características similares a las de 1844-1847 aún 150 años después. Según dijimos, su estilo es analógico con las condiciones no nada más de su época sino con las condiciones geopolíticas que no se han movido o se han movido muy poco y que siguen influyendo en los historiadores posteriores. Las condiciones actuales son similares a las de 1847 sobre todo en lo que respecta a la relación proporcional que el desarrollo del capital mexicano guarda con el desarrollo capitalista de Estados Unidos y con los intereses geopolíticos de este país. De ahí la “larga duración” del fenómeno que nos ocupa.

Además, la relación de sometimiento económico de México hacia Estados Unidos marcó de tal manera la acumulación de capital en México que ésta reproduce el referido lazo de sometimiento continua y complejamente, a la vez que retrasa el desarrollo capitalista pleno e independiente de México. Así, una y otra vez —para cohesionar al país ideológica, política, económica y socialmente, así como para confrontarlo con Estados Unidos, si es el caso; sobre todo para pseudodefenderlo de Estados Unidos— se suscitan comportamientos análogos a los de Santa Anna, no solo caudillistas sino hasta cierto punto más o menos impostores. Impostura que está en relación con las clases dominantes y la apariencia que deben ofrecer éstas a los dominados. Por supuesto, caudillos auténticos y patriotas como Lázaro Cárdenas o Adolfo López Mateos difieren radicalmente de Santa Anna, pero no se zafan completamente de la órbita en la que éste circula. Pero, sobre todo, ya sea que difieran radicalmente de él, no obstante, la realidad cotidiana de sus épocas respectivas todavía podría coronarse una y otra vez con un Santa Anna y no solo con esos caudillos sólidos y patriotas y libertarios auténticos.

Ha sido de tal modo la correlación de fuerzas psicológicas y psicosociales —así como sociales y políticas— entre esos caudillos auténticos y la época en que las cosas se decidieron y resultaron como fueron. O, ¿más bien ha sido una realidad absolutamente otra que ya no contenía los factores o las fuerzas que promovieron a Santa



Anna al poder tantas veces en su momento? No, no fue una realidad absolutamente otra la que promovió al poder a Cárdenas o a otros caudillos auténticos. Y en aquel momento —en el de Santa Anna— no era irremediable tampoco el que tuviera que ser Santa Anna el presidente o el general en jefe, etcétera. Pudo ser otro, y también otros los rasgos de carácter y la conducta de los dirigentes; y, por tanto, con otros efectos históricos.

Muchas veces la historiografía nacional, cuando dice que pudo ser otro y no Santa Anna insiste en que pudiendo ser otro, sin embargo, las consecuencias hubieran sido las mismas. Puede ser. Hay casos en la historia en que si otro es Napoleón las consecuencias podrían haber sido las mismas, pero también hay ocasiones en que si Napoleón es otro las consecuencias no son las mismas.<sup>5</sup>

El líder mexicano en 1847 pudo ser otro y con otros rasgos de carácter y conducta, y, por tanto, con otros efectos históricos. Pero fue él, Santa Anna, y lo pudo ser con base en contingencias y determinaciones generales necesarias, así como en condiciones de posibilidad generales. Era una combinación cuya generalidad daba como para exigirlo a él o a otros posibles más o menos distantes de su estilo de comportamiento. Aún más, siendo él quien fue promovido a ser sujeto autónomo y protagónico dentro de esas condiciones, pudo una y otra vez haber actuado de otro modo que como lo hizo. Pudo no traicionar en Texas en 1835-37, ni en México en 1846-48; o pudo traicionar solo en Texas y no durante la invasión norteamericana de 46-48. Sin embargo, eso que pudo ser no fue y más bien actuó como actuó. Le corresponde a él, por lo tanto, la responsabilidad personal, jurídica e histórica de sus actos.

5. Todos los rasgos del estilo de comportamiento de Santa Anna se concentran en este esfuerzo por aparentar —con todas las consecuencias que esto tiene— en referencia a sus precisas condiciones históricas, económicas, políticas, culturales, de clase, de familia, etcétera. Vale la pena ilustrar este hecho con un suceso interesante de la vida de Santa Anna en el que se concentra el problema del esfuerzo por aparentar.

Se trata de su boda con la joven Dolores Tosta. Anuncia su boda con ella cuarenta días después de que ha muerto su anterior esposa. Los conservadores no le pueden perdonar ni su oportunismo político ni esta falta de moral: todavía medio tibia su mujer anterior y sin guardarle luto pretende casarse por la iglesia. Para no enfrentar el descontento popular, Santa Anna se refugió en su hacienda de “La Merced”, en Veracruz. Mientras tanto, el general Canalizo, presidente sustituto de Santa Anna en su onceava presidencia (1841-1844), encabezaba una boda en la que también el esposo era sustituto: el alcalde Cañedo se casaría por poder con doña Dolores Tosta.

Así pues, hay un juego de apariencias: hay un esposo aparente y un presidente aparente, y Santa Anna está en su hacienda para no enfrentar los problemas que preocupan tanto al populacho mexicano como a los conservadores: los problemas de

<sup>5</sup> Cfr. Jorge Plejánov, *El papel del individuo en la historia* (1898).



la apariencia. Éste no es un problema filosófico en México, sino que es un problema de preocupación cotidiana.

“Con ser un simulacro de boda —dice—, no dejaba de ser la de un benemérito de la patria, por lo que se hizo gran derroche para la fastuosa fiesta de la cual estaría ausente el protagonista.” Ahora bien, el problema no es tanto que se hubiera hecho un gran derroche sino que la fiesta muestra nítido el afán por aparentar: este fasto que encubre con su exceso la escasez, la miseria del país.

“Un divertido episodio aconteció cuando los invitados pasaron al resplandeciente comedor a disfrutar el banquete” —que sí era real, o sea que no era mera apariencia—. La esposa ocupó la cabecera de la mesa: entonces, Canalizo y Cañedo —presidente y marido sustitutos— entablaron la siguiente discusión acerca de quién debía sentarse junto a la novia.

—Cañedo, marido sustituto, dice: “Excelentísimo general, permítame observarle a su señoría que el lugar de honor junto a la desposada me corresponde a mí”.

—Canalizo, presidente sustituto, contesta: “Olvida usted, señor alcalde, que soy el presidente de la República [cada uno cree en su papel, cree en las apariencias] y que, por lo tanto, soy el primero en cualquier parte.”<sup>6</sup>

Como se ve, tenemos un caso en el que tú haces valer las apariencias y a partir de eso soterras la necesidad del otro, es decir, la esencia. Un modelo a este respecto es el caso del sometimiento clasista y jerárquico, donde si haces valer la apariencia soterras —para explotarla— la esencia, es decir, las necesidades del otro, y en parte, luego, de regreso, también las tuyas. Prosigamos.

—Cañedo dice: “Lamentable equivocación señor presidente [véase que incluso la manera de hablar sigue exaltando apariencias, de manera análoga al discurso priista actual; con otros tonos se resalta la apariencia] ¿Quién se casa? El benemérito de la patria, el verdadero presidente, el constitucional. ¿Quién lo representa aquí con poder? Yo

—Canalizo dice: “Pero tenga usted en cuenta, señor Cañedo que mi Excelentísimo amigo, el señor general Santa Anna, no es presidente en estos momentos, yo lo sustituyo. Yo soy el presidente sustituto y me asiste el derecho a sentarme al lado de la señora de Santa Anna.

—Cañedo: “Señor Canalizo, si usted es el presidente interino yo soy el esposo interino, es decir que hoy represento al general Antonio López de Santa Anna y no usted. Si lo que usted discute es la silla presidencial mándela a quitar de aquí, pero yo me siento en el lugar de honor con la hoy señora de Santa Anna, porque en estos momentos soy el mismo don Antonio López de Santa Anna.”<sup>7</sup>

Sorprendente juego de espejos y de *quid pro quos*, de equivocaciones y de apariencias interminables que remiten una a la otra, pero en el que no únicamente se

<sup>6</sup> Citado en José Emilio Pacheco y Andrés Reséndez, *Crónica del '47*, Clío, México, 1997.

<sup>7</sup> *Idem*.



encuentra Santa Anna por su propio interés sino que toda su época ésta interesada de distintas maneras en afianzarse en algún aspecto de la apariencia.

Por interés personal Canalizo quiere mantenerse en la apariencia de que él es presidente: la misma razón aduce Cañedo, quien se quiere afianzar en la apariencia de que él es el esposo interino, y etcétera. Todo mundo quiere afianzarse en una apariencia y, por tanto, apoya a aquél que le confiere el derecho para afianzarse en esa apariencia (esto es, a Santa Anna).

Ya vimos, en general, cuál es el fondo de este interés: quien se afianza en apariencias oprime a la esencia, oprime la necesidad del otro, no la reconoce; por tanto, está justificando obtener un plus, obtener una ventaja personal. Todo está al servicio del dominio. Y el plus —en medio de la escasez general— consuela al que lo tiene.

Entonces, en condiciones de escasez solo sobre la base de pisotear la necesidad del otro puedo satisfacer mi propia necesidad. Pero como a partir de ahí mis propias necesidades quedan deformadas, se suscita una espiral según la cual partes de mi propia necesidad o mi necesidad entera quedará permanentemente trastocada e insatisfecha. Por donde se reproducirá la necesidad para que yo constantemente aparente y busque afianzarme en apariencias en contra de esencias, para no reconocer condiciones objetivas, históricas, geopolíticas, como tampoco las necesidades del pueblo.

Este no reconocimiento de las condiciones materiales, objetivas, de existencia en una época, de sus fuerzas productivas, de sus medios de producción, caracteriza la conexión entre México y Estados Unidos por cuanto depende de una necesidad clasista de aparentar, de no reconocer las condiciones materiales ni las necesidades materiales, etcétera.

Con esto concluimos nuestras reflexiones acerca de la historiografía sobre la época y, sobre todo, acerca del papel que juega Santa Anna en los acontecimientos, para entender las afirmaciones de Marx sobre México y Estados Unidos, así como para entender el porqué del desencuentro entre historiadores e intelectuales respecto a lo que dice Marx sobre México.



## CAPÍTULO 2

### LUCAS ALAMÁN Y SANTA ANNA AL SERVICIO DE LA POLÍTICA ACTUAL (ENRIQUE KRAUZE)

#### 1. LA SOLUCIÓN DE LUCAS ALAMÁN AL DESASTRE MEXICANO

Después de la guerra del '47 y una vez que los estadounidenses regresaron a su país comenzó la tarea de reorganizar el nuestro. Hacia 1850 el panorama era

aquello que no era el apocalipsis nacional, pero se le parecía mucho: guerra contra los Estados Unidos; guerra de Castas en Yucatán, revueltas agrarias en el centro del país; estado de guerra permanente contra los indios nómadas (apaches, comanches, etc.), que a raíz de la anexión de Texas asolaban, como en tiempos de la Colonia, a todos los estados del norte del país (Sonora, Chihuahua, Coahuila, Tamaulipas) y aun se aventuraban a saquear ciudades mineras en estados lejanos de la frontera (Durango, San Luis Potosí, Zacatecas).<sup>1</sup>

La guerra de castas en Yucatán en especial, mostraba la rebeldía indígena contra el mundo criollo posterior a la independencia. Un mundo forjado tanto por liberales como por conservadores y Santa Annas, en el que la situación de los indígenas empeoraba día con día.

En 1852 Lucas Alamán publica su *Historia de México* en 5 tomos,<sup>2</sup> el capítulo final lo dedica a caracterizar la decadencia nacional hasta el año de 1850 y sus causas y ofrece las soluciones que él entrevé. Pensaba que el “desastre mexicano [...] [incluso de la pérdida de más de la mitad del territorio] podía ser revertido.”<sup>3</sup> Lucas Alamán cuantifica un enorme cúmulo de riqueza pero una gran desunión en el pueblo, entre los partidos y las clases, etcétera. Así que querrá apoyarse en la Iglesia y en el Estado para cohesionar y dirigir la sociedad. El egoísmo liberal, que gira en

<sup>1</sup> Enrique Krauze, *Siglo de caudillos...*, p. 175.

<sup>2</sup> Esta edición original fue efectuada en la imprenta de don José Mariano Fernández de Lara, según refiere Luis González Obregón en sus “Apuntes para la historia del periodismo en México”, en *Revista Nacional de Literatura y Ciencia*, tomo 1, pp. 322-327. González Obregón da noticia, igualmente, de que “algunos de los libros del Sr. Roa Bárcena pueden enorgullecer” al tipógrafo don Ignacio Escalante (*ibid.*, p. 327).

<sup>3</sup> Enrique Krauze, *op. cit.*, p. 177.



torno al dinero, concentra el problema moral de la sociedad mexicana; y éste es el dato fundamental a superar. Lucas Alamán propugnaré entonces por la reforma de las instituciones políticas y por la conformación de un Estado fuerte que dé impulso a la economía.

Debe ser mantenida y fomentada la generación de riqueza debida a la burguesía y a los terratenientes semif feudales mexicanos en la explotación de sus haciendas; actores que Lucas Alamán asume como “el pueblo” o su parte fundamental y mayor. La forma actual de gestión estatal es lo que debe reformularse.

Lucas Alamán propugna por una dictadura semicolonial y paternalista en la que el Congreso quede si no abolido sí reducido sustancialmente (pues “no necesitamos Congresos, solo algunos consejeros planificadores”) y donde la Constitución liberal federalista de 1824 debe ser suprimida. No obstante, rechaza que este “gobierno firme y paternal” sea asociado con la “idea de dictadura”. Enrique Krauze resume la propuesta de Lucas Alamán sugiriendo, a la vez, que el mundo criollo ya decaía: “El proyecto de Alamán de un gobierno paternal, tutelar, ordenado, desdeñoso de los congresos y las deliberaciones, atento a unos cuantos consejeros, eminentemente práctico, no era una utopía en sí mismo: era una utopía en ese momento y para los criollos”.<sup>4</sup>

Los gobiernos emanados de la revolución de 1910 y el sistema de partido de Estado (PRI) parecen haber realizado en cierta forma la idea del conservador Lucas Alamán no obstante repudiarlo y decirse simpatizantes de los liberales. Krauze quizá no guste de todo lo que ha hecho el PRI pero simpatiza con la figuración de Alamán, quien pudo poner en práctica su ideal cuando participó en la última presidencia de Santa Anna. Si bien Lucas Alamán murió a “un mes escaso de su toma de posesión”<sup>5</sup> el 2 de junio de 1853, después de haber disuelto el Congreso y haber abolido el federalismo. Murió mutilado moralmente por tantos descalabros vividos y con el temor de que sus esperanzas puestas en la Nación —y ahora puestas en práctica—, que su amor por la Nación, no “pudiera hallar recompensa”.<sup>6</sup> Casi como si de fondo la cuestión fuera la inversa, es decir, que muere con el secreto remordimiento por disolver el Congreso y abolir el federalismo, sin que tamaña barbaridad fuera de algún beneficio

Santa Anna prosiguió su presidencia ya sin Lucas Alamán, forjando su dictadura monárquica *de facto*, en la que no solo impuso contribuciones extravagantes al número de perros domésticos o al número de ventanas por casa, etcétera, sino además que se le llamara “Su Alteza Serenísimas”, junto con una feroz persecución de sus enemigos políticos y una corrupción a todo nivel, etcétera.<sup>7</sup> “El pueblo estaba cansa-

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 181.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 184.

<sup>6</sup> *Idem.*

<sup>7</sup> Al contrario de la opinión diletante de Enrique Krauze, una obra de la época de la onceava presidencia se refiere a la dictadura de Santa Anna en los siguientes términos: “aquel sistema de inútiles e irritantes



do de tantas excentricidades de S. A. S., que había impuesto gabelas hasta a los perros y caballos, a las puertas y ventanas de las casas, a la sal y había creado un monopolio de la nieve en la ciudad de México, cerrándose las neverías, operando únicamente las del monopolio del gobierno.”<sup>8</sup>

A Enrique Krauze le parece que la musaraña simiesca que escenificó como dictadura Santa Anna no era lo propugnado por Lucas Alamán. Pero hasta la vuelta de los jesuitas a México para que se encargaran de la educación —después de haber sido expulsados por los liberales— había sido prevista por Alamán, si bien no la venta del territorio de la Mesilla a Estados Unidos, como humillante y corrupto colofón de la guerra con ese país. En realidad, desde décadas anteriores Santa Anna reconocía en Lucas Alamán a un mentor y Alamán en Santa Anna un instrumento posible, si no es que un títere de sus maquinaciones, papel que no pocas veces jugó igualmente aún en medio de su caprichosa actuación.

## 2. ¿POR QUÉ LLORÓ SANTA ANNA?

No obstante la tajante diferencia que imagina Enrique Krauze entre la idea de Alamán y la dictadura instrumentada por Santa Anna, no pierde oportunidad para recuperar una nueva escena histriónica del histérico psicópata Santa Anna para disculparlo. Así relata cómo tiempo después de la venta de la Mesilla a Estados Unidos, “Santa Anna recibió la visita de un acucioso cronista y cartógrafo, Antonio García Cubas. Ante la vista del presidente vitalicio, desplegó un mapa cuidadosamente elaborado del territorio nacional, el anterior a la guerra y el posterior. Sin hacer comentarios, Santa Anna se hechó a llorar: por primera vez calibraba lo que el país había perdido.”<sup>9</sup>

La cuestión es que seguro no lloró por ser la primera vez que “calibraba lo que el país había perdido”, pues ya de tiempo atrás lo sabía, según lo revelan sus negociaciones con Polk en términos de paralelos geográficos y ríos (Nueces, Bravo, etcétera). Y si lloró fue porque ante la vista del mapa de García Cubas se vio implícitamente culpabilizado y sufrió de remordimientos por la traición de que fuera

persecuciones, que no cesó sino con su caída”. (Cfr. Anselmo de la Portilla, *Historia de la revolución de México contra la dictadura del general Santa Anna. 1853-1855*).

<sup>8</sup> Valentín López González, *Cuernavaca, capital de la República. Fin del Santanismo. 1955*, p. 10. Como parte de los documentos históricos antologados por este autor encontramos el siguiente: “Los que suscribimos, propietarios principales de las neverías de esta capital participamos, al público que habiéndose monopolizado la nive en trozo y subido el monopolista el precio de ella, de modo que no costea su elaboración, nos vemos precisados a suspender en nuestras casas de expendio toda clase de helados.

“México, marzo 27 de 1855, José María de la Piedra, Padre y Hnos., José Guadarrama, S. Ignacio Torres, Lucio Lara, V. Coquelet Aylane, Nicanor Roa, Joaquín Martínez, Remigio Márquez, José Ma. Becerra.

“*El Siglo XIX*, Jueves 29 de marzo de 1855, pág. 4 1º col.” (*Ibid.*, p. 16).

<sup>9</sup> Enrique Krauze, *op. cit.*, p. 185.



responsable. Solo la apariencia externa de la dictadura y la persona de Santa Anna son de zarzuela u opereta.

Enrique Krauze no se detiene, y deslizándose en la falaz ecuación Santa Anna = México, si no llega a exigir un “recuerdo de gloria” para el caudillo, sí echa de menos un “sepulcro de honor”<sup>10</sup> para el soldado y presidente Santa Anna. Páginas atrás, Enrique Krauze preparaba este *gran finale* operístico o telenovelesco del sepulcro de honor para Santa Anna cuando plasmó su crítica a la versión de que Santa Anna fuera un traidor diciendo que es la oficial.<sup>11</sup> Ya hemos visto que es precisamente la historiografía oficial la que crecientemente deslee el papel de Santa Anna en la guerra del ‘47 y sobre todo aminora su traición hasta borrarla. Enrique Krauze debería demostrar que Santa Anna no fue un traidor basándose en los hechos, no en que la historia oficial es la que lo acusa, presuponiendo que por oficial está amañada. Si tal fuera la postura oficial y fuera fundada, atinaría. Pero no siendo así, la paradoja consiste en que Enrique Krauze pertenece al horizonte de la historia oficial sobre la guerra del ‘47 y, precisamente, hace una versión enrevesada, que no solo deslee el papel de Santa Anna sino que se encarga de transfigurarlos amañadamente hasta volverlo asimilable *in toto* al sentido común.

De hecho, y contra lo que Krauze refiere, Antonio García Cubas en su *El libro de mis recuerdos* dice: “El omnipotente personaje [Santa Anna] examinó con detenimiento la carta [geográfica] que se le presentó, y al observar en ella la grande extensión de territorio que tan injustamente nos arrebataron nuestros vecinos dijo no sé qué palabras llenas de amargura, lo que no dejó de causarme grande extrañeza pues advertí que antes de la presentación de aquella Carta no se tenía la menor idea acerca de la importancia del territorio perdido. Ese acto quedó profundamente grabado en mi memoria”.<sup>12</sup>

Lo de que “no se tenía la menor idea” es una exageración de Antonio García Cubas motivada quizá para enaltecer su trabajo —por lo demás laudable— como geógrafo que preparó esa carta. Pero aquí lo decisivo es señalar que Santa Anna “dijo palabras llenas de amargura” y no que lloró ante el mapa, cuál es la versión

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 187. Cfr. sobre el concepto honor en el siglo XIX en México mi *Perfil del traidor*, apartado A, capítulo IV, “Sobre Santa Anna como sujeto”.

<sup>11</sup> “La guerra más injusta de que la historia puede presentar ejemplo”, había concluido. Sobre el comportamiento de Santa Anna, la historia, sobre todo la oficial, diría que fue el acto de traición más grave de que puede presentar ejemplo. Sus detractores de entonces y después olvidaban que Santa Anna se ofreció como voluntario para dirigir el ejército, cuando pudo quedarse apoltronado en la silla presidencial. En su manifiesto a la nación, antes de salir al exilio, culpó a los gobernadores, a los comerciantes, al clero, por su indiferencia. Podía haber agregado varios otros grupos y estratos que vieron la guerra, de principio a fin, como si se tratase de un “país extraño”. Alamán diría que Santa Anna “no desesperó nunca de la salvación de la República”. El señor don Guillermo [Prieto], en su fuero interno, sabía que don Lucas decía la verdad” (*ibid.*, p. 170).

<sup>12</sup> Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 593.





que comunica Enrique Krauze falseando la escena, dándole un sesgo efectista y telenovelesco.

### 3. ESTE PINCHE PAÍS

La proclividad política de Enrique Krauze por Lucas Alamán y sentimentaloides por Santa Anna no deja de ser modelar aunque parezca bizarra, ya que paradójicamente el caudillismo mexicano del siglo XIX y del XX debió coincidir con trazos esenciales previstos por Lucas Alamán, ese intelectual y burgués industrial consciente de su misión histórica a propósito del desarrollo capitalista en un país como México.

Enrique Krauze, al modo de José Fuentes Mares, critica las posturas de liberales extremos o “puros” como Valentín Gómez Farías o Lerdo de Tejada, queriendo ver en ellas lo peor, el doblez entre el dicho y el verdadero propósito —por ejemplo, entreguista hacia Estados Unidos—. Así justifica su inclinación por el teórico Alamán; y su consideración hacia el práctico Santa Anna en razón del contraste político y el magro desarrollo nacional existente. De modo que cuando presenta las posturas de Alamán (conservador) y los liberales puros ante Estados Unidos los ve coincidir. A Lucas Alamán de modo previsor y apocalíptico, pues desde 1846 vio “preferible aceptar la anexión de Texas por los Estados Unidos que erigir aquella pérdida irremediable en un *casus belli*”.<sup>13</sup> Mientras que la posición de Miguel Lerdo de Tejada la reseña así:

Un país dividido en sus clases, sin espíritu de cuerpo, cuya riqueza agrícola estaba en manos de un cuerpo indiferente al destino nacional (la Iglesia), no podía enfrentarse a un gigante. Era inevitable que una nación extranjera interviniera en México, y mejor que fueran los Estados Unidos que, al fin y al cabo, constituían el modelo de sociedad con que soñaban los liberales mexicanos.<sup>14</sup>

De suerte que, garrote de por medio a los “puros” y caravanas para Alamán, coincide con ambos en que la realidad mexicana era el problema. El objeto maldito que solo podía ser mejorado a través de una explotación racional operada por el capitalismo redundante en su modernización. “¡Este pinche país!” es una expresión del sentido común que todavía se oye y en la que Enrique Krauze simplemente abunda coincidiendo con otros que la tuvieron ya en la punta de la lengua desde hace más de 150 años. Por eso —según él— Santa Anna no fue un traidor; fue la solución posible, por imperfecta que se quiera, y sigue siendo la opción.

<sup>13</sup> Enrique Krauze, *op. cit.*, p. 164.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 165.



#### 4. EL LIBERALISMO, EL CONSERVADURISMO Y LA ELECCIÓN DE ENRIQUE KRAUZE POR LUCAS ALAMÁN

La elección de Enrique Krauze por el conservador Alamán frente a los liberales radicales porque éstos son ilusos y utópicos, así que hipócritas, sugiere que Alamán no es iluso, ni siquiera cuando éste pone al megalómano Santa Anna en el puesto de dictador pero repudia la sugerencia de que su idea (la de Alamán) se acerque a la dictadura.<sup>15</sup> La cuestión de lo ilusorio y lo auténtico de cara a la historia de México es más compleja que lo que supone el trazo de Enrique Krauze.

En un país como México, lastrado por nudos estructurales precapitalistas y capitalistas combinados, y que se insertó con retraso al desarrollo capitalista, mediando una revolución de Independencia respecto de España y luego cercenado y vuelto a someter por el imperialismo estadounidense, en un país periférico así, el liberalismo constituía ciertamente una sobreestructura equívoca aunque esperanzadora e iluminadora de realidades decisivas.<sup>16</sup> Pues expresaba la perspectiva posible del capital social mexicano en tanto que asumía a todo el país como situado en la geopolítica concreta del capitalismo estadounidense; habla de un capitalismo futuro y quiere ya arraigarlo. Esta es la perspectiva de José María Luis Mora, como intelectual pequeño-burgués que desea un país purificado y retoma a todas las clases, etnias, tribus y castas buscando reconfigurarlas como masa homogénea de ciudadanos, propietarios privados y libres. Mientras que Lucas Alamán representa a una burguesía amalgamada con la aristocracia terrateniente —primero española y luego solo criolla— que representa al capital social entonces dado, poseedor y gestor efectivo solamente del centro del país, y que busca menos producir un capitalismo futuro y más, salvar el capital dado garantizando la concentración de capital.

De hecho, Lucas Alamán no deja de tener algo de liberal y una perspectiva geopolítica adecuada frente a Estados Unidos, así como el “puro” Valentín Gómez Farías no puede enarbolar un liberalismo práctico desde la vicepresidencia y la presidencia de la República que no sea un liberalismo de Estado, cercano a la promoción de la economía a través del Estado por la que propugnaba Lucas Alamán. Se trata de dos perspectivas de desarrollo capitalista que exploran las posibilidades

<sup>15</sup> Ahora bien, el que el diseño de la dictadura de Santa Anna durante su última presidencia sea obra del “genio” de Lucas Alamán no significa que éste fuera quien mandara. Aunque lo puede sugerir un santanista despechado como Juan Suárez Navarro, al que Santa Anna no le dio el Ministerio de Guerra y “prefirió los consejos de Alamán”. Y puede coincidir con este santanista despechado alguien como Fernando Díaz y Díaz interesado en cubrir las atrocidades de Santa Anna, hasta llegar a decir que en la onceava presidencia de éste: “los santanistas abundaron en mayor número, es verdad, pero también es cierto que era don Lucas quien mandaba” (*op. cit.*, pp. 243-245). El hecho es que don Lucas murió un mes después de iniciada la onceava presidencia de Santa Anna. ¿O sería que por mandón los santanistas le acortaron la existencia?

<sup>16</sup> *Cfr.* mi *Perfil del traidor...*, parte I, sección tercera, capítulo XVI, “El mundo despótico-oriental del México independiente (1821-1856)”.



reales —no la libertad en cuanto tal— y tratan de ganar partidarios para sus perspectivas, así que la presentan como lo mejor; por lo que terminan creyendo en esta ilusión ante la realidad que buscan transformar.

Remover los obstáculos opuestos a la modernidad implicaba enfrentarse al monopolio y a la propiedad privada precapitalistas que ataban el desarrollo ulterior del capitalismo y, por ende, la modernización y la libertad burguesas. Pues, el capital es el límite del capital.<sup>17</sup> En este contexto político-ideológico, ante un país como México, debe reconocerse que un auténtico liberalismo democrático solo podía ser revolucionario o no era liberalismo, pero siendo consecuente con su ser democrático y revolucionario debía superar el liberalismo y su atadura a la propiedad privada capitalista hacia el socialismo. Esta opción histórica llegó a figurarse efectivamente en la revolución rusa de 1917, la cual creó en Rusia un marco de desarrollo capitalista que logró zafarse de todo sometimiento imperialista exterior y aun pugnó por devenir socialista aunque sin lograrlo, no porque fuera imposible pero sí difícil.<sup>18</sup>

Lo anterior nos enfrenta con la dificultad histórica real tanto en lo referente al diseño de una teoría libertaria como a su aplicación práctica. La elección de Enrique Krauze por Alamán es simplista frente a esta magna dificultad histórica.

##### 5. LA POSMODERNIDAD DICE: LUCAS ALAMÁN ES MEJOR QUE EL PRI

El derrotero real del desarrollo del país después de la guerra del '47 y aun del litigio entre liberales y conservadores ha sido paradójico. El monopolio y la propiedad privada dominaban pero aún debían generalizarse y ocupar todo el territorio, su existencia se redimensionaba y amalgamaba con los fueros militares y los privilegios terratenientes eclesiásticos. En un país así, el liberalismo aplicado de corte más o menos clásico no podía ser sino un desastre porque levantaba olas de oposición en los grupos dominantes y, también, porque para hacer efectiva su aplicación debía tender a la dictadura, pasando a degradar su liberalismo.

Ante tal opción parece que lo mejor es la dictadura paternal y fuerte, como Lucas Alamán la deseó creyendo que no es dictadura. El capitalismo debió lograr que esa opción real de su desarrollo fuera asumida consensualmente. Esto es, no solo como lo mejor para la burguesía y los terratenientes, la Iglesia y los militares, en fin, la oligarquía a la que expresa Lucas Alamán, sino como lo deseable para todos. La solución histórica finalmente encontrada a estas paradojas fue volver social la creencia de Lucas Alamán de que la dictadura realmente existente no lo era. Pero un logro tal no solo ocurre como movimiento de conciencia sino que debe generarse una apa-

<sup>17</sup> Cfr. Karl Marx, *El capital*, tomo III, sección tercera, capítulo XV.

<sup>18</sup> Cfr. la "Introducción" a mi *Leer nuestro tiempo. Leer el Manifiesto*.



riencia social real creíble. Esto es, la dictadura debió aparentar ser liberal. No debió ser el punto de partida la idea liberal que al aplicarse —por ejemplo, por un Valentín Gómez Farías— redundaba en dictadura. Sino al revés, el punto de partida debió ser la dictadura, pero no la que cree no serlo, de la mano del traidor Santa Anna. Sino una que aparenta ser liberal y lo más alejada posible de Lucas Alamán. Esto es lo que finalmente han logrado los gobiernos priístas. Pero debe reconocerse que tuvieron un antecedente ingenioso en la política “conciliadora” de Porfirio Díaz, cuyo proyecto de edificar un Estado fuerte con un Ejecutivo centralizador “comportaba en principio una aceptación verbal de las principales tesis liberales pero, de hecho, gobernando de manera centralizada y dejando a un lado las reivindicaciones liberales más significativas, hacía suyas las aspiraciones de los conservadores”.<sup>19</sup>

Por su parte, Enrique Krauze al revelar la viabilidad histórica de la idea de Lucas Alamán critica al PRI y, en consecuencia, lo enfrenta con su propia hipocresía. Pero al querer ser consecuente, levanta la hipocresía sin poder dejar de caer en los brazos del PRI, ya sin hipocresía sino por sorpresa. Como Alicia que cruzara el espejo.

En un país así, en donde la auténtica libertad y democracia devienen revolucionarias socialistas, todo aquél que está realísticamente preso en la propiedad privada querrá favorecer ésta a través de Lucas Alamán y contra el PRI porque la querrá en pureza y sin corrupción, esto es, sin la apariencia hipócrita liberal en cuyo seno germina la corrupción, según cree.

Pero nace vieja una consecuencia ideológica tal. No es moderna y repudia al liberalismo; es posmoderna por su elección retro en favor del conservadurismo efectivo y sin tapujos. Le molesta estar sometida a la hipocresía pero no repudia el sometimiento real de la explotación operada por la propiedad privada capitalista a la clase obrera y otros grupos subalternos, así que elige a la propiedad privada sin máscara; cínicamente, pues; tal y como pide un sepulcro de honor para Santa Anna. Porque, más allá de él, requiere del caudillo que señoree esa dictadura paternal y fuerte.

### *5.1. Ironizando para ver mejor la política del día*

Ahora que viéndolo bien, 150 años después de la guerra del ‘47 y ya desarrollado capitalísticamente el país, cabe creer con Enrique Krauze que la “transición a la democracia” está en marcha ya sea sin el PRI y su hipocresía o con un PRI que abandona su hipocresía por abrazar, ahora sí, la democracia. De suerte que la opción de Enrique Krauze no parece conservadora sino liberal.

Además, cabe creer que el próximo presidente emanado del PRI —el del 2000, por ejemplo Labastida, Madrazo u otro— no será un Santa Anna, y para recomendarlo al público qué mejor que sugerir que Santa Anna no fue un Santa Anna sino un

<sup>19</sup> Luis Javier Garrido, *El partido de la revolución institucionalizada. La formación del nuevo Estado en México (1928-1945)*, p. 31.



buen hombre, un caudillo por lo demás esforzado, aunque desgraciado e injustamente tratado por la memoria nacional. ¿Que en este juego de caudillos, Santa Anna, democracia e hipocresía no he hecho referencia ni a la explotación capitalista ni al neoliberalismo salvaje ni a la entrada a saco de Estados Unidos en México desde la presidencia delamadridista a la fecha? Ciertamente, pero se trata de detalles mínimos que, por lo demás, no es obligado estar machaconamente repitiendo en cada ocasión, dogmáticamente. Creo que Enrique Krauze estará de acuerdo conmigo en esto.







## CAPÍTULO 3

### CONTRA LO SANTANESCO EN POLÍTICA

#### 1. EN PRO DE UN NACIONALISMO BIEN SUSTENTADO (CARMEN VÁZQUEZ MANTECÓN)

*Santa Anna y la encrucijada del Estado. La dictadura: 1853-1855*,<sup>1</sup> constituye una reconstrucción histórica de manifiesta intención científica politológica en el que su autora Carmen Vázquez Mantecón asume a Santa Anna como contraejemplo de lo que debe ser la política y los políticos, en especial los presidentes, en México; cito de su “Epílogo y conclusiones”: “La historia sigue dando vueltas y parece que no pudiera parar el tiovivo santanESCO en el que está atascada. Es necesario ya dejar atrás las ferias de oropel, y que los círculos concéntricos den paso a otro relato que encuentre en el futuro la conjugación de un pasado que ya no tiene nada que hacer como proyecto político entre los actuales mexicanos.”<sup>2</sup>

Reconoce, asimismo, el tino de los conservadores, Lucas Alamán a la cabeza, de construir un gobierno fuerte que pudiera cohesionar un país tan extenso, heterogéneo y contradictorio como México. Pero encuentra que el modo en que fue implantado este gobierno durante “la dictadura desmedida en facultades en manos de Santa Anna” entre 1853 y 1855 fue el peor. Pero señala que “hasta los mismos liberales se dieron cuenta que sin un gobierno fuerte, el país no saldrá adelante”.<sup>3</sup> De suerte que el Plan de Ayutla que derrocó a Santa Anna, “en uno de sus artículos fundamentales dotaba al encargado del poder de facultades omnímodas”.<sup>4</sup> Y la constitución de 1917, coronación de la Revolución mexicana, “dotó al Poder Ejecutivo de grandes atribuciones para no dejarlo a merced de distintos intereses”.<sup>5</sup>

Además, en conexión directa con nuestro tema, Carmen Vázquez Mantecón hace una rápida reseña del entreguismo traidor de Santa Anna, comenzando por sus arreglos de La Habana con los yanquis en julio de 1845.<sup>6</sup> A sus ojos Santa Anna cumplió

<sup>1</sup> FCE, México, 1986.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 299.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 298.

<sup>4</sup> *Idem.*

<sup>5</sup> *Idem.*

<sup>6</sup> “Desde ahí quiso celebrar un tratado de paz con los norteamericanos para que, según él, pudiera ser establecida una línea divisoria entre ambos países y se detuviera así el avance expansionista sobre México. El presidente Polk mandó a su agente Alex Slidell Mackenzie a conferenciar con Santa Anna. El acuerdo



con sus acuerdos en los hechos, en las batallas, con sus acuerdos, entregando Tampico, Ciudad Victoria, Veracruz y la Batalla de la Angostura y las siguientes hasta el Valle de México en el Peñón, según lo estableció en un segundo acuerdo con los yanquis; pero a partir de allí cambió de parecer y “decidió combatir de nuevo”.<sup>7</sup>

De modo que la postura de Carmen Vázquez Mantecón sobre la traición de Santa Anna diría más o menos así: que traicionó pero hasta cierto punto, precisamente hasta el Peñón de los Baños, luego no. ¿Y por qué este cambio de opinión? Porque “Santa Anna reflexionó sobre las demandas territoriales” de los estadounidenses, pareciéndole inaceptables. Llevar gente al matadero sí, pero entregar más metros de territorio, eso sí que no. Las consideraciones éticas de nuestro caudillo son calculadas con precisión.

A mi modo de ver, Santa Anna sí tuvo sus reparos respecto de la desmesura yanqui, pero no por ello dejó de traicionar. Y su conducta de Padierna, Chapultepec y más allá, así lo prueba.

En todo caso, Carmen Vázquez Mantecón describe atinadamente el débil y torcido patriotismo de Santa Anna emblemático de su época (si bien no lo deslinda res-

al que llegaron fue que el desterrado prefería un tratado amistoso a la guerra, y que él podría garantizar la paz siempre y cuando los esfuerzos se encaminaran para que pudiera regresar al poder en México con los republicanos. Pero, ¿todo esto a cambio de qué? Santa Anna pidió que el ejército de Taylor avanzara hasta Saltillo `para que obligue al presidente Paredes a luchar, puesto que considera fácil su derrocamiento´. Después de esto, Taylor debería seguir el avance hasta San Luis Potosí, «cuyo movimiento obligará a los mexicanos de todos los partidos a llamar a Santa Anna». También dijo que los norteamericanos debían atacar Ulúa y tomar la ciudad de Veracruz, `cuyas murallas no son fuertes´, y antes de pedir que todo se guardara en el mayor secreto, se asombró de que los estadounidenses no hubieran tomado Tampico, `pues el clima es sano en octubre y continúa siéndolo hasta marzo´.

“El 16 de agosto de 1846, a pesar del bloqueo de las escuadras norteamericanas en Veracruz, Santa Anna desembarcó sin problemas. Un golpe de Estado del militar José Mariano Salas pidió el regreso al poder de Santa Anna y del federalismo” (*ibid.*, p. 13).

<sup>7</sup> “Tomó el rumbo de San Luis Potosí para establecer su cuartel general. Ordenó a los mexicanos que abandonaran Tampico sin combatir y también Ciudad Victoria. En San Luis estuvo casi cinco meses sin moverse mientras los invasores atacaban Veracruz. Para entonces muchos sospechaban de su acuerdo con los norteamericanos. Presionado, tuvo que avanzar hasta Saltillo y cuando se preparaba a una de las batallas más importantes de su carrera militar (por supuesto imprevisible), decidió dar marcha atrás y regresar a la ciudad de México, según él, porque tenía que combatir a los polkos y de paso aprovechó para quitarse de encima al vicepresidente Gómez Farías y al mismo proyecto federal. Santa Anna volvió entonces a negociar secretamente con los norteamericanos, quienes le entregarían un millón de pesos si la paz era firmada. De esa suma, recibió diez mil pesos por adelantado. Los sobornadores fueron claros: querían a cambio que la frontera entre México y los Estados Unidos fuera el río Bravo, por lo que Texas, Nuevo México y la Alta California quedarían en su terreno.

“Según el nuevo acuerdo, Santa Anna permitiría a los invasores llegar hasta El Peñón, a la entrada de la ciudad de México, y ahí sería firmada la ansiada paz. Sin embargo, cuando Santa Anna reflexionó sobre las demandas territoriales, decidió combatir de nuevo. Los norteamericanos atacaron y vencieron en las batallas de Padierna, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec. La capital quedó en manos de los invasores y el mismo 15 de septiembre de 1847 fue izada en Palacio Nacional la bandera de las barras y las estrellas. Santa Anna renunció a la presidencia y pocos días después fue relevado del mando militar” (*ibid.*, p. 14).





pecto del resto de mexicanos que sí combatiera con denuedo al invasor). Y concluye diciendo:

En marzo de 1848 se embarcó “voluntariamente” rumbo a las Antillas, de donde saldría a Jamaica y llegaría finalmente a Turbaco. Casi cinco años estuvo en ese nuevo destierro; el país había perdido más de la mitad de su territorio y la derrota militar era absoluta. Por primera vez desde la guerra de Independencia surgía entre los mexicanos la necesidad de un sentimiento nacionalista.<sup>8</sup>

El contraejemplo santánnico obliga a reconocer la necesidad de un nacionalismo bien estructurado, hay que coincidir con Carmen Vázquez Mantecón.

No solo existe la fuerza del ejemplo sino también la del contraejemplo, ciertamente. Pero el contraejemplo presenta internamente torcido lo que debe ser puesto sobre sus pies. Y en lo que respecta al nacionalismo lo imbrica esencialmente con el Estado y la necesidad de un gobierno fuerte estataliza aun más la índole de nacionalismo que se busca. Cuando el auténtico nacionalismo toma al Estado solo como un medio y encuentra en la sociedad civil, en el pueblo su fuente de inspiración y sabiduría.

## 2. EL ANTÍDOTO CONTRA SANTA ANNA

(AD VILORO Y GONZÁLEZ PEDRERO)

Como la relación entre Santa Anna, su época y la nuestra es el tema de esta obra, cabe detenerse en lo que dice Luis Villoro<sup>9</sup> de esa relación con base en el *Santa Anna* de Enrique González Pedrero:

La época no se explica por Santa Anna, Santa Anna se explica por la época. Aparece, en realidad, como una personificación, en lo individual, de los caracteres que distinguen la sociedad que le toca vivir. Su vida personal es una parábola del desdoblamiento, el tránsito hacia lo imaginado, el vacío y la mascarada de la vida política. Él encarna el lado trágico-cómico de la situación que vive el país. Por eso es el mayor farsante, el “gesticulador”, porque la vida política no puede ser más que una apariencia.<sup>10</sup>

Pienso que la perspectiva aquí puntualizada es valiosa pero insuficiente precisamente por lo que se prohíbe: explicar la época por las acciones de Santa Anna y no solo a éste por su época.

Villoro puntualiza la tesis central de González Pedrero a propósito de aquella época:

<sup>8</sup> *Idem.*

<sup>9</sup> *Cfr.* su “Santa Anna o la Nación sin Estado”, *op. cit.*, pp. 69-72.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 71.



Desde el logro de la independencia hasta la restauración de la república, la política reina, pero no hay Estado (p. 59). Las acciones políticas son el resultado de la contraposición de intereses particulares contrapuestos, ninguno puede identificarse con el interés general [...] González Pedrero llega a comparar esa situación con el “estado de naturaleza” hobbessiano.<sup>11</sup>

Estas ideas sobre la ausencia de un Estado liberal moderno remiten a la presencia de unas clases en pugna pero de modo que ninguna de ellas es suficientemente poderosa para cohesionar al conjunto a la vez que está imposibilitada de lograr que sus intereses particulares devengan universales y sean reconocidos por todos. Lo cual relativiza la tesis de Villoro.

En efecto, Rafael Ramos Pedrueza (1931)<sup>12</sup> para explicar la época antepone la presencia de la lucha de clases a la debilidad o ausencia de un Estado moderno.

No fue la circunstancia de que el pueblo mexicano no estaba apto para gobernarse la que originó las guerras civiles que han ensangrentado constantemente a la nación mexicana. En la colonia había un grupo respetable de hombres cultos, sabios y artistas, pensadores y políticos, capaces de gobernar [...] La causa verdadera de las guerras continuas es la lucha de clases, franca a veces, velada en ocasiones, pero real, dolorosamente implacable siempre. Lucha de explotados contra explotadores: lucha del pueblo contra sus tiranos.<sup>13</sup>

Rafael Ramos Pedrueza insiste, pues, en la existencia de una dimensión histórica que pasa desapercibida —todo su ensayo es un alegato para que la lucha de clases sea visualizada en la historia de México y ésta sea enseñada en acuerdo a ello—, misma dimensión que la presencia del Estado liberal pasaría a neutralizar, que no a abolir, volviéndola otra vez casi invisible. Creo pues que debe reconocérsele a Luis Villoro (y a González Pedrero) su aporte pero relativizándolo con base en la noción aparentemente simplista de ese historiador marxista contemporáneo de José Mancisidor que fuera Rafael Ramos Pedrueza.<sup>14</sup> Si no se lo hace así, se apersona en nuestro discurso —querámoslo o no— la presunta neutralidad del Estado por encima de las clases sociales.

Sin embargo, en la época de Santa Anna la burguesía industrial se encuentra apenas germinando, lo mismo que el proletariado. Y de clases feudales en sentido estricto es difícil hablar. Por ello González Pedrero y Villoro eligieron intentar caracterizar la situación mejor por esa nota evidente de la sociedad que es el Estado

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 70.

<sup>12</sup> *Cfr.* su “Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la historia” (1931), antologado por Álvaro Matute Aguirre en *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, pp. 331-367.

<sup>13</sup> Rafael Ramos Pedrueza, *ibid.*, pp. 347-348.

<sup>14</sup> En quien, como veremos más adelante, también se deslee el papel de Santa Anna como sujeto histórico.



y su grado de desarrollo institucional. Pero una vez que nos atenemos a él, el piso se vuelve arenoso y movedizo y comenzamos a vernos succionados hacia el terreno clasista; según quedó escenificado en las revisiones metodológicas de este capítulo. La cuestión es compleja y debemos zafarnos del concepto de Estado liberal y de las clases sociales que éste cohesionan; pero asimismo del Estado feudal y sus clases. En realidad, tenemos rasgos de ambas situaciones perviviendo en un marco precapitalista, prefeudal, heredado de los imperios precortesianos. El conjunto funciona análogamente a los despotismos orientales, como quedó caracterizado en mi *Perfil del traidor*.

A los efectos del presente capítulo es decisivo no unilateralizar la mirada en el Estado liberal y su ausencia en la época de Santa Anna. Pues si no, creeríamos que el antídoto contra los Santa Annas y el santanismo sería un bien consolidado Estado liberal. Pero más allá de los posibles beneficios que ello pudiera conllevar, obviaríamos que el desarrollo del Estado capitalista en México entre 1848 y 1999 reproduce alteradas las condiciones en que germina el santanismo y aun los Santa Annas. El antídoto se encuentra en la sociedad civil, en particular en el desarrollo de la conciencia política de las clases subalternas.







## CAPÍTULO 4

### NACIONALISMO Y TECNÓCRATAS SANTANESCOS

1. Con su “nacionalismo bravucón” y su “populismo electoral”, “la dictadura del PRI tiene muchas similitudes con la manera en la que Antonio López de Santa Anna sedujo y sojuzgó a los mexicanos durante tres décadas en el siglo XIX”,<sup>1</sup> según opina Enrique Serna.<sup>2</sup> Reconozcámonle tino a esta apreciación, pero sorprende que Enrique Serna no analogue a Santa Anna, hombre a hombre, con Carlos Salinas de Gortari o con Ernesto Zedillo, como debería hacerse. Por supuesto no por nacionalistas o populistas sino por su comportamiento entreguista frente a Estados Unidos. Vale añadir la agudeza de la analogía PRI/Santa Anna, pero sin renunciar a la más evidente y peligrosa entre Santa Anna y los últimos dos presidentes de México salidos de las filas del PRI.

Cabe comentar otro abordaje que el de Serna respecto de esa “maldición” que parece cernirse “sobre el pueblo mexicano”, iniciada por Santa Anna y decantada como priísmo. Bernardo González Rodarte habla con humor del “priísmo que todos llevamos dentro”<sup>3</sup> para apuntar una aguda idea: “La existencia del priísmo es un ejemplo elocuente [...]: bajo su lógica, el PRI podría perder el poder o incluso desaparecer como partido político, pero el priísmo seguiría siendo la forma de gobierno y la ideología dominante.”<sup>4</sup> Aquí vemos (a diferencia de Enrique Serna que rastreó el priísmo hasta su origen santaniano) cómo esta raíz se extiende más allá del PRI para determinar la política mexicana burguesa en general y, por tanto, su destino inmediato. Desafortunadamente, Bernardo González Rodarte generaliza inespecíficamente luego, cuando añade que “eso parece indicar la experiencia de los gobiernos alternativos no priístas que hemos tenido durante los últimos años”.<sup>5</sup> Refiriéndose tanto a los panistas como a los perredistas, incluido el gobierno del DF de Cuauhtémoc Cárdenas. Esto es injusto y confunde porque no reconoce logros, ade-

<sup>1</sup> En entrevista a él realizada por Cynthia Palacios Goya (*El Universal*, 7 de septiembre de 1999, sección cultural, p. 1), a propósito del lanzamiento de la novela de este autor sobre Santa Anna, titulada *El seductor de la patria*.

<sup>2</sup> *Idem*.

<sup>3</sup> En su “El fantasma de un priísmo sin PRI recorre el país”, en *Autonomía. Periódico independiente de combate*, p. 4.

<sup>4</sup> *Idem*.

<sup>5</sup> *Idem*.



más de que las críticas que pueden hacerse a los gobiernos de ambos partidos son muy otras que las que merecen el PRI y sus gobiernos, así como muy diferentes entre sí. No casualmente después de esa inespecífica generalización Bernardo González Rodarte debe preguntar: “¿Será que acaso una gran maldición se cierne sobre el pueblo mexicano?” Esto es, toca y casi se zambulle en este aspecto decisivo del fetichismo de Estado, del fetichismo del PRI y, por ende, del de Santa Anna, figura personal puesta en pie de esa presunta maldición.

Por otro lado, Bernardo González Rodarte es sumamente atinado al establecer la función del priísmo para la burguesía mexicana y para el imperialismo estadounidense, por donde un nacionalismo revolucionario proletario luce, además de necesario, como la postura adecuada para combatir no solo al imperialismo yanqui sino al priísmo. Bernardo González Rodarte señala:

El priísmo es, sin lugar a dudas, un complejo modelo que le ha resultado funcional al gobierno norteamericano, para expoliar olímpicamente los recursos nacionales, y a las clases dominantes, para explotar inmisericórdemente a la población; a la jerarquía eclesiástica para continuar disfrutando cómodamente de su posición social de privilegio, adormeciendo a los ciudadanos desde los púlpitos y a través de declaraciones públicas; a la clase política para eternizarse en el poder por 70 años, sangrando los recursos nacionales para sus fines; y a la siempre pusilánime clase media, eternamente manipulada por medio de los curas, la televisión y las “zanahorias” de la corrupción.<sup>6</sup>

Tanto más necesario denunciar lo santánico como la clave secreta del priísmo, tal y como lo es del presidencialismo y éste el corazón pulsante de aquél y de la corrupción.

2. Enrique Serna está convencido de que Antonio Santa Anna fue un enamorado de la gloria pero no del poder, a diferencia de Díaz que sí lo era, expresó Serna, quien está convencido que es falso que sea el único responsable de la pérdida de la mitad del territorio nacional que ahora pertenece a Estados Unidos, “esa responsabilidad la comparte con la sociedad de su tiempo: las clases pudientes, los terratenientes, el alto clero, los agiotistas, porque en esa época los indios y los mestizos no tenían posibilidades de participar en la vida política de México”.<sup>7</sup>

Esta formulación merece varios comentarios. El primero, acerca de que en efecto Santa Anna no fue el “único responsable”. Responsables hubo muchos, comenzando por todo el ejército estadounidense, etcétera. Lo que caracteriza específicamente a Santa Anna no es la mera responsabilidad de la pérdida sino la traición, que fue decisiva para el triunfo yanqui; porque habiendo otras traiciones —como la de la

<sup>6</sup> *Idem.*

<sup>7</sup> Enrique Serna en la referida entrevista a él realizada por Cynthia Palacios.



contraguerrilla poblana, el clero, y la clase dominante poblana favorecedora del invasor—, solo la de Santa Anna podía dar el triunfo a Estados Unidos.

Segundo comentario. Corresponsabilizar a Santa Anna de la pérdida del territorio nacional junto con las clases pudientes de su tiempo no deja de ser atinado; pero Santa Anna excedió con su traición los intereses de esas clases, no digamos los de algunos individuos pertenecientes a las mismas. Ese exceso no lo comparte con nadie, aunque ciertamente la condición de posibilidad del mismo reposa en la índole de esas clases dominantes, determinada por las relaciones sociales y las fuerzas productivas de la época, en fin, las condiciones materiales en su totalidad prevalecientes entonces. Lo que nos lleva a un tercer comentario.

Tercer comentario. He aquí el peligro de diluir la responsabilidad de Santa Anna en la del grupo dominante (Gilberto López y Rivas, etcétera) y la de éste en las condiciones objetivas de la época. El resultado sería establecer la falsa ecuación Santa Anna = México de 1847. Y la pérdida del territorio nacional sería un merecimiento de los mexicanos de entonces y un destino maldito de éstos, correlato complementario del conquistador “destino manifiesto” de Estados Unidos (Mario Gill). De hecho, la creencia en esta ideología estadounidense pone como sujeto histórico único a Estados Unidos y como objeto a todo lo demás, Santa Anna incluido, así que sería inútil pedirle cuentas de sus actos (parte I, capítulo 4).

Por un rodeo, la ecuación Santa Anna = México de 1847 redundaría en absorber la crítica de primera intención contra el PRI, analogándolo a Santa Anna. Pues tendríamos que el PRI tampoco sería hoy el “único responsable” sino la burguesía mexicana toda, y aún la realidad mexicana actual toda. La ecuación Santa Anna = México de 1847 arrastra consigo a la del PRI = México actual; el PRI reducido a merecimiento de los mexicanos de hoy lo exime de toda responsabilidad, así, Carlos Salinas de Gortari y Zedillo quedarían como los presidentes que nos merecemos.

Cuarto comentario. La escisión social prevaleciente en el México de 1847, según que Santa Anna y las clases pudientes comparten la responsabilidad de la pérdida del territorio mexicano, mientras que “los indios y los mestizos no tenían posibilidad de participar en la vida política de México”, no solo restringe la eficacia del populismo y del nacionalismo de Santa Anna en tanto factores decisivos para explicar que se sostuviera en el poder por más de 30 años.<sup>8</sup> La explicación para que así ocurriera debe buscarse en otra parte sin descartar como factores —aunque no decisivos— aquellos dos comportamientos políticos. En todo caso, si la respuesta de Enrique Serna es insuficiente, no solo es pertinente y sugerente sino que supone una pregunta decisiva que el propio Enrique Serna supo formular explícita y precisamente: ¿“cómo se encumbró Santa Anna” y qué le permitió mantenerse en el poder?

<sup>8</sup> “Se daba baños de pueblo, acudía al palenque donde cualquiera podía tomarse un trago con él, trataba de que por todas partes donde pasara hubiera festejos populares donde se repartían barriles de pulque y, de esa manera, se sostuvo en el poder” (*idem*).



Enrique Serna inicia una contestación: “Santa Anna fue un político hábil, populista y el primero en exacerbar el nacionalismo para perpetuarse en el poder y esquilmar a la población [...], cuyas tácticas siguen siendo utilizadas por los políticos mexicanos en la actualidad”.<sup>9</sup> Esta táctica política consiste en prometer e ilusionar a las masas desposeídas para poder darles menos e incluso esquilmarlas. Se trata de una variante política de la estrategia del capital comercial con su comprar barato y vender caro para enriquecerse. Y no se olvide que el padre de Santa Anna quiso insistentemente que su hijo se dedicara al comercio.

Ahora bien, una táctica política tal explica solo superficialmente las cosas. Del mismo modo que la táctica comercial no explica cómo se produce el excedente de riqueza a apropiarse, la táctica política aludida no explica por qué se produce un pueblo que necesita de ese nacionalismo y populismo, de esas promesas, ni explica la posibilidad de esquilmarlo. Más bien, esta posibilidad nos remite a un sustrato material esquilnable, cuya generación es independiente de esa táctica política.

La escisión social prevaleciente en 1847, decíamos, según la cual la mayoría de la población está marginada de la política, guarda relación con el atraso técnico e instrumental del México decimonónico, con su extenso e inexplorado territorio y con su alto contenido de población indígena que vivía en condiciones comunitarias de autosubsistencia. La estructura de dominio español se yuxtapuso después de la conquista a un modo de vida milenario que ha podido ser conceptualizado como una variante del modo de producción asiático,<sup>10</sup> modo de vida que pervivió como sustrato general de la sociedad mexicana hasta los años veinte del siglo XX. Solo la modernización desencadenada por la revolución mexicana pudo barrer paulatinamente con ese modo de vida, aunque sin lograrlo completamente hasta la fecha.

Más allá de la discusión sobre la pertinencia del concepto de modo de producción asiático para caracterizar a las civilizaciones precortesianas del altiplano mexicano, interesa observar que un rasgo de ese modo de producción es reiterado en la vida nacional del siglo XIX mexicano, sobre todo durante la así denominada “época de anarquía” que le toca vivir y forjar a Santa Anna desde 1822 a 1856. En efecto, “las revoluciones en el cielo” político de la sociedad contrastan con la estabilidad casi inmovible de la base, lo que según Marx caracteriza el comportamiento global del modo de producción asiático.<sup>11</sup>

De tal manera, son resortes psicológicos, políticos, culturales y económicos de los grupos en el poder que viven en el cielo de la sociedad y que giran en torno a intrigas de palacio, los que explican la aceptación, repudio y recepción de Santa

<sup>9</sup> *Idem.*

<sup>10</sup> René Barbosa, *La estructura económica de la Nueva España 1519-1810*, capítulo 2, inciso I.2., p. 117 y ss. Asimismo mi *Perfil del traidor*, parte 1, sección tercera, capítulo XVI, “El mundo despótico-oriental del México independiente (1821-1856)”.

<sup>11</sup> *Cfr.* Karl Marx y Friederich Engels, *Sobre la India*.





Anna para las labores de gobierno, y sobre todo de dirección militar; pues éste es el gran trabajo social<sup>12</sup> requerido para cohesionar masas tan heterogéneas de población y tan extenso territorio como el de México hasta su cercenamiento por la invasión estadounidense.

En este sentido, Santa Anna es funcionalmente un caudillo, si no lo es por sus características psicológicas, morales y políticas.

3. Quisiera volver ahora sobre el presunto estilo político de Santa Anna. Querré leer libremente la censura de Enrique Serna al “nacionalismo bravucón” y al “populismo electoral”. Libremente significa aquí intentando entresacar significados que Enrique Serna no ha querido plasmar pero podrían ponerse en juego a propósito de esas frases. Diremos no al “nacionalismo bravucón” y no el “populismo electoral”. ¿Por ser nacionalismo y populismo o, más bien, por ser bravucones y electoreros? Y, entonces, ¿sí al nacionalismo y el populismo de otra índole? Las cuestiones de fondo aquí son: ¿el discurso político mexicano debe ser nacionalista o no? Y, ¿no debe ser beligerante en contra del imperialismo porque eso lo señala como bravucón? En todo caso, en 1847 Santa Anna no fue auténticamente beligerante contra Estados Unidos. Su truco fue aparentar que combatía a la invasión cuando más bien la ayudaba. Por supuesto, se la puede ayudar abiertamente o secretamente sin aparentar que se la combate. Me pregunto si no ser nacionalista ni populista apunta a este modernísimo o posmodernísimo cinismo.

Santa Anna para poder apoyar la invasión estadounidense tuvo que aparentar que la combatía. ¡Pobre! Su desventura fue no haber vivido en un tiempo como el nuestro, en que los tecnócratas posmodernos neoliberales ya no necesitan aparentar nacionalismo ni antiimperialismo yanqui, y pueden secreta o abiertamente entregar sectores de la economía, la política y la cultura nacionales, a lo más justificando el hecho técnicamente o aludiendo falazmente a la necesidad de la economía, de la política o de la cultura modernas porque ya son “globales”.

4. El trazo de Santa Anna en los acontecimientos de la guerra del '47 es sumamente aleccionador acerca del sentido que tiene para el pueblo y muy especialmente para el proletariado desarrollar una conciencia nacionalista. Fijémonos en el proletariado.<sup>13</sup> Sería insulso creer que la conciencia de clase proletaria debiera desentenderse del nacionalismo y permanecer indiferente o aun avalar la hipocresía de Santa Anna cuando éste aparentó defender a la patria pero en verdad la traicionaba, o que estuviera de acuerdo o le fuera indiferente el que el tecnócrata cínico posmoderno traicione a la patria sin aparentar patriotismo. Más bien es el auténtico nacionalismo el que acompasa con la perspectiva del proletariado; ni su denegación ni su simulación ni la indiferencia ante él. La necesidad del nacionalismo para el desarrollo de la

<sup>12</sup> Cfr. mi *Perfil del traidor...*, parte I, sección tercera, capítulo XVI, “El mundo despótico-oriental del México independiente (1821-1856)”.

<sup>13</sup> Cfr. *Ibid.*, parte III, capítulo I, “Nacionalismo y proletariado”.



lucha específicamente proletaria resalta cuando captamos que para la burguesía existen situaciones en las que prefiere defender a la propiedad privada incluso a costa de hundir a la nación. Es aleccionadora la actitud de los grupos dominantes mexicanos ante la guerra de castas de Yucatán, o cuando la población se armó contra los invasores estadounidenses; o el modo en que la burguesía y la aristocracia terratenientes poblanas confraternizaron con el general Scott, etcétera. El caso clásico y ejemplar ocurrió en Francia en 1871, con una burguesía interesada en ahogar en sangre a la Comuna de París. Mario Rivera<sup>14</sup> lo señala nítidamente y con ello arriba a la necesidad de una postura nacionalista proletaria, cuando dice: “La capitulación de Francia ante los ejércitos de Bismarck mostró, por si hiciera falta, que para la burguesía francesa era más importante mantener el orden de la propiedad privada frente al proletariado insurrecto que conservar la soberanía del territorio ante el militarismo prusiano”.<sup>15</sup>

Sin embargo la burguesía también puede y ha sido nacionalista tanto en México como en el mundo, lo cual no solo posibilita una coincidencia de las posiciones proletarias y las burguesas o, mejor, una alianza, sino la necesidad de especificar el tipo de nacionalismo que debe desarrollar el proletariado más allá de la necesidad genérica que tiene de adoptar una postura nacionalista.

La cuestión del nacionalismo no solo es una cuestión clasista ni aun nacional sino internacional y determinada por la geopolítica de la zona en la que se encuentre situada una nación y una clase determinadas. México frente a Estados Unidos, cuando éste fuera un país capitalista más progresista que el capitalismo de Europa en el siglo XIX, no es lo mismo que México hoy frente a Estados Unidos en tanto país hegemónico que despliega formas decadentes neofascistas de dominio hemisférico y mundial. Y la posición proletaria, en lo que tiene de nacionalista, varía en ambos casos, aunque retenga el principio proletario general de lucha contra la explotación de plusvalor y contra el colonialismo,<sup>16</sup> así como de afirmación de las condiciones cualitativas de reproducción económica, social, política y cultural de la clase obrera en condiciones históricas dadas. Las paradojas de la situación geopolítica de México, de su burguesía y su proletariado resaltan si asumimos que este país forma parte de la zona de influencia de Estados Unidos; así que, conforme más poderoso ha sido éste, más difícil ha sido para México zafarse de esa influencia, y además ésta ha sido no solo negativa sino positiva para el desarrollo del capital mexicano.

Atento a estas paradojas, Mario Rivera dice que “la burguesía liberal mexicana optó por la alternativa progresista cada vez que decidió subordinarse a la expansión del mercado norteamericano frente a la otra posibilidad de morir con la vieja Europa

<sup>14</sup> En su “El fin de la democracia (Apuntes sobre la formación del Estado norteamericano)”.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>16</sup> *Cfr.* la puntualización sobre la política proletaria en su vertiente básica (anticapitalista internacionalista) y en su vertiente suficiente (antiimperialista nacionalista), etcétera, en mi *Perfil del traidor*, parte III, capítulo I, “Nacionalismo y proletariado”.



y ante la imposibilidad práctica de cualquier opción socialista”.<sup>17</sup> Esto es válido solo para buena parte del siglo XIX, ya que el capitalismo estadounidense era más progresista que el europeo —aunque solo comparativamente era mejor, pues no dejaba de ser imperialista—; así que México ha luchado por su independencia nacional con ahínco, sobre todo frente a Estados Unidos, y ésta ha sido la alternativa progresista óptima para nosotros, más allá de los magros resultados obtenidos cada vez. En realidad ni siquiera para la burguesía liberal mexicana la subordinación a Estados Unidos ha sido una “opción” sino que se ha visto obligada a aceptarla a veces de buen grado (como Lorenzo de Zavala en Texas, etcétera) otras mal que le pesara. La salida nacional independiente es tanto más necesaria para el proletariado nacional por el hecho de que dos amos superpuestos son peores que uno solo, o que uno y medio, así como que la mera explotación es menos lesiva que la explotación a la que se le suma la humillación colonial.<sup>18</sup>

Sin embargo, otra paradoja es cierta. “La llamada burguesía progresista nacionalista [esa que insistiría en la opción independiente] quedaba rebasada por sistema desde la izquierda por aquellos que se ligaban [desde la derecha y el entreguismo, hay que añadir] a la productividad gabacha”,<sup>19</sup> dice Mario Rivera suponiendo que el desarrollo de las fuerzas productivas es en cuanto tal progresista, por las alternativas sociales que abre para el futuro; por ejemplo, porque acerque la posibilidad de socialismo en donde no la había, caso de México. Lo cual en general no es falso, solo que las alternativas futuras, por ejemplo de socialismo, se pueden obtener también por otros medios y no solo sometiendo al país al colonialismo en tanto alternativa presente. Por eso la izquierda auténtica no es la que fetichiza objetivísticamente a las fuerzas productivas sino la que las valora como progresistas —cuando lo son objetivamente— en conexión con las opciones del sujeto social que hace la historia y es la “fuerza productiva más poderosa”, si hablamos de la clase revolucionaria de una sociedad<sup>20</sup>, y si no, es una fuerza productiva más a tomar en consideración.

Aquí basta con insistir en el desarrollo de la posición nacionalista revolucionaria por parte del proletariado, más abajo podremos discutir sus peculiaridades. El curioso efecto observado por Mario Rivera deriva de la situación geopolítica mexicana y no de que el nacionalismo, incluso el burgués, esté equivocado frente al imperialismo estadounidense.

Por todo ello, sería erróneo creer que al proletariado mexicano, en cuanto logra desarrollar una conciencia y una práctica revolucionaria auténtica, le estaría vedado aliarse a la burguesía mexicana nacionalista, o el desarrollar una postura nacionalista propia, sea que luego se aliara o no con esa burguesía o con otros sectores. Más

<sup>17</sup> Mario Rivera, *op. cit.*, p. 40.

<sup>18</sup> Cfr. Jorge Veraza Urtuzuástegui, “Nacionalismo y socialismo”, en *Lucha por la nación en la globalización ¿Quién lucha y por qué tipo de nación?*

<sup>19</sup> Mario Rivera, *op. cit.*, p. 40.

<sup>20</sup> Cfr. Karl Marx, *Miseria de la filosofía*, páginas finales.



bien, lo recomendable para el proletariado mexicano es completar su conciencia de clase revolucionaria y su práctica respectiva anticapitalista con una perspectiva antiimperialista y a la vez nacionalista en posibilidad —que no en obligación— de aliarse con los sectores de la población que sea necesario para llevarla adelante. Obvio es decir que el nacionalismo proletario revolucionario no se confunde con el nacionalismo en general ni con el nacionalismo burgués en particular, ni aun con el nacionalismo revolucionario burgués en singular.

Ateniéndonos al desarrollo de las fuerzas productivas sin tomar en consideración como fuerza productiva al pueblo y al proletariado en particular y, aun, a sectores pequeño burgueses, a campesinos e indígenas y a la burguesía no directamente involucrada en el grupo oligárquico nacional, uno puede creer —como ha insistido la derecha en México— que el ideario del conservador Lucas Alamán —a ser realizado con un Santa Anna a la cabeza— es más progresista por realista que el ideario liberal republicano federalista mexicano y sus variantes desde 1829 —año en que Alamán fomentó la economía capitalista del país con su Banco de Avío— hasta la fecha.

El error en esta valoración no solo estriba en que obvia las condiciones de vida de la población y a ésta como fuerza productiva sino que además asume las ilusiones y equivocaciones del ideario liberal como lo que sería el liberalismo en cuanto tal y como determinante esencial del tipo de nacionalismo que corresponde a ese liberalismo. Sin embargo, el desarrollo capitalista posterior del país y de ese liberalismo resanó no poco errores e ilusiones previos, a la par que creó nuevos, asumiendo abierta o veladamente ideas de Lucas Alamán y otras como las de Flores Magón. Quienes en distintos diapasones también forjaron posiciones nacionalistas, no solo progresistas, por observar el desarrollo de las fuerzas productivas (Lucas Alamán) o el de las condiciones de vida del pueblo (Flores Magón).

Las paradojas del desarrollo capitalista nacional e internacional imperialistamente determinado, aunadas a las paradojas geopolíticas de la situación mexicana obligan a matizar —y no tanto a rechazar en bloque—, las posibilidades del discurso liberal nacionalista así como, diferencialmente, las de un nacionalismo revolucionario proletario. Por eso cabe extremar la paradoja observada por Mario Rivera cuando dice: “la alianza entre el Estado norteamericano y la burguesía revolucionaria de México ha sido básica hasta ahora en el esquema hegemónico de la estrategia norteamericana”,<sup>21</sup> mencionando que esa “alianza” —a explicitar como factor objetivo resultante— también ha favorecido al desarrollo capitalista mexicano, según lo ha demostrado Gabriel Robledo Esparza<sup>22</sup> con base en los esquemas de acumulación de capital elaborados por Marx.

<sup>21</sup> Mario Rivera, *op. cit.*, p. 40.

<sup>22</sup> En su *El desarrollo del capitalismo en México*.



Lo anterior no significa que un desarrollo nacional independiente no hubiera sido más conveniente para el desarrollo capitalista del país. Más aún, ese desarrollo capitalista habido en México, determinado por su acompasamiento al de Estados Unidos por razones geopolíticas de fondo —no solo por la proclividad entreguista de tal o cual representante de la burguesía—, y, por tanto, ligado a la “productividad gabacha”, ha ocurrido a costa del pueblo mexicano. Y bien, lo que hay que cuidar al tratar de todo desarrollo de la productividad, es si este beneficia al pueblo, al proletariado en particular, y no es un desarrollo a costa del pueblo y el proletariado, la fuerza productiva que tiene a la vista en primer lugar el discurso comunista por antonomasia: el de Marx.

Resulta evidente que la posición proletaria no es santánica ni puede convalidar actuaciones como las de Santa Anna —ni le son indiferentes—, que imbrican hipócritamente los intereses de la burguesía nacional con los de Estados Unidos. Y recordar la existencia de Santa Anna es saludable pues la conciencia de clase proletaria puede confundirse y perder de vista cómo desarrollar su proyecto revolucionario. Y bien, ¿cómo recordar a Santa Anna?

#### ¿ES SANTA ANNA EL SEDUCTOR DE LA PATRIA?<sup>23</sup>

1. La metáfora, aunque sugestiva, es inapropiada. Nos pone en una situación incómoda por risible, análoga a esas pinturas medievales del nacimiento de Jesús, en donde María, Jesús y los reyes magos se encuentran ataviados con ropajes del siglo XIII d.c., María como gran dama y José como duque, y toda la escena se sitúa en un portal de una ciudad gótica. La metáfora, en efecto, sugiere dos inexistencias como existentes. En primer lugar, ¿cuál patria? Los habitantes del extenso territorio del México posterior a la independencia carecen de la conciencia y el sentimiento involucrados en lo que sería propiamente una patria. Las clases pudientes se orientan hacia el extranjero, Europa o Estados Unidos; los indios y mestizos se hallan marginados por completo de la política. La situación comienza a cambiar decisivamente solo después de la guerra contra Estados Unidos y del cercenamiento de más de la mitad del territorio nacional. Así que para construir la idea involucrada en la frase “el seductor de la patria” exportamos desde el presente hacia el pasado lo de “patria”. En el novelista Enrique Serna y en el historiador Enrique Krauze la frase tiene el corte de una edición cinematográfica o de un truco escénico. Más que sugestiva, ella sí es seductora, como muchos de los objetos del consumo ofrecidos por la publicidad en los medios de comunicación de masas. Santa Anna se vuelve aceptable si lo asociamos con sugerencias sexuales de preferencia orales o genitales, al modo en que la publicidad pretende nuestra fidelidad a una marca de cigarrillos o de licores.

<sup>23</sup> Título de la novela de Enrique Serna (*op. cit.*), quien retoma la frase que troquelara Enrique Krauze en su *Siglo de caudillos*, “reformulando esa idea de Justo Sierra” (p. 9).



Hacia la última presidencia de Santa Anna (1853-1856) el territorio y el pueblo mexicanos no eran todavía una patria; solo en el curso de la invasión francesa —no en su inicio (1862)— este pueblo se verá forzado a devenir patria para lograr expulsar a los invasores y destronar a Maximiliano de Habsburgo, usurpador del gobierno de la República en calidad de presunto emperador. Es la gesta de Juárez, con su gabinete trashumante, la que va cohesionando al pueblo política, cultural y militarmente contra el enemigo.

Si hubiera existido México como patria podría hablarse de Santa Anna no como su seductor sino como su violador. En efecto, la ambición de Santa Anna deprimió al pueblo de México; su protagonismo romántico y de bombo y platillo lo deslumbró y desconcertó; su autoritarismo y cesarismo lo esclavizaron; su concepción lo prostituye y su traición a ese mismo pueblo que aún no era patria es como la violación pederasta de una niña que aún no es mujer; su traición sodomizó al pueblo de México pero jamás lo sedujo.

La escena santánica no es romántica más que superficialmente. En verdad —en lo que a las clases pudientes se refiere, que no a las mayorías— es sadomasoquista y finalmente ultrajante, pues la víctima no goza en el dolor; simplemente fue mancillada.

2. La estructura esencial de la situación política del país en la hora de Santa Anna consiste en que todas las propuestas, fueran de un partido u otro, “dependían de aquella `manifestación directa de la voluntad popular´ que Santa Anna, el propietario del ejército y del sillón presidencial, encarnaba. Y éste, `proclamando hoy unos principios y favoreciendo mañana los opuestos; elevando a un partido para oprimirlo y anonadarlo [y] después levantar al contrario´, los tenía a todos `como en balanza´, es decir, impotentes, derrotados”.<sup>24</sup> La captación de Enrique Krauze de Santa Anna como “propietario del ejército” en el México de entonces y, por ende, de la presidencia, es justa; pero se opone a la visión de Santa Anna como seductor de la patria, visión que fascinó al mismo Enrique Krauze y luego a Enrique Serna.

El Estado y el ejército —su brazo violento— en tanto concentración de poder sometiente y violento, a veces de rasgo paternalista —como lo deseaba Lucas Alamán, admirado por Santa Anna—, logra decantar en el inconsciente colectivo como poder fálico paterno. De suerte que si del lado del pueblo hubiera fascinación por Santa Anna —en especial a propósito de la guerra del ´47— ello supondría la conformación de un complejo de Edipo nacional como factor preliminar a la consolidación de una idea redonda de patria y de un patriotismo correspondiente. Ese Edipo nacional sugiere —en la fascinación ante el caudillo— una homosexualidad latente mexicana, misma que aflora al modo de una reiterada negación de la misma, de un conjurarla en la obsesiva insistencia en que sí eres macho y en que seas macho; o qué, ¿no eres macho? Pues debes serlo, etcétera.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 257.



En el interior de la familia mexicana la madre debe ser auxiliada en ausencia del padre, el cual regresa con sus atropellos y violencias, así que debe ser protegida contra él. Y ahí tienes a los niños atemorizados esforzándose por defenderla y entre tanto temiendo el regreso violatorio del padre, cuando alguna vez se le tuvo cariño y se lo esperó con ansia. Aquí se teme a un amo, a un padrote, a un violador. Esta pesadilla no es lo que la polisémica palabra seductor sugiere en la acepción utilizada en aquello del romántico “seductor de la patria”.

3. El carácter de Antonio López de Santa Anna se forja en su infancia. Por un lado, como niño sobreprotegido por su madre frente a un padre rígido y autoritario<sup>25</sup> y, por el otro, en la competencia siempre perdida frente a su hermano, más alto y guapo y preferido por aquellos;<sup>26</sup> por lo que la ambición de Santa Anna es internamente frustrada y llena de ira. De tal modo, Santa Anna se pavonea para seducir pero es repelente, y si deslumbra de entrada no por ello logra seducir; de lo contrario su recurso no sería la violación.

<sup>25</sup> *Cfr.* Jorge Veraza Urtuzuástegui, “¿Qué clase de sujeto es Santa Anna?” en *Perfil del traidor*, parte I, capítulo V.

<sup>26</sup> *Cfr.* la referida entrevista a Enrique Serna realizada por Cynthia Palacios.







## CAPÍTULO 5

### EL FETICHE SANTA ANNA Y LA LUCHA CONTRA LA CORRUPCIÓN (AD ADOLFO AGUÍLAR ZÍNser)

El del santannismo, era un pueblo sin entusiasmo por su nación, sin muchas ganas de edificar su futuro. Aquel México —tan parecido al del salinismo y el zedillismo, tan similar al México perdido, devaluado y quejumbroso que tenemos ahora— se desorientó de tal manera que hechó por la borda oportunidades excepcionales de construir una nación fuerte y desperdició un tiempo precioso.

Adolfo Aguilar Zínser

1. Adolfo Aguilar Zínser<sup>1</sup> denunció con gran tino la corrupción de la administración de Zedillo asociándola históricamente con las once presidencias de Santa Anna. El “autoritarismo dictatorial” de Santa Anna —dice— tiene un lado blando según el cual Santa Anna “robaba y dejaba robar”.

La corrupción tiene en México un continuo histórico, un hilo conductor que viene de muy atrás, de los vestigios combinados de nuestra civilización india, mestiza y criolla [...]

En el caso de México, sí existe una relación muy estrecha entre el autoritarismo y la corrupción, entre la falta de democracia y la deshonestidad gubernamental. En efecto, el régimen presidencialista posrevolucionario configuró sus mecanismos de poder y autoridad de tal manera que la corrupción pasó a ser, quizá la más valiosa y perversa herramienta de la gobernabilidad.<sup>2</sup>

Adolfo Aguilar Zínser enarbola una lucha por la democracia. Descubre el gozne entre antidemocracia y corrupción y señala inteligentemente a la corrupción como forma encubierta y atemperada de represión política. Puedo añadir que ambas degradan al que las sufre.

La corrupción —manifiesta en sobornos directos e indirectos, en la cooptación, en los programas de inversión y dádivas públicas, en el ofrecimiento de canonjías, concesiones, plazas, cargos y privilegios— sustituyó con gran eficacia a la represión como mecanismo

<sup>1</sup> Adolfo Aguilar Zínser, “El compromiso de combatir la corrupción”, en *Los compromisos con la Nación*.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 85.



de control político y como arma para neutralizar a grupos sociales y a muchos detractores y adversarios del régimen. Se reprime no a quien ofende, contraviene o conjura contra el gobernante, sino a quien no se deja sobornar, a quien no tiene precio. [...] El régimen logró, en efecto, con el uso selectivo y ejemplar de la fuerza, reprimir relativamente poco; y con el abuso indiscriminado y absolutamente discrecional del tesoro público, corromper mucho y conservar el poder, disgregar a sus oponentes, diluir la inconformidad y contener las demandas sociales. Debido precisamente a su inmenso valor político y a su muy extensa base de sustentación cultural y social, la corrupción adquirió en México un carácter sistémico; es decir, se encarnó, por propio derecho y con su propia lógica, en la estructura institucional del Estado, en su andamiaje jurídico y en la esencia misma de las funciones públicas. [...] Análogicamente podemos decir que la *corrupción* ocupa en México el papel que la *represión* cumplió en las dictaduras militares de países como Chile, Argentina o Brasil [...]. La corrupción es a la vez herramienta de gobierno y fórmula para la distribución y ensanchamiento del poder.<sup>3</sup>

La corrupción del gobierno mexicano tiene modelo y origen en Santa Anna,<sup>4</sup> cuyo autoritarismo dictatorial apunta a proteger la impunidad necesaria para que la corrupción funcione como mecanismo estructural del sistema; no se trata pues de un mero capricho o estilo personal de los presidentes en turno.

En México el atributo que mejor califica la corrupción, lo que mejor explica su alcance y profundidad, es precisamente la impunidad. Por tanto, el combate a la corrupción deber ser simultáneamente un combate inmisericorde contra la impunidad [...]. El sistema ha desarrollado una impenetrable coraza de impunidad; no simplemente, como ocurre en otros regímenes autoritarios, para conservar las riendas del Estado y ejercer holgadamente el poder e imponer los sucesivos estilos, doctrinas e ideologías presidenciales de gobierno: la impunidad se afianza y se perfecciona sin cesar para que los mecanismos cruciales de gobernabilidad que dependen de la corrupción, los amarres que descansan en las facultades discrecionales de la autoridad para disponer de los bienes públicos, no sean desmantelados; para que las responsabilidades no sean develadas, para no rendir cuentas, para no responder ante la ley, para no pagar, para no restituir lo que se han llevado, para que el patrimonio acumulado por las dinastías de la corrupción no corra peligro.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 86-87.

<sup>4</sup> Enrique Krauze hace de esto un cuadro idílico al observar solo los rasgos carismáticos de Santa Anna: "El poder *en roi* de Santa Anna se originaba en parte en su magnetismo personal (‘la mirada es todo en Santa Anna: inquiere y agarra con ella’, diría Prieto), pero también en la fidelidad con que su persona—su personaje—reflejaban el ánimo y las actitudes cortesanas, providencialistas, ‘relumbronas’ y apostadoras de aquella sociedad, sobre todo en sus minorías criollas. Santa Anna representa la aportación específica de México al caudillismo latinoamericano del siglo XIX, la versión mexicana de esa plaga de ‘hombres fuertes’ que desde las pampas argentinas hasta el río Bravo llenó el vacío que dejó al hundirse el orden imperial de España” (*op. cit.*, p. 143).

<sup>5</sup> Adolfo Aguilar Zinser, *ibid.*, p. 88.



Dispersa y difusa como es la corrupción, ésta gira en torno de un centro garante de la impunidad: el Poder Ejecutivo, la presidencia de la República.

Esa fortaleza que resguarda la corrupción pública y fomenta la corrupción privada se edificó sobre los viejos pilares del caudillismo, con los amarres corporativos de la Revolución, con las trabes de la burocracia, y hoy cuenta con los refuerzos estructurales de una tecnocracia financiera y de asociación estratégica del Presidente de México con el poder político de Estados Unidos. Tras esa fortaleza están amurallados también, prácticamente en calidad de rehenes o de siervos, los poderes legislativo y judicial, y por tanto se encuentran cancelados, derogados en la práctica, todos los controles y los contrapesos constitucionales.

El Poder Ejecutivo defiende con ahínco la impunidad; ella es su alimento político básico y su razón de ser [...]. Hasta ahora ningún presidente, incluido Ernesto Zedillo, ha tomado ninguna determinación política ni ha hecho ninguna reforma al poder público que ponga verdaderamente en riesgo las facultades discrecionales y los parapetos de su propia impunidad [...].<sup>6</sup>

2. Los mecanismos del poder que sirven para arraigar la represión política de forma atemperada que es la corrupción, no solo explican rasgos decisivos de las personalidades de Santa Anna y otros gobernantes mexicanos, así como la necesidad estructural de la corrupción y la impunidad en tanto rasgos distintivos del esquema de acumulación de capital; también explican la curiosa connivencia del ejecutivo en turno y toda su administración con la gesta de Santa Anna. Encubrir a Santa Anna, por propio interés redundaba en *generar un mito* y una emanación fetichista del poder que todos deben respetar. La impunidad fetichista de Santa Anna es la cara ideal de las sucesivas impunidades que requiere la corrupción sistémica del aparato del poder.

La historiografía mexicana, haciéndose de la vista gorda —como hemos visto en el capítulo 1 del presente trabajo—, escenifica la corrupción del burócrata al que se le pasa debajo de la mesa el billete para que agilice el trámite.

3. Santa Anna poseía el estilo personal adecuado a esta función, pero desaparecido Santa Anna la maquinaria de la impunidad funciona por sí misma troquelando adecuadamente al títere en turno que la administra, Carlos Salinas de Gortari u otro. Por ello, Adolfo Aguilar Zinser añade: “El Poder Ejecutivo sigue, aunque el presidente Zedillo no lo sepa, no lo vea, o no lo escuche, fomentando la corrupción, perfeccionándola, promovéndola, resguardándola”.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 89.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 96. “El presidencialismo mexicano es, precisamente hablando, una de esas formas tradicionales [“premodernas del autoritarismo político”] opuesta a la modernización política.” Dice atinadamente Alfredo Velarde en “Las ilusiones de la sucesión”, publicado en *Autonomía*, p. 4. El presidencialismo mexicano hunde sus raíces, por un lado, en el despotismo de tipo oriental que caracteriza a la civilización azteca y caracterizó en gran medida a la Colonia y aún los primeros años del México independiente; y, por otro, en la situación geopolítica mexicana determinada definitivamente ante el “coloso del Norte”. Por lo



La consecuencia que debe sacarse de esto no es quitarle responsabilidad a Zedillo o a Santa Anna porque son engranajes del sistema de dominio político, sino observar, que si bien son responsables y a fondo, no son la causa estructural del suceso corrupción/impunidad.

La política en México —siendo el Estado el principal factor directo de la acumulación de capital en el país, no solo el que la fomenta— reproduce la dialéctica de riqueza y miseria de la economía capitalista para acumular capital a costa de la explotación de plusvalor a la clase obrera.<sup>8</sup> Por ello “la impunidad hace posible que mientras más miseria y desempleo haya en el país, más lucrativa sea la delincuencia amparada en el poder público”<sup>9</sup>. Este mecanismo logra perfección en la narcopolítica, pues el narcotráfico no solo es una empresa de delincuencia sino una industria tan productiva como puede ser la producción de acero. Digo que adquiere perfección porque no se trata simplemente de robar y distribuir de nuevo modo la riqueza ya existente sino de producir nueva riqueza.

#### 4. Adolfo Aguilar Zínser concluye diciendo:

Me pregunto, y pregunto: ¿llegó ya la hora de decir basta? Ojalá. Las razones para que así sea abundan; son tan evidentes y cuantiosas, tan conocidas por todos, que sobra enumerarlas. Si así fuera, debemos ya comenzar a hablar de lo que habrá que hacer para combatir la corrupción. Luchar frontal y eficazmente contra ella, esclarecerla, desenmascararla, castigarla, prevenirla, son algunas de las mejores cosas, de las más trascendentales pero también de las más difíciles y peligrosas que los mexicanos de hoy podríamos hacer por nosotros mismos y por nuestros descendientes. Éste es un compromiso grande e inaplazable con la nación.

Luchar frontal y eficazmente contra ella, esclarecerla, desenmascararla, castigarla, prevenirla, son algunas de las mejores cosas, de las más trascendentales pero también de las más difíciles y peligrosas que los mexicanos de hoy podríamos hacer por nosotros mismos y por nuestros descendientes. Éste es un compromiso grande e inaplazable con la nación.<sup>10</sup>

Evidentemente, documentar los crímenes de Santa Anna forma parte de la labor entrevista por Adolfo Aguilar Zínser.

Ahora bien, Adolfo Aguilar Zínser no profundiza en la caracterización de Santa Anna. Del mismo modo que cuando señala atinadamente que la corrupción y la

que también ha sido factor de la modernización del país. Velarde tiene razón en repudiarlo pues no es la mejor forma histórica que pudiera tener la modernización; si constituye un freno y deformación relativos de ésta, hoy casi la detienen en seco. Además, el presidencialismo en general no solo el mexicano en particular, se va convirtiendo en la forma predilecta de estilo de gobierno de los países capitalistas conforme avanza la globalización del capitalismo y éste requiere de formas cada vez más despóticas para administrar la miseria de los pueblos.

<sup>8</sup> Karl Marx, “La ley de la acumulación de capital”, en *El capital, op. cit.*, tomo I, Capítulo XXIII.

<sup>9</sup> Adolfo Aguilar Zínser, *op. cit.*, p.96.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 97.



impunidad son estructurales y que proseguirían aunque no estuviera, por ejemplo, Zedillo al frente de ellas,<sup>11</sup> saca luego una consecuencia equivocada consistente en casi exculpar a Zedillo o a Santa Anna. O bien señala que no se trata de una lucha revanchista contra ciertas personas, y por no ser revanchista Adolfo Aguilar Zínser retrocede, se niega incluso a responsabilizar personalmente a nadie.

En realidad Adolfo Aguilar Zínser propone la lucha contra la corrupción en sustitución de la lucha revolucionaria. Pues sugiere que si la corrupción prosigue la violencia popular se desencadenará irremediabilmente.

Adolfo Aguilar Zínser pretende un cambio de régimen pero ordenado y pacífico, pues una lucha violenta contra los detentadores claros del poder pondría en peligro la transición a la democracia.

En un clima así podrían generarse reacciones defensivas muy violentas que darían al traste con las posibilidades inmediatas de una transición democrática ordenada y pacífica.

De hecho, entre los mayores riesgos de la violencia que corre México en este difícil trance no están solo los posibles brotes violentos de inconformidad popular por el castigo económico impuesto por el régimen; más concretos, ominosos e inminentes son los ataques al orden institucional y los crímenes que muchos de los responsables de la corrupción podrían perpetrar para protegerse.<sup>12</sup>

5. Adolfo Aguilar Zínser justifica este proceder sugiriendo, como De la Madrid, que “la corrupción somos todos”: “La responsabilidad por la corrupción imperante es general; es una responsabilidad compartida por el Estado y por la sociedad.”<sup>13</sup>

Evidentemente en este punto Adolfo Aguilar Zínser solo ve la corresponsabilidad entre el que cohecha y el cohechado pero olvida la conexión esencial entre corrupción e impunidad y la gestión centralizada de ésta desde el poder estatal y no desde la sociedad.<sup>14</sup> “La culpa nos alcanza a todos”<sup>15</sup> es frase suicida y falaz que le hace el juego a la impunidad hasta cuando intenta denunciarla.

Adolfo Aguilar Zínser quiere que los corruptos e impunes cooperen y pacten en vista de protegerse de una revolución social que, eso sí, nadie quiere. “Es decir, que la transición no ocurre en el marco de una ruptura revolucionaria.”<sup>16</sup> Adolfo Aguilar Zínser apuesta todo a la “conjunción de voluntades”, pues cree haber demostrado que la lucha contra la corrupción le conviene al PRI.

<sup>11</sup> Recuérdese la idea ya comentada de Bernardo González Rodarte de un priísmo aún sin PRI.

<sup>12</sup> Adolfo Aguilar Zínser, *op. cit.*, p. 102.

<sup>13</sup> *Idem.*

<sup>14</sup> La ecuación Santa Anna = México, presente en el sentido común y en parte de la historiografía mexicana sobre el tema subyace a ésta entre el cohechado y el cohechador.

<sup>15</sup> Adolfo Aguilar Zínser, *op. cit.*, p. 101.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 104.



6. Por otro lado, piensa que la acción partidaria —no solo la del PRI sino sobre todo la de la oposición— no es el factor que ofrezca la solución sino más bien la lucha parlamentaria.<sup>17</sup> La solución es que “seamos todos policías de nuestras autoridades”.<sup>18</sup>

“Démole esa información a los periódicos”, seamos, “una gigantesca contraloría social de la nación”. “Enterremos el espectro de Santa Anna”, concluye Adolfo Aguilar Zinser.<sup>19</sup> De tal manera renuncia a la politización de la sociedad y se inclina mejor por la sociedad policíaca, eso sí, por la buenas; y no puede sino figurar una utopía de militarización de la sociedad, precisamente en los momentos en que la impunidad gubernamental construye en la práctica una militarización de la sociedad por las malas.

Al respecto cabe citar el agudo señalamiento de Bernardo González Rodarte quien propugna por “un gran frente opositor antipriísta de la sociedad civil organizada que puede comprometer a los candidatos y a los partidos a impulsar en los siguientes tres años una auténtica reforma constitucional”.<sup>20</sup> Pues —según él— “la única posibilidad de que no se imponga una fórmula frankenstein de un priísmo sin PRI, es que la democracia participativa realmente avance y se negocie una plataforma de transición que permita establecer candados para mantener al monstruo priísta enrejado, mientras se organiza una reforma estructural que empiece con transformar la Constitución para quitarle su sello priísta por medio de un Constituyente”.<sup>21</sup> Propuesta que se sitúa evidentemente en la línea de un nacionalismo revolucionario proletario inclusivo de una vena democratizadora radical aplicable aún dentro del capitalismo o que no espera a que éste sea derrotado para entrar en escena.

7. He aquí un fenómeno multívoco propio de los efectos del fetichismo de un personaje histórico como lo es Santa Anna u otros jefes del Ejecutivo de la nación. Como sus actos personales tienen efecto general y objetivo en toda la nación, de suerte que la informan y aun la conforman, puede hablarse de algo general.

El fenómeno es multívoco, pues posibilita varias maneras de asumir esa generalidad de modo que evite la responsabilidad a Santa Anna o al corruptor en curso. Así, cuando Adolfo Aguilar Zinser generaliza la responsabilidad de la corrupción a toda la sociedad mexicana, su intervención es equívoca y depende de su línea política reformista y oportunista; mientras que cuando De la Madrid instauró el lema de gobierno de que “la corrupción somos todos” generalizó cínicamente de modo falaz, en acuerdo a su política coercitiva y manipuladora.

Por otro lado, Marx —promotor de una política revolucionaria proletaria— cae en un error de apreciación al creer que los mexicanos son espontáneamente idénticos

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 106.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 107.

<sup>19</sup> *Idem.*

<sup>20</sup> Bernardo González Rodarte, *op. cit.*, p. 4.

<sup>21</sup> *Idem.*



a la forma de los acontecimientos instaurada por la intervención de Santa Anna en ella.<sup>22</sup> Este error de apreciación de Marx no es ni cínico ni equívoco, menos propiciado por bajos intereses inmediatos. No solo es desinteresado y ocurre a gran distancia —lo que atenúa su responsabilidad— sino que además atina parcialmente. Por lo demás, indica a Santa Anna como elemento ejemplar en las huidas. Evidentemente no busca encasillar a los mexicanos en la condición que muestran efectivamente sino que la constata externamente y capta que no se la han podido quitar de encima; se trataría, por supuesto, de que la superaran pero no lo lograrán si no asumen lo que hacen ni cómo es visto desde fuera del escenario nacional. Marx constata igualmente que los estadounidenses muestran un comportamiento diferente que les permite triunfar. Por supuesto, es falaz que este contraste sugiera una mirada racista en Marx,<sup>23</sup> pues el contraste fue real y Marx no busca eternizarlo ni se complace en él; observa de qué lado corre el progreso histórico y busca que los sujetos de los acontecimientos los forjen en lugar de sufrirlos.<sup>24</sup>

8. El fetichismo del Estado se hace valer en la conciencia del liberal Adolfo Aguilar Zínser cuando exalta la transición a la democracia y culpa a todos por igual de la corrupción en lugar de fincar responsabilidades nítidas. Pero Santa Anna no solo es corrupto y quedó impune sino que también traicionó a la nación en tiempo de guerra y esto hay que documentarlo, lo mismo en el caso del resto de gobernantes.

Una forma compleja de recaída en el fetichismo del Estado ocurre desde la izquierda cuando ésta rechaza a rajatabla su participación política en torno a las posiciones de gobierno. Figura atemperada de ella es el fincar responsabilidades a la clase dominante pero no personales de dirigentes políticos particulares. Variante de la misma es fincar responsabilidades clasistas y también personales pero sin diferenciar a unos dirigentes de otros. Injusticia política e histórica que conduce a errores tácticos al creer que el panorama político de la democracia representativa burguesa está cerrado en un momento dado. El cinismo posmoderno y su inherente frustración retro sabe someter a perspectivas de izquierda tales, plenas de autenticidad, pero que descuidan los flancos. De lo que es ejemplar la siguiente idea de Alfredo Velarde:

El drama real que enfrenta la sociedad civil y el pueblo mexicano explotado y oprimido, radica en el doloroso reconocimiento de que, hasta hoy, no hay alternativa alguna en el horizonte político electoral. [Y añade:] Sería calamitoso que el próximo presidente del país fuera un Labastida, un Madrazo, un Bartlett o un Roque Villanueva [todos del PRI], es

<sup>22</sup> Cfr. el comentario al respecto que efectuamos en el capítulo 2 de la parte I del presente libro.

<sup>23</sup> Por ejemplo Pedro Scaron en sus notas a *Karl Marx y Federico Engels. Materiales para la historia de América Latina* y más abundantemente para una crítica puntual a Pedro Scaron en mi “1847-1997. Los escritos de Marx y Engels sobre México”.

<sup>24</sup> Cfr. parte III de este libro.



verdad. Pero ni Cárdenas, ni mucho menos Fox, ni tampoco Muñoz Ledo, poseen la alternativa que el país requiere.<sup>25</sup>

Velarde parece diferenciar entre estos líderes pero redundante en meterlos en el mismo saco; y, lo peor, se queda sin alternativa para las elecciones. Lo que es signo de la debilidad general de la izquierda mexicana, más aún que de una real carencia de alternativa para el pueblo explotado en las elecciones del 2000. Lo que es cierto es que la alternativa que ofrece Cárdenas, por ejemplo, no está mandada hacer para el pueblo explotado ni cumple con el programa máximo de éste; pero es preferible a la alternativa priísta y panista. Y el que sea preferible no significa que deba endiosársela ni que la conciencia popular y proletaria en particular se agote en la forma electiva. La alternativa electoral básica con que el pueblo mexicano y el proletariado en especial cuenta hoy es cerrar el paso a las variantes de Santa Annas que ofrece el abanico político. Y de ahí para adelante; pero no menos que eso perdiendo especificidad política e histórica.

El propio Velarde sabe, en otra parte de su discurso, sentar la premisa política correcta cuando dice que “quienes nos manifestamos porque México consolide una genuina transición hacia una elemental democracia política no debemos, sin embargo, incurrir en la suposición ingenua de creer que una vez ocurrida ésta, con todo lo deseable que resulta, ello habrá de expresarse en que el conjunto de las contradicciones sociales `se resolverán por añadidura´”.<sup>26</sup>

9. El concepto de fetichismo<sup>27</sup> permite ligar las dimensiones sociales, políticas y psicológicas y las económicas y clasistas. El “fetiche Santa Anna” no señala a Santa Anna como fantasma sin responsabilidad sino como sujeto que encubre su acción en los engranajes del poder entretejiéndolos opresivamente con la vida del pueblo.

La estructura política corrupta e impune no solo forma una cultura de la corrupción y una psicología social adecuada sino que se estructura a partir de y para fomentar una forma peculiar de acumulación de capital basada en la explotación de la clase obrera y de todo el pueblo.

De suerte que la solución es necesariamente clasista, ya que la cadena de dominio —de la que la corrupción y la impunidad son goznes— es también clasista, y la lucha por la libertad de los sometidos y explotados no es meramente formal sino que reconoce los contenidos reales puestos en juego. En primer lugar, el contenido económico y el clasista, pero también el contenido político y personal, pues es decisivo el papel de los individuos en la historia, ya que no se trata de meras conciencias sino

<sup>25</sup> Alfredo Velarde, *op. cit.*, p. 4.

<sup>26</sup> *Idem.*

<sup>27</sup> *Cfr.* Karl Marx, *El capital*, tomo 1, capítulo 1, inciso 4, “El fetichismo de la mercancía y su secreto”, pp. 36-47.





de individuos reales con poder material utilizable en un sentido o en otro, así que personalmente responsables de sus actos.

La cultura de la corrupción es inherente a los regímenes clasistas y al capitalista en particular. Pero este modo de vida contiene factores contratendenciales al respecto. Pudiendo faltar o aún existir otros factores que recrudescen la cultura de la corrupción como ha sido el caso mexicano de Santa Anna a la fecha, cuando el priísmo concentra los hilos de la corrupción y los amarra en el presidencialismo. Debemos citar a Bernardo González Rodarte, pues se esforzó en contestar a la pregunta por “¿cuál es el modelo priísta?”. Y contesta:

Pues, el que hemos sufrido durante los últimos cincuenta años: uno que se basa en [1] la corrupción, el corporativismo, el autoritarismo gubernamental, policíaco y militar, la ineficiencia en el manejo de la administración pública; [2] la subordinación a los dictados de los grupos financieros internacionales, [3] el racismo contra los indígenas; [4] la contención salarial de los trabajadores como mecanismo preferido para garantizar la ganancia del capital; [5] la simulación y el engaño en el manejo de los asuntos público; [6] el tráfico de influencias; [7] la incapacidad de planear a mediano plazo para beneficio del país; [8] la insuficiencia crónica de recursos para la educación y los servicios básicos; [9] la compra de los intelectuales críticos; [10] la concentración de la abundante riqueza nacional en manos de empresarios corruptos e incapaces; [11] el control de los medios por vía de los embudos, la propaganda oficial y la corrupción; [12] la alianza con el narcotráfico nacional e internacional bajo una eficaz constelación policía-militares-funcionarios públicos-grandes empresarios, etc.<sup>28</sup>

En este modelo de priísmo vemos combinados aspectos generales característicos del capitalismo con otros que la gestión del PRI ha impuesto. Por ejemplo, todos los que se inscriben dentro del número [1], así como dentro del [3] y del [5], el [6], el [7], el [8], el [9], el [10], el [11] y el [12]. Aunque ésta —la alianza con el narcotráfico— sobre todo, pero no únicamente, en países atrasados. O la concentración de la riqueza nacional en manos de empresarios [10], siendo como es un rasgo general del capital, parece caracterizar al modelo del PRI solo porque los empresarios que la concentran son corruptos e incapaces; aunque habría que insistir en qué son sobre todo corruptores de la burocracia gubernamental de la que obtienen el permiso para el acceso a esos recursos o el aviso oportuno para aprovechar una venta o una compra estatal a bajo precio, etcétera. Así vemos, por otro lado, rasgos capitalistas. Mientras que el [8], la insuficiencia crónica de recursos para la educación y los servicios básicos, es un rasgo propio de todo país capitalista subdesarrollado; así que caracteriza al PRI solo porque éste partido campea en uno de ellos.

<sup>28</sup> Bernardo González Rodarte, “El fantasma de un priísmo sin PRI recorre el país”, en *Autonomía*, p. 4.



Combinar de tal suerte rasgos específicos del PRI con generales del capitalismo tiene el efecto fetichista de creer que el PRI y el priísmo son inamovibles, casi eternos, una “maldición” pues tienen una vigencia y una consistencia tan tenaz como el propio capitalismo o el subdesarrollo capitalista. Otro efecto nocivo consiste en diseñar una estrategia política adecuada solo para una empresa de remoción de un modelo tal que se confunde con el capitalismo, pero negarse a construir otra, encaminada solo a remover al PRI u otra a remover también al priísmo. Con lo que se retrasa incluso la gestión de la estrategia anticapitalista radical en virtud a que no se despliegan estrategias mediante las que se les quite poder al PRI, al priísmo y al presidencialismo, etcétera. La corrupción que les es inherente mantiene su impunidad por este modo al que se obligan quienes más interesados debieran estar en quitársela de encima. De Santa Anna ni hablar en el modelo, no se hace diferencia entre unos presidentes y otros, entre unos candidatos y otros, pero los rasgos capitalistas generales atribuidos al particular modelo del priísmo no parecen ser los más característicos de aquel dictador.

10. La lucha consecuente contra la corrupción alude a una polarización social opresiva y la combate, no pasando a culpabilizar homogéneamente a todos sino polarizando en sentido libertario el pensamiento, la organización y las acciones de las masas.

Así que no cabe detener la buena intención de Adolfo Aguilar Zinser de luchar contra la corrupción, sino desarrollarla hasta que encuentre sus raíces de clase y las fuerzas de clase que la realicen como parte de la lucha de clases y no en sustitución o transfiguración de la misma, alimentando con esto el fetichismo del Estado, incluido el de Santa Anna.

Bien asentada la idea de que es necesario dar el primer paso para que en México se “consolide una genuina transición hacia una elemental democracia política” (Alfredo Velarde), siendo ese primer paso dismantelar el priísmo del PRI, pero es necesario ir más allá. Pues, como bien señala Alfredo Velarde, “quedarnos solo con la bondad política implícita en el arrebató del poder político al inefable PRI, corre el riesgo de dejar de advertir que la democracia genuina, más que alternancia en el poder, significa que, quien mande, lo haga obedeciendo”.<sup>29</sup> Para nuestro tema ello significa que la democracia política genuina es antisantánica, pues los mandatos de Santa Anna no los hizo obedeciendo al pueblo sino manipulando su mandato y sometiéndolo a sus intereses y perspectivas personales hasta volverlo irreconocible.

El factor general decisivo a no confundir en la lucha contra la corrupción política —priísmo y presidencialismo de por medio— cuya genealogía nos reconduce hasta Santa Anna, y en él encontramos una matriz cuyas entradas y salientes nos advierten frente a figuras posteriores menos decantadas, el factor decisivo a no confundir, digo, consiste en la articulación adecuada de la teoría con la práctica políticas. No creer que están desvinculadas, ni reducir la una a la otra.

<sup>29</sup> Alfredo Velarde, *op. cit.*



En efecto, la teoría política, y la revolucionaria por antonomasia, se ocupa de encaminar sus conceptos en referencia a lo óptimo puesto que el suceso bien coincide con la verdad, toda vez que ésta constituye un descubrimiento del mundo en el seno de la relación hombre-naturaleza de transformación práctica. De ahí que Lenin pudiera afirmar que la verdad es revolucionaria en un sentido comunista, ya que no hay verdad sin sujeto humano que la devele, sufra, viva y produzca históricamente. Y no hay sujeto humano en el sentido pleno de la palabra sin un arraigamiento natural, cósmico, cada vez más profundo y no solo procedente de la naturaleza hacia el hombre sino de éste hacia aquella.<sup>30</sup>

Mientras que la práctica política, incluso o sobre todo la proletario-revolucionaria, se encamina no según lo óptimo sino según lo posible. Así que según ciertos principios —por ejemplo el de lo óptimo para la convivencia humana— el quehacer político debe efectuarse en lo posible para apoyándose en éste, así determinado por lo óptimo, intentar crear una nueva posibilidad concreta en la que de nuevo deberá objetivarse lo óptimo, a fin de lograr por aproximaciones sucesivas su realización plena. Esta idea no es necesariamente evolucionista pues lo posible en medio de las contradicciones sociales comúnmente es una revolución social o una revolución proletaria, y aún cabe la posibilidad histórica de la revolución comunista. Nada de esto es fantasía pero todo ello debe tener lugar solo según posibilidades efectivas. Las cuales no se presentan en el marco de la escasez natural y de las sociedades antagónicas en tanto posibilidades arregladas según lo óptimo humano. De ahí la necesidad de la teoría revolucionaria, no siendo jamás suficiente la mera práctica revolucionaria, aunque sea el motor de la realización efectiva de la revolución, siendo para ella importante la teoría.

El fetichismo del Estado y el de Santa Anna en particular apuntan a confundir, ora idealista, ora emocionalmente, el trabajo teórico en lo óptimo con el práctico en lo posible. Ora se cree que ningún dirigente político es lo máximo a esperar. O se cree que ningún dirigente político abre una nueva posibilidad de desarrollo histórico. Ora se cae en la frustración de que lo óptimo es imposible; ora en el ánimo de que solo lo posible vale, y lo óptimo, como el socialismo, es mera utopía imposible y, aun por cierto, una nociva o la más nociva. Todo lo cual vale a la hora en que se habla de nacionalismo y se lo identifica con el burgués y a ambos con el proletariado. O cuando llanamente se cree que no cabe un nacionalismo revolucionario proletario, o que no tiene sentido la lucha democrática del proletariado dentro de la sociedad burguesa, etcétera.

<sup>30</sup> Cfr. Karl Marx, *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844*, tercer manuscrito.





## CAPÍTULO 6

### PUEBLO, NACIONALIDAD Y PATRIOTISMO HOY Y FRENTE A SANTA ANNA

#### 1. NACIONALIDAD AUTODESPRECIADA

“La nacionalidad mexicana [...] arrastra desde su nacimiento un ingrediente de autodesprecio que tenemos que eliminar de nuestra historia”, señala con gran tino Enrique Serna,<sup>1</sup> autor de la novela biográfica *El seductor de la patria*. Y asimismo relaciona atinadamente este defecto con Santa Anna aunque mediante una desafortunada metáfora en la que lo sitúa como “el inventor” de esa nacionalidad. En todo caso, hace la pregunta adecuada: “¿cómo nació ese ingrediente?”. Vale la pena reflexionar su respuesta.

“Nace cuando un gobernante logra erigirse en símbolo nacional y las personas lo creen así: entonces sus defectos y sus debilidades pasan a formar parte de la idiosincracia popular. Esto puede generar la cultura del autodesprecio.”<sup>2</sup> Precisemos la idea, el acto positivo de identificación psicosocial del pueblo con su gobernante puede alienarse en la medida en que ese pueblo también se identifica con los defectos de aquél. Así que se vive idéntico a eso despreciable, de ahí el autodesprecio, si es que se persiste en identificarse con lo negativo.

En realidad, nadie en México se identifica con lo negativo de Santa Anna y aún se lo rechaza en bloque hasta en lo que de positivo pudo tener. No obstante, la nacionalidad mexicana contiene ese ingrediente de autodesprecio, el cual está relacionado esencialmente con Santa Anna, pero de otro modo que el indicado por Enrique Serna. La pérdida del territorio nacional y sobre todo de la guerra contra los invasores norteamericanos constituye la herida esencial de la nacionalidad mexicana. Y con esa pérdida y la humillación que conlleva, incluidas aquí las cobardías, impotencias, desorganización, incapacidad y mezquindades, con todo ello sí que está identificado el pueblo mexicano obligadamente; y se culpa por la pérdida y la humillación, no solo deplora la bota imperialista norteamericana que lo humilló. Subrayo esto pues no necesariamente se arriba al autodesprecio por haber sido ven-

<sup>1</sup> En entrevista a él realizada por Arturo García Hernández en *La Jornada*, México, 28 de septiembre de 1999, p. 35.

<sup>2</sup> *Idem*.



cido y aun humillado sino solo si la derrota y la humillación las atribuye la víctima a su propia responsabilidad.

Santa Anna tuvo responsabilidad principal en la derrota mexicana. Y con sus actos le dio a las batallas el aspecto que éstas mostraron, con huidas, desbandadas, desertiones y actos heroicos desesperados. Su responsabilidad es cualitativamente distinta a la del resto de los mexicanos. Primero, por ser principal en tanto dirigente del pueblo y del ejército; segundo, porque representaba a los grupos dominantes de aquel entonces; tercero, porque si algunos sectores de éstos eran entreguistas y el pueblo mexicano se encontraba escindido, débil y desanimado, la cohesión estatal del mismo debía estar allí precisamente para superar estas debilidades y aquellos vicios, pero, más bien, la gestión de Santa Anna potenció todas las agravantes del caso; aún hizo más: cuarto, traicionó a México en tiempo de guerra y precisamente desde su posición privilegiada de cohesión, gobierno, dirección del pueblo y jefe supremo de los ejércitos nacionales. Por lo cual es perfectamente posible y necesario deslindar la nacionalidad aún no completamente consolidada que los mexicanos se forjaban desde 1821 y en 1847, y aun 1853-1856 —año de la última presidencia de Santa Anna—, no digamos deslindar la nacionalidad —consolidada posteriormente, respecto de la actuación de Santa Anna en la guerra del '47. Pues así se logra la desidentificación del mexicano con la derrota y la humillación como el destino nacional, por haber sido el pueblo mexicano culpable de ellas, así como de todo sometimiento anterior y posterior, por el autosenntimiento de ser destinalmente un pueblo jodido y chingado.<sup>3</sup>

La cultura del autodesprecio prevalece solo porque pervive una situación de sometimiento económico, social, político y cultural imperialista, clasista y específicamente despótico estatal que es cómplice de Santa Anna; de suerte que la conciencia nacional no puede zafarse con fundamento de la imagen que le forjó la impostura de Santa Anna, haciéndole creer que era su auténtica imagen.

Este sometimiento integral, despóticamente amarrado, es sumamente eficaz en la conciencia nacional también a propósito del “mito Santa Anna”. Ciertamente no se han encontrado documentos definitivos que prueben la traición de Santa Anna —ya parece que un carnicero y criminal impostor de su calaña los va a dejar, y ya parece

<sup>3</sup> En una entrevista posterior realizada por Jaime Santos (“El caudillo: seductor de los mexicanos”, publicada en *Ovaciones en la cultura*, México, 17 de octubre de 1999, pp. 2-3), Enrique Serna sabe situar el origen de la mitificación de Santa Anna por los mexicanos, cuando éste triunfó en 1829 contra el intento de Barradas de reconquistar a México para España. Ciertamente ése fue el origen. Pero Enrique Serna sitúa mal en ese origen —por la identificación popular con Santa Anna que conlleva— el origen de “la cultura del autodesprecio” mexicano. “La exacerbación del sentimiento patriótico que provocó la victoria de Santa Anna sobre Barradas finalmente tuvo consecuencias funestas para el país. Eso creó un personaje que se convirtió en la encarnación de la patria, y cuando alguien se erige en símbolo nacional, sus defectos y sus debilidades pasan a formar parte de la idiosincracia popular, y esto puede generar a la larga una cultura del autodesprecio, como pasó en tiempos de Santa Anna.” (p. 2).



que los Estados Unidos van a publicar documentos que ellos pueden poseer pero que los estigmatizan tan radicalmente—, así que se entiende hasta cierto punto la moderación y la contención de los historiadores al respecto. Pero es sorprendente que ni siquiera a nivel de la ficción novelística se le diga a Santa Anna en su cara que es un traidor a la patria. Una traición así, circunstanciadamente establecida, está prohibido hasta imaginarla. La novela de Enrique Serna —que he comentado ya en capítulos previos— no es el único caso; la de Jorge Labardini,<sup>4</sup> tan heroica y enjundiosa, también se autocensura al respecto, y la monumental de Leopoldo Zamora Plowes<sup>5</sup> tiembla al hacerlo y recula después de sugerir la traición para conformarse con que Santa Anna fue un inepto.

En lo que sigue tematizaremos dos cuestiones centrales involucradas en lo que antecede: las ideas de pueblo y patriotismo prevalecientes hacia la guerra del '47, pues es decisivo especificarlas para medir las acciones de Santa Anna a la sazón y, por ende, para que la conciencia nacional actual pueda deslindarse de la imagen forjada por la impostura de Santa Anna y por la complicidad del despotismo estatal y cultural que ha seguido apuntalando esa imagen.

## 2. EL TAN TRAÍDO Y LLEVADO (COMO LAZO DE COCHINO) PUEBLO

En una nación en formación, en el estadio inicial de esa formación en que se encontraba México hasta 1856, y más aún, hacia 1846-1848, el nacionalismo es igualmente endeble. Pero aún los pobladores del territorio (7 millones hacia la época de la guerra) difícilmente pueden denominarse un pueblo, en el sentido político de poseer una preocupación y una atención respecto de la gestión gubernativa, así como de una voluntad que deba representarse y ser respetada. No obstante, en los escritos de los liberales —pero también de los conservadores— se habla del pueblo; los escritos de Santa Anna abundan en alusiones a la voluntad popular, al pueblo y a la Nación, y las masas entendidas como pueblo, etcétera.

Se trata de una metáfora esperanzadora que revela una romántica voluntad de que algo así como el pueblo que se manifestó por ejemplo en la revolución francesa, existe también acá. Es una palabra mágica, un anatema contra las condiciones de escisión social, étnica y de dispersión geográfica de los pobladores reales del territorio;<sup>6</sup> palabra que se usa como para en diciéndola acabar instantáneamente con todas

<sup>4</sup> Cfr. su *José Guadalupe O'Hara. El brujo de Churubusco*.

<sup>5</sup> Cfr. su *Quince uñas y Casanova aventureros*.

<sup>6</sup> He aquí una sugerente idea de Enrique Serna que en una de sus aristas coincide con lo recién dicho, añadiendo el tema del mestizaje y, sobre todo, del racismo prevaleciente en la época de Santa Anna y —según teme Enrique Serna— actualmente emergente: “En México gracias a la revolución se atemperó muchísimo el racismo, lo que permitió que fuéramos una sociedad con un alto grado de mestizaje, distinto,



esas condiciones que obstaculizan precisamente la existencia de algo así como un pueblo. Pero es también una palabra eficaz para amenazar al contrincante político aludiendo a un espectro o espantajo que debe frenar las ambiciones monarquistas y conservadoras, o moderar los afanes liberales, federalistas, etcétera. Es un concepto vacío, que cada vez que se usa alude a algo que el parlante tiene frente a sí y a partir de lo cual alude al resto de pobladores, etcétera.

El pueblo es los criollos solamente o los criollos bien pensantes, quizá sumándoseles algunos mestizos. O bien, el pueblo son los vecinos, algo amorfo visto en general pero precisado en lo inmediato en medio de la dispersión geográfica, la heterogeneidad cultural y la marginación de la mayoría de los pobladores respecto de la política. La mayor parte de las veces los indios no son el pueblo, aunque en ocasiones también ellos quedan incluidos en la representación que se hace el parlante. Santa Anna generalmente incluye a todos a través de solo aludir directamente a los interlocutores que se reúnen en torno de él en una plaza o en una marcha.

La romantización de este concepto vacío, que recibe un contenido vario y amorfo cada vez, es correlativa a la romantización más precisa y concentrada del caudillo personificado con pelos y señales por Santa Anna, aunque no solo por él. Todo lo que se hace se justifica en aras del pueblo, y es el caudillo quien hace, presuntamente solo él.

En el racionalismo liberal y el conservador (importados de Europa) la noción de pueblo es la palabra mágica que bajo cobertura filosófico-política recupera la fuerza de las potencias que el chamán convoca precisamente en un entramado interétnico y lleno de privilegios eclesiásticos, fueros militares y mezquindades clasistas en ciernes. Es la palabra mágica por antonomasia en el interior de unos discursos, en casi todo lo demás, desacralizados y racionalistas.

Ahora bien, la existencia real de la población del México de entonces, precisamente como algo que no es aún con propiedad un pueblo, no ofrece resistencia a las infidelidades de Santa Anna respecto de la Nación —así como otros de sus comportamientos criollos y ensoberbecidos, infatuados y bajos— y los condiciona de modo que nos permite explicarlas sin justificarlas, mientras que la noción vacía y amorfa de pueblo es el billete de entrada con el que Santa Anna se justifica para hacer lo que hace.

Por otro lado, cuando hoy leemos crónicas, historias o biografías referentes a eventos o personajes de la época, la palabra pueblo presente en esos textos nos mueve a equívoco. En esa equivocidad nada la conciencia nacional al respecto desde 1900 a la fecha creyendo que en aquel entonces había un pueblo como lo hay ahora,

por ejemplo, al Perú, donde hay una división tajante entre los criollos y los cholos, y prácticamente no hay mezclas raciales. Pero en la época de Santa Anna había una clara división de la gente de razón con los indios y los mestizos, y éstos no tenían la menor ingerencia en la vida política nacional” (*op. cit.*, p. 3). Añade que treinta años de desastres económicos polarizan a la población en el México reciente en “una minoría criolla privilegiada y una población mestiza-india que está en la ruina”, así que el racismo emerge de nueva cuenta.





y que precisamente aquel pueblo que somos nosotros, porque es mexicano estaba desunido, tenía hijos ingratos, cobardes y desaforados, apenas si coordinables por el mando fuerte del generalote Santa Anna, aunque inepto y egocéntrico,<sup>7</sup> etcétera. Pero nada de esto es cierto a no ser la última frase —desde mando fuerte en adelante—, a lo que siempre hay que añadir traidor.

### 3. SOBRE EL PATRIOTISMO MONÁRQUICO Y EL DE SANTA ANNA

Procedente de La Habana y recién desembarcado en Veracruz —gracias a sus arreglos con Polk a través de Slidell MacKenzie, favorables a la invasión estadounidense— Santa Anna se muestra patriótico en aras de “salvar a la Patria de sus enemigos interiores y exteriores”. Los exteriores son los invasores estadounidenses, pero, ¿quiénes son los interiores? Santa Anna se refiere fundamentalmente a “la facción promotora de aquel proyecto parricida”,<sup>8</sup> esto es, destructor de la patria, refiriéndose a aquellos que querían implantar una monarquía en México, cuyo trono debería ser ocupado por “la Serenísima Señora Infanta Doña Luisa Fernanda”, hija del señor don Fernando Séptimo, según proponían el general Paredes, caudillo de la empresa, y don Lucas Alamán, pensador y gestor mexicano, en vista de que el tutelaje de España protegiera a México de Estados Unidos.<sup>9</sup>

Lo primero a observar es que si a ojos de Santa Anna el proyecto monarquista es parricida porque acaba con la independencia de México y, así, con México en tanto patria, puede deducirse lógicamente algo que Santa Anna no dice, a saber, que es preferible cercenar un buen trozo de territorio mexicano y entregárselo a los yanquis, salvándose así la patria entera aunque situándola en un territorio más pequeño. Algo por el estilo señalaba el contenido de la carta de Santa Anna a Polk en sus arreglos habaneros. Así que el secreto traidor coincide con el patriota público.

Jaime Delgado, sin llegar a llamarlo traidor, trata a Santa Anna de “acomodaticio” porque se presenta favorable a la república liberal y contrario a la monarquía. Arguye Santa Anna que la monarquía está bien para Europa pero es inviable en México, en donde “los instintos democráticos”<sup>10</sup> parecen emanar de las riquezas

<sup>7</sup> De hecho, esta es la figuración que Lucas Alamán se hace de Santa Anna y, montado en la ideología de la noción de pueblo, le apuesta. Y he aquí que quien lo lee puede creer en lo que dice y, por ende, hasta en Santa Anna. El caso, aunque extraño, es real. Enrique Krauze es un creyente de tales tópicos, por análogas razones a las que Lucas Alamán lo llega a ser de Santa Anna. Véase el capítulo 1 de la parte III del presente libro.

<sup>8</sup> Cfr. Jaime Delgado, *La monarquía en México (1845-47)*, p. 163.

<sup>9</sup> *Idem.*

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 164.



naturales del país, propiciadoras de la “independencia individual”.<sup>11</sup> “La falacia de Santa Anna resulta aún más intolerablemente injusta”<sup>12</sup> porque el general señala que en México los monarquistas han intentado, por un pérfido y peligroso traidor doble camino, vencer los obstáculos que naturalmente se oponen aquí a su proyecto. Dice Santa Anna:

La facción promovedora de aquel proyecto parricida, habiendo logrado lo primero [“complicar de todos modos las cosas de la república”] por muchos años de artificios y de amanos, se propuso últimamente llevar a cabo lo segundo [agravando en lo exterior la cuestión de las fronteras con Estados Unidos], provocando, de una manera casi directa, al gobierno de los Estados-Unidos a alzarse con nuestro rico departamento de Tejas y avanzar en seguida hasta las entrañas de la República. Arredrar a nuestros pueblos con los males de una espantosa invasión ha sido su último recurso para forzarlos a aceptar su funesto pensamiento, poniéndolos así entre los duros extremos de ser presa de la ambi-

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 163. A ojos de los españoles, los criollos son peores que ellos; aunque hay autores que los consideran iguales, y aun mejores. Es en referencia a estos tres discursos, siendo el predominante el que detesta a los criollos, que Santa Anna toma posición a favor del último y más temprano en la ideología española sobre los criollos. Citemos discrepancias de cada uno para poder entender la elección de Santa Anna: “El discurso español, muchas veces envuelto por la apasionada intención de prevenir a los europeos contra ‘la monstruosidad de América’, no obedece más que al peligro de perder o ver debilitado su dominio. Señala que la naturaleza americana ejerce una influencia nefasta sobre sus habitantes, por ser más propicia a ser tentada por el demonio. Durante el siglo XVI —se afirma— los criollos han crecido sobre el caballo y con el arcabuz en la mano, sin una educación planificada y en demasiada liberalidad. Si los han criado sus madres comparten con ellas los vicios y pasatiempos, y se acostumbran a ver satisfechos todos sus deseos. Si los han criado las indias o las negras, éstas también lo han hecho con demasiado regalo. Así resulta que son desordenados, despilfarradores y ociosos. Muchos de ellos jamás aprenden a leer y a escribir, y son totalmente ignorantes de los rudimentos de la fe, las oraciones y la doctrina cristiana. Huyen del trabajo, prefieren hacerse frailes y clérigos, y las criollas monjas, para asegurar la subsistencia. Los españoles nacidos en estas tierras mudan físicamente y las calidades de ánimo también se alteran, debido a la flora, a la fauna y al consumo de los alimentos indígenas. Así los hombres tienden a igualarse a la misma geografía. De ahí que la presencia española sea imprescindible, pues solo así se evita la barbarización de los americanos y de esos españoles que al llegar al Nuevo Mundo viven aislados, se vuelven indios y mueren como ellos, sin sacramentos. Algunos españoles dirán que la gente nacida en América es hermosa por fuera pero llena de disimulo y falsedad por dentro.” (María Alba Pastor Llana, “Criollismo, religiosidad y barroco” en Bolívar Echeverría, *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*, p. 174). La ideología española dominante, hasta cierto punto falaz por interesada en contra de los criollos, describe la índole personal de Santa Anna, por lo que éste se dio en contestarla no en un tenor étnico, ya fuera de lugar, sino político, con esa correspondencia forzada entre la Nueva España con la democracia, por un lado, y, por otro, España (Europa) con la monarquía.

Aunque minoritario, para animar a la colonización de América se suscitó un temprano discurso español glorificador de estas tierras y de sus habitantes: “En 1638, Antonio de la Calancha afirma que el clima, la igualdad de las temperaturas a lo largo del año, así como los aires benignos y las ricas aguas que fertilizan los suelos, producen un cielo amigable bajo el cual solo puede criarse la mejor especie humana, las cosas más hermosas y la gente más afable” (*ibid.*, p. 171). Es evidente que Santa Anna en su *Exposición*, recién arribado a Veracruz, se basa en una opinión similar; a la que añade el espíritu de independencia que se forma en estas tierras y, por allí, la tendencia al liberalismo republicano.

<sup>12</sup> Jaime Delgado, *op. cit.*, p. 163.

ción anglo-americana, o acudir para salvar su nacionalidad a la forma monárquica con un príncipe europeo.<sup>13</sup>

El libro de Jaime Delgado está encaminado a demostrar “que España había sido la única potencia que había jugado con limpieza y legítimo interés promexicano en los gravísimos problemas de Texas”<sup>14</sup> y de la guerra del ‘47. Implicándose que ese mismo carácter tuvieron las gestiones monarquistas de Alamán, Paredes, Nicolás Bravo y otros. Para nuestro tema resulta más importante que todo ello la defensa cómplice que en este pasaje hace Santa Anna de Estados Unidos, no denunciada por Jaime Delgado.

En efecto, Santa Anna ve a Estados Unidos siendo “provocado” por los mexicanos monarquistas a quedarse con Texas (“a alzarse con ella”). Y aun ve que fueron provocados a invadir México. ¿Y por qué hace todo eso esa “facción parricida”? Para “arredrar a nuestros pueblos” y así poder chantajearlos para que escojan la monarquía aun contra su natural tendencia republicana. Solo por allí reconoce Santa Anna que la monarquía se propone como “salvadora de la nacionalidad” mexicana.

Poner como el concentrado de la maldad a la facción monárquica le reporta a Santa Anna encubrir sus arreglos con Estados Unidos y congraciarse con los liberales “puros”, amén de presentarse como un auténtico patriota, e incluso creer serlo. El discurso de Santa Anna además de ser prosantanista, aunque de apariencia proliberal republicano, es francamente proyanqui aunque en apariencia es antimonarquista.

El hecho de que uno de los proyectos patrióticos más serios del México de entonces fuera enarbolado por la corriente monarquista no solo posibilita estos manejos santánnicos, sino que revela cuán confuso y débil es el patriotismo mexicano hacia la época de la guerra del ‘47.

#### 4. ENTENDIENDO LAS IDENTIFICACIONES Y PROYECCIONES PSICOLÓGICAS DE SANTA ANNA

En su “Exposición” Santa Anna argumenta mal la elección republicana liberal contra la monárquica. Como que su convicción liberal es poco fundada y superficial, mero billete de entrada al escenario nacional en vista de hacerse del poder. Por otro lado, argumenta sólidamente la opción independentista frente a aquella que busca sujetar de nuevo a México a España. De suerte que Santa Anna se nos revela como un mexicano independentista que se enfrenta a los monarquistas; pero no se enfrenta a éstos tanto por monarquistas sino, sobre todo, porque quieren hacer dependiente a México respecto de España. Por donde entendemos que la conducta de Santa Anna en su última presidencia de 1853-1856 intentó resolver la paradoja, imponiendo *de*

<sup>13</sup> *Idem.*

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 168.



*facto* una monarquía al convertir su presidencia en dictadura y haciéndose llamar “Su Alteza Serenísima”. No obstante, una vez repudiada su dictadura por el Plan de Ayutla<sup>15</sup> se lo vio participar en el intento de traer a México a Maximiliano de Habsburgo, quien ciertamente no era español.

De acuerdo a lo anterior, si Santa Anna tuvo arreglos secretos con Polk favorables a Estados Unidos, no los asume como traición aunque teme que otros mexicanos sí; de ahí su petición expresa de que se mantuvieran en secreto los acuerdos de cesión de territorio nacional y de su ayuda para ese fin. Los ve, más bien, como otro de sus actos patrióticos —patriotismo privado es el de este hombre— a fin de no perder el resto de México o la independencia, y de que gobierne Santa Anna, pues esto último es condición, según Santa Anna, para garantizar la independencia.

Es decir —así como otras veces identifica la nación mexicana con su ego—, Santa Anna identifica falazmente la independencia de México con que se acepte su regreso a México para gobernarlo, aceptación que puede ocurrir solo bajo presión y chantajeando al pueblo de México con el peligro estadounidense.

Ahora bien, Santa Anna acusa a los monárquicos no solo de querer someter a México bajo la Corona española sino de propiciar, para ello, la entrada del ejército de Estados Unidos a México para que, así, ante el peligro extranjero de Estados Unidos el pueblo mexicano se incline a favor de la tutela de una potencia extranjera, España. Como se ve, los acusa de un truco que él mismo realizó a su propio favor: los monárquicos para lograr la protección de España a costa de someter a México bajo esa nación; Santa Anna, para lograr el gobierno de Santa Anna sobre México. Frente a ambas opciones, Santa Anna cree que la suya es la mejor.

Por lo demás, debe entenderse que Santa Anna a este respecto no simplemente proyecta sus culpas y su conducta innoble y traidora en los monarquistas (también sugiere algo análogo en el gabinete liberal moderado de Herrera), sino que además, ambos juegan en el mismo tablero geopolítico y de cara a las condiciones históricas de México, por lo que no debe extrañar que hagan jugadas similares aunque con fines diversos.<sup>16</sup> Esa misma razón explica el que a los escuchas de Santa Anna les

<sup>15</sup> Valentín López González, *Cuernavaca, capital de la República. Fin del santanismo. 1855*. El plan de Ayutla proclamado por Florencio Villarreal y modificado el 11 de marzo en Acapulco por el coronel Ignacio Comonfort y los generales Tomás Moreno y Juan Álvarez (patriarca sureño de la independencia). “Don Nicolás Bravo no quiso mezclarse en el asunto y esto le costó la vida, unos meses más tarde, cuando pasó Santa Anna por Chilpancingo” (*ibid.*, p. 8). Véase en el presente libro, parte I, apartado II dedicado a Roa Bárcena, la referencia de Vicente Agüeros sobre el envenenamiento de Nicolás Bravo por los santanistas.

<sup>16</sup> En todo caso, el citado libro de Jaime Delgado demuestra que los monarquistas, y en especial Don Salvador Bermúdez de Castro —embajador español que tenía los hilos de la intriga monarquista—, no realizaron esas jugadas que Santa Anna les atribuye. Jaime Delgado deja colegir que Santa Anna sí, pero se cuida de no llamarlo traidor sino, a lo más, acomodaticio, según se ha visto.



pareciera tan verosímil lo que Santa Anna argüirá contra los monarquistas para encubrir sus propios designios.

5. SANTA ANNA, ENTRE LUCAS ALAMÁN  
Y VALENTÍN GÓMEZ FARIÁS, REVELA  
SU CONNIVENCIA CON ESTADOS UNIDOS

En buen momento el monarquista Lucas Alamán aconseja a Santa Anna contra los patriotas liberales, en 1837, después de la derrota de Texas.

“La federación, la libertad, no son más que pretextos que ya nadie cree: por una parte están los hombres de propiedad y respetabilidad, el ejército y la gran mayoría de la población; por la otra, unos cuantos aspirantes, que quieren progresar a costa de la nación.”<sup>17</sup> El consejo de Lucas Alamán es realista, aunque eso de la “gran mayoría de la población” sea un sofisma. Pero en el que Santa Anna quiere creer. Así que, en 1837, “cuando recibe la carta de su admirado Alamán, Santa Anna decide seguir sus consejos. Diez años después, en plena guerra con los Estados Unidos, no dudaría en restablecer su alianza, no menos extraña, con el mayor compañero ideológico de Mora, Valentín Gómez Farías”.<sup>18</sup>

Por donde no solo vemos a Santa Anna como títere de Lucas Alamán desde 1837, sino que alcanzamos a evaluar su alianza con Valentín Gómez Farías en 1847, además de como mera apariencia, en el fondo, como prueba de su connivencia con Estados Unidos para traicionar a México y de paso a Valentín Gómez Farías, ya que el cerebro de Santa Anna sintonizaba mayormente con Lucas Alamán.

Aparentando contra la nación y contra Valentín Gómez Farías, así lo captó en 1846 Carlos María de Bustamante,<sup>19</sup> según dejé asentado en el capítulo 7 de la primera parte del presente libro. Pero Carlos María de Bustamante no denuncia la conexión con Lucas Alamán, a partir de la que el único sentido de la aparente alianza de Santa Anna con Valentín Gómez Farías sería el acuerdo de Santa Anna con Polk.

La patológica posesividad de Santa Anna lo lleva a enarbolar un patriotismo maquiavélico, por privado, que muta fácil en traición a la patria. Pues el nacionalismo y el patriotismo, como asuntos generales que son, en las interacciones en el seno de la nación resisten mal la mentira, la doblez y el fingimiento. En esos fingimientos —Santa Anna los cree astutos— es donde comienza el sometimiento del que hace objeto a la patria. Ya sometida a su ego en primer lugar, él dispone lo que cree que le hace bien y se lo propina. Es traición, pero él lo siente sublime entrega de sí a su amada patria. La privatización del nacionalismo corre paralela a la privatización masiva de la economía, la política y la cultura nacionales en la actualidad.

<sup>17</sup> Lucas Alamán citado por Enrique Krauze en *op. cit.*, pp. 155-156.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 156.

<sup>19</sup> *Cfr.* su *El Nuevo Bernal Díaz del Castillo*, tomo II.



## 6. LA MEDIDA DEL PATRIOTISMO NACIONAL EN 1847 Y POSTERIORMENTE

El patriotismo de Santa Anna es la medida del patriotismo nacional hasta la guerra del '47. No porque los mexicanos fueron traidores en esencia, nada de eso. Sino porque la debilidad e índole del patriotismo de entonces no pudo retener a Santa Anna en sus márgenes sino que sus privilegios militares y sus intereses de clase y privados lo llevan a exceder el patriotismo hacia la traición. Santa Anna también nos da la medida de ese patriotismo porque él fue su mito predilecto, genuino.

En efecto,

ya que en los estados del centro se había gestado el proceso de independencia y era allí donde se encontraba la sede del gobierno nacional, sus habitantes habían estado más expuestos a la retórica nacionalista. La identidad nacional surgió a partir de un discurso patriótico y de una serie de símbolos y mitos aceptados y compartidos por la población; en este sentido, los habitantes del centro vivían en los lugares donde estos símbolos se propagaban con mayor insistencia.<sup>20</sup>

Y bien, el de Santa Anna fue uno de los mitos emergentes funcionales con el proceso de formación de la nación mexicana en sus inicios. Un mito de heroísmo y de opereta, de ego ensoberbecido que cree ser sublime, y de una aceptación cómplice y simiesca de sus atropellos.

El mito heroico oculta las traiciones de Santa Anna pero las trasluce con levedad, por donde el mito se complica en lugar de quedar abolido. Pasa a ser dual, es mito heroico y mito de traición también, pero así, en tercer lugar, mito de aceptación de la traición, lo que remite a una ceguera fundamental de la nación.

La dualización del mito inicialmente patriótico ocurre por dos factores. Uno fue el yo posesivo y debilitado pero absolutista de los criollos. El otro factor fue la presión sometiente y pervertidora del imperialismo estadounidense sobre aquel ego. De suerte que Santa Anna, después de quebrada su autoestima por la pérdida de San Jacinto (Texas), la violencia texana o por el poder de Estados Unidos, se oculta sus propios desvíos y los justifica como realizaciones patrióticas, ya que salvar a la patria es lo mismo que salvar el pellejo de Santa Anna, así que si éste se salva o se lo promueve a costa de traicionar a la patria, él cree que no se la traiciona sino que se la transporta a nueva estancia sorteando los peligros.

De tal modo, el primero que cree en el “mito Santa Anna” es él mismo, por identificar posesivamente a la Nación con su propio ego,<sup>21</sup> y en su escasez y precariedad aceptar cualquier servicio sin mirar quién lo hace, dando pie a que el mito de

<sup>20</sup> Andrés Reséndez Fuentes, “Guerra e identidad nacional”, pp. 428-429.

<sup>21</sup> La nación, por su parte —creyente en el mito heroico—, entrevé poco la traición.



traición —se dice que traicionó, pero quién sabe [...]— redundante en mito de aceptación nacional de las traiciones de Santa Anna. (Para él es sorprendente que sus contemporáneos lo glorifiquen y repudien alternativamente.) Por donde, por un rodeo, la identificación de Santa Anna, posesiva y falaz, de la nación con su propio ego se complementó luego con la identificación falaz y masoquista de la nación con Santa Anna, ya mitificado positiva y negativamente.

Siéndole funcional a la burocracia y a la oligarquía el “mito Santa Anna”, si éste dura hasta la fecha es en gracia a la minoridad forzada en que la dominación del partido de Estado mantiene al pueblo de México, ahora sí bien conformado como pueblo. De ahí el regodeo artificioso de quienes gustan sorprenderse con aquellas glorificaciones y repudios alternados y los convierten en telenovela para que todos se regodeen sincopadamente repudiando y glorificando a Santa Anna hoy, y mantengan una relación de aceptación de la oligarquía y de la dictadura del partido de Estado, así sea a costa de establecerla según una dinámica de amor-odio pero que finalmente reconoce la necesidad y la eficacia caudillesca. A estas alturas, el patriotismo, después de haber madurado y quedar bien consolidado, a la par de la conformación de la nación mexicana y de sus pobladores como pueblo, se ve crecientemente degradado bajo el sometimiento forzado que opera el régimen de partido de Estado, el cual no ha sabido responder a la presión del imperialismo estadounidense sino volviéndose su títere servil debido a que así convenía a los sectores oligárquicos de la burguesía nacional no obstante que el pueblo de México ya no necesitaba de tales implementos, ni como el peor de los males menores. Pero la burguesía mexicana, en sus sectores oligárquicos, ha sido una clase que no ha tenido la capacidad para percibir el desarrollo social y político del pueblo mexicano, al que somete. Así que ha pasado a degradarlo.

Si la degradación se remonta a la masacre de Tlatelolco en 1968, perpetrada contra el pueblo por el presidente Gustavo Díaz Ordaz, son los regímenes entreguistas de De la Madrid, Salinas de Gortari y Zedillo los que se han encargado de perfeccionarla al detalle, cumpliendo el dictado yanqui en cuanto a la política interior y entregando la riqueza nacional bajo la cobertura neoliberal de la privatización salvaje. Este salvajismo da otra vuelta de tuerca a la inflación del ego, un mecanismo que, como hemos visto, es central para falsear al nacionalismo.

#### 7. RELIGIÓN Y CONFORMACIÓN DEL PATRIOTISMO EN MÉXICO ENTRE 1821 Y 1848

La religión católica y la nacionalidad mexicana estuvieron muy unidas a partir de la guerra de independencia y su separación inicia con la lucha liberal contra los abusos de la Iglesia, principal terrateniente del país, vampiro cobrador de diezmos forzosos, que lo validaba como Estado dentro del Estado mexicano. De suerte que si el mito



guadalupano fue liberador y rebelde con Hidalgo y Morelos, la vinculación del patriotismo criollo de un Carlos María de Bustamante a ese mito buscó llenar de heroísmo libertario a la naciente nación. Puede medirse esta intención en la curiosa —por extrema— seriedad, acuciosidad, dedicación y cariño con que este hombre se dio a la tarea de fortalecer la conciencia nacional.

### 7.1. *La Retórica y la Eneida en una república democrática*

Tengo ante mí dos obras preparadas por Carlos María de Bustamante para su impresión. La primera se intitula *Principios de retórica y poética*, escrita por Don Francisco Sánchez, publicada en México por vez primera en 1806, y pronto agotada, según nos informa Carlos María de Bustamante en sus palabras “Al Honorable Congreso del Estado Libre de Veracruz”. Por lo que, en 1825, Carlos María de Bustamante se dio a la tarea de reimprimirla por cuenta de la Oficina de la Águila, dirigida por don José Ximeno.

Pues en esas palabras “Al Honorable [...]” se nos revela Carlos María de Bustamante “compadecido de la absoluta carencia de esta obra, y la necesidad que hay de fomentar el estudio de la elocuencia viviendo bajo la forma de un gobierno democrático, me he dedicado á hacer esta edición procurando salga correcta y bien acabada”.<sup>22</sup>

Carlos María de Bustamante da “Noticia biográfica” del autor Don Francisco Sánchez, en la que dice:

Habiendo sobrevenido la revolución del año de 1808 se pronunció por los liberales, y reputado por tal á la vuelta del rey Fernando VII se le persiguió atrocemente: fuè preso en una de las cárceles de Madrid por más de quince meses, y al fin se le condenó al presidio de Alhucemas en Africa, donde murió en la miseria mas deplorable. Era hombre franco, sincero, enemigo de la tiranía, jóven y muy recomendable por la sencillez de su corazon. Yo le miro como uno de los restauradores del buen gusto en España. Debo estas noticias al honorable Señor *Miguel Santa María*, enviado de la república de Colombia cerca de nuestro gobierno, el cual por idéntica causa sufrió igual prision, aunque con diferente suerte en Madrid, y acompañó al Señor Sanchez en la cárcel.<sup>23</sup>

Carlos María de Bustamante esboza la gesta del autor, un preso político de la época, heroico y desventurado, fiel a sus principios liberales, “víctima preciosa de una tiranía desapiadada” para recomendar a los jóvenes: “Aplíquense con el mejor esmero al estudio de la elocuencia”, luego de señalar la tarea de este arte en la república democrática, donde el discurso razonado cohesiona al pueblo y expresa sus necesidades y esperanzas, algo ausente en una dictadura o en una monarquía.

<sup>22</sup> Cfr. Carlos María de Bustamante, “Al Honorable Congreso del estado libre de Veracruz”, en Francisco Sánchez, *Principios de retórica y poética*, página inicial.

<sup>23</sup> Carlos María de Bustamante, “Nota biográfica”, en *ibid.*





El otro libro que tengo ante mí podía comprarse en 1830 en la librería de la Oficina del editor, el C. Alejandro Valdés, en la calle de Santo Domingo y Tacuba, así como en la librería número 4, propiedad de Mr. Seguín, sita en el Portal de Mercaderes. Se trata de la traducción del francés al castellano, realizada por Carlos María de Bustamante, diputado al Congreso General de la Unión por el Estado de Oaxaca, de los cuatro primeros libros de la *Eneida* de Virgilio. La epopeya de la fundación de la Nación Latina por el heroico Eneas le ha parecido al diputado apropiada inspiración para el espíritu patriótico de la juventud mexicana. Dice Carlos María de Bustamante: “Virgilio ha sembrado en su obra todos los rasgos que podían, aunque indirectamente, lisonjear al príncipe y a la Nación.”<sup>24</sup>

Eneas, hijo de Priamo, ve morir a éste, rey de Troya, en ocasión de la destrucción de la ciudad por los griegos. Vemos al héroe surgir de tamaña desgracia, cargando patético a su padre asesinado para sepultarlo en las montañas. Conduce a todo su pueblo por el Ponto para refundar en otra tierra una patria (Libro segundo). Predilecto de Venus —su “madre protectora”— pero odiado por Juno, “el candor, la probidad y la religión, acompañan y guían sus pasos”.<sup>25</sup> Eneas (Libro tercero) debe buscar “la patria de sus abuelos: cree que Creta lo es, y pasa á ella”<sup>26</sup> sin atinar. Pero “sus dioses le anuncian que la Itália es el país que los destinos le han señalado, por término de sus infortunios”.<sup>27</sup> Héroe primero desgraciado, termina triunfador y glorioso. Comenzando por “el reinado brillante de Rómulo, el origen de los romanos, el principio de su historia, el nacimiento de Julio César, descendiente de Julo, hijo de Eneas, y sus conquistas hasta el océano”.<sup>28</sup> Y aún Júpiter le anuncia a Venus, “un siglo de paz que debía suceder a las funestas guerras”,<sup>29</sup> reseña Carlos María de Bustamante esperanzado para que su patria corra suerte análoga. Y, en fin, “Augusto, de quien Eneas es emblema, Augusto solo aparece”<sup>30</sup> para subrayar así el espíritu patriótico, espíritu general, la fuerza del emblema, universal singular, frente a la patente particularidad del caudillo viviente.<sup>31</sup>

Carlos María de Bustamante fue un ardiente impulsor del patriotismo criollo, una tradición intelectual que se remontaba a principio del siglo XVII, y que buscaba salvar los problemas ocasionados por la diversidad étnica de México a partir de un discurso indigenista unido a

<sup>24</sup> Carlos María de Bustamante, traducción de *Los cuatro primeros libros de La Eneida* de Virgilio, p. II.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. III.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 69.

<sup>27</sup> *Idem.*

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. III.

<sup>29</sup> *Idem.*

<sup>30</sup> *Idem.*

<sup>31</sup> Es decisivo el deslinde que el propio Carlos María de Bustamante lleva a cabo. Pues si la *Eneida* es fuente de inspiración para el patriotismo, la dictadura romana no lo es para la república democrática que Carlos María de Bustamante propugna para México, según vimos en el capítulo 7 de la parte I del presente libro.



elementos religiosos, especialmente el guadalupanismo. El mejor ejemplo de este fenómeno es la rebelión “mexicanista” ocurrida en Nuevo México en enero de 1847. En agosto de 1846, este lugar había sido ocupado por una pequeña tropa estadounidense que tomó posesión de su territorio. Sin embargo, cinco meses después estalló una revuelta encabezada por miembros de la élite criolla novomexicana y un grupo numeroso de indios Pueblo. Los alzados masacraron al gobernador estadounidense de Nuevo México, Charles Bent, junto a otros residentes angloamericanos, y a varios novomexicanos “colaboracionistas” del gobierno recientemente establecido por los ocupantes. Este movimiento se apoyó en una retórica de defensa de la religión católica.<sup>32</sup>

### *7.2. Otros usos de la religión en referencia al patriotismo, y éste más allá de la religión*

“La defensa del catolicismo era una bandera que podía aglutinar no solo a criollos y mestizos, sino a varios grupos indígenas que también temían la imposición de una religión extraña.”<sup>33</sup> Pues, a falta de intereses económicos comunes y de una participación política común, la religión vinculaba a la población mexicana. Claro que no solo para cohesionarla positivamente sino también para coercionarla y manipularla, por ejemplo, mediante el uso santánico del poder de la religión, según le dio el magín al gran manipulador como para entender que se trataba del “lazo más fuerte entre los hombres”. Y aun él, Santa Anna, pudo usarlo a favor de México en la propaganda en inglés que mandó repartir entre las filas enemigas, en la que proclamaba (¿para qué Taylor y Scott se previnieran?) “¡Que los mexicanos y los irlandeses formen un solo pueblo, unidos por el sagrado vínculo de la religión y la benevolencia!”<sup>34</sup> Pero, eso sí, Santa Anna dejó morir sin prestarles auxilio a los sanpatricios irlandeses y a inúmeros mexicanos que defendían el puente de Churubusco contra el invasor yanqui.

Los usos de la religión para alimentar el patriotismo mexicano (Carlos María de Bustamante) o para engordarlo y luego someterlo (Santa Anna) también fueron expedientes del “proyecto de Alamán y otros hispanistas [deseosos] de construir la nación a partir de una matriz cultural española”,<sup>35</sup> en quienes la ideología religiosa es más un apéndice para fortalecer a la Iglesia en tanto institución rectora de la vida cotidiana de la población. Lo específico de Carlos María de Bustamante es que gusta de la Virgen que enarbolaron los insurgentes independentistas.

La Iglesia era, efectivamente, centro de gravedad del metabolismo económico y cultural de la nación, lo cual posibilitaba y aun exigía que el nacionalismo y el

<sup>32</sup> Andrés Reséndez Fuentes, *op. cit.*, pp. 425-426.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 425.

<sup>34</sup> Citado en *idem.*

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 422.



patriotismo se debieran fomentar religiosamente. Pero, simultáneamente, ése era uno de los factores decisivos que militaba contra la constitución efectiva de México como nación. De suerte que en la vida espiritual del país pudo percibirse al pueblo embeberse en la religión en lugar de desarrollar su patriotismo, lo cual cuestionaba y ralentizaba todos los usos patrióticos de esa misma religión. De ahí que muchos liberales, aunque católicos, no se interesaran en vincular orgánicamente el patriotismo con la religión.

## 8. LAS TRANSGRESIONES AL PATRIOTISMO

En México el panorama de transgresiones al patriotismo quedó resumido en la lúcida observación de José Fernando Ramírez durante la guerra del '47: “un pueblo sensato y patriota se une y hace frente al primer amago de peligro común; el que no lo es se subdivide y debilita, allanando así los obstáculos al invasor que triunfa sin resistencias”.<sup>36</sup>

El invasor tenía de su lado a los poblanos entreguistas y confraternizadores, a algunos “federalistas radicales”, a los “comerciantes de la frontera norte”, y “caciques dispuestos a transar con quien les garantizara mayor libertad para obrar en sus feudos. Todos ellos secreta o abiertamente deseaban el triunfo de los estadounidenses aun a expensas de sus lealtades nacionales”.<sup>37</sup>

Sigamos la pista a los liberales radicales para entender por contraste la traición de Santa Anna (en 1835-1836). “El gobierno del general Santa Anna, en tránsito hacia el centralismo, trastocó los términos del discurso. Mientras que los insurrectos de Coahuila y Texas hablaban de una revuelta federalista y se quejaban de los abusos del gobierno nacional, el de Santa Anna se hacía eco de un discurso patriótico”<sup>38</sup> en el que trata de “extranjeros ingratos” a los estadounidenses que se les permitió asentarse en Texas y reitera la presencia de la Nación que “los admitió en su seno” esa misma Nación contra la cual se sublevaron.<sup>39</sup>

En el discurso de Santa Anna resalta el falaz paralelismo entre patriotismo y centralismo, y entre federalismo y antipatriotismo. Pero, sobre todo, resalta el hecho de que ante los extranjeros (ingratos o no) nos presentábamos como nación, aunque entre nos no hubiera realmente nación ni patriotismo.

<sup>36</sup> José Fernando Ramírez, “México durante su guerra con los Estados Unidos”, p. 512.

<sup>37</sup> Andrés Reséndez Fuentes, *op. cit.*, p. 412. También dice con todo tino: “Mi hipótesis es que una red de intereses comerciales y de especulación de tierras vinculó a la frontera norte de México con la economía estadounidense desde la década de 1820, y que este proceso terminó por influir en las lealtades nacionales de la sociedad fronteriza” (*ibid.*, p.431).

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 414.

<sup>39</sup> Antonio López de Santa Anna, *Alcance* (17 de noviembre de 1835), citado en *ibid.*, pp. 414-415.



“La fama de `anexionistas` que perseguía y atormentaba al partido federalista se remontaba también a la guerra de Texas.”<sup>40</sup> Esto se refiere en primer lugar, a Lorenzo de Zavala, que “más tarde fungiría como vicepresidente de la recién creada nación” texana,<sup>41</sup> y en segundo, a O. de A. Santángelo, federalista zacatecano desterrado durante el gobierno centralista de Anastasio Bustamante, y que en 1839

propuso nada menos que la amalgamación de Texas con media docena de estados del norte de México:

[...] si exceptúa usted a los frailes, faltos ya de todo concepto; a los comandantes militares generalmente aborrecidos, y a un muy corto número de imbéciles partidarios de las ideas retrógradas toda la población de estos estados anhela separarse de la parte meridional, donde se ven como hacinados todos los elementos más propios para perpetuar los privilegios aristocráticos, la tiranía militar, y el yugo ignominioso de la superstición”.<sup>42</sup>

Otros federalistas radicales eran, sin embargo, antianexionistas y patriotas recios:

La abierta hostilidad de Gómez Farías hacia cualquier arreglo de la cuestión de Texas se originaba en parte en su experiencia de 1835-1836. Pero al mismo tiempo, igual que en el caso de Paredes, la exaltada retórica nacionalista del grupo de Gómez Farías llevaba el propósito de ganarse a la opinión pública para allanar el camino hacia la presidencia.<sup>43</sup>

Pero el fondo del problema, esbozado en el escrito de Santángelo, queda perfectamente precisado en la ya célebre carta de Manuel González, como gobernador de Zacatecas, a Gómez Farías, redactada al inicio de la invasión estadounidense (27 de febrero de 1846). Aseveraciones como las suyas —según vimos más arriba— “llevaron a Fuentes Mares a proponer que los federalistas puros tenían un `programa secreto` que consistía en promover la anexión de todo México a Estados Unidos”,<sup>44</sup> lo cual no solo es una exageración sino que soslaya el verdadero problema de fondo: la exagerada presencia de condiciones económicas, sociales, políticas y culturales opresivas, a la par de una apenas larval presencia de México como nación. Cuando se olvidan estas bases se juzga mal a los federalistas “anexionistas” y, sobre todo, el problema histórico queda distorsionado. Citemos a Manuel González Cosío: “en la forzada y dura alternativa de perder la libertad o la nacionalidad, la elección es muy obvia, Texas ha hecho mil veces bien, y lo mismo hará California”.<sup>45</sup>

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 415.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 416.

<sup>42</sup> Cfr. O. de A. Santángelo, *Correo Atlántico* (6 de marzo de 1839), citado en *idem*.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 418.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 419, nota 18.

<sup>45</sup> Manuel González Cosío a Gómez Farías, Zacatecas, 27 de febrero de 1846, citado en Andrés Reséndez Fuentes *op. cit.*, p. 419. El pasaje completo de esta carta es: “Si como la posición geográfica de nuestro desgraciado Estado [de Zacatecas que] es tan central fuera limítrofe, siquiera como Chihuahua, habríamos proclamado nuestra independencia y aun nuestra unión a los Estados Unidos. Sí, nuestra unión a aquella República, porque en la forzada y dura alternativa de perder la libertad o la nacionalidad, la elección es muy obvia. Texas ha hecho mil veces bien, y lo mismo hará California” (*idem*).



## 9. LA TRAICIÓN SANTÁNICA A LA PATRIA FRENTE A OTRAS TRAICIONES

La traición de Santa Anna a la patria encubierta y acompañada por un patriotismo privado o que toma a la nación para su uso privado y se sacrifica por ella solo en aras de una compensación emocional egótica; ese patriotismo que por privatizado constituye una *contradictio in adjecto* permitió en su interior precisamente la germinación de esa traición, la cual debemos diferenciar de los coqueteos poblanos al invasor, tanto como de las lealtades de los comerciantes fronterizos y los caciques acomodaticios, y aun de las ideas y acciones de los federalistas anexionistas.

En efecto, una cosa es pensar y postular una hipótesis y otra actuar. Pero, sobre todo, tanto las ideas como las acciones de los poblanos, los caciques, los comerciantes fronterizos y los liberales “puros” anexionistas, aun de Lorenzo de Zavala, el mayor de todos, son actos e ideas que acontecen en la base escindida, heterogénea, de la sociedad, siendo, por ende la responsabilidad de cada uno de ellos igualmente fragmentaria y a veces solo personal o familiar (caso de los comerciantes fronterizos) con repercusiones limitadas a un círculo restringido de gente, situaciones, espacios, etcétera.

Lo de Santa Anna es otra cosa. Primero, por ser caudillo; segundo, por estar situado en la cumbre del Estado, lugar de la síntesis social encaminada a contrarrestar y regular las contradicciones y deficiencias de la base, por supuesto, a la vez que las expresa. Pero la expresión de las mismas no es mera función mecánica sino que pasa por la conciencia del Ejecutivo, por su voluntad y elección. Y héte allí lo que Santa Anna eligió y de lo que fue responsable; siendo, en tercer lugar, agravada su traición a la Patria porque todo el pueblo le entregó su confianza, acto fomentado por él acuciosa, planificadamente, porque lo hizo a sabiendas de los acuerdos con Polk, y a sabiendas de lo que haría para cumplirlos. En cuarto lugar, su papel en la cumbre del Estado coincide con su papel como general en jefe de todos los ejércitos, dando a sus actos e ideas una repercusión cualitativa absoluta respecto del destino nacional. Lo de Zavala lo saben los estudiosos, lo de Manuel González Cosío, los eruditos; lo de los caciques y comerciantes fronterizos, solo el especialista. Pero lo de Santa Anna nadie lo olvida por más distorsionado o nimbado que sea. Siempre guarda este recuerdo la intuición de una negrura insoportable. Y no está por demás puntualizar que todo eso deleznable se potencia por el hecho de que la traición de Santa Anna en la guerra del '47 no consistió en unas ideas extremas o en unos actos equivocados sino en una actuación sistemática que tiene cada vez ante sí el espectáculo de los resultados de cada acto singular suyo y prosigue no obstante ver masacrar su ejército, ver el dolor y la sangre, la desesperación y el hundimiento, ver morir ejércitos a los cuales debía apoyar y ver a toda la población despavorida, humillada, horrorizada, avergonzada, temblando impotente o bien ocupada inocentemente en sus cosas sin saber lo que este hombre cocina para todos.



La conciencia nacional actual —sentido común incluido— debe tener en cuenta, en relación a su patriotismo, los enormes avances que ha tenido respecto del patriotismo promedio de la época de Santa Anna, así como no confundir los actos extremos a los que llegó Santa Anna con los actos de otros personajes menores, atados a condiciones inmediatas de actuación, ya fueran económicas, sociales, políticas o culturales. Y debe tener en cuenta esto a fin de evaluar justamente a Santa Anna, pero también a los actuales actos de traición a la patria; así como en vista de desarrollar el propio nacionalismo sorteando o superando las precisas lacras que se registran y se ven en esa columna vertebral del pseudopatriotismo o criptotraición a la patria que fue la gesta criminal de Santa Anna. Un patriotismo integral y auténtico, así que por ende libertario, revolucionario, puede construirse con base en la precisa superación de esas vértebras de la ignominia sustituyéndolas por una estructura sana. El patriotismo mexicano actual, en lo que tiene de maduro, se desarrolló en contestación a esa conformación cancerosa germinal, pero resta que lo haga con precisión y urge que lo haga por la gravedad de los eventos en curso en la relación México-Estados Unidos.

#### 10. NACIONALISMO TANÁTICO Y MI NECESIDAD TANÁTICA DE HÉROES DESESPERADOS Y DE OPRESORES CÍNICOS

Santa Anna concentra el método psicosocial y cultural para ser aceptado en México —afirmamos en el capítulo 27— debido a que Santa Anna fuerza la escasez y, así, la incrementa y desde ese incremento suscita artificialmente necesidades desesperadas. Tal es su método, pero ¿por qué es aceptado? Porque suscita héroes realmente desesperados y porque surge en el pueblo sometido mexicano la necesidad de que haya héroes desesperados; así como una identificación con ellos. Por verlos valiosos y derivar de sus comportamientos cierta eficacia y prestigio.

Algunos integrantes de este pueblo sometido se ocupan de salvarse individualmente en el interior del sometimiento. Lo peor es que no solo dicen sino que actúan parcialmente como los adalides en el enfrentamiento contra las clases opresoras y contra el imperialismo yanqui o español, etcétera, así que realmente funcionan como esta bisagra: son adalides contra el imperialismo y, al mismo tiempo, los que administran la opresión en el interior de México. Esto es, ya en administrando la opresión dentro de México se presentan como los adalides del pueblo de México frente a las clases opresoras y el imperialismo. Y ya siendo esa bisagra se representan a sí mismos como los adalides de la clase dominante respecto de cualquier interés particular (menos el suyo).

De esa manera, se comportan como sometidos y sometedores —como sadomasoquistas— en tanto que se ponen arriba pero en realidad ellos provienen de abajo, y a todos los de abajo los ponen como masoquistas sádicos. Dándose una



correspondencia de dos caras del sadomasoquismo; una donde predomina el sadismo, ya que estás arriba; otra en la que predomina el masoquismo, cuando estás abajo. Tanto mayor necesidad tienes de ponerte como sadomasoquista, de subir —necesidad de una elevación personal soberana— en tanto que mayormente vivas de modo masoquista tu existencia.

La historia personal de Santa Anna muestra muy bien este paso de masoquismo a sadismo, de una infancia masoquista a una adultez sádica sin que pierda rasgos masoquistas, ni que tampoco en la infancia deje de tener rasgos sádicos, etcétera. Pero el método mediante el cual se hace aceptable al pueblo mexicano —no solamente por esta correspondencia general entre sadomasoquismo y masoquismo sádico— consiste en que con su intervención fuerza las condiciones y pasa a forjar las condiciones para producir héroes desesperados. Por ahí es que el intento de salirse del sadismo y del masoquismo ocurre a través de un acto heroico en el intento de zafarse de esas condiciones. Condiciones no solo psicológicas sino de clase y también condiciones de imperialismo externo.

En fin, el intento fallido para zafarse de esa condición psicológica, objetiva clasista y geopolítica es a través de héroes desesperados. Pero el hecho del héroe desesperado, obsérvese, es un hecho que ya tiene truco, no es un hecho meramente objetivo ni responde meramente a una situación objetiva, sino que ya responde a una situación psicosocial imaginaria, equívoca.

En efecto, la situación de escasez mexicana requiere de héroes y de caudillos para ser superada, pero no es cierto que requiera de héroes desesperados ni de falsos caudillos. Y, sin embargo, hay una peculiar conformación de las situaciones objetivas, hasta figurarlas como condiciones objetivas intrascendibles; como absolutamente intrascendibles, por ese motivo no parece posible que las pueda resolver un caudillo o un héroe sino apenas el Mago de Oz, un héroe desesperado, un milagro, alguien que haga magia, etcétera. De ahí la hipóstasis del carisma en la percepción que tienen las masas del dirigente y la consiguiente divinización de éste. Ambas dimensiones funcionales al fetichismo de Estado y por ende el sometimiento del nacionalismo proletario al burgués y de éste a sus formas santánicas degradadas.

Esas condiciones objetivas intrascendibles son objetivas porque ahí están frente a cualquiera, pero están ahí frente a cualquiera porque hay algunos que se encargan de jalarlas hacia allá, hacia esa configuración precisa intrascendible. La intervención de Santa Anna es ejemplar al respecto, pero en otras tantas situaciones mexicanas —no en todas— hay quienes en vista de salvar su propia individualidad personal a favor de una clase, pero supuestamente a favor de las masas mexicanas, fuerzan las cosas o jalan la rama hacia un lado con tanta fuerza que logran presentar como intrascendibles las situaciones a menos que haya héroes desesperados. El mito del niño héroe cayendo envuelto en la bandera nacional espejea paradójicamente la jeta de Santa Anna. La aceptación de uno promueve la del otro. Son golpes de escena de la misma pieza.



La objetividad nacional se encuentra jaloneada de tal manera por los colonizados, por los sometidos que somos los mexicanos, que no se ofrece solo la experiencia de una objetividad; pues la objetividad generalmente tiene dos aspectos: es obstáculo y es condición de libertad.<sup>46</sup> Sin embargo, en el caso de la situación mexicana, particularmente en la guerra con los Estados Unidos, la objetividad mexicana se presenta solo como obstáculo, como algo intrascendible: es imposible que salgamos de la situación de esclavitud en la que vivimos.<sup>47</sup> Esta situación de objetividad intrascendible o como mero obstáculo a la libertad no depende de la pura objetividad sino de actos por parte de sujetos que intentan trascender la situación, pero que la jalan de tal manera —como Santa Anna— que la ponen como intrascendible en los hechos;<sup>48</sup> así que solamente cabe un acto heroico —desesperado—; si no para triunfar por lo menos para no verte cobarde, para no deshonorarte<sup>49</sup> o hundirte más.

En síntesis, Santa Anna sigue el método de producción de héroes desesperados y entonces crea la constante necesidad de que siga habiendo héroes desesperados y de que lo acepten a él como héroe desesperado. Véase cuánta benevolencia le profesa Rafael F. Muñoz, cuya biografía de Santa Anna es una auténtica pieza literaria y que se regodea en la dualidad de este hombre. Realmente es heroico verlo como caudillo; ahí contra los gringos dirige todas las acciones y en todas pierde, es un héroe desesperado. Uno creería que es héroe desesperado debido a las condiciones objetivas, y muchos historiadores dicen así: aunque él intentaba la conducción del ejército, éste no estaba bien alimentado, no tenía armas, no estaba bien preparado y, como no tenía disciplina, huía ante el enemigo en los primeros combates. En realidad, el secreto fue revelado en su momento, según citamos más arriba (parte I) aquello de que “están enseñando a huir a nuestros soldados”, dicho a propósito de las operaciones de Santa Anna en Amozoc, cerca de Puebla. Los jefes —otros generales— no conducían bien al ejército y ni siquiera él. Es un héroe desesperado. Supuestamente,

<sup>46</sup> Por un lado, el objeto se presenta como obstáculo a tu libertad: si caminas por el bosque y encuentras un árbol y no te haces a un lado, te das un golpe; el árbol se presenta —con su resistencia— como obstáculo a tu libertad de querer caminar por donde sea. Pero, por otro lado, se presenta como condición de libertad: utilizarlo para protegerte del sol, para trepar y defenderte de una fiera. En fin, la objetividad normal, cósmica, se presenta con un carácter dual, como obstáculo pero, también, como condición de libertad.

<sup>47</sup> Lo intentamos frente a España y llegan los gringos, y frente a los gringos lo intentamos una y otra vez, y todas las veces vinieron más gringos, y nos ganaron todas las veces.

<sup>48</sup> Es ilustrativo de todo esto el “Parte oficial del General Santa Anna” al Ministerio de Guerra, presentado ante el Congreso y redactado en Tehuacán el 12 de noviembre de 1847 respecto de los combates en la capital (publicado por el Boletín del Archivo General de la Nación, Secretaría de Gobernación, Dirección General de Información, México, 1847). Santa Anna habla reiteradamente de la suerte siempre funesta para nosotros, o de “la casualidad que estuvo siempre a su favor” (p. 441), o de que “la fatalidad, que siempre presidió a nuestras operaciones” (p. 458).

<sup>49</sup> Voy a morir, pero no con deshonor. No voy a superar las condiciones pero, por lo menos, que no se diga que corrí, etcétera. Si todo es escaso que yo sea, por lo menos, excesivo.





porque las condiciones objetivas no le permiten hacer otra cosa. Es evidente que esos historiadores sufren la necesidad de héroes desesperados y al observarlo ya no dudan (¿será o no será?) sino que lo afirman como héroe, son ellos en él.

#### 11. EL PRINCIPIO DE REALIDAD SANTÁNICO, HITLER Y HO CHI MINH

En realidad, tenemos múltiples evidencias de que él se presenta como héroe desesperado por cuanto él forja la escena. De hecho, una de las principales condiciones objetivas de la desesperación que él vivió y vivió todo México, él las creó; él es el factor que hace que el ejército se desparrame, que las pocas armas y municiones que hay ya no sirvan para nada. Y si el poco dinero que hubo para combatir al enemigo hubiera sido suficiente para acabarlo no será suficiente precisamente por algo misterioso, esto es, algo así como la presencia y participación de Santa Anna en los acontecimientos.<sup>50</sup> Es tan difícil conseguir dinero en un México tan miserable; ya consigue dinero y forma un ejército de 20 mil hombres; este ejército debería servir para combatir un enemigo de 7 mil hombres. Pues no, la realidad azora, sorprende, es mágica. Este es el efecto que produce la intervención de Santa Anna en los hechos: los objetos están encantados, deberían servir de algo, no sirven para eso, están destinalmente marcados para la tragedia mexicana, para caer en manos del invasor, etcétera. La esperanza de todos es realizada al modo de una pesadilla. Tal es el principio de realidad santánico.

Ahora bien, como no se puede basar en el objeto, lo único que le queda al sujeto es su honor. Necesita basarse en el acto puro. Se suscita así el forzamiento, la producción de un idealismo creciente, de una desmaterialización de la persona. De eso está hecha la ideología chauvinista, por ejemplo, la mexicana. Las personas en cuanto tales no valen, son simples aspectos de la idea de nación. Voluntarismo y subjetivismo que agiganta el ego de la persona al tiempo que la suprime o sacrifica a favor del ideal patriótico imposible. Deseo artificial tanático en correspondencia con el principio de realidad santánico.

A partir de aquí se prepara un tipo de totalitarismo: germina un nacionalismo reaccionario aunque se presente como liberal, que requiere cada vez más urgentemente de héroes desesperados, está esperando que Hitler llegue. Ese héroe desesperado que curiosamente tuvo un momento de triunfo, por lo menos en las votaciones alemanas del '33; pero que afortunadamente fue derrotado en la guerra por el resto de países.

<sup>50</sup> Ante él, todo instrumento (dinero, armas, soldados, etcétera) es un objeto elástico pero en términos negativos: la silla debería servir para sentarse aunque tuviera tres patas; hago el esfuerzo para obtener la silla de tres patas, y ya la obtengo, y supuestamente va a servir para sentarse; me siento, pero se rompe: no sirve; se rompe..., y aun vuela. Es un objeto imposible. Ésta es la imagen que se presenta en los combates en que interviene Santa Anna.



Para nosotros es difícil ver a Hitler como héroe desesperado, pero para los nazis que estaban a favor del nazismo y del holocausto de todos los judíos, el espíritu germano no pudo triunfar, se quedó corto. Pues bien, para que este héroe desesperado tenga aún visos de triunfar, todos los seres humanos deben desmaterializarse, dejar de ser una condición objetiva, material, concreta, y ser simplemente números, partes de la idea totalitaria de Nación, y pasar a cumplir la voluntad del *führer*.

Que cuesta cumplirla; “no te fijes en el costo, nada más cúmplela”. Que tú no estés de acuerdo en asesinar judíos; “no te fijes, nada más cumple la orden”. Cuantos más judíos mates, cuantos más franceses, cuantos más comunistas, etcétera, no haces más que cumplir la voluntad del *führer* y realizar al espíritu germano. Es la ley y debes respetarla, decía el nazi Albert Eichmann cuando fue capturado en 1958.

Evidentemente debemos forjar un nacionalismo de otro tipo. Uno atento a las condiciones concretas, a los individuos concretos, a las fuerzas concretas y que se atenga a la objetividad; porque si ésta es obstáculo también es condición de libertad. No se trata simple y llanamente, por nacionalismo, de hacer valer el subjetivismo, el voluntarismo, etcétera. En México, el forjador inicial y paradójico de todo ello es Santa Anna, la figura que priva en la conciencia nacional y no precisamente porque tenga admiradores; más bien se lo repudia. Repudio que nos enseñaron en la escuela.

Ahora bien, si me revelo contra Santa Anna, si me revelo nada más contra un hombre, entonces no reconozco las condiciones objetivas que prevalecen en México y que lo suscitaron. Pero si solo deploro esas condiciones y no reconozco a Santa Anna lo afirmo al defender las condiciones que él forjó, etcétera. Por ese camino llego a la postura de Santa Anna, a lo que él forja y a que no reconozca yo las condiciones objetivas porque ¿para qué reconocerlas si son mágicas, destinales? Es un enredo circular entre la condición objetiva y lo que hace Santa Anna con la condición objetiva y, entonces, lo que hace contigo en tanto componente de la condición objetiva, lo que hace contigo prácticamente y la necesidad que en ti germina a partir de ahí.

Con lo dicho se ha visto cómo se configura el carácter fetichista de la representación de Santa Anna en la conciencia social. Abramos un inciso más en el que la cuestión nacional y el nacionalismo se cruzan con la cuestión de la riqueza monetaria; de suerte que el fetichismo dinerario, en particular del capital usurario (D-D') somete a la nación y a la conciencia sobre ésta modelarmente. Por lo que podemos entender el mecanismo de funcionamiento del “fetiche Santa Anna” dominador de la conciencia nacional en acuerdo a ese otro modelar que es el del capital usurario. Así que ya podemos acceder, luego, a la parte III y final de nuestro recorrido.



## 12. NO PAGAR LA DEUDA EXTERNA

Una de las figuras en que se manifiesta la soberanía nacional es la de la decisión de pagar o no la deuda externa o de declarar una normativa de la misma como lo hizo Benito Juárez en 1861, por ser benéfica para el pueblo de México.

La cuestión es que conforme los gobiernos de este país más se alejan del pueblo en vista de servir mejor a los sectores más reaccionarios y monopolistas, en especial de la clase dominante, debilitan su base de sustento y deben volverse serviles también ante las burguesías extranjeras, en especial de la estadounidense y su estado. De suerte que leen la historia de México para construir un mito que los justifique en su servilismo al extranjero. José Zaragoza devela puntualmente este mito en una excelente investigación sobre el mismo.

Se trata de un mito correlativo al de Santa Anna y ambos funcionales al fetichismo de Estado. Por eso cabe pormenorizarlo: “Juárez declaró una moratoria. Fue una actitud valiente, pero el costo no resultó bajo: México fue invadido por Gran Bretaña, Francia y España”, decía Jesús Silva Herzog en 1985, entonces Secretario de Hacienda, no obstante ser evidente entonces “que la deuda externa era impagable”.<sup>51</sup> Un hombre debatiéndose en la historia de su propio mito: “la historia demuestra que cuando ha habido deudas ha habido pagos —declaraba Silva Herzog en 1985— y si no hay pagos hay invasiones, o bancarrotas, complementan nuestros actuales gobernantes”.<sup>52</sup>

He aquí “uno de los tantos traumas de nuestra historia patria. Sobre él se ha cimentado en gran medida la política gubernamental de negociación con los acreedores extranjeros”.<sup>53</sup> Afortunadamente la declaración de Silva Herzog es falsa.

Posterior a la declaración de moratoria del 17 de julio de 1861, Francia fue la única potencia que invadió nuestro país. Por estos años se debían al exterior alrededor de 82 millones de pesos: 70 a acreedores ingleses, nueve a españoles y solo tres a los franceses. Esto lleva a pensar inmediatamente que si la declaración del 17 de julio hubiese sido la causa de la invasión, ésta debería haber sido encabezada por Inglaterra, país de los acreedores mayoritarios de México —o aun por España— y no por Francia, a cuyos acreedores se les debía menos de 4% del total de la deuda.<sup>54</sup>

Más aún,

Desde 1823 hasta 1861 se registraron por lo menos siete moratorias —1827, 1832, 1838, 1846, 1947, 1854, 1861— de hecho o declaradas y de duración variable. Estas moratorias

<sup>51</sup> José Zaragoza, *Historia de la deuda externa de México. 1823-1861*, p. 10.

<sup>52</sup> *Idem.*

<sup>53</sup> *Idem.*

<sup>54</sup> *Idem.*



nunca se efectuaron por el mero deseo de los gobiernos mexicanos, sino por la crónica situación económica de recesión y estancamiento provocada principalmente por la inestabilidad política y económica que tuvo que enfrentar el país durante ese período.<sup>55</sup>

Así las cosas, José Zaragoza concluye acertadamente que:

Las razones de esta segunda invasión francesa deben buscarse, en cambio, en el afán expansionista de Napoleón III, que ya desde 1858, cuando estalla la guerra decisiva entre liberales y conservadores [mexicanos], apoyó y financió a estos últimos, siempre partidarios de una monarquía extranjera.

En todo caso, la razón fundamental de la invasión francesa no fue la moratoria del 17 de julio.<sup>56</sup>

El freno que el nacionalismo y la afirmación de la democracia nacional sufren por medio del fetiche de la deuda externa de curso forzoso en la que se afirma el fetiche dinerario en combinación con la culpa y el miedo al castigo frente al padre dueño del dinero es un freno correlativo al que sufren el nacionalismo y la soberanía ante la traición de Santa Anna a la patria. Pues se cree que todos los mexicanos debemos pagar por él, y que su culpa nos avergüenza a todos, como a los hijos deshonorados por los pecados del padre. Así que mejor ocultar, callar o simplemente negar que Santa Anna haya sido un traidor, al modo de aquello de que la ropa sucia se lava en casa. No se reconoce la deuda histórica de Santa Anna porque pareciera que tiene que pagarla forzosamente todo México.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 19.



### PARTE III

## SANTA ANNA COMO SUJETO Y COMO FETICHE

### PRESENTACIÓN

#### *Santa Anna en voz baja*

*Ad* José Manuel Villalpando César, *Las balas del invasor. La expansión territorial de los Estados Unidos a costa de México* (Porrúa, México, 1997). Libro antiimperialista. En sus “Palabras para los lectores de ahora”, señala que la causa primordial y principal de la merma de territorio fueron los Estados Unidos (p. 8). No obstante, ya casi para concluir el libro, en las “Razones de la derrota”, apoyándose en Lucas Alamán, José Fernando Ramírez, José Fuentes Mares y, sobre todo, en José María Roa Bárcena, postula que la derrota se debió a “las discordias, la desunión, las mezquinas ambiciones personales” de los mexicanos (p. 170). En otras palabras, la derrota se debió a causas internas, la responsabilidad de la derrota es de los mexicanos; por tanto, según este autor los mexicanos se derrotaron a sí mismos. ¿México se merecía la derrota? Según José Manuel Villalpando, sí.

Por el “Epílogo ante un cementerio” nos enteramos que “quizá una de las razones del poderío de los Estados Unidos es que, ante todo, honra a sus muertos [...], dando una lección de patriotismo en nuestra propia patria” (p. 178) porque entierran a sus combatientes —existen 24 cementerios norteamericanos en México dedicados a los caídos en la guerra del ‘47— mientras que nosotros no fuimos para sepultar debidamente a los caídos de esa guerra en nuestro propio país.

Santa Anna sí pactó con Polk, pero no cumplió. Lo de la Angostura fue sorprendente hasta para los exploradores de Taylor que “no podían creerlo” cuando vieron al ejército mexicano retirarse. Por allí se oía en voz baja “¡traición!, ¡traición!” (p. 103), y José Manuel Villalpando César 150 años después de la batalla de la Angostura todavía no se atreve a decir traición ni en voz baja, sino que solo dice que dijeron [...] Lo de Cerro Gordo, un error táctico. Los tratos de Santa Anna con Scott en Puebla, solo para “ganar tiempo para reorganizar sus fuerzas” (p. 125). Lo de Padierna, “indigno espectáculo de los generales” Santa Anna y Valencia por sus “pasiones políticas” (p. 132), y así sucesivamente. En las “razones de la derrota” enlista después del repudio a la invasión estadounidense de Robert F. Kennedy (1962) y del general Ulysses S. Grant (1885), las afirmaciones de Marx y Engels en 1847 sobre México, bajo el señalamiento de que “hubo quienes festejaron la derrota mexi-



cana y su postración de rodillas frente a los vencedores” (p. 167). José Manuel Villalpando César no indaga el sentido de las ideas de Marx y Engels pues para él las palabras no tienen más sentido que el que una oración de diez palabras configure, y no hay nada que dilucidar. He aquí un antiimperialismo antimarxista y admirador de los Estados Unidos, claro, en lo que tengan de buenos, ¡seamos justos!

En este contexto los actos de Santa Anna no tienen sentido, solo son actos y ninguna configuración de hechos tiene tampoco sentido; a lo más, muestra contrastes con otros hechos. José Manuel Villalpando César quiere ver así la historia porque quiere hacer justicia sin prejuicios pasionales o políticos. En realidad, logra un nuevo tipo de parcialidad, eso sí, por demás enrevesado.

El único modo de salir de las paradojas a las que conduce una postura así consiste en indagar el papel de Santa Anna de cara a las afirmaciones de Marx y Engels sobre la invasión estadounidense. Es decir, tomar la actuación de Santa Anna como la clave acerca de lo que Marx y Engels alcanzan a vislumbrar de la escena mexicana. Es lo que haremos en lo que sigue. Pues el “fetiche Santa Anna” se ofrece en toda su virulencia en la apariencia que Santa Anna dio a la escena mexicana en 1847. Apariencia visualizada por Estados Unidos y Europa. Y, así, por Marx y Engels. El “fetiche Santa Anna” entrampó a la conciencia revolucionaria general y en particular a la mexicana. Pero afortunadamente encontramos en el discurso de Marx elementos para desestructurar crítico científicamente tal fetichismo. Y, en consecuencia, para resanar los aspectos de su intervención que dependieron de la actuación de Santa Anna, pero que Marx no vislumbró según esta dependencia.



## CAPÍTULO 1

### LA PRESENCIA DEL “FETICHE SANTA ANNA”

#### 1. DEL FETICHISMO DE LA MERCANCÍA AL “FETICHISMO SANTA ANNA”

Las relaciones sociales burguesas son fundamentalmente generadoras de una actitud mental correlativa a una realidad peculiar que Marx denomina fetichismo. Ya la relación social burguesa más elemental, la de la mercancía, presenta esta característica<sup>1</sup>. Pero tanto más potente es el fetichismo del dinero y, sobre todo, el del capital. Y, por supuesto, conforme se desarrolla el capitalismo, se desarrolla cada vez más potentemente el fetichismo de sus relaciones constitutivas a nivel económico, social, político y cultural.

Pero si los agentes sociales cautivos en las relaciones burguesas fetichizan y no pueden captar con nitidez su entorno inmediato y actual, más difícil es que capten con rectitud contextos históricos previos. La inversión de la realidad que operan al captarla actualmente se ve potenciada cuando captan la realidad pretérita. Más todavía si esa realidad pretérita también presentaba una estructura capitalistamente invertida. Por ejemplo, un protagonismo estatal y un heroísmo a lo Santa Anna ocultan realidades internas atadas al magro desarrollo del capital industrial de los primeros tiempos del México independiente.

El fetichismo del capital culmina en el capital social de una nación (y aun mundial) y, precisamente, cuando este capital social se coagula como Estado. Por su parte, el fetichismo del Estado se muestra tanto más fuerte y aplastante en la conciencia de los agentes sociales cuanto el desarrollo capitalista industrial requiere de la gestión estatal para sentar sus bases y promover el desarrollo de los capitales individuales de una nación, cual ha sido el caso de México desde la época de Santa Anna hasta la fecha; por supuesto, con las variaciones coyunturales que diferencian gestiones como las de Santa Anna o, por contraste, la de Juárez, o la de Porfirio Díaz o aun las posteriores a la revolución mexicana.

El poder de mistificación de la personalidad y trayectoria de Santa Anna deriva fundamentalmente del fetichismo del Estado mexicano desde aquella época, y del

<sup>1</sup> Cfr. Karl Marx, *El capital*, tomo I, capítulo I, inciso 4, “El fetichismo de la mercancía y su secreto”.



que —reforzado y modificado— pervivió después y determinó las condiciones de los agentes sociales que recibían del pasado la referencia de Santa Anna. El “mito Santa Anna” o, más aún, el “fetichismo Santa Anna” es una concreción privilegiada del fetichismo del Estado mexicano.

Santa Anna personifica las relaciones sociales de su época, es un nudo de determinaciones sociales. Y así como la forma mercancía no es una simple cosa sino un conjunto de relaciones sociales objetivadas, Santa Anna en tanto sujeto social es incomprendible si no consideramos su arraigamiento social. Santa Anna es una forma social concreta —como la mercancía— personal,<sup>2</sup> dada en la realidad y en el pensamiento, forma que, como la mercancía, contiene al efecto fetichista como factor constitutivo esencial, pues siendo hombre de Estado, el fetichismo de éste lo alcanza esencialmente.

El “fetichismo Santa Anna” en tanto aspecto del fetichismo estatal resume en sí no solo dimensiones mercantil-capitalistas sino alienaciones y fantasías precapitalistas, las cuales se engranan en el “fetichismo Santa Anna” precisamente a cuento de ser éste hombre de Estado. Pues el Estado mexicano articulaba a los diversos modos de producción de la formación social despótica mexicana<sup>3</sup> de la época de Santa Anna y resumía en sí los mitos y alienaciones correspondientes.

### *1.1. Fetichismo del Estado y “fetichismo Santa Anna”*

El mito de Santa Anna forma parte del fetiche del Estado mexicano, de modo tal que el fetiche de Estado se valida como mexicano, en buena medida, porque contiene como componente suyo ese fetichismo apéndice que es el mito Santa Anna, del que hemos hablado ampliamente. (Apéndice que a momentos pasa a primer plano y en otros se esconde aunque retenga los hilos esenciales de la escena.) De suerte que nos hemos familiarizado con un aspecto decisivo de lo mexicano del fetichismo del Estado en las páginas que anteceden; y hasta cierto punto asumimos el funcionamiento de éste con base en el de Santa Anna. Corresponde pensar ahora en primer lugar el fetichismo del Estado para a partir de él entender mejor el mito que hemos tenido entre manos. El fetichismo del Estado tiene la función de recubrir la realidad esencial del Estado y, aún, de invertirla presentándola con características funcionales opuestas a las que éste realmente despliega. De tal modo, el carácter opresor del Estado es ocultado y se muestra, más bien, una función técnico-administrativa; la función clasista del Estado, el hecho de que administra la realidad social de modo opresivo precisamente para ponerla a favor de una clase en particular de la sociedad,

<sup>2</sup> Cfr. acerca del concepto de forma social personalizada, la referencia a Demócrito y Epicuro en la tesis doctoral de Marx, *Las diferencias de la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro* (1841).

<sup>3</sup> Cfr. mi *Perfil del traidor*, parte I, sección tercera, capítulo XVI, “El mundo despótico-oriental del México independiente (1821-1856)”.





aparece como lo opuesto: como modo de ver lo general, lo social y la particularidad explotadora que favorece a esa clase aparece como colorido nacional de lo social general.<sup>4</sup> Y esa clase que por la función antedicha redondea su dominación sobre la nación, se muestra solo como un participante más y sometiente al Estado. Siendo que éste está en función de aquella.

De tal modo, vemos a Santa Anna no como instrumento de la oligarquía mexicana independiente sino como un ser original y caprichoso que ata, desata y hasta parece que ni siquiera lo hace para favorecer a una camarilla corrupta y corruptora sino a su real antojo y sin aparente lógica. Por lo demás, no se ve de qué modo esos movimientos sincopados sirven al dominio clasista. Y, no obstante, esa irredenta originalidad individual del personaje de marras que no parece tener sentido clasista opresor, se evapora —aunque tan sólidamente particular parecía— si lo relacionamos con la sociedad en su conjunto. Se valida como el espejo de su sociedad y aún de toda una época; se disuelve en lo general: es el servidor de la nación, de todo el pueblo; y sufre con todos la opresión del destino, más que ser el medio para efectivizar la opresión de clase. Y precisamente sufre con todos el destino, debido a la ineficacia técnico-administrativa que despliega, “se hace lo que se puede, y si vamos jalando; porque, en realidad, no hay recursos y el país no da pa’ más”.

Ahora bien, con lo dicho puede captarse el fetichismo del Estado y su eficacia en el “mito Santa Anna” si lo vemos “hacia dentro”; esto es, si Santa Anna le da la cara a la nación y si vemos al Estado mirando hacia abajo, hacia el pueblo y éste lo mira. Pero el Estado es, además, de la clave que cierra la bóveda de la sociedad, la bisagra que la conecta con estados y países extranjeros. De tal manera, el fetichismo del Estado encubre el gozne o articulación burocrático-diplomática entre los estados, según que su función es forjar una escena de dominio internacional de las clases oprimidas de los diversos pueblos a favor de las clases dominantes de los mismos; clases copartícipes del botín común que constituye esa misma humanidad segmentada geográfica y culturalmente. Así pues, el Estado se valida como adalid de la independencia de la nación ante y —de ser necesario— contra todas las naciones restantes y, claro, ante sus respectivos estados.

Siendo así, en segundo lugar, que en caso de guerra, el Estado no puede sino favorecer a su nación y contrariar a la enemiga. No puede traicionarla, pues su sustancia es lo nacional en cuanto tal.

Según esto, el fetiche Santa Anna se muestra imposibilitado para cometer traición: le está prohibida la traición y, por allí, parece torpe que la sospechemos. No es que se nos prohíba pensarla sino que no tiene sentido que lo hagamos porque es a él a quien le está prohibida ontológicamente la traición.

Y no es que los actos aparentemente irracionales de Santa Anna recuperen racionalidad si los vemos como factores del forjamiento de la cadena de dominio interna-

<sup>4</sup> Cfr. Karl Marx y Friederich Engels, *La ideología alemana*.



cional de los estados capitalistas, sino que Santa Anna lucha denodadamente por su nación y la aparente irracionalidad de sus actos se debe a una especie de tic personal con el que salpimenta su ser instrumentativo del Estado- nación (para nada de alguna clase dominante).

Ahora bien, el fetichismo del Estado capitalista y su desarrollo del fetichismo del capital industrial tiene la función de mostrar el cuerpo del capital, a la maquinaria, etcétera, como el productor de la ganancia;<sup>5</sup> sugiriendo, simultáneamente, al obrero como apéndice de la máquina al que el capital le da trabajo —no que lo explota ni mucho menos que es él, el obrero, quien produce el plusvalor que el capital se apropia—, así que el verdadero sujeto productor es sepultado por el poder aparente de un pseudosujeto que se valida como auténtico a costa del primero.

Es el caso de Santa Anna en su época. Todos lo creían el sujeto protagónico sin el cual nada se logra. Nadie hace nada, él lo hace todo. Y realmente es así como se comporta; con una especie de angustia motriz que lo lleva a estar en todos lados y ocuparse personalmente de cada detalle del escenario, quiero decir, de los preparativos de las batallas, etcétera.

De esta manera, el pseudosujeto (Santa Anna) que explota la actividad del pueblo, aparece como el único o el principal. Aunque no a la hora en que traiciona. Allí otra de las reglas del fetiche estatal prevelece y dice Santa Anna no puede traicionar así que no traicionó. Las reglas constitutivas de todo fetiche funcionan así: proponer al deber ser inmediatamente como ser. Así que lo que debe ser es y así debes creerlo y lo ves así; y lo que no, ni debe ser, ni es.

En el caso recién revisado vemos cómo las características del fetiche del capital se añaden a las del fetichismo del Estado como su contenido. Pero el fetichismo del Estado posee la forma rectora. De tal modo, en el momento se ve la actividad de Santa Anna como si fuera el único sujeto. Y solo si su actuar transgrede la regla del fetichismo estatal, éste suspende al fetichismo del capital y pone a Santa Anna como un objeto y a la nación y a la historia como al sujeto destinal.

Esta dinámica nos permite entender cómo funciona el “fetichismo Santa Anna” a la distancia. Esto es, no en la época de Santa Anna sino en la eficacia que tiene para observadores posteriores. Aquí ya domina plenamente la forma del fetichismo del Estado sobre el sujeto Santa Anna y esta forma actúa sobre este contenido al modo en que el fetichismo del capital industrial actúa sobre la fuerza de trabajo obrera; expropiándole su carácter de sujeto, y apropiándose a través de adscribirla a la máquina que es propiedad del capital. Análogamente, el fetiche del Estado atribuye a toda la época la actividad. Y Santa Anna se reduce a títere, no de la clase dominante y del capital mundial en su conjunto sino del destino.

Por otro lado, tenemos que los ingredientes estatales no capitalistas del fetichismo del Estado mexicano se articulan con los capitalistas, pues su función también es

<sup>5</sup> Cfr. Karl Marx, *El capital*, tomo I, capítulo XIII, “Maquinaria y gran industria”.



encubridora de la opresión de clase. A través de la ideología religiosa y militar; de la ideología criolla y de la actitud de apropiación patrimonialista de toda la nación por parte del caudillo. A veces, incluso, con una actitud cristiana capitalista a favor del pobre y del indio.

Ahora bien, en lo que el fetiche precapitalista o arcaico<sup>6</sup> tiene que ver con dimensiones socialmente reproducidas que lo comunican con el fetichismo sexual,<sup>7</sup> sea como rasgo de carácter o como franca patología, lo abordaremos en los capítulos subsecuentes. Pero en términos generales podemos decir que el fetiche arcaico es el responsable de conferir un halo, un aura glorificadora, al Estado y a Santa Anna en particular, en tanto sujeto *pantocreator* resplandeciente y que actúa sin mover siquiera un dedo, ya por cohesionar en sí mismo a todas las fuerzas sociales. Las cuales por la presencia del caudillo se transfiguran en cósmicas. Así que toda la sociedad vive imbuida de la gracia divina o como trascendiendo la legalidad natural,<sup>8</sup> no importando las desventuras reales que experimente.

Así que toda la sociedad se desdobra esquizoidemente en una experiencia terrena y otra que la sublima. No solo este hombre que es el caudillo aparece como hombre y como predestinado y héroe providencial. Todo aparece como sagrado y profano.<sup>9</sup>

La cosa fue por demás explícita en Santa Anna cuando logró ser nombrado “Su Alteza Serenísima” y pasó a ser bendecido por la Iglesia, etcétera.

### 1.2. El líder político no puede ser traidor

Cabe presentar el ejemplo de una conciencia imbuida en el fetichismo del Estado precisamente al abordar a la figura de Santa Anna. Se trata de Fernando Díaz y Díaz, quien ante la disyuntiva de señalar la traición de Santa Anna elige que éste no es un traidor. Díaz y Díaz dice que

Don Carlos María de Bustamante, suspicaz y dominado por el espíritu de partido [contra el federalismo] planteó por primera vez la cuestión de un posible entendimiento entre Santa Anna y los Estados Unidos, y afirmó que aquél no volvía para defender a México, sino que su viaje fue “para entregarnos”. Como prueba acudía al hecho de que: “El comodoro americano que bloqueaba el puerto de Veracruz y sabía la próxima llegada de Santa Anna destacó un buque para que le saliera al encuentro, y llevase a la isla de Sacrificios donde lo esperaba para tener una conversación con él; efectivamente, cumplió con la orden, más Santa Anna acaso por un resto de pudor y no dar que maliciar a los que le rodeaban, se

<sup>6</sup> Cfr. Bolívar Echeverría, “Sobre el fetichismo”, publicado como apéndice de “El problema de la nación desde la crítica de la economía política” p. 195-205.

<sup>7</sup> Cfr. Sigmund Freud, “El fetichismo sexual”, pp. 107-114.

<sup>8</sup> Cfr. Bolívar Echeverría, *op. cit.*, p. 196.

<sup>9</sup> *Idem.*



abstuvo de ir [...] ¿Qué clase de oficial es este comodoro, que le guarda estas consideraciones a un general que va a hacer la guerra a su gobierno y de quien procura deshacerse, pues sabemos que apresar a un general enemigo importa tanto como ganar una batalla, y tener un grande enemigo menos? (Bustamante, *El Nuevo Bernal*, tomo II, p. 47).<sup>10</sup>

Fernando Díaz y Díaz elige que Santa Anna no traicionó y que el presidente Polk debió acudir “a otras formas para crear elementos de disturbios” una vez que vio “fracasar la idea que del regreso del caudillo veracruzano se había hecho”. Dice apoyarse para esta elección en “un historiador norteamericano”,<sup>11</sup> quien reconoció que el presidente Polk veía el arribo de Santa Anna a México como “un nuevo elemento de disturbio”. Pero que “el general jalapeño se convirtió [...] en el único hombre (*the one man*) en el cual las diversas facciones confiaron que podía aunar intereses para proseguir la guerra”. Es decir, Fernando Díaz y Díaz junto con Lockhart Rives creen que Santa Anna se convirtió en un auténtico líder. No ven que del hecho de que las “diversas facciones confiaron” en él no se sigue que él haya respondido a esa confianza. Y menos ven que precisamente así, logrando esa confianza y aunando intereses de las diversas facciones, era el arma perfecta para la traición y que traicionó, entonces, con el mayor poder.

### 1.3. Porque “quería la paz” traicionó y “jugó a la guerra”

En varias ocasiones a lo largo de las páginas del presente libro nos hemos topado con variantes de la intervención de Mariano Otero en el Congreso de México durante el armisticio que partió en dos la guerra del '47. Intervención que apunta a exculpar a Santa Anna argumentando que éste no tenía motivo para traicionar, puesto que el poder y la gloria (según José María Lafragua) podía obtenerlos por otros medios.<sup>12</sup> Obsérvese que aquí tenemos que vérnoslas directamente con el tema del poder estatal, y que supuestamente Santa Anna tiene vía real para acceder al mismo; así que el aura fetichista del Estado, no solo la del general, lo protege como la Caperuza de Niebla a Sigfried, el héroe de los *Nibelungos*.

Como Santa Anna podía acceder a la silla presidencial sin tener que traicionar, pues de hecho los liberales “puros” se la ofrecieron y él la rechazó, se crea una situación que es característica del juego de los Encantados, en donde te persiguen para encantarte (paralizarte), pero el verdadero encantamiento lo tenemos en el hecho de que si tocas la base estás a salvo de cualquier encantamiento. En la coyuntura

<sup>10</sup> Fernando Díaz y Díaz, *op. cit.*, p. 195.

<sup>11</sup> George Lockhart Rives, *The United States in Mexico. 1821-1848*, vol. ii, p. 246 (citado por Fernando Díaz y Díaz), así como en el más reciente libro de Glenn W. Price citado en mi *Perfil del traidor*, parte I, apartado A, capítulo IV, “Sobre Santa Anna como sujeto”.

<sup>12</sup> *Cfr.* capítulo 9, nota 17, del presente libro.



de 1846-1847 las cosas no funcionaban así, no obstante Otero, Lafragua y otros dicen lo que dicen y si es para encubrir a Santa Anna, autores posteriores, desde Roa Bárcena hasta Fernando Díaz y Díaz, les creen. Por su parte, José Fernando Ramírez, testigo de los hechos, dice que “nuestra administración actual subsiste porque no hai quien quiera derribarla; y no hai ese quien, porque no se sabe qué hacer después del poder conquistado”<sup>13</sup>. Y no se sabe qué hacer porque los estadounidenses están metidos en el país, y la silla presidencial en ese momento es una papa caliente en la boca de un alemán. La observación general de José Fernando Ramírez es exacta, y perfectamente aplicable a Santa Anna, para entender por qué rechazó las riendas del poder cuando se las ofrecieron cediéndoselas a Valentín Gómez Farías.

La simple obtención de la gloria venciendo a Taylor en la batalla de la Angostura hubiera resultado insuficiente para resolver la problemática situación de México y de su gobierno, por cuanto Santa Anna asume de antemano que es imposible expulsar a los yanquis del territorio si no se les entrega lo que quieren; por lo tanto no le parecerá que tenga sentido vencer a Taylor en una sola batalla en vez de cumplir sus acuerdos con Polk. De tal manera, solo la traición parece ser el instrumento adecuado para acceder a la gloria y al poder con seguridad.

De hecho, a Santa Anna no le interesaba la guerra ni creía poder vencer a los estadounidenses en ella. Así que la entregó lo más pronto posible para arribar a una paz en la que el poder no estuviera en cuestión y él ya se hubiera validado como el defensor de la patria en infortunio. Pleno de pujanza y arrojo, aunque vencido.

Fernando Díaz y Díaz formula —en un sentido distinto al mío— la anterior paradoja: “empujado por las circunstancias, Antonio López de Santa Anna jugó a la guerra, aún cuando íntimamente quería la paz”.<sup>14</sup>

Una vez instalados los estadounidenses en la capital, y a ojos de toda la población de la misma, se hizo evidente que Santa Anna la había entregado sin luchar; además circulaban noticias y rumores acerca de sus traiciones en los escenarios de otras batallas; entonces Santa Anna dijo asumir el partido de la defensa de la patria a toda costa y exigió que no se firmara ningún tratado con los invasores para así retener en sus manos el poder militar e intentar neutralizar el desprestigio que él mismo se forjó. Afortunadamente el Congreso le exigió que entregara el mando.

<sup>13</sup> José Fernando Ramírez, “México durante su guerra con los Estados Unidos”, pp. 411-548.

<sup>14</sup> Fernando Díaz y Díaz, *op. cit.*, p. 209.



## 2. EL “FETICHE SANTA ANNA” COMO PIEZA DE UNA MÁQUINA DE DOMINIO ACTUAL

Una descripción de la estructura del dominio capitalista de América del Norte (Canadá, Estados Unidos y México) retrataría una relación imperialista que —pensada con base en la teoría del desarrollo capitalista de Karl Marx— señala al capital industrial como la relación de producción dominante, algo impensable para autores como Hilferding, Lenin o Bujarin. Desde la perspectiva de Marx las teorías de estos autores se encontrarían presas del efecto sometiente del fetichismo de esa misma estructura de dominio basada en el capital industrial, uno de cuyos mitos funcionales podría expresarse del modo siguiente:

La solidaridad del capital financiero y del Estado mexicanos con los Estados Unidos (a favor todos del capital industrial de Estados Unidos) se complementa con la solidaridad ideológica de la oligarquía actual con Santa Anna. Ciertamente, en 1997 se cumplió el 150 aniversario de la invasión de Estados Unidos a México pero esto casi pasó desapercibido. Es sintomático de los festejos posmodernos neoliberalizados del 150 aniversario la reseña de la celebración de la batalla del Convento de Churubusco.<sup>15</sup> Se habló de condiciones adversas, “parque insuficiente”, de un “saldo de 136 muertos, 99 heridos y 333 desaparecidos”, de unos mil 300 mexicanos contra “7 mil 845 efectivos estadounidenses”. Luis Everart Dubernard, cronista de Coyoacán, insistió en “la valentía de los combatientes mexicanos”, habló de los “polkos voluntariamente adscritos a los batallones de las guardias nacionales”, cuando días antes todavía querían anexar México a los Estados Unidos, por lo que Everart encomió el que los combatientes mexicanos “olvidaron sus diferencias ideológicas y políticas y rencillas personales para unirse y defender a la nación amenazada por la intervención extranjera”. No faltó la alusión al heroico batallón de San Patricio, compuesto por desertores católicos del ejército estadounidense —aunque cabe advertir que no solo eran católicos sino sobre todo irlandeses, es decir, provenían de un pueblo dominado por Inglaterra, Irlanda, el primer país colonizado por el capitalismo—. Incluso en varias ocasiones se refirió “al grupo de bandidos” comandados por el traidor poblano Manuel Domínguez, “quienes combatieron al lado del ejército estadounidense”. Pero no se dice una palabra sobre Santa Anna, el gran traidor, y su negativa a mandar refuerzos a Churubusco. Por otro lado, resulta destacable la opinión de la historiadora Laura Herrera Serna<sup>16</sup> en el sentido de que “esta guerra no es más que el colofón de la política intervencionista de Estados Unidos que se ve muy clara desde 1803, cuando el presidente Jefferson ya planeaba la expansión

<sup>15</sup> Patricia Vega, “Los defensores mexicanos de Churubusco nunca se rindieron”, en *La jornada*, 22 de agosto de 1997, p. 27.

<sup>16</sup> Coordinadora de *México en guerra (1846-1848)*.



hacia el sur”, así como acciones de subsecuentes presidentes estadounidenses. Aunque al lado de esta política intervencionista no se observa también la situación geopolítica de ambos países. Solo reaparece la maldad de Estados Unidos y la bondad de los mexicanos. Bondad cristiana porque, como Jesucristo, son traicionados por otros mexicanos aunque episódicamente, sin ver la magnitud de las maniobras entreguistas de Santa Anna. En 1997 se conmemora el intervencionismo yanqui pero sin aludir siquiera a Santa Anna por temor a las resonancias evidentes con los presidentes neoliberales Carlos Salinas de Gortari o Ernesto Zedillo.

Obviamente el fetichismo de la relación oligárquico-financiera binacional al servicio del dominio del capital industrial estadounidense retoma a su servicio el “mito Santa Anna”. Por supuesto, este mito surgió 150 años antes, cuando la estructura oligárquica aún no se forjaba. El surgimiento de ese mito dependió de relaciones capitalistas menos complejas y separadas que se formaron por unas correspondientes a México,<sup>17</sup> otras a Estados Unidos y aún no integradas en una maquinaria financiera estatal y mediática de dominio dual.

### 3. EL “FETICHE SANTA ANNA” Y SU SUPERACIÓN

Todo está preparado para que expongamos críticamente, lo que denomino: el “mito Santa Anna” o el “fetiche Santa Anna”. Se trata de un nudo de la conciencia nacional y, en particular, de la historiografía mexicana en torno a la guerra entre México y Estados Unidos.

El desencuentro general de Marx con América Latina no se explica<sup>18</sup> señalando que Marx no entendió la especificidad de América Latina —consistente, según cree José Aricó de forma equivocada, en que la política (*id est*, el Estado) promueve aquí el desarrollo económico y no a la inversa, como fue en el caso de Europa— sino que se explica porque no se ha comprendido la teoría del desarrollo capitalista de Marx —desde la cual hace sus afirmaciones sobre el desarrollo particular de América Latina—, más aún, generalmente ni siquiera es registrada por quienes leen también lo que Marx dice sobre América Latina. Y no se comprende la teoría del desarrollo capitalista de Marx porque se la lee desde las nociones de la teoría del imperialismo. Estas teorías suplantán la teoría de Marx en quienes no obstante se dicen marxistas. Complemento esta explicación del desencuentro general de Marx con América Latina con la del desencuentro particular de Marx con México, porque la presencia perturbadora del “fetichismo Santa Anna” en la recepción de los hechos del ‘47 hace que Marx desarrolle las ideas que propone, y que los mexicanos no las entiendan.

<sup>17</sup> Aunque en lo correspondiente a la formación social mexicana esta contenía un fuerte contenido despótico-oriental potenciador del fetichismo caudillesco de Santa Anna (*cfr.* mi *Perfil del traidor*, parte I, sección tercera, capítulo XVI, “El mundo despótico-oriental del México independiente...”).

<sup>18</sup> *Cfr.* Jorge Veraza Urtuzuástegui, “1847-1997. Los escritos de Marx y Engels sobre México...”.



3.1. Hacer un comentario crítico al libro más reciente sobre la invasión estadounidense, *México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales*,<sup>19</sup> coordinado por Laura Herrera Serna, me servirá para resumir mis argumentos<sup>20</sup> sobre el desencuentro de Marx con México, más específicamente que con América Latina.

El libro ofrece una panorámica regionalizada del México de esos años en la que registra los sucesos y los contextos económicos, políticos, sociales, culturales y de acciones militares acaecidas en la Alta y la Baja Californias, Aguascalientes, Veracruz, Puebla y la ciudad de México, etcétera. Antecedido por una introducción de la coordinadora del libro, la integran cuatro estudios preliminares no regionales. El primero, de Sergio Bagú, sobre “El curso histórico de las intervenciones” en general y no solo yanquis. El segundo, de Álvaro Matute, rastrea antecedentes de la invasión del ‘47. Vicente Quirarte caracteriza ese “tiempo de canallas, héroes y artistas” pareciéndole, entre otras cosas, que Santa Anna los reúne en su persona. “El otro frente de la guerra”, de Jesús Gómez Serrano, registra las contradicciones políticas que se vivían a la sazón. Se tratan de cuatro acercamientos no regionales que, no obstante sus bondades no alcanzan a llenar el vacío que la fragmentación regionalizadora del discurso histórico instaure en la captación global posible del fenómeno unitario: “Guerra México-Estados Unidos. 1846-1848”. A cambio, el libro entrega riqueza diversa; un “mapa temporal” del país, por así decirlo.

Tal y como el fetichismo de la mercancía o del dinero se consolida en los intercambios de múltiples propietarios privados socialmente atomizados, el “fetiche Santa Anna” no podía sino reproducirse redimensionado de modo peculiar en el seno de la tan abigarrada atomización argumentativa del libro. En alrededor de 30 referencias sobre Santa Anna que salpican el texto, los diversos autores lo exculpan o bien neutralizan las pocas críticas a Santa Anna que refieren. De tal manera, la flagrante entrega de la batalla de la Angostura que el ejército mexicano tenía prácticamente ganada, o la de Cerro Gordo, son referidas como derrotas sin más. Y, por si algún curioso pregunta la causa, ésta no es respondida directamente sino como de pasada, pero trayendo a escena las justificaciones insostenibles que diera el propio Santa Anna (aunque sin citarlo): falta de dinero, falta de provisiones, etcétera. En realidad el libro se engarza como eslabón reciente de una larga cadena que data de los días de la guerra con Estados Unidos.

En efecto, en la historiografía mexicana —y también en la estadounidense, aunque por diversos motivos— se ha impuesto la curiosa tendencia de —por diversos medios, a veces parcialmente contrarios— desleer el papel específico jugado por

<sup>19</sup> *Idem.*

<sup>20</sup> Dedicué las primeras 16 horas de un curso de 40 horas, titulado “La relación México-Estados Unidos vista por Marx y Engels”, a rastrear la presencia de la figura de Santa Anna en la historiografía, en tanto índice de la comprensión o incomprensión de los acontecimientos de la guerra de 1847 por los historiadores. Dicho curso fue impartido en la Facultad de Economía de la UNAM, de junio a septiembre de 1995.





Santa Anna en los acontecimientos, esto es, su papel como sujeto histórico. A veces con el buen argumento de que las condiciones materiales prevalecientes en la época determinaron más esencialmente los acontecimientos. Ciertamente, una indagación historiográfica regionalizada alimenta tal perspectiva, pero con el peligro de que su atinado materialismo devenga en objetivismo unilateral y en que lo específico del fenómeno histórico se pierda si se deslee la acción de sujeto tan prominente en los acontecimientos como lo fuera Santa Anna. ¿Ya dije que en la introducción general al libro ni siquiera se alude a Santa Anna?

3.2. Por si fuera poco, la exculpación y el desvanecimiento de las responsabilidades de Santa Anna se complementan en el libro con una crasa ausencia, pues en sus 744 páginas no ofrece ni rastro de la fundada acusación contra Santa Anna que el diputado Ramón Gamboa<sup>21</sup> hiciera ante el Congreso mexicano en 1849. Ni siquiera se menciona el nombre del diputado; simplemente no existió. Esta deficiencia es tanto más destacable en un libro como éste que, por celebrar los 150 años de la Guerra México-Estados Unidos, debía ser comprensivo de todos o por lo menos los más importantes documentos históricos del período.

Por otro lado, en algunos pasajes se hacen referencias respetuosas al libro de Gastón García Cantú, *Las invasiones norteamericanas a México*<sup>22</sup> de 1969. Pero ninguna de esas referencias alude a la crítica a fondo de Santa Anna, por cierto, explícitamente basada en la del diputado Ramón Gamboa. No es ocioso señalar que en el conjunto de la bibliografía sobre el período es rara la referencia de Gastón García Cantú a Ramón Gamboa para denunciar la traición de Santa Anna después de 1965, es casi único.<sup>23</sup>

El libro *México en guerra (1846-1848)* se refiere en dos ocasiones a Manuel Balbontín (este sí existió, afortunadamente). Se lo señala como testigo presencial de batallas y autor de importantes testimonios. Aún más, Miguel Ángel González Quiroga, en el capítulo 19, “Nuevo León ante la invasión norteamericana”, lo valora como crítico del efecto lesivo que tuvieron los constantes cambios de los mandos militares del Ejército Mexicano tanto en la tropa como en los jefes. Esto aludiría a una situación objetiva prevaleciente en las armas nacionales, un factor entre otros de la derrota. Pero por ningún lado se recuerda a Balbontín como corrosivo crítico de Santa Anna en tanto testigo presencial de la batalla de la Angostura y que en sus *Memorias*, echa por tierra las disculpas de Santa Anna ante el Congreso; eso de que la tropa no tenía avituallamiento, razón por la cual —dice Santa Anna— abandonó la plaza a punto de obtener la victoria sobre el enemigo, hasta allí irremediablemente sitiado en la Angostura de la sierra.

<sup>21</sup> “Impugnación al informe del Excelentísimo Sr. General Don Antonio López de Santa Anna y constancias en que se apoyan las ampliaciones de la acusación del Sr. diputado Don Ramón Gamboa. 15 de julio de 1849”, en Antonio López de Santa Anna, *La Guerra de Texas*, p. 201-305.

<sup>22</sup> García Cantú, Gastón, *op. cit.*

<sup>23</sup> *Cfr.* en el presente libro, parte 1, capítulo 4, “Gloriosa conquista”.



A través de alrededor de diez pasajes el libro ofrece una buena semblanza de la actividad de Luis de la Rosa, Ministro de Relaciones exteriores e interiores, a la sazón. Por ejemplo, de sus esfuerzos por conseguir recursos dinerarios para las batallas que Santa Anna comandara, etcétera. Y no podríamos hacer como que este hombre no hubiera existido, pues fue quien se encargó de la firma del complemento de los tratados de Guadalupe Hidalgo, enfrentando a las corrientes radicales que a ultranza querían proseguir la guerra contra los estadounidenses en ausencia de condiciones políticas y militares favorables para ello. No obstante, fue el más acérrimo enemigo de Santa Anna y quien exigió relevarlo de su cargo de general en jefe de los ejércitos mexicanos, razón por la cual años después Santa Anna lo encarceló gravemente enfermo. Incluso hay quienes —como Rafael F. Muñoz o José C. Valadés— señalan que el diputado Ramón Gamboa simplemente era peón de las “pérfidas maquinaciones” de Luis de la Rosa contra Santa Anna<sup>24</sup>.

3.3. ¿Alguna referencia de Marx o de Engels? Ninguna. Silencio. Es lo que mejor cuadra a los muertos. Y aunque el libro es de historia, la perspectiva posmoderna y positivista fragmentarista que lo domina tiende a restringirlo al dato presente y a los propios prejuicios de sus autores, desde los que se filtra todo lo pasado. A su vez, las tendencias futuras le son insignificantes por utópicas. Así que las aclaraciones geopolíticas de la situación mexicana en 1848 y de las correspondientes tendencias históricas de larga duración contenidas en los escritos de Marx y Engels no tienen porqué interesar en un estudio sobre las regiones que en conjunto integran la región llamada México, pegada a la llamada Estados Unidos y ambas colindantes a la llamada Cuenca del Pacífico, hoy notablemente estratégica a nivel mundial. En todo caso, por el silencio en torno a Marx y Engels, lo que equivocadamente se tiene por “errores” de estos autores queda convalidado, con el aspecto de prejuicio sellado “científicamente” y sin posibilidad de ser discutido.

*México en guerra (1846-1848)* es un libro que merecemos por no haber podido quitarnos de encima al neoliberalismo. Si en él le cubren las espaldas a Santa Anna no es con la intención de cubrírselas a Salinas o a Zedillo en sus tratos con Estados Unidos. Simplemente, a estas alturas, los historiadores piensan objetivamente los sucesos que relatan objetivamente y sin considerar la específica intervención de Santa Anna.<sup>25</sup> Están sintonizados, no es que tengan mala fe (¿no?). Por lo demás, atacar al “primer soldado, al presidente y al mexicano” (José C. Valadés) que fue Santa Anna en esos acontecimientos, no es benéfico —se cree— para la unidad nacional tampoco 150 años después de los sucesos. Así que, una vez por objetivismo respecto del pasado y otra vez de todos modos, por una ética voluntarista nacionalista respecto del presente se deslee la actuación específica de Santa Anna y se promueve la curiosa inversión consistente en que el sujeto histórico Santa Anna funciona como objeto

<sup>24</sup> Cfr. mi *Perfil del traidor*.

<sup>25</sup> Cfr. *ibid.*, parte I, capítulos III, IV y V.



(S → O) en el contexto histórico que le tocó determinar como sujeto; pero funciona como sujeto en el contexto histórico presente, cuando ya muerto es, en verdad, mero objeto de la memoria (O → S).

El “fetiche Santa Anna” funciona también de otro modo cuando se afirma que la derrota de México se debe a él, y que no existía ninguna condición objetiva que encaminara las cosas hacia el resultado histórico acaecido. Esta figuración de la maldad entreguista de Santa Anna tampoco reconoce las tesis geopolíticas de Marx sobre México y se corresponde bien con el mito de la maldad expansionista-intervencionista de Estados Unidos, con su ideología del “destino manifiesto” como bandera. Pero se les resta efecto a estos mitos ideológicos si se sabe que desde dentro alguien o “álguienes” entregaron el país a los estadounidenses. Que no lo arrebataron simplemente, pues.

Existen otras combinaciones ideológicas de la historiografía sobre el período y que completan al “mito Santa Anna”. Pero éste funciona en su papel más virulento como fetiche cuando los mexicanos se refieren —aunque en general ni siquiera aluden— a las ideas de Marx y Engels sobre México. Santa Anna actuó de tal modo en la coyuntura geopolítica determinada que logró configurar su aspecto específico resultante: ejércitos que huyen, deserciones, dobleces —comenzando por la de Santa Anna—, baladronadas y heroísmos desesperados; finalmente, una “comedia de las equivocaciones” que concluyó en la pérdida de más de la mitad del territorio nacional. En este escenario pudieron brillar las armas estadounidenses norteamericanas. Estos aspectos son registrados por Marx y Engels en sus tesis sobre México. Para ellos, Santa Anna no solo emblematicó el carácter general de los mexicanos a la sazón sino que los forzó a bailar la misma danza en lo que se zafaban de las lacras personificadas por él; el traidor los forzó a bailar la misma danza pues por el modo en que diseñó y cinceló el escenario en complicidad con el enemigo compelió las desbandadas, la ineficiencia, la desmoralización, etcétera, en el Ejército mexicano.

Pero si lo actuado no se lo reconoce actuado por Santa Anna —pues se deslee el peso y calidad de su intervención— aquellos aspectos quedan adscritos objetivamente a las condiciones miserables en que se encontraba el país. Y ya parece que por defender a México hay que defender lo que parecía ser México —sobre todo por débil y miserable— frente a los Estados Unidos. Defender las condiciones miserables del país parece ser lo mismo que defender la nación mexicana en cuanto tal, este sujeto histórico. Así que si se reconoce la objetividad de las condiciones —pero no la intervención subjetiva determinante de las mismas por Santa Anna—, cuando se defiende a México —y, entonces, a esas condiciones— del ataque extranjero, también parece obligado defender a Santa Anna y ya no se reconocen las condiciones objetivas geopolíticamente determinadas. Este chauvinismo irracional cae fácilmente en depresión, interiormente falseado por Santa Anna.<sup>26</sup> Así, los señalamientos de

<sup>26</sup> Cfr. el capítulo 3 de la parte III de la presente obra.



Marx y Engels pasan a ser malinterpretados como justificación de la intervención más que como explicación de la situación y de sus tendencias históricas a corto y a largo plazo. Se piensa que ahora se trata de sacar adelante al sujeto colectivo México pero ya identificado con lo que Santa Anna hizo de él. Según esto, los mexicanos somos “pobres pero honrados” y arrojados a cual más; no somos cobardes pero sí bravucones, ni fanfarrones, ni donquijotescos pero sí desleales, ni viles ni bajos, etcétera. Si vienen a describirnos así pensamos que lo hace de mala fe. Ya no se reconoce que ése fue el espectáculo que efectivamente dieron en diversas ocasiones los mexicanos no por ser mexicanos, ni por estar determinados geopolíticamente por la presencia de Estados Unidos en tanto país capitalista más desarrollado, sino por los manejos de Santa Anna, cada vez más desleídos en la historiografía.

Queda así sellado el desencuentro entre Marx y México, el cual ya fue preparado con la sustitución de la teoría del desarrollo capitalista de Marx por las teorías del imperialismo. El reencuentro pasa por reconocer el papel del individuo Santa Anna en la historia de México con base en las condiciones geopolíticas determinadas y pasa por observar el desarrollo histórico capitalista con base en la teoría del desarrollo capitalista de Marx, misma que preside la redacción de sus escritos sobre la periferia y en particular sobre México.

El resultado de este reconocimiento es una teoría científico crítica del desarrollo capitalista en México y en el mundo, así como de un nacionalismo revolucionario mexicano antiimperialista pero también anticapitalista, que se zafa del mito militarista y presidencialista, así como del chauvinismo voluntarista, ciego a las condiciones materiales. Este nacionalismo se integra consecuentemente con un internacionalismo revolucionario humanista. La combinación es tanto más necesaria en la época de la consolidación del mercado mundial capitalista hegemonizado por Estados Unidos, la del fin de siglo y fin del milenio, la de la imagen mundial y aplastante del capital, la de la globalización neoliberal.



## CAPÍTULO 2

### CONDICIONES DE POSIBILIDAD DEL “FETICHE SANTA ANNA” (DECADENCIA DEL CENTRO CAPITALISTA Y “DEGENERACIÓN” DE LOS PERIFÉRICOS MEXICANOS)

El “mito Santa Anna” es un factor estratégico para la desarticulación de la conciencia mexicana —y aun latinoamericana— democrática y revolucionaria pues, entre otras cosas, enmaraña la captación del desarrollo democrático y libertario en general; así como, en especial, de la teoría revolucionaria de Marx en México y en América Latina.

Ciertamente, Karl Marx habló de Santa Anna a propósito de la invasión de Estados Unidos a México. No siendo mexicano o estadounidense, ni viviendo en América del Norte, así que libre del efecto directo del “fetiche Santa Anna” y de sus relaciones sociales condicionantes, pudo hablar de Santa Anna atinadamente pero como quien mira a gran distancia, así que no pudo apreciar el componente mítico formidable de la presencia de Santa Anna en los acontecimientos. Sin embargo, la apreciación de Marx acerca de la guerra entre México y Estados Unidos en aquellos pasajes en donde alude a Santa Anna permiten explorar las raíces y condiciones de posibilidad del “fetiche Santa Anna”, así como del espejismo suscitado por este fetiche en la captación de la época por Marx y en los autores posteriores al intentar entender lo dicho por éste sin percatarse del espejismo santánico que intermediaba en su percepción de las observaciones de Marx.

Veamos dos cartas de Marx a Engels, una del 30 de noviembre y otra del 2 de diciembre de 1854: “Anteayer recibí por fin los dos tomos de la Mexican War de Ripley [...] hace poco he leído en Antonio Solís, Conquista de México, la campaña de Fernando Cortés [Estados Unidos contra México y Cortés contra México<sup>1</sup>]. Aunque los comandantes en Jefe [Taylor y Scott] me resultan muy mediocres, toda la guerra constituye seguramente una digna obertura para la historia bélica de la gran yankilandia (30 de noviembre de 1854).”<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Recuérdese cómo Carlos María de Bustamante captó este paralelismo en su *Nuevo Bernal Díaz del Castillo*, edición citada.

<sup>2</sup> Extracto tomado de *MEW*, t. XXVIII, pp. 413-414, en Pedro Scaron, *Materiales para la historia de América Latina. Karl Marx-Friedrich Engels*, p. 201 *passim*.



¿Por qué Marx califica a la guerra de Estados Unidos contra México como “digna obertura”?

- 1o. porque casi inicia el expansionismo estadounidense;
- 2o. porque lo inicia con pioneros, “más *volunteers* que *regular army*” [ejército regular]; pero, no obstante,
- 3o. con un pequeño número de hombres que actúan en enormes espacios.

Es una “obertura” heroica de tenues orígenes pero que irá desplegándose *in crescendo*, hasta alcanzar la proporción digna de tal gesta. Y son estas características las que “le dan a la guerra su originalidad americana”: por un lado, propietarios privados libres con voluntad de conquista<sup>3</sup> y, por otro, gran espacio para diluir las contradicciones de las fuerzas productivas —aquí, metafóricamente, para diluir los errores de estrategia militar—.

La correlación entre fuerzas productivas y territorio es un ingrediente esencial de todo capitalismo, pero de manera resaltante del estadounidense. ¿Y contra quién? La siguiente carta dice que se trata de una guerra contra un “pueblo degenerado”: el de México. Así pues, esta carta de Marx nos informa del tipo de guerra y del tipo de nación que la emprende. ¿El tipo de guerra? Guerra de conquista, y en el curso de la cual, sobre los hombros de los soldados estadounidenses, el general Scott pudo “asegurarse la gloria” “oportunistamente”, etcétera. Guerra llevada a cabo por la nación capitalista de forma social y económica más desarrollada de entonces, por lo que —es la moraleja— no cabe hacerse ilusiones respecto del capitalismo.

En acuerdo a lo anterior, los rasgos sensibles, menudos, son expresivos: “Lo característico en la guerra es, me parece, que cada división y cada pequeña partida de tropas por separado, pese a las órdenes defectuosas o falsas del Chief, siempre arremete tenazmente contra el objetivo y aprovecha *spontaneously* cada *incident*, de tal manera que en última instancia resulta un todo armónico”.<sup>4</sup> (2 de diciembre de 1854). (Tal y como el atomismo social mercantil se armoniza en el mecanismo automático del mercado.)

Marx aprovecha la ocasión de hablar de estos rasgos sensibles para referirse al “sentimiento yanqui de independencia” que se ha forjado en la nueva nación libre, independiente, específicamente capitalista. La referencia para comprender el pasaje es la teoría de la sensoriedad y de la expresión. La teoría de la expresión, muy enraizada en Hegel —si bien recompuesta críticamente por Marx y precisamente por—, la de la sensoriedad, de menor raigambre hegeliana y más feuerbachiana y que prioriza al ser sobre la idea, etcétera. La sensoriedad está determinada históricamente, según Marx, por las relaciones de producción dominantes y las fuerzas pro-

<sup>3</sup> Cfr. acerca de los propietarios privados como personificadores de las relaciones sociales que estructuran a la forma mercancía de los productos del trabajo, Karl Marx, *El capital*, tomo I, capítulo I, “La mercancía”, y en especial, capítulo II, “El proceso de intercambio”.

<sup>4</sup> Extracto tomado de *MEW*, t. XXVIII, pp. 416-417, en Pedro Scaron, *op. cit.*, p. 203.



ductivas de una determinada sociedad. Debe insistirse en la triple composición del discurso de Marx en este pasaje, esto es, influido por Hegel y por Feuerbach pero, además, incluyendo su propio aporte histórico-materialista.

Digo esto porque los intérpretes de la carta refunden a Marx en Hegel sin apelación, como forma de venganza, precisamente por lo que más abajo viene; pues a diferencia de la sensoriedad yanqui así desarrollada en acuerdo con relaciones de producción específicas, “purificadamente” capitalista, Marx critica a los españoles y a los mexicanos, así que a los latinoamericanos por extensión. Dice: “Los españoles están completamente degenerados. Pero, con todo, frente a un español degenerado, un mexicano constituye un ideal. Todos los vicios, la fanfarronería, bravuconería y donquijotismo de los españoles a la tercera potencia, pero de ninguna manera lo sólido que éstos poseen”.<sup>5</sup>

¿México degenerado? Antes de explicar el caso veamos la “escueta” nota de Scaron que refunde sin comentario —y, por tanto, hasta el fondo— a Marx en la filosofía de la historia hegeliana: “lo noble y generoso del carácter español no se ha trasladado a América”. (Hegel, en “La razón en la Historia”.) No por escueta, la nota de Scaron comete varios equívocos. El primero es hegelianizar unilateralmente a Marx. Pero Hegel habla de “noble y generoso”, mientras que Marx de “sólido”. Hay diferencia, aunque en Hegel también se implica lo de sólido. De hecho, la solidez y confiabilidad de la nobleza y la generosidad son coincidentes, pero no lo mismo. Ahora bien, en los españoles la nobleza y generosidad ya se ofrece como producto histórico detenido o solidificado, pues el desarrollo histórico occidental tomó otro rumbo que el de las orillas ibéricas. Tal nobleza y generosidad es una figura cosificada, cristalizada de lo espiritual: “sólida”. Tal es el sentido inicial de las palabras de Marx, según demostraré más abajo, en lo que más cercano tienen con Hegel.

Ahora bien, esta figura (española) cosificada —no unilateralmente enaltecida, ni mucho menos, ni por Hegel ni por Marx, como han creído las interpretaciones dolosas,<sup>6</sup> que pretenden defender al “mexicano” contra los yanquis o los “alemanes”—, alienada, digo, no es la que caracteriza a los mexicanos, sino que los caracteriza otra alienación. Por aquí podremos comprender el sentido de las palabras de Marx a Engels, de un alumno de Hegel a otro, ambos críticos radicales de Hegel. Antes terminaré de citar: “La guerra mexicana de guerrillas, una caricatura de la española, y aún las huidas de los *regular armies*, infinitamente superiores. En esto, empero, los españoles no han producido ningún talento como el de Santa Anna.”<sup>7</sup>

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 203-204.

<sup>6</sup> Como las de José Aricó en su *Marx y América Latina*.

<sup>7</sup> Pedro Scaron, *op. cit.*, p. 204. Así, Engels dice en 1861 que Estados Unidos no tenía “muchos soldados a su disposición y México se defendió principalmente con aglomeraciones indisciplinadas”, citado en *ibid.*, p. 206. Extracto tomado del artículo “Enseñanzas de la guerra norteamericana”, publicado el 6 de diciembre de 1861 en *The volunteer journal for Lancashire y Cheshire, MEW*, t. xv, p. 403-404.



He aquí no la alienación sólida del español sino la huidiza fluidez e inconsistencia de la alienación mexicana, una subjetividad metódicamente quebrada en su columna vertebral por la degeneración y que exhibe un rasgo inequívocamente expresivo de esa degeneración. Santa Anna es su portaestandarte.<sup>8</sup> En el general en jefe de los ejércitos mexicanos, Santa Anna, se guarda el secreto de toda esta escenificación. Esto es, Marx lee en Ripley la descripción de las huidas de los mexicanos, pero es Santa Anna quien las promueve.

Sin embargo, si bien los rasgos más acusados y específicos del escenario no provienen de los mexicanos sino que fueron forjados por Santa Anna —a quien Marx critica aquí atinadamente aunque sin atribuirle la responsabilidad principal de los rasgos de la escena—, también tenemos que, ciertamente, los rasgos básicos del escenario son atribuibles a los mexicanos. Así que lo primero es evaluar si el adjetivo “degenerado” les corresponde o no a los españoles y a los mexicanos.

La respuesta es sí. Corresponde a los mexicanos conquistados, sometidos, esclavizados, asesinados, desangrados; presas de las enfermedades de la miseria derivada de la misma conquista y de las nuevas enfermedades traídas por los españoles, alcoholizados, prostituidos, humillados, etcétera, por más de 300 años (hacia 1847). La principal responsable de la degeneración de los mexicanos fue la conquista española. Y mal nos está no reconocerlo; no reconocer esa degeneración es no reconocer los aspectos negativos de la conquista.<sup>9</sup> La degeneración de los españoles, por su parte, es un caso más complejo pero igualmente cierto. La exacción de América por los españoles y el uso sistemático de la Inquisición en España son dos factores que han promovido tal degeneración. Más abajo abundaré al respecto.

Aquí interesa resaltar, sobre todo, que el concepto de degeneración es usado por Marx principalmente en un sentido histórico-crítico y secundariamente en un sentido despreciativo. El tono despreciativo deriva del fastidio que experimenta Marx al leer las descripciones sobre los desplantes de Santa Anna, incluidas sus huidas y las que propició por sus actos —sin que directamente le puedan ser atribuidas y que, por ende, Marx las atribuye erróneamente en general a los mexicanos, Santa Anna incluido—.

<sup>8</sup> De tal manera, José Aricó puede decir que en los medios democráticos e incluso en la izquierda se “insista en juicios despectivos anteriores [de Marx relativos a los mexicanos y] nunca llegaron a cuestionar las aptitudes militares del mariscal Santa Anna” (*op. cit.*, p. 40, nota 5). Como ya mencioné, este juicio de Aricó no tiene base en los escritos de Marx. Justamente es el mariscal Santa Anna una de las principales figuras, sobre todo por sus actitudes militares, en las que Marx pone más atención; es donde Marx resalta como emblemáticos el carácter “huidizo” y la “degeneración” del carácter de los mexicanos. Según vimos en la carta anterior. En fin, sorprende ver a José Aricó acomodado en estos “medios democráticos mexicanos” afirmando que Marx no discutió las actitudes militares del mariscal Santa Anna.

<sup>9</sup> Recuérdese con cuanta puntualidad y fuerza habla Gastón García Cantú (*op. cit.*) de los hombres colonizados; en particular de Santa Anna como colonizado; aunque hable de éste con cierta desproporción (*cfr.* parte I, capítulo 4 del presente libro).





En México no se ha padecido un aislamiento coagulado como el de España en el interior de Europa sino una relación de sometimiento secular bajo el yugo español. Expliquemos ahora el concepto de degeneración con arreglo al de alienación y al de decadencia, pues los tres son correlativos.

### 1. ENAJENACIÓN, DECADENCIA Y DEGENERACIÓN EN EL DESARROLLO CAPITALISTA

El concepto de enajenación es de uso más o menos común en el marxismo, aunque con diversas acepciones entre los diversos autores. Pero el de decadencia y sobre todo el de degeneración comúnmente son obviados o no se los relaciona con el de enajenación. El tratamiento más detenido del concepto de decadencia es el que lo refiere a la “decadencia cultural”, por ejemplo, en las ideas de Geórg Lukács sobre la cultura burguesa.<sup>10</sup> En este caso, la referencia al desarrollo histórico capitalista es obvia pero no se establecen los parámetros generales de este desarrollo en conexión con el concepto tratado. Por nuestra parte, nos ocupamos aquí del desarrollo capitalista en tanto que se da polarizado entre el desarrollo del centro y el desarrollo de la periferia del sistema. La dialéctica de esta polaridad involucra las dimensiones de la enajenación, la decadencia y la degeneración de las relaciones sociales, de la civilización material y de los sujetos humanos. En fin, entendemos la enajenación, la decadencia y la degeneración como dimensiones tanto materiales cuanto espirituales.

La enajenación muestra un movimiento según el cual el proceso de afirmación práctica y espiritual de la sociedad invierte su sentido al desplegarse, pues los medios utilizados para tal afirmación se constituyen en fines externos que se le contraponen, y el principio afirmativo de este proceso —consistente en la creciente capacidad de perfeccionamiento y goce del sujeto colectivo (e individual) del proceso de trabajo— se convierte al enajenarse, en corrosiva mengua de sus capacidades y necesidades productivas y consuntivas. Por su parte, la decadencia muestra al conjunto de fuerzas productivas y relaciones objetivas tomando un sentido que se revierte contra su estructura específica. La degeneración, en fin, muestra el mismo movimiento a propósito de las capacidades, necesidades y fuerzas específicamente humanas en lo que al sujeto se refiere: una mengua de su genericidad que se expresa en múltiples maneras de falsa reciprocidad entre los individuos: envidia, perfidia, rencores, celos, mezquindades; así como en el debilitamiento fisiológico.

La degeneración del sujeto social normalmente acompaña al proceso de decadencia de una sociedad cuya forma alienada o enajenada básica de relación de producción la lleva incluso a autocontradecirse objetiva, escenificadamente y, por tanto, a revocar las formas de relación comunicativa (genérica) que la acompañaban tanto en sus

<sup>10</sup> Cfr. Perry Anderson, *Georg Lukács y el problema de la “decadencia cultural”*.



dimensiones de relación social formal como en sus dimensiones fisiológicas y étnicas. En México esta condición no fue producto del desarrollo social autóctono sino premisa del desarrollo, iniciada por la conquista española y modelada por el desarrollo incipiente de las posteriores relaciones capitalistas subordinadas a Inglaterra, Francia, Estados Unidos, etcétera.

Ciertamente los países subdesarrollados premonizan o anticipan, preponderantemente en los aspectos subjetivos, aquellas atrocidades que vivirá la metrópoli y el capitalismo en su conjunto a nivel doble, o tanto de decadencia objetiva como de degeneración de los sujetos que son las dos expresiones de la enajenación bífida del desarrollo capitalista.<sup>11</sup>

Es sabido que Marx se encuentra preocupado por el movimiento de decadencia en que el capitalismo se sumerge cada vez más a partir de 1825 y particularmente a partir de 1848-1850. Marx teme este movimiento, pues sabe que se trata de un retroceso histórico cuyos efectos prácticos inactualizan o neutralizan a la revolución proletaria y no solo la anuncian y vuelven necesaria. Es natural que por esta razón —no por la influencia de Hegel en el mal sentido determinista, iluminista y prusiano— Marx sea particularmente agudo al observar el comportamiento de los hombres en los territorios periféricos, donde el capitalismo mundial tiene los cabos de sus raíces, y que observe, irónico, el talento superior de Santa Anna a la hora de las huidas del ejército regular en la guerra México-Estados Unidos, etcétera. Santa Anna, varias veces dictador o presidente de México, “contribuyendo con su ineficacia y vacuidad al triunfo” de los yanquis; quien “más tarde vendió a Estados Unidos parte del territorio nacional [...] y en 1861 apoyó la intervención de Francia, Inglaterra y España contra su país”,<sup>12</sup> de inmediato suscita la cuestión de cómo fue posible tal personificación y, más aún, ¿cómo fue posible que los “mexicanos” lo hayan soportado por décadas? Pero no hay misterio; de hecho, criollos y mestizos lo buscaron varias veces para que presidiera o dictara como “Su Alteza Serenísima”, según gustó ser llamado hacia 1854.

En México existe un comportamiento tipificado al que se le nombra “ladino”. Ser “ladino” es ser lo propio de los latinos civilizados, civilizatorios, pero asumido negativamente por los indígenas. Se trata del indio que no es tonto y/o que ha adquirido algunos conocimientos y alfabetización con los cuales se defiende y ataca desde su arrinconamiento. Y hasta pareciera —según aparenta la palabra ladino— que la inteligencia de por sí fuera española y adquirida, pues que cuando se usa es siempre —aunque sea en forma agresiva— sobre el sustrato de una relación de dependencia ante el objeto angustioso señorial. Es indudable que esta matriz permea

<sup>11</sup> Así, dice Marx, Bolívar pudo premonizar a Napoleón III, etcétera, en tanto éste en 1851 ya figura un fenómeno análogo al dictador haitiano F. Soulouque hacia 1847, y Marx dice de Bolívar (1814) que es “el verdadero Soulouque”.

<sup>12</sup> Según reseña exactamente Scaron (*op. cit.*) en una nota a pié de página, p. 222.



aún las relaciones sociales en México y no solo del indio respecto al resto de la sociedad mexicana, aunque se recubra y en parte se vaya disolviendo en nuevos edificios, avenidas, aeropuertos y medios de comunicación en general, publicaciones de libros, partidos de oposición y sesiones parlamentarias televisadas; en fin, entre la modernización de la sociedad cada vez más regida por actos mercantiles y dinerarios “racionales”, propios del metabolismo del capital social. Y ladino se dice despectivamente de cualquiera que perteneciendo al pueblo sometido se le ven visos de progresar, etcétera.

Frente a los escritos de Marx y Engels, nos hallamos en la situación del pueblo bárbaro que conquistó al Imperio romano, o del ladrón de letras de banco (Marx); debemos atenernos a las consecuencias de entremeternos en las cartas de ambos hombres. Pues para comprenderlos en verdad es forzoso profundizar en nuestra propia cultura no solo eruditamente sino, mejor, dialécticamente. Si no, solo se proyectaran en ellos emociones plagadas, resquemor y minoridad, etcétera. Porque, bien mirada la cosa —aquí, como en todo—, el objeto de consumo, de apropiación, determina materialmente el modo de su apropiación y goce (*Introducción de 1857*).

Nuestra época decadente se entremete bárbara en la esfera privada, tan exaltada por el liberalismo. La irrupción pública en la intimidad de estos hombres muertos (Marx y Engels) —igual ocurre con otros— no hace sino preparar como cosa natural un totalitarismo estatal omnipresente entre los vivos que es, en parte, la expresión de los allanamientos de morada policiales, las cacerías de brujas, progroms y otras atrocidades cotidianas menos espectaculares que acompañan al desarrollo de la sociedad burguesa, a la masificación y socialización creciente de las relaciones sociales según el modo alienado del capital. Al romper las barreras de una intimidad realmente atomizante, imponen otras más complejas. Por ello, este movimiento alienante puede ser subvertido en el curso de su despliegue tanto porque de suyo contiene, afirma, un ingrediente positivo, genérico, como porque su negatividad —aquí chismorreos— provoca la rebeldía necesaria para buscar en medio de la caída una profundización de las relaciones comunitarias, íntimas, con los que murieron y así son profanados, así como con los vivos que viven permanentemente lo sagrado pero solo al modo de víctimas en las hecatombes sacrificiales del valor autonomizado y que se valoriza exprimiendo fuerza humana. Ante la fundamentación negativa del ser que promueve el proceso de capitalización, una alternativa es nadar contra y con la corriente hasta lograr fundamentarnos positivamente, actualizando genérica y vívidamente a los muertos y a los otros en nuestra propia vida. Solo el camino de la auténtica comunidad desalienta la comunicación y disuelve la feria de las interpretaciones.

En efecto, sepamos que el concepto de degeneración en Marx tiene tanta raíz que nos puede guiar a la toma de conciencia de nuestra existencia actual.

Para terminar este apartado, puntualizo que la diferencia —que quedó implícita en lo que antecede y que nos será útil para lo que vendrá— entre enajenación y decadencia estriba en que la primera, idéntica con la contradictoriedad de las rela-



ciones sociales limitadas (por ejemplo, capitalistas), al pasar a la segunda se ve potenciada o se le sobreañade una nueva contradicción que la hace ser enajenación decadente. La forma decadente constituye un desarrollo de la forma enajenada o contradictoria de partida pero que ve obstaculizado su despliegue normal, así que en parte se autoniega o contraviene y en parte arremete violentamente contra el obstáculo, a veces en figuras que, según su esencia (por ejemplo, “racionalista”), le parecían prohibidas. Esta faz es la que el capitalismo muestra primero en sus colonias, puesto que, en parte, ha salido de la metrópoli debido a la asfixia allí iniciada en las relaciones de acumulación. Pues bien, la forma enajenada capitalista entró en un franco proceso de decadencia global a partir de por lo menos de 1858, año en que Marx lo nota puntualmente y lo asienta en la carta a Engels del 8 de octubre que cito a pie de página.<sup>13</sup>

<sup>13</sup> “Con el favorable giro que está tomando en este momento el comercio mundial (aun cuando la enorme acumulación de dinero en los bancos de Londres, París y Nueva York, muestra que las cosas deben estar todavía lejos de estar del todo bien), es al menos consolador que Rusia ha *empezado la revolución*, pues considero que la convocación de los “notables” a Petersburgo constituye un tal principio. Igualmente en Prusia las cosas son peores que en 1847, y las absurdas ilusiones respecto de las inclinaciones del Príncipe de Prusia hacia la clase media se esfumarán con violencia. No les hará daño a los franceses ver que el mundo puede moverse sin ellos. Al mismo tiempo, hay entre los eslavos, y especialmente en Bohemia, movimientos excepcionalmente grandes, movimientos por cierto contrarrevolucionarios, pero que sin embargo se añaden al fermento.

“La guerra rusa de 1854-55, por miserable que fuera y por poco que sus resultados hayan perjudicado a los rusos (Turquía, más bien, fue la única perjudicada), evidentemente ha precipitado, sin embargo, el giro que están tomando las cosas en Rusia. La circunstancia que hizo de los alemanes en su movimiento revolucionario tan completos satélites de Francia, fue la actitud de Rusia. Con un movimiento interno en Moscovia, terminará esta mala broma. Tan pronto como las cosas se desenvuelvan ahí algo más perceptiblemente, podremos probar en qué medida el rico Consejero de Estado Haxthausen se permitió dejarse engañar por las autoridades y por los campesinos aleccionados por las autoridades.

“No podemos negar que la sociedad burguesa ha expresado por segunda vez su siglo XVI; un siglo decimosexto que, [como] si lo espero, sonará el toque de difuntos de la sociedad burguesa del mismo modo que el primero la dio a luz. La misión particular de la sociedad burguesa es el establecimiento del mercado mundial, al menos en esbozo, y de la producción basada sobre el mercado mundial. Como el mundo es redondo, esto parece haber sido completado por la colonización de California y Australia y el descubrimiento de China y Japón. Lo difícil para nosotros es esto: en el continente, la revolución es inminente y asumirá también de inmediato un carácter socialista. ¿No estará destinada a ser aplastada en este pequeño rincón, teniendo en cuenta que en un territorio mucho mayor el movimiento de la sociedad burguesa está todavía en ascenso?

“En lo que concierne particularmente a China, me he asegurado, por un exacto análisis del movimiento comercial de 1836: *primero*, que el incremento de las exportaciones inglesas y norteamericanas (1844-46) probaron ser puro fraude en 1847, y que también en los diez años siguientes el promedio permaneció casi estacionario, en tanto que las exportaciones chinas a Inglaterra y Norteamérica crecieron enormemente; *segundo*, que la apertura de los cinco puertos y la toma de Hong Kong solo tuvo como resultado que el comercio pasara de Cantón a Shanghai. Los otros ‘emporios’ no cuentan. La principal razón del fracaso de este mercado parece ser el comercio del opio, al que se limita siempre cualquier aumento en el comercio de exportación a China; pero a esto se agrega la organización económica interna del país, su agricultura en pequeña escala, etcétera., que tomará un tiempo enorme en romper. El actual tratado de Inglaterra con China, que en mi opinión fue elaborado por Palmerston en combinación con el



El movimiento general de la expansión de capital se expresa en la periferia necesariamente como desarrollo relativo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción centrales, y viceversa, el desarrollo conduce a una expansión periférica. Pero la expansión se vuelve forzosa en las sociedades limitadas o enajenadas solo en el curso de su decadencia objetiva y de su degeneración subjetiva. En la periferia ello se expresa como degeneración subjetiva ya que es promovida por la sobreacumulación de capital<sup>14</sup> —y, entonces, por una decadencia objetiva central—, aunque aún no ocurra en la periferia decadencia objetiva, ya que las fuerzas productivas y las relaciones centrales se diluyen o relativizan en el territorio periférico al mediar con otras fuerzas productivas y relaciones sociales. La decadencia objetiva no se hará presente de inmediato, a no ser la de las fuerzas productivas y las relaciones preburguesas o burguesas preexistentes. La degeneración subjetiva aparece por ello redoblada y premoniza la degeneración de la sociedad central ya que —promovida por la decadencia en ésta— es forzada violentamente sobre el lomo de fuerzas productivas y relaciones de producción más débiles. La coerción preburguesa y la coerción capitalista violentadas se enlazan bajo diversos grados combinados de dominio capitalista y se sostienen en fuerzas productivas precapitalistas y por fuerzas productivas capitalistas incluso muy desarrolladas pero debilitadas dado el mayor radio de acción que deben barrer tanto territorial como poblacionalmente.

La resultante es una relación social burguesa deformada y subordinada tanto económica como clasista y políticamente, objetivamente decadente, sin que haya habido un desarrollo decadente de la civilización material o del conjunto de usos y técnicas, más que el que se encuentra implícito —y debilitado— en las fuerzas productivas capitalistas desarrolladas. Asimismo, tampoco hay un entorno natural y social (precapitalista) deformado. Más bien, será deformado y destruido/refuncionalizado en el curso de la relación capitalista que cada vez se afirma, extiende, profundiza, fortalece, tupiendo sus propias fuerzas productivas. Aquí es la ocasión en que aparece la decadencia objetiva también en la sociedad periférica (el México de hoy), pero, a la vez, en el curso de cierto desarrollo positivo de sus fuerzas productivas y relaciones sociales que con el tiempo logra mitigar en algo la degeneración previamente alcanzada.

En tales condiciones, cuán vano resulta el moralismo y los golpes de pecho de algunos latinoamericanos (y otros tantos europeos) contra Marx. Y a nosotros, los

gabinete de Petersburgo y le fue entregado a Lord Elgin en ocasión de su viaje, es una burla del principio al fin.” *Cfr.* Carta de Marx a Engels del 8 de octubre de 1858, tomada de Karl Marx y Friedrich Engels, *Correspondencia* (tomo 1), pp. 157-159. Es sorprendente que este texto tan importante para la consideración de Marx sobre América Latina, especialmente de la relación de Estados Unidos con México, no se encuentre en la antología efectuada por Pedro Scaron (*op. cit.*).

<sup>14</sup> Sobre el concepto de sobreacumulación de capital *cfr.* Karl Marx, *El capital*, tomo III, sección III, capítulo XV.



mexicanos, más nos vale reconocer el escollo para mejor rodearlo o, de ser posible, superarlo. En realidad, en el seno de la enajenación, de la decadencia, de la degeneración —en cada uno y en los tres—, brotan diversos fetichismos funcionales que deben ser desarticulados. La combinación del decadente despotismo oriental y de la decadencia de las relaciones feudal-coloniales generales con los incipientes desarrollos capitalistas mexicanos, era coronada por un Estado doblemente despótico y poco consistente. Esta combinación es la que posibilitó la magnificación del fetichismo de Estado en México, en particular del “fetiche Santa Anna”.

## 2. LA DECADENCIA DEL CAPITALISMO ESTADOUNIDENSE (AD PEDRO SCARON)

Ahora haremos el seguimiento de los rasgos que evidencian una decadencia real en el capitalismo estadounidense. Ello es necesario porque Pedro Scaron malentiende las posturas teóricas y políticas de Marx en gracia a que parte de la suposición equivocada de que la realidad presentaba unilateralmente un “gran” desarrollo en el capitalismo estadounidense.

El 26 de noviembre de 1861 Marx escribe un artículo para *Die Presse* donde dice: “En el año electoral de 1860 los nombres más relevantes del Partido Republicano eran Fremont, ya conocido por sus aventuras durante la guerra de México, por su audaz exploración de California y su candidatura de 1856.”<sup>15</sup>

En este artículo Marx se ocupa de —y así lo titula— “La destitución de Fremont”, pero, a la vez, de la decadencia y próxima revocación del “sistema diplomático de guerrear”, del cual se pasa cada vez más al descarado sistema yanqui de la expansión por conquista. Este fenómeno es expresivo de la decadencia de la política interior y de las relaciones sociales constitutivas de la nación estadounidense, es una situación vigente en la actualidad.

Pronto se ha hecho objetivamente manifiesta la decadencia también en el capitalismo flamante y puro de Estados Unidos. Subrayo que se trata de una transformación objetiva operada en el curso de quince años —desde los artículos de 1847, favorables al desarrollo norteamericano— porque deberemos discutir más abajo una modificación fantaseada (por los intérpretes) de la perspectiva intelectual de Marx y Engels.

Veamos cómo, a propósito del artículo “Puente”—inserto en la Nueva Enciclopedia Americana— escrito por Engels en octubre de 1857,<sup>16</sup> Scaron fantasea forzosamente una discrepancia de Engels con Marx. El pretexto, los baratos pontones cilíndricos de goma, expresión del desarrollo de las fuerzas productivas capita-

<sup>15</sup> Extracto tomado de *MEW*, t. XV, pp. 381-383, en Pedro Scaron, *op. cit.*, pp. 215-216.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 205.



listas. Casualmente, ahora que se trata de criticar a Marx y enfrentarle al enciclopédico erudito Engels, las fuerzas productivas sí son tomadas en cuenta por Scaron. Dice Engels: “El ejército de los Estados Unidos adoptó los pontones de goma inflada en 1846 y los empleó en la guerra contra México”.

La rabiosa nota “aclaratoria” de Scaron dice

Poco importante en sí, este texto coadyuva a demostrar que la guerra entre Estados Unidos y México no la definieron “la valentía de los voluntarios norteamericanos” o “el sentimiento yanqui de independencia y capacidad individual”, sino más bien la superioridad económica y técnica del capitalismo norteamericano en vías de desarrollo (si se nos permite usar con todo rigor la casi siempre eufemística expresión) sobre el ya subdesarrollado capitalismo mexicano.<sup>17</sup>

“Poco importa en sí”, pero esta nota es un garbanzo de a libra, más aún, una perla. Agradezco a Scaron que me saque del error pues yo pensaba —y Marx en primer término—, que la “valentía” y otras virtudes eran valores absolutos independientes de todo enraizamiento histórico, económico y técnico y que “la bravura” era lo que les entregaba a los conquistadores de todas las épocas, como mujer abierta, las presas de caza así como su ulterior explotación y saqueo.

Ahora, después de haber explicado el sentido histórico crítico del concepto de degeneración en correlato con los de decadencia y enajenación, corresponde tratar el concepto de “solidez” del carácter, según Marx, así como los “vicios, la fanfarronería, bravuconería y donquijotismo de los españoles” —mismos que, dice, pasan a caracterizar luego a los mexicanos pero sin la solidez—.

### 3. MEXICANOS Y ESPAÑOLES EN LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE HEGEL Y EN MARX

Para “explicar” el caso, Scaron citó un breve pasaje de Hegel e indicó apenas “p. 205 *passim*”. Extraño en él, siempre tan prolijo si la nota aclaratoria le sirve para atacar “des-dogmáticamente” a Marx. ¿Será que quizá en esta ocasión Hegel no es tan racista como otras veces y si Marx está preso en él quizá se salve? Veamos.

En primer lugar, la referencia bibliográfica de Pedro Scaron es erudita y la deja en alemán, cita *Die Vernunft in der Geschichte*,<sup>18</sup> que traduje como “la razón en la Historia”. Scaron no explica siquiera que se trata del título impuesto a un texto de Hegel por su más cuidadoso editor, J. Hoffmeister, ni que el texto de Hegel que titula es la *Introducción a las lecciones sobre la filosofía de la historia*, publicada por Hoffmeister en separata con el título de su cosecha. La cuestión es que si no se dice todo esto es muy difícil tener acceso a la lectura del pasaje de Hegel del que

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 223, nota 27.

<sup>18</sup> *Die Vernunft in der Geschichte*, p. 205 *passim*.



Scaron cita una escueta oración. Más aún, ¿cómo encontrar la breve oración en esas páginas —“205 *passim*”— sea en alemán o, más difícilmente, en castellano?

Por otro lado, en segundo lugar tenemos que revisar ese pasaje de Hegel. Pertenecce a una “Introducción especial” que sigue a la “Introducción general” a las *Lecciones*;<sup>19</sup> se trata del inciso 2, intitulado “El Nuevo Mundo”. Antes de ese pasaje, Hegel ha explicado la geografía de América y el carácter del pueblo que deriva de ella. Señala que “la falta de medios [en especial el hierro y el caballo, traídos por los conquistadores] fue la causa principal de su derrota” [de los indios americanos].<sup>20</sup> Hegel los trató ambivalentemente; ora “como niños, que se limitan a existir, lejos de todo lo que signifique pensamiento y fines elevados”,<sup>21</sup> así como débiles y de baja estatura, siendo los negros superiores en fuerza y más “sensibles a la cultura europea”.<sup>22</sup> No obstante todos estos deméritos, la causa principal de la derrota se debe a la falta de medios. Bueno, pero ¿qué trajeron los españoles? Aquí es donde entra la oración citada por Scaron, en la que Hegel parece enaltecer a los españoles en demérito de los americanos y parece heredarle esa misma dualidad a Marx. Pero la verdad está lejos de ello. Citemos la idea completa de Hegel: “Los españoles se apoderaron de Sudamérica para dominar y hacerse ricos, tanto por medio de los cargos políticos, como de las exacciones. Estando lejos de la metrópoli, su voluntad disponía de más amplio espacio. Usaron de la fuerza, de la habilidad, del carácter para adquirir sobre los indígenas un enorme predominio. La nobleza, la magnanimidad del carácter español no emigraron a América.”<sup>23</sup>

Hegel describe, primero, el cometido bajo, inmoral y violento de los españoles. Luego alude a la alevosía con que lo realizaron: por “fuerza”, con su mayor “habilidad” y superior “carácter”. Esto es lo que trajeron a América, pero “la nobleza, la magnanimidad [generosidad, tradujo Pedro Scaron]” del carácter español “no emigraron [o se trasladaron] a América”.

Como se ve, el sentido del pasaje de Hegel es muy otro que el indica el corte operado por Scaron. Es una crítica a la conquista española, en comparación con la colonización —que no conquista, subraya Hegel— de la América del Norte por los anglosajones. Es una crítica a la conquista española y no a los mexicanos ni a los americanos en general.

Pero la crítica cala más hondo, pues toca a los criollos, no solo a los españoles. Y los criollos, después de las guerras de independencia, pasaron a formar parte, por ejemplo, de los mexicanos. Veamos el retrato de los criollos, según Hegel:

<sup>19</sup> Cfr. G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 172.

<sup>21</sup> *Idem*.

<sup>22</sup> *Idem*.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 174.





Los criollos, descendientes de los emigrantes españoles, continuaron exhibiendo las mismas arrogancias y aplastando bajo su orgullo a los indígenas. Pero los criollos se hallaban a la vez bajo la influencia de los españoles europeos y fueron impulsados por la vanidad a solicitar títulos y grados. El pueblo se hallaba bajo el peso de una rigurosa jerarquía y bajo el desenfreno de los clérigos seculares y regulares.<sup>24</sup>

La degeneración de los mexicanos es doble. Por un lado, debido a los actos de los españoles y criollos contra el pueblo llano; por otro lado, es la degeneración de esos mismos criollos, la cual es la de los españoles sin su “nobleza y generosidad”.

Hegel termina señalando la necesidad de que los pueblos americanos se sacudan no solo el yugo político militar español (escribe entre 1822 y 1830), sino aun su influencia cultural. Lo dice del siguiente modo que será necesario explicar a continuación: “Estos pueblos necesitan ahora olvidar el espíritu de los intereses hueros y orientarse en el espíritu de la razón y la libertad.”<sup>25</sup>

Esos “intereses hueros” no son los de los mexicanos sino los de los españoles, mismos que los criollos heredaron y vaciaron aún más de contenido, es decir, esas vanidades en “solicitar títulos y grados”, esa “arrogancia” y “orgullo”, etcétera.

El planteamiento crítico de Hegel es impecable y en todo ello lo ha retomado Marx, no solo en la diferencia entre nobleza española y ausencia de la misma en los mexicanos, como sugiere Scaron. Pero las palabras de Marx, aunque pocas, apuntan a más honduras que debemos explicar. Primero, eso de “donquijotismo” y, luego, aquello más hondo de la solidez española que ya explicamos de entrada.

### 3.1. Caballeros vacíos y ridículos

El donquijotismo se refiere a una actitud caballeresca pero que ya ha perdido contenido y se ironiza a sí misma, que llega al ridículo. Marx alude resumidamente así al hecho de que en España se desarrolló efectivamente una caballería en toda su pureza —dice Hegel y a ello se refería con lo de “nobleza y magnanimidad”— pero que luego decayó hasta el ridículo, por cierto de mala fe y, no como el de *Don Quijote*, que ironiza a esa caballería ya acartonada y vana en su jerarquía e ideales hueros. La clave de esto está en las *Lecciones* de Hegel, pero más allá de su mera introducción, es decir, más allá de donde las leyó Scaron.

Hegel dice que en su lucha contra los sarracenos, los españoles aprendieron de ellos la magnanimidad y universalidad, etcétera, y la desarrollaron. Explica Hegel:

Pues también el cristianismo tiene en sí el momento de la infinita abstracción y libertad, y por eso el espíritu caballeresco oriental encontró en los corazones occidentales una resonancia que desarrolló en ellos una virtud más noble. El espíritu caballeresco se manifestó

<sup>24</sup> *Idem.*

<sup>25</sup> *Idem.*



con singular belleza en España; los caballeros germanos son más rudos y a la vez más frívolos. La caballería en España era tan pura, que pudo soportar incluso su escarnio en Don Quijote; y aun en éste aparece noble y bella. La flor de toda caballería es el Cid español, de quien poseemos los más hermosos romances, llenos de vivo e intenso colorido. En esta época vemos reales manifestaciones del mundo superior; habiendo desaparecido la ilusión de que se puede encontrar lo verdadero en lo externo, brota la propia energía desplegándose bellamente.<sup>26</sup>

Ahora bien, las órdenes de caballería desarrollaban sentimientos no egoístas, ajenos al egoísmo particularista feudal, pues combatían en favor de toda la cristiandad. Pero la conquista de América sacó a los caballeros españoles fuera de España bajo la forma de soldados conquistadores; la caballería conquistadora se llenó las manos de sangre y decayó. Y España decayó junto con ella y, entonces, degeneró el carácter español. La semblanza de Santa Anna ya se va perfilando.

Resta el tema más complejo, el de la solidez del carácter español, y que Scaron confundió con la “nobleza y generosidad”. Veamos.

### 3.2. Solidez como integridad y como cosificación

Hegel no habla de solidez del carácter español, pero su filosofía de la historia íntegra lo sugiere con fuerza. Marx explicita el asunto. En ambos conlleva una crítica, no solo un enaltecimiento, cual sería el caso de “la nobleza y la magnanimidad” —aunque de dos órdenes distintos—. La crítica de Marx es en términos histórico-relativos, superables con el desarrollo mismo del pueblo español, así como los mexicanos pueden superar sus fallas en un desarrollo ulterior. Por su parte, la de Hegel es una crítica al carácter español insuperable a menos que España deje de serlo, por ejemplo, plegándose al espíritu de otra nación, sea Francia, Alemania o Inglaterra.

Es aquí, en torno al concepto de solidez del carácter español donde más difieren las perspectivas de Hegel y de Marx, no sin que algunas notas de la idea hegeliana hayan sido recuperadas por Marx, pues, según vimos, Hegel se basa en realidades efectivas para construir una propuesta, la cual no es en todo equívoca sino, a veces, incluso atinadísima. Por ello, revisaremos aunque sea del modo más resumido posible la cuestión en Hegel.

3.2.A. Comencemos con una panorámica de la cuestión para apreciar cómo es que España le causa a Hegel no solo problemas particulares, es decir no solo concentra lacras particulares, por cierto múltiples, y que Hegel critica en distintos pasajes esparcidos en todo el libro, sino que todo su esquema o esqueleto de la anatomía de la historia universal ha sido diseñado por Hegel para combatir a España. Dicho a la inversa, la presencia negativa de esta nación ha sido el motivo para que Hegel construyera un aparato defensivo/ofensivo llamado *Lecciones sobre la filosofía de la*

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 639.



*historia universal* (en particular, contra la intervención de Carlos V contraria a la Reforma y en favor del catolicismo).<sup>27</sup> Veamos.

No solo la historia comienza en Oriente y culmina en Occidente, en Europa como mundo germánico. Pues si éste fuera el sentido completo de la historia no tendría cabida África, a la cual Hegel sitúa como el “umbral de la historia”. Es decir, que la historia comienza en Asia, pero antes de la historia hay algo: “el umbral de la historia”, África; mundo sin historia, anterior a ésta, negación pasiva de la historia. De otro lado, Europa completa la historia pero en España se toca con África, ese lugar “concentrado en sí mismo”; ese lugar sustancial, silencio del espíritu histórico, encerrado en su salvaje quietud<sup>28</sup> inmediata.

De tal modo, si bien nos fijamos, el sentido de la historia va de Oriente a Occidente pero el sentido del desarrollo de la humanidad —el cual posee también dimensiones no históricas— describe un círculo. Círculo que gira en torno del mar Mediterráneo, pues inicia en África, prosigue en Asia<sup>29</sup> y retorna hasta África pasando por Europa, la cual en su término —España— toca con África.

La historia ha partido de la no historia y arriba a ella. La historia está en medio de dos tramos de no historia. La historia, además, contiene en su seno su propia negación, la no historia activa, España, que tiende hacia la pasividad ahistórica original, jala hacia África.

El esquema de Hegel es angustiante y busca comunicar la urgencia por zafarnos de ese destino de sedimentación y apaciguamiento, de solidificación del Espíritu. Solidificación que ya se muestra en el carácter español.

Frente a este círculo en el que la decadencia española es factor esperanzador, pues ya es carente de fuerza —España no parece poder detener el curso histórico, mismo que no parece cerrarse finalmente, felizmente— se encuentra el “Nuevo Mundo”, hasta hoy reflejo de Europa,<sup>30</sup> así que es la reserva del espíritu si el círculo del desarrollo del viejo mundo se cerrara definitivamente. Pero además, América —ya que no puede haber principio superior a la libertad y la universalidad germánicas— es sugerencia de que el principio del mundo germánico será ilimitado, siempre renovado, inagotable en sus posibilidades, describiendo una espiral. “América es el país del porvenir [Hegel se refiere a Estados Unidos]. En los tiempos futuros se mostrará toda su importancia histórica, acaso [dice Hegel imbuido de espíritu épico, caballe-

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 668.

<sup>28</sup> Hegel ni siquiera le confiere a esta quietud la solidez, pues ésta posee atributos positivos. Además, la solidez es una estancia a la que el Espíritu llega, una producción ya histórica, no una quietud sino un aquietamiento.

<sup>29</sup> El esquema básico que describe Hegel debió troquelarse hacia el siglo X d.c., antes de los viajes de Marco Polo a China, cuando Asia era solo el Asia Menor añadiéndole apenas legendarias noticias de la India, fruto de la expedición de Alejandro Magno, en el siglo III a.c. En el siglo XIX Hegel simplemente añadió al esquema un apéndice hacia Extremo Oriente.

<sup>30</sup> “Reflejo de ajena vida”, “eco del viejo mundo”, G.F.W. Hegel, *Lecciones...*, p. 177.



resco, de conquista] en la lucha entre América del Norte y América del Sur.”<sup>31</sup> Quién diría que Santa Anna sería la bisagra de esta contienda cósmica visualizada por Hegel.

América (esto es, Estados Unidos) como porvenir esperanzador para la historia pero terrorífico para los habitantes de América del Sur ofrece otra dimensión negativa pues su sugerencia de ilimitación e inagotabilidad es también un “no acabar” un “algo no acabado”, que contrasta con el buen acabado europeo.

Hegel resume toda su idea así:

África es, en general, el país en que domina el principio de la altiplanicie, de lo informe. Asia es la parte del mundo en que luchan los mayores contrastes; pero lo más característico es aquí el principio segundo, el de los valles cultivados, que se encierran en sí mismos y que en sí mismos se mantienen. La totalidad consiste en la combinación de los tres principios, y esto acontece en Europa, la parte del mundo, del espíritu, del espíritu unido en sí mismo y que se ha dedicado a la realización y conexión infinita de la cultura pero manteniéndose, al propio tiempo, firme y sustancial. (Para América solo quedaría el principio de lo no acabado y del no acabar).<sup>32</sup>

De tal manera, de lo informe (africano) inicial, necesariamente anterior a la historia en tanto proceso de formación de la humanidad, sigue la forma contrastada (oriental) y la forma reconciliada europea para arribar a lo no acabado y el no acabar americanos. Vamos desde lo informe a lo no acabado y el no acabar; en medio está la cumbre de la realización histórica, cuyas raíces beben en lo informe y cuyas hojas se abren a la luz del no acabar. En este ciclo vital a España le toca el peor papel pues es la hebilla que cancelaría la vida de la historia, detendría la historia en una solidificación que retorna sobre sí a África, esto es, a aquella que se “cierra sobre sí misma”.

Y bien, más allá de este esquema general, que es una advertencia, ¿qué ha hecho efectivamente España en la historia hasta hoy, esto es, hasta el momento en que son escritas las *Lecciones sobre la filosofía de la historia*?<sup>33</sup>

3.2.B. Hegel resume su registro de la gesta histórica española en el apartado perteneciente a la sección dedicada a la edad moderna, titulado “2. La consolidación política y espiritual”, “a) Las monarquías y el sistema de los estados europeos”. El movimiento general de este resumen consiste en partir de algo positivo en lo español, luego, encontrar un factor negativo en su interior y mostrar la mutación de lo positivo en negativo. Finalmente, Hegel muestra cómo está articulada esta completa decadencia; articulación que sirve de demostración de los pasos previos. Lo positivo

<sup>31</sup> *Idem*. Más atrás Hegel ya dejó sentado que si comparamos “la América del Sur (incluyendo en ella a México) con la América del Norte percibiremos un extraordinario contraste” (p. 173).

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp.178-179.

<sup>33</sup> Compuestas por diversos manuscritos que datan de 1822 a 1830. *Cfr.* la “Advertencia” de José Gaos a la edición citada —de la cual es traductor—, p. 34.



es “el noble espíritu de caballería” que en España y Portugal se mostró bajo la modalidad de “caballería conquistadora” —de África y Brasil por Portugal, y de América, Filipinas y parte de Europa por España—.

Incluido en este “noble espíritu” está el honor, aquello que muestra el “carácter principal” del pueblo español. “Pero [...]”, “mas [...]”, y después de estos reparos Hegel introduce dos denegaciones de aquello positivo y que dan al traste con todo, llevan a la decadencia del Estado y a la degradación del pueblo. Así que, primero, (A) Hegel sitúa el carácter español en su decadencia y luego (B) muestra los síntomas y razones históricas de ésta. Pero una vez advertidos en general de su idea citemos ya el texto de Hegel y comentemos sus pormenores en una columna paralela:

[1] España y Portugal habían tenido el noble espíritu de la caballería, de una caballería conquistadora. Mas esta caballería salió de sí hacia América y África, en lugar de volverse sobre sí, en su intimidad.

[2] Los españoles son el pueblo del honor de la dignidad personal individual y, por tanto, de la gravedad en lo individual. Este es su carácter principal.

[3] Pero en él no hay un verdadero contenido; pues ponen la dignidad en el nacimiento y en la patria, no en la razón.

*Ad [1]:* En tanto factor espiritual o de libertad y universalidad sin egoísmo, la caballería debió “volverse sobre sí” para fortalecerse. Pero “salió de sí”, y con ello el espíritu español perdió fuerza.

*Ad [2]:* El honor, la “dignidad personal individual” contiene algo desconfiable porque niega lo universal,<sup>34</sup> se cierra sobre sí en lo individual, en la “gravedad de lo individual”. Esto es, lo individual funciona como poder material sólido que con su férrea necesidad contrarresta la libertad y universalidad del espíritu. El honor limitado está bien, pero si el espíritu va perdiendo concentración la gravedad triunfa y solidifica a lo individual egoístamente. Y bien, ese peligro fue el que se realizó según lo dice el siguiente renglón de Hegel:

*Ad [3]:* Ese honor carece de contenido, refiriéndose Hegel al contenido que aquí importa, el espiritual; el universal y libre, el que funda historia, humanidad. Pero el honor español es sólidamente “inerte” por basarse en determinaciones no espirituales, es decir no en la razón sino en el nacimiento y la patria, factores cargados de lo sensible y emocional. La conclusión no se hace esperar:

<sup>34</sup> Evidentemente del exacerbado honor que inflama al ego fácilmente podemos deslizarnos al grave deshonor de la traición a la patria en tanto salida del individuo que niega lo nacional, y aun lo universal.



[4] Su caballerosidad ha descendido así hasta convertirse en un honor inerte; es bien conocido: la grandeza hispánica.

[5] En la industria han permanecido rezagados; las clases del Estado no han logrado la independencia.

[6] El Estado y la Iglesia no se han encontrado en oposición, porque ambos han dejado incólume aquella dignidad individual; como queda señalado, se han protegido recíprocamente por medio de la Inquisición, que ha tenido un carácter duro, africano, y no ha permitido la génesis del yo en ningún aspecto.

*Ad* [4]: Decadencia en el “honor inerte”, inerte por no espiritual y racional sino aquietado en lo sólido irracional y sensible. ¿Y en qué consiste?, parece preguntar Hegel en tono despreciativo. Y responde: en “la grandeza hispánica”, hoy risible, caída, pero no lo dice Hegel, sino que pasa a describir esa decadencia, esa “grandeza hispánica” en lo que ha resultado:

*Ad* [5]: La producción de riqueza está “rezagada” y el elemento universal de la sociedad —“las clases en el Estado”, esto es, allí donde los intereses particulares de clase se moderan para dar paso a lo universal— no ha logrado independencia. Sujeto sometido y objeto detenido, rezagado. Ahora Hegel pasa a particularizar (*ad* [6]) lo correspondiente al Estado y la Iglesia y (*ad* [7]) lo correspondiente al pueblo. Lo que describe *ad* [6] es decadencia y *ad* [7], degeneración.

*Ad* [6]: No se libró el Estado de la Iglesia, ni ésta de aquél, porque no se opusieron activamente. Su debilidad de espíritu los retuvo inactivos. Ambos se degradaron al dejar en pie, “incólume”, a ese centro de gravedad español que es el “honor inerte”.<sup>35</sup> ¡Y cómo!: a través de la Inquisición más sanguinaria e insensible, cuya “dureza africana” aplanó todo intento de desarrollo espiritual independiente, esto es, del “yo”. Así que la “dignidad personal individual” española es, en su grave solidez, contraria al desarrollo de su yo independiente.

<sup>35</sup> Si personificamos al “honor inerte” en medio de los subsistentes Estado e Iglesia amalgamados, nos trasladamos de España a América y lo que tenemos es a Santa Anna en el México Independiente.



[7] El pueblo bajo se ha sumido en una especie de mahometanismo y los conventos y la corte han cebado a la masa perezosa y la han empleado para lo que han querido.<sup>36</sup>

*Ad* [7]: Si lo africano sanguinario lo muestran el Estado y la Iglesia, el espíritu objetivo, por otro lado, el pueblo, con su pulular de sujetos que sufren esa dureza, muestra ser perezoso, cebado y fanático. Esto es, el mahometanismo caracteriza al pueblo, al espíritu subjetivo. Las corrientes de la Iglesia y las del Estado han operado esta represión degradante.

Como vemos, Hegel asienta todo lo negativo, decadente y degradado de España, del carácter del pueblo español, en su incapacidad para desarrollar el espíritu y en su tendencia para dar cada vez más fuerza a lo inerte y sólido, duro, a-espiritual, tanto africano como mahometano.<sup>37</sup> Los síntomas de lo sólido a-espiritual cósmico, cosificado, los tenemos: *ad* [1], en que el espíritu no se vuelve sobre sí, sino que sale de sí. El espíritu se ve dispersado en su fluidez, como por el peso de una piedra que cae en un estanque y desplaza el agua. Otro síntoma es, *ad* [2], la “gravidad” y, por cierto, en lo individual. Asimismo, *ad* [3], la falta de contenido espiritual auténtico del honor, por falta de razón. Así que, *ad* [4], tenemos ya al honor “inerte”, y, *ad* [5], un “rezago” y una falta de independencia. ¿Por qué? *Ad* [6]: “Por haber dejado incólume” en toda su solidez a la grave dignidad individual. Por cierto, en un movimiento de acorazamiento, la Iglesia y el Estado “se han protegido”. Y su instrumento de protección fue una Inquisición con “carácter duro, africano”. El síntoma final es el fanatismo, esa detención solidificada del espíritu aún como espíritu, el “mahometanismo”, y la pereza del pueblo. En síntesis, la “grandeza hispánica” estriba en su solidez, pero ésta es decadencia y degeneración; o, si se quiere, el buen aspecto de la decadencia y de la degeneración es la solidez.

### 3.3. La solidez del carácter para Marx

En términos de Marx, la cuestión de la solidez del carácter español se convierte en una variante de la cosificación de las relaciones sociales, según adelantamos más arriba. Una cuestión no ontológica ni destinal, como aparece en Hegel, sino histórica y materialmente determinada. Así que al modificarse las condiciones materiales también se modifica su expresión cosificada, tanto en la sociedad como en la psicología social y en el carácter personal. A diferencia de Hegel, Marx sabe asumir como positiva la solidez y precisamente por las mismas causas por las que a Hegel le parece sobre todo negativa: por su carácter corpóreo, arraigado a la tierra y a la

<sup>36</sup> G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, p. 676.

<sup>37</sup> La tozuda incapacidad de Santa Anna para el pensamiento conceptual parece heredar este aspecto.



naturaleza, y por la conexión del carácter español con lo sensible del africano<sup>38</sup>, etcétera. Es sobre esa base —la relación de España con África— que el español ha podido retomar lo magnánimo del árabe, así como lo noble árabe y cristiano. Mientras que Hegel pondrá como positivos sobre todo a estos dos aspectos y en menor medida a la solidez, la ponderación de Marx es inversa, pues ve sobre todo en la solidez lo positivo y solo en segundo lugar asume como negativa su dimensión cosificada. Resaltemos que a Marx le repele la dimensión cosificada o alienada, especialmente mercantil-dineraria, y no el carácter sensible (como a Hegel). Le repele el capitalismo y es más proclive a lo precapitalista.<sup>39</sup> Estas elecciones marxianas ya fueron avanzadas en la crítica del joven Marx de 1844<sup>40</sup> contra Hegel.

Por otro lado, si en Hegel la solidez del español pierde con la libertad, la fluidez de los mexicanos —que se muestra en su carácter huidizo— no les cierra a éstos por principio el acceso a la libertad. Mientras que en Marx este acceso pasa por la solidez, no sin asumir como necesaria también la fluidez pero de suerte que no contravenga a la primera.

#### 3.4. Sentido conceptual, no coloquial, de la crítica de Marx

Ahora tenemos dilucidadas todas las piezas del rompecabezas. La cuestión no es si Marx dijo o no “degenerados” refiriéndose a los españoles y a los mexicanos, o si valoró la “solidez” a propósito solo de los españoles. Y en el momento en que aclaramos esas palabras no se trata de que dejen de significar lo que significan en el idioma español. Más bien se trata de precisar su significado sacándolo de una ambigüedad que se presta a manipular política e ideológicamente las palabras de Marx. Es el caso, por ejemplo, de una sentencia tan célebre y profunda como la heracliteana “Todo es fuego”, en la que no nos podemos atener a lo que significa en español literalmente la palabra fuego porque entonces nada entenderíamos. Tenemos que partir del significado inmediato de la palabra fuego en español para, sobre esa base, profundizar en el sentido preciso, técnico-filosófico que tiene en Heráclito. Lo mismo vale para

<sup>38</sup> “En el África [...] domina el aspecto sensible, en el cual el hombre [en tanto espiritualidad] se detiene [y lo que domina es] la imposibilidad absoluta de todo desarrollo”, concluye Hegel (*op. cit.*, p. 79).

<sup>39</sup> Cfr. “Formaciones económicas precapitalistas”, en *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (1857) (pp. 387-388), en donde se lee: “En la economía burguesa —y en la época de la producción que a ella corresponde— esta elaboración plena de lo interno [propia del significado original de lo que es riqueza] aparece como vaciamiento pleno, esta objetivación universal [que sería la riqueza propiamente dicha, aparece] como enajenación total, y la destrucción de todos los objetivos unilaterales determinados, como sacrificio del objetivo propio frente a un objetivo completamente externo. Por eso el infantil mundo antiguo aparece, por un lado, como superior. Por otro lado, lo es en todo aquello en que se busque configuración cerrada, forma y limitación dada. Es satisfacción desde un punto de vista limitado, mientras que el [[mundo]] moderno deja insatisfecho o allí donde aparece satisfecho consigo mismo es vulgar.” (Corchetes dobles de Marx, corchetes sencillos míos).

<sup>40</sup> Cfr. Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, tercer manuscrito.





Marx. Se trata de captar el sentido preciso —a través del básico y general— que tienen esos conceptos, pues son conceptos y no meras palabras, aunque hayan sido escritas en una epístola. Son, pues, conceptos técnico-filosóficos, por un lado, en lo que retienen de Hegel, pero histórico-materialistas y en conexión con la crítica a la economía política, por lo que Marx precisa en ellos.

### 3.5. *Desciframiento del pasaje de Marx*

Podemos ahora retomar el pasaje de Marx que nos ha ocupado.

Los españoles están completamente degenerados. Pero, con todo, frente a un español degenerado, un mexicano constituye un ideal. Todos los vicios, la fanfarronería, bravuconería y donquijotismo de los españoles a la tercera potencia, pero de ninguna manera lo sólido que éstos poseen. [...] La guerra mexicana de guerrillas, una caricatura de la española, y aún las huidas de los *regular armies* infinitamente superiores. En esto, empero, los españoles no han producido ningún talento como el de Santa Anna.<sup>41</sup>

Comentemos el pasaje:

3.5.1. Este calificativo “degeneración” critica sobre todo las condiciones en que ha ocurrido, no al sujeto que la sufre. Critica a éste solo si demuestra con sus actos que va contra sí mismo. El fastidio que esto produce mueve a despreciarlo.

3.5.2. Los vicios, la fanfarronería, la bravuconería y el donquijotismo caracterizan a los mexicanos, sobre todo a los más influidos por la cultura española: a los criollos y a aquellos mestizos con afanes protagónicos de prestigio vano (“huero”, dice Hegel).

3.5.3. Cada parte de la cita encuentra su clave en la crítica final; allí donde Marx alude a las patéticas huidas. Esa vergüenza realmente ocurrió en los combates entre mexicanos y yanquis. Es aquí donde espiga lo más específico del escenario mexicano visto por Marx. La escena fue tal como aquí la describe, si bien no debida —como cree Marx— a una condición general del carácter del pueblo, así sea históricamente superable. Aclaremos el punto.

3.5.4. Marx, en verdad, atribuye los contornos de la escena en parte al carácter de los soldados y en parte a la dirección de Santa Anna. Y es cierto que los vicios, la fanfarronería, la bravuconería y el donquijotismo, etcétera, se encontrarán también en igual otros que en Santa Anna, en su mayoría criollos o mestizos acomodados o arribistas.

Pero la cuestión de las huidas se debe menos a “aglomeraciones indisciplinadas”, como explica Engels, en parte criticando pero sobre todo disculpando a los mexicanos que tuvieron que defender su territorio en tan precarias condiciones. Se debe, a mi modo de ver —y a diferencia de lo que pensaba Marx—, no a meras órdenes equivocadas —que las hubo y muchas— de Santa Anna sino a que toda la actuación

<sup>41</sup> En Pedro Scaron, *Materiales...*, *op. cit.*, pp. 203-204.



de Santa Anna estaba regida por motivos que, aunque desconocidos para la tropa —ésta percibe sus consecuencias externas a costa de su pellejo—, la desmoralizaron una y otra vez, como puede demostrarse batalla por batalla. Estos motivos señalan como traidor a Santa Anna,<sup>42</sup> pero se trata de un traidor que es el general en jefe de las fuerzas armadas, además de presidente de la República, así que sus movimientos determinan globalmente toda la situación y determinan el aspecto íntegro de la escena. No obstante, esto no es la apariencia de la escena sino lo que ocurre tras bambalinas y Marx no pudo conocerlo. De hecho, innúmeros historiadores han debatido hasta la fecha la cuestión y la gran mayoría ha terminado por exculpar a Santa Anna —o han mediatizado su responsabilidad—, no obstante las evidencias en contrario. Por eso el asunto requiere de una investigación histórica especial como la expuesta en los capítulos anteriores de este libro.<sup>43</sup> Más abajo abordaré una puntualización adicional. Hasta aquí hay ya un esbozo de Santa Anna, ese criollo sin “nobleza ni generosidad”, que lo oculta con un “honor inerte” y vacuo en el que su ego se inflama hasta la caricatura cabaleresca, donquijotesca y bravucona pero completamente falto de solidez y huido hasta la compasión y la traición, muy apoltronado en su inerte honor.

<sup>42</sup> Como lo documentó exhaustivamente el diputado Ramón Gamboa en 1849, *cfr.* “Impugnación al informe del Exmo. Sr. General don Antonio López de Santa Anna y constancias en que se apoyan las ampliaciones de la acusación del señor diputado don Ramón Gamboa.— 15 de julio de 1849”, en Antonio López de Santa Anna, *La guerra de Texas*, pp. 201-305.

<sup>43</sup> Expuse por primera vez un esbozo de mi investigación sobre Santa Anna en el curso de actualización “Relación México-Estados Unidos vista por Marx y Engels”, impartido en la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, de junio a septiembre de 1995.



## CAPÍTULO 3

### MARX FRENTE AL MÉXICO DE HOY Y FRENTE A LA INVASIÓN ESTADOUNIDENSE DE 1847. LOS RASGOS SANTÁNNICOS DEL MÉXICO DE HOY

#### 1. SANTA ANNA, EL TLC Y MARX

1. En los días que corren, Estados Unidos está por tomar bajo su tutela a México. La firma del Tratado de Libre Comercio (TLC) es la del acta en la que el gobierno de México acepta esta tutela, pero al modo de una transacción de compra-venta y para garantizar una serie abierta de ellas siempre más favorables a Estados Unidos. Es una venta encubierta del país y que solo en apariencia rige exclusivamente el comercio, eufemísticamente —o peor aún, enrevesadamente— llamado “libre”. Mas bien es un tratado de sometimiento productivo, jurídico, político y estratégico; en fin, geo-político. No es casual sino históricamente determinado el hecho de que la deuda externa mexicana haya sido el instrumento de presión para arrinconarnos de tal modo, aunque hoy se silencie su función y el TLC aparezca como la solución. Marx apoyó (1861) a Benito Juárez contra las exigencias imperialistas francesas, inglesas y españolas de ocupación de territorio nacional a cambio del pago de la deuda. Pero antes (1847) señaló con Engels como condición del desarrollo capitalista de una parte del país (Texas, Nuevo México, California) el que Estados Unidos la tomara bajo su tutela por razones geopolíticas. Hoy, en una “comedia de las equivocaciones”, los liberales mexicanos quieren entregar todo el país en un tutelaje más desventajoso porque pretextan que somos libres y ninguna obligación tiene nuestro tutor más allá de explotarnos en subsecuentes transacciones comerciales regulares. Ciertamente, el peso geopolítico de Estados Unidos demuestra ser decisivo hoy, como ya lo previera Marx. Pero desde entonces (1847) a la fecha y con un territorio ya gobernable —previamente cercenado por Estados Unidos— las cosas han cambiado tanto<sup>1</sup> que posibilitaban —y aún quedan opciones— una alternativa frente a Estados Unidos por lo menos como la de Juárez frente a Francia, España e Inglaterra.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Desarrollo de capital nacional, desarrollo de un proletariado mexicano, desarrollo de un régimen de gobierno institucional, desarrollo de una sociedad civil y una opinión pública democráticas, desarrollo de órganos de gestión internacionales como la ONU.

<sup>2</sup> Cfr. las tesis de José Zaragoza al respecto, expuestas en el capítulo 5 de la parte III del presente libro.



¿Quién puede decir hoy que los rápidos trazos del retrato de Santa Anna —en tanto personificación de relaciones sociales, no solo nacional sino geopolíticamente determinadas, y entonces persistentes más allá del siglo XIX o en los primeros 50 u 80 años del XX— hechos por Marx, con fina ironía crítica, no le cuadran al presente?

En fin, los escritos de Marx y Engels sobre México ofrecen enseñanzas certeras no solo sobre el pasado y sus tendencias arribadas hasta el presente sino, mejor aún, para alimentar nuestras acciones en el futuro una vez que seamos más realistas y mejor prevenidos contra recaídas aparentemente sorpresivas de nuestra idiosincrasia y condición y, sobre todo, contra el capital como enemigo, no solo externo sino también interno.

## 2. LA CONQUISTA DE MÉXICO POR ESTADOS UNIDOS EN 1847 VISTA POR MARX

La remoción práctica del “fetichismo Santa Anna” coincide con la de las relaciones de dominio de las que emerge, mientras que su superación crítica comienza por reconstruir históricamente la actuación efectiva de Santa Anna en los acontecimientos, retomando —como hice en los capítulos más arriba— las valiosas declaraciones del diputado Ramón Gamboa. Pues bien, esa superación crítica tiene un redondeamiento preliminar en algo que parece alejado o, por lo menos, extraño a esa reconstrucción histórica, a saber: la desmitificación acerca de que Marx justificó la invasión estadounidense o que aun aplaudió el avance yanqui como muchos autores, incluso marxistas, y algunos periodistas<sup>3</sup> recientes celebran; pues esta desmitificación constituye la prueba de que ya figuramos los acontecimientos con autenticidad, esto es, que los hemos puesto sobre sus pies, por lo menos preliminarmente.

Ciertamente, en este terreno<sup>4</sup> los prejuicios van de exageración en exageración, deformando la matizada cuestión de fondo. Hablar de “justificación” ya es sesgado, pero una vez diciéndolo, nada más fácil que pasar, por ejemplo, a preguntarse sobre “el aplauso de Marx para el avance estadounidense a costa de México”, según escribe Dorothea Hahn,<sup>5</sup> glosando un trabajo de Jesús Monjarás-Ruiz relativo a la crítica histórica de las fuentes de Marx al respecto.

Más aún, este exabrupto puede combinarse con una aseveración certera dicha a renglón seguido, lo cual, en lugar de moderar la tergiversación la consolida; “el aplauso de Marx para el avance estadounidense a costa de México, por un lado, y su

<sup>3</sup> Cfr. Jorge Veraza Urtuzuástegui, “1847-1997. Los escritos de Marx y Engels sobre México...”, p. 30, nota 35.

<sup>4</sup> No es ocioso resaltar que si los prejuicios pululan con virulencia en un territorio, ello es síntoma indeleble de que ese territorio pertenece al dominio de un fetichismo social estratégico.

<sup>5</sup> En su artículo “México y América Latina constituyeron solo ocupaciones marginales para Carlos Marx”, *UnomásUno*, México, 1º de octubre de 1984.



rechazo decidido de la intervención francesa, por otro, obedecen, según manifiesta el etnohistoriador [Dorothea Hahn se refiere a Monjarás-Ruiz], a la perspectiva europea de Marx y a su visión del camino a la `llegada al poder de los demócratas y comunistas´ [termina citando al autor]”. Lo cual quiere decir que la actitud de Marx es menos en contra de México que en favor de la posible revolución social en Europa. Esta preocupación unitaria explica de fondo pero solo parcialmente las dos posturas contrastadas de Marx, ora frente a Francia, ora frente a Estados Unidos. Pues otro aspecto fundamental que hay que tener en cuenta se refiere al cambio de la coyuntura entre 1847 (frente a Estados Unidos) y 1861 (frente a Francia). Sin embargo, incluso así, cabría reparar en que esta explicación no aclara porqué aquel avance democrático o comunista en Europa debe ser a costa de México. Y ya iba yo a decir “según Marx”, pero eso no es cierto, pues quien así formula las cosas es el autor al traducir a sus términos lo que Marx dice y él, confunde.

Monjarás-Ruiz es cuidadoso y habla de la “perspectiva europea” de Marx, europea y democrático-revolucionaria, cuando otros dicen, más agresivamente, “eurocentrista”, precisamente porque creen ver lo que Monjarás-Ruiz también implica; es decir, eso de que la revolución social europea debe consolidarse a costa de un pueblo atrasado de la periferia, como ha sido el caso de México. Pero éste es otro infundio, otro prejuicio pseudorevolucionario, stalinista y, en verdad, antimarxista que es fácilmente atribuido a Marx o a Engels.

El investigador sugiere a favor de Marx que éste no hubiera aplaudido el “avance” estadounidense si no hubiera estado en juego la revolución. Pero no ve que es inmoral, históricamente hablando, aplaudir ese “avance” si es a cambio de adosar la revolución; de esta manera se la desprestigia y también a Marx, amén de imaginar a éste en el chalaneo o intercambio de mercancías históricas, como buen propietario privado de asuntos internacionales. Como se ve, en esta discusión se desliza una falacia tras otra y siempre prevalece la inquietud de fondo del lector: ¿Marx justificó que Estados Unidos invadiera México?, a lo que hay que contestar con la verdad, cualquiera que ésta sea; con un sí o un no. Afortunadamente, en este caso es un no, más allá de las apariencias de las interpretaciones al uso, Marx no justificó y menos “aplaudió” la invasión. Paso a explicar el asunto.

Pero antes de dejar la intervención de Monjarás-Ruiz, permítaseme criticarla en otro aspecto de interés hablando de la luz que arroja sobre el México de hoy, así como sobre el conjunto de la teoría del desarrollo capitalista de Marx, la perspectiva de éste sobre México. Monjarás-Ruiz anota —erróneamente, a mi modo de ver— “no creo que se llegue a tener grandes resultados en el sentido de que lo dicho por Marx ayude a desentrañar algo sobre México [actualmente]”. Y dice lo anterior en referencia al aspecto de su investigación del que podría esperarse más, relativo a la pertinencia del concepto de modo de producción asiático para la investigación del México prehispánico, no digamos del otro aspecto, “México en el siglo XIX”, en donde a lo más espera “acabar con la serie de leyendas y mistificaciones acerca de



Marx y dejar claro lo que Marx conoció acerca de México”. Sin embargo, Monjarás-Ruiz no ve que precisamente en el sentido de desmitificar al ídolo y los prejuicios, la crítica de la mistificación descubre contenidos esenciales, y esto es lo decisivo de ese procedimiento epistemológico, la crítica. Puede ser ejemplo de lo anterior el tomo III de *El capital*, dedicado a la crítica de las mistificaciones en torno a la ganancia, así como las afirmaciones de Marx y Engels sobre México.<sup>6</sup>

Marx y Engels no aplaudían el avance yanqui. Digo Marx y Engels y no solo Marx o Engels porque aunque el artículo al que se alude (“Los movimientos de 1847”) está firmado por Engels, se le atribuye a Marx y, de cualquier modo, es indudable que ambos concordaron en su contenido. Pues bien, no aplaudían ese avance porque no se trataba de alentar a nadie en una controversia en curso, ya que para ese momento [1848] estaba consumada la rendición de México y la entrega de territorios a Estados Unidos. Tampoco se trataba de glorificar el triunfo ni de recomendarlo, pues lo que Marx y Engels tenían enfrente era un hecho histórico, no un deber ser. Pero tampoco se trataba de justificar moralmente el hecho; se lo asumía y se lo explicaba por el desarrollo histórico capitalista heterogéneo entre Estados Unidos y México y se sacaban consecuencias, como aquella del progreso inmediato para la población que habitaba los territorios anexados, así como el obvio progreso capitalista estadounidense, pero frente al que se resaltaba cómo es que a través de ese progreso del capital se prepara la destrucción del mismo por cuenta de la humanidad. Así que no se glorificaba el triunfo de Estados Unidos sino que se aplaude la destrucción futura del capital, y se explican las condiciones que conducen a ella.<sup>7</sup>

En Marx y Engels, pues, no hay tal justificación de la anexión o del “tutelaje” de México por Estados Unidos sino su aceptación como hecho consumado y, luego, su posicionamiento en relación con el destino de la humanidad, de donde resultan consecuencias benéficas también para México, independientemente de que Estados Unidos o alguien las haya previsto o querido. Se trata de resultados históricos inintencionales que pudieron ser negativos pero son positivos, y no obstante que fue la guerra y la conquista —hechos obviamente negativos para el vencido y conquistado— las que los inauguraron.

No se recomienda el hecho histórico consumado —la conquista—; se lo explica. Y el resultado histórico —el tutelaje de México por Estados Unidos, la anexión, etcétera— es valorado positivamente, no justificado. Y es valorado así por las con-

<sup>6</sup> Cfr. Jorge Veraza Urtuzuástegui, “1847-1997. Los escritos de Marx y Engels sobre México”, *op. cit.*

<sup>7</sup> “En América hemos presenciado la conquista de México, la que nos ha complacido. Movimientos Consituye un progreso, también, que un país ocupado hasta el presente de sí mismo, desgarrado por perpetuas guerras civiles e impedido de todo desarrollo, un país que en el mejor de los casos estaba a punto de caer en el vasallaje industrial de Inglaterra, que un país semejante sea lanzado por violencia al movimiento histórico. Es en interés de su propio desarrollo que México estará en el futuro bajo la tutela de Estados Unidos. Es en interés de toda América que Estados Unidos, mediante la ocupación de California obtienen el predominio sobre el Océano Pacífico.” (Karl Marx, Friedrich Engels, *Materiales para el estudio de América Latina*, p. 183).



secuencias ulteriores que abre, entre las que es exaltada o aplaudida por sobre las demás —también positivas— la revolución socialista.

Finalmente, no solo no se aplaude el avance de Estados Unidos —avance del capitalismo— sobre México, sino que tampoco se aplaude la revolución socialista europea a costa de la conquista de México por Estados Unidos. Ni se propone que un pueblo como el mexicano sea sacrificado en aras de aquella revolución. Marx y Engels no están diseñando un camino para luego recomendarlo; más bien, asumen el hecho consumado, según que ha sido de ese modo contradictorio como avanzaron el capitalismo y la historia forjada por éste.

Pues bien, el hecho consumado de la conquista de México y anexión de parte de su territorio por Estados Unidos abría posibilidades para Estados Unidos, para México y también para la revolución socialista en Europa, lo que, de rebote, abría posibilidades positivas también para México. Marx y Engels aplauden el que se abran esas consecuencias positivas, no el hecho destructivo que las generó. Y si pudiera encontrarse otro camino para esa meta, qué mejor sería que esa hubiera sido la elección histórica. Desafortunadamente, no nos preguntaron, ni a Marx ni a Engels, ni a los mexicanos, etcétera; simplemente el desarrollo capitalista estadounidense ocurrió así. Y bien, es este hecho resultante el que se juzga y analiza en referencia a sus consecuencias y sus premisas; no es un camino que se recomienda o justifica.

En el entramado de la invasión estadounidense vemos cómo Marx critica a Santa Anna y cómo es que esta crítica puede profundizarse para enriquecer la perspectiva del materialismo histórico. El “fetiche Santa Anna” está de por medio entre la mirada de Marx y el México que él mira, entre la mirada de los mexicanos hacia México y Estados Unidos, así que, por ende, entre los mexicanos y Marx. Solo removiéndolo, previa desarticulación del “Moloch”, es posible una comunicación comprensiva de la realidad, de Marx y de los mexicanos.

Aquí surge la cuestión de ¿por qué al no reconocer el papel que jugó Santa Anna se rechazó a Marx?

### 3. RECONSTRUCCIÓN DE UNA COMEDIA IDEOLÓGICA DE EQUIVOCACIONES

Las afirmaciones de Marx sobre México implican sobre todo una crítica de las condiciones geopolíticas de la relación México-Estados Unidos, pues la peculiar manera en que Marx piensa el desarrollo capitalista de manera concreta consiste en ligarlo a condiciones geopolíticas concretas. Este procedimiento en términos mundiales, redundante en observar las relaciones geopolíticas tomando en cuenta tanto el territorio —y las fuerzas productivas que hay en ese territorio— como los sujetos o conjunto de entes políticos que se mueven en el territorio. O sea, que la teoría del imperialismo de Marx, en lugar de hacer hincapié primero en relaciones formales



(por ejemplo, nueva relación dominante, etcétera.) lo hace en determinaciones reales cualitativas concretas: geopolíticas.<sup>8</sup> Como los teóricos del imperialismo no entienden esto, creen que Marx no conoció el imperialismo.<sup>9</sup> Pero tampoco lo entienden los que no son teóricos del imperialismo; en fin, cualquier gente que quiera entender qué se dice sobre una situación de subordinación imperialista, por ejemplo, la relación México-Estados Unidos. En lugar de ver el entramado total de relaciones articulado esencialmente con determinaciones materiales tanto territoriales como productivas, etcétera, ven voluntades, “destinos” y relaciones elementales sin poder explicarlas sino a lo más repudiarlas o aceptarlas.

Así, la actitud que corresponde a las teorías del imperialismo —análoga a la de “héroes desesperados”— es una actitud moralista y maniquea. (Si quieres defender la libertad tienes que defender al oprimido, a los mexicanos, no atacarlos por ningún motivo, no criticarles nada, mucho menos a su presidente y general, y si quieres defender al progreso puede parecer que defiendes a los opresores.) Así, no será entendida la postura de Marx cuando discute el problema geopolítico: en qué situación se encuentra México, qué le sucedió, por qué no le podía pasar otra cosa, por qué está limitado históricamente y por qué Estados Unidos se aprovecha de esa condición y entonces establece su imperio a partir de ello. Y aunque Marx añade a renglón seguido que eso posibilitará un desarrollo ulterior del capitalismo y de la humanidad —México incluido— así que ni modo, pero bienvenido sea, etcétera. Sin embargo, ésta es la tesis más importante, conclusiva y redonda de Marx, respecto del problema geopolítico, histórico, universal del desarrollo capitalista, y que sitúa el papel de México en esa perspectiva geopolítica e histórico-universal.

Pero, además, Marx ofrece otras afirmaciones particulares, y como lo que dice sobre México es difícil de entender para los mexicanos se da un doblete. Las afirmaciones en donde critica directamente a Santa Anna casi todo mexicano las acepta; pero otras afirmaciones en donde critica a los propios mexicanos porque huyen en las batallas, etcétera, nadie quiere aceptarlas. Y entre lo que sí y lo que no aceptan retroceden de la afirmación conclusiva, aquella recién aludida, que no entienden y que según creen —porque la ven maniqueamente— les es contraria. Lo peor de este modo de tomar la tesis conclusiva de Marx es que, además de disociarla entre lo que sí aceptan y lo que no, toman las afirmaciones por separado y no en su unidad, no según que Santa Anna propició esa unidad, ese aspecto mostrado efectivamente por los mexicanos y que Marx consecuentemente critica.

De hecho, Marx trata de dar una explicación, aunque insuficiente. Retrotrae la causa al carácter de los mexicanos, esto es, sugiere una psicología de los sometidos, a diferencia, por ejemplo, de la ideología de los yanquis, individualista y libertaria. Pero no se ve el intento de explicación sino que se la toma como loa y defensa de los

<sup>8</sup> Cfr. Jorge Veraza, *op. cit.*

<sup>9</sup> Cfr. Jorge Veraza, *Para la crítica a las teorías del imperialismo.*





yanquis, y en contra de los mexicanos. Esto es, se la lee con resentimiento y despecho, ni más ni menos que según la lógica de la psicología del oprimido que eterniza su esclavitud (la cual ya quedó sellada secretamente por Santa Anna).

A Marx le interesa hacer sobre todo la crítica de las condiciones geopolíticas tanto en su generalidad como en su singularidad personal. Se trata de etnias históricamente formadas de tal modo. Añade que tienen una raíz española. Alude al espíritu español, para entonces bastante degradado en el interior de Europa respecto de otros pueblos europeos. Pero advierte que el espíritu de los mexicanos se ofrece peor que el de los españoles porque ni siquiera tienen la solidez de aquellos, etcétera. Los individuos mexicanos ni siquiera son tercos sino que vacilan y no tienen consistencia. Por eso dice que “ni siquiera tiene la solidez del espíritu español”. Los eruditos que leen el texto de Marx dicen que está preso en Hegel, que solo repite ideas sobre el espíritu español heredadas de Hegel, cuyo idealismo racista pensó al pueblo español por debajo de los pueblos germanos y de los otros pueblos latinos. Hegel explica las características de estos pueblos según se ha venido desarrollando el “espíritu en la historia”.

Estos eruditos no ven que Marx criticó la filosofía de la historia de Hegel y supo encontrar su núcleo racional, es decir su relación con determinaciones materiales.<sup>10</sup> Peor aún, jamás se permiten observar directamente a los mexicanos para ver si Marx está preso en Hegel o si más bien la descripción les corresponde.

En fin, ¿por qué no aceptan que corresponde? ¿A qué se debe? ¿Qué duele tanto ahí? A mi modo de ver, lo que duele mucho es una culpa secreta sobre una herida. Esto es, duele el que no debes comportarte como Santa Anna y no quieres ser en nada como Santa Anna y te llena de rabia que te relacionen con él porque, además, temes secretamente guardar relación con él. Quien se encuentre en esta situación diría: “Santa Anna fue el que vendió al país pero yo no (pero, si me ofrecen el dinero, ¿lo vendería?)”.

Por otro lado, además de estas cuerdas interiores del sometimiento nacionalista mexicano que trata de deslindarse a toda costa de Santa Anna pero sin buscar un fundamento para el deslinde y sin encontrar la conexión imperialista, participa en el enredo un segundo elemento. La intervención personal de Santa Anna le dio un cariz a los acontecimientos mexicanos que los hizo presentarse como se presentaron. Y esos acontecimientos así formados fueron los que vio Marx y no otros, y de esos acontecimientos hizo su crítica. Lo que permite entender que esas afirmaciones son correctas para esos acontecimientos en la medida en que son forjados por Santa Anna, y ya resultaron en lo que conocemos. Ciertamente podrían haber sido de otro modo si él no hubiera intervenido. Pero en 1848 ya todo había quedado reducido al modo santánico de ser. Ya fueron, y así como son implican lo que es.

<sup>10</sup> *Cfr.* un comentario pormenorizado de esto en el capítulo 2 de la parte III del presente libro.



Viendo la escena resultante Marx generaliza acerca de acciones cuya responsabilidad es de Santa Anna pero quedan validadas erróneamente para todo mexicano precisamente porque esos 20,000 hombres realmente huyeron, etcétera, “¿y por qué huyeron? porque son mexicanos”. En cierta porción ello ocurrió en tanto eran mexicanos, pero la parte más vergonzosa fue suscitada porque Santa Anna les puso las cosas como para que corrieran. Por eso la intervención de Santa Anna nos permite entender hasta dónde son adecuadas las afirmaciones de Marx y cómo es que son bien o mal entendidas.

El “mito Santa Anna” es la mediación privilegiada del desencuentro entre Marx y México, pero también es la mediación —una vez revelada— para volver a poner las cosas en orden, para que esas afirmaciones coincidan con México, es decir, para que las afirmaciones de Marx sobre México no se vean como críticas presas en Hegel y en el germanismo, en contra de los mexicanos, a la manera curiosa como los mexicanos —y otros— han estado leyéndolas.

En resumen, la intervención de Marx acerca de la guerra entre México y Estados Unidos (1846-1847) presenta dos grandes vertientes. Por un lado, analiza las condiciones geopolíticas que determinaron la relación histórica —no solo coyuntural— de ambos países en referencia al desarrollo mundial del capitalismo y las posibilidades que éste abre a la revolución comunista. Por otro lado, caracteriza a los mexicanos en medio de los acontecimientos y para ello Santa Anna sirve de modelo. Pero sobre todo —y esto no lo precisa Marx— fue Santa Anna quien modeló los acontecimientos, de tal modo que determinó en gran medida el comportamiento de los mexicanos en ellos. De ahí la necesidad de esclarecer el papel jugado por Santa Anna, porque de ello depende la diferenciación práctica que ahora podamos instaurar respecto de lo sucedido, así como la recepción de las afirmaciones de Marx, por cuanto de ese papel dependió lo que Marx vio y juzgó del modo en que lo hizo.



## CAPÍTULO 4

### MODO DE PRODUCCIÓN Y REPRODUCCIÓN DEL “MITO SANTA ANNA” Y LA NECESIDAD DE SU CRÍTICA

#### 1. POR LA DESMITIFICACIÓN DE LA HISTORIA MEXICANA

Alfonso Teja Zabre, en su *Historia de México. Introducción y sinopsis. La biografía de México* (1933) propone desentrañar los mitos de la historia de este país; los de Santa Anna en lugar destacado. Así que con toda claridad visualiza la conformación de un mito Santa Anna. Marxista de formación, no dogmatizó el materialismo histórico sino que buscó enriquecerlo para ahondar su eficacia analítica. Por lo tanto, su sugerencia es que “si se usa la orientación científica que Marx desarrolló” podrán buscarse “más hondamente las causas y los hechos radicales”, lo mismo que desentrañar a partir de ellos los mitos históricos. “No se tratará de empequeñecer las figuras históricas personales sino de evitar verlas reducidas a sus puros lineamientos humanos [personales], [así que] se tendrán que esbozar en sus relaciones con el medio circundante”.<sup>1</sup> Según entiendo, Alfonso Teja Zabre propone en lugar de una historia de hechos, de datos y de personajes, es decir, en lugar de una historia cosificada, una historia de relaciones en las que los individuos históricos adquieren un significado peculiar. Dice:

Si se usa la orientación científica que Marx desarrolló [...] crecerá la significación y se tocará más de cerca la verdad profunda, lo mismo al desentrañar el mito de Quetzalcóatl que al analizar las grandes personalidades ya rodeadas por una aureola mística, o los grandes hechos que tienen casi rasgos personales y se convierten en cierta forma en figuras de contornos definibles: no solo el mito prehistórico, sino lo que hay de mito en las personalidades de Cortés y el régimen colonial, de Hidalgo y la guerra de Independencia. Y el mito del federalismo, el de la Reforma, y los de Santa Anna, Juárez, Porfirio Díaz, Limantour, la paz y la revolución.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Citado por Álvaro Matute Aguirre en *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo xx. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, p. 450.

<sup>2</sup> *Idem.*



## 2. DEL MITO COMO INHUMANIDAD

En mi intento por desarticular el “mito Santa Anna” no solo he encontrado pistas decisivas como las de Agustín Yáñez, Mario Gill, Ramón Gamboa o Carlos María de Bustamante, etcétera, sino —según se ve— también un programa metodológico al respecto, y no por casualidad imbricado en el materialismo histórico. He querido precisar el análisis del mito mediante el concepto de fetichismo —en este caso, el “fetichismo Santa Anna”— debido a que Marx entiende al fetichismo de la mercancía como el núcleo de las mitificaciones e ideologías prevaletientes en las sociedades mercantiles, así como la base sobre la que se desarrollan ulteriores fetichismos económicos, políticos y culturales. De tal modo, el fetichismo de las formas económicas explica ulteriores, y estos jamás se separan de la base material de la que toman vida y fuerza para reproducirse.

Además, el efecto inhumanizante del mito —más allá de las relativas ventajas históricas como lo muestra el de Prometeo, el de la Virgen de Guadalupe o el de Krishna, etcétera— consiste en que desde él y en él los sujetos históricos son vistos como objetos, las verdaderas relaciones sociales e históricas quedan desarticuladas en colecciones de datos cósicos, y la actuación y carácter de los sujetos se desespecifica y enmascara. Todo ello lo muestra modelarmente el fetichismo de la mercancía, y lo reencontramos en fetiches más desarrollados, por ejemplo el de Santa Anna.<sup>3</sup>

La crítica del “fetichismo Santa Anna”, la desfetichización de la conciencia nacional mexicana, en este extremo estratégico suyo, es por ende de sentido humanista profundo y, por ende, revolucionario y antagonico contra las formas de opresión prevaletientes; y esto no por añadidura sino por abordarlo con el rigor científico que el caso exige.

## 3. KRAUZE A GUSTO EN EL MITO

Es sorprendente encontrar a un autor como Alfonso Teja Zabre que en 1933 ya ve la necesidad de destruir los mitos históricos mexicanos y el de Santa Anna en primera fila. Mientras que en 1993 Enrique Krauze no solo reula respecto de esa empresa sino que además de producir la ampliación de mitos prevaletientes (véanse sus biografías de caudillos telenovelados) sugiere —en forma educada y definitiva— la inutilidad de tal desmitificación, a la vez que la prohíbe.

Pero lo hace elegantemente, pues sugiere, por lo menos en este caso, que el mito de Santa Anna dejó de existir. No obstante, Enrique Krauze gasta tinta en combatir el mito de que Santa Anna fue un traidor a la patria, mito que según Enrique Krauze fue forjado y sostenido por la historiografía oficial. Así que se ocupa de oficio en cubrirle la espalda a Santa Anna y en exculparlo. En verdad Enrique Krauze ha

<sup>3</sup> *Cfr.* los capítulos 3 y 4 de la parte I del presente libro.



renunciado a analizar el mito incluso en esta vertiente parcial del mismo a la que alude: la historiografía oficial como injusta acusadora de Santa Anna.

#### 4. LA DUALIDAD MÍTICA DE SANTA ANNA

Paso a citar a Enrique Krauze, pues su formulación dice más de lo que él cree y nos permite aclarar la estructura del “mito Santa Anna”, tanto al apoyarnos en esa formulación como al criticarla. Dice Krauze: “la paradoja mayor de la vida de Santa Anna fue vivir lo suficiente para pisotear su propio mito”.<sup>4</sup>

Según adelantamos, la idea aquí troquelada redundante en que ya no hay más “mito Santa Anna” o muy poco, por pisoteado. Cuando Enrique Krauze se enfrenta a la injusticia que la historiografía oficial comete contra Santa Anna al acusarlo de traidor, enfrenta otra cosa que el mito de un Santa Anna heroico, luminoso, solar, al cual se refiere en la reciente cita. Esto es —según la idea de Enrique Krauze—, Santa Anna produjo el mito de sí mismo con sus actos heroicos y actitudes bizarras, extrañas, pero él mismo pisoteó este mito; mientras que, por otro lado, la historiografía oficial crea un mito negativo de Santa Anna, no basado en actos o hechos sino en infundios.

Lo anterior implica que Enrique Krauze ve las cosas más o menos del siguiente modo. Santa Anna es positivo y negativo, como ser humano que es, y destruyó su mito positivo simplemente para seguir siendo humano por más tiempo que el que soportaba el mito, así que se volvió repelente y caricaturesco por mostrarse al final como dictador de opereta. Por su parte, la historiografía oficial es injusta (¿inhumana?) por señalar a Santa Anna como traidor, creando así un mito negativo, la leyenda negra de Santa Anna. Enrique Krauze no ve que la actuación dictatorial de Santa Anna, además de acompañarse de una mistificación directa en el obligado título de “Alteza Serenísima” que exigía para su persona, no solo pisoteó el mito positivo previamente instaurado sino que creó otro mito negativo para el futuro además del que Enrique Krauze cree ver en la historiografía.

En efecto, creó ese otro mito negativo consistente en que ese dictador fue aclamado por este pueblo; esto es, que este pueblo parece destinalmente condenado a estar sometido. No solo que fue sometido por Santa Anna —entre otros—, ese Santa Anna finalmente sometedor, según reconoce hasta Enrique Krauze; sino que por aquí el “mito Santa Anna” se fusiona con el “mito México” o del pueblo mexicano. Y recupera la dualidad sagrada que le corresponde orientada a un tiempo al bien y al mal. Por lo tanto no tenemos a Santa Anna el positivo, de un lado, luego pisoteado por Santa Anna, y, del otro, el Santa Anna negativo e inventado por la historiografía. Más bien, hay una unidad contradictoria y compleja.

<sup>4</sup> Cfr. Enrique Krauze, *op. cit.*, p. 188.



El “mito Santa Anna” es el polo sádico frente al polo masoquista representado por el pueblo mexicano. Y la historia de los mexicanos es sadomasoquista no solo *de facto* sino por condena del destino, tal y como queda troquelada en *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz.<sup>5</sup> El chingón Santa Anna y el chingado pueblo mexicano son los personajes arquetípicos del laberinto mexicano de caudillos. Nos encontramos, así, en un intemporal estado de gracia en el que se eterniza lo santánico y lo pinche mexicano. Este arrobamiento sagrado en lo absoluto dual debe ser esclarecido.

#### 5. CONDICIONES DE REPRODUCCIÓN DEL “MITO SANTA ANNA”

El “mito Santa Anna” ha logrado reproducirse a través de un mecanismo histórico. En efecto, luego de producido, el mito se reproduce y debemos establecer las condiciones de su reproducción, su modo de reproducción inherente a su modo de producción.

Ahora bien, no es que todo quede fijo en un absoluto que sería la chingada, entidad metafísica que revelaría finalmente ser México, tal y como los aztecas vinieron de Aztlán. No, nada de fijezas, sino que ocurren actos diversos de producción y reproducción del mito como para que éste prevalezca por décadas y centurias, aparentando así eterna fijeza y condena destinal. Y uno como estado de gracia.

5.1. Hemos visto que la actuación de Santa Anna en los acontecimientos produce no solo una apariencia equívoca de la escena histórica (cfr. capítulos 1 a 3 de la parte III) sino asimismo reproduce héroes desesperados, siendo el héroe desesperado uno de los componentes de su personalidad y de su mito. Pues, como héroe desesperado, mueve a compasión cristiana y ésta encubre fondos verdaderos de corrupción y traición en los que realmente chapoteó Santa Anna. Así pues, el método elemental de reproducción del mito Santa Anna en lo que tiene de positivo deriva de la actuación misma de Santa Anna en condiciones de escasez material determinada en las que él se desarrolló como exceso y se retuvo mezquinamente en tanto personaje, en lugar de responder a las necesidades de economía, previsión, cálculo, orden y solidaridad, cooperación y acuerdo en las acciones con los otros que la situación escasa (militar, política o económica) requería para no hundirse en la derrota (todo ello sin implicar traición).

5.2. Otro factor de reproducción del “mito Santa Anna” lo constituye la psicología social de su época y de la posterior, hasta llegar a la actualidad. Psicología social de escasez, escisión social y sometimiento, que requiere para consolarse de equivalen-

<sup>5</sup> Cuyas “fuentes secretas” según Emmanuel Carballo fueron los escritos de Rubén Salazar Mallén sobre la Malinche y el malinchismo mexicano (1942). Cfr. “El complejo de la Malinche”, en *Sábado*, suplemento del periódico *Unomásuno*, número 722, México, 3 de agosto de 1991.



tes generales salvadores. Este factor no acepta fácilmente que sus héroes caigan, aunque llegue a aceptarlo, por donde reproduce la imagen de Santa Anna por sí misma y la reactualiza a través de los siguientes caudillos si no hay algún factor externo que la niegue o critique a fondo.

5.3. Es aquí donde encontramos el tercer factor de reproducción histórica del “mito Santa Anna”. De reproducción ampliada y aun de desarrollo del mito, por cierto. Este factor posibilita que el mito de Santa Anna se reproduzca y crezca precisamente cuando Santa Anna pisotea su mito positivo al actuar como dictador, etcétera.

La paradoja se resuelve si observamos no que México es masoquista sino que los posteriores dictadores se encargaron de afianzar la complicidad con Santa Anna, sobre todo, cuanto más alejados se hallaran temporalmente del Santa Anna histórico. Y es que muy cerca resaltan las notas específicas de su actuación, mientras que a la distancia lo que resalta es su generalidad, esto es, su ser mexicano, soldado y presidente y aún dictador; es decir, lo que lo iguala a sus homónimos posteriores y exige complicidad de ellos para afianzar su dominación sobre el pueblo.

Un factor histórico así milita contra la psicología social nacional cuando ésta podría zafarse del mito si lo ve criticado fundadamente. La complicidad histórica del PRI y de sus gobernantes —y aun de la mayoría de presidentes y dictadores anteriores al PRI—, esta complicidad histórica solidaria del desarrollo capitalista mexicano traba la reacción popular contra el villano o el traidor. Así que un acto institucional mundano y reiterado, arraigado en intereses mezquinos, económicos, políticos y culturales privados o de camarilla es lo que mantiene en presunto estado de gracia al pueblo mexicano chingado frente a sus chingones. Chingones que cuanto más de mierda sean son más chingones ante ese tanto más chingado pueblo que los soporta y está condenado a no quitárselos de encima. El fetichismo de Estado traba la posibilidad de que el fetiche Santa Anna deje de funcionar, en la misma medida en que este refuerza al fetichismo del Estado.

El laberinto espiral de la reproducción de un mito histórico está propiciado, en realidad, por condiciones materiales antagónicas y opresivas. Nada hay de sagrado, secreto o recóndito en ello, aunque así lo crea el mito que quiera figurarse al respecto de esa misma espiral en vista de regodearse con esa creencia en una actitud que repudia a la chingada a la vez que la goza.

En realidad Santa Anna es un hombre corrupto y corruptor, siendo que su ego se inflama en íntima vinculación con un objeto magmático en el que se imbrican el dinero, el poder y la gloria siempre con características exclusivistas y sometientes respecto de otras personas. Objeto magmático presidido por el dinero y su fetichismo, que compra a Santa Anna y éste a su vez a una pléyade de arribistas que lo siguen y en quienes se reproduce la necesidad de la existencia de un Santa Anna una y otra vez, según supo verlo Carlos Pereyra:



## 6. HOMBRE DE “UNIVERSAL CORRUPCIÓN”

El brigadier veracruzano [Santa Anna] jamás pudo levantarse á las cimas luminosas del heroísmo razonador de Mier y Terán, ni sentir el fuego del patriotismo de Guerrero, elemental como el instinto y puro como sus enhiestas montañas. En éste había demasiada honradez campesina para contentar los apetitos de la *baja democracia*, y el primero no podía, en su alta dignidad de pensador solitario, consentir que se le hablase de privilegios condenados por la razón humana.<sup>6</sup>

Carlos Pereyra, ese gran historiador mexicano de vuelta de siglo, revela el estilo de liderazgo de Santa Anna sobre la base de explorar críticamente las apariencias del escenario histórico y el aspecto que Santa Anna mismo muestra; esto es, denuncia la cosificación de la realidad en la que emerge Santa Anna y a la cual manipula.

El siguiente párrafo de Carlos Pereyra puede apoyar la tesis (del capítulo 1, parte II del presente libro) acerca del acompasamiento del estilo de liderazgo de Santa Anna con su época, cómo es que la “fuerza de las cosas” reforzaba la influencia de Santa Anna en la gente.

Sin embargo, su carrera singular no se explica solo por la fuerza del cinismo que lo empujaba y de la irremediable incapacidad militar y política que lo hundía después de la embriaguez del éxito. Había en él algo más —su instinto, el infalible presentimiento de la próxima borrasca. Mientras no se gastó, mientras los partidos no se concretaron en masas de intereses consolidados por una fe. Santa-Anna fué siempre el heraldo de la agitación rugiente y triunfadora. Él fué quien anunció la República, y no sabía lo que era República; él fue quién habló por primera vez de Federación —anhelo entonces de los liberales y opinión incoercible de su grupo— y no sabía Santa Anna lo que era Federación; él fue quien dió el primer rugido de la tempestad que reventó en la Acordada; él fue quien elevó el grito supremo de salvación cuando amagaba en 1829 la empresa reconquistadora.<sup>7</sup>

Por más que la realidad así entretejida con los rasgos de un individuo se muestre misteriosa, osificada e impenetrable, Carlos Pereyra sabe rescatar la esencia que la explica:

Todas las fuerzas elementales, que han pugnado en nuestra historia, tuvieron en los actos de Santa-Anna, su anuncio precursor. Esto se explica; no es una mera fantasía literaria. Todo anhelo, todo apetito, en una sociedad desquiciada se hace facción, y la facción necesita un hombre depravado y activo. Ese hombre era Santa-Anna, y lo era siempre, porque

<sup>6</sup> Carlos Pereyra, *De Barradas á Baudín*, Tipografía Económica, México, 1904, pp. 46-47. El libro comenta críticamente *Las grandes mentiras de nuestra historia*, obra de Francisco Bulnes; intelectual porfirista reaccionario, pasando a poner las cosas en su lugar al especificar las críticas a Santa Anna, podándolas de exageraciones. A través de confrontar, por ejemplo, a Bulnes con Rivera Cambas y con Suárez Navarro, santanistas que más arriba hemos citado.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 46-47.





en treinta años nadie le superó en sensibilidad para conocer y en actividad para seguir la corriente tumultuosa del día. Era el barómetro de las agitaciones nacionales. Después de cada naufragio, cuando parecía zozobrar irremisiblemente, se alzaba de nuevo para ser el deseado, el salvador de los pueblos.<sup>8</sup>

Era un tiempo (1821 a 1838) en que “aún no se integraban los partidos si bien las tendencias se habían marcado ya”.<sup>9</sup>

En aquellos tiempos, sombríos y malditos, había un hombre capaz de representar á la vez, por la universalidad de su corrupción, las demasías de la alta soldadesca, las reivindicaciones del episcopado sin orientación y la falsificación insolente de las aspiraciones populares: Santa-Anna.<sup>10</sup>

#### 7. DOS LIBROS FAVORABLES A SANTA ANNA Y A ESTADOS UNIDOS

El libro *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos*<sup>11</sup> tiene por objeto —a decir de la compiladora María Esther Schumacher—

desentrañar los mitos que se cultivan tanto en Estados Unidos como en México acerca del otro. [Discutir conjuntamente las] visiones del otro que, en la mayoría de los casos, son el resultado de interpretaciones equívocas, [buscando] una mejor comprensión y [...] un mayor acercamiento. [...] Se trata [—“para el mejor entendimiento entre los dos países”—] de precisar, dilucidar o francamente hacer a un lado, mitos que se encuentran en los libros, en la prensa y en la tradición popular de ambas sociedades.<sup>12</sup>

Ahora bien, no se crea que dentro de las palabras “precisar, dilucidar o desentrañar” se incluye necesariamente el analizar y criticar los mitos aludidos, pues, de preferencia, puede optarse simplemente por señalar algo como mito y pasar sin análisis previo a “hacerlo a un lado”, esto es, a proscribirlo, si es que constituye un obstáculo para las relaciones bilaterales entre ambos estados; y subrayo lo de “estados” pues no se trata en esencia de las sociedades civiles de ambos países. Este es el caso del “mito Santa Anna”, pues el libro lo aborda del modo más equívoco posible por seguir el procedimiento expurgatorio referido (y, por ende, creador o consolidador de mitos).

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 47.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 46.

<sup>10</sup> *Idem.*

<sup>11</sup> Véase la bibliografía, al final del presente volumen.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 7-8.



Según postulan Jesús Velasco Márquez y Thomas Benjamin en su ensayo “La guerra entre México y Estados Unidos, 1846-1848”<sup>13</sup> —los ensayos que componen el libro fueron escritos por investigadores de ambos países— se “inició el arraigado mito de que a él [Santa Anna] se debió la pérdida del territorio” en esa guerra del ‘47.<sup>14</sup>

¿Quién lo inició? Respuesta: Carlos María de Bustamante en su *El Nuevo Bernal Díaz del Castillo*,<sup>15</sup> “el primero [—no se le da el título de historiador—] en publicar una obra sobre la guerra, aún antes de que ésta terminara”.<sup>16</sup> Esta obra “es constante en su denuncia al ejército y al partido de los ‘puros’ y, sobre todo, al general Santa Anna. A este último lo condenó en forma sistemática, inclusive lo acusó de ser parte de una conspiración para favorecer los intereses estadounidenses”.<sup>17</sup>

Más adelante, Velasco y Benjamin ofrecen “Ideas para un nuevo enfoque”, donde aluden al envío de John Slidell MacKenzie a México, por mandato del presidente Polk, como ministro plenipotenciario,<sup>18</sup> y aluden a la batalla de la Angostura sin que sepamos si Santa Anna estuvo en esa u otras batallas. Y también se dice que después de derrocado el gobierno de Mariano Paredes, “Antonio López de Santa Anna había regresado [¿de dónde?], y aunque aparentemente había recobrado su popularidad, existen dudas sobre su verdadero compromiso nacional, inclusive se hablaba de una cierta conspiración [¿en la que participó Santa Anna?] para entregar el territorio a los enemigos”.<sup>19</sup> Pero los autores nada dicen de que John Slidell MacKenzie fue enviado a La Habana a platicar con Santa Anna, esto es, para concertar esa “cierta conspiración”, ni que Santa Anna mandó previamente una carta a Polk prometiéndola, ni que Slidell MacKenzie reportó por escrito a su presidente los términos del trato. Así que no solo “se hablaba de una cierta conspiración”.

El ensayo de Velasco y Benjamin revisa la historiografía mexicana y de Estados Unidos sobre el tema de manera lúcida en general, con la excepción referida sobre Carlos María de Bustamante y el “mito Santa Anna”, y la de Manuel Balbontin (pp. 106-107), justipreciado por su “aportación significativa para la historia militar de la guerra desde la perspectiva mexicana”,<sup>20</sup> pero sin señalar que precisamente por denunciar puntualmente la entrega de la batalla de la Angostura por parte de Santa Anna a Taylor.

El presunto “mito Santa Anna” no es analizado sino que Carlos María de Bustamante es descalificado por confuso y ensarzado en las pugnas políticas del

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 99-154.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>15</sup> *Op. cit.*

<sup>16</sup> María Esther Schumacher (comp.), *op. cit.*, p. 103.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 144.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 147.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 107.



momento, y como forjador del mito. Sí, de eso que ya sabemos que es un mito y que hay que borrar, sin que primero tuviéramos que probar que lo es.

Este presunto mito no es de entrada uno que México forje contra Estados Unidos o uno que Estados Unidos forje contra México, así que no pareciera obstaculizar las relaciones bilaterales. Es uno que los mexicanos forjaron sobre un mexicano, Antonio López de Santa Anna. ¿Por qué entonces tanto interés de expurgarlo tan sumariamente?

Quizá porque el modo en que Santa Anna traicionó a México no fue vendiendo territorio sino entregando las batallas al ejército estadounidense, llevando al matadero a los soldados mexicanos y eso mancha de sangre y lodo la “gloriosa conquista”, o siquiera la limpia extirpación quirúrgica que en aras del progreso llevó Estados Unidos a costa de México. Esto es, Santa Anna es un furúnculo, un cáncer en la actuación yanqui, no un mito de los mexicanos respecto de Estados Unidos. Por eso hay que proponerlo como mito y sin analizarlo pasar a extirparlo y proscribirlo. Extirpación que redunde en reproducir el mito.

El libro se publica en 1994 con base en materiales presentados en una reunión bilateral —llevada a cabo en 1992— de “expectativas de alto nivel”<sup>21</sup> entre ambos países, y es coedición del Fondo de Cultura Económica con la Secretaría de Relaciones Exteriores de México (como para quedar bien con nuestro buen vecino, se dirá).

Otro libro se subtitula “Un ensayo histórico, 1776-1993” y se titula *México frente a Estados Unidos*, fue escrito por Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer (1ª edición en 1982 y 1ª reimpresión, corregida y aumentada, en 1995).<sup>22</sup> Puede decirse que participa del mismo horizonte que *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos*, pues a decir de Velasco y Benjamin: “a partir de la década de 1980 ha surgido un singular interés, tanto en México como en Estados Unidos, por estudiar los diversos aspectos que forman parte de las relaciones entre ambos países”.<sup>23</sup>

No es ocioso decir que en 1981 se instauró en Estados Unidos la *reaganomics* y pronto se extendió la política económica neoliberal también a México. Más aún, la contraportada de *México frente a Estados Unidos* deplora las malas relaciones entre México y Estados Unidos en el pasado pero saluda un “nuevo ciclo histórico” entre ambas naciones; se sobreentiende que fraternal. “En el presente, a pesar de problemas migratorios y de narcotráfico, las aristas que enturbiaron las relaciones parecen haberse limado ante el cambio dramático de la política económica mexicana, que ha concluido con la firma de un Tratado de Libre Comercio en 1993, principio de un nuevo ciclo histórico en la compleja relación entre México y su vecino del norte.”

Y, ¿qué dice de Santa Anna aquí Josefina Zoraida Vázquez, encargada de abordar ese período? Pues que “Santa Anna se batía en la Angostura [mientras] Scott

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>22</sup> Publicado por Fondo de Cultura Económica.

<sup>23</sup> María Esther Schumacher (comp.), *op. cit.*, p. 129.



preparaba la ocupación de Veracruz, [...] y los moderados, que detestaban a Farías, con cierto patrocinio clerical, se pronunciaban contra el gobierno, al tiempo que Santa Anna [...]”.<sup>24</sup> Josefina Zoraida Vázquez pudo haber rubricado su referencia a Santa Anna con un veraz *Santa Anna dixit*.

También dice Josefina Zoraida Vázquez: “Muy a su estilo, Santa Anna simuló aceptar” las negociaciones que —“con el fin de ahorrar el costo material y político que implicaba”— Slidell MacKenzie le propuso en La Habana.<sup>25</sup> Pero, “por su conducta posterior [Santa Anna] no parece haber sido traidor”.<sup>26</sup> Afortunadamente nada se dice de su conducta posterior, más que se batía en La Angostura.

Se trata, pues, de cubrirle la espalda a Estados Unidos y eso pasa por cubrirse a Santa Anna; lo que se puede hacer casi simultáneamente en dos párrafos. Así, la historiografía mexicana oficial entró a partir de 1980 a formar parte de la política económica neoliberal impuesta al país por el BID y el FMI, y aun como cláusula implicada en el TLC o NAFTA.

Llegados al comercio “libre” entre estos dos países vemos involucrarse no solo a la economía sino a la psicología social, la política y la cultura y surgir de la mano del fetichismo de la mercancía, y el del dinero, el del Estado, sí, todos de la mano con el fetichismo de Santa Anna.

Pero aún podemos sorprendernos —más allá del segundo libro aquí comentado— de que Josefina Zoraida Vázquez, en su ensayo “Santa Anna y el reconocimiento de Texas”,<sup>27</sup> no solo asuma el *dictum* santánnico como propio, sino el de los historiadores estadounidenses que justifican el inicio de la guerra del ‘47 diciendo que México la provocó con su negativa a la anexión de Texas a los Estados Unidos. Citemos la forma en que esta autora defiende, como de pasada, las provocaciones estadounidenses para llegar a la guerra, con Polk en primera fila,<sup>28</sup> señalando a las gestiones mexicanas como provocadoras inconscientes de esa guerra.

La proposición texana del 29 de marzo de 1845 solicitaba el reconocimiento, bajo el compromiso de no anexarse a ningún país y de someter a arbitrajes los desacuerdos. La contestación mexicana, fechada el 19 de mayo, simplemente aceptaba el inicio de las negociaciones, sentando las bases para su prosecución. Ésta llegó a Texas más o menos al mismo tiempo que la oferta de “agregación” a los Estados Unidos, por lo que fue rechazada por el senado texano el 21 de junio, evento que hizo inevitable la guerra con Estados Unidos.<sup>29</sup>

Josefina Zoraida Vázquez sugiere que Santa Anna ya se había convencido en 1844, poco antes de dejar la presidencia y el país —repudiado por corrupto y despó-

<sup>24</sup> Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, *op. cit.*, p. 58.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 57.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>27</sup> Publicado en *Historia Mexicana*, número 143, pp. 553 a 562.

<sup>28</sup> *Cfr.* Glenn Price, *Orígenes de la guerra con México*.

<sup>29</sup> Josefina Zoraida Vázquez, “Santa Anna y el reconocimiento de Texas”, p. 555.



tico—, de ceder Texas y así evitar la guerra con Estados Unidos. Lo había convencido Charles Bankhead, ministro británico en México. Pero Santa Anna fue derrocado por el levantamiento del general Paredes. “Las bases orgánicas”, reglamento en el que se basó el gobierno de Paredes, prohibían ceder o vender territorio nacional, por lo que el reconocimiento de la independencia tejana quedó indeciso. Josefina Zoraida Vázquez publica y traduce los dos despachos de Bankhead en donde vemos cómo Santa Anna queda convencido (México, 29 de noviembre de 1844). Sin embargo, Charles Bankhead, en su segundo despacho (29 de enero de 1845), ya derrocado Santa Anna, dice que: “El señor Cuevas tiene razón en suponer que el solo reconocimiento mexicano de Texas de ninguna manera detendría a los designios de Estados Unidos sobre ese país sino que, para tener validez la declaración, debe asegurarse estar sostenida y con el apoyo de Inglaterra y Francia”.<sup>30</sup>



<sup>30</sup> Citado por Josefina Zoraida Vázquez en *ibid.*, p. 561. Luis Gonzaga Cuevas fue ministro de Relaciones Exteriores de diciembre de 1844 a agosto de 1845.







## CAPÍTULO 5

### LAS “PULSIONES PARCIALES” DEL MUNDO SANTÁNNICO (¿SATÁNICO?)

#### 1. EL MUNDO DE LOS CAUDILLOS SINCOPADOS

Cada caudillo es un equivalente general social y político que emerge, un fetiche particular con pretensiones de dominar todo el cosmos de la psique social mexicana según que todos los bienes parecen emanar de sus manos, aunque, a la vez, parece imposible criticar cualquier injusticia si se asocia a la actuación del caudillo. Su carisma sugiere los singulares rasgos objetivos del caudillo con un poder mágico creador/destructor y todas las relaciones sociales aparecen como relaciones entre cosas que el caudillo mueve a su antojo, mientras que sus intereses cósmico-personales y por allí todas las cosas, toda la riqueza por él poseída o ambicionada aparece como lo auténticamente social y humano, pues todo debe someterse, todo individuo es prescindible frente al apetito del dictador. La riqueza del caudillo debe prevalecer, todo su poder y toda su gloria son identificados con los de la Patria, por lo que se justifica que todo interés particular se someta a él. Cada caudillo es un fetiche y cada posesión particular del caudillo, otro.

Santa Anna desembarcó en Veracruz [procedente de La Habana] en agosto de 1846, mes de la toma de posesión de José Mariano Salas como encargado del poder ejecutivo. Antes, entre mayo y junio, en Guadalajara y Veracruz, Yáñez y Pérez se habían pronunciado contra Paredes Arrillaga, acusado de maquinarse en favor de un príncipe extranjero. Al salir de Palacio a combatirlos dejó a Nicolás Bravo. El 4 de agosto, en la capital, se levantó el comandante José Mariano Salas secundando un plan más, el de Jalisco, para convocar nuevo constituyente y nombrar a Santa Anna jefe de la revolución. Como Paredes Arrillaga estaba aún en la ciudad la abandonó precipitadamente mientras el presidente Salas acordaba su destierro.<sup>1</sup>

De modo análogo a la llegada de Alicia al País de las Maravillas, Santa Anna regresaba al mundo de la emergencia sincopada y múltiple de los caudillos como otro más. Un mundo análogo al modo de producción asiático descrito por Marx, con

<sup>1</sup> Horacio Labastida, “Estudio preliminar” en Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo*, p. XXXIII.



revoluciones palaciegas, tormentas en el cielo y estatismo en la base, la cual sufre, eso sí, todos los sometimientos y las cambiantes manos que se encargan de ella.<sup>2</sup> Un mundo abismalmente escindido en cielo y tierra, como correlato de la fragmentación y heterogeneidad geográfica disuelta en una extensión gigantesca, factores que, por compensación, promueven la reconcentración del poder formal, extrañado de cada base particular en vista de cohesionar a todas o por lo menos intentarlo.

En efecto, la polarización de regiones e intereses debe ser mediatizada por la fuerza del caudillo. Pero su logro es efímero dada la heterogeneidad extrema de los intereses que cohesionan, así que es derrocado o su fuerza se agota o es insuficiente y pasa a ser sustituido por un nuevo caudillo emergente y fetichizado, primero por sus promotores y sus seguidores, luego por todos. Así, el que Santa Anna no se atara a ninguna convicción principista le permitió jugar como caudillo representativo ora de una facción, ora de otra; múltiplemente fetichizado, ora por afecto, ora por odio.

## 2. CORRUPCIÓN, IMPUNIDAD, DINERO Y PROSTITUCIÓN EN LA BABILONIA MEXICANA

En este mundo de caudillos mezquinos —por particularistas y donde Santa Anna no pudo devenir universal sino que resumió en sí múltiples mezquindades— prevalecen los apetitos egoístas y las transgresiones de la ley; es el mundo de la corrupción generalizada y la impunidad (en tanto no son sustituidos por el siguiente caudillo). La última reflexión de Carlos María de Bustamente a propósito de la traición de Santa Anna perpetrada en Cerro Gordo, Veracruz, es por demás interesante a este respecto:

En México no hay ya más que corrupción, y de allí se trasmite á los demás Estados, por conductores magnéticos, que son los malos militares y los malos empleados del gobierno; los que Veracruz ha llamado hombres de la revolución, del robo y de las traiciones. ¡Veracruz! ¡piensa en ti! ¡nadie pelea como tú! ¡nadie da como tú! ¡nadie se sacrifica ni sufre como tú, y á nadie se ultraja como á ti!

[Y añade en nota a pie de página:] Esta es una descripción demasiado dura, pero en su mayor parte justa y exacta. Desde el año de 1824, al establecerse la federación, no faltaron

<sup>2</sup> Cfr. Jorge Veraza Urtuzuástegui, *Perfil del traidor*, parte I, sección tercera, capítulo XVI, “El mundo despótico-oriental del México independiente (1821-1856)”. Cabe aquí aludir por cercana a nuestra idea, a la manera en que Fernando Díaz y Díaz (*op. cit.*) arraiga “la aparición histórica de caudillos y caciques en América”. En primer lugar “en el individualismo hispánico que caracteriza a la época de la conquista”; así como “en la supervivencia de los cacicazgos indígenas”; además, sobre todo, en la contribución de las guerras de independencia “contra `la madre patria´ “. “Se llegó incluso a comparar a los jefes militares [independentistas] con los dioses del Olimpo clásico.” (p. 5). Y añade, citando a Françoise Chevalier, “ante el vacío de poder que dejó la desaparición del Estado español, los hombres conservaron la autoridad” que por suerte obtuvieron y aplicaron azarosamente. A lo que contribuyó también —añade— “la falta de instituciones bien arraigadas, el carácter rural de la mayoría de las provincias, el aislamiento, etc.” (*idem.*).



departamentos que llamaron á México la *prostituida* Babilonia, y la esperiencia posteriormente confirmó este concepto.<sup>3</sup>

El poder político debe concentrarse geográficamente para lograr la administración del heterogéneo paisaje. De esta suerte, en la ciudad de México —Carlos María de Bustamante la llama simplemente México— se fusionan al poder la corrupción y la impunidad, y puesto que la corrupción se efectiviza mediante dinero, México es tenida por la “prostituida Babilonia”.

### 3. DOBLE FUENTE DE LA PERVERSIÓN SEXUAL Y MORAL

El torcimiento moral que la emergencia de cada caudillo particular opera en todos aquellos a los que somete, así como del poder general para ponerlo al servicio de los intereses particulares de su grupo o de su persona, constituye el tono general de las interacciones sociales. El complemento compensatorio de este torcimiento moral es el moralismo religioso y el republicano, ambos redundantes en la moralización sexual.

En este mundo, pues, la perversión sexual y moral no solo emana de la insubordinación ante la moral sexual represiva, sino que debe defenderse de la perversión política, moral y sexual que emana del ejercicio caudillista mezquino, impune y corrupto del poder. No es casual entonces que una obra como la de Carlos María de Bustamante —un estricto republicano y un riguroso cristiano—,<sup>4</sup> donde encontramos afirmados con valentía y sin tacha la democracia, el republicanismo y la independencia nacional, también esté salpicada aquí y allá de resonancias sexuales simbólicas. Expresa así a nivel inconsciente la dualidad de la época anárquica en que surgió.

### 4. UN MUNDO DE REPRESIÓN SEXUAL, DE HORROR Y FASCINACIÓN POR LA BAJEZA

Leamos en esta clave la reflexión final de Carlos María de Bustamante a propósito de la traición de Santa Anna que condujo a la destrucción de Tampico a favor del

<sup>3</sup> Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, tomo II, p. 193.

<sup>4</sup> Lucas Alamán fue su primer biógrafo. Interrumpió la redacción de su *Historia de México*, iniciada el 20 de noviembre de 1848, para escribir sobre Carlos María de Bustamante, su amigo, muerto en septiembre. Publica anónimamente la biografía de quien conocía no solo trayectoria política sino hábitos y ambiente familiar. El cual, hasta para su contemporáneo Alamán, resaltaba un moralista sexual extremo: “En su familia [dice Lucas Alamán] se observaba la regularidad y aun la rigidez, que hacía en aquellos tiempos de cada casa una especie de monasterio, lo que hizo que en su espíritu echásen hondas raíces las ideas religiosas, que nunca desmintió en el curso de su larga vida, y que alguna vez, por su exageración, declinaron en supersticiones, que le atrajeron no poco escarnio y mofa.” Citado por José C. Valadés, *Alamán. Estadista e historiador*, p. 447.



ejército de Estados Unidos (los periódicos estadounidenses de la época “ponderaron las ventajas que les había proporcionado esta providencia de Santa-Anna, hasta decir que importaba tanto como la ganancia de dos batallas”<sup>5</sup>):

A vista de esto he llegado a persuadirme, que los que nos han dado estas noticias en los periódicos de los Estados-Unidos, lo han hecho por un principio de compasión hacia nosotros, cual se tiene a un niño inocente que juguetea con una serpiente ignorando el daño que pueda hacerle y devorarlo, se han compadecido de la credulidad ó necedad y buena fé que hemos tenido creyéndonos de Santa-Anna para que nos entregue en las manos de nuestros enemigos, no para que nos defienda, sino para que nos sojuzguen.<sup>6</sup>

La resonancia simbólica fálica de la serpiente en manos del niño está a flor del texto literalmente leído; sobre todo por el carácter malvado de Santa Anna/serpiente/Satanás (hijo de Satanás lo sugiere Carlos María de Bustamante en otro lugar, en ocasión de asociarlo con Judas Iscariote). El profundo temor a la sexualidad que genera la represión sexual nimba a ésta de un halo fascinante y prohibido que luego retiene también el caudillo. Este fetiche sexual<sup>7</sup> basamenta al fetiche arcaico<sup>8</sup> preburgués que se concentra en la persona del caudillo.

Pero el ciclo del horror a la bajeza —sexualidad incluida— se completa con el horror al sometimiento —ese poner abajo— que el caudillo y su dominio promueven humillante, impunemente, asociándolo también a la sexualidad en general. Si estás con el caudillo estás arriba, si no, estás abajo y serás más humillado y deplorarás la sexualidad por la bajeza del caudillo corrupto que te somete. Pero como la sexualidad te es inherente, te constituye, vivifica y alegra, todo rechazo de ésta y de la bajeza y sometimiento al que se asocia desprende grandes rayos de energía libidinal a favor del caudillo corrupto al que vuelven fascinante, junto con la prostitución, la sexualidad y el oportunismo generalizado.

##### 5. REPRESIÓN SEXUAL Y EMERGENCIA DEL CAUDILLO PARA QUE CONTROLE LA LÍBIDO Y LA SEXUALIDAD PÚBLICAS

Carlos María de Bustamante construye un diálogo ficticio de Santa Anna consigo mismo y con los “puros”, mientras se pasea con Gómez Farías por México, la prostituida Babilonia. Entre otras cosas, Santa Anna se responde a la pregunta de por qué lo llaman a gobernar los “puros”. Se trata de un estudio psicológico tanto de la

<sup>5</sup> Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, p. 130.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 131-132.

<sup>7</sup> *Cfr.* Sigmund Freud, “El fetichismo sexual”, *op. cit.*

<sup>8</sup> *Cfr.* Bolívar Echeverría, “Sobre el fetichismo”, *op. cit.*



conducta de Santa Anna como de los liberales “puros”, así que de nuevo el texto permite reconstruir la simbología sexual, resorte de aquellas conductas. Veamos:

Pareciome que les decía en el fondo de su corazón: “Mirad y contemplad, mexicanos petates, al mismo hombre que en la tarde del 6 de diciembre de 1844 llenásteis de injurias hasta agotar el idioma de ellas; miradlo ahora rodeado de esplendor y de aplausos, y obscurecido con una nube de incienso que quemáis á sus pies, no habiendo hecho para recibirlo otra cosa que pasar á la Habana á jugar gallos y tirar las onzas de oro, sangre vuestra, y de que he disfrutado á placer. Sois unos mentecatos, muebles inútiles, verdaderamente despreciables porque no os sabeis conducir y todas las naciones os desprecian; preciais de políticos y sois unos charlatanes; la echais de filósofos, y os propasais á impíos y superficiales; no teneis un general que os mande y dirija vuestros ejércitos, y los derrotan unos aventureros sin orden ni disciplina, y por eso me llamáis á que os mande; me habeis tendido una red para deprenderme, vosotros miserables yorquinos llamados hoy puros, pero no lo habeis conseguido, antes por el contrario os habeis metido en ella, de la que jamás saldreis. Quisísteis ligarme con juramentos, de que hariais lo que os placiese, para que faltando á ellos pudierais derrocarme del puesto como perjuero; más yo os he dicho: `Vengo como soldado del pueblo y no como gobernante.´ Marcharé al campo, obtendré triunfos que aumentarán mi antiguo prestigio, inspiraré confianza a la nación, y mis bayonetas me elevarán á tal grado de poder, que cubierto de gloria me reiré de vuestros artificios; á todos os sojuzgaré y echaré por tierra vuestros planes. Por ahora me plegaré a las circunstancias, y ese clero y esa religión de que os burlais, protegida por mí, me servirán de firmísimo apoyo.”<sup>9</sup>

### 5.1. Mexicanos culpabilizados

Culpables los “mexicanos petates” por injuriar a Santa Anna y luego por traicionarse a sí mismos volviéndolo a llamar, humillados en su culpa por verlo “rodeado de esplendor”, se viven culpables también ante la mirada de “todas las naciones que los desprecian”. Culpables, reprimen sus pulsiones sexuales por ser prohibidas, algo injuriable, como el fálico Santa Anna, el bajo espejo de las bajas pasiones de los “mexicanos petates”. La energía libidinal reprimida se escinde de los fines sexuales auténticos y se bifurca en una parte baja injuriada y no aceptada y otra alta y sublime que se aleja de la sexualidad y envuelve al caudillo, al que se odia y se teme como a un padre autoritario que para amigarlo se identifica uno con él y lo magnifica, ya que todo lo de él es inalcanzable pero codiciable. Convertido en figura religiosa libidinalmente investida, nimbada “con una nube de incienso que quemais a sus pies”. He aquí el fetiche puesto en pie.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, pp. 94-95.

<sup>10</sup> Cfr. Wilhelm Reich, *El asesinato de Cristo*.



En realidad, los “mexicanos petates” ya amaban a otro dios fetiche, al oro; “sangre vuestra”, dice Carlos María de Bustamante como si él fuera Santa Anna y los despreciara en tanto instrumentos o muebles suyos que en realidad son.<sup>11</sup> Tal y como Cristo es la sangre de los verdaderos seres humanos, estos peles tienen por sangre al oro. Y truecan en éste humanidad y afecto —también capacidad sexual— por poder cósmico de compra. La sexualidad reprimida huye y la persona cree realizarse con el dinero en la mano. Su preferencia no es el otro ser humano sino la cosa.

### 5.2. *El autoritarismo estructural caudillista*

En realidad, los “mexicanos petates” son sexualmente culpables desde antes; la represión sexual los constituye previamente a su contacto retorcido con Santa Anna. Las condiciones de escasez material basamentan el que la sociedad deba reprimir sus impulsos sexuales por necesidad de sobrevivencia. A esta básica represión sexual de las sociedades de escasez, el México de la primera mitad del siglo XIX añadió una represión sexual heredada de la colonia, asentada la religión cristiana para coercionar a los indígenas. En tercer lugar, el México independiente de entonces —donde la enajenación estatal era redoblada en vista de cohesionar tan abigarrado, heterogéneo y extenso territorio; poblaciones, usos, costumbres y modos de vida— instauró un autoritarismo social estructural que aumentó la represión sexual a nivel familiar, a la vez que mediante la corrupción desmoralizaba al pueblo y canalizaba las perversiones individuales y sociales que aquel autoritarismo suscitara.

La culpa ante los propios impulsos sexuales se veía erizada por partida triple en cada individuo y en todos. Y ahí estaban la moral sexual, las reglamentaciones sociales y la opresión política para recordar la amenaza y el castigo a la transgresión. Adicionalmente la múltiple opresión y humillación de unas capas sociales por otras —tanto en términos clasistas como étnicos— genera una desvalorización general de la imagen yoica de cada mexicano en diversa medida.

El resultado de todo ello fue un general sentimiento de incapacidad para autocontrolarse, pues los impulsos sexuales brotaban una y otra vez cuando la persona ya había introyectado la regla moral en su fuero interno. Esta regla era por lo menos triple —según dijimos— y autocontradictoria en cada una de sus capas, así que invitaba a transgredirla una y otra vez, cruzando por cada uno de los resquicios que abría la contradicción de sus tres instancias —represión por escasez, por colonización española, cristianizadora, y por autoritarismo estructural—.

<sup>11</sup> A ojos de Santa Anna él traicionó a sus “muebles”, no a los mexicanos; así que en verdad no traicionó a México, sino que simplemente reubicó el mobiliario para que la sala quedara mejor.



### 5.3. *La exigencia social del caudillo y la necesidad de su aura*

Un sentimiento de incapacidad de autogobernarse provocado por la triple represión sexual/social se veía redoblado por el sentimiento de inhabilidad laboral arraigado en la múltiple opresión social e invalidación étnica. Así que la represión sexual instaurada por la autoridad externa clamaba una y otra vez por que esa misma autoridad externa gobernara a la persona, pues ésta era presa de irrupciones prohibidas y de tendencias transgresivas constantes que la desorganizaban moral y laboralmente.

“Por eso me llamaís a que os mande” —dice Santa Anna en el diálogo ficticio imaginado por Carlos María de Bustamante—. Ciertamente, ante la introyección de la represión sexual, los impulsos sexuales vividos como peligrosos para el cuerpo y para el ego provocan la reacción de exigir una autoridad paterna externa y una autoridad política externa investida paternal/patriarcalmente. Además, a ese que se llama para que nos mande se le cede simbólicamente la energía sexual sobrante de los impulsos sexuales reprimidos para que éstos se realicen sublimadamente en él, como él. Se lo admira y diviniza.<sup>12</sup>

“Me habeis tendido una red para deprenderme” y someterme a las reglamentaciones morales y políticas que tenéis por puras, aunque las conculcáis a cada paso; pero, “por el contrario, os habeis metido” en esa red, pues al cederme el mando, el carisma y el resplandor quedáis bajo mis órdenes y deseo represor, perverso y transgresivo privado. Ésta parece ser la contestación completa de Santa Anna en el diálogo ficticio que sostiene con los “puros” mientras habla consigo mismo.

## 6. AUSENCIA DEL PADRE Y FAMILIA AMPLIADA

La precariedad económica, en efecto, se hace valer no solo para toda la sociedad (en vista de redoblar la necesidad de un gobierno fuerte, con su autoridad externa enajenada) sino en cada familia porque el padre difícilmente puede sostener a la familia o para lograrlo debe trabajar fuera, lejos y en diversos empleos, etcétera, siendo bueno en ninguno. La necesidad psicológica de autoridad externa —también a nivel político— se redobla tanto más porque en las familias mexicanas la figura paterna se halla, en gran medida, más o menos ausente. La madre es gestora fundamental de la familia aunque dependiendo del padre, que llega de vez en cuando desplegando violencia y fanfarronería para validar su posición de autoridad y a la vez para amenazar con un mundo de dolor si es desafiado *in absentia* o le es reprochada en el presente esa ausencia.

De regreso a casa, este pobre pelele se comporta cual caudillo. Esta dramatización no deja de tener utilidad familiar y social para mantener un promedio de cohe-

<sup>12</sup> Cfr. Sigmund Freud, *Psicología de las masas*.



sión perpetuo y un trabajo colectivo familiar, aunque a costa de la dignidad personal de todos y cada uno, incluido no solo el sobajamiento femenino e infantil sino la hinchazón patológica del ego del jefe de la familia. Hinchazón de la que se vuelve dependiente, y que aun exige emberrinchado o hasta gimoteando.

La familia monogámica nuclear no era la regla, ni mucho menos, en el México decimonónico, y no lo fue sino hasta la década de los sesenta del siglo XX. La familia ampliada de tipo patriarcal, pero en donde la mujer debió asumir diversas funciones por ausencia del padre o por tener éste varias familias, ofrece un campo de acción más vasto para el despliegue de la sexualidad que la familia nuclear monogámica. Sus reglamentaciones son más laxas en lo general —aunque brutales en momentos señalados— y el número de integrantes enriquece las interacciones, así como la variedad de relaciones entre parientes relativiza las reglas morales al quedar ambiguo o vago el modo de trato sexual correspondiente a este o aquel pariente. (“A la prima se le arrima” es un dicho popular emanado de la vivencia en el interior de esta trama familiar ampliada.) Por otro lado, la reglamentación moral religiosa recae de modo rígido y obsesivo sobre la movilización libidinal de esta familia ampliada fragmentando la personalidad de los individuos. Estas circunstancias redoblan las tendencias arriba indicadas, según las cuales se fetichiza al caudillo, se lo erige como autoridad externa y se lo necesita realmente.

## 7. DUALIDAD Y GIMOTEO DEL IMPOSTOR CAUDILLO

Ahora bien, una vez que el caudillo se halla en la cumbre, su actuación eficaz redobla su aura y su prestigio; pero aunque su actuación sea ineficaz y aun lesiva, la cesión de la libido que lo fetichiza permite que su aura y su prestigio crezcan coyunturalmente, como para generar un apoyo colectivo más decisivo en vista de que las metas no logradas se alcancen luego, con más esfuerzo de todos.

Y cabe aún que la incapacidad reiterada del líder sea vivida depresivamente por los dirigidos, y éstos, en su incapacidad, lo exijan como salvador ante el abismo cada vez más hondo en el que todos ruedan. Sobre todo si el líder chantajea —como lo hiciera Santa Anna— y gimotea haciendo valer su arrojo y sincero patriotismo, su esfuerzo desinteresado y sobrehumano aunque ineficaz dadas-las-circunstancias. Sí, esas circunstancias escasas y enarenadas que todos conocen y que a todos lastran. “Marcharé al campo, obtendré triunfos que aumentarán mi antiguo prestigio [...]. Por ahora me plegaré a las circunstancias, y ese clero y esa religión de que os burlais, protegidos por mí, me servirán de firmísimo apoyo.”



## 8. LA PIERNA DE SANTA ANNA, DUALMENTE FETICHIZADA

La última vuelta de tuerca del entramado caudillesco fetichizante de la época de Santa Anna es la fetichización no solo de la entera persona del político y militar sino de partes de su cuerpo. Este fue el caso patético, pero también risible, de la fetichización de la pierna que Santa Anna perdió en combate.

La misma pierna fue primero enterrada con honores en el Panteón de Santa Paula (1842) y años después desenterrada en medio de la furia popular. En ambos casos se la simboliza como el héroe o como el villano,<sup>13</sup> se la toma por sujeto, y se prefiere la acción simbólica de ultrajarla en vez de la auténtica de realmente prescindir de modo definitivo de Santa Anna exigiéndole cuentas por sus crímenes, corrupciones y traiciones. Ya por ello se le toma el pulso al sentimiento de humillación pero sobre todo de impotencia que priva en la gente frente a todo y frente al traidor Santa Anna. Horacio Labastida habla atinadamente del “significado de patología social [de] la pierna de Santa Anna y el brazo de Obregón”,<sup>14</sup> caudillo este último de la revolución mexicana de 1910.

Después de su traición en la guerra de Texas (1836) Santa Anna estaba interesado en reivindicar su imagen ante el pueblo.

En 1838 la Francia de Luis Felipe inició la llamada Guerra de los Pasteles con el bloqueo de Veracruz (marzo-octubre), seguido por la frustrada conferencia entre el ministro Luis G. Cuevas y el contralmirante Charles Baudin. El cañoneo que sufriera San Juan de Ulúa decidió a las autoridades a ordenar algo increíble, inusitado: Santa Anna fue nombrado jefe de la defensa y de inmediato comenzaron las mascaradas.<sup>15</sup>

Santa Anna vence a los franceses, pero éstos “dispararon metralla que fracturó la pierna del sin duda aterrado Antonio”. “El cañonazo mutilador” —añade Horacio Labastida— sirvió “para encubrir la traición y restaurar su figura pública”, de suerte que en 1843-1844 logra ocupar de nuevo la presidencia de la República.

En noviembre fue electo y tomó posesión como presidente definitivo el tantas veces mencionado Santa Anna, cuyo gobierno arbitrario, anárquico y monarquista fue repudiado muy pronto. La enorme y descarada corrupción pública sirvió a Paredes Arrillaga para rebelarse en Guadalajara (1º de noviembre de 1844) [...], presionado por todos lados y desconcertado al saber que su estatua del Volador y la pierna enterrada habían sido execradas por multitudes enfurecidas, [Santa Anna] renunció a su investidura y trató de huir, pero fue aprehendido en Xico; en sus baúles se encontraron cartas dirigidas a agencias depositarias

<sup>13</sup> La estatua de Santa Anna erigida en la Plaza del Volador también fue derribada en 1844, habiendo sido erigida muy recientemente en aquel entonces, lo mismo que inaugurado el Teatro Santa Anna.

<sup>14</sup> Horacio Labastida, “Estudio preliminar”, en Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, p. XXX.

<sup>15</sup> *Idem.*



de enorme fortuna para ser colocada en los lugares donde pretendía residir. Encarcelado en Perote y procesado por enriquecimiento ilícito y violencia contra las instituciones, se vio beneficiado por la amnistía general decretada por el gobierno. Se retiró del poder con una conciencia negra no por los abominables pecados que había cometido sino por la tremenda rabia que le causaba el triunfo de Mariano Paredes Arrillaga, conservador y tan monarquista como Anastasio Bustamante.<sup>16</sup>

En 1844, Santa Anna fue desterrado a la Habana, de donde retorna a México en 1846 para actuar a favor de los estadounidenses en el curso de la invasión de éstos a México ni más ni menos que desde su puesto de jefe supremo del Ejército Mexicano.

*8.1. Sagrado, profano y diabólico:  
componentes del “fetiche Santa Anna”*

La pierna de Santa Anna, con su doble presencia, su ambivalencia, ora sagrada, ora diabólica, revela a las claras la doble presencia simbólica del caudillo en la mente de la gente, así como su doble función real: ampliador de las libertades y gestor de la coerción social necesaria para garantizarlas. Esta doble función a su vez se duplica por obra y gracia de la polarización social clasista con el objeto de que el caudillo no sirva meramente al pueblo sino a condición de servir primero a su camarilla y a su propia persona.

Pero en esta duplicación privatizadora los sentidos se invierten, pues ya no rige lo socialmente útil —como en la doble función básica— sino lo excesivo y lujoso que la camarilla y el caudillo se apropian privadamente. A estos excedentes se adhieren cuotas de poder, de libertad y lujuria sobrantes; envidiadas y vistas por todos como malditas, en consecuencia de la represión general necesaria para mantener la producción y el consumo útiles y parsimoniosos del metabolismo social.

Si a propósito de las dos primeras funciones el caudillo es sagrado por ampliar y garantizar la libertad y la sobrevivencia y es profano por restringirse a lo útil, por ende, la coerción necesaria para la sobrevivencia es vivida como un mal necesario, aunque también se la reverencia como función sagrada del lado del dios bueno; por oposición, las dos funciones duplicadas privatizadoras muestran como diabólica la ampliación de libertades propiciada por el caudillo para sí y sus allegados, pero tanto más apetecible para la camarilla y para quienes desde fuera la envidian aunque la censuran. Así que por bien o por mal, por sagrado o por profano, y aun por diabólico (sagrado malo),<sup>17</sup> el caudillo queda aquí investido con un aura y un fetichismo que afianza su arraigo en el sentir popular.

Tantas más veces se dupliquen las funciones duales básicas del caudillo, tantas más veces se fragmentan y privatizan, tanto más crece la corrupción y la impunidad de

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. XXXI.

<sup>17</sup> *Cfr.* Georges Bataille, *El erotismo*.





las acciones excesivas apropiadas privadamente por la camarilla junto a los excedentes económicos<sup>18</sup> y políticos que las soportan o en torno a las cuales giran. Una primera duplicación privatiza el lujo a favor de la camarilla; una segunda duplicación lo hace a favor del caudillo, como individuo. Tanto más feudalizada, particularizada y heterogénea sea la sociedad civil, tanto más se abigarran privilegios e injusticias de particulares en su relación con el gobierno, de suerte que encontramos duplicaciones parciales privatizadoras que aderezan a las dos duplicaciones antedichas.

Por aquí es que lo sagrado y lo diabólico van a ser adscritos también a aspectos parciales del caudillo, como su pierna o su miembro viril, o su pierna como símbolo inconsciente del miembro viril castrado y sacrificado a la patria, pero luego repudiado como cosa soez y maldita, indigna de la patria.

#### 9. FETICHISMO SEXUAL Y “PULSIONES PARCIALES” EN EL “FETICHISMO SANTA ANNA”

Ahora bien, el fetichismo de la pierna de Santa Anna (“el hijo de Satanás”) nos acerca más a la noción freudiana de fetichismo sexual que el fetichismo de su completa persona, más cercano al fetichismo social teorizado por Marx a propósito del fetichismo mercantil y dinerario, desarrollados hasta el del capital social y el del Estado.

En efecto, Freud estudia el fetichismo sexual a propósito de la fetichización de objetos particulares relacionados con la persona amada o en general con el objeto de deseo: brassieres, pantaletas, botas, etcétera, o en referencia a partes de la persona objeto de deseo, como en el caso de los pies de las mujeres en China.<sup>19</sup> Tales objetos o partes de la persona quedan investidos de poder sexual en gracia a que la represión sexual prohíbe el goce directo y pleno de la sexualidad, así que la energía libidinal queda atada a aspectos parciales que, alejados de las zonas erógenas, remiten a ellas metonímicamente o por oposición. Así, por ejemplo, para no ver la vagina se baja la mirada hasta fijarla en los pies; pues bien, éstos remiten, por contraste, a la vagina y quedan por ello investidos de poder sexual —tanto como la mirada queda cargada de culpabilidad— ya que el goce sexual efectivo está prohibido.

Ahora bien, la posibilidad de fragmentar la libido (adscribiéndola fijamente a partes del cuerpo, abandonando al resto del cuerpo o, por oposición, a la sexualidad genital) es condición necesaria del fetichismo sexual

El elemento último al que llega el psicoanálisis en el análisis de la sexualidad son las así llamadas “pulsiones parciales” ejercidas por una fuente oral, anal o unilateralmente genital sin que —o antes de que— estas zonas erógenas parciales queden integradas bajo el dominio de la genitalidad.<sup>20</sup> Esta integración es coinciden-

<sup>18</sup> Cfr. Georges Bataille, *La parte maldita*.

<sup>19</sup> Cfr. Sigmund Freud, “El fetichismo sexual”.

<sup>20</sup> Cfr. Sigmund Freud, *Tres ensayos sobre la sexualidad* (1905).



te con la de la personalidad equilibrada de la persona apta para lograr madurez emocional, de suerte que la presencia de “pulsiones parciales” exaltadas en contraste con la personalidad total revela una inmadurez emocional y una patología personal o —como en el caso que nos ocupa— también social.

Las “pulsiones parciales” no solo se determinan por su fuente o zona erógena (alfa) sino también por su fin (beta), como es la acción de mirar (por ejemplo, los pies) y de apoderamiento, en donde la musculatura y la estructura ósea juegan un papel decisivo. Este es el caso de la investidura de la pierna de Santa Anna.

Según Sigmund Freud,<sup>21</sup> la sexualidad logra organizarse plenamente hasta la pubertad, mientras que la sexualidad infantil se efectúa siempre según “pulsiones parciales”. De esta suerte, Santa Anna revela un desarrollo emocional y sexual magro. Pero él se lo impone a la población a través de la obligación de enterrar con honores la pierna de una persona carente de honor como es él —según lo demostraría *ad nauseam*—; así que no solo infantiliza a la población sino que ésta pasa a enfrentársele y, *pari passu*, moviliza su libido hasta fijarla rencorosamente en “pulsiones parciales” que fetichizan la pierna de Santa Anna como el objeto simbólico que permite humillar a su anterior dueño. Aquí la población promueve ya activamente su propia infantilización y fetichización como mecanismo de defensa.

Las “pulsiones parciales”, dado el desarrollo emocional magro que les corresponde, están fundamentalmente ligadas a actividades autoerógenas y no a un erotismo en el que la persona interactúe integralmente con otra. De suerte que aun interactuando con otro, su cuerpo, sus zonas erógenas, sus miembros o su voluntad e imaginación, etcétera, no entran en la interacción sexual sino a título de instrumentos de una actividad autoerógena del sujeto de referencia.

### 9.1. Santa Anna: un sujeto masturbatorio y dinerario

El carácter autoerógeno, cuasi masturbatorio, del goce de Santa Anna en ocasión de la ceremonia fúnebre de su pierna, teniendo al público como testigo para engordar más el ego del caudillo y su placer autoerógeno, se repite en cada uno de los miembros de la turba que, extática y tumultuosa, desentierra enfurecida la pierna del “Quince uñas”, como fue llamado despectivamente Santa Anna después de quedar mutilado.

“Santa Anna era todo temeridad y atrevimiento; tenía un gusto enorme por la vida”,<sup>22</sup> nos dice Josefina Zoraida Vázquez recomendándonos al dictador. Y describe en línea ascendente diversiones *in crescendo*, hasta el punto en que Santa Anna se divierte a tu costa y te esquilma, así que excede a la vitalidad, pues la contraviene y niega la vida, cuando ya te toma a ti para mofarte.

<sup>21</sup> *Idem.*

<sup>22</sup> Josefina Zoraida Vázquez, “Don Antonio López de Santa Anna. Mito y enigma”, p. 20.



“Las peleas de gallos son su pasión y la frivolidad y los dineros que recogía, aún en las más apuradas situaciones, eran su perdición y la de su partido.”<sup>23</sup>

Lo mejor es la idea final, donde reaparece el dinero obsesivamente en el discurso de Josefina Zoraida Vázquez, reflejando la ocurrencia de éste en la experiencia santánica, pues “el gusto por el dinero era tal que le valió el mote del ‘quince uñas’”.<sup>24</sup>

Lo sorprendente es que la historiadora no se desdice, sino que el gusto por la vida le parece lo mismo que el gusto por el dinero. Por lo que ante tal equívoco *quid pro quo* no debe sorprendernos que Josefina Zoraida Vázquez tome las traiciones de Santa Anna por denuedo, arrojo y turbulencia, o por ese otro exceso de vitalidad más allá de la medida que es la torpeza y la irresponsabilidad. Sí, era muy vital, el muy cabrón.

#### 10. CAPITALISMO Y MUNDO SANTÁNICO

El autoritarismo social integral de la sociedad mexicana decimonónica arraiga en la fragmentación, heterogeneidad, extensión y polarización de las condiciones de vida del desarrollo desigual de la república mexicana. Y el ejercicio de ese autoritarismo reproduce la fragmentación y polarización hasta la pulverización y la perversión corrupta del desarrollo político y social, apuntalado y trabado por la impunidad militar, policíaca y burocrática.

El desarrollo mercantil capitalista no solo rompe barreras en este entramado; también exacerba y agiganta los vicios. De hecho, el capital social no solo se basa en la disolución de este tipo de configuración política y cultural sino también en su afianzamiento. Y la tendencia capitalista a disolver estas configuraciones no ocurre en vista de fundar una sociedad libre sin más sino un nuevo autoritarismo estatal acorde con condiciones económicas homogéneas en cuanto a su índole capitalista, así como acorde con condiciones institucionales normalizadas en referencia a los derechos y obligaciones necesarios para garantizar la explotación de plusvalor a la clase obrera, etcétera.

De tal suerte, las tendencias democrático-republicanas de la sociedad mexicana, en tanto están adheridas a la tendencia del desarrollo capitalista, son ambivalentes en cuanto a su efecto e incidencia. Dicho en general, Santa Anna a veces les conviene, a veces es un obstáculo para ellas. Pero bien observado, dada la específica circunstancia mexicana geopolíticamente considerada —cuya expresión temporal es epocal de entonces a la fecha— la complicidad que guardan los gobiernos mexicanos y la conciencia social —popular y científica— con Santa Anna sale adelante cada vez en medio de su parcial e imperfecto rechazo ante aquél.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>24</sup> *Idem.*



## 11. EL CUERPO SOCIAL FRAGMENTADO DEL SIGLO XIX, MUNDO DE LAS “PULSIONES PARCIALES”

En el cuerpo social fragmentado que es la sociedad mexicana decimonónica emergen diversas “pulsiones parciales”, simbólicas, propias de una psicología social arraigada en múltiples cuerpos individuales escindidos, reprimidos sexualmente, maltratados e infantilizados autoritariamente, humillados colonialistamente, desintegrados laboral y emocionalmente. Este cuerpo sufriente clama una y otra vez por un control emocional, económico, político y cultural externo que lo mande y guíe, así que produce caudillos en almacigo o los madura como plantas de estufa. El cuerpo sufriente es servido y contrapuesto por otros caudillos que a un tiempo lo expresan y lo exceden y a los que el cuerpo sufriente fetichiza.

De tal modo, se clama por Santa Anna como se clama por un monarca europeo en tanto mal menor; por ejemplo, para que las potencias europeas tengan injerencia en México a través de un príncipe —como sería el caso de Maximiliano de Habsburgo en la década de los sesenta del siglo XIX—<sup>25</sup> y al apoyarlo, entonces apoyen a México frente al “Coloso del Norte”, alias Estados Unidos.<sup>26</sup> Esto es, que también a través de funciones parcializadas ese cuerpo social se defiende más o menos eficaz o ineficazmente de otros poderes unilaterales, parciales.

<sup>25</sup> O como el “proyecto de instauración de una Monarquía en México, concebido e iniciado, entre principios de 1845 y finales de 1846, por don Salvador Bermúdez de Castro, a la sazón Ministro Plenipotenciario español en aquel país”. (Jaime Delgado, *La monarquía en México (1845-47)*, p. ix).

<sup>26</sup> El propio Bermúdez de Castro lo plantea inmejorablemente: “Los hombres *más notables* del partido monárquico [...], *ellos deseaban* la intervención de la Europa, como único medio de salvar a la Nación de los Estados Unidos y de la anarquía; no verán otro medio para la triste situación en que se haya. *Yo les manifesté* que esto es sumamente difícil e impensable, y solo les aconsejé que nombrasen al general Brabo, vicepresidente de la República. Paredes sale para tomar el mando de la tropa y el poder quedará en manos de Brabo. Acerca de *este jefe* y de *sus* decididas *opiniones*, he hablado extensamente a V.E. en mi despacho número 177”. “Los hombres más notables del partido monárquico” contaban entre ellos a Paredes, Bravo, Bustamante, Cano, Tornel, Valencia y Almonte. Estando involucrado muy principalmente Lucas Alamán. En el despacho número 177, Bermúdez de Castro dice: “Los dos Generales que *por su rango* y *antecedentes* figuran más en la República, Brabo y Bustamante están conmigo ya: ambos han sido dos veces Presidentes y ambos *tienen reputación de probidad y de valor*. Brabo, de una familia rica del Sur, Caudillo insurgente del año 1811 a 1817, vio fusilados a su hermano, a sus tíos y a su padre *en tiempo que no se daba cuartel a los prisioneros*; al recibir la noticia del suplicio *de este último*, puso en libertad trescientos prisioneros españoles del regimiento de Asturias, temiendo no poder *contener su venganza* si los conservaba en su poder. Este rasgo le ha dado *mucha celebridad: es hombre* de escaso talento pero *honrado y firme*. Ufano estoy de esta conquista, los antecedentes de este hombre dan mucho peso a su conversión. En una larga conferencia me ha asegurado que está *firme é irrevocablemente resuelto* a trabajar por el establecimiento de una Monarquía con un Príncipe Español, *convencido de que* si sigue la República se disuelve este país. En cuanto a Bustamante me ha *manifestado las mismas ideas*, aunque más tímido é irresoluto, cree que aun no está madura la opinión.” Salvador Bermúdez de Castro, despacho número 177, en Jaime Delgado, *ibid.*, p. 195.



### 11.1. Guerrillas y pulsiones parciales como defensa

Es resaltante el mecanismo de defensa espontáneo que surgió del seno del pueblo de México ante la incapacidad del ejército nacional comandado por Santa Anna para defender al territorio y la población nacionales. Las guerrillas antiestadounidenses se revelaron como “pulsiones parciales” que reencontraron la vitalidad del cuerpo en ausencia de una potencia integradora madura, satisfaciente y preservadora de la integridad vital. En los contrastes y paradojas, el caos de la época de anarquía y caudillismo en la que Santa Anna señoreó y traicionó lujosamente a México, afianza su engranaje y cada parte se corresponde con las demás también de ese modo contradictorio y paradójico, sorprendente, patológico, siguiendo la lógica de las pulsiones parciales hipostasiadas en medio de lábiles integraciones bajo un principio superior una y otra vez revocado.

## 12. CORTÉS, CARLOS IV Y LA PIERNA DE SANTA ANNA

El cuerpo social fragmentado del siglo XIX mexicano en tanto mundo de las “pulsiones parciales”, como he querido sugerir, es anterior y transcurre más allá de la pugna simbólica y práctica en torno a la pierna de Santa Anna. Así que puede manifestar sus potencialidades en otras ocasiones. Y ocurrió, según reseña Enrique Krauze:

Alamán ejercía entonces [1821] como uno de los representantes novohispanos que abogaron por la independencia ante las Cortes españolas. De vuelta a México, en 1823, vivió un episodio que lo marcó. El mismo día de septiembre en que se exhumaban los restos de los caudillos de la Independencia para depositarlos en una bóveda de la catedral, el pueblo fue incitado a “violiar el sepulcro de Cortés en el Hospital de Jesús y quemar sus huesos, echando sus cenizas al viento”. Alamán mandó entonces “deshacer en el espacio de una noche el sepulcro”, poniendo en lugar seguro los huesos del conquistador. Con la misma eficacia salvó la estatua ecuestre de Carlos IV, que iba a ser destruida como símbolo de la opresión colonial.<sup>27</sup>

La pierna de Santa Anna —como su estatua, su retrato y su teatro— no es sino una de las cuentas de un collar junto al brazo de Obregón, los huesos de Cortés y la estatua ecuestre de Carlos IV. Como se ve, en torno a estos últimos Alamán se enzarzó en una lucha de símbolos hasta cierto punto inversa a aquella que condujo al desenterramiento de la pierna de Santa Anna. Cuentas de un collar, excrecencias en un mundo escaso y fragmentario, lujos del poder y de la pasión de las masas enfurecidas contra aquél.

<sup>27</sup> Enrique Krauze, *op. cit.*, pp. 146-147.



## 13. SANTA ANNA COMO LUJO DE SU ÉPOCA

El carácter excesivo, lujoso, de Santa Anna para todo México se actualiza en la alternativa de succión y repudio que hacen de su persona los grupos que giran en torno al poder político. Santa Anna, al excederlos, instrumentaliza a esos grupos así como a toda la sociedad. El caudillo exigido socialmente como tercero<sup>28</sup> —juez, testigo y guía— en el arbitraje social, es rechazado fuera de la interacción social como *caput mortum*. Recíprocamente, Santa Anna vive a México como ente cargoso y superabundante, comenzando por su miseria.

En efecto, para él también es una monserga el mosaico abigarrado que es México, así como la corrupción e impunidad que lo parasitan —en buena medida instauradas por el propio Santa Anna—. Así que se quiere deshacer de todo ello —como serpiente que cambia su propia piel— para transformarlo a fin de que le sirva mejor a sus propios fines. Cuando México le resultó superabundante al caudillo, éste lo traicionó a favor del capital social estadounidense y encubrió para sí mismo esta traición racionalizándola doblemente; primero, por creer que México le pertenecía, que era su instrumento y su objeto de uso, su barragana o la estatua que él cincelaba, y, segundo, diciéndose que esa cesión a Estados Unidos era lo mejor para México, para cincelar mejor la efigie de la patria. Porque Santa Anna sí sabe qué es lo mejor para México y sabe cómo hacerlo.

<sup>28</sup> Cfr. Jean Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, capítulo B, “La diada y el tercero”.



## CONCLUSIÓN

### DE LA COYUNTURA ACTUAL COMO OBJETO A LA COYUNTURA ACTUAL EN TANTO SUJETO

Yo no creo que jamás haya habido una guerra más injusta que la que los Estados Unidos le hicieron a México. Me avergüenzo de mi país al recordar aquella invasión. Nunca me he perdonado el haber participado en ella.

Gral. Ulysses S. Grant

Recuperemos todo lo dicho para mirar la realidad nacional en la que se inscribe la publicación de este libro. Ofrezco una imagen de conjunto al modo de un argumento unitario conclusivo de lo que después expondré en siete apartados.

En la coyuntura mundial actual y en particular la de América Latina es posible enfrentar al imperialismo estadounidense con altas posibilidades de éxito (inciso 1). Para ello es decisivo (inciso 2) establecer la relación entre el neoliberalismo —en tanto política económica impuesta por el imperio— y la forma de actuación de Santa Anna durante la invasión de Estados Unidos a México (1846-848) para de esta manera advertir a la conciencia del pueblo de México acerca del peligro real que entraña el neoliberalismo pues éste encubre su función traidora bajo una máscara tecnocrática supuestamente eficaz y ajena a toda ética y mala intención. Pero no solamente es ineficaz y nociva su gestión sino que constituye una flagrante traición a la patria. En México la lucha contra el imperialismo yanqui es necesariamente una lucha contra el neoliberalismo.

Con el objeto de fundamentar científicamente esta denuncia, se hace necesaria (inciso 3) la indagación en torno a la traición de Santa Anna y en torno al fetichismo que la nimba y que cosifica a la conciencia nacional restándole eficacia, desarmándola al momento en que debería enfrentarse a la empresa imperialista. Para cumplir este cometido científico crítico (inciso 4) es necesario superar la perspectiva metodológica —con errores señalados— de la historiografía positivista al uso porque ésta forma parte de lo que podríamos denominar el “bloque histórico de larga duración” de los actos de la burguesía en tanto clase dominante nacional e imperialista y de la justificación de los mismos. Solo esta crítica del fetichismo del Estado y del “fetichismo Santa Anna” es posible diferenciar (inciso 5) las acciones de sujetos históricos precisos (el presidente de la República, la burguesía nacional, la burguesía imperialista estadounidense y el pueblo de México en general y el proletariado



mexicano en particular) lo cual es tanto más necesario por cuanto en la actual coyuntura histórica es posible incidir en contra del imperialismo yanqui y de la burguesía nacional entreguista.

El recorrido teórico que hemos seguido nos posibilita (inciso 6) hacer el balance del estado en que se encuentra la conciencia nacional, sus posibilidades y sus limitaciones para enfrentar al imperialismo y a su dispositivo neoliberal, así como, finalmente (inciso 7), llevar a cabo el análisis de la conciencia nacional antiimperialista en la coyuntura en curso, de cara a las elecciones de 2006, de suerte que observando el clima político emocional que prevalece podemos determinar en qué y cómo se ha fortalecido la conciencia nacional antiimperialista entre 2000 y 2005 y en qué se encuentra débil o enferma, no obstante que la coyuntura histórica y los movimientos sociales que actúan en la misma tengan en general un sentido depurativo y fortalecedor de dicha conciencia, de la organización del pueblo de México y de las acciones efectivas a llevar a cabo contra el imperio y contra el cáncer neoliberal que ha impuesto desde 1981.

#### 1. “CUANDO DESPERTÓ, EL DINOSAURIO TODAVÍA ESTABA ALLÍ”<sup>1</sup>

Aprender de la historia es imprescindible según su paradójica y acre pedagogía, no obstante plena de precisión. La historia como pedagogía<sup>2</sup> es posible —según fuera aspiración del padre de la historiografía, Tucídides<sup>3</sup>— porque la historia no solo nos hace sino que la hacemos (Jean Baptista Vico<sup>4</sup>), es praxis, no nada más es pasado sino presente, pasado que aún pervive y estructura al presente; presente lleno de posibilidades que contiene una deuda no saldada y una gesta que viene de lejos; una memoria presente, un poder que no se conforma sino es superando.

Y bien, Estados Unidos —como el dinosaurio a la mañana siguiente— sigue en pie ante nosotros. El imperialismo estadounidense es una enfermedad crónica que se ha visto agravada con el tiempo, pues siendo una necesidad estructural del capitalismo estadounidense, el ejercicio de la función hegemónica de éste acrecienta la enfermedad y el desarrollo histórico del conjunto la amplifica. El desarrollo del capitalismo mexicano, por su parte, ha sido y sigue siendo tal, que solo en coyunturas señaladas ha logrado revertir su vicio entreguista aparentemente destinal administrado por la mayor parte de los presidentes en turno,<sup>5</sup> con casos descollantes en esta

<sup>1</sup> Sírvanos de título el célebre cuento más breve del mundo, “El dinosaurio”, de Augusto Monterroso.

<sup>2</sup> George Collingwood, *Idea de la historia*.

<sup>3</sup> *Historia de la guerra del Peloponeso*.

<sup>4</sup> *Principios de una ciencia nueva sobre la naturaleza común de las naciones*.

<sup>5</sup> Francisco Martín Moreno, *Las grandes traiciones de México*.





inclinación maldita. La parte maldita y excesiva de los políticos mexicanos<sup>6</sup>. Además, la debilidad del poder ejecutivo que mostrara el Estado mexicano hacia la época de Santa Anna —revertida por los gobiernos de Juárez y Porfirio Díaz, así como por la mayoría de los posteriores a la revolución mexicana (González Pedrero<sup>7</sup>)— se agudiza de nuevo en el siglo XXI como consecuencia de las políticas económicas neoliberales aplicadas en el país desde la presidencia de De la Madrid (1982-1988); la de Salinas de Gortari (1988-1994), la de Zedillo (1994-2000) y la de Fox (2000-2006). Presidencias de proverbial y solapado entreguismo aunque gradualmente más cínico y abierto.

En síntesis, las raíces geopolíticas y de larga duración del entreguismo presidencialista mexicano siguen en pie y consolidadas; pero también las fuerzas vivas nacionales se han fortalecido y el desarrollo de su conciencia sobre el pasado y el presente es la condición para que reviertan lo que parecía destino trágico y satánico del pueblo mexicano y de muchos de sus líderes presidenciales; con excepciones formidables, como la de Lázaro Cárdenas. Excepciones de las que puede aprenderse no solo la decisiva gesta política personal sino las condiciones sociales e históricas que la posibilitaron; entre las cuales se encuentra el hecho de que Estados Unidos tuvo que empeñarse en la segunda guerra mundial en el campo de batalla europeo, así que México —con Cárdenas a la cabeza— pudo zafarse de algunas de las cadenas que lo sofocaban.

Análogamente hoy, después de la crisis general del neoliberalismo (1997) y de los errores garrafales de Bush desde que tomó cargo de la presidencia de Estados Unidos (2000-2004) y luego se reeligió —invasión de Afganistán (2001) y de Irak (2003) de por medio, así como la consiguiente desatención y aflojamiento de la intervención de Estados Unidos en América Latina por estar ocupado en inmiscuirse en la zona de influencia de Europa, de la URSS y de China<sup>8</sup>— se abre en toda América Latina una coyuntura de unidad rebelde contra el imperio estadounidense. Mismo que ya se encuentra confrontado en su prepotencia imbécil desde Europa y Asia.<sup>9</sup>

## 2. NEOLIBERALISMO = SANTA ANNA

Siguiendo la trama histórica de la traición de Santa Anna es posible entender—y es esta otra de mis conclusiones— que los actuales tecnócratas neoliberales no son nuevos liberales sino *neopolkos*.<sup>10</sup> También es entendible que las “compras” de

<sup>6</sup> Georges Bataille, “La noción de gasto” en *La parte maldita*.

<sup>7</sup> González Pedrero, Enrique, *País de un solo hombre: El México de Santa Anna*.

<sup>8</sup> Jorge Veraza, *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos*.

<sup>9</sup> Jorge Veraza, *Lucha por la nación en la globalización*.

<sup>10</sup> Según puntualizó John Saxe-Fernández en la presentación de *El perfil del traidor* en el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM el 27 de septiembre de 2000.



Texas, Tehuantepec, o el Canal de Panamá son coberturas morales del despojo efectivo mediante la guerra. No es que primero venga la transacción económica y después una expresión política sino que tenemos primero la realización de un proyecto político-militar que se consolida con la transacción económica. Así que ésta funge como forma de manifestación pervertida de la política burguesa. Perversión que es la expresión de que “el capital es el límite del capital”<sup>11</sup>, así que éste solo se desarrolla transgrediendo sus reglas económicas, políticas, culturales, y mediante la neutralidad económica oculta la trasgresión de sus propias reglas políticas.

A partir de esta figura —propia de la invasión estadounidense de 1847 y el concomitante despojo de más de la mitad del territorio nacional a México— se ha desarrollado otra en el último cuarto del siglo XX: la privatización neoliberal de las riquezas nacionales, así como de las responsabilidades sociales del Estado. Otra vez la transacción económica es la cobertura moral de un atropello a los derechos políticos de las clases subalternas en un caso y de la nación, en otro. Las privatizaciones neoliberales concentran la forma de la política neoliberal en toda su perversión.

Comparado con las transacciones económicas, en tanto formas de manifestación pervertida de la política burguesa, propias del siglo XIX y de casi todo el siglo XX, el neoliberalismo logró decantar la cobertura moral económica por sí misma sin que ésta se base en un acto militar previo, aunque éste se mantenga como amenaza realizable y aun se la haga efectiva en casos señalados para que en otros la sola amenaza tenga eficacia<sup>12</sup>. En torno al acto económico de cobertura moral de la política capitalista de despojo de las conquistas sociales y de la política imperialista de despojo de la nación mexicana, es decisivo para el imperialismo vincular —como ha hecho— los intereses de la burguesía nacional sometida y aún los de las organizaciones de las clases subalternas, además de llevar a cabo el torcimiento ético y psicológico de los dirigentes sociales de éstas, así como —por supuesto y en primera línea— de los tecnócratas neoliberales que representan a la nación. *Así, se logra que la traición sea sistemática y además por no ser visible el actor de la misma, el traidor no tenga mala conciencia como para que cínicamente repita la traición.*

El imperialismo no ha concluido, ahora no solo es más feroz sino más complejo, en tanto que ha desarrollado nuevas armas para operar y para ocultar su operación. Así que también la conciencia nacional y clasista debe desarrollarse para combatirlo junto con el capitalismo salvaje antisocial del que hoy es expresión la política económica neoliberal.

<sup>11</sup> K. Marx, *El capital*, tomo III, capítulo XV, “Desarrollo de las contradicciones internas de la ley”.

<sup>12</sup> La primera vez que ocurrió un suceso análogo en las relaciones entre México y Estados Unidos fue la venta forzada de La Mesilla que en 1854 —en su onceava y última presidencia de la república— Antonio López de Santa Anna se viera obligado a llevar a cabo a favor de Estados Unidos.



Los tecnócratas neoliberales actuales cuentan para torcer la opinión pública —y por allí la conciencia nacional— con medios de comunicación masivos como la radio, la televisión y los diarios y con un fetichismo mercantil, dinerario y capitalista, además de con un acrecido y complejizado fetichismo de Estado para desorganizar al pueblo y hacer aparecer —según el modelo de Santa Anna— sus traiciones como servicios para el progreso de la nación.

La tesis conclusiva aquí redondeada se argumentará en tres pasos (2.1 a 2.3).

### *2.1 Despotismo santánnico y despotismo neoliberal*

Entre 1847 (Invasión estadounidense/traición de Santa Anna) y 1862 (Invasión francesa/victoria de Juárez) ocurre la destrucción de los restos de despotismo oriental del México independiente; así como crece la atomización capitalista privada. Desde entonces el imperialismo estadounidense y el francés, así como el capitalismo en general —tanto por medios económicos como estatales dentro del país— operan en México la destrucción de la nación (en tanto valor de uso precapitalista) sin que el capital mexicano logre todavía reponer una nación capitalista propiamente dicha con base en el desarrollo del capital industrial como potencia dominante; en cambio, el poder estatal centralizado mexicano reúne la voluntad nacional de todas las clases bajo una ideología liberal burguesa arraigada en el magro desarrollo industrial, comercial y financiero del país y adaptado a ellos. Así que México deviene formalmente en nación capitalista sin que en realidad lo sea; solo que ahora —a diferencia del México anterior a 1847— la nación capitalista formal se basa en la destrucción material, política e ideológica de los restos de asiaticismo y tribalismo en el comportamiento de las clases dominantes.

Contra la opinión prevaleciente acerca de la época de Santa Anna que la observa como de naciente capitalismo en el seno de un feudalismo contextual, Perfil del traidor observa al México independiente como un imperio tribal de corte asiático formalmente recubierto de instituciones políticas burguesas, correlato de un incipiente capitalismo y de formas económicas feudales. Y resalta la paradoja histórica consistente en la familiaridad de este imperio tribal de corte asiático, etcétera, con el capitalismo neoliberal mexicano actual y, sobre todo, la funcionalidad de ambos para con el Imperio Estadounidense. Por supuesto ya la funcionalidad entre las dos épocas mexicanas y su recíproca funcionalidad para con Estados Unidos es una denuncia del neoliberalismo actual, auténtico despotismo traidor a la patria.

### *2.2 Devenir de la hipertrofia del Estado y del presidencialismo*

La hipertrofia del ejecutivo en México bajo la figura presidencialista correlativa con la hipertrofia del Estado —primero bajo la forma de bonapartismo, ante el magro desarro-



llo de la burguesía nacional, y luego, una vez desarrollada ésta como Estado capitalista fuerte, autoritario, que se desliza hacia el fascismo— esta doble hipertrofia está condicionada histórica y estructuralmente por la vigencia del modo de producción asiático en el territorio nacional y por las remanentes formas comunitarias precapitalistas más o menos autoritarias, así como por la peculiar forma de escasez del país.

Pero ambos condicionamientos se articulan en la situación geopolítica mexicana fronteriza con Estados Unidos; cuyos territorios en el hemisferio norte son bisagra entre los dos océanos mundiales, así que con vocación (aunque no destinal) para convertirse en base territorial de la hegemonía mundial capitalista. Por donde el sometimiento de México a Estados Unidos —dada la relativa debilidad de aquél— habría de impulsar como paliativo el desarrollo del Estado burgués en México.

Una vez lograda la hegemonía mundial por Estados Unidos (1945), el desarrollo hipertrofiado del Estado mexicano debía volverse funcional a esa hegemonía. Al modo no solo del incremento de la misma sino como acompasamiento solidario al detalle de esa hipertrofia con los intereses geopolíticos del hegemón, que en nuestro caso es, además, vecino.

Finalmente, la globalización remodeló la forma y el ritmo del desarrollo hipertrófico del Estado y del presidencialismo mexicanos. Junto a la mundialización efectiva del capitalismo industrial, la hegemonía mundial de Estados Unidos se erigió —con la caída de la URSS (1991)— sin rival polar. Sin embargo la economía de Estados Unidos necesitaba compensar el desarrollo pentagonista que le había servido para hundir a la URSS en la competencia armamentista pero deprimió la producción de plusvalor en su propio territorio. Japón y Europa se posicionaron durante los sesenta y setenta del siglo XX como competidores del capitalismo estadounidense cuya capacidad industrial comenzaba a declinar. Estos factores condujeron a la opción neoliberal y, luego, como parte de la misma, a la integración geoeconómica de Canadá y México en condiciones de sometimiento y pérdida de soberanía, así como de transferencia de plusvalor, capital constante (privatizaciones salvajes, etcétera) y capital variable (millones de trabajadores migrantes) hacia Estados Unidos.

Y bien, para gestionar esta formidable transferencia de riqueza se requería una formidable correa de transmisión: el Estado y el presidente mexicanos hipertrofiados, bien acompasados con las necesidades del capital industrial estadounidense, ahora bajo la modalidad de traición a la patria sistemática y pérdida estructural de la soberanía. Ese es el momento de De la Madrid a Fox (1982-2006). En la medida en que son antagónicos respecto al pueblo, el Estado y el Ejecutivo hipertrofiados tienen una posición de debilidad (relativa por carente de legitimidad) y servilismo frente al capital y el Estado estadounidenses.



### 2.3 La incómoda paradoja histórica actual

Mientras las condiciones para una revolución socialista no estén dadas en nuestro país, la cuestión histórica básica consiste en determinar el tipo de explotación y dominio capitalistas a soportar: un capitalismo contra la población —como el neoliberal o como la traición de Santa Anna— o un capitalismo con la población. Camino que coincide con las opciones de la burguesía nacional para garantizar la acumulación de capital lo más gananciosa posible. Esto es, no solo preocupada por obtener las mayores ganancias posibles sino por garantizar las mayores ganancias posibles. Porque esa garantía va de la mano de la legitimación política del Estado capitalista entre la población. Así es evidente que, en general, será un capitalismo con la población y no contra ella el que garantiza una acumulación de capital más eficiente para la burguesía nacional.

No obstante, existen coyunturas —para destacar, la de la aplicación del neoliberalismo— (1982-2006...) en que algún sector de la burguesía ha querido sacar una tajada mayor del pastel y logra dominar el Estado, así que rompe el frente nacional burgués poniendo en peligro la legitimidad de la acumulación de capital a través no meramente de someter sino de atentar no solo contra el resto de la clase burguesa sino contra las libertades y necesidades de la población, hasta entonces mantenidas en un nivel determinado de aceptación por ésta. O como en el caso de la traición de Santa Anna que sirve a la burguesía nacional, pero a la de Estados Unidos, no a la mexicana; aunque en acuerdo a su visión privada creyendo servirla. Pues precisamente el nacionalismo burgués —por privatizado— presenta esta posibilidad estructural de confusión, en la que por favorecer a la clase burguesa nacional se atenta contra la nación.

Así entiendo el caso de la traición sistemática a la patria que los tecnócratas neoliberales mexicanos llevan a cabo ya hace más de dos décadas, sirviendo a la burguesía nacional de Estados Unidos como un todo y solo a un sector de la burguesía mexicana contra el resto de esta clase y sobre todo, contra todo el pueblo de México. Por eso es que hoy solo el nacionalismo proletario puede dar la alternativa, y el nacionalismo burgués debe someterse a éste si es que quiere sacar adelante la acumulación de capital en México a favor de la burguesía mexicana. Paradoja histórica incómoda no solo para la burguesía sino también para el proletariado; pero obligada, dada la vigencia geopolítica del imperialismo estadounidense vecino de nuestro país.

### 3. OBJETO Y ESTRUCTURA DE ESTA OBRA

Toda investigación ocurre siempre *a posteriori*, una vez consumados los hechos que originaron el objeto de estudio; en este caso, 158 años después (1847-2005). México tuvo que enfrentar entonces la primera aventura imperialista de Estados Unidos y mi



objeto de estudio es la estructura resultante de la lucha contra el imperialismo estadounidense durante 158 años; desde la estructura resultante (¿cómo aparece actualmente Santa Anna en la conciencia nacional mexicana?) esa formación geológica de la conciencia nacional, hice la investigación historiográfica, del sentido común y de la cultura política nacionales.

*Perfil del traidor* y el presente libro no son narraciones históricas, aunque las contienen, sino que se teoriza en ellos una diversidad de narraciones históricas para establecer su equivocidad a fin de restablecer la narración histórica. Se trata de una “lectura sintomal” de los *lapsus* del discurso historiográfico en torno a un pecado original político, histórica y geopolíticamente condicionado en la relación México-Estados Unidos.

Estos libros entregan, entonces, una visión geopolítica de la historia a fin de territorializar de modo concreto —tecnología en la base y el territorio mismo como factor activo, tecnológico— el tiempo del acaecer humano y, concretar, lo que las teorías del imperialismo al uso dejan solo en la formalidad abstracta. Pero *geopolítica* también significa observar al sujeto humano en su especificidad social, política, cultural y psicológica, así como su papel en la historia como individuo y la ética involucrada en sus actos.

Cabe hablar en esta conclusión del objeto y la estructura de la obra no solo para posibilitar una relectura de la misma ya advertida de su especificidad discursiva sino, sobre todo, para retener al final los factores pertinentes para su aplicación al presente y para objetos de estudio análogos.

### 3.1 *El gozne secreto del logro imperialista*

La traición de Santa Anna a la patria, hoy. ¿Por qué escoger este objeto de estudio? No por ser el índice de la lucha contra el imperialismo; menos aún porque sea un tema entre otros del ideario nacional, porque no solo es parte de la conciencia nacional sino que desde sí mismo alude a ella, la interpela, y precisamente en dirección a la defensa de la patria y a la guerra en tanto culminación de la vocación imperialista del capitalismo estadounidense. Es decir, ilumina a la conciencia nacional en ese momento activo suyo en el que la emergencia por salvarse la cuestiona íntegramente, así que la comprende en su totalidad y desde la esencia, pues se enfrenta a la muerte.

Esa herida ha dejado honda cicatriz y es ésta el objeto inmediato de nuestra investigación. Una cicatriz y una herida, el temblor ante la muerte y la angustia que suscita la defensa ante la angustia experimentada. La defensa contra el invasor y la defensa contra la angustia ante la muerte. Defensas correlativas pero que bien pueden contradecirse, obstaculizando la segunda a la primera.

Pero hay otra defensa involucrada: la defensa contra la traición a la patria, emblemática en la defensa contra Santa Anna en tanto traidor a la patria. Así como la angustia ante esta posibilidad y la defensa contra esta angustia.



De hecho, en la lucha de los pueblos contra el imperialismo ocurre un fenómeno peculiar. El desarrollo del imperialismo fue durante el siglo XX el correlato y el producto resultante de la lucha de liberación nacional. Pues los pueblos asiáticos y africanos se liberaron del yugo británico, francés, alemán, holandés, italiano, etcétera, para caer en las garras del imperialismo estadounidense<sup>13</sup>. México no vivió esta dialéctica contrastada sino otra de una continuidad aberrante, siempre prisionero del imperialismo yanqui; pero la múltiple experiencia de las luchas de liberación de otros pueblos contra el imperialismo ilumina la escena mexicana aparentemente extraña a aquella lucha, pues la nuestra fue la guerra de independencia respecto del colonialismo español. La cuestión es que la contradicción entre el imperialismo y el pueblo que lucha por liberarse (o por su vida, en el caso de México), se resuelve a favor del imperialismo solo si de por medio ocurre una decisiva traición a la patria. Respecto de la cual, México es ejemplar<sup>14</sup>; así que ilumina por contraste la lucha contra el imperialismo de todos los pueblos en este gozne oscuro, en este gozne secreto que le da el triunfo al imperialismo. Es ejemplar tanto por personificar con Santa Anna la traición a la patria por un presidente y jefe militar, como por intentar superar este hecho desarrollando un sólido nacionalismo estatalista y presidencialista.

El punto decisivo de la elección del objeto teórico es, precisamente, este: que el gozne secreto del triunfo del imperialismo contra los pueblos a los que intenta someter, sí, su arma más decisiva, no es su poderosa y moderna tecnología, desproporcionada frente a la del pueblo a someter, ni su poderosa economía, sus presiones financieras o su diplomacia marrullera y prepotente, como tampoco su cultura racionalista agresiva, belicista, cruel, autojustificatoria, etcétera, donde la ideología del progreso es pieza clave para justificar todo atropello, por bárbaro que sea. Pues todas estas armas no le dan el triunfo frente a la rebeldía de los pueblos a los que intenta someter como lo demuestra —entre otros— el caso de Vietnam, que en 1975 expulsó de su territorio a los últimos soldados estadounidenses; los cuales tuvieron que salir huyendo precipitadamente en helicópteros. Un Vietnam aún más desproporcionadamente pobre y débil respecto de Estados Unidos que lo que estuviera el México de 1847 respecto de Estados Unidos de entonces, pero dirigido por Ho Chi Minh; mientras que la pérdida de México se debió fundamentalmente a la dirigencia de Santa Anna.

Ciertamente una nación cae bajo las garras del imperialismo solo cuando este posee un Caballo de Troya, que desde dentro de la nación a someter, le abre las puertas al ejército o a la penetración económica, política o cultural. Es decir, si

<sup>13</sup> Jorge Veraza Urtuzuástegui, *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos*.

<sup>14</sup> Al respecto recordemos cómo al final de la obra de teatro de John Ford *Lástima que sea una puta* (1633), el carnicero asesino múltiple, Vázquez, es perdonado por el cardenal —el mismo que concluye la obra teatral diciendo de Annabella, asesinada por Soranzo, su marido, de quien es sirviente y cómplice Vázquez, “¿quién no diría: lástima que sea una puta?”, a lo que contesta Vázquez, “Gracias, señor. El triunfo es mío y me congratula que en capacidad de venganza un español haya superado a un italiano. (Sale Vázquez).” Análoga línea pudo haber dicho Santa Anna respecto de su capacidad de traición.



cuenta con un traidor que desde dentro despliegue acciones decisivas y favorables al invasor. Tal y como fue el caso de Santa Anna.

Ahora bien, como éste es el gozne secreto del éxito imperialista, explorar la conciencia nacional para medir su vitalidad o fortaleza relativa depende por supuesto de cómo es que ésta conciencia ubica al enemigo imperialista y de cómo se ubica a sí misma de modo depresivo o entusiasta, fantasioso o realista, etcétera, pero, sobre todo, en el nudo de estos dos factores. Esto es, de cómo la conciencia nacional ubica la traición a la patria y por lo tanto al traidor ¿está advertida o no?, ¿le es importante o esencial o le es indiferente y poco significativo?

### *3.2 De la traición decisiva de la posibilidad histórica destruida*

Podemos recordar aquí algunos eventos decisivos de la guerra de Estados Unidos contra México en los cuales este tema se decanta. Como aquel referente al general Valencia que combatió en Padierna, —una de las heroicas batallas en la defensa de la Ciudad de México— Valencia, a quien Santa Anna primero no mandó refuerzos y luego abandonó; a quien Santa Anna previamente ordenase no presentar combate al invasor en ese punto, por ser supuestamente un improbable punto de ataque, siendo que el general Valencia, al observar el mapa del Valle de México, dedujo que Padierna era el punto estratégico decisivo a defender y así lo hizo, desobedeciendo a Santa Anna no solo por lo dicho sino porque ya lo conocía. Pues en Saltillo éste le ordenó no disparar al enemigo cuando lo tenía a tiro (desde la altura de una barranca y desprevenido). Así que Valencia —que en esa ocasión obedeció— no quiso volver a ser comparsa de Santa Anna de lo que coligió como flagrante traición: dejar pasar al enemigo hacia el interior del territorio nacional. Por eso es que Santa Anna no solo amenazó a Valencia con fusilarlo si no abandonaba la defensa de Padierna, además, después de la derrota —a la que contribuyó decisivamente Santa Anna al no auxiliarlo—, lo mandó perseguir para matarlo a fin de eliminar a un doble testigo de calidad de sus traiciones.<sup>15</sup>

Otro evento es la batalla de La Angostura ganada en la primera jornada por Santa Anna y luego no concluida, dejando que el ejército de Taylor pudiera escapar. Este evento es importante no solo como sugerencia o franco índice de la traición, sino por otro motivo: demuestra que el ejército mexicano estaba en posibilidad de vencer al estadounidense aun contando con rifles y cañones más rudimentarios, con soldados deficientemente instruidos y peor pertrechados, y con una conciencia nacional todavía muy magra. Pues estos son factores que los historiadores arguyen como decisi-

<sup>15</sup> Caso análogo es el del general Nicolás Bravo testigo de la traición santánica como defensor del castillo de Chapultepec a quien tampoco auxilió Santa Anna en el momento decisivo. Y murió el 22 de abril de 1854 en condiciones misteriosas, al parecer envenenado pues su esposa murió el mismo día, esto es, al otro día de haber recibido a Santa Anna en su casa de Chilpancingo, Guerrero.





vos para la derrota mexicana final. Pero esta batalla demuestra lo contrario, porque el triunfo era mexicano. Y si no se consumó fue debido a las órdenes de Santa Anna, el arma secreta y decisiva del ejército invasor.<sup>16</sup> Sí, no solo un arma potente sino la decisiva. Pues las otras no hubieran alcanzado como para someter al pueblo de México, pero ésta quebró una y otra vez desde dentro sus armas, sus estrategias, sus fuerzas y actitud. Una y otra vez, y cada vez que renacían o se acopiaban.

### 3.3 Estructura y enfoque de Perfil del traidor y de El presidencialismo entreguista mexicano...

La estructura de *Perfil del traidor* (tomo I de esta obra) es la siguiente: formula el problema del que toda la obra se ocupa y lo reconoce no solo como un problema teórico o cultural sino como un problema históricamente producido, un problema formulado por la historia misma y que este libro explicita: ¿qué es la nación y cuál es el nacionalismo que puede triunfar por sobre el imperialismo? Formulación que es la otra cara del mismo problema ya aludido, ¿es la traición a la patria el gozne secreto del imperialismo para triunfar sobre un pueblo a someter? Las partes I y II de este libro se ocupan de explorar esta cuestión. Mientras que la parte III y última ofrece la solución. Se trata hoy de la nación proletaria, pues la nación burguesa estatalista ya no está en posibilidad de dar por sí misma una lucha exitosa contra el imperialismo una vez que se ha globalizado el capital industrial y la hegemonía estadounidense. Así que la tarea principal que se abre no es la de crear el Estado fuerte o fortalecer el Estado mexicano —aunque claro que cabe no debilitarlo— sino fortalecer a la sociedad civil politizándola y organizándola con base en el nacionalismo proletario correlato del internacionalismo proletario, un nacionalismo revolucionario en posibilidad de revitalizar el nacionalismo revolucionario burgués y pequeño burgués, etcétera, apto para el logro de una alianza multclasista y pluricultural con las diversas etnias que habitan en México, etcétera. Un nacionalismo revolucionario que pone en primer lugar la calidad de vida y la solidaridad entre los sujetos humanos, así como la acción autónoma y consciente de las masas proletarias y libertarias en general; no el territorio, la riqueza objetiva o las inversiones extranjeras o internas. Por ello no es un nacionalismo estructuralmente pasible de confundirse como para traicionar a la patria, creyendo el traidor que es patriota.

De tal modo, este es un fenómeno epocal (1847-2005) no meramente la opinión de que Santa Anna fue o no traidor a la patria y las argumentaciones ideológicas o científicas al respeco. Un fenómeno epocal arraigado en una situación geopolítica que le confiere larga duración. La impunidad con la que actúan Carlos Salinas de Gortari, Zedillo, Oscar Espinoza, Salinas Pliego, Fox, Diego Fernández o Santiago

<sup>16</sup> Véase la vivida narración de Francisco Martín Moreno al respecto, *México mutilado*, capítulo cuarto, “El robo del siglo”, p. 452.



Creel y por lo general los políticos mexicanos en el poder, es un síntoma entre otros de un fenómeno epocal cuya piedra clave —hasta cierto punto oculta y distante pero eficiente— es la gesta santánica y su mitología.

He aquí un *lapsus* de la conciencia nacional que revela ese fenómeno epocal correlato geopolíticamente determinado de la pasividad y el conformismo del pueblo de México: Santa Anna traidor/no traidor. *Lapsus* de la conciencia nacional que vinculado al mito de los Niños Héroes figuran una Nación Víctima *ad eternum*.

“Si Santa Anna es un traidor clásico, Carlos Salinas de Gortari fue un traidor orgánico” me dijo Daniel Molina<sup>17</sup> cuando presentó *Perfil del traidor* al lado de Carlos Fazio<sup>18</sup> en el Museo de las Intervenciones, el 30 de junio de 2000. Caracterización exacta en la que debo añadir a Zedillo y a Fox.

El “fetichismo Santa Anna” cosifica la conciencia nacional, así que cuaja en conformismo y pasividad destinal la historia de México hasta el punto de abolir el futuro nacional *de facto*. Por eso *Perfil del traidor* investiga el pasado, presente y futuro de la conciencia nacional; abordando primero a la historiografía nacional estatista referente al estadista Santa Anna; después al sentido común, esto es, lo que hoy cree el pueblo acerca del traidor, y, finalmente, el significado del proletariado para la sobrevivencia futura de la nación mexicana, amenazada de muerte por el entreguismo de los tecnócratas neoliberales de De la Madrid a Fox.

Tanto el libro que tiene el lector en las manos como *Perfil del traidor* llevan a cabo lo que podemos llamar un “psicoanálisis de la conciencia nacional” así que rastrea la historia de la patología de ésta, del mismo modo en que la neurosis actual del individuo —en nuestro caso la sistemática traición a la patria operada por los tecnócratas neoliberales y soportada por poco más de dos décadas por el pueblo de México— remite a un trauma de infancia no resuelto, en nuestro caso, la traición a la patria de Santa Anna.

“Santa Anna en la Conciencia Nacional. De la independencia al Neoliberalismo” es el título general de la obra que reúne a *Perfil del traidor* y a *El presidencialismo entreguista mexicano*. Se trata de una indagación en el discurso, una arqueología de la conciencia nacional, una crítica de la ideología que consecuentemente explora, en pasajes decisivos, la realidad que se representa en el discurso analizado. Si hubo una “Ideología Alemana” emblemática de la ideología burguesa en general a nivel filosófico —y aun de la elaboración del discurso socialista, en tanto que no supera todavía el horizonte de la sociedad burguesa—, hete aquí que existe una “Ideología Mexicana” emblemática del discurso nacionalista burgués en general, precisamente porque es un cuerpo ideológico que no es propio de un país central sino de uno

<sup>17</sup> Daniel Molina Álvarez, *Memorias de John Reilly: Batallón de San Patricio*.

<sup>18</sup> Carlos Fazio es autor de *El militarismo en América Latina*, y de *El tercer vínculo: de la teoría del caos a la militarización de México*.



periférico, así que contiene no solo el momento afirmativo de la nación capitalista sino también el momento de negación relativa del propio capitalismo bajo la forma de imperialismo, en particular por la invasión extranjera. Aún más en el caso mexicano se trata de una forja primero a fuego de guerra intenso (1846-1848) y luego horneado a fuego lento —con accesos señalados cada tanto— por más de 150 años. Así que se trata de un pasado presentificado, de una memoria de larga duración, de un presente que por poco que se rasque abre una herida histórica secular. Así que puede hacerse una especie de psicoanálisis del paciente, según puede caracterizarse así la presente obra. O también si se quiere en tanto pasado presentificado, se trata de un mensaje que nos llega de lejos a los mexicanos actuales emitido por mexicanos de mediados del siglo XIX; así que cabe hacer una especie de análisis lingüístico de dicho mensaje en tanto unidad de significado y significante.

Se trata de un mensaje alienado, porque significa lo que se cree de Santa Anna, tal y como aparece más o menos distorsionado en diversos ámbitos culturales, nacionales, esto es, en el significante o los significantes; por lo que la remisión al referente real del mensaje —la traición efectiva operada por Santa Anna en lugar y tiempo precisos— se dirige necesariamente de modo crítico contra el significante y el significado.

De ahí que la parte I de *Perfil del traidor* se titule “Elaboración historiográfica del Significado Santa Anna”. La parte II analiza el significado Santa Anna tal y como aparece, no en la historiografía sino en esa otra esfera de la conciencia nacional que es el sentido común. Mientras que el libro *El presidencialismo entreguista mexicano y el imperialismo* completa el análisis del significado Santa Anna en la historiografía y añade el análisis de Santa Anna ahora a nivel de la cultura política mexicana. Puede verse que he analizado todos los niveles de la conciencia nacional comenzando por el científico historiográfico, el del sentido común y el de la política. Esferas en las que se ofrecen materias mentales con diversa sustancia. Así que son el triple significante en el que se desglosa el significado Santa Anna. Tratándose de un mensaje triple, alienado y contradictorio, que copa omnilateralmente; y ya inmerso en el sentido común, si se le quiere trascender hacia la política envuelve contradictoriamente; y si queremos superar la contradicción hacia un sentido recto científicamente arreglado, nos cierra el paso definitivamente el significado Santa Anna, en su versión más torcida. Por eso hemos comenzado por allí, discutiendo a la historiografía, en vista de lograr encontrar una salida por medio del análisis regresivo del mensaje alienado.

Efectivamente, el significado Santa Anna —según su significante historiográfico— nos conduce a preguntar por el sujeto Santa Anna de carne y hueso, el que se encuentra solapado, sepultado en el significado objetivista Santa Anna-no-tuvo-mayor-influencia-en-los-acontecimientos. Por ello nos obliga a indagar por él en tanto referente real —Santa Anna como sujeto— lo mismo que por su época: el Mundo Despótico Oriental del México independiente.

En forma análoga los contrastes entre la historiografía mexicana, estadounidense y chicana —esto es, los contrastes del propio significante historiográfico— nos



remiten a un significado insospechado y a su referente real: la nación proletaria y el nacionalismo proletario, referente real transfigurado en el nacionalismo burgués según se retrata éste en el mensaje alienado Santa Anna, el cual se nos muestra hasta aquí como un mito.

En segundo lugar, tenemos el análisis del significado Santa Anna en el significante propio del sentido común o como verdad histórica establecida profundamente contradictoria con la verdad historiográfica. Pues el sentido común dice que Santa Anna es un traidor y aquella lo niega. Aquí —en el sentido común— el significante mismo funciona como referente real crítico.

Mientras que en tercer lugar; el análisis del significado Santa Anna en el significante político nos abre a explorar el referente crítico correspondiente: el pueblo, hoy y en la época de Santa Anna, según es malversado en el discurso político que depende de la explotación de dicho significado. Así que en el pueblo encontramos el correlato de lo que emerge hoy como nación proletaria; sí, encontramos al pueblo en tanto referente real y crítico de la historiografía mexicana, estadounidense y chicana.

Una mirada de conjunto sobre el despliegue del mensaje ideológico en cuestión, según lo hemos perseguido a lo largo de sus diversos significantes, nos permite captarlo no solo como mito que viene de lejos y flota nimbando nuestras conciencias sino como un auténtico fetiche amalgamado con la realidad capitalista geopolítica y secular de México, articulado con el fetichismo de la mercancía, con el del capital y el del Estado; un fetichismo total cuya contradicción interna —rastreada puntualmente— empuja a su superación, así que la obra se corona con el capítulo “Nacionalismo y socialismo”,<sup>19</sup> en tanto referente real y crítico actual en el que se recupera el pueblo y la nación proletaria, así como la conciencia nacional.

Ahora bien, como la mirada clínica también se basa en una semiótica de signos codificados, el *Perfil del traidor* y las partes I y II de *El presidencialismo entreguista mexicano* y *el imperialismo* pueden ser asumidos como la exploración de los síntomas de una enfermedad de la conciencia nacional; mientras que la parte III de este mismo libro puede ser asumida como la solución o cura o, más bien, como el diagnóstico integral y la terapia propuesta a ser desplegada en una nueva práctica política socialista tanto clasista como internacionalista y nacionalista.

Por lo que, desde una perspectiva genética, diremos que la enfermedad inició sus síntomas al nivel de la historia real haciendo crisis por vez primera en la guerra del '47, desde allí se trasladó al discurso mítico y se hizo política, pasando luego a conformar al sentido común nacional. Mismo que se desarrolló, después, a nivel literario y artístico, intentando superarse en un discurso historiográfico de intención científica pero que debido al peso del “fetiche Santa Anna” —amalgamado al fetichismo del Estado y al del capital cuya dialéctica conforma una política sincopada en contras-

<sup>19</sup> Primeramente publicado como capítulo de *Lucha por la nación en la globalización*. Solo porque por razones editoriales este libro se publicó primero que el que el lector tiene ante sí.



tes— no logra superar el horizonte alienado del “fetiche Santa Anna” Pero posibilita y aun demanda una crítica del sentido común y de la historiografía y de la política dadas, a fin de rehacer la narración histórica y hacer una nueva política.

En contraste tenemos la

#### 4. HISTORIOGRAFÍA POSITIVISTA

Desde fines del siglo XIX, la historiografía junto con las ciencias sociales —al uso— están dominadas por la perspectiva positivista en diversas versiones —hasta el postestructuralismo actual— y desde fines de los sesenta del siglo XX se han beneficiado con la utilización del materialismo histórico pero en la forma enrevesada y falsa que éste sufrió bajo el cliché stalinista. En realidad el positivismo y el stalinismo son formas de objetivismo sin sujeto que expresan a nivel teórico la ideología burguesa adecuada al predominio tecnológico del capital sobre la fuerza de trabajo, y sobre las dimensiones sociales, políticas, culturales y sexual procreativas, que estructuran la solidaridad del sujeto social en tanto productor de historia<sup>20</sup>. Predominio de las fuerzas productivas técnicas capitalistas sobre las fuerzas productivas procreativas<sup>21</sup> globales del sujeto social que a lo largo de todo el siglo XX se hizo cada vez más urgente para sortear el dominio del capital sobre el trabajo. De ahí la necesidad de restablecer el papel del individuo en la historia; caso del caudillo traidor Santa Anna.

##### 4.1 Necesidad histórica sin posibilidad

La necesidad de la pérdida de la guerra contra Estados Unidos y de la mitad del territorio nacional es un espejismo que se manifiesta *a posteriori* con visos de verdad sobre la base del condicionamiento técnico, económico, social, político y cultural de los países en contienda.<sup>22</sup> Pero esos condicionamientos daban también para otros desenlaces, así que la posibilidad era otra y pudo ser otra la realización.

<sup>20</sup> Estos ámbitos, constitutivos del sujeto, han sido soterrados; por eso los he enlistado.

<sup>21</sup> Propuse este concepto reconstruyéndolo a partir del *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado de Engels* en mi “El materialismo histórico en el *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*”.

<sup>22</sup> De allí el agudo señalamiento de Francisco Martín Moreno en el Prólogo de su *México mutilado* (*op. cit.*): “¿Perdimos la guerra gracias a la inferioridad militar de México? ¡Falso! Fuimos derrotados por una cadena de traiciones sin nombre, tanto por parte de los militares como de los políticos y de la iglesia católica, apostólica y romana, institución, esta última, no solo la más retardataria de la nación mexicana, sino también aliada al invasor, al igual que el propio Santa Anna ¿la Iglesia aliada? ¡Sí, aliada a nuestros enemigos! Porque los jefes militares norteamericanos le habían garantizado a los purpurados no atentar contra sus bienes ni contra el ejercicio del culto, siempre y cuando el clero convenciera a los feligreses mexicanos de las ventajas de la rendición incondicional ante las tropas norteamericanas. ¿Resultado?



Sí hubo otros traidores en la época, pero nadie como Santa Anna. La responsabilidad histórica de la derrota no es de los mexicanos en general sino de Santa Anna en lo personal.<sup>23</sup>

Estas diferencias son las que el objetivismo histórico solapa y confunde, tanto en su versión staliniana como en la positivista y neopositivista el objetivismo histórico es ideología burócrata de los tecnócratas que dan consejos a la burguesía y para ello hacen como que hacen ciencia a fin de no reconocer sus consejos erróneos porque así validan su función y justifican su paga. Su soberbia se acompasa bien, por lo demás, con el antihumanismo clasista de los señores dominantes a los que aconsejan, mismos a quienes ocultan sus errores y a quienes justifican en sus actos explotadores y de crueldad sádica. Así pareciera que el encubrimiento de los errores en el consejo dado al señor fuera interés general también de éste y no solo del mandarín a su servicio. Por allí se establece una amalgama equívoca o connivencia histórica para sesgar el desarrollo científico desde sus métodos de investigación en orden de producir y reproducir errores, ampliamente, porque también la injusticia social debe ser justificada por esa “ciencia”, así que extiende este método para justificar sus propios errores.

#### 4.2 Revisando la historia a favor de Santa Anna

La derecha se dio a la tarea de revisar la historia nacional —Josefina Zoraida Vázquez y Enrique Krauze en primera línea— no solo para refinar las distorsiones históricas operadas por el nacionalismo burgués estatista del PRI keynesiano sino a favor de la nueva vocación neoliberal priísta y, luego, panista-foxista.

De tal manera, el “nos parece que están enseñando a huir a nuestros soldados” vale no solo para el “gran pedagogo” que fuera Santa Anna en 1847 sino también para los tecnócratas neoliberales actuales que arredran no solo al pueblo en general sino a los empresarios burgueses a los que sirven y a los que dan consejo como parte de su servicio.

Sin embargo el caso Santa Anna de traición a la patria y a su propia clase revela que hasta la burguesía nacional puede sacar lecciones de la historia críticamente reconstruida a beneficio del desarrollo de la conciencia nacional y del proletariado mexicano y del campesinado mexicano en particular, no obstante que la propia

Puebla, entre otras ciudades, se rindió sin disparar un solo tiro. Una de las peores vergüenzas la sufrimos cuando un obispo poblano bendijo la odiosa bandera de las barras y las estrellas...” Certero párrafo en el que solo echamos de menos que no se exalte debidamente el carácter decisivo de la traición de Santa Anna por sobre las otras.

<sup>23</sup> Francisco Martín Moreno (*ibid.*) presenta un colorido panorama de los diversos traidores descollando el clero y Santa Anna. Desafortunadamente no especifica la responsabilidad histórica de Santa Anna sino solo su responsabilidad moral como traidor. Esto es, no el peso histórico decisivo de la acción de Santa Anna.



burguesía nacional haya forjado de mala manera esa historia y por eso quiera olvidarla, solaparla o distorsionarla.

#### 4.3 *Historia sin ética ni política*

La explicación de Santa Anna en tanto instrumento histórico del desarrollo capitalista en la relación entre dos naciones capitalistas y entre un tiempo capitalista 1 hacia un tiempo capitalista 2 en el que Estados Unidos consolida la base geopolítica para promover sus aspiraciones hegemónicas mundiales, está “astucia de la razón”, para utilizar la célebre expresión hegeliana<sup>24</sup>, encuentra que la pérdida del territorio nacional mexicano a favor de Estados Unidos no estaba predestinada, por lo que la explicación no es justificación de su traición sino la base para denunciarla y criticarla, así como la advertencia para próximos avatares de la relación México-Estados Unidos y del modo en que no deben ser asumidos por los actores sociales en México, tanto líderes como masas.

La determinación histórica de Santa Anna recorta el perfil preciso de la posibilidad histórica y, entonces, de la libertad de Santa Anna.

En efecto, la necesidad social del líder, la del Tlatoani y el caudillo militar en el modo de producción asiático precolombino no es la raíz histórica directa del jefe militar traidor a lo Santa Anna. Sino la refuncionalización y la perversión del modo de producción asiático en tanto modo de explotación y opresión —así como de sus figuras de líderes auténticos— operada por el desarrollo del capitalismo en México como nuevo modo de explotación y opresión. Esta combinación de dos modos de vida jerárquicos de explotación y opresión en la que el más antiguo degenera para articularse al más nuevo es la raíz histórica por la que el pueblo mexicano está dispuesto a creer, admirar y justificar a Santa Anna, así como a conformarse con el traidor y el demagogo. Tal disposición no le viene pues, al pueblo de México de raza ni por destino divino o diabólico, así que es superable históricamente. Pero además, la demagogia en México, condición de posibilidad de la traición a la patria, está geopolíticamente determinada —lo mismo que el “fetiche Santa Anna”— en la dialéctica de dominio sometiente entre Estados Unidos y México de 1847 a la fecha. Pero por más ceñida que sea la determinación histórica, la necesidad histórica no justifica la traición de Santa Anna, pues pudo actuar de otro modo en lugar de potenciar los factores adversos a la soberanía nacional de los mexicanos.

He aquí un doblete de la ideología historiográfica positivista. Por un lado repudia el liderazgo político y lo asocia al despotismo asiático y, en general, a las dimensiones comunitarias contra el individualismo burgués que exalta; pero, por otro lado, hace política sucia al cubrirle la espalda a Santa Anna, auténtico traidor, que no meramente líder carismático. Por donde el doblete se duplica: no se sabe si la

<sup>24</sup> G.W.F Hegel, *Filosofía de la historia*.



historiografía crítica a Santa Anna por ser traidor o si por ser líder carismático crítica al pueblo que lo sigue. En realidad se decide por lo segundo, ensuciando aún más la política sucia que ejerce bajo una careta apolítica.

El restablecimiento de la responsabilidad histórica de los individuos, en tanto determinación ética que concreta a la historiografía sobre el pasado, está en función de la determinación futura o prospectiva de la historia, esto es, del hacer historia. Solo una ideología encaminada a que los seres humanos no hagan su propia historia distorsionará el componente ético de la historia o lo sofocará de plano, ya sea metodológicamente o solo en cuanto al tema en cuestión. Dos procedimientos que vemos repetirse con precisión de relojería en las narraciones sobre Santa Anna y la guerra de 1847 de Estados Unidos contra México.

#### *4.4 Traición y su cínica justificación: el traidor intrascendente*

He aquí una falacia histórica y de ética individual frecuentemente socorrida: hacia 1847 no había conciencia nacional suficiente en el pueblo mexicano, por lo tanto, tampoco hubo traición a la patria aunque Santa Anna colaboró con Estados Unidos para entregarles las batallas una por una.

Las ecuaciones del sentido común Santa Anna=México y las de la historiografía (1835=1847, venta=traición, Santa Anna=Judas,)<sup>25</sup> constituyen los síntomas de su neurosis. Así que el develamiento de estas ecuaciones constituye el psicoanálisis de la conciencia nacional en vista de que tome conciencia de sus debilidades y patología para que pueda retomar las riendas de su destino soberano.

Puede llegarse al extremo de ceguera objetivista que asume cínicamente o indiferentistamente que sí hubo “colaboración de Santa Anna con el ejército de Estados Unidos”, esto es, que hubo traición pero que Santa Anna es un traidor intrascendente porque ya todo estaba destinalmente sellado. Así, el argumento ético-histórico sería nulo ante la economía, la política y la cultura de la época.

Sea que se considere a Santa Anna traidor a la patria o no, se comete el error de considerar esta traición meramente como un acto individual con repercusiones éticas —que por supuesto es todo esto— y no como un acto individual con graves efectos en los grandes factores estructurales de la época y de la historia nacional posterior, toda vez que esto solo se asocia con esos factores estructurales de los que el acto santánico es excluido: esta obra propone invertir la óptica.

<sup>25</sup> Jorge Veraza, *Perfil del traidor*, parte II.





#### 4.5 Objetivismo metodológico y canalización monogamista del machismo

El predominio metodológico objetivista se acompaña bien con la posición machista que niega el carácter de sujeto a la mujer (y con el feminismo que se lo niega al varón) según lo revela ejemplarmente *Perfil del traidor*, porque se trata de un macho prepotente que cree que puede controlar y dominar todo manteniendo su patriotismo en extremos en los que, en verdad, hasta él se notaría abolido si no fuera quien tuviera las riendas de todo. Así que en traicionando no cree estar traicionando y en el camino que lleva a la traición cree estar arrojando una gran aventura. Por eso hay quien ha asociado el hecho de que Santa Anna fuera mujeriego con el que resultara traidor a la patria, por la común deslealtad a sus afectos que involucran ambas conductas. Pero sería un error acudir al moralismo monogámico contra Santa Anna, toda vez que la monogamia compulsiva es una imposición sobre los hombres y mujeres; así que es la que genera la necesidad de la prostitución generalizada a su lado y correlativamente de la banalización de las emociones y de la traición.

Por donde el que Santa Anna sea mujeriego no explica nada ya que este rasgo alimenta tanto su autenticidad como su deslealtad; tal y como era costumbre social en su época, entre todos los que no fueron traidores. En realidad solo para el traidor vale la ecuación mujer=patria y la mancillación de la mujer como algo natural y como expresión de su control sobre la misma. Así que adscribiéndole el moralismo monogámico a Santa Anna le haríamos valer la misma ecuación mujer=patria que él asume aunque lo haríamos con la intención de que no la mancille. Pero es esta ecuación falaz la condición de posibilidad permanente de la traición a la patria por el placer simbólico-perverso que sugiere a costa del objeto de deseo y de simultáneo resentimiento (la patria, la mujer, etcétera).<sup>26</sup> Por aquí no solo desespecificaríamos las relaciones de poder con la relación entre los sexos, sino que las relaciones sexuales alienadas las desespecificamos al atribuir a uno de los sexos la responsabilidad del torcimiento ético y político, en vez de observar que la represión sexual sobre ambos sexos es la matriz de la alienación de su relación, además de condicionar la psicología del traidor a la patria (hombre o mujer).<sup>27</sup>

Por lo demás, para contestar a las paradojas de los hechos que han movido a algunos historiadores a dudar de que Santa Anna traicionó a la patria debemos entender que la entrega de las batallas, una por una, por parte de Santa Anna al ejército de Estados Unidos fue una *traición preconcebida* tal vez *no planeada en todos sus pasos* pero eso sí —en acuerdo a una finalidad original—, *metódicamente realizada*.

<sup>26</sup> Wilhelm Reich, *Psicología de masas del fascismo*, capítulo 3.

<sup>27</sup> Wilhelm Reich, *La revolución sexual*.



5. EL PRESIDENCIALISMO,  
EL “FETICHISMO SANTA ANNA” Y HELIOGÁBALO  
FRENTE A LA NACIÓN PROLETARIA

Así como en el fetichismo de la mercancía las relaciones entre cosas aparecen como relaciones entre personas, esto es, como relaciones sociales, y las relaciones sociales entre personas como meras relaciones entre cosas —así que, en esencia, el objeto aparece como sujeto y, a la inversa, el sujeto como objeto— en el fetichismo del Estado, éste, producto objetivo de la actividad asociada humana, aparece como sujeto promotor y aun productor de la sociedad. A la inversa, a pesar de que el Estado refleja una relación social entre sujetos, unas relaciones de clase, aparece como objeto neutral. La síntesis de ambos movimientos también es fetichista; aunque es un instrumento de clase que organiza la vida social a favor de esta, el Estado aparece, más bien, como administración de cosas con un sentido técnico neutral eficaz.

El fetichismo del Estado completamente realizado requiere de presidentes mediocres como Zedillo o Fox en los que el papel de sujeto humano no resalte para que así opere mejor la ficción de que administran cosas con sentido técnico, no que tengan voluntad de organizar gente en ningún sentido elegido particular y juzgable. La evaporación de la ética en la historiografía y en la política es función del fetichismo de Estado, máscara defensiva del dominio de clase. La evaporación ética, política e historiográfica no es sino el reflejo de la denegación del sujeto humano operada prácticamente por el capital. Por donde el gobierno neoliberal tecnocrático es la coartada perfecta, el gobernante puede ser un títere que aplica sin criterio propio las recomendaciones de política económica del FMI o del BM, etcétera. Lleva a cabo, así, una verdadera traición a la patria. En efecto, traición a la patria, pero que aparezca como acción técnica neutral, eficaz, para el desarrollo de la economía ¿del pueblo de México? No, sino de la economía en general en tanto posesión genérica de la burguesía mexicana y de la estadounidense. Por tanto no particularizable sino en general, según esto.

Al interior de estos juegos del fetichismo del Estado frente al pueblo y las clases sociales, así como frente al imperialismo, es que hay que entender la acción de los gobernantes, su psicología, su personalidad y su particular fetichismo entre la gente.

Ahora bien, el “fetiche Santa Anna” no solo proviene de su derivación respecto del fetichismo del Estado —según lo acabo de exponer— y como desarrollo de éste, en tanto encarnación del poder social concentrado en un solo ser humano. Sino que la encarnación misma tiene una génesis previa a la existencia del Estado.

En efecto, como todo individuo se alimenta de la naturaleza, nace de la tierra, puede decirse. Pero la tierra bajo el capitalismo ya está sometida al capital formalmente como propiedad y renta fundiarias<sup>28</sup>. A la par que en ellas el capital, que es

<sup>28</sup> Jorge Veraza, *Lucha por la nación en la globalización*, parte I.



una relación social (capital-trabajo) y es medio de producción y circulación, se territorializa y arraiga en el fundamento. Pero, a la vez, en la terrenalidad natural, el capital oculta ser capital y la clase terrateniente se distingue de la clase burguesa. No obstante, Santa Anna pertenece a estas clases pero se le oculta su vínculo orgánico con la clase burguesa o con la terrateniente y cree estar en medio para ser libre y manipularlas a su gusto. Y al hacerlo no se percata de que en cualquier forma las realiza.

De tal manera, Santa Anna es la encarnación de la tierra que, a su vez, lo es del capital. Mismos que se transfiguran en sujetos humanos: las clases sociales al interior de las que Santa Anna nace y crece. Y cuyas luchas y relaciones hacen surgir al Estado. Santa Anna es el Estado vuelto sujeto en la misma medida en que es, en verdad, el objeto o instrumento del Estado, toda vez que el propio Estado es la transfiguración objetiva última del capital, de la renta de la tierra y de la clasificación de la sociedad. Todo lo cual sucede a espaldas de los individuos sociales, inclusive de Santa Anna.

### *5.1 La transgresión de Santa Anna (su epifanía) y la de Heliogábalo*

Este hombre en medio de grandes potencias que lo jalonean y someten se defiende manipulándolas como ya lo hizo de niño y adolescente con su padre y su madre;<sup>29</sup> pero ahora es imposible que las supere. Es el instrumento sometido al Estado y a la nación pero que dice socarronamente ser “el siervo de la nación” para así mejor manipularla desde el Estado, manipulando al Estado mismo; que sometido a las clases dominantes mexicanas actúa a favor de ellas.

Pero bien vista la cosa, solo puede validarse como sujeto en tanto transgreda las reglas del Estado, de la nación y de su clase, hasta convertirse por ese camino en el jodedor de la nación, su sierva. Lo cual va muy bien con su ser de clase, su ser instrumento de promoción de las clases dominantes mexicanas a costa del pueblo y la nación.

Pero hete aquí que como sujeto individual se rebela contra éste sometimiento, yendo contra la burguesía mexicana en el curso de los acontecimientos en los que supuestamente actúa a su favor. Aunque esta transgresión lo zafe de la regla del Estado y al operarla vaya contra la nación no puede dejar de servir a la burguesía y al Estado de Estados Unidos.

La múltiple contradictoriedad de las relaciones de opresión estatalmente configuradas se vuelve problemática para la estructura de la personalidad de quienes las personifican. Pues gobiernan solo en tanto son gobernados por ellas, aunque permanecen como sujetos humanos, así que libres en esencia y transgresores de las prohibiciones y reglas en toda coyuntura en la que su existencia los arroja. Y no podía ser

<sup>29</sup> Jorge Veraza, *Perfil del traidor*, parte 1.



sino que esa múltiple contradictoriedad se reprodujera en el “fetiche Santa Anna”, de ahí sus paradojas y confusiones, sus encubrimientos, misterio y tragedia.

El emperador Heliogábalo sometido a la múltiple contradictoriedad del Imperio Romano se revela como “El anarquista de la sociedad”<sup>30</sup> que transgrede y pervierte la moral republicana; no solo denunciando así la hipocresía de ésta sino para afirmar su personalidad independiente, su personalidad de dios pagano encarnado que utiliza soberanamente al Estado como instrumento represor y asesino. La misma dualidad asesina y despótica se repite en Santa Anna, pero su específica transgresión no ocurre como fasto gallero, *Tedeum* y fiestas sin fin —triste remedo de los bacanales de Heliogábalo; así como su paseo acompañando a Valentín Gómez Farías por el Paseo de la Reforma lo es de la marcha triunfal de Heliogábalo para tomar posesión de Roma montado en un falo de 30 metros jalado por cientos de bueyes con el cual la penetra—. <sup>31</sup> Su específica transgresión asesina y despótica ocurrió como traición a la patria a favor del poder de Estados Unidos, no del de una deidad superior como la que Heliogábalo creía encarnar. Y no hay ni denuncia ni crítica social del poder en los actos santánnicos sino la politiquería oportunista que contradice a otros solo para sacar alguna ventaja mezquina. Ni hay la entrega a fondo a experimentar las contradicciones y a exacerbarlas dramáticamente para hacerlas evidentes, caso de Heliogábalo, sino el oportunismo del acomodaticio que en medio de las contradicciones las explota para esquilmarlas una por una. Tampoco hay la entrega a la misión sagrada que llega hasta el sacrificio personal en su contraposición a la terrenal regla republicana, sino la profana arenga que pretexto el sacrificio personal en aras de la Sagrada Patria solo para engatusar al público mientras se lleva a cabo la verdadera acción: explotar las ventajas que una nación derribada le ofrece al cobarde. Así que Santa Anna —personaje principal de la “Época de anarquía”<sup>32</sup> — prepara acuciosamente este ventajoso desenlace en el que cree afirmar su propia soberanía.

Si Heliogábalo es la anarquía que se sacrifica, Santa Anna es la anarquía que se pervierte. Pero ambos casos son la múltiple contradictoriedad de las relaciones sociales y estatales que ellos encarnan en tanto sujetos individuales —así que sometidos, al tiempo en que intentan trascender y transgredir esas relaciones— lo que conforma su despliegue, así como la imagen mágica o fetiche que proyectan: su epifanía.

### 5.2 Debajo del “fetiche Santa Anna”, la nación proletaria

El “fetiche Santa Anna” y el fetichismo del Estado mexicano del que forma parte es un fenómeno de larga duración arraigado en la ubicación geopolítica del país, así como en la función que el Estado debió cumplir en esa ubicación como gozne de la

<sup>30</sup> Antonin Artaud, *Heliogábalo o el anarquista coronado*.

<sup>31</sup> *Idem*.

<sup>32</sup> Mote dado a la primera mitad del siglo XIX mexicano por la historiografía (¿estatalista?).



relación México-Estados Unidos lo mismo que en función del desarrollo, decadencia y destrucción del imperio tribal despótico que privara en territorio nacional bajo cobertura de una sobreestructura ideológica y estatal burguesa.

El actual desarrollo de la hegemonía mundial de Estados Unidos como “globalización” sugiere ser incompatible con el Estado Nacional. Así que todas las burguesías parecen estar de acuerdo en debilitar al Estado y a la nación, menos a las de los países centrales; en particular a la del Estado que fortalece más su Estado y a su nación, su nacionalismo y patriotismo: Estados Unidos de Norteamérica. De suerte que solo las clases subalternas, en especial el proletariado serían sujetos aptos para sortear una lucha por la nación ante el curioso fenómeno de que las burguesías del mundo se declararon al unísono entreguistas ante el imperialismo en la medida en que se distanciaron de los seres humanos connacionales y se entregaron cosificadamente en alma y cuerpo a las ganancias de sus respectivos capitales.

Pero aquí surge otro problema ¿le interesa al proletariado la nación, disputarle esa nación al capital nacional e internacional? ¿Qué no su vocación solo es internacionalista y clasista pero no nacionalista?

En todo caso si existe un nacionalismo proletario éste solo puede apoyarse abiertamente en la nación proletaria y no en la burguesa en disputa.

Ciertamente podemos registrar profundos motivos de interés para los cuales el proletariado podría interesarse por disputarle la nación al capital.

Primero, porque la lucha por la nación proletaria indirectamente lucha por la nación burguesa; al tiempo que la lucha por la nación proletaria pasa o cruza la lucha por la burguesa.

Segundo. Solo a través de dicha lucha se logra la constitución de un internacionalismo concreto con contenidos materiales y significativos —más allá de la abstracción, los altos valores, la utopía, o las buenas intenciones— todas las dimensiones no desechables sino a integrables en la nueva concreción nacionalista e internacionalista.

Tercero. La disputa con la burguesía por la nación burguesa apunta a preservar y a desarrollar a la nación proletaria para después, una vez abolido el capitalismo.

Cuarto. Así como para preservar y mejorar la condición ciudadana de las clases subalternas. Pues bajo el colonialismo de una burguesía extranjera el proletariado se convierte en ciudadano de segunda o tercera y ve redoblada la opresión y la explotación.

Quinto. Porque es el camino para defender la fuerza vital individual y de toda la clase. Esto es, defender la fuerza vital y la fuerza de trabajo frente a la posibilidad de una explotación aún mayor.

Mientras que la imbricación de lo nacional y lo internacional sea débil o ausente y la relación del proletariado internacional y nacional no se perfile nítida, los partidos comunistas y obreros en general y los frentes nacionales, así que parezcan estar armados estarán en verdad desarmados frente a las burguesías nacional e internacional



porque carecerán en su lucha de norte: la nación proletaria. Desde la que fue posible esta investigación y formular la idea del “fetiche Santa Anna”; así como hacer el

## 6. DIAGNÓSTICO DE LA CONCIENCIA NACIONAL

Los resultados de nuestro diagnóstico de la conciencia nacional mexicana son los siguientes:

Primero, la conciencia nacional a nivel científico, esto es, historiográfico, está desarmada frente a la traición a la patria en general porque lo está respecto de la traición efectivamente ocurrida por Santa Anna; así que está desarmada frente a la agresión imperialista tanto económica y diplomática porque lo está incluso ante la guerrera, una agresión más flagrante que las otras.<sup>33</sup>

Caso particular es el de la conciencia nacional chicana a nivel científico, también desarmada en cuanto al gozne específico de la agresión imperialista triunfante (el traidor a la patria) aunque, paradójicamente, se encuentre fuertemente advertida contra el dominio imperialista anglo y sus agresiones.<sup>34</sup>

Segundo, si uno baja del cielo de la ciencia a la tierra y voltea la mirada al pueblo encuentra que la conciencia nacional a nivel de sentido común está armada pero es fácilmente desarmable; porque se basa en una noción débil y, sobre todo, equivocada de en qué consistió la traición de Santa Anna (venta del territorio nacional a bajo precio, esto es, un mal negocio). Se entiende que Vicente Fox como “antídoto” se las de, como presidente, de buen negociante en tanto ejecutivo que fuera de Coca-Cola en México. De hecho, es la conciencia nacional a nivel científico (historiográfico) la que se encarga de desarmar a la conciencia nacional popular. Cuando debería armarla más sólidamente<sup>35</sup>, en tanto que constituye la forma desarrollada de la conciencia nacional.

Tercero, más allá del sentido común, la conciencia nacional a nivel político o como cultura política<sup>36</sup> se muestra desgarrada en un ala entreguista (implícita o explícitamente santánica) y otra antiimperialista más o menos advertida de la traición a la patria sea o no de Santa Anna, aunque no respecto de la específica “gesta” santánica; desgarramiento que reproduce a nuevo nivel la situación ambivalente de la conciencia nacional desarmada a nivel científico y débilmente armada a nivel popular pero fácilmente desarmable. Con la salvedad de que la convicción antiimperialista —si no antisantánica— es más firme en la correspondiente conciencia de la cultura política mexicana.

<sup>33</sup> *Perfil del traidor*, parte I, sección primera.

<sup>34</sup> *Ibid.*, sección segunda.

<sup>35</sup> *Ibid.*, parte II.

<sup>36</sup> *Cfr.* parte II del presente libro.



Llegamos a una conclusión coincidente si en lugar de tomarle el pulso a la conciencia nacional fetichizada santánicamente exploramos las condiciones reales que hicieron posible la emergencia del “mito Santa Anna” refuncionalizado en ese fetichismo la realidad que subyace a la conciencia nacional, así degradada. En efecto, el mundo que hizo posible la constitución de un sujeto histórico como Santa Anna (*Perfil del traidor*, parte I, sección tercera) es de la misma condición geopolítica que la del México actual, con unos Estados Unidos devenidos 150 años después en imperio capitalista definitivo del orbe. Y aunque aquél distaba mucho de ser un mundo propiamente capitalista y ni siquiera feudal —sino una variante de despotismo asiático en el que el capitalismo industrial era mera sobreestructura además de ofrecer la superestructura ideológica burguesa y jurídico política de su forma estatal— el conformismo y debilidad de la conciencia nacional y de la dignidad personal, así como la fragmentación de la personalidad propias del despotismo y las imposturas burguesas que contenía, son análogas al conformismo y restantes lacras también presentes en el México de hoy. Pues este vive bajo la presión despótica del imperio de Estados Unidos y ha vivido más de 70 años bajo un régimen de partido de estado, así como de un presidencialismo despótico que aún pervive degradado. Y sigue viviendo bajo el dominio de una burguesía que adquirió conciencia nacional en el curso del siglo XIX, sobre todo después de la invasión estadounidense, incluso logrando adoptar un nacionalismo revolucionario plebeyo hacia la década de los veinte del siglo XX, producto de la revolución mexicana de 1910 (a 1920), mismo que adaptó y desarrolló como nacionalismo revolucionario burgués —coronándolo (en 1938) con la expropiación petrolera cardenista a las empresas extranjeras sobre todo, estadounidenses, inglesas, alemanas y todavía (en 1958) con la nacionalización de la energía eléctrica—; pero que a partir de la década de los setentas del siglo XX fue perdiendo toda conciencia nacional que no se identificara con sus intereses mezquinos, ni siquiera clasistas sino grupales y pandilleriles cuando no individuales.

La gran gesta de la ideología nacionalista de la burguesía mexicana, después de propiciar el desarrollo de un nacionalismo burgués revolucionario que lo repudió por populista y logró sustituir el entreguismo paroxístico y dramático de Santa Anna con el entreguismo sistemático y cínicamente desdramatizado de los presidentes tecnócratas neoliberales de De la Madrid a Fox. De ahí que hoy la nación solo puede ser defendida y recuperada soberanamente por las clases subalternas, en especial el proletariado (*Perfil del traidor*, Parte III), pero sobre la base de un nacionalismo proletario cuya premisa sea la nación proletaria a determinar teóricamente y a ser perfilada o decantada prácticamente de modo conciente ya desde el seno del capitalismo.

La necesidad de un nacionalismo revolucionario específicamente proletario y socialista se resalta ante los obstáculos que la conciencia nacional debe superar para renacer y desarrollarse.

El fetichismo de la mercancía, del dinero, del capital, del Estado y de la globalización coronados por el “fetichismo Santa Anna” que oculta una y otra vez la traición a la



patria, desarma al pueblo frente al imperialismo (*El presidencialismo entreguista mexicano*, parte III). Por eso me he ocupado del análisis crítico del “fetichismo Santa Anna”, clave de la actual conciencia nacional mexicana. Esta crítica, que surge en el curso del desarrollo apenas larval de la nación proletaria en nuestro país (1982-2005), tiene por función aupar este desarrollo al tiempo de remover un obstáculo estratégico y omniabarcante.

En síntesis, la parte III de *El presidencialismo entreguista mexicano* muestra una conciencia nacional contradictoria. Porque se rearma formalmente a nivel político —después de haber sido fácilmente desarmada a nivel del sentido común— pero se muestra a la vez realmente desarmante a nivel político e historiográfico. Porque como Estado nacionalista representativo del pueblo y de la nación se rearma, pero es desarmante como presidente santánico en turno.

De tal manera registro, en cuarto lugar, la ocurrencia de un desarrollo de la conciencia nacional bajo una modalidad degradada, cuya figura espiral de reproducción, con base en una conciencia nacional débilmente armada a nivel popular, una conciencia nacional política desgarrada en un ala entreguista cada vez más fuerte y una antiimperialista franca que se ven visitadas una y otra vez por una conciencia nacional científica no solo desarmada ante la traición a la patria de Santa Anna sino reiteradamente desarmante, cuya figura espiral (desarmada, débilmente armada, desgarrada o sincopada desarmable) decíamos, se corona y consolida en un complejo fetichismo que refuncionaliza al “mito Santa Anna”, nacido en un bizarro mundo despótico oriental contaminado de capitalismo; el cual se encuentra engranado en el desarrollo capitalista subordinado mexicano globalizado<sup>37</sup> con el “fetichismo Santa Anna”; cuyas reglas de constitución quedan acotadas en las dificultades que tuvieron diversos historiadores para transgredir la prohibición —articulada en esas reglas— de señalar como traidor a la patria a Santa Anna<sup>38</sup>

### 6.1. La posibilidad que se abre

La dinámica espiral y degradante es lo que produce y reproduce el “fetichismo Santa Anna”, ya que si a nivel historiográfico la conciencia nacional está *desarmada* y a nivel popular armada débilmente, a nivel político se rearma formalmente pero permaneciendo realmente desarmante tanto por creer que ya se encuentra armada —así que no requiere armarse— como porque contiene un dispositivo pseudocientífico historiográfico —contra el que he salido al paso a lo largo de este libro— activamente desarmante en consonancia ni más ni menos que con el desarme práctico operado por el imperialismo en ocasión de un masivo ataque a la nación continuamente apoyado desde dentro por reediciones y actualizaciones de Santa Anna.

<sup>37</sup> Cfr. parte III del presente libro.

<sup>38</sup> Cfr. parte I del presente libro.





Pero hoy se vuelve posible y necesario ir más allá y destruir el complejo del “fetichismo Santa Anna” a favor del nacionalismo proletario, no solo porque la nación proletaria se encuentra radicalmente cuestionada con la tendencial abolición de la nación burguesa llamada México ante la incapacidad de su burguesía de defenderla en tanto clase; sino además porque el neoliberalismo —realizado con el TLC— ha abandonado de tal manera las responsabilidades sociales del Estado burgués mexicano, que ya solo para sobrevivir —ni siquiera para cuestionar al modo de producción capitalista— la nación proletaria ha debido emerger como cuerpo social diferenciable no solo en la solidaridad popular del temblor del '85 —reactualizada recientemente con los huracanes Stan y Wilma (2005)— sino en la “nación trashumante”<sup>39</sup> de mexicanos que en el país no encuentran trabajo ni sobrevivencia y emigran a Estados Unidos, así como en las múltiples solidaridades de clase, de barrio, de colonia y de etnia que a todo lo largo y ancho del país están surgiendo ante ese vacío y se desarrollan tanto en el campo como en la ciudad.

No es ocioso señalar al respecto que el pueblo estadounidense al igual que el mexicano está interesado en la verdad histórica y en la denuncia de la traición de Santa Anna porque esa denuncia alimenta el desarrollo de la democracia también en su país. El libro demuestra que en realidad, el gobierno de Estados Unidos, Polk en primer lugar, es cómplice de Santa Anna en la misma medida en que éste lo es de aquél; así que viven en reciprocidad el deshonor de la función imperialista que escenificaron.<sup>40</sup>

El pueblo estadounidense no solo querrá lavar el deshonor pasado sino defenderse del cesarismo y del autoritarismo —interesado en promover a los traidores en naciones pobres y en ocultar sus traiciones— que crecen en la política de su país al mismo ritmo del afán imperialista, como lo muestra, por no hablar sino del caso más reciente, la política terrorista de Baby Bush—Hitler contra su pueblo de septiembre de 2001 a la fecha.

#### 7. CLIMA POLÍTICO EMOCIONAL DE LA CONCIENCIA NACIONAL EN 2005

No crea el curioso lector que con el balance general que cerramos en el inciso previo nos despedimos de Santa Anna, el auténtico, el que entregara batalla por batalla al ejército estadounidense. Pues la pluma novelística de los mexicanos<sup>41</sup> lo ha reactualizado nuevamente. Asimismo he podido consultar dos tesis de licenciatura

<sup>39</sup> Armando Bartra, “Crónica de un desastre anunciado. México y el TLCAN”.

<sup>40</sup> Jorge Veraza, *Perfil del traidor*, así como de Francisco Martín Moreno, *México mutilado*.

<sup>41</sup> Francisco Martín Moreno, *idem.*; así como Ignacio Solares, *La invasión*.



sustentadas en la UNAM entre 2002<sup>42</sup> y 2004<sup>43</sup>, sin que mi búsqueda pretenda haber sido exhaustiva. Pero sobre todo resaltan los numerosos artículos periodísticos que se sucedieron entre 2004 y 2005 en una andanada que va *in crescendo* en donde se denuncian diversos actos de traición a la patria de tipo santánico, a veces incluso estableciendo el paralelismo con el personaje histórico para caracterizar no solo la política entreguista de Vicente Fox —aunque preponderantemente se aluda a éste— sino también a otros funcionarios de su gobierno, aparte de la clase política y a representantes de la iniciativa privada.

Todo lo cual configura un clima inédito en México. Mismo que *Perfil del traidor* sugirió en el año 2000 cuando se encaminó a tomarle el pulso a la conciencia nacional acerca del personaje Santa Anna y por allí de la traición a la patria —gozne secreto, como sabemos, de la cadena imperialista— precisamente para advertir a nuestros connacionales del peligro que corremos y de lo débilmente preparados que nos encontramos. Hoy la marea cambia y es necesario caracterizar el nuevo clima en el que nos encontramos.

En lo que sigue caracterizaremos brevemente las novelas que se han escrito entre tanto; después recuperaremos algunos de los pasajes más significativos de los artículos periodísticos publicados y, finalmente, caracterizaremos la nueva configuración que muestra la conciencia nacional mexicana —el referido nuevo clima— pues constituye un aspecto decisivo del objeto general de esta obra.

<sup>42</sup> Araceli Medina Chávez, “La controvertida figura de Antonio López de Santa Anna a través de la historiografía de algunos de sus contemporáneos, 1821-1835”. La autora con este balance bibliográfico de fuentes primarias —que tiene la intención de ampliar en próximos trabajos— reabre una discusión que parecía cerrada en el sentido de cubrirle la espalda a Santa Anna. En efecto, la autora ofrece testimonios tanto en pro como en contra. En su bibliografía enlista mi libro *Perfil del traidor* y en su introducción da noticia del mismo así como de *La culminación de las traiciones de Santa Anna* de Héctor Díaz Zermeño (Nueva Imagen, 2000); títulos de los que señala que “continúan en el presente saliendo a la luz diversas interpretaciones sobre la trayectoria histórico-política de Santa Anna y podríamos afirmar que la imagen contradictoria del personaje como héroe y como villano sigue vigente”. Asimismo da noticia de *El siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)* de Enrique Krauze (*op. cit.*) y la novela de Enrique Serna *El seductor de la patria* (*op. cit.*), de la que aplaude el perfil psicológico que ofrece “de ese caudillo mexicano” y aún da noticia de la película de Felipe Cazals *Su Alteza Serenísima* exhibida en noviembre de 2000.

<sup>43</sup> Edwin Alberto Álvarez Sánchez, “Un pequeño Santa Anna” (biografía política de José Mariano Salas). Se trata de “el primer estudio biográfico que se ha hecho sobre dicho militar [...], lugarteniente de Santa Anna” que trata de resolver el siguiente problema: ningún gran personaje de nuestra historia —como es el caso del general Antonio López de Santa Anna de “controvertida carrera como principal caudillo de la carrera militar del siglo XIX”— “no hubiera podido tener lugar sin la colaboración de gente como José Mariano Salas”, carácter secundario y por demás marginado por la historiografía. Lo que recuerda no solamente la dialéctica del amo y el esclavo sino también la figura hegeliana del ayuda de cámara sin el que el rey no podría dar un paso. Auténtica condición de posibilidad del gran personaje sobre todo si se tiene en cuenta el carácter manipulador, sádico y opresivo de Santa Anna.



7.1 *Novelas: sentido común desarrollado  
y científicamente pertrechado*

Hay no sé qué ritmo trágico en la historia de México que hace perder a los aptos y honrados en beneficio de los ineptos y ladrones.

Francisco Zarco

*México mutilado* (2002) de Francisco Martín Moreno<sup>44</sup> es una excelente novela histórica —muy superior a *El seductor de la patria* (2000) de Enrique Serna<sup>45</sup>— a la que sin embargo no podemos dedicarle el amplio comentario que merece sino atenernos solamente a los rasgos esenciales de la misma que guardan relación con nuestro tema. Francisco Martín Moreno explora la actuación traidora de Santa Anna batalla por batalla y sabe subrayar la doblez del personaje a través de los diálogos y en el comentario a las situaciones, como si novelara la crítica que el diputado Ramón Gamboa le dirigiera a Santa Anna. De hecho alude a que: “El propio Gamboa subraya en el seno del Congreso mexicano la sospechosa cadena de derrotas, tan paradójicas, que han humillado al ejército mexicano” (p. 502).

No obstante, después de ello Francisco Martín Moreno enajena la tesis central —acerca de la responsabilidad principal de Santa Anna en la derrota del ejército mexicano— al poetizarla o volverla ética: “La Divina Providencia ha dictado su última palabra: aliada con Santa Anna y el ejército mexicano asiste a la realización de su obra magna [...] ella, la Providencia, dispuso la adjudicación de los territorios mexicanos como bienes de la exclusiva propiedad de Estados Unidos.

“Ella y solo ella es la responsable de que la mañana del 14 de septiembre de 1847 se consumara la segunda conquista de México cuando Benjamin S. Roberts, jefe de rifles, descendió el lábaro patrio, el hermoso y colorido pabellón tricolor y, acto seguido, izó marcialmente la bandera de las barras y de las estrellas...” (p. 514)

Además de a Santa Anna y al clero Francisco Martín Moreno señala como traidores a la clase dominante y a la contraguerrilla de Mariano Paredes Arrillaga, la “Mexican Spy Company” (p. 524-525) “... ellos, los espías poblanos, eran los mismos tlaxcaltecas que se aliaron con Córtes para derrotar a los aztecas en los días de la conquista de México. Otra vez los poblanos. Ellos los ‘malinches’, también le enseñaron el camino a la gran Tenochtitlán a los primeros conquistadores españoles, de la misma manera que condujeron a Scott y a sus huestes norteamericanas [...] ellos entregaron Puebla sin disparar un tiro. Ellos espionaron en el alto mando mexicano los planes de ataque y de defensa para venderle al invasor la información así obtenida” (p. 518).

<sup>44</sup> *Op. cit.*

<sup>45</sup> Comentada en *Perfil del traidor*, parte II.



Así que por aquí —con base en las recién citadas e inquietantes analogías históricas— Francisco Martín Moreno cree radicalizar su perspectiva llevándola no solo más allá del principal responsable Santa Anna hacia el clero y la clase dominante sino a la raza mexicana correlato de la Divina Providencia —esas dos polaridades del sentido común— visualizando la derrota mexicana como destinal y en forma depresiva. De hecho, el título completo del libro es *México mutilado. La raza maldita* y lo de “raza maldita” alude a una dualidad trágica cuyos términos espejean uno con el otro posibilitando la intensidad novelística de *México mutilado*: alude, en primer lugar, de manera muy explícita, a los estadounidenses en tanto imperialistas abusivos, corruptores, hipócritas representados por su presidente “Polk el mendaz”, “Polk el ventajoso”, “Polk el embustero manipulador...” (p. 223) y ellos mismos racistas; pero de manera más sofisticada alude a la raza mexicana sufriente, sometida, ladina y traidora, etcétera. Por lo que Francisco Martín Moreno, al llenarse la boca de denuestos contra los yanquis, contra la clase dominante, el clero y Santa Anna y ambicioso de seguir llenándose la boca ahora de reproches contra los mexicanos, queda prisionero de la ideología sadomasoquista del sentido común —hecha para propiciar el conformismo ciudadano— y pierde de vista al responsable principal, al que ya había logrado ubicar de la mano del diputado Ramón Gamboa. Pues redundaba en un pseudocientífico objetivismo multifactorial cuando casi para concluir escribe: “México no contaba con el poder bélico necesario para responder al ataque por carecer, como siempre, de los medios económicos o porque la iglesia, invariablemente metalizada, o los militares, financiaban una revolución doméstica [la de los polkos] en el momento más inoportuno, o en su defecto, los generales se embolsaban los fondos destinados a la adquisición de armas compradas con enormes sacrificios ciudadanos, o el presidente de la república [Santa Anna] era aprehendido en el campo del honor [en Texas en 1836] por el enemigo o, Su Excelencia [otra vez Santa Anna] simplemente vendía la causa patriótica [en 1846] al jefe de la casa blanca por medio de negociaciones inconfesables, [con su emisario Slidell MacKenzie en la Habana]. ¿es posible la defensa en esas condiciones?” (p. 550).

Por eso es que en su conclusión ética y emocional predomina el resentimiento: “Todo esto lo descubrí al vivir la experiencia de México mutilado [...] estos pasajes [históricos] que padecí, me evidenciaron las dificultades de los mexicanos para impulsar un cambio y evolucionar. Su conducta parece decirme: todo tiempo pasado fue mejor. Que nada se mueva, que nada se altere o modifique. Tengo pánico a la evolución y, sobre todo, a quien administre o maneje la evolución, porque, por lo general, quien ha tomado las riendas del país lo ha proyectado a la inversa, o sea, a una pavorosa involución de la que nadie quiere acordarse, por ello y solo por ello, que nada cambie, que nada evolucione porque lejos de avanzar, retrocederemos... ¿Será que la desconfianza es ancestral y equivale a tener remachado un inmenso e incandescente clavo en la nuca desde que durante siglos no hemos podido identificar a nuestro padre?



“Yo, por lo pronto, [y aquí Francisco Martín Moreno parece querer superar el resentimiento destinal en el que se ha sumido] tomo mi pluma, mi tintero, y me dedico a volar por el mar sin límites de la imaginación en busca de alguna esperanza y, sobre todo, de más, muchas más explicaciones....” (p. 554)

Pero si esa esperanza y esas explicaciones se enredan “en el mar sin límites de la imaginación” envueltas en la actitud dominante que preside a la novela, el resentimiento destinal no podrá ser superado junto con el objetivismo multifactorial pseudocientífico.

Por eso es que en el “A modo de epílogo” el autor continúa la semblanza de Santa Anna reconociéndolo como “el Visible Instrumento de Dios, como ya se vio, no solo volvió a ser presidente de México... etcétera” (p. 555). De suerte que termina su novela espejeándose con el liberal Valentín Gómez Farías quien “terminó sus días con una dolorosa decepción en lo relativo a la capacidad de los mexicanos para ejercer un buen gobierno y convencido de que México jamás podría sacudirse de encima ni a los militares ni a los curas. Murió un año después (1858) de promulgada la Carta Magna (1857) hoy descansa en la rotonda de los hombres ilustres” (p. 558).

Tesis que vale como advertencia para el futuro cercano y lejano de los mexicanos pero que de advertencia muta en resentimiento destinal sin salida si lo hacemos presidir por la Divina Providencia, por la raza y lo maldito, esa sustancia que ha recaído sobre nuestra raza y sobre la de los yanquis; todo remachado con el “fetiche Santa Anna” que se alimenta de todos estos factores. Mismo que no se supera en esta novela de radical intención crítica en contra de él.

El autor de *México mutilado* (2002) no parece haber leído *Perfil del traidor* (2000) así que su propuesta es índice de la tendencia epocal de transgredir la prohibición presente en la conciencia nacional de cuestionar al “fetiche Santa Anna”; y si no lo superó completamente, su enjundiosa intervención alcanzó como para rebasar la regla impuesta a la historiografía mexicana por Josefina Zoraida Vázquez y remachada telenovelisticamente por Enrique Krauze<sup>46</sup>.

Hemos dicho (en *Perfil del traidor*, parte II) que la literatura constituye un desarrollo del sentido común y, a la vez, que la conciencia nacional mexicana a nivel del sentido común se encuentra armada en contra del gozne secreto que da el triunfo al imperialismo —la traición a la patria— aunque se muestra fácilmente desarmable. De tal suerte, Francisco Martín Moreno con su *México mutilado* no solo se parapeta en el sector de la conciencia nacional que se encuentra armado contra el imperialismo sino que registra lo fácil que es desarmarlo, así que procede a armar más sólidamente a la conciencia nacional mediante el conocimiento histórico de cómo ocurrió la traición de Santa Anna a los mexicanos. Función que debería cumplir la

<sup>46</sup> Véase mi crítica a Josefina Zoraida Vázquez en *Perfil del traidor* y a Enrique Krauze tanto en aquella obra como en el presente libro.



historiografía mexicana oficial pero a la que se niega no por razones científicas sino propias de la ideología dominante neoliberalizada. Señalamientos que valen en análoga medida para la novela de Ignacio Solares *La invasión* (2004).<sup>47</sup>

También novela histórica, la de Ignacio Solares gusta, no obstante, tornarse lírica.

Más que en Santa Anna, Ignacio Solares se fija en la invasión como fenómeno histórico y, sobre todo, en las actitudes éticas y políticas a desplegar ante la misma, así como ante una posible nueva invasión.

Entiéndase que los resultados de la invasión estadounidenses suponen un proceso, pero si al narrarlo Ignacio Solares se fija más en la invasión —situación de conjunto— y no en la trayectoria y papel específico de Santa Anna dentro de la misma, su perspectiva se vuelve formal y abstracta, toda vez que los resultados y el proceso de invasión se encuentran imbricados esencialmente a la traición de Santa Anna. Frente a la que Ignacio Solares encuentra secundario definirse. Por un lado, apenas la sugiere, por otro lado, dibuja un pusilánime oportunista y marrullero Santa Anna, cobarde, manipulador y duro de corazón que abandonó al general Valencia en Padierna. Que por lo mismo no debería ocupar el papel central del cuadro. Mismo que le corresponde más bien, al acto imperialista y a la respuesta que el pueblo mexicano debería tener ante el mismo, si no pudo desempeñarse de la mejor manera en 1847.

Pero insisto, si no especificamos el papel de Santa Anna, el resultado de la invasión parece destinal, el triunfo de las armas estadounidenses la simple actualización de una virtualidad. Y se soslaya que había la posibilidad de que México ganara o perdiera; pero se debió a la traición de Santa Anna el que de las dos posibilidades saliera adelante la derrota, que una vez consumada y habiendo quedado oculto el trazo santánico pareciera irremisible. Así que la pregunta acerca de qué actitud ética y política tomar —si bien es esencial— queda mal planteada porque necesariamente difiere la actitud adecuada respecto de un hecho consumado e imposible de revertir que respecto de uno que no está decidido. Y si me preguntan por la actitud que debo tener respecto de una invasión futura a ocurrir, malo está que la piense según la representación que me hago de la de Estados Unidos a México en 1847 creyéndola irremisible.

Por contraste, Ignacio Solares en lugar de fijarse en la figura de Santa Anna se fija en la del padre Celedonio Domeco Jarauta que hubo venido desde España para organizar una guerrilla en contra del ejército estadounidense después de tomada la Ciudad de México por éste. Así que la sugerencia de Ignacio Solares es enjundiosamente antiimperialista y, además, procede a poner en escena ante el lector una discusión en torno a la gesta de Jarauta en vista de que el lector pueda definir su propia postura ética y política ante los hechos. De tal manera, arribamos al siguiente diálogo:

<sup>47</sup> *Op. cit.*



—[...] ¿Qué deberíamos hacer entonces [pregunta Abelardo, personaje principal de la novela motivado por su esposa, una mujer liberal a que escriba sus memorias sobre la invasión] si los norteamericanos quieren quitarnos otro pedazo de territorio?

—Si nos lo quieren quitar [contesta su esposa], nos lo van a quitar opongamos o no resistencia, y aunque vengan diez padres Jarauta a organizar sus guerras de guerrillas en la Sierra de Veracruz, tú lo sabes. Y si ya no quieren que esté Porfirio Díaz en el poder lo van a echar, y va a llegar el que ellos apoyen. Y así con todos los presidentes subsiguientes que tengamos en este país, hasta que el sol se enfríe y este planeta regrese a la Nada de la que surgió.

—¡Qué horror de visión del mundo! [Contesta Abelardo ante el conformismo de su mujer en el que se refleja buena parte el de la generación actual de mexicanos] prefiero la del padre Jarauta, aunque lo taches de fanático.

—¿A pesar del dolor inútil que provoca?

—A pesar de eso [contesta Abelardo sin poder oponer sino un sacrificio romántico al derrotismo conformista]

—Pues eres poco humano [le contesta con razón su mujer] y hasta medio sádico, como siempre he sabido. Yo prefiero evitarle el dolor a la gente por el medio que sea, y por eso me gusta tanto el escritor ese ruso.

—Tolstoi

—¿Cómo se llama su movimiento?

—Resistencia pasiva.

—Hasta el nombre me gusta. Haces resistencia, pero en forma pasiva, fijate que diferencia. Si hubiera una guerra aquí mismo, afuera de mi casa, me sentaría en la banquetta en medio de los bandos. Verías que ninguno de los dos se atrevería a hacerme nada y hasta puede que los pacificara un poco

—También es posible que los dos pasen por encima de ti, según la clase de contrincantes de los que se trate. No te confíes [contesta ahora realista Abelardo en antinomia con su romanticismo sacrificial antiimperialista].<sup>48</sup>

La novela concluye con la semblanza final del padre Jarauta cuando se levantó contra “el Tratado de Guadalupe”, que se firmó en febrero de 1848, por el que cedíamos a nuestros vencedores los territorios de Texas, Nuevo México, Nueva California, o sea, 2 millones 400 mil km. cuadrados, más de la mitad del suelo mexicano. Así que Jarauta lanzó un nuevo manifiesto: “Mexicanos, acaba de consumarse la obra de iniquidad y de traición que comenzó en 1845. Más de la mitad de la república se vendió al enemigo invasor, el peor enemigo de la humanidad, al demonio mismo, por una suma despreciable [15 millones de dólares], más despreciable que una limosna lanzada a los pies de un mendigo” y “se fue a Guanajuato a

<sup>48</sup> FRANCISCO MARTÍN MORENO, *op. cit.*, p. 256.



continuar su guerra de guerrillas, ahora no [contra los invasores sino] contra el propio gobierno mexicano”.

Así que Magdalena, la esposa de Abelardo descalifica la acción de Jarauta a lo que Abelardo contesta:

“— ¿Qué otra cosa podría hacer el padre Jarauta si siempre dijo que debíamos luchar contra los norteamericanos tanto como contra los mexicanos que estuvieran a favor de los norteamericanos? Unos y otros simbolizaban lo mismo. El mal, el demonio del que hablabas [refiriéndote con toda intención a Jarauta].”

Así que tan destinal como la derrota de México —tal y como ha quedado figurada en la novela— es rígidamente trágico el antiimperialismo inútil de Jarauta. Ignacio Solares sigue profundizando la antinomia ética de la situación histórica destinal que ha narrado. Y como el general Anastasio Bustamante logró prender a Jarauta y “dirigió personalmente al pelotón de fusilamiento” como un nuevo demonio, Abelardo contesta:

— [...] sobre todo porque, se dice, el último grito del padre Jarauta fue el mismo que tantas veces repitió aquí: “¡Viva Cristo Rey!, ¡mueran los yanquis!”

— Y con el que tú estás de acuerdo

— No tengo una gota de duda. Habría que seguir repitiendo ese grito a lo largo de nuestra historia, mientras, como tú dices, no se enfríe el sol y nuestro planeta no regrese al caos primigenio.<sup>49</sup>

El resultado es la propuesta de una ética antiimperialista pero antinómica, ora conformista, ora sacrificial en ambos casos inútil, porque la descripción de la invasión también ha sido abstracta al restarle la concreción que los actos traidores de Santa Anna le confirieron pero no obstante asumir los resultados concretos propiciados por la acción santánica. Elegir definirse no respecto de Santa Anna sino respecto de la invasión y, por eso, intentar cambiar el terreno de discusión —en lugar que respecto de la traición de Santa Anna mejor a favor de la gesta de Jarauta—, constituye una falsa antinomia, precisamente porque Santa Anna no es un sujeto formal respecto de los acontecimientos, como ha querido figurar las cosas el determinismo histórico carente de una concepción dialéctica general del papel del individuo en la historia, en particular del papel de Santa Anna en el de la invasión estadounidense a México.

Es de resaltarse el hecho de que entre el año 2000 y el 2005 la conciencia nacional antiimperialista se haya plasmado preferentemente bajo la forma de novela y no de investigación historiográfica rigurosa —aunque las dos que nos ocupan, sobre todo la de Francisco Martín Moreno, sean históricas y se armen científicamente—. Después del triunfo de Vicente Fox en las elecciones presidenciales del 2000 la conciencia nacional se ha visto obligada a contestar negativamente a la intervención

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 294-296.





estadounidense y al servilismo de Fox; aunque manifiesta cierta impotencia —y no solo el obstáculo consistente en que la ciencia historiográfica mexicana se encuentra cautiva de la derecha neoliberal y proyanqui— reflejada en la simbolización sublimada poética o épica, síntoma de evasión mejor que de una definición precisa y firme del acontecimiento y de la posición política a tomar. No obstante, que ambos autores busquen definición a tal respecto.

Pero en lo que sigue se verá que si bien ya no se trata de ocuparse directamente de Santa Anna y de su fetichismo, la conciencia nacional antiimperialista no solo se radicaliza sino que se precisa.

### 7.2 Artículos periodísticos y praxis histórica

En el caso de los artículos periodísticos, como en el de las novelas, el punto de partida es el sentido común precisamente para hacerse entender del gran público; y como en aquellas, los artículos periodísticos son un desarrollo del sentido común. Pero por sobre las novelas y el sentido común, los artículos periodísticos involucran la conciencia política nacional de manera directa; así que desarrollan al sentido común en esa dirección. Y aún más, en vista de ello buscan sustentar sus proposiciones en argumentos científicos, en demostraciones empíricas o en deducciones lógicas a partir de relacionar hechos. La forma literaria artículo periodístico es, por ello, de suma complejidad. También las novelas pueden contener la crítica política pero en el artículo periodístico ésta es actualísima.

De hecho, la forma del artículo periodístico lo vuelve apto para una vinculación inmediata entre las proposiciones teóricas y la promoción de una práctica determinada. Se trata del pensamiento en el momento mismo en que busca devenir fuerza material al prender en las masas deviniendo radical precisamente porque habla de las necesidades y libertades de los seres humanos<sup>50</sup>. En nuestro caso nos muestran a la conciencia nacional mexicana militante como momento de la práctica crítico revolucionaria<sup>51</sup> allí donde los seres humanos buscan transformar sus propias relaciones sociales.

<sup>50</sup> Cfr. Karl Marx y Friedrich Engels, “En torno a la crítica de la filosofía del derecho y el estado de Hegel [Introducción], 1843” en *La Sagrada familia y otros escritos filosóficos de la primera época*.

<sup>51</sup> “El defecto fundamental de todo el materialismo anterior —incluido el de Feuerbach— es que solo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de *objeto* o de *contemplación*, pero no como *actividad sensorial humana*, no como *práctica*, no de un modo subjetivo. De aquí que el lado *activo* fuese desarrollado por el idealismo, por oposición al materialismo, pero solo de un modo abstracto, ya que el idealismo, naturalmente, no conoce la actividad real, sensorial, como tal. Feuerbach quiere objetos sensoriales, realmente distintos de los objetos conceptuales; pero tampoco él concibe la propia actividad humana como una actividad *objetiva*. Por eso, en *La esencia del cristianismo* solo considera la actitud teórica como la auténticamente humana, mientras que concibe y fija la práctica solo en su forma suciamente judaica de manifestarse. Por tanto, no comprende la importancia de la actuación ‘revolucionaria’, ‘práctico-crítica’.” (Karl Marx, tesis I *ad* Feuerbach en *Obras escogidas*).



Según vemos, la conciencia nacional en referencia a la traición a la patria —clave de la postura antiimperialista— se ha desarrollado no solamente a nivel científico (por ejemplo en las tesis citadas o en el segundo volumen de *País de un solo hombre: el México de Santa Anna. vol. II. La sociedad del fuego cruzado (1829-1836)* publicado en 2003<sup>52</sup> y en el que su autor Enrique González Pedrero ya aborda la cuestión de la pérdida de Texas, así que estamos a la espera del volumen III en el que seguramente aborde la actuación de Santa Anna en ocasión de la invasión estadounidense) sino con mucha mayor fuerza a nivel de la literatura con novelas pertrechadas incluso con una argumentación científica contra el “fetiche Santa Anna”; y ha llegado incluso al artículo periodístico, deviniendo en conciencia nacional militante. Y ésta ha sido la evolución en solo cinco años (2000-2005).

Aunque la conciencia nacional muestra unidad formal desde el plano científico, literario y del sentido común, hasta el artículo periodístico, es de hacerse notar que en los artículos periodísticos se subraya la traición a la patria, así que Santa Anna queda implicado como fondo sobre el cual se alza el juicio pero no es blanco de crítica directa como en el caso de las novelas o de los aportes historiográficos. Lo cual tiene implicaciones, pues la genérica traición a la patria no explicita la profundidad de la de Santa Anna con sus premisas y consecuencias geopolíticas e históricas. Cuestiones decisivas a la hora de determinar qué actitud y posición política asumir. No obstante, es notorio que la conciencia nacional se encuentra en movimiento y profundiza su propio carácter antiimperialista militante.

A continuación cito en secuencia algunos pasajes sobresalientes de artículos periodísticos en donde la traición a la patria de los gobernantes y funcionarios neoliberales mexicanos resalta nítidamente en argumentaciones de orden político a la vez que científicamente sustentadas:

“Una de las paradojas de la globalización neoliberal es que los gobernantes de los países doblegados ante Estados Unidos actúan no como defensores de sus pueblos, sino de los intereses de las transnacionales y del gobierno de Washington [...] la paradoja de la globalización en Latinoamérica radica en el hecho de que Fox defiende a capa y espada los privilegios del gobierno estadounidense y de las corporaciones transnacionales y actúa sin vergüenza en contra de los intereses del pueblo mexicano, como hizo en Mar del Plata tratando de sabotear el consenso de varios países contra el ALCA, y como está haciendo ahora en Busan. Y que gobernantes como el presidente argentino Néstor Kirchner o el venezolano Hugo Chávez, al buscar un consenso contra las políticas hegemónicas del capital, han estado defendiendo los intereses de México [...] López Obrador tras un traspie inicial el día 10 tomó distancias ante la demagogia imperante durante el programa de Adela Micha el miércoles 17, y muchas otras fuerzas políticas y amplios sectores de la opinión han recordado lo esencial: Fox no es México ni lo representa; es un individuo indigno

<sup>52</sup> FCE, México.



que actúa en nombre de las multinacionales y de Washington y, como es obvio, Chávez no ha ofendido a México, sino respondido a un provocador [...] la ofensiva contra los pueblos de América Latina, de la que forma parte Fox, está fracasando, y esto acontece también en la reunión de la OMC de Corea del Sur donde Fox pretende que busca un `concenso´ con Estados Unidos y otros países (17 de noviembre), cuando es en realidad un subordinado de Bush: su cachorro.”<sup>53</sup>

Para resaltar la unidad formal que muestra la dinámica de la conciencia nacional en torno a estos temas, procederé a citar de corrido en lo que sigue pasajes de diversos autores pero como si fueran de uno solo, simplemente indicando en nota a pie a quién corresponde cada cual:

[...] muy firme para abrir la posibilidad de que hubiera inversión privada en la explotación de hidrocarburos en lo general, en su exploración, extracción, etcétera, esto es, en actividades que la Constitución reserva con exclusividad al Estado mexicano. [...] pasando por encima, incluso, de una resolución expresa de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. [...] se insiste en que no hay dinero, pero el Presidente veta las reformas para modificar el régimen fiscal al que se tiene sometido a Petróleos Mexicanos, impidiendo con ello que disponga con menos apretura de recursos de inversión. [...] Pretender entregar a intereses extranjeros —que es donde existe capacidad de inversión— la explotación de gas natural no asociado y las redes de ductos para el transporte de productos petrolíferos, y negarse a utilizar el excedente petrolero en la propia industria que lo genera y lo necesita, no es sino seguir traicionando a la patria.<sup>54</sup> Cuando se analizan las enormes cifras acumuladas erogadas por México como pago del servicio de la deuda, que indican que ha sido pagada varias veces, conviene tener presente que no se trata de un asunto únicamente económico [...] cabe recordar que desde el estallamiento de la crisis deudora de 1982 el país ha sido sometido de manera crónica a un régimen ampliamente dominado por los criterios e intereses de los acreedores, fundamentalmente de los de Estados Unidos [en el que se inscribe] el endémico sometimiento de Fox a los programas del Banco Mundial (BM).

El estudio sicoanalítico del entreguismo, la traición y la culpabilidad que le sigue no es nuevo. El desaparecido sicoanalista Ignacio Millán indagó junto con Richard Barnet cómo se observaba el fenómeno entre el empresariado nacional sometido a las directrices de los altos ejecutivos extranjeros. Hacemos este planteamiento porque el encargado durante el gobierno de Reagan de negociar la deuda con nuestro gobierno manifestó en una entrevista su sorpresa de que los representantes del gobierno mexicano, en lugar de impulsar el interés del país en la mesa de negociación, se pasaban al otro lado y adoptaban la postura de los acreedores, algo que, siendo muy generoso, atribuyó a “errores conceptuales”, es decir, que “nuestros” negociadores asumieron que la crisis era un problema de caja y no la

<sup>53</sup> Luis Javier Garrido, “El cachorro”, en *La Jornada*, 18 de noviembre de 2005, p. 28.

<sup>54</sup> Cuauhtémoc Cárdenas, “El grito por el petróleo: el *decálogo* energético de Fox”, *La Jornada*, 15 de septiembre de 2005, p. 20



manifestación de un grave desajuste estructural. Pero el estadounidense dice que quedó perplejo ante el acatamiento de nuestros funcionarios a las indicaciones que les hacía de no utilizar el arma de la “moratoria” o su obediencia para abstenerse de articular y operar desde una coalición de deudores. “Les dijimos que no lo hicieran, ¡y lo acataron!”, lo cual contrastaba con el hecho de que los acreedores sí actuaban coligadamente. Y cuando la periodista le preguntó: “Y usted, ¿qué habría hecho?”, replicó que de haber sido un negociador mexicano, habría coordinado su postura con la de los principales deudores latinoamericanos y confrontado a los bancos con una moratoria colectiva para lograr una postura más ventajosa, en términos de no sacrificar el desarrollo nacional por el pago del servicio de la deuda y de no aceptar empréstitos para pagar adeudos anteriores.

Conviene no olvidar estos detalles ahora que enfrentamos los efectos acumulados de dos decenios de masivas transferencias de recursos a favor de los acreedores. [...] Es decir, que junto con el endeudamiento crónico se intensificó la influencia de los acreedores en el diseño presupuestal y desde ahí se impacta de manera amplia sobre el proceso de toma de decisiones en secretarías de Estado (salud, educación, agricultura), direcciones generales, empresas estratégicas, etcétera. Los efectos acumulados apuntan a la existencia y operación de un “gobierno paralelo” o, si se desea, de una auténtica administración colonial del país.<sup>55</sup> ¿Cómo hace falta un Vladimir Putin<sup>56</sup> en México, secuestrado por presidentes convertidos en agentes de las transnacionales texanas desde hace un cuarto de siglo. [...] No todo el mundo sensato de la geopolítica actúa en forma entreguista o suicida, como la fauna neoliberal mexicana desde hace un cuarto de siglo, y es previsible que Rusia vaya a sacar el máximo de ventajas de su venta energética tanto a China como a Japón, ya no se diga a la UE y a Estados Unidos; Es un juego de ligas mayores que no entienden el aldeano Fox ni su tutor, Salinas, a su vez títere de la dinastía bushiana!<sup>57</sup>

La empresa [se refiere a Televisa] que más ha hecho en los últimos años por destruir los valores nacionales y por que se entreguen los recursos estratégicos de México al capital estadounidense, y que tanto ha buscado envilecer a los mexicanos con su “televisión-basura”, ahora se pretende nacionalista y guía de quienes gobiernan. Y la corrupta clase política mexicana, subordinada sin decoro a Washington, y que llenó el lunetario pavoneándose por la invitación y avalando la iniciativa, pretende ahora creer en lo mexicano [...].<sup>58</sup>

En realidad las citas y referencias podrían ampliarse considerablemente pero bastan las presentadas para nuestro propósito de caracterizar el actual estado de la

<sup>55</sup> John Saxe-Fernández, “El gobierno colonial”, en *La Jornada*, 30 de septiembre de 2004, p. 27.

<sup>56</sup> “El zar ruso Vladimir Putin quien inició la gran revolución energética mundial, al jugar por nota su carta geoestratégica y haber resucitado a Rusia entre los muertos (en imitación a una novela dostoiévskiana), después del extravío neoliberal de dos super-ingenios: Yeltsin y Gorbachov.” (Alfredo Jalife Rahme, “Cuál es la diferencia entre el oligarca apátrida y amátrida Khodorkovsky con sus clones de México condensados en Comexi y en el ITAM?”, en *La Jornada*, 16 de noviembre de 2005, p. 16).

<sup>57</sup> Alfredo Jalife-Rahme, “Eurasia: cuatro gasoductos que trastocan la geopolítica”, en *La Jornada*, 27 de noviembre de 2005, p. 27.

<sup>58</sup> Luis Javier Garrido, “El pavoneo”, en *La Jornada*, 2 de septiembre de 2005, p. 29.



conciencia nacional tomando como síntoma la percepción que se tiene actualmente de Santa Anna y de la traición a la patria. Pasemos pues a reflexionar la

### 7.3 Configuración presente de la conciencia nacional

El clima emocional de la conciencia nacional antiimperialista se muestra, según vimos, *tibio* a nivel historiográfico, *cálido* a nivel de la literatura y francamente *caliente* a nivel de los artículos periodísticos en un contexto de continuas y frecuentes movilizaciones sociales tanto obreras, campesinas y magisteriales, etcétera, contra distintos aspectos de la política económica neoliberal desplegada por el gobierno de Vicente Fox, no obstante que dichas movilizaciones sean aún dispersas y no cohesionadas. Al mismo tiempo que buena parte de la vida política gira en torno al proceso electoral de 2006 en el que LÓPEZ OBRADOR tiene grandes posibilidades de triunfar y con él una opción de “izquierda-centro”, como ha sido calificada, en todo caso contrarrestante —que no francamente denegadora— de la política económica neoliberal y, según todos los indicios, contraria al entreguismo foxista y del PRI. Más allá de estas particularidades el clima emocional y político de la conciencia nacional es el de una formidable confrontación social de profundidad epocal, así que en continua superación de las estancias que muestra cada coyuntura señalada de una semana a la otra y a veces de un día para otro.

#### 7.3.1 Las dos izquierdas y la derecha

En primer lugar, resalta un sector actualmente dominante de la conciencia nacional que se encamina hacia la constitución de un frente nacional constituido por lo que llamaré la nación plebeya (sobre todo obrero campesino y de organizaciones de colonos) y sectores nacionalistas de la burguesía. En general se fortalece el nacionalismo, el antineoliberalismo y el antiimperialismo con resonancias antisantánicas evidentes a la vez que con la esperanza de un auténtico liderazgo, contexto favorable al desarrollo de la izquierda mexicana tanto parlamentaria como extraparlamentaria; aunque estos dos sectores de la misma se muestren a fines de 2005 poco cohesionados e, incluso, escindidos.

Por otro lado, se reconcentra minoritariamente la conciencia nacional de derecha; la cual se muestra recalcitrantemente neoliberal y cínicamente santánica así como desvergonzadamente entreguista (aplauso de los empresarios a Felipe Calderón, candidato del PAN a la presidencia de la república cuando con descaro promete abrir Pemex a la inversión privada, extranjera incluida) y proyanqui como si fuera lo que mejor le conviniera a la acumulación de capital en México referida populistamente como “desarrollo del país” por un Fox que se dice antipopulista.

Aunque no dominante, y en decremento continuo, la conciencia nacional de derecha corresponde a sectores de la burguesía oligárquica mexicana así que detentadora del poder político del Estado. Se la ve sacando espuma por la boca y fuego por los



ojos ante el candidato del PRD como si este fuera socialista y un nuevo Salvador Allende, así que sofrenándose como para no dar un golpe de estado a lo Pinochet... si no es imprescindible, cuando, en realidad, López Obrador le ofrece la mesa puesta a la burguesía nacional para que explote plusvalor y, sobre todo, le ofrece la garantía de que esta explotación podrá seguir ocurriendo a cambio de que se lleve a cabo una política social sólida —al contrario de lo que el neoliberalismo ha llevado a cabo desde hace 25 años pero que ya es insostenible, aunque los candidatos del PRI y del PAN se niegan a reconocerlo— y a cambio de la defensa de la riqueza nacional (petróleo en primer lugar) frente a Estados Unidos. Por lo que sorprende el desquiciamiento paranoico de la derecha. Aunque se entiende que ha prosperado desde el 2000 a la sombra de los halcones considerados ultra conservadores bushianos y que no quiere ni ver el costo social de los atropellos que ha cometido.

En realidad, la crisis general del neoliberalismo ocurrió en 1997-98 pero las oligarquías de los distintos países —la mexicana en primera fila— se resisten a reconocerlo y ante los obstáculos y contradicciones que se generan por la aplicación de dicha política económica se vuelven fundamentalistas y desarrollan una política reaccionaria recalcitrante policíaco-represora y militarista y que cierra los ojos ante la realidad. De suerte que —en este contexto— Bush hijo ha cometido serios errores geopolíticos y de política interna<sup>59</sup> como la invasión de Afganistán (2001) e Irak (2003) y el descuido en las obras de protección contra inundaciones de la ciudad de Nueva Orleans azotada en agosto de 2005 por el huracán Katrina, etcétera. Así que la actuación política y económica de Bush y de su corriente ultra conservadora le pesa cada vez más no solo al capital mundial sino incluso al capital social estadounidense. Y no tardará en sacudírselos de encima<sup>60</sup>. Pero mientras tanto, el comportamiento de éste grupo es más aprehensivo, desesperado y ciego, repite dogmáticamente sus recetas previas y habla de victoria (Bush) y de éxitos de gobierno (Fox) así que se aferra con mano crispada a las riendas de un poder que se niega a soltar pero que ya no puede retener y todos los vientos se lo gritan a la cara. Y aunque todas las realidades le sean contrarias, quiere dar zarpazos de león —¿patadas de ahogado?— hasta el último momento aunque le abandonan ya las fuerzas y la índole como para hacerlo. Se trata de una oligarquía que ha perdido vigencia histórica pero que es peligrosa por la furia con la que se resiste a reconocerlo, pues en sus últimos estertores todavía puede responder con golpes asesinos. Pues bien, la oligarquía mexicana no se atreve completamente a dejar de jugar sus cartas con la derecha bushiana y con el neoliberalismo recalcitrante que el Banco Mundial y el FMI han impuesto en México aunque todas las evidencias muestren que estas opciones ya no son viables.

<sup>59</sup> Jorge Veraza, *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos*, parte V.

<sup>60</sup> *Idem*.



En tercer lugar, además de la conciencia nacional de derecha y la conciencia nacional dominante hoy antiimperialista, etcétera, se muestra en el panorama mexicano una conciencia nacional de izquierda dominada. Misma que por boca del EZLN conquista una sólida posición anticapitalista pero que simultáneamente —aunque mantiene principios antiimperialistas irreprochables— no se muestra en la práctica consecuentemente antiimperialista como para avanzar en la construcción de un frente nacionalista antiimperialista. De suerte que por exigir lo más, una posición anticapitalista, desprecia lo menos, la posición antiimperialista que requiere de la alianza nacionalista con la burguesía; por querer lo más, una posición anticapitalista, no reconoce lo menos: aquellos que tienen una posición antineoliberal aunque todavía no anticapitalista; y menos aún a aquellos que solo atemperan al neoliberalismo (caso de López Obrador). Se trata de una conciencia antiimperialista poco consciente respecto del papel preciso de Santa Anna en tanto líder militar y político, así que su desconfianza respecto de todo liderazgo no le permite distinguir entre la actuación de un Santa Anna y un Lázaro Cárdenas y cuando ya los distingue, el siguiente paso parece imposible: distinguir entre Felipe Calderón y Roberto Madrazo por un lado y LÓPEZ OBRADOR por otro, líderes que muestran menos contrastes entre sí que Santa Anna y Cárdenas.

En nuestro diagnóstico de la conciencia nacional (véase *Perfil del traidor*, parte II y en esta conclusión inciso 6) registramos el hecho de que el sentido común mexicano se encuentra armado contra la traición a la patria pero es fácilmente desarmable toda vez que su visión acerca de la traición de Santa Anna es poco específica y refleja solo mínimamente la magnitud del horror del acto santánico como presunta venta de la mitad del territorio nacional a bajo precio. Este síntoma se relaciona fuertemente con la actitud deficiente de la izquierda mexicana en general —con algunas excepciones, por supuesto— respecto de sus líderes auténticos. Expliquemos el caso.

#### 7.3.1.1. Del canibalismo contra el líder en la izquierda

El sentido común en México y en todo el mundo sufre de un síntoma de cosificación general al interior de la cual los sujetos de carne y hueso son intrascendentes, lo importante es el dinero, el automóvil, la casota, las cosas en general y las instituciones. Junto a esto, los líderes de opinión manipulados por los medios de comunicación masivos así como todos los símbolos y personas símbolos inalcanzables para mí que aparecen endiosados. En momentos de crisis social la cáscara cósmica de la pseudoconcreción del sentido común<sup>61</sup> se resquebraja y aun estalla en mil pedazos, de suerte que el hombre de la calle reconoce al otro, al vecino, al desconocido acomedido, etcétera, como sujeto humano decisivo para la sobrevivencia o para la realización de una empresa política o de otro orden, etcétera.

<sup>61</sup> Cfr. Karel Kosik, “El mundo de la pseudoconcreción y su destrucción”, en *Dialéctica de lo concreto*.



Pues bien, en el caso de México (tan cerca de Estados Unidos y tan lejos de Dios ocurre) una situación crónica de crisis social en referencia a la ambición imperialista de nuestros vecinos; lo que ha redundado en la constitución a lo largo de más de ciento cincuenta años, de una conciencia nacionalista muy firme, no obstante que se la vea declinar en años recientes después de los embates contra la misma y del adormecimiento provocado en ella por el neoliberalismo. Lo que nos llevó a intentar el diagnóstico de la conciencia nacional a lo largo de los dos tomos que componen esta obra. Sin embargo esta sólida conciencia nacionalista se presenta hoy débilmente desarmable a nivel del sentido común. De suerte que no distingue la peculiaridad de Santa Anna en tanto traidor a la patria en todo su horror, según dijimos; por lo que puede ser confundido con otros traidores menos importantes y lesivos. Incluso podría llegarse al extremo de confundir a alguien que no es traidor con un traidor *light* o, quizá, con uno de los de a de veras y tan malvado como Santa Anna. Por lo que la diferenciación crítica inicial entre sujetos de un tipo y otro que propicia la conciencia nacionalista de la traición a la patria queda neutralizada, recayendo en la situación mercantificada general del sentido común que la reconduce hacia su cosificación, en la que los sujetos son intrascendentes.

El hecho de que la izquierda mexicana sea renuente a reconocer la importancia del liderazgo y se atenga más bien a los programas que a las personas, como si ésta fuera una sabiduría política que garantizara de suyo el apego a los principios y la determinación segura de una táctica de izquierda, frente a las veleidades posibles de éste o aquel líder, es un síntoma que revela no solo la vigencia del fetichismo de la mercancía y la cosificación correspondiente de la conciencia de los integrantes de la izquierda<sup>62</sup> —y no solo del sentido común en general— sino, además, que una versión general y básica pero poco específica del repudiable Santa Anna flota como trasfondo de la conciencia social en México. Fantasma santánico que fácilmente engrana en la mente de los individuos más o menos contestatarios del sistema con sus historias personales en las que de alguna manera han tenido diversos problemas con la autoridad paterna; así que nada más fácil que renegar de todo liderazgo por asumirlo en general traidor y veleidoso como coartada para que a través de este renegar se verifique la denegación de la autoridad paterna y de la autoridad en general. Por aquí la desconfianza contra el padre y la desconfianza contra el Santa Anna modélico y poco específico engranan con la tendencia propia de la cosificación de la conciencia del sentido común para aplanar hasta volver insignificante a todo sujeto, y tenemos entonces que la izquierda valora mal a sus líderes. Aún más tiende a denigrarlos; y si éstos presentan deficiencias nítidas —lo que no es tan difícil— la intolerancia en contra de ellos adquiere una beligerancia feroz.

Las posiciones maximalistas y sectarias de esta izquierda dominada se originan, como vemos, en la desconfianza —por debilidad y por golpes recibidos— y en el

<sup>62</sup> Cfr. Jorge Veraza, *Lucha por la nación...*, parte III.





resentimiento; la desconfianza y el resentimiento y no el “análisis concreto de la situación concreta” (Lenin) constituyen el núcleo duro de sus racionalizaciones políticas.

#### 7.3.1.2. Santa Anna, Edipo y cosificación

De tal manera que Edipo engrana bien con la cosificación mercantil dineraria de la conciencia de los ciudadanos y ambos con una pieza del sentido común que es la de la representación social de la traición a la patria llevada a cabo por Santa Anna; pero solo en la medida en que ésta representación social es vaga, poco precisa y de menor intensidad —con mucho— respecto del evento real que representa. Porque si no fuera el caso, dicha pieza de la conciencia nacional —funcional con una situación de crisis social crónica— sería contraria en aspectos decisivos a la cosificación de la conciencia y su correlativa homogeneización de los sujetos para el que la experimenta, y con la desobjetivización de dichos individuos.

Pero en su estado disminuido y equívoco la representación del sentido común sobre Santa Anna, no solo no destruye la cáscara pseudoconcreta en la que todo individuo humano es captado como intrascendente (comenzando por el que se hace tal idea no importa cuan egoísta sea), sino que, además, hace sinergia con Edipo y la cosificación de la conciencia enderezándose con desconfianza contra todo líder de izquierda como si fuera no solo intrascendente respecto del movimiento dado o respecto del posible de las masas sino aun negativo, como inherentemente corrupto y veleidoso, en fin, como traidor. Lo que aplica a todo congénere pero, sobre todo, al líder.

#### 7.3.1.3. El antiautoritario sordo

El peculiar personaje antiautoritario de izquierda al que me refiero jamás oye el dicho de la derecha —o porque es orden que él va a desafiar o porque es opinión despreciable—, pero eso sí, le hace el trabajo a la derecha de buen grado, y piensa que se trata de una convicción propia, cuando se dirige contra un líder, un militante, un compañero o ex compañero, un movimiento o una organización y un programa de izquierda que nuestro personaje cree de momento que no son puros de izquierda sino moderados o lo que es peor, quizá falsos. Desafortunadamente se cierra a toda opinión o aun fundamentación en contrario o a evidencias correspondientes; ante las cuales, cuando las oye, echa a andar su gran poder de interpretación para disolverlas o enredarlas o por lo menos relativizarlas. Agudeza que, extrañamente quedó adormecida antes, cuando este personaje no alcanza a asumir que la unidad de la izquierda la fortalece y la escisión, la debilita; o después cuando por los resultados objetivos ya podría ver que le-está-haciendo-el-trabajo-a-la-derecha-, o se lo dicen y se hace el sordo o se irrita indignado.

Pero sobre todo sordo, porque no alcanza a escuchar el ruido —casi estruendo— de fondo: las grandes carcajadas (como de Santa Claus mecánico en aparador de centro comercial) de la derecha. Así que persiste.



Veamos con más cuidado el caso.

### 7.3.2. La paradoja histórica de la izquierda extraparlamentaria

A partir de la caída del Muro de Berlín en 1989 y del desmembramiento de la URSS en 1991 la mayor parte de la izquierda a nivel mundial entró en un proceso de frustración y de depresión creyendo en la ideología de la derecha a lo Fukuyama<sup>63</sup> que pregonaba el fin de la historia y del socialismo; o, bien, retomando las críticas de la izquierda al stalinismo y a la URSS e intentando radicalizarlas pero de forma inauténtica hacia la denegación del marxismo y, a lo más, sosteniendo todavía un socialismo vago y poco determinado. Con un resultado doble; por un lado, el oportunismo prevaleciente sobre todo entre los cuadros de los partidos de izquierda parlamentaria; y por otro lado, entre la izquierda extraparlamentaria, la desilusión y la desesperanza aunque persistiendo en la lucha de base con principios éticos, teóricos y políticos pero sin horizonte ni meta claros. Solo una pequeña parte de la izquierda pudo hacer las cuentas del suceso histórico recuperando al socialismo y al marxismo, la esperanza y los principios.

En México, el comportamiento de los partidos de izquierda trotskistas, comunistas y maoístas comenzó correctamente buscando la unidad en partidos de masas inclusivos como el PRD. Pero la competencia política y la función de gobierno de los dirigentes de izquierda parlamentarios se corrompieron crecientemente y se mostraron oportunistas y faltos de principios. Se enfrentaron, además represivamente —desde sus posiciones de poder—, contra la izquierda no parlamentaria. Con toda razón, la izquierda extraparlamentaria no solo ve con desconfianza las componendas, oportunismo y corrupción que se escenifican en los partidos de izquierda parlamentarios sino, además, con franco resentimiento por la persecución de que han sido objeto por parte de la izquierda parlamentaria o por la traición a acuerdos establecidos como la del PRD contra el EZLN al abandonar aquél la defensa de los Acuerdos de San Andrés y votar a favor de la ley indígena propuesta por Fox y el PRIAN<sup>64</sup>.

<sup>63</sup> Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*.

<sup>64</sup> Antes, en diciembre del año 2000 y después de que el EZLN anunciara públicamente su intención de marchar al DF, en una de las reuniones donde la fracción de legisladores del PRD discutía los Acuerdos de San Andrés, la diputada Rosario Tapia pidió la palabra y dijo así: “Compañeros, es indispensable que nos pongamos de acuerdo con el PRI y con el PAN para sacar lo de los Acuerdos de San Andrés, para evitar que la comandancia del EZLN llegue a la Ciudad de México. Eso sería mortal para el PRD y, por otro lado, sería un triunfo para ellos y no para el Congreso. Mucho menos para nosotros”. Un poco amdespués, cuando estaba por iniciarse la marcha, en la reunión del Comité Ejecutivo del CEN perredista, el vocero del PRD (y hoy secretario general nacional de ese partido), Navarrete, declaró: “El principal peligro para el PRD es la conversión del EZLN en un partido político, mientras más se tarde la aprobación de la ley, más chance tenemos de que se aisle el zapatismo”. *Marzo: Veracruz, la tercera estela* <http://www.nodo50.org/pchiapas/chiapas/documentos/calenda/veracruz.htm>.



De tal manera, en la hora actual, en la que amanece y se desarrolla crecientemente la lucha de clases desde abajo con las protestas obreras y campesinas, que involucran cada vez más al conjunto del pueblo, en la hora en que el neoliberalismo hace crisis incluso para la acumulación de capital, la izquierda mexicana se encuentra escindida. Y no solo, sino que en buena parte de las corrientes extraparlamentarias se muestra, además, con una política sin certezas y sin norte, con voluntad sectaria desplegando un discurso político de sospechas y descalificativos acordes con el resentimiento.

Resulta paradójico que en este momento sea la izquierda parlamentaria (ayer todavía cargada con las lacras de la corrupción y el oportunismo) la que se muestra a la altura de las tareas históricas de la izquierda en su conjunto y del desarrollo de la conciencia nacionalista y antiimperialista; mientras que buena parte de la izquierda extraparlamentaria deja en puntos suspensivos las acciones y alianzas necesarias para consolidar una política antiimperialista consecuente, solo porque se encuentra desconfiada del nacionalismo al que asocia a los partidos oportunistas de izquierda y a sus líderes. Así que entre las filas de la que debería de ser la mejor izquierda no solo priva la escisión y el sectarismo sino, también, la confusión. Veamos con más cuidado el núcleo problemático del clima político emocional de auge de la conciencia nacional.

### 7.3.3. Política de la descalificación, política de derecha para uso de la izquierda

La política de la descalificación se basa en el calificativo, en el adjetivo, sin ver las cuestiones sustantivas de convocatoria general porque exalta el pelo en la sopa, el grano en la cara, la manzana podrida en la canasta de manzanas frescas y sufre la paranoia de que todo se va a podrir. La política de la descalificación basada en el adjetivo, no solo pone en segundo lugar al sustantivo sino, sobre todo, a lo que es principal en la política: el verbo, la acción, el movimiento de las masas y la transformación dialéctica de las circunstancias. Es una forma de política que le corresponde a la derecha y no a la izquierda. Precisamente porque es una forma de política fijista que intuye cualidades absolutas inamovibles, purezas de derecha y purezas de izquierda. La metafísica del resentimiento —que absolutiza la afrenta para toda la eternidad y no perdona—, se convierte, aquí, en forma metafísica de pensar, que simula ser radical y revolucionaria solo por el absolutismo metafísico que es su núcleo.

En efecto, la política de la descalificación le sirve a la derecha para defender sus intereses fijistamente sin asumir la reciprocidad social; mientras que la política de la descalificación funciona en la izquierda de modo nihilista, puesto que así aparenta radicalismo crítico sin percatarse que pierde la reciprocidad decisiva —concretada en alianzas— para los intereses del pueblo y del proletariado en particular.

Es una política sometida a la ideología dominante porque el nihilismo crítico redundante —veremos porqué— en la imposibilidad de acrecentar las fuerzas vivientes y heterogéneas de la izquierda, del pueblo, del proletariado y del campesinado en



sus diversos segmentos, necesidades, capacidades y anhelos. No es casual que el estalinismo haya hecho de esta forma de política su piedra de toque y que Trotsky —en la hora decisiva de la lucha del proletariado contra el fascismo y el nazismo— haya visualizado a Stalin como el “gran constructor de derrotas”<sup>65</sup>. Sin embargo, el anarquismo —por su proclividad nihilista— ha sido en ocasiones presa fácil de una política metafísica formalista y burocrática análoga por cuanto que gira en torno a la adjetivación y lleno de resentimiento se niega a cualquier prueba práctica o científica en contrario de las certezas o corazonadas que dicta el sectarismo.

En efecto, la política de la descalificación al basarse en el adjetivo pierde esencia pues se apega a la pura apariencia, reino del adjetivo, pierde sustancia y se comporta ciega a los grandes movimientos sociales así como a la dimensión del desarrollo como parte esencial de la acción política. Todo lo ve fijistamente y redundante en la imposibilidad de acrecentar las fuerzas vivientes del pueblo, etcétera, decíamos, porque lo viviente siempre es heterogéneo y orgánico, así que solo en el curso del movimiento perfila su decantamiento; mientras que la metafísica exige la pureza de entrada, así que toda particularidad le parece sospechosa y cualquier defecto particular le parece un cáncer que ya se extiende por todo el cuerpo y mejor cortar por lo sano que otra vez vivir la angustia de haber creído, de haberse ilusionado, de haber confiado en el compañero y que este se haya vuelto traidoramente contra uno.

Por donde volvemos al “fetiche Santa Anna” como núcleo decisivo de la conciencia nacional, en particular de la conciencia política de los mexicanos, y del que depende el dualismo consistente en, por un lado, endiosar al líder, a cualquier líder por mediocre que sea, hasta Zedillo o Fox, y, por otro lado demonizar a todo líder porque-todos-son-traidores-como-Santa Anna. Llegando a este punto de esclarecimiento de la estructura ideológica de la política de la descalificación, así como de las funciones políticas que dicha estructura cumple, es posible dar un paso más hacia el fondo psicosocial que expresa esa estructura ideológica.

#### 7.3.4. La plaga emocional y la política de la descalificación

La política metafísica de la descalificación —tanto en la derecha como en la izquierda— es en el fondo un racismo; de ahí que en esencia le corresponde al amo, a la derecha. Sí, es un racismo que argumenta sus fobias bajo forma ética así que pretexta ser política; es una forma ideológica que funciona casi sin distancia —o si se quiere imbricada— con una psicología social degradada. En síntesis, es racismo pero que se presenta en forma encubierta; así que revela una peste emocional de orden social que ya no se encuentra latente sino que ha comenzado a extenderse y

<sup>65</sup> León Trotsky, *Stalin: El gran organizador de derrotas. La 10 después de Lenin*.



hacerse manifiesta pero que todavía no muestra su torso y su jeta con todo cinismo, esto es, como racismo abierto sino que se encubre bajo la forma racional de una ética y una política. Mismas que son de tal índole, según hemos visto, que se requiere rascar poco para descubrir su carácter irracional, de mera pantalla que permita sacar adelante la peste emocional<sup>66</sup> con base en la represión sexual, la frustración y el resentimiento. Complejo de sentimientos a través de los cuales el esclavo<sup>67</sup> y la izquierda pueden sintonizarse en algún momento con tal política.

Aquí tratamos a la política de la descalificación como fase previa de la emergencia del racismo abierto; pero en fases más desarrolladas de una coyuntura histórica ocurren en paralelo el racismo y la política de la descalificación, y se retroalimentan, como en el caso clásico del nazismo alemán. Lo cual no es un recordatorio ocioso a propósito de la coyuntura mexicana de 2006. Pues si bien es verdad que difícilmente la política de izquierda puede desarrollarse hacia el racismo, incluso en el sector minoritario de aquella que se encuentra plagado bajo la forma de política de la descalificación, esta plaga constituye un termómetro social de la coyuntura en general y de las tendencias que ésta puede mostrar provenientes, por ejemplo, de la derecha, al modo de racismo contra la izquierda en general o contra las comunidades indígenas del país, etcétera.

Además, si bien es casi imposible que la política de izquierda del sector minoritario que se encuentre plagada bajo la forma de política de la descalificación desarrolle un cáncer racista, es factible que esta forma de política se extienda a sectores más amplios tanto de la izquierda como de la derecha; y, además de extenderse, es factible que profundizara bajo formas abiertamente estalinistas<sup>68</sup> o similares. Así que cada brote o tendencia que coquetee con dichas formas debe ser enfrentado y denunciado públicamente para que las formas democráticas, racionales y auténticas de izquierda ocupen el lugar de la peste emocional que se parapeta precisamente en su condición enmascarada.

En realidad se han dado múltiples factores en la coyuntura que va de 2003 a 2005 para que se gesticule la peste emocional a nivel social y, en particular, al interior de la izquierda en México. Factores tales como la descomposición de las formas de hacer política iniciada por las denuncias mediáticas de la derecha (del PAN en primer lugar) de la corrupción de diversos funcionarios de izquierda han profundizado y extendido masivamente —y los medios masivos de comunicación, la televisión en primer lugar, continúan dicho procedimiento— el repudio moral y la vergüenza no solo respecto de éste o aquel funcionario sino respecto de la izquierda parlamentaria en general. Misma que en el curso de su acomodo en los puestos de gobierno y en la

<sup>66</sup> Cfr. Wilhelm Reich, "La peste emocional", en *El análisis del carácter*.

<sup>67</sup> Jorge Veraza, *Pensar la opresión y la emancipación desde la posmodernidad. Crítica a la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel*.

<sup>68</sup> Guillermo Almeyra, "El peligro oscuro", en *La Jornada*, domingo 4 de diciembre de 2005.



competencia electoral entre partidos ha mostrado un comportamiento pragmático y oportunista que no solo ha traicionado reiteradamente principios políticos y éticos de la izquierda sino, también, acuerdos concretos entre sectores de la izquierda — especialmente parlamentaria y no parlamentaria— así como con movimientos sociales de base. Todo lo cual vuelve repugnante no solo a René Bejarano o a Gustavo Ponce (esos como Santa Annas de izquierda, así que tanto más grotescos), figuras estelares de los video-escándalos promovidos por el diputado panista Döring (¿Göring o Göbbels, el ministro de propaganda del *Führer*?) y por Diego Fernández de Cevallos, sino a toda la izquierda parlamentaria pasando por LÓPEZ OBRADOR, verdadero blanco de los video-escándalos, como lo demostró el proceso de desafuero que se le quiso fincar y del que salió airoso y fortalecido<sup>69</sup>; pero sin que se anulara en Döring y la derecha el encono y la mala intención sino que, más bien, se acrecieran por la rabia impotente ante el fortalecimiento de LÓPEZ OBRADOR conforme más lo atacaban.

Sin embargo, entiéndase que de esta dialéctica modélica de la plaga emocional no están exentos los sectores de la izquierda que ya se encontraban malquistados con LÓPEZ OBRADOR. Así que de la repugnancia como metáfora de un argumento moral reprobatario, la emocionalidad social se ha ido deslizando hacia una repugnancia auténtica, de entrada no en clave necrofilica<sup>70</sup> contra todo lo orgánico y viviente sino solo contra los aspectos podridos de la izquierda parlamentaria.

Pero este deslizamiento da un paso más, mostrándose como repugnancia hacia lo podrido de la izquierda parlamentaria; y en ese *lo* se juega la ambigüedad entre el algo podrido y el presunto carácter podrido de dicha izquierda. De suerte que como la cosa más natural el reformismo y las posiciones socialdemocráticas aparecerán *per se* como repugnantes y podridas ante una izquierda que se cree éticamente pura mientras soporta no solamente la cuota de represión sexual ya dada sino la creciente frustración y resentimiento. De modo que ni siquiera en el momento en que la izquierda en su conjunto está en auge puede levantar cabeza como para llevar adelante al movimiento sino que cierto sector de la izquierda siente que éste es el momento de la revancha, del ajuste de cuentas, de la escenificación franca de repudio ante *lo* podrido de la izquierda parlamentaria, etcétera. Repudio que ya digo, es repugnancia encubierta, emoción apesada que se racionaliza moralistamente y que constituye el núcleo del racismo que se encubre bajo la forma de la política de la descalificación. Lo cual se observa como síntoma en las filas de algunos sectores de la izquierda extraparlamentaria.

Después de esta reflexión sobre el fenómeno del sectarismo entre las izquierdas mexicanas, es pertinente una reflexión sobre el fenómeno opuesto.

<sup>69</sup> Jorge Veraza, *Lucha por la nación en la globalización...*

<sup>70</sup> Cfr. Erich Fromm, “El carácter necrofilico”, en *Anatomía de la destructividad humana*.



### 7.3.5. La alianza PRD-PT-CD

En noviembre de 2005 la candidatura de LÓPEZ OBRADOR a la Presidencia de la República logró convocar una doble alianza del PRD, primero con el Partido del Trabajo (PT) y a la semana siguiente con Convergencia Democrática (CD); de suerte que LÓPEZ Obrador se ofrece como candidato de la coalición PRD-PT-CD bajo el membrete de “candidatura por el bien de todos”.

El hecho de que después de la alianza PT (izquierda)-PRD (izquierda) ocurriera la alianza PRD-CD (centro) es lo que consolida la candidatura de LÓPEZ OBRADOR como de “izquierda-centro”, pues ya la propuesta de campaña de LÓPEZ OBRADOR antes de dichas alianzas se perfilaba en ese mismo sentido.

Si evaluamos políticamente la alianza PT-PRD debemos conceder que fortalece a la izquierda parlamentaria; pues la otra opción viable del PT era aliarse con el PRI, con lo que la izquierda parlamentaria se hubiera escindido y por lo tanto debilitado. Evidentemente esta alianza de la izquierda parlamentaria actúa como imán para que otras organizaciones no parlamentarias de izquierda se acerquen a la misma a fin de establecer acuerdos de intercambio y apoyo recíproco: apoyo para la contienda electoral a cambio de apoyo a las metas propias de cada organización urbano-popular, obrera o campesina, etcétera. En todo caso, la alianza PT-PRD no es lesiva ni indiferente para la izquierda en general en México; no puede decirse que solo fortalezca a la izquierda parlamentaria sino a la izquierda en general, parlamentaria y extraparlamentaria.

En cambio la alianza PT-PRI habría funcionado en detrimento no solo de la izquierda parlamentaria sino de la izquierda en general en todo el país.

De hecho —y solo por mencionar las dos más resaltantes—: la posición nacionalista de defensa del petróleo, por ejemplo, se ve fortalecida contra las tendencias privatizadoras neoliberales, así como la posición de defensa de una política de desarrollo social.

Por lo cual, solo retorciendo enfermizamente los argumentos algún testigo de la izquierda no parlamentaria podría señalar que la alianza PT-PRD es indiferente o lesiva para el desarrollo de la izquierda en México.

Pero quizá es más interesante observar las premisas del fenómeno. Pues si la alianza PT-PRD se posibilitó en lugar de que ocurriera la alianza PT-PRI, ello se debe al movimiento general de la sociedad civil; del “pueblo”, en un sentido nacionalista democratizador y social; es decir, que la propia sociedad civil se movió hacia la izquierda. Se trata de un movimiento general que impactó en el PRD y en el PT y que los rebasa, un movimiento general *hacia* la izquierda y, aun, *de* la izquierda en la medida en que, por ejemplo, se concrete en alianzas como ésta y en acciones precisas.

En efecto, en el seno del PT nació una oposición de izquierda que fue crucial primero al interior del partido junto con la marea general cuestionadora del neoliberalismo y del foxismo, etcétera. De tal manera que si en este contexto —intra



partidario y social— el PT no hubiera encontrado acogida en el PRD y hubiera optado por aliarse al PRI, el peligro de escisión del PT hubiera sido mayúsculo. Peligro que queda exorcizado con la alianza PT-PRD por cuanto que es concordante con la fuerza social que se manifiesta en todo el país. Cada partido de la alianza se fortalece con ésta y toda la izquierda se fortalece, no solo la parlamentaria. En reciprocidad la alianza hace avanzar no solo al candidato o solo a los partidos de la alianza sino a toda la izquierda, sea que parte de ésta lo reconozca o no, o aun reniegue de la misma y de sus posibles beneficios.

### 7.3.6. ¿La política de izquierda no es de izquierda en el retroceso histórico neoliberal?

No carece de interés, por cierto, el ingenio desplegado por quienes no quieren reconocer dichos beneficios. De entre varios casos —que no podemos analizar en detalle por falta de espacio— abordemos el más extremo pero a la vez más elemental y básico, pues consiste en arribar a la idea —que sus detentadores ponen sin embargo como punto de partida— de que, en realidad, en esta elección, la de 2006 a la presidencia de la república, la izquierda no tiene candidato; así que el calificativo de “izquierda-centro” que LÓPEZ OBRADOR da a su propia candidatura y a la coalición que ha logrado, no es matizado ni discutido sino simplemente obviado con el tuteo implícito de que: tú, en verdad, no eres de izquierda<sup>71</sup>. Con lo que volvemos a la política de la descalificación ya analizada más arriba en cuanto a sus raíces ideológicas y psicosociales. Pero interesa reflexionar sobre este ingenio que termina en autoaplanarse mediante el facilón “punto de partida” de que no hay izquierda en el escenario electoral, no solo porque es producto de la mala fe —resentimiento incluido— sino de un mal análisis que involucra el olvido de una premisa histórica decisiva para la izquierda mexicana.

En efecto, no debemos olvidar la obra de veinticinco años de neoliberalismo operando en el mundo y en México en particular; en donde no solo ha quedado desarticulada la planta industrial mexicana sino arrasadas y en ruinas tanto la ecología como todas las conquistas sociales logradas por el movimiento campesino y obrero a lo largo del siglo XX entre las que se incluye la depresión crónica del salario, etcétera. Así que hoy se lucha por demandas sociales y económicas, educativas y de salud, etcétera, que hace cincuenta o cuarenta años fueron conquistadas pero que hace veinte, diez o cinco quedaron revocadas. Es decir, que el neoliberalismo ha producido un retroceso histórico neto como condición del progreso del capital;<sup>72</sup>

<sup>71</sup> Cfr. Marco Rascón “La 60 Legislatura de 2006-2009” (*La Jornada*, 13 de diciembre de 2005, p.21.) donde entre otras cosas dice: “Las ofertas del PRD, PAN y PRI, coinciden en lo esencial en un 70%, y en el restante 30% dan el supuesto tono de lo que serían el centro y la derecha (porque en esta elección la izquierda no tiene candidato...)”

<sup>72</sup> Jorge Veraza, *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos...*, parte III.





rasgo que lo caracteriza respecto de otras formas de política económica y de gestión capitalistas. Y es sobre la base de este producto genuino del capitalismo neoliberal que debe ser evaluada la escena política.

De hecho una vez que el movimiento obrero y campesino y, en fin, la izquierda, luchan por reconquistar lo que les ha sido arrebatado, no parece que avanzamos un ápice sino simplemente que retornamos al promedio histórico de hace veinte años, etcétera. Y no solo, pues luchar por aquellas conquistas significa luchar también por el contexto capitalista en el que existían y, de ninguna manera, la lucha podrá proponerse trascender al capitalismo. Todo lo cual es muy benéfico para el neoliberalismo no solo porque sofrena al sujeto histórico anticapitalista y, aun, lo obliga —después de arrinconarlo y sobajarlo— a que trabaje a favor del capitalismo como condición *sine qua non* para que vuelva a obtener las conquistas que ya había gozado; y no más. E incluso obtiene un beneficio adicional inapreciable: confunde al sujeto histórico revolucionario y, por allí, más fácilmente logra escindirlo.

En efecto, aunque la izquierda entra en acción tratando de lograr recuperar el promedio histórico previo —y después de veinticinco años de depredación neoliberal, en realidad la mayor parte de las luchas de la izquierda en todo el mundo no son por ese promedio histórico previo sino simplemente por salir del hoyo actual hacia algo que se acerque a aquel promedio sin que se aspire efectivamente a alcanzarlo— es evidente que el programa de lucha para esta recuperación se ofrece en apariencia o formalmente con contenidos que ya no muestran ser patentemente de izquierda.

Y esta apariencia se remacha, puesto que, del otro lado, vemos también a la derecha poder enarbolarlos. Tales como el combate a la pobreza o la pluralidad y la democracia.<sup>73</sup> La derecha puede arrebatarse las banderas a la izquierda y ofrecerlas como propias propiciando la confusión entre la izquierda solo porque previamente ha sometido de manera salvaje al pueblo y a la izquierda. Sin embargo hay quienes dentro de la izquierda no se acuerdan de todo esto, pues el neoliberalismo también les arrebató la memoria. O si se acuerdan —resentimiento de por medio— no lo aplican adecuadamente en el análisis de la coyuntura política, porque también ésta capacidad se las arrebató el amo<sup>74</sup>.

Al contrario, la acción y la intención de la izquierda por mínima que se muestre en la coyuntura es perfectamente registrada por la derecha, pues aunque se parezcan los programas de Madrazo, Felipe Calderón y LÓPEZ OBRADOR la derecha sabe que debería de votar por Madrazo o por Calderón porque LÓPEZ OBRADOR: es de izquierda. La derecha cierra filas unitariamente. Mientras que la izquierda no encuentra la manera de autoreconocerse integralmente sino que una parte se extraña respecto de la otra y la desconoce como de izquierda. Y ha ocurrido que la crítica y la

<sup>73</sup> Marco Rascón, *op. cit.*

<sup>74</sup> Jorge Veraza, *Pensar la opresión y la emancipación desde la posmodernidad. Crítica a la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel.*



denigra en ocasión de criticar a la derecha pero un poco más que a ésta o, más bien, mucho más. Y hete aquí la paradoja: LÓPEZ OBRADOR es el candidato de la izquierda pero su programa muestra pocas distinciones de izquierda. Lo que se le atribuye a LÓPEZ OBRADOR y a su equipo olvidando, como por arte de magia, el arduo trabajo histórico de explotación y humillación social y política operado por el neoliberalismo en el pueblo y en la izquierda. Paradójico círculo vicioso del que parece imposible salir si nos atenemos a sus propios términos; pero afortunadamente la historia no solo es mala fe y neoliberalismo sino también práctica histórica individual y de masas. Así que el círculo vicioso va quedando destruido crecientemente en la presente coyuntura conforme crece el auge del movimiento social.

En efecto, el auge general de los movimientos sociales es propicio para toda la izquierda no solo para el combate contra el desafuero o para promover la candidatura de LÓPEZ OBRADOR, así fuera en referencia a este líder de masas que el auge general del movimiento social se disparó durante el 2005.

Ya vimos que la alianza de la izquierda parlamentaria PT-PRD fue propiciada por ese auge general y cómo redundaba, efectivamente, en beneficio de toda la izquierda no solo de los partidos aliados para la elección de LÓPEZ OBRADOR. Candidato que además de capitalizar buena parte del auge general del movimiento social y, en particular, de la izquierda; no puede sino devolver en reciprocidad, dando norte, unidad y precisión, así como entusiasmado a dicho movimiento. Mismo que una y otra vez avanza en beneficio de toda la izquierda.

La izquierda extraparlamentaria posee una gran capacidad autocrítica, así que conforme la marea social prosiga avanzando en un sentido democratizador y nacionalista de izquierda, en lugar de enfrentársele, la izquierda extraparlamentaria más tarde o más temprano —esperemos que no tan tarde— irá concordando con dicho movimiento. No creo que sea ocioso por eso el haber plasmado en estas páginas una descripción crítica del fenómeno de sectarismo que priva actualmente en la izquierda mexicana (especie de espejo del mismo), en vista de que la propia izquierda extraparlamentaria cambie hacia un rumbo político más sabio.

Pues el enemigo sigue allí: el ImperioEstados Unidos y los mexicanos santánicamente entreguistas, en especial presidentes, altos funcionarios y empresarios. *Hic Rhodus, hic salta!*

### 7.3.7. La lucha por la nación proletaria y la unidad de la izquierda hoy

Hoy en México está en marcha una coyuntura y un gran movimiento de masas de reafirmación nacional y de recuperación de las conquistas arrebatadas por el capitalismo neoliberal a las clases subalternas, el proletariado en primer lugar. Por lo que en medio de este auge popular —propicio para la izquierda en general— es posible el



combate contra la escisión histórica de la izquierda mexicana y aun la superación de dicha escisión.

Más allá de desconfianzas coyunturales o aún anecdóticas —no carentes de interés e importancia— entre la izquierda parlamentaria y la extraparlamentaria, el gran problema de fondo que las divide no es solo la antinomia reforma o revolución (frente a la cual el célebre libro de Rosa Luxemburgo *Reforma y revolución* puede prestar buen servicio<sup>75</sup>) sino que este problema general se especifica como el peligro que entraña la relación entre la lucha clasista anticapitalista y la lucha antiimperialista nacionalista. Pues bajo el capitalismo, la lucha por la nación parece constreñir unilateralmente al sujeto revolucionario a conducir una lucha por la nación burguesa<sup>76</sup> y por ende a perder las banderas clasistas que le son propias, así como su autonomía de clase. Con la consolación poco probable de que si la coyuntura es revolucionaria, la lucha por la nación burguesa se traduce en revolución democrático-burguesa; cuyo curso puede ser tal que se abra la posibilidad de transformar la revolución democrático-burguesa en revolución proletaria, según fuera la experiencia rusa de 1917 teorizada por Lenin y Trotsky bajo el tema general del “doble poder” o “dualidad de poder”.<sup>77</sup> Sin embargo, en México en 2005-2006 no tenemos ni de lejos abierta una coyuntura revolucionaria democrático-burguesa y menos proletaria.

Bajo tales circunstancias el auge de la lucha social y en pro de la nación parece encaminado a quedar sometido sin más al carro del chovinismo y del nacionalismo burgués, al del reformismo y al del marketing electorero por la presidencia de la república del 2006. Con el consecuente repudio de la izquierda extraparlamentaria a prestar tal servicio a cambio de perder la autonomía histórica de la conciencia de clase proletaria y de sus organizaciones y acciones. Así que a la izquierda extraparlamentaria se le restringe la gran opción histórico-dialéctica entre reforma o revolución en una transfiguración equívoca de la misma; se le convierte, en efecto, en aquella otra más arrinconada, moralista y mecánica de “o sectarismo o corrupción”.<sup>78</sup>

El caso es que en este libro que el lector está por terminar de leer, hemos podido discernir críticamente bajo el “fetiche Santa Anna” la existencia de un nacionalismo burgués auténtico pero, también, diferenciándose de la versión revolucionaria del

<sup>75</sup> Así como la reciente reflexión de István Metzaro sobre la necesidad de superar la escisión de la izquierda, reflexión contenida en su *Más allá del capital*.

<sup>76</sup> Jorge Veraza, *Lucha por la nación en la globalización...*

<sup>77</sup> En textos como *Las lecciones de octubre* de Trotsky, así como *Historia de la revolución rusa*, y de Lenin “El doble poder” así como “Las tareas del proletariado en nuestra revolución (proyecto de plataforma del partido proletario)”.

<sup>78</sup> Con las correspondientes reacciones ideológicas de política de la descalificación y psicosociales, de plaga emocional.



mismo, un nacionalismo proletario; cuyo sustento es la existencia virtual y sometida bajo el capitalismo de lo que he denominado la nación proletaria.

De tal suerte, es posible que también en una coyuntura no revolucionaria pero de auge en la lucha social y nacional, el proletariado y en general las clases subalternas, combatan a favor de la nación plebeya y por la nación proletaria, sacándolas de su virtualidad y sometimiento hacia formas de realización y de determinados grados de emancipación relativa. Posibilidad que en el México de inicios del tercer milenio es palpable<sup>79</sup> y hace viable, decíamos, mitigar o superar la escisión histórica de la izquierda mexicana. Toda vez que la lucha por la nación burguesa de México no puede prosperar hoy sin la promoción de la nación proletaria mexicana.

Pero como en todo suceso histórico, los agentes sociales del mismo deben hacerse conscientes del contorno de dicho suceso, de sus posibilidades así como de sus medios y sustancia. Si no, los sujetos históricos actúan a ciegas y contrafinalistamente; sí, en contra de sí mismos, contra sus propias ventajas y posibilidades, sin lograr asir las riendas de su destino en las manos. De ahí que haya ocupado estas páginas no solo a la cuestión de la traición a la patria (clave en la lucha antiimperialista) y a la crítica del fetichismo del Estado y del “fetiche Santa Anna” en particular —sintetizados en el presidencialismo entreguista mexicano—, sino también a la formulación lo más precisa posible del nacionalismo proletario y de su nación correspondiente, la nación proletaria.

<sup>79</sup> Cfr. Armando Bartra, *op. cit.*



## BIBLIOGRAFÍA

- Abramson, Pierre Luc, *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX* (1993), México, 1999.
- Aguilar Zínser, Adolfo, “El compromiso de combatir la corrupción”, en *Los compromisos con la Nación*, memorias del coloquio *Los compromisos con la Nación*, realizado en el Poliforum Cultural Siqueiros, México, 1999.
- Alcaraz, Ramón, *et. al.*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y Estados Unidos* (1848), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1991.
- Anderson, Perry, *Georg Lukács y el problema de la “decadencia cultural”*, Siglo XXI, México, 1985.
- Aricó, José, *Marx y América Latina*, Alianza, México, 1982.
- Artaud, Antonin, *Heliogábalo o el anarquista coronado*, Fundamentos, Barcelona, 1972.
- Barbosa, René, *La estructura económica de la Nueva España 1519-1810*, Siglo XXI, México, 1975.
- Bartra, Armando, “Crónica de un desastre anunciado. México y el TLCAN”, en *Revista Memoria*, no. 199, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista A. C., México, 2005.
- Bataille, Georges, *El erotismo*, Mateu, Barcelona, 1971.
- Bataille, Georges, *La parte maldita*, E.D.H.A.S.A., Barcelona, 1974.
- Brading, David, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, Era, México, 1980.
- Bustamante, Carlos María de, *El Nuevo Bernal Díaz del Castillo*, Instituto Cultural Helénico/Instituto Nacional de Estudios Históricos/FCE, México, 1994.
- Cota Soto, Guillermo, *Historia militar*, Biblioteca de Alfonso Aguirre, Apartado 1450, México, 1947.
- De Voto, Bernard, *The Year of the Decision, 1846* (segunda edición, Boston, 1961).
- Delgado, Jaime, *La monarquía en México (1845-47)*, Porrúa, México, 1990.
- Díaz y Díaz, Fernando, *Caudillos y caciques. Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez*, El Colegio de México, México, 1972.
- Echeverría, Bolívar, *El discurso crítico de Marx*, Era, México, 1986.
- Echeverría, Bolívar, *Palos de la crítica...* Ojo: completar.
- Festinger, León, en “Leon Festinger”, entrevista con Richard Eban en *Los artífices de la psicología y el psicoanálisis. Conversaciones con grandes psicólogos contemporáneos*, FCE, México, 1986.
- Festinger, León, *A theory of cognitive dissonance* (1957), Stanford University Press, California, 1957.



- Freud, Sigmund, “Psicología de las masas”, en *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1981.
- Freud, Sigmund, “El fetichismo sexual” en *Tres ensayos sobre una teoría sexual*, Alianza, Madrid, 1981.
- Frías, Heriberto, *Episodios militares mexicanos*, Porrúa, México, 1987.
- Gamboa, Ramón, “Impugnación al informe del Excmo. Sr. D. General Antonio López de Santa Anna y constancias en que se apoyan las ampliaciones de la acusación del Sr. Diputado D. Ramón Gamboa” (15 de julio de 1849), en Antonio López de Santa Anna, *La guerra de Texas*, UAM, México, 1983.
- García Cantú, Gastón, *Las invasiones norteamericanas*, Era/SEP, Lecturas Mexicanas, núm. 57, México, 1986.
- García Cubas, Antonio, *El libro de mis recuerdos*, Patria, Colección “México en el siglo XIX”, México, 1950.
- Garrido, Luis Javier, *El partido de la revolución institucionalizada. La formación del nuevo Estado en México (1928-1945)*, Siglo XXI, México, 1986.
- Gill, Mario, *Nuestros buenos vecinos*, Azteca, México, 1964.
- González Rodarte, Bernardo, “El fantasma de un priísmo sin PRI recorre el país”, aparecido en *Autonomía. Periódico independiente de combate*, año 1, núm. 7, México, septiembre-octubre 1999.
- González, Luis, “Apuntes para la historia del periodismo en México”, publicado en el tomo I de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencia*.
- Hegel, G.W.F., *Die Vernunft in der Geschichte*, Meiner, Hamburgo, 1955.
- Hegel, G.W. F., *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Revista de Occidente, Madrid, 1974 (4ª edición).
- Herrera Serna, Laura, *México en guerra (1846-1848)*, Museo Nacional de las Intervenciones/Conaculta, México, 1997.
- Juárez, Benito, “Apuntes para mis hijos”, en *Documentos, discursos y correspondencia*, selección y notas de Jorge L. Tamayo, Secretaría del Patrimonio Nacional, México, 1964.
- Korsch, Karl, “Anticrítica”, en *Filosofía y marxismo*, Era, México, 1971.
- Krauze, Enrique, *Siglo de Caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, Tusquets, Barcelona, 1994.
- Krauze, Enrique. Suplemento sobre la telenovela en México, publicado en *La Jornada*, 12 de diciembre de 1997. OJO: precisar el nombre del artículo y la página en la que se encontraba.
- Labardini, Jorge, *José Guadalupe O’Hara. El brujo de Churubusco*, Porrúa, México, 1999.
- Labastida, Horacio, “Estudio preliminar” en Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo*, Instituto Cultural Helénico/Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana/FCE, México, 1994.

- Lockhart Rives, George, *The United States in Mexico. 1821-1848*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1913.
- López González, Valentín, *Cuernavaca, capital de la República. Fin del santanismo. 1855*, Fuentes documentales del Estado de Morelos, Cuadernos Históricos Morelenses, Cuernavaca, 1999.
- López y Rivas, Gilberto, *La guerra del '47 (y la resistencia popular a la ocupación)*, Nuestro Tiempo, México, 1976.
- Martín Moreno, Francisco, *Las grandes traiciones de México*, Joaquín Mortiz, México, 2000.
- Marx, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Siglo XXI, México, 1971.
- Marx, Karl, *El capital*, Siglo XXI, México, 2002, 8 vols.
- Marx, Karl, *El capital*, FCE, México, 1971.
- Marx, Karl, *Miseria de la filosofía*, Siglo XXI, México, 1979.
- Marx, Karl, *Las diferencias de la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro*, Madrid, Ayuso, 1971.
- Marx, Karl, *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844*, tercer manuscrito, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Escritos económicos varios*, Grijalbo, México, 1972.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels, *Correspondencia*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1972.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, Pueblos Unidos, Buenos Aires, 1973.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels, *Sobre la India*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1980.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels, *Materiales para la historia de América Latina*, Siglo XXI, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1972 (Preparación, traducción del alemán y notas de Pedro Scaron).
- Moscovici, Sergei, *Psicología de las minorías activas*, Morata, Madrid, 1981.
- Musacchio, Humberto (director), *Gran diccionario enciclopédico de México Ilustrado*, Andrés León, México, 1993.
- Nietzsche, Federico, "De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida" en *Obras completas de Federico Nietzsche*, Aguilar, Madrid, 1932, tomo II.
- Pachecho, José Emilio, "¿Dónde está el padre Jarauta?", en *Proceso*, núm. 1207, México, 19 de diciembre de 1999.
- Pannekoek, Anton, *Lenin filósofo*, Siglo XXI, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1979.
- Pastor Llaneza, María Alba, *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*, UNAM/El Equilibrista, México, 1994.
- Pereyra, Carlos, *De Barradas á Baudin*, Tipografía Económica, México, 1904.



- Pitt, Leonard, *The Decline of the Californios. A social history of the spanish-speaking californians, 1846-1890*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1970.
- Plejánov, Jorge. *El papel del individuo en la historia* (1898), Grijalbo, Colección 70, núm. 35, México, 1969.
- Portilla, Anselmo de la, *Historia de la revolución de México contra la dictadura del general Santa Anna. 1853-1855*, Imprenta de Vicente García Torres, México, 1856.
- Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos (de 1840 a 1853)*, Secretaria de Educación Publica, Biblioteca Enciclopedia Popular, núm. 18, México, 1944.
- Ramírez, José Fernando, “México durante su guerra con los Estados Unidos”, en *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México (1905-1911) publicados por Genaro García y Carlos Pereyra*, Porrúa, México, 1991.
- Reich, Wilhelm, *El asesinato de Cristo*, Bruguera, Barcelona, 1980.
- Reich, Wilhelm, *La función del orgasmo*, Paidós, México, 1994.
- Reich, Wilhelm, *La plaga emocional en el trabajo*, Síntesis, Barcelona, 1980.
- Reséndez Fuentes, Andrés, “Guerra e identidad nacional”, en *Historia mexicana*, núm. 186, El Colegio de México, México, 1997.
- Rivera Cambas, Manuel, *Antonio López de Santa Anna*, Citlaltépetl, México, 1958.
- Rivera, Mario, “El fin de la democracia (apuntes sobre la formación del Estado norteamericano)”, en *La tecla indómita*, núm. 13, México, septiembre de 1999.
- Roa Bárcena, José María, *Recuerdos de la invasión norteamericana 1846-1848. Por un joven de entonces*, Porrúa, México, 1993.
- Roa Bárcena, José María, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848). Por un joven de entonces*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1998.
- Robledo Esparza, Gabriel, *El desarrollo del capitalismo en México*, Edición del autor, México, 1974.
- Rosenberg, Arthur, *Democracia y socialismo*, Siglo XXI, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1981.
- Royce, Josiah, Hubert Howe Bancroft, *Hystory of California*, San Francisco, 1886.
- Salazar Mallén, Rubén, “El complejo de la Malinche”, en “Sábado”, suplemento del periódico *Unomásuno*, núm. 722, México, 3 de agosto de 1991.
- Sánchez, Francisco, *Principios de retórica y poética*, Oficina de la Águila, México, 1825.
- Santa Anna, Antonio López de, *La guerra de Texas*, UAM, México, 1983.
- Santos, Jaime, “El caudillo: seductor de los mexicanos”, en *Ovaciones en la cultura*, México, 17 de octubre de 1999.
- Sartre, Jean Paul, *Crítica de la razón dialéctica*, Losada, Buenos Aires, 1961.
- Scaron, Pedro (comp.), *Materiales para la historia de América Latina. Karl Marx y Federico Engels*, Siglo XXI, México, 1980.





- Schumacher, María Esther (comp.), *Mitos en las relaciones México-EU*, FCE/SRE, México, 1994.
- Serna, Enrique, *El seductor de la Patria*, Joaquín Mortiz, México, 1999.
- Singletari, Otis A., *The Mexican War*, Chicago, 1960.
- Solares, Ignacio, *La invasión*, Alfaguara, México, 2005.
- Tays, George, *Revolutionary California: the political history of California from 1820 to 1848*, University of California, Berkeley, 1934.
- Teja Zabre, Alfonso, *Historia de México. Introducción y sinopsis. La biografía de México* (1933) en Álvaro Matute Aguirre, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, FCE, México, 1999.
- Valbuena, Antonio de, *Ripios Ultramarinos*, Librería de Victoriano Suárez, Madrid, 1893.
- Vázquez, Josefina Zoraida, “Santa Anna y el reconocimiento de Texas”, en *Historia mexicana*, núm. 143, El Colegio de México, México, 1987.
- Vázquez, Josefina Zoraida, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1991.
- Vázquez, Josefina Zoraida, “Don Antonio López de Santa Anna. Mito y enigma”, Centro de Estudios Históricos de Condumex, México, 1987.
- Vázquez, Josefina Zoraida, y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos* (1982), FCE, 1995.
- Vázquez Mantecón, Carmen, *Santa Anna y la encrucijada del Estado. La dictadura 1853-1855*, FCE, México, 1986.
- Vega, Patricia, “Los defensores mexicanos de Churubusco nunca se rindieron”, en *La jornada*, 22 de agosto de 1997.
- Velarde, Alfredo, “Las ilusiones de la sucesión”, en *Autonomía. Periódico independiente de combate*, año 1, núm. 7, México, septiembre-octubre de 1999.
- Veraza Urtuzuástegui, Jorge, “Génesis y estructura del concepto de subordinación real del consumo bajo el capital”, Seminario de El capital-Facultad de Economía/UNAM, México, 1993.
- Veraza Urtuzuástegui, Jorge, “Karl Marx y la política”, en Gerardo Ávalos Tenorio, *Política y Estado en el pensamiento moderno*, UAM-Xochimilco, México, 1996.
- Veraza Urtuzuástegui, Jorge. “1847-1997. Los escritos de Marx y Engels sobre México (su coherencia y vigencia en confrontación con el Marx y América Latina de José Aricó)”, Tesis de doctorado, UNAM, México, 1999.
- Veraza Urtuzuástegui, Jorge, *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos*, Itaca, México, 2004.
- Veraza Urtuzuástegui, Jorge, *Leer nuestro tiempo. Leer el Manifiesto*, Itaca, México, 1998.
- Veraza Urtuzuástegui, Jorge, *Luchar por la nación en la globalización ¿Quién lucha y por qué tipo de nación?* Itaca/Paradigmas y Utopías, México, 2005.



346

- Veraza Urtuzuástegui, Jorge, *Praxis y dialéctica de la naturaleza en la posmodernidad*, Itaca, México, 1997.
- Veraza, Urtuzuástegui, Jorge, *Para la crítica a las teorías del imperialismo*, Itaca, México, 1986.
- Villalpando César, José Manuel, *Las balas del invasor. La expansión territorial de los Estados Unidos a costa de México*, Porrúa, México, 1997.
- Villoro, Luis, “Santa Anna o la nación sin Estado” en *Nexos*, núm. 190, México, octubre de 1993.
- Zamora Plowes, Leopoldo, *Quince años y Casanova aventureros*, Patria, México, 1984.
- Zaragoza, José, *Historia de la deuda externa de México. 1823-1861*, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM/Cambio XXI, México, 1996.





*Santa Anna en la política mexicana actual. El presidencialismo entreguista y el imperialismo*, de Jorge Veraza Urtuzuástegui, se terminó de imprimir, en junio de 2006, en los talleres de Impresos y Encuadernaciones SIGAR

La edición estuvo al cuidado de David Moreno Soto.  
Formación de originales: Karina Atayde.







